3 1761 09545136 5

SHOUT
SHARE
IT

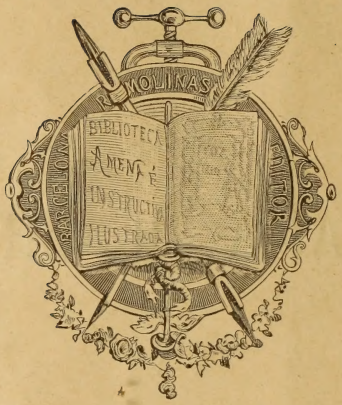
ENCUADERNACION
de
José Castillo
INFANTES

R 2
304
75

D. Valero

LA
MASCARA DE BRONCE

Vol. I.


BIBLIOTECA
AMENA É
INSTRUCTIVA
ILUSTRADA

LS
M5396m

Mendoza, Carlos

321085
12.11.35

Es propiedad del Editor

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17, Barcelona.

PRÓLOGO

Blanca

El reloj de San Marcos de Venecia había lanzado al viento doce vibrantes campanadas la noche del 10 de Julio de 1570.

Una góndola á bordo de la cual iban dos hombres, surcaba el vasto laberinto del Canareggio, á la izquierda del Canal de Rialto.

El agua, tranquila y profunda como un sepulcro, rizábase con acerados reflejos en la oscuridad nocturna. A un lado y otro del canal, casas, iglesias y palacios parecian flotar en la indecisa bruma cual gigantescos espectros que nadasen sobre las ondas tenebrosas.

La góndola iba internándose por aquellas estrechas callejuelas, de algunas de cuyas casas pendía de vez en cuando una linterna que proyectaba en la superficie del agua un resplandor rojizo; no circulaba alma viviente, ni se oía otro rumor que el grito de los gondoleros al doblar los canalizos.

La barca se deslizaba sordamente, ora desapareciendo bajo la negra oscuridad de un puentecillo, ora rozando los cimientos de algún palacio sumido en la espesa sombra; ya corría y parecía alargarse desmesuradamente cual prodigioso gusano, ya se detenía rechazada por alguna gruesa ola que se rompía en fosforecente espuma al chocar con la proa de la embarcación.

No era más lúgubre un cementerio que aquellas calles negras, formadas de agua en el fondo y de mudas piedras á los lados: allá arriba, en el estrecho espacio que quedaba entre los aleros de las dos filas de casas, veíase un trozo de cielo azul, sereno, cuajado de argentinos astros que no acertaban á mirarse en el espejo ennegrecido de la brumosa laguna.

La góndola avanzaba sin cesar en medio de aquella soledad, sin producir á su vez ni el rumor más leve. Solo cuando acertaba á pasar por delante de alguna capilleja alumbrada por los débiles rayos de tal cual mortecina linterna encendida por la piedad de los devotos ante la imágen de vetustísima Madona, podia verse que los dos hombres que iban dentro eran de muy distinta condición. El uno era un *gondolero negro*, el otro un caballero joven y gallardo.

La barca salió, por fin, del intrincado dédalo del Canareggio, pasó costeando la iglesia de San Juan y de San Pablo y se detuvo ante las tapias de un jardin á cuyo extremo se veía la baranda de un mirador.

El caballero dejó oir tres palmadas; recostóse en la proa el gondolero, pareciendo entregarse en breve rato al sueño con la tranquilidad del justo, y no tardó en aparecer en la balaustrada una forma de mujer.

—¡Blanca!—exclamó el joven, de pié en la barca.

—¡Rodrigo mío!—contestó una voz de dulcísimo timbre.

—Devorábame la impaciencia por verte... Blanca, es preciso tomar prontamente una resolución. ¡Decídete!

—¡Rodrigo! ¡Por Dios no insistas!...

—¿Qué no insista? ¿Luégo no te pesa que te pierda para siempre?...

—¡Oh, calla! ¡Me estás despedazando el corazón! ¡Ay de mí!

—¿Cómo puedo callar cuando se trata no ya de mi ventura sino de tu futura suerte, de tu vida quizás?

—¡Rodrigo! ¡Por piedad! ¿Qué quieres de mí?

—¡Que me sigas; que huyamos cuanto antes, ahora mismo, de esta ciudad horrible!

—¡Oh, Rodrigo! Un momento más... Yo rogaré á mi padre, le imploraré...

—Todo inútil. Es en vano acudir á tales medios. No queda más que una salvación: la fuga.

—¡Cruel!

—¡Cruel me llamas! ¿Soylo acaso por no consentir que te sacrifiquen á la ambición de un aborrecido inquisidor de Estado? No quieres escucharme, no quieres atenderme. El apego á tu familia te hace mirar con inconcebible tranquilidad el negro porvenir. Mi Blanca, mi bien, va á ser pronto la esposa del senador Riccioli y el día que esto suceda, vive Dios, Blanca, que habrá de llegar á tus oidos la noticia de mi muerte, después de perecer á mis manos tu marido.

—¡Rodrigo!

—¿Quién sabe si ahora mismo no están acechándonos? ¿Quién sabe si el ojo invisible del tribunal tremendo de los Diez no está fijo en nosotros?...

—¡Rodrigo! Sí, sí... Ese hombre tal vez...

—No; no será ese hombre... Ignora por completo la lengua en que estamos hablando.

—¡Dadme fuerzas, Dios mío! Estoy decidida ya, Rodrigo de mi alma. Huyamos.

—¡Bendígate el cielo, vida mía! Pero ha de ser pronto, pronto...

—Cuando quieras.

—Ahora.

—¡Ahora! ¡Sin dar un último beso á mi pobre padre! No... ten compasión de mí. Déjalo para la siguiente noche.

—Harto me pesa pero... está bien... Consiento. A las diez te aguardaré en la escalera del muelle de los Esclavones. Una galera española se dará á la vela en seguida que lleguemos á bordo.

—Hasta mañana, mi amor. Pero si te prendiesen de aquí á entonces Rodrigo mío...

—No; no se atreverá la Señoría contra el enviado de la sacra majestad del rey de España.

—Adiós...

—Adiós, mi bien... No pienses más que en la felicidad que nos espera. Aquí está la amenaza, el peligro; fuera de aquí hallaremos la dicha, la libertad...

Los dos enamorados se enviaron sendos besos con la mano; el joven despertó al gondolero que se desperezó ruidosamente y vióse desaparecer de la baranda la silueta de la mujer.

Poco después, la góndola surcaba de nuevo el Canareggio y se detenía frente á un palacio del Rialto, donde penetró el que la joven había llamado Rodrigo.

II

Blanca, hija única del senador Bartolommeo Alviano, inquisidor de Estado, era una hermosísima joven de veinte abriles, verdadera encarnación del tipo inmortalizado por el Ticiano y el no menos ilustre Tintoretto, blanca, sonrosada, de dorados cabellos y satinado cutis. Contrastando con su rubio pelo eran negros sus ojos, dulces, amorosos. Una encantadora sonrisa vagabá sin cesar por los encarnados labios. Su talle voluptuoso y la deliciosa redondez de su semblante, de sus hombros y de sus brazos asemejábanla á una divinidad viviente, pero todo lo que podía tener de escultural su majestuoso porte quedaba suavizado por la gracia y viveza de su aire.

Huérfana de madre desde que nació, había sido educada por su nodriza Canocchia,—mujer tan honrada como parlanchina, á fuer de buena gondolera,—pero no por eso dejaba el noble senador Alviano de tomar parte en el cultivo de la inteligencia y los sentimientos de la niña, aunque en todo caso, más con intento de hacer de ella una poderosa influencia política que con la mira de procurar á Blanca la felicidad y de inclinarla al bien.

Ambicioso por extremo y no viviendo más que para su ambición, aspiraba Alviano á ocupar el primer cargo de la República, disimulan-

do empero su afanoso anhelo so capa del mayor desinterés y del más asiduo cuidado por la prosperidad de la Señoría.

Era compañero suyo en el Tribunal de los Diez el noble Paolo Riccioli, joven patricio, influyente como ninguno en el seno del Consejo, pero tan poderoso en este concepto como desgraciado en sus pretensiones al amor de Blanca, por más que no dejase de ser un hermoso y elegante caballero.

Tal desdén había encendido más y más la ardiente llama en el corazón de Riccioli, y no sólo esto, sino que había engendrado en su pecho, mezclándose con el despreciado cariño, feroz concupiscencia, incontrastable empeño en poseer á Blanca en cuerpo, ya que no podía en alma. La joven ignoraba esto, pero no lo ignoraba su padre; quizás aquel hombre sin entrañas estaba dispuesto á ayudar á Riccioli en cuanto proyectase, á cambio de su apoyo para llegar á ocupar el primer puesto en la Señoría.

Todo esto sabía bien don Rodrigo de Toledo que así se llamaba el preferido rival. Era este un mozo como de treinta años, reflejándose en su semblante un alma enérgica al par que generosa. Su rostro era ovalado, pálido, con negros y rasgados ojos, aguileña nariz, boca pequeña y fina barba á la española. Brillaba en su frente la inteligencia y cualquiera conocía en la manera de fruncir el entrecejo, que bajo el exterior de aquel gallardo joven agitábanse abrasadoras pasiones y hervía un pasado de amarguras, y que dentro aquella cabeza anidaba un pensamiento grave y doloroso, bien extraño en tan florida edad.

La ocasión en que Rodrigo y Blanca se habían conocido era á la verdad bien novelesca. Caprichosa la niña y avezada á los mimos de Canocchia, no se privaba de ir á todas partes donde se le antojaba y entre otras á las *sagras* ó fiestas con que se celebraba en algunos barrios al respectivo santo patrono de los mismos. A una de estas *sagras*, la de San Gallo, había ido Blanca, ataviada con el traje de gondolera, á fin de gozar mayor libertad, y allí había acudido también, con la idea de estudiar á fondo el ánimo del pueblo, don Rodrigo, disfrazado asimismo de gondolero.

Quiso la suerte que hubieran de encontrarse por largo tiempo jun-

tos en la misma barca y tal simpatía sintieron uno por otro, que si resuelto estaba don Rodrigo á adorar á una pobre gondolera no menos decidida estaba Blanca á otorgar su corazón al gondolero. Todo se aclaró al fin, pero si desigual hubiera sido la condición de los amantes tratándose de una patricia y un marinero, ó de un embajador y una *nicolotta,* mayor abismo pareció separarlos al resultar el uno español y embajador de Felipe II, mientras la otra aparecía la hija del más intratable enemigo de los Austrias y además de esto aspirante al cargo de dux, apoyado por el partido francés.

III

Daban las diez de la noche cúando Blanca, sola, se dirigía desde el canal Orfano al muelle de los Esclavones. El cielo aparecía oscuro y tempestuoso y soplaba con caliginosa violencia el viento Sur.

Reinaba profunda soledad en el malecón. Blanca, embozada en un manto azul, caminaba á paso rápido, volviendo de vez en cuando la cabeza, cuando de pronto vióse detenida por varios enmascarados que la taparon la boca antes de que pudiera dar un grito y la ataron las manos, despojándola de su manto.

Blanca era fuerte comó una palmera crecida en medio del desierto. Luchó cuanto pudo, pugnó por arrancarse el pañuelo que la tapaba la boca, forcejó por desasirse, pero todo fué inútil.

Sujeta fuertemente por aquellos miserables, fué embarcada en una góndola que junto á aquel sitio estaba atracada, sin llevar fanal, deslizándose en seguida la barca, vigorosamente empujada por seis remos.

Helóse de terror la sangre de la desventurada niña al ver que la góndola se detenía bajo el Puente de los Suspiros.

Con igual violencia que al embarcarla lleváronla á tierra los enmascarados, abriéndose á una señal dada una puerta del palacio de la Señoría, la puerta terrible del Tribunal de los Diez.

La joven fué conducida á una lujosa estancia cubierta de tapices rojos, adornada con toda la magnificencia del más fastuoso gusto veneciano y alumbrada por cuatro candelabros de estilo oriental.

Una vez allí presentóse de nuevo uno de los enmascarados quitóle el pañuelo de la boca, rompió las ligaduras de las manos y desapareció con igual silencio con que había entrado, haciendo antes una profunda cortesía.

Daba vueltas Blanca dentro del aposento cual cautiva pantera, lanzando por sus ojos rayos de indignación y rugiendo con furioso estertor, cuando se levantó un tapiz que cubría una de las paredes, apareciendo en la estancia Riccioli.

—Perdón, hermosa Blanca,—exclamó,—perdón si he tenido la desgracia de ofenderos...

—¡Miserable raptor! — repuso la joven, pálida de ira;—no tengo bastante desprecio en mi alma para aborreceros tanto como merecéis. ¡Digna manera de conduciros con la hija de uno de vuestros compañeros en el Tribunal! ¿Qué queréis de mí?

—Vuestro amor, hermosísima Blanca. Nada mas que eso; vuestro corazón, vuestra mano.

—¡Insensato!

—¿Eso me respondéis?

—O bien os responderé así...

Y Blanca estampó su diestra en la mejilla del patricio, dejando una encarnada huella.

—¡Vive Dios que os mato!—rugió el miserable.

Blanca dió un paso atrás y exclamó:

—Por ahí debierais haber empezado, como que sois más infame que el último de los más viles asesinos.

El joven, sintiéndose sin duda acobardado, bajó la cabeza.

—Acabemos,—repuso Blanca.—Soltadme en seguida, y ya sabrá después el tribunal daros vuestro merecido.

—¿Soltaros? ¡Jamás!—replicó el joven.— Y en cuanto al tribunal bien sabéis que están todos los jueces á mis órdenes.

—¡Ah! ¡Qué menguado sois! No habéis tenido valor para disputarme al hombre á quien adoro y os habéis tenido que valer de la cuadrilla de bandoleros que tenéis á sueldo...

—Blanca, mirad que estáis hablando con quien dispone de vuestra vida y honor á su albedrío.

—¡Qué mofa! Un Riccioli, un miserable que antes de llegar al puesto que hoy ocupa hizo su fortuna como espía del Tribunal de los Diez, atreverse á hablar así á Blanca Alviano!

—Sois mi prisionera.

—¿Yo? No; soy una víctima que habéis secuestrado. ¿Cuántos cequíes queréis por el rescate?

—¡Ah! ¿Queréis poner á prueba mi paciencia? Acepto, pues; vuestro reto. ¡Ay de vos, Blanca!

Y Riccioli, pálido y demudado, desapareció de la estancia.

IV

Loca de desesperación la joven, pero sin desfallecer ni por un momento su ánimo, pasó así dos mortales horas hasta que oyó dar las doce en la torre de San Marcos.

Entonces se abrió la puerta y entró un negro con una bandeja, que dejó sobre una mesa.

—¿Quieres salvarme y te daré cuanto pidas?—preguntóle Blanca.

El esclavo hizo señas de ser sordo-mudo.

Blanca insistió nuevamente por medio de signos, pero el negro sólo contestaba á todo con sonrisa estúpida, retirándose al fin haciendo un profundo saludo á la prisionera.

No miró siquiera Blanca lo que en la bandeja había traído el esclavo y así pasó otra hora, sola enteramente, rezando unas veces, llorando otras, pero resuelta á perder mil veces la vida antes que el honor.

Al poco rato volvió á entrar el esclavo con otra bandeja, llevándose la primera y sin dar ninguna señal de sorpresa al ver intacto todo lo que contenía.

De pronto Blanca sintióse devorada por la sed y apuró un vaso de agua de un jarro que en la bandeja estaba.

Así pasaron algunos minutos al cabo de los cuales sintióse presa de extraño desvanecimiento.

V

Momentos después, Blanca, era conducida por los mismos enmascarados de la víspera á una capilla, donde se encontraban Alviano, Riccioli y un sacerdote.

—No ha podido ser de otra manera,—exclamó Riccioli.

—Palabra es palabra,—respondió Alviano.

—Fray Taddeo aguarda para casarnos.

—Y yo tendré el mayor placer en llamaros hijo mío.

Y así fué; un fraile unió ante el altar á Blanca y su criminal raptor, presenciando Alviano la ceremonia, pero cuando Riccioli se disponía á llevarse en brazos á la insensible desposada, dijo Alviano:

—No; no quiero aún que salga de aquí esa pobre niña; esperad á que haya recobrado sus sentidos.

—Tardará mucho todavía; el narcótico era activísimo, y además siendo Blanca ya mi esposa, como es, creo que no tenéis derecho alguno á intervenir en mis asuntos.

—Es una súplica que os dirijo, yerno mío.

—En tal concepto... accedo á ello, mi noble suegro.

—Dejemos á Blanca otra vez en la estancia que la teníais destinada y ocupemos las horas que faltan en asuntos que reclaman nuestro inmediato interés.

—Vamos, pues, padre mío.

Y Riccioli dispúsose á seguir á Alviano, no sin estampar antes un lúbrico beso en los fríos labios de la joven.

VI

¿Qué era en tanto de D. Rodrigo de Toledo?

Al ver el enamorado caballero que no comparecía Blanca á la hora designada, temió en seguida alguna contrariedad. Pero, ¿como podía saber nadie que su amante debía acudir á la cita dada en el muelle de los Esclavones?

¡Ah! Bien claro estaba eso; el gondolero, aquel gondolero que tan profundamente aparentaba dormir y que tan á lo vivo fingía no entender la menor palabra de castellano, debía ser el delator.

En cuanto al raptor no era menos evidente: tratábase del poderoso Ricciolí, del terrible inquisidor de Estado.

—Blanca debe de estar en el palacio del Tribunal de los Diez,—murmuró Rodrigo,—pero yo sabré arrancarla de sus garras.

Y acto continuo dirigióse en su góndola á la plaza de San Marcos.

Fuéle negada la entrada, sin embargo, debiendo esperar á que saliese el sol para poder penetrar en el palacio.

Tenía don Rodrigo fieles confidentes en la servidumbre del tribunal y á uno de ellos fué á ver aquella misma noche, encargándole indagase si había sido conducida allí la hija del noble Alviano.

La contestación confirmó la sospecha que había tenido don Rodrigo: Blanca había sido encerrada en el *gabinete rojo*.

El joven resolvió introducirse entonces furtivamente en la terrible morada, en vez de presentarse como embajador de España.

Su confidente proporciónole la entrada disfrazado de capitán de una galera. Nadie se le opuso al paso, y así pudo permanecer oculto por algun rato en uno de los aposentos del palacio, hasta que el confidente fué á avisarle de lo ocurrido.

Blanca estaba sola, abandonada en un salón cubierto de rojas tapicerías.

Don Rodrigo se dirigió allí sin vacilar, vió á Blanca, fría, muda, insensible como un cadáver, tocóla y creído de que estaba muerta no pudo reprimir un horrible grito.

—¡Infames!—exclamó.—¡Padre infame, más que todos! ¡Raptor infame!

El joven cogió en brazos á su adorada, abrazándola estrechamente y corrió hacia la capilla contigua, aquella misma donde se había celebrado indignamente el casamiento de Blanca.

Dos cirios alumbraban la imagen del Redentor crucificado.

Don Rodrigo, pálido, solemne, con Blanca entre sus brazos, dirigióse al Crucifijo y con voz vibrante, exclamó:

—¡Dios y Salvador del mundo! ¡Ya que no has escuchado mis lamentos ni mis humildes súplicas para devolverme el bien que yo buscaba, juro ante Tí por este inanimado cuerpo, no dirigirte de nuevo mis oraciones ni aparecer ante los hombres con la faz que Tú me diste hasta haber tomado venganza de sobras, colmada, harta, de los asesinos de Blanca! ¡Te juré vivir solo para el bien si ella era mía; te juro ahora vivir sólo para mi venganza ya que la he encontrado muerta!

Momentos después y guiado siempre por su confidente, salía don Rodrigo, por una puerta secreta llevando en brazos á su dulce amada, cubriéndola de besos y bañándola en lágrimas.

VII

Una góndola esperaba; don Rodrigo se embarcó en ella para volver á su palacio y una vez llegó allí encerróse en un gabinete, siempre con Blanca apretada contra su corazón.

Ninguna señal de volver á la vida daba la infeliz niña.

Alboreaba cuando el joven mandó aparejar una góndola para transportar el cuerpo de Blanca al panteón del convento de San Donato, en la isla de Murano, cerca de Venecia.

No quiso que el cadáver de su amada volviese á poder de su infame padre.

El sol doraba con sus primeros rayos de púrpura las cúpulas de la ciudad, cuando don Rodrigo depositaba en la góndola los que creía fúnebres despojos de su amante. Antes de salir recogió todo el caudal que tenía en oro, alhajas y pedrería.

—¡Adiós!—exclamó dirigiendo una mirada de suprema tristeza al palacio.—¡Adiós para siempre gloria, poder, renombre, fama! ¡Adiós mi patria, mi rey! ¡Ya no soy D. Rodrigo de Toledo; ya no queda para mí lugar en el mundo donde hay gentes felices, honrados seres, dulces horas, nobles corazones! Me han herido en el alma; me han robado la dicha, me han asesinado la felicidad. ¡Guerra, pues, ya que quieren guerra! ¡Sangre, ya que quieren sangre! ¡Yo te reto, mundo maldito y no he de parar hasta levantar, para el cadáver de Blanca, una pira más grande que esa Venecia que me la ha matado!

Momentos después un terrible incendio devoraba el palacio de la embajada, dándose por seguro, según todas las versiones, que D. Rodrigo de Toledo había perecido entre las llamas.

VIII

La góndola surcó el canal de Rialto y salió al fin por el Lido al mar.

—Vuestra bendición, padre mio

De rodillas junto á la que fué su bien amada, no apartaba los ojos, don Rodrigo, de aquel inanimado semblante, murmurando:

—¡Pobre Blanca mía!

No era aún bien entrada la mañana cuando llegaron á la abadía.

El cuerpo de la pobre niña envuelto en negro sudario, fué trasportado al atrio de la iglesia, mientras don Rodrigo pedía con urgencia ver al prior del monasterio.

Apareció éste á los pocos momentos, y el joven, con grave entonación le dijo:

—Padre, os traigo un cadáver para que le deis cristiana sepultura. No queráis saber quién es... Era mi amante. Nadie tiene derecho á sa-

—¡POBRE BLANCA MÍA!

ber más, ni nadie está autorizado sino yo á acompañarla á la última morada.

—Es obra de misericordia lo que me proponéis, hijo mío.

—Sí... hacedlo por eso, pero permitidme que acompañe también mi súplica con una obra de caridad... Tomad...

Don Rodrigo alargó al prior una pesada bolsa henchida de oro.

—¿Puedo asistir yo al entierro?—repuso.

—No lo permiten nuestras órdenes,—replicó el prior,—pero haciendo uso de mi poder discrecional hago excepción de vos en este caso.

—Gracias, padre mío.

La comunidad se hizo cargo del cuerpo, entonó un responso y se encaminó detrás del ábside, donde estaba el cementerio del convento, plantado de cruces y sombreado por altos cipreses. Allí, levantando una pesada losa apareció una escalera por donde se bajaba á la cripta donde estaban los panteones.

—Por última vez permitidme, padre mío, que vea á esta mujer, que es el sér que más he amado en este mundo.

—¿Qué vais á ver, hijo mío?—contestó el prior.—Un cadáver inanimado, un montón de carne pronta á corromperse.

Don Rodrigo descubrió el rostro de Blanca, estampó un beso en su helada frente y se retiró algunos pasos, lleno de palidez.

Algunos frailes se acercaron entonces y miraron también.

Uno de ellos, de hermosísimo rostro y apostura llena de gentileza, pareció quedar como extasiado ante la admirable belleza de aquel inanimado cuerpo, más parecido á marmórea escultura cincelada por genial artista que no á yerto cadáver.

Apartóse por fin el fraile cual si le doliera separarse de aquella embelesadora visión y fuése á confundir con los otros religiosos entonando á su vez la lúgubre salmodia del *De Profundis*.

La fúnebre procesión bajó los últimos peldaños de la cripta, siguiendo don Rodrigo detrás del féretro.

El cuerpo fué colocado en un panteón y pronto se oyó el rumor de la pesada losa que lo cerraba.

Terminado el enterramiento retiráronse los frailes á la clausura,

quedando solos en el cementerio el prior y don Rodrigo, en cuyo semblante veíase pintado un dolor sobrehumano.

—Tened fortaleza,—exclamó el religioso.—¡Dichoso ese ángel que desde el cielo, donde mora ya sin duda, rogará á Dios por vuestra salvación!

Don Rodrigo hincóse de rodillas ante el prior y murmuró mientras le besaba la mano:

—Vuestra bendición, padre mío.

El prior le impuso las manos sobre la cabeza y le bendijo.

—Adiós, padre mío,—exclamó el joven levantándose.—Adiós... No hay resignación posible para mí... Con esa mujer habéis enterrado mi ventura...

—¡El cielo os guíe y pueda enviar un consuelo á vuestro dolor!—respondió el fraile.

Abandonó don Rodrigo el monasterio, embarcóse en la góndola y desapareció entre la niebla que se había levantado en las agitadas olas del Adriático.

FIN DEL PRÓLOGO

LIBRO PRIMERO

LA GALERA NEGRA

CAPÍTULO PRIMERO

Buena presa

Era tempestuosa la noche; el fragor del trueno ahogaba el de las olas, y los lívidos relámpagos surcaban el espacio con siniestra luz.

El puerto de Génova presentaba la imagen de la desolación, oyéndose sin cesar las voces de los marineros reclamando au-

xilio y el potente retumbar de las bocinas en demanda de socorro.

Las embarcaciones ancladas en la bahía veíanse en inminente peligro de estrellarse contra la costa ó bien unas con otras; tal era la fuerza del huracán que se había desencadenado.

La lluvia azotaba los rostros de los denodados genoveses que se aprestaban á embarcarse en auxilio de los que se hallaban cada vez más en riesgo de perecer. El frío viento de Noviembre bajando desde los nevados Apeninos, entumecía las manos y estorbaba los movimientos.

Viento, lluvia y relámpagos parecían como soltados por terrible potencia sobrenatural.

De pronto la multitud reunida en la muralla de mar lanzó un grito de sorpresa, olvidando por un momento el peligro en que estaban las naves ancladas en la bahía.

Había motivado aquella exclamación el extraño hecho de hacerse en tal momento á la mar una poderosa galera que nadie recordaba haber visto hasta entonces en el puerto.

La luz de los relámpagos permitía ver que se trataba de un navío armado de una manera formidable. Era una galera de treinta bancos de remeros, provista de diez cañones por banda y de varias bombardas en el alcázar. El aparejo era de bergantín y llamaba muy particularmente la atención que lo mismo el casco que la palamenta fuesen negros.

La galera salió del puerto á fuerza de remos y á guisa de saludo disparó tres cañonazos, desapareciendo enseguida en la oscuridad de la noche.

Los genoveses, supersticiosos como buenos italianos, no habían dejado de enlazar la siniestra imagen de aquel barco con la fecha del día: era el 2 de Noviembre de 1570, la fiesta de la Conmemoración de los difuntos.

La galera navegaba gallardamente con rumbo al Mediodía, cual si en vez de tener que luchar contra el temporal, éste quisiese favorecerla.

Reinaba profundo silencio á bordo, interrumpido solamente por las voces de mando de los oficiales al dirigir las maniobras.

En lo alto del alcázar estaba apostado un centinela y otros cuatro en las dos muras.

La tripulación componíase de una extraña mezcolanza: veíanse allí albaneses, egipcios, griegos, italianos, corsos y españoles, cada uno con el traje típico de su país.

Los oficiales iban, sin embargo, todos con traje español, negro, y se expresaban en el mismo idioma. Iba el barco armado con veinte crepantes ó medios-cañones españoles, de diez piés de largo y bala de á veinticuatro libras.

La tormenta fué cediendo en el resto de la noche.

Al amanecer oyóse la voz del vigía que desde la cofa en que se hallaba gritó:

—¡Vela á poniente!

Al punto uno de los oficiales penetró en la cámara y volvió á salir al poco rato llevando un anteojo. Miró en la dirección indicada por el vigía y gritó á su vez:

—¡Orza á estribor!

La nave obedeció con pasmosa rapidez, haciendo rumbo hacia donde había dicho el vigía.

La galera, que venía en opuesta dirección, pareció temerse de aquel extraño buque, y en vez de continuar su camino viró en redondo tratando de alejarse otra vez hacia poniente, empero no era tan velera, ni de mucho, como la negra nave que la perseguía, y así pronto se encontró á tiro de cañón.

Un disparo de crepante hízola estar quieta.

La galera negra se acercaba de cada vez más al barco á que daba caza.

—Es una goleta veneciana,—dijo un marinero.—Botín tenemos.

—A fe que la cosa no puede marchar mejor; veinte presas en tres meses.

—La Señoría debe estar ya alarmada; mucho será no mande contra nosotros una flota para exterminarnos.

—La Galera Negra no se rinde nunca,—dijo en conclusión un gaviero.

Pronto pudo verse que en uno de los palos de la goleta ondeaba la bandera del León de San Marcos.

La galera negra lanzó á su costado los garfios de abordaje y en un momento estuvo invadida por la tripulación, yendo á su frente un hombre de singular aspecto.

Era de alta estatura, esbelto, de gentil continente, y llevaba oculto el rostro bajo una máscara de bronce.

Los marineros del barco apresado estaban ocultos al parecer, pues no se veía á nadie sobre cubierta.

El hombre de la máscara dirigióse entonces á la cámara, y hallando cerrada la puerta derribóla de un hachazo, presentándose entonces á su vista la imagen del capitán, abrazado á una gentil doncella de unos quince años, vestida según la moda veneciana.

—¡Ah! ¡Sois vos, Pietro Bandello!—exclamó el enmascarado.—Y vos también, amable Cósima... No me creía dar con tan buenos amigos... ¡Ea! Pietro, nada temáis de mí ni de mi gente... No somos piratas berberiscos, sino honrados corsarios contra la *Señoría*...

—Señor,—repuso Cósima,—si es como decís, tendréis sin duda presente que mi padre no ha hecho nunca mal á nadie.

—Lo sé, lo sé, bella niña, pero no por eso deja de ser veneciano...

—Así es, en efecto, y veneciana también yo.

—Esa es la desgracia... Sin embargo, repito que nada debéis temer por vuestras personas; no venimos más que por el cargamento. Pero Pietro, ¿que es eso? Vaya, hablemos.

—¿Qué queréis de mí?—exclamó arrodillándose el pobre Bandello.—Tomadlo todo, matadme, pero yo os pido señor, os pido con lágrimas en los ojos...

—¡Ea! no sigáis. Ya sé qué vais á decirme. Cósima estará tan segura entre mi gente como en un convento de monjas. Más aún.

—¡Cómo!—repuso Bandello, alterándose más de lo que estaba su fisonomía.—¿Pensáis llevarnos con vos?

—Amigo Pietro, pienso llevarme á Cósima, pero no á vos.

-¡Oh! ¡Jamás! ¡Jamás!

—¡Bah! Por más veces que digáis *jamás* será lo que yo quiera.

—¡Cósima! ¡Hija mía!

—Todo se reducirá á separar de su padre á una hija... Creed que hay muchos padres á quienes les está pasando lo mismo, sólo que en vez de saber que sus hijas están vivas... ¡las tienen muertas!

—¡Capitán, por la memoria de vuestra madre no hagáis eso!

—No he conocido nunca á mi madre...

—De vuestro padre... de todo cuanto améis...

—Mi padre me enseñó á ser como soy y en cuanto á cualquier otra persona, sabed que no amo á nadie en este mundo...

—¡Cósima! ¡Cósima mía!

—Dejadla, Bandello. Yo os la devolveré á su tiempo; no puedo ser muy escrupuloso en los medios de llevar mujeres á bordo y ya que se presenta ocasión de tener una, no la he de desaprovechar.

—¿Mas qué queréis hacer de mi hija?

—Disgústame esta soledad de dulces seres en que vivo. Vuestra hija es bella, bondadosa, discreta y sabrá hacerme compañía mejor que no esas Vénus y Magdalenas del Ticiano que tengo en mi camarote y que me dicen lo mismo que un mascarón de proa. Y ahora, como el tiempo urge, vamos á despachar esto en un momento. ¿De dónde venís y á dónde ibais?

—De Barcelona, con rumbo á Liorna.

—¿Qué traéis?

—Frutos y géneros de España... Caldos, pañería, tapices...

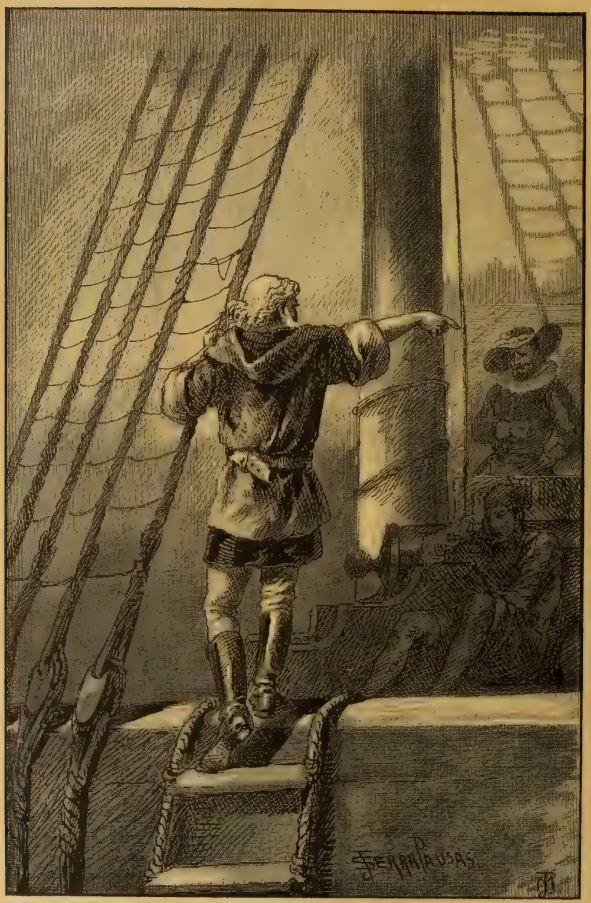
—Bien; me conviene todo eso. Os embarcaréis vos y la gente en la chalupa de vuestra goleta y yo me llevaré el barco con el cargamento.

—Señor, tomad mi vida, pero no os llevéis á Cósima.

—He dicho ya mi voluntad y no tengo más que una palabra. No insistáis, buen hombre.

El tono en que el enmascarado había pronunciado estas palabras era inexorable.

El pobre marino, en cuyo semblante se veía retratada la bondad y cuya edad frisaba ya con la vejez, entregóse á los mayores arranques de



—Capitán corsario, ahí dentro tienes prisionera á mi hija. ¡Maldición sobre tí, si me la tocas un cabello!

desesperación, mientras Cósima le consolaba con dulces besos y tiernas palabras.

A través de la máscara veíase que el capitán de la negra galera miraba con insistencia á la niña, cual si le admirase su serenidad.

Cósima lo notó y aguantó sin bajar los ojos aquella mirada, hasta que el capitán se retiró bruscamente, dejando solos á padre é hija.

II

Una hora habría pasado cuando entró de nuevo el hombre de la máscara.

—Bandello,—le dijo,—no podemos detenernos más aquí. La barca os espera.

El desdichado padre, arrojóse á los piés del corsario y exclamó:

—¡Piedad, piedad, señor! ¡Dejadme permanecer al lado de mi hija! Yo seré vuestro esclavo... ¡Encerradme en la sentina, cargadme de grillos, ponedme en un cepo, castigadme, mandad apalearme cada día, pero no me separéis de Cósima! ¡Señor, señor!...

—Basta, Bandello. He dicho ya mi resolución. Salid al momento.

El desdichado no podía, empero, desprenderse de los brazos de su dulce bien. Las lágrimas bañaban su atezado rostro, pero los ojos de Cósima permanecían enjutos.

A duras penas consiguieron arrancarle de allí. De súbito y desde lo alto de la orla de estribor donde estaba colgada una escala de cuerda para bajar, irguióse Pietro Bandello y con voz solemne cuanto terrible exclamó:

—Capitán corsario, ahí dentro tienes prisionera á mi hija. ¡Maldición sobre tí, si me la tocas un cabello!

—Id en paz,—contestó con grave entonación el hombre de la máscara.—Cósima está segura aquí.

Pronto ocuparon la chalupa el capitán Bandello y sus marineros.

La galera negra hizo rumbo otra vez al Sur como á su salida de Génova.

Muy lejos veíanse tres poderosas naves en cuyos topes flotaba el pabellón de San Marcos.

—¡La escuadra veneciana nos persigue!—exclamó el capitán.—¡Largo á todo remo! No ha llegado aún la hora.

El viento era propicio; una fría y violenta tramontana hinchó las

velas de la galera que llevaba á remolque la goleta de Bandello y al amanecer del siguiente dia divisábanse á lo lejos las costas de la Córcega.

III

La galera, llevando á remolque el barco apresado, entró á las primeras horas de la tarde en el fondeadero llamado de *Urcino*, dentro del golfo de Sagone, á cuatro leguas al N. de Ajaccio.

Su llegada estaba prevista, sin duda, por cuanto un numeroso gentío estaba esperando en la playa y gritó así que el buque estuvo cerca:

—¡Viva la *Galera Negra*! ¡Viva el capitán! ¡Vivan los valientes!

El barco contestó á tan lisonjeras demostraciones saludando con varios cañonazos á los corsos, viéndose al poco rato rodeado por multitud de naves de pequeño porte, henchidas de gente que no cesaban de aclamar al *capitán de la máscara*.

Algunos naturales, que debian estar en cordiales relaciones con el corsario, fueron admitidos á bordo.

El hombre de la máscara les esperaba en cubierta y á todos tendió afectuosamente la mano.

—Bienvenido, capitán,—dijéronle.—Esta vez parece que ha sido riquísima la presa.

—Ya lo veréis, señores,—contestó el interpelado.—Creo, en efecto, que hemos hecho un buen negocio.

Los visitantes pasaron á la cámara del capitán.

Era esta una estancia que nadie hubiera supuesto existiese dentro de aquel sombrío buque.

Formaba un espacioso exágono; las paredes están forradas de raso negro y en el centro de cada uno de los plafones veíase bordado en oro un escudo de muchísimos cuarteles con una corona de marqués encima. Un mullido diván de terciopelo, también negro y blasonado, daba la vuelta á la cámara. En uno de los seis lados de esta veíase colgada una panoplia de curiosas y artísticas armas de las fábricas de

Damasco, Toledo, Mequinez y Trípoli, mientras que en otro, que correspondía al testero, aparecían encerradas dentro un precioso marco de cristal de Venecia, dos largas trenzas doradas. Esparcidos en medio de la estancia había varios *narghilés* turcos, de peregrina labor, indicando la afición de su dueño á fumar á la manera oriental. El suelo estaba tapizado por rica alfombra de Persia. En sendos caballetes veíanse dos admirables pinturas del Ticiano, representando una Venus y una Magdalena. Una hamaca colgada en uno de los ángulos demostraba por la riqueza de su tela y de los gruesos cordones de oro que la sostenían ser aquel lecho el del corsario. Una mesa cuadrada, de ébano, con prolijas labores, estaba junto á la hamaca. Del centro del techo artesonado pendía una lámpara morisca. El aposento exhalaba un penetrante olor debido á las aromas que estaban consumiéndose en un pebetero confundido entre los narghilés. La cámara recibía la luz del día por una lucerna revestida de cristales blancos y dorados.

IV

El capitán entró en la cámara seguido de los corsos que habían subido á bordo, los cuales no parecieron encontrarse muy extrañados en aquel lugar, como si les fuese ya bien conocido.

Cinco eran los isleños que habían merecido tanto honor, todos ellos de mediana edad y de aspecto nada tranquilizador, á pesar de los trajes de gala con que se habían ataviado.

Apenas habían tomado asiento los recién llegados, cuando se presentó un marinero cargado con una enorme bandeja que dejó sobre la mesa, retirándose al momento.

Venían en la bandeja seis botellas y seis copas de cristal de Venecia.

El hombre de la máscara destapó una de las botellas, llenó una copa y exclamó:

— Para vos, mi noble amigo Cavalcanti; vino de Canarias.

Y haciendo lo mismo con las restantes fué ofreciendo la copa respectiva á cada uno de los otros cuatro invitados, diciéndoles en particular:

—Para vos, señor Rocavasaglia; vino de Jerez.

—Señor Brunelleschi, Oporto.

—Amigo Bianchi, Lácrima Christi.

—Esa copa de Chipre, camarada Buonaparte.

—Amontillado, para mí.

Los seis hombres pusiéronse de pié, chocaron las copas, apuráronlas de un trago, y volvieron á sentarse.

—Vamos á hablar ahora de nuestros honrados negocios, mi caro amigo Cavalcanti;—dijo el corsario.—Aquí traigo todo un tesoro. Podréis verlo enseguida.

—¿Y qué es ello?—repuso el aludido, en cuyo rostro se veía pintada la codicia.

—Figuran, querido mío, sedas, vinos y trigos de España, especería, joyas, encajes...

—¡Santísima Madona!

—Y piezas y más piezas de terciopelo, tapices, minerales...

—*¡Oh Dio!*

—Ya veis, pues, que el negocio promete ser muy lucrativo para todos.

—Vamos á ver eso, pues,—replicó Cavalcanti, hombre práctico.

—Tiene razón *il padrone;* —contestó Buonaparte, cuyo semblante extremadamente bilioso hacíale aparecer como si estuviese afectado de ictericia.

—Id allá vosotros solos; yo esperaré aquí.

Y apretando el resorte de un timbre de plata que representaba una calavera y que estaba siempre sobre la mesa, produjose un fuerte sonido, á cuya señal apareció el marinero que había traído la bandeja.

—Julián,—dijo el enmascarado,—di al teniente Saravia que guíe á estos señores á bordo de la goleta, para que reconozcan la carga.

V

Salieron los corsos de la cámara y siguieron al oficial que les condujo á bordo del barco de Bandello.

El cargamento era más importante de lo que el pobre veneciano había manifestado, y consistía en vino, aceite, arroz y seda de España, goma arábiga ó sangre de drago de Canarias, alumbre, azogue y coral, innumerables cajas de especería y hermosas tapicerías de Flandes que Guillermo de Nassau había mandado vender, y de que se habían hecho cargo enseguida los mercaderes del Principado.

Los corsos deliberaron por largo rato antes de abandonar la goleta, y se presentaron nuevamente en la cámara del capitán de la *Galera Negra.*

—¿Habéis visto, señores?—dijo el enmascarado.

—Sí; es buena mercancía toda,—dijo Cavalcanti, que era al parecer el más autorizado de los cinco.—¿Cuánto queréis por ella?

—Proponed vos el precio.

—Diez mil ducados.

—Quince mil.

—Diez mil ducados es un buen negocio para vos,—dijo Brunelleschi.

—El cargamento vale treinta mil; os lo doy por la mitad.

—¿Qué decís vos Rocavasaglia?—dijo Cavalcanti dirigiéndose al aludido.

—Digo que el capitán está en lo justo.

—Opino lo mismo,—añadió Bianchi.

—¿Y vos Buonaparte?—dijo Cavalcanti.

—Vaya por los quince mil.

—Trato cerrado, capitán.

—Trato cerrado.

De nuevo se llenaron las cópas, sellándose con vino el convenido pacto.

—¿Y el barco?—repuso Brunelleschi.

—El barco,—replicó el capitán,—queda por mío.

—Os lo compro.

—No lo vendo.

—¿Luégo vais á hacer con él lo mismo que con los otros?...

—Sí.

—Capitán, permitidme que os diga, sin embargo, que no os com-

prendo. Os he querido comprar una vez y otra los barcos que habéis traído aquí y os he ofrecido por ellos mucho más de lo que valían, y siempre...

—Siempre he preferido quemarlos. Pues bien, lo mismo haré con éste. Yo me entiendo y Dios me entiende.

Los comensales, sabedores, sin duda, de las costumbres del capitán, pusieron término á su visita y se retiraron.

—Mañana al amanecer estaré aquí con el dinero,—dijo Cavalcanti.

—Aquí os aguardaré,—repuso el capitán.

VI

Llegó la noche.

El corsario bajó á la batería, dirigióse al extremo de popa y empujó una puerta que volvió á cerrar cuidadosamente, encontrándose en una preciosa antecámara, iluminada por una lámpara de alabastro.

Luégo dió discretamente algunos golpecitos en una puerta que se veía en el fondo.

La puerta se abrió y apareció en su umbral la interesante figura de Cósima.

—¿Me permitís, señora?—exclamó el enmascarado.

Inclinóse la joven, en señal de asentimiento, sin manifestar haberse inmutado en nada, y dejó paso al corsario que, previo un saludo lleno de exquisita galantería, penetró en la estancia.

La cámara que ocupaba Cósima aparecía del todo diferente de la que servía de alojamiento al capitán. Era ovalada, forrada de raso blanco; algunos canarios, sinsontes y ruiseñores poblaban de armonías aquella estancia, encerrados en doradas jaulas suspendidas del techo. Varios sillones forrados de raso azul celeste, servían de asiento en lugar de los divanes que se veían en la cámara del capitán. En un ángulo estaba dispuesta una preciosa litera de roble tallado con cortinajes y cobertor de raso de igual color que los sillones, y junto á ella un hermoso cuadro representando una Madona, obra del Giorgione. Veían

se además, arrimadas á la pared, una mesa de taracea, con una gran luna de Venecia encima, encuadrada en un marco de plata, y una estantería con varios libros encuadernados en tafilete. En medio de la cámara y sobre una trípode de bronce, había un búcaro de faenza conteniendo un hermoso ramillete de frescas rosas, azucenas y claveles, verdadero prodigio en medio de una navegación, y colgado de una de las paredes un laud de Cremona.

A la tibia luz que despedía una lámpara de oro pendiente del techo, destacábase allí la figura de Cósima como en su natural elemento. Era una criatura verdaderamente virginal, fría y dulce; la cabellera, de color castaño, dejaba ver en toda su serenidad la frente, estrecha y graciosa; los ojos eran negros, sombreados por oscuras cejas; la nariz recta y algo corta, y los labios formaban entre sí como una rosa cuya corola sólo tuviese dos pétalos. El talle era cenceño, estrechos los hombros, gentil la estatura y castísimo el seno, formando un armonioso conjunto; toda la vida que faltaba en los movimientos y rasgos de la fisonomía, estaba concentrada en los ojos, ora entornados, ora rasgados súbitamente, lanzando por sus pupilas luminosos efluvios.

Iba vestida con un corpiño de negro terciopelo, y falda de seda morada, y cubría su cabeza con una toca blanca. Así ataviada, aparecía aún más realzada su expresión de pureza, semejante á una de aquellas vírgenes cristianas que se inmolaban al martirio en aras de su ardiente fe.

VII

Accediendo á una indicación del enmascarado, sentóse Cósima en uno de los sillones, mientras él lo hacía en un escabel, único que había en la cámara, colocádose á respetuosa distancia de la niña.

—¿Os sentís bien, Cósima?—preguntóle el capitán con la mayor dulzura.

—Sí,—repuso la joven.—Estoy acostumbrada á las navegaciones.

—Sin embargo, deberéis estar muy triste... y me aborreceréis, sin duda, por ese cautiverio en que os tengo. ¿No es así, Cósima?... Podéis

decírmelo sin reparo, pero os juro que tan segura estáis aquí como al lado de vuestro padre.

—No os puedo estar reconocida, ciertamente, de haberme ocasionado un dolor tan cruel, pero no creáis que os aborrezca por eso. Yo no sé aborrecer... Verdad es que tampoco sé temblar.

—Tenéis el corazón de ángel.

—Mi padre me enseñó á no desear mal á nadie, ni áun á nuestros mayores enemigos.

—Dichosa vos... Yo en cambio, sólo he vivido hasta ahora en el aborrecimiento y en el odio... Por eso mismo sentía como la nostalgia de un ángel; por eso os quise tener junto á mí... ¡Oh, Cósima! Yo no creo en nada, pero siento en mi corazón una sed infinita de creer... y de amar...

—Parece raro que abriguéis tales sentimientos y os complazcáis, sin embargo, en dejar sumido en la más cruel desesperación á un pobre anciano...

—Os hubiera robado lo mismo en medio del mar que en mitad de las calles de Venecia; así que os ví aparecísteisme cual la codiciada perla que descubre el buzo en el fondo del mar... Dejad que os guarde, Cósima, para sentir en vos el aliento de la bondad, el eco de una voz del cielo; compadeced mi anhelante deseo de poseer dentro las negras paredes de este barco del infierno un átomo de la divina esencia. Hay en mí algo de feroz, algo parecido á los salvajes que adoran á un ídolo divinizado por la fuerza; la fuerza es mi elemento, pero quiero otro. Aborrecedme: no por eso dejaréis de ser para mí una celeste criatura, ni de mostraros como una visión sobrenatural; siento que el amargor de mi alma se disipa al veros, que la tristeza mortal de mi corazón se apacigua al oíros, que mi fiereza se aplaca en presencia vuestra...

—Señor, yo no soy esa mujer que pensáis...

—Soislo, pero aunque no lo fuerais, bastaríame que á mí me lo pareciera; bastaríame que sintiera lo que siento al hallarme en presencia vuestra.

VIII

Cósima escuchaba las palabras del corsario como una imagen escucha las preces de un devoto, sin que su rostro expresara la más mínima alteración.

No era que dependiese aquella serenidad de un exceso de inocencia ó de indiferencia inepta, sino de la propia condición de su alma, pura como el cielo azul, dulce como la cariñosa brisa que orea suavemente lo mismo el campo de batalla que el tranquilo lago de límpida superficie.

El corsario permaneció silencioso durante algunos momentos, y al través de su máscara vió Cósima que sus ojos se humedecían.

—¡Estáis muy triste! —exclamó la niña.—Y, sin embargo, parece que vos mismo os buscáis esta tristeza. ¿Por qué no abandonáis esa vida que estáis llevando? Sois bueno y os entregáis al mal. ¿Por qué hacéis eso?

—Vuestra alma bondadosa no puede comprender lo que pasa á veces en el corazón humano. En lo que habéis navegado habréis visto desatarse terribles tempestades, y, sin embargo, por imponentes que os hayan parecido, son más bravas todavía las que se desencadenan en el alma humana. El mal impele entonces todas las energías, inspira todos los deseos, dirige todos los actos... El rayo mata; el dolor obra á veces como un rayo. Otras veces, no, otras veces vuelve loco... Los unos buscan su consuelo en la oración, en un convento... ¡dichosos ellos! Hay, sin embargo, quienes no han tenido esa dicha, y en vez de guiarlos el espíritu del bien, apodérase de ellos el demonio de la venganza...

—¿Y vos hacéis el mal por venganza?

—Sí, y hasta que la haya satisfecho de sobras, no dejaré de llevar esta vida en que me veis.

—¡Perdonad, señor, perdonad!

—Imposible.

—¿Y de quién os vengáis haciendo mal á todos?

—No hago mal á todos.

—Sin embargo, nosotros no os habíamos hecho ningún daño.

—Quiso vuestra desgracia que yo os conociera por ser de Venecia.

—¿Y os vengáis en los de allí?

—Precisamente. Todos los de Venecia, todos menos vos y los vuestros, han de pagar mi agravio.

—Hay, sin embargo, en Venecia gentes unas con otras enemistadas, demasiadas por desgracia; ¿quién os dice que no os venguéis en un común enemigo del que pretendéis vengaros?

—No; todos son para mí lo mismo. El nombre fatal de Venecia despierta en mí invencible cólera. Allí perdí mi bien, allí me lo mataron...

—Doloroso trance, ciertamente.

—No os lo podéis imaginar, Cósima.

El corsario pareció meditar algunos momentos y repuso:

—Cuanto más habláis, dulce niña, más siento crecer en mi alma el sentimiento que me inspiró vuestra presencia. Rayo de luz que habéis venido á consolar las tinieblas de mi espíritu, melodía celeste que aplacáis las tempestades de mi pecho...

Cósima miró dulcemente al corsario; y éste deslizándose de su asiento dejóse ir al suelo, quedando arrodillado á los piés de la niña y apoyando su cabeza en su regazo.

Así pasaron largas horas.

Por fin, el corsario pareció volver en sí; inclinóse para dar un beso en la orla del vestido de la niña, y salió de la cámara, contemplando un momento más la dulce imagen de Cósima dormida.

CAPÍTULO II

El Castillo de Urcino

Según habian prometido los corsos volvieron al amanecer llevando los quince mil ducados convenidos.

El hombre de la máscara fuése con sus amigos á bordo de la goleta apresada y permaneció allí hasta quedar terminado el desembarco del cargamento que fué conducido á Urcino en grandes barcazas.

—Hasta otra, capitán,—exclamó Cavalcanti al despedirse.

—A la vista, señores míos,—respondió el corsario.

El capitán volvióse á bordo de la galera y pasó enseguida á ver á Cósima.

—¿Me concederíais el honor de venir conmigo á tierra?—preguntóle.

—Vamos,—respondió la prisionera.

—No conviene, sin embargo, ni quiero yo consentir, que vean vuestro rostro, y os ruego por lo tanto que os pongáis un antifaz. Aquí os traigo algunos; ved cual escogéis.

Y el capitán presentó á la niña varias máscaras.

La niña tomó una al acaso y se la puso.

—Cuando queráis,—dijo.

—Salgamos pues.

Al llegar á cubierta el corsario mandó que se embarcaran doce hombres en una chalupa para ir á tripular la goleta.

Llamó luégo al segundo del barco y le dijo:

—Montanchez, quedáis encargado del mando. Parto para el castillo. Vigilad bien y si llegara el caso...

—Sé lo que debo hacer, capitán. Volar el barco antes que rendirse.

—Bien, Montanchez; pero intentad antes poneros en salvo sin combatir. Saravia quedará al pié del castillo con una canoa y cuatro hombres. Durante mi ausencia repartiréis su parte á la gente; ahí tenéis cinco mil ducados; mil para vos.

—Se hará como decís.

—Bueno será que no salga de á bordo ningún hombre. Cuidad de que así se haga.

—Nadie saldrá.

—Nada más he de deciros. Hasta mañana, Montanchez.

—Hasta mañana, capitán.

II

El corsario y Cósima se embarcaron para tierra.

El bote atracó junto á una roca y los dos jóvenes se encontraron en tierra al cabo de un momento; Saravia y los demás hombres desembarcaron después.

—Dejadme ver ya vuestro rostro,—dijo el corsario á la niña, cuando se hallaron libres de toda mirada humana.

Cósima se quitó el antifaz y el sol dió de lleno en su angelical semblante, coloreándolo con tintas de color de rosa.

Partiendo de la misma peña en que habían puesto el pié al desembarcar ofrecíase á la vista un sendero en espral que dando la vuelta á la rocosa pirámide parecía deber terminar al pié del derruído castillo.

Labrados en la peña viva aparecían toscos peldaños destinados á hacer menos difícil la ascensión.

Iba delante el enmascarado, el cual se volvía de vez en cuando para dar la mano á la niña á fin de ayudarla en la subida.

A mitad del camino detuviéronse. Desde allí se divisaba un vasto panorama; al pié de la escarpada roca meciase perezosamente la goleta.

—Hasta otra, capitán,—exclamó Cavalcanti al despedirse.
—A la vista, señores mios,—respondió el corsario.

—Buena tierra,—exclamó el enmascarado.—Me gustaría ser corso si no fuera español; el corso se venga siempre, no perdona nunca.

—Pues yo, señor, os perdono.

—Vos sois un sér superior á todos los demás de la tierra; vos sois un ángel.

—Os parezco entonces bien distinta de lo que creo ser; ¡quiera Dios que alguna vez no recibais de mí algún rudo desengaño!

—Yo os aseguro que nunca llegará ese caso.

Nublóse de pronto la frente del corsario y repuso:

—¿Amáis acaso á algún hombre?

—A mi padre.

—No se quejará de mí vuestro padre. Su Cósima bien amada será tan respetada como no lo sea la misma virgen de sus altares.

—¡Pobre padre mío! ¡Sin verme!

—Ya os verá. Pronto. ¿Y es él solo á quien amáis?

—No, hay otro también.

—No le conozco, Cósima, pero ese hombre no puede mereceros.

—¿Qué sabéis vos?

—Lo sé, porque nadie en el mundo es digno de vuestro amor.

—El hombre que os digo es merecedor de que le ame la mujer más digna de la tierra.

—¿Es joven?

—Tiene poca más edad que yo.

—¿Rico?

—Pobre.

—¿Hermoso?

—Lo es su alma.

—¡Feliz él!

—¡Oh, no, muy desgraciado, pues yo sé de él y él no sabrá de mí; puede creer que le he olvidado. No soy, pues, tan desgraciada como Leonelo.

—Yo haré que le veáis también; como veréis á vuestro padre...

—Será entonces tanto mayor mi agradecimiento.

Levantóse bruscamente el corsario y dijo:

—Si no estáis cansada...

—Cuando gustéis.

Los dos jóvenes continuaron silenciosamente la marcha y así llegaron hasta el pié de las ruínas.

III

Levantábase allí una antigua fortaleza romana cuyos muros, de piedra de sillería, había corroído la acción del tiempo, tomando un color uniformemente amarillento. No se veía torre alguna sino cuatro

lienzos altos, rectos, lisos, sin almenas ni troneras de ninguna clase. La fortaleza formaba un cuadrado perfecto de un centenar de pasos cada lado. En uno de ellos, el que miraba al mar, veíase un ancho arco tapiado. Era el portal de la fortaleza.

El corsario fué arrancando piedras del revestimento de dicho arco y apareció detrás una superficie metálica, hasta que al cabo de algunos momentos quedó visible una puertecilla de hierro, disimulada detrás de los pedruscos de la tapia. El enmascarado introdujo entonces una llave en la cerradura y cedió la puerta.

—Ya estamos,—dijo.

Acto seguido penetró en el interior, y tras él Cósima.

En medio del espacio comprendido entre las cuatro altas murallas, convertido en un espeso matorral, veíase un edificio de menor altura, cuadrado también, cuyo interior recibía la luz por medio de una lucerna abierta en lo alto de la cúpula que coronaba el edificio y por dos grandes ventanas practicadas á cada lado.

Allí se dirigió el corsario, cuidando antes de cerrar el postillo de entrada.

Penetrábase en aquel recinto por una puerta del lado de Oriente, la cual quedó franca al apretar un disimulado resorte el enmascarado.

Éste precedió á Cósima y díjola:

—Aguardad un momento.

La niña quedó esperando en el umbral y vió al poco rato volver al enmascarado.

—Entrad,—exclamó.

Cósima puso el pié en el ediculo y se encontró en presencia de un extraño espectáculo.

IV

Era una sala rectangular, cuyo techo formaba una redonda bóveda, siendo de piedra de sillería las paredes y estando revestido de caprichosos mosáicos el interior de la cúpula.

La luz zenital iluminaba espléndidamente la sala, permitiendo ver los menores detalles.

En la pared que formaba el testero levantábase sobre un pedestal una estatua de Hor, dios egipcio, toda en mármol blanco, enteramente intacta, con la cabeza de gavilán según se acostumbraba á representar á aquella divinidad.

Al pié de las paredes corria un banco de jaspe azulado y en medio del pavimento veíase un gran mosáico representando la lucha de Hor y de Tifon.

En el lado opuesto al en que se levantaba la estatua de Hor, aparecía un sepulcro romano, cubierto por una losa en forma de pirámide.

Hasta aquí lo que parecía datar de la época en que dominaban allí los Césares, pero también se veia algo indudablemente moderno, y tal era una gran cama imperial, un pebetero árabe á su lado, una preciosa alacena, y sobre una mesa de nogal tallado, con incrustaciones de plata, un candelabro de bronce con varios cirios.

Cósima reparó que en el brocado que cubria la cama aparecía bordado el mismo escudo que en la cámara del capitán.

Sentáronse los dos en el banco de jaspe cerca del sepulcro.

—Este es mi retiro,—exclamó el máscara.—En esta soledad me encuentro bien cuando quiero dejar por algunos días mi triste vida de corsario. Aquí, bajo la inmensidad del cielo y dominando la extensión majestuosa del mar, me siento como devuelto á lo que es de verdad mi alma. Aquí quiero que me entierren, Cósima, si logro escapar con vida de las olas y del hierro.

—Extraño retiro. Parece este sitio un templo pagano.

—No os equivocáis; un templo es, dedicado al dios Hor. Plúgome tal divinidad y de ella me he hecho muy devoto.

—¡Qué! ¿Adoráis de veras á un ídolo pagano?

—¿Por qué no, si responde á mis necesidades? No hay en el cielo cristiano ningún sér á quien pueda yo dirigir mis oraciones.

—Será que lo que pedís es contrario á lo que constituye tal religión.

—Contrario es, naturalmente.

—Señor, no me creo en el deber ni en el caso de convertiros, y así

os pido me perdonéis la extrañeza que he manifestado al oíros decir que adorabais de verdad á esa estatua. Pienso que entre los que la adoraron había también almas generosas y buenas, y esto me basta para no insistir.

—Tenéis razón en lo que decís, Cósima.

Reinó breve silencio, durante el cual permaneció el corsario abstraído, al parecer, en honda meditación.

—Yo creo, Cósima,—exclamó sin mirar á la joven y como si se dirigiese á un personaje invisible,—que la mejor religión sería la adoración de quienes pudiesen oírnos y contestarnos. ¡Ah! ¡Si los santos de las iglesias y esta estatua de Hor se moviesen y hablasen como vos!

Cósima escuchaba impasible al corsario, tan impasible cual si fuese otro ídolo.

—Ese Hor que encontré en pleno dominio de este templo debió de ser una divinidad terrible y al par benéfica... Los romanos lo adoptaron en su religión... Era el enemigo del mal, de Tifon, de la monstruosa serpiente... Me gustó el emblema de su cabeza: un gavilán. También soy yo un gavilán: es un ave de alto vuelo; rapaz, pero amiga de cernerse en los espacios más excelsos... Sin embargo, no veo en él lo que en vos... Sois buena.

Seguía callada Cósima.

—La bondad es adorable siempre; es una virtud que hace santo al que la posee; yo he encontrado pocos seres buenos en este mundo... Y uno de ellos he sido yo. *Ella* también era buena; conocíase sin embargo que era mujer, y en vos, no se conoce.

No dió la menor señal de sorpresa ni de turbación la joven.

—El mundo tendrá mucho que agradeceros, Cósima. Habéis sido el dique puesto al torrente, la paloma que avasalla el gavilán, la brisa que refresca el desecado arenal.

—Señor,—respondió Cósima con voz dulce y serena,—yo no soy más que una pobre mujer, de la misma naturaleza que las demás.

—No,—contestó el corsario, que continuó hablando como anteriormente;—no, Cósima. Os repito que merecéis se os adore como á ese Hor, solo que vos escucháis y respondéis y él sólo escucha y no res-

ponde. He de entender lo que me dice por lo que yo pienso. Vos, no; vos tenéis voz y la oigo y penetra en lo más hondo de mi alma; solo que vuestras palabras no suenan en mí tal como las pronunciáis sino de otra manera muy distinta...

Calló la joven nuevamente sin que pudiera traslucirse en su rostro la menor emoción.

V

El corsario había quedado como en éxtasis.

Vaciló por un momento en su sitio y luégo se dejó deslizar dulcemente al suelo, reclinando su cabeza en el regazo de la niña.

El Máscara pareció como que volviese en sí al cabo de un largo rato.

—¡Ah!—exclamó retirando vivamente su cabeza,—¿os he molestado mucho?

—No me habéis molestado nada, señor.

—¡Oh, Cósima! os contemplo no como á una mujer, sino como á un ángel. El día que faltéis de mi lado, será para mí como perder el cielo y hundirme en los abismos del infierno.

—Siempre estaré á vuestro lado, si así lo queréis, señor.

—¡Ah! ¿Y Leonelo?...

—¡Leonelo! ¿Qué importa que esté yo junto á vos para que le quiera?

—¿Y dejaréis á ese hombre para compartir conmigo esta negra existencia á que me he condenado?

—Le dejaré, señor.

—¡Gracias, Cósima! ¡Qué buena sois!

—Y vos sois desgraciado, señor. Lo que hacen otras mujeres en el retiro del claustro, orar y practicar buenas obras, créolo hacer también yo, consolándoos, en lo que puedo, de vuestras tristezas.

—¡Oh, no! No es eso solo lo que os debo. Me hacéis vivir, Cósima. Sois el rocío bienhechor que templa la sequedad de mi alma. No me distraeis, Cósima; me hacéis creer, me hacéis sentir.

—Eso os parece, señor. La verdad es que no sé cómo una pobre mujer como yo puede infundiros tales sentimientos.

VI

Iba bajando el sol y ya comenzaban á envolver el recinto del antiguo templo las sombras de la noche.

La oscuridad fué haciéndose más densa y por fin quedó todo en tinieblas.

El capitán no parecía notar aquella oscuridad, que sin embargo no tardó en disiparse penetrando en breve los rayos de la luna á través de una de las ventanas laterales.

—Se ha pasado el día sin notarlo,—exclamó el corsario.—Sin duda estaréis desfallecida. Vamos á probar algún alimento.

El corsario abrió la alacena y sacó de allí varias provisiones: galletas, conservas, dulces y una botella de vino de Chipre.

Terminado el refrigerio dijo el enmascarado:

—Podéis acostaros en ese lecho y descansaréis, Cósima. Yo velaré á vuestros piés.

—¿No tenéis sueño vos, señor?

—No, no tengo.

La joven se tendió sobre la cama y el corsario se separó algunos pasos, hasta el sepulcro, sobre cuya losa se apoyó. Desde allí oyó como la niña murmuraba una oración, quedando por fin dormida.

La luna daba de lleno en su rostro virginal y hacía resaltar la blancura de su traje sobre el negro brocado que cubría la cama.

Oíase el canto de un ruiseñor y llegaba hasta allí, melancólico, el rumor del mar.

El corsario permaneció meditabundo por largo rato, pasándose después la mano por la frente como para desechar alguna triste idea. Levantóse luégo é imprimió á la losa un movimiento de rotación, con lo cual quedó descubierto el sepulcro.

Introdujo en él ambas manos, sacó un montón de collares de brillantes y de perlas que relumbraron en la oscuridad, y escogió uno de entre ellos, hecho lo cual volvió á cerrar la sepultura y se tendió sobre el banco de piedra, donde pasó el resto de la noche.

Hacia algunas horas que Cósima dormía cuando el enmascarado oyó que le llamaban en voz baja.

—¿Qué queréis?—preguntó cariñosamente el capitán.

—No me atrevía á levantar la voz por si dormiais... Quisiera beber un poco de agua.

—Enseguida,—contestó el corsario.

Salió del recinto y se dirigió á una de las murallas en cuyo espesor se veía un profundo hueco de figura semicircular.

El capitán introdujo parte del cuerpo y su brazo en la cavidad y al cabo de un momento oyóse el chirrido de una palomilla.

Era una cisterna en la cual había un cubo suspendido de una cadena de hierro.

No tardó á llegar el cubo al fondo y se percibió el rumor del agua.

El corsario volvió con el cubo á donde estaba Cósima.

La niña llevó á sus labios la fría bebida, hasta quedar saciada.

—¿Me permitís que apure esta agua?—preguntó el enmascarado.

—Sin duda que si,—contestó Cósima.

El capitán bebió, hasta la última gota.

—Falta aún bastante para ser de día,—dijo,—podéis dormir un rato más.

—Gracias, se me ha quitado ya el sueño,—respondió.

El enmascarado encendió los cirios del candelabro, y dijo:

—Cósima, vais á aceptar un humilde presente que quiero haceros.

—¿Qué queréis darme, señor?—respondió la niña.

—Poneos esto; en ninguna parte puede estar mejor.

Y diciendo estas palabras el corsario colocó en el cuello de Cósima un deslumbrador collar de perlas montadas en oro, obra peregrina de orfebrería berberisca.

La niña dejó hacer lo que el capitán quería.

El collar era tan grueso que los hilos de perlas que de él colgaban, llegaban hasta la cintura, formando como una coraza.

—Podéis ponéroslo sin escrúpulo,—añadió el enmascarado.—Es buena presa. Se lo quité á un pirata argelino.

—Gracias, señor,—contestó Cósima.—Siento mucho que á mi vez no pueda yo corresponderos al presente que me hacéis.

—¡Oh, sí! Mucho podríais darme si quisierais.

—¿Qué, señor?

—Un rizo de vuestros cabellos, un objeto cualquiera que os pertenezca.

Estaba sobre la mesa el puñal del corsario, cogiólo la niña y con él se cortó un rizo de su blonda cabellera.

—Tomad,—dijo.

Cósima quitóse entonces el velo que llevaba y se lo dió también.

—Vos sola reinaréis aquí, de hoy en adelante,—exclamó.—Vuestro velo ocultará á Hor.

Y diciendo esto cubrió con el blanco tul la estatua de la divinidad egipcia, rasgando un poco de la gasa, con la que envolvió el rizo y lo colocó junto á su corazón.

La joven volvió á tenderse en el lecho y el corsario quedó en pié junto á ella.

De pronto resonó un cañonazo.

—¿Qué será?—exclamó el capitán sin inmutarse.—Algo le ocurrirá á Montanchez. No os mováis, Cósima.

—¿Por qué no he de ir con vos?—repuso la niña.

—Puede haber algún peligro.

—Ningún peligro me arredra.

—Vamos, pues.

Salieron de la estancia y mientras el corsario cerraba la puerta, adelantóse Cósima hasta el portal de la fortaleza, quedando allí inmutada, pálida, fija la vista en el espectáculo que ofrecía el fondeadero.

La goleta estaba ardiendo y al resplandor de la hoguera veíanse tres galeras venecianas acercarse con rumbo á la cala.

El corsario murmuró:

—Montanchez habrá puesto ya en salvo la galera. Que esperen entre tanto.— Y volviéndose á la joven, exclamó:—Nada temáis, Cósima.

—Nada temo,—respondió ella.

Y sin decir más emprendieron ambos el descenso hacia la costa.

VII

El corsario divisó á Saravia y á los marineros sobre las rocas, llevando consigo la chalupa.

A su vez, se apercibieron ellos también de la proximidad del Máscara y su compañera, y salieron á su encuentro.

—Nada temáis, Cósima.
—Nada temo,—respondió ella.

—¡Capitán,—gritó Saravia,—hacia aquí! Montanchez se ha hecho á la mar para evitar el ataque, y os espera.

—Vamos, Saravia,—contestó el corsario.

Pusiéronse todos en marcha, cargándose la canoa sobre los hombros los cuatro marineros.

Durante media hora fueron caminando hacia el Sur, hasta que se detuvieron sobre una pequeña rada circular formada dentro unas rocas, cortadas á pico, lo cual hacia asemejarla á un ancho pozo.

La bajada era fácil, sin embargo, gracias á los peldaños labrados verticalmente en una de las peñas.

—Botad la falúa,—dijo el corsario.

Las marineros ataron una cuerda al mango del timón y otra á la proa y fueron bajando poco á poco la embarcación.

Al poco rato la canoa se mecía sobre el agua.

Uno á uno fueron bajando los marineros y después Saravia.

—¿Queréis bajar sola, Cosima?—preguntó el Máscara á la joven.

—Si,—respondió la niña.

El descenso se efectuó sin novedad

—En este caso, permitidme que tome alguna precaución...

Y sin decir más el corsario pasó por la cintura de Cósima, una cuerda en forma de nudo corredizo, quedándose él con el cabo.

—Bajad,—añadió el capitán.

Cósima puso el pié en el primer peldaño y después de ella siguió el enmascarado, llevando cogido entre dientes el extremo de la cuerda.

El descenso se efectuó sin novedad; al cabo de un momento ocho remos azotaron vigorosamente el claro espejo del agua, y la falúa, deslizándose por el estrecho canalizo que ponía en comunicación la rada con el exterior, salió pronto al mar libre.

VIII

El sol brillaba ya en el horizonte, entre arreboles de encendida grana.

Las tres galeras venecianas veianse allá muy á lo lejos, á la entrada del golfo de Sagone, mientras que ya fuera de él y á tres millas de la falúa manteníase al pairo la *Galera Negra.*

—Aprisa,—dijo el capitán después que hubo mirado con su catalejo.

La canoa parecia una flecha, según la rapidez con que surcaba el mar.

Pronto debieron de percibirla desde el barco corsario, por cuanto este hizo rumbo hacia ella.

—Ya vienen;—exclamó el Máscara.

Favorecida por el viento, no tardó en distinguirse á simple vista la *Galera Negra.*

Media hora después el capitán llegaba á bordo de su nave y daba la señal de zafarrancho.

CAPÍTULO III

El combate

Los tres barcos venecianos habíanse colocado en disposición de querer cercar la *Galera Negra.*

En uno de ellos ondeaba, además del pabellón de San Marcos, la insignia de capitana.

El Máscara clavó su mirada de águila en la bandera, y exclamó:

—¡Famosas naves! La *Roccaforte*, la *Morosini* y la *Chipre.* ¡Ira de Dios!—añadió luégo, reparando en la *Roccaforte.*—¡El escudo de Riccioli!

El mar empezaba á estar agitado; las olas, poco antes rizadas, amenazaban encresparse en breve. Negras nubes encapotaban el espacio; soplaba un viento húmedo, que hacía presagiar próxima borrasca.

Toda la tripulación estaba sobre cubierta, cada hombre en su puesto.

De pronto se estremeció el capitán.

Cósima había abandonado su cámara y se presentaba en el sitio de peligro.

—Retiraos, por Dios,—exclamó el Máscara.

—No; aquí con vos... ¿Dónde mejor podría estar?

—Sois valiente, Cósima, y ya que así lo queréis, quedaos, pues, conmigo.

El capitán se adelantó hacia una de las bombardas, apuntó él mismo la pieza y retirándose, fué á colocarse al lado de Cósima, que se apoyó en él con candoroso abandono.

Un marinero, estopín en mano, estaba al lado de la bombarda esperando la señal.

—¡Fuego!—gritó el capitán.

El marinero acercó la mecha al oído del cañón, brilló el fogonazo y retumbó en el espacio un fuerte estruendo.

Un momento después contestaban las tres galeras enemigas, á la vez.

II

La perseguida nave se encontraba atacada por los flancos y por la proa, con lo cual se la impedía toda salida, y no se la dejaba más recurso que retroceder á la costa y desamparar.

Una andanada á babor produjo empero terrible efecto en el barco que atacaba por aquel lado, que quedó desde aquel momento fuera de combate.

El capitán, con voz de trueno dijo:

—¡Al agua el batel! ¡Seis hombres que me sigan al abordaje!

Fué arrojada al agua la chalupa en que habían venido desde tierra el Máscara y sus compañeros y saltó en ella, seguido de seis hombres.

—¡Cuidad de defenderos, Montanchez,—había exclamado el capitán antes de abandonar la galera,—y si os veis perdido, volad el barco!

—Así se hará, capitán,—contestó el segundo.

El batel atracó á un costado de la galeaza de estribor, sin que los tri-

—¡FUEGO!—GRITÓ EL CAPITÁN

pulantes de ésta se hubiesen apercibido de ello por causa de la espesa humareda producida por las descargas de artillería.

A una señal del capitán treparon aquellos hombres por una de las portas, cuchillo entre dientes y hacha en mano.

La tripulación que estaba en el entrepuente trató de rechazarlos, pero los siete valientes ya se habían abierto paso hasta la escotilla que conducía á la santabárbara, sembrando á su paso la desolación y la muerte, aunque dejando allí la vida tres de ellos, que habían cuidado de rodear al capitán para librarle de la acometida de los contrarios.

Por fin llegaron á donde querían.

—¡Rendíos ó perecemos todos!—gritó el Máscara desde abajo.

—¡Deteneos!—exclamó una voz.

—No; rendíos, á discreción.

Reinó un momento de silencio.

El capitán blandía una gruesa mecha sobre una abertura cuadrada que dejaba ver el depósito de la pólvora.

—Capitán, la *Roccaforte* se os rinde,—exclamó la voz.

—Bien está. Uno de los míos se encargará de ejecutar lo que hay que hacer.

III

Saravia se separó de su jefe y subió á cubierta.

—Es la voluntad de nuestro capitán,—exclamó,—que toda la tripulación de esta nave, excepto el almirante, se embarque al momento para la carraca que está disparando todavía contra nuestra galera.

—Vuestra orden sólo podrá cumplirse en parte,—exclamó un oficial,—puesto que el almirante acaba de embarcarse con dos hombres de confianza, sin haber dicho á donde se dirigía.

—¿No se habrá ido al barco que está haciendo fuego?

—No creo; pues antes de marcharse me ha hecho entrega del mando.

—¡Famoso almirante teníais, pues! Veré qué decide mi capitán.

—Id, señor, pero suplicadle no se ensañe con nosotros, ya que no hemos hecho más que obedecer las órdenes recibidas.

Bajó Saravia á la santabárbara á participar á su jefe lo ocurrido, temblando á la sola idea de ser portador de tales nuevas.

La cólera del enmascarado no reconoció límites, en efecto.

—¡Ha huído! ¡Pero es inútil que intente librarse de mis manos!—exclamó rugiendo de furor.—Yo sabré encontrarle en su madriguera y hacerle perecer en medio de tormentos tan horribles que más le valiera no haber nacido nunca... ¡El infierno le debe proteger! ¡Escapársemе cuando lo tenía ya en mis manos, cuando podía descargar sobre él todo el furor de mi venganza! ¡Víbora maldita! Me ha hecho demorar el día de su expiación; ha alargado el plazo en que no podré volver á mirar á los hombres cara á cara... Él pagará este aplazamiento... ¡Ay de él, cuando caiga en mi poder!

La ira del corsario era imponente: por fin pareció serenarse, y exclamó:

—Decidles á esa gente que despejen el barco y traed aquí la mitad de la tripulación de la galera.

En un momento quedó cumplida la orden.

La galeaza *Dux Morosini* que había estado hostilizando vigorosamente á la *Galera Negra*, apagó sus fuegos á una señal hecha por la capitana y los bateles de ésta trasladaron prestamente á ella los ciento setenta hombres que la tripulaban, después de lo cual se declaró en franca retirada.

La *Chipre*, que estaba haciendo aguas, envió también su gente, quedando allí tan sólo, al cabo de un cuarto de hora, la que había sido capitana veneciana y la galera del enmascarado.

IV

El capitán se dirigió á la cámara del almirante é inspeccionó los papeles que allí había, entre los cuales encontró la orden de perseguir sin tregua ni descanso al famoso corsario de la *máscara de bronce*, á quien se suponía instigado por los españoles para arruinar el comercio de Venecia.

La república, en efecto, profesaba cordial aborrecimiento á Espa-

ña, por ser ésta natural aliada del Austria, cuya nación quería engrandecerse á costa de Venecia. No le convenía, por lo tanto, á la Señoría que España adquiriese más preponderancia todavía en Italia, pues esto era dar ánimos al emperador, deseoso de poner en comunicación directa sus posesiones eslavas é italianas. La mala voluntad del Austria contra Venecia compartíala, en su consecuencia, España, hasta el punto de que la república buscase ardientemente su amistad con Francia para atender á su conservación.

Venecia, aunque muy abatida, contaba todavía con un hermoso imperio: Chipre, Istria y la costa de Dalmacia, exceptuando Trieste y Ragusa; las islas de aquel litoral, las del mar Jónico, Candía y Negroponto y en tierra firme el Friul, el Cador, Feltre, Belluno, Trento, Vicenza, Verona, Padua, Peschiera, el Bresciano, el Bergamasco, el Cremasco, Rávena y Cervia de Romanía, constituían los principales florones de su corona aún bien espléndida.

Latía, además, en los corazones de aquellos hombres, inextinguible odio á la memoria de Carlos V, que les había humillado y castigado por sus aficiones á los franceses. El veneciano se sentía al fin y al cabo hijo de Italia y no podía perdonarle al vencedor extranjero que dominase allí.

Nada tenía, pues, de extraño que la república creyese al corsario secreto instrumento de los españoles. Y áun otro motivo había para creerlo así y era que, según afirmaban éstos, Venecia protegía á los protestantes y andaba en tratos con Holanda y enviaba dinero y municiones á los reformados. De ahí que la república estuviese siempre recelosa de Felipe II y le atribuyese toda clase de maquinaciones contra ella.

V

La borrasca que amenazaba se desencadenó por fin. Estalló el trueno, embraveciéronse furiosamente las olas y empezó á caer una violenta lluvia.

El capitán dió señal de hacerse mar afuera y la galeaza y la galera,

hinchadas las velas, hicieron rumbo al Sur, yendo ésta á alguna distancia detrás de la primera.

Cósima no había visto al enmascarado desde que se embarcó en el bote para ir al abordaje de la capitana veneciana, y hallábase sobre cubierta tratando de si podría divisarlo.

Pronto salió de dudas, sin embargo, pues no tardó en ver arriada la insignia que ostentaba anteriormente la galeaza, ondeando en su lugar la negra bandera del corsario.

—Señora, hemos triunfado,—exclamó Montanchez. —El capitán ha enarbolado su pabellón en la capitana.

Un horrible trueno pareció como que saludara la nueva insignia.

—Mal tiempo,—añadió el segundo.—Me parece que vamos á bailar de lo lindo.

No cesaba la tormenta; las olas barrían la cubierta y la galera se balanceaba hasta tocar las orlas en el mar.

—Retiraos, os ruego,—exclamó Montanchez, dirigiéndose á Cósima.—Podríais correr aquí algún peligro.

—Nada temáis por mí...

—Sí, creedme; una ola podría arrastraros... El capitán me ha encargado especialmente cuidar de vuestra señoría...

—Ved, ved, allí... Un náufrago... Salvadle, caballero oficial...

—Os obedeceré, señora.

Y al momento arrojóle Montanchez un cable al desesperado nadador, el cual se agarró fuertemente á la salvadora cuerda.

Pocos momentos después hallábase el infeliz á bordo de la galera.

—¿Quién sois?—le preguntó Montanchez.

—Señor... un tripulante de la *Chipre*.

—¿Qué barco es ese?

—La galera que se ha ido á pique cuando habéis disparado la andanada de babor.

—¡Ah! Poco ha durado, en efecto. ¿Sois veneciano?

—No... soy... del Trentino.

—Es igual.

—¡Oh! por Dios... No es igual... Nosotros no somos venecianos...

—Bien, pero lo parecéis...

—Somos austriacos... fieles vasallos del emperador...

—Bueno, bueno... Y aunque fuerais veneciano... Nada temáis; estáis completamente seguro desde que nuestra capitana se ha dignado interesarse por vuestra suerte.

Miró, entonces, sorprendido el náufrago á la persona que le habia señalado Montanchez y no pudo ocultar un extremecimiento indefinible.

Cósima le miraba por el contrario con impasible rostro.

—Señora...—exclamó el hombre.—Tengo el honor de..... ofreceros mis respetos... y de pediros vuestro amparo...

—Ya os han dicho que podíais consideraros seguro, honrado marinero, — repuso Cósima con tono en que se adivinaba como cierta amarga ironía.

—Creed que jamás olvidaré este beneficio que me dispensáis, señora.....

—Haréis bien, si lo hacéis así.

—¡Oh! Sí... ¡os lo juro!

—Tendré presente vuestras palabras..... Y ahora..... podéis retiraros ya..... Id á descansar. Montanchez, acompañad á ese hombre á donde están los marineros; proporcionadle vestido y si os parece..... prescindid de dar parte de haberlo recogido. Yo dispondré lo que debe hacerse cuando llegue el caso.

—Serán cumplidas vuestras órdenes, señora,—respondió Montanchez.—Seguidme, vos, marinero.

Al anochecer habíase serenado el cielo y las dos naves proseguian su marcha á menos distancia que antes.

La galera habia entrado ya en el estrecho de Bonifacio, y veíase muy cerca la tierra de Córcega.

Cósima se hallaba sobre cubierta, sentada en el alcázar de popa, y cerca de ella, en respetuosa actitud, Montanchez.

—Señor oficial,—exclamó de pronto la joven, interrumpiendo su silencio;—llamad al náufrago que hemos recogido esta mañana.

Partió Montanchez á ejecutar la orden, y presentóse al poco rato seguido del marinero.

—Señora,—dijo,—ahí está el hombre á quien habéis salvado.

—Está bien,—contestó Cósima.—Podéis retiraros.

Obedeció Montanchez, y quedaron solos la joven y el desconocido.

—Señora,—exclamó éste,—sé que podéis hacerme matar en este mismo instante, y estaríais en vuestro derecho, pero vuelvo á juraros que si me concedéis la vida tendréis en mí á un esclavo de vuestra voluntad...

—Riccioli, mucho nos habéis hecho sufrir, muchos son los agravios que nos habéis inferido, pero no os quiero privar del arrepentimiento... Deshaced todo el mal que habéis causado y pensad que por más que ahora hayáis podido salir con bien del trance en que os habéis encontrado, puede suceder mañana lo contrario.

—Dadme vuestras órdenes, señora, y las ejecutaré sin dilación.

—Mandad poner en seguida en libertad á Leonelo. Sentiría mucho que no lo hicieráis, Riccioli.

—Así que llegue yo á Venecia, será libre vuestro hermano.

—Tratad en seguida de que nadie ose tocar ni un cabello á mi buen padre y devolvedle á mi hermano á Lucietta.

—Os juro que nadie se atreverá á Bandello, y que Lucietta volverá al momento al lado de Leonelo.

—Y en seguida, prometedme que nada diréis de lo que ha pasado aquí, ni de lo que hayáis visto.

—Os lo prometo.

—Con estas condiciones, os dejaré partir.

—Las cumpliré todas puntualmente.

—Sois buen nadador, la costa está cerca, y podéis llegar á tierra fácilmente. Si os lanzáis á nado ahora nadie se apercibirá.

—Gracias, señora, por vuestra generosidad... Sí, llegaré á la costa en menos de un cuarto de hora, pero podría resistir aún mucho más tiempo el andar á nado... Ahora, ¿me permitiríais que me atreviese á dirigiros una pregunta, señora?

—Decid, Riccioli.

—Me sorprende haberos encontrado á bordo de este barco... Creí iría en vuestro lugar otra mujer, y hubiérame figurado, de saberlo, que

os llevaban en calidad de prisionera. Me he equivocado, sin embargo, pues veo que mandáis como capitana.

—No soy la capitana; acompaño gustosa al enmascarado para compartir con él todos los peligros y hacer todo el bien que pueda.

—¡Ah! ¡El Máscara de bronce!... ¿Sabéis quién es, señora?

—No. Bástame estar cierta de que es noble, valiente y generoso...

—Todo eso es verdad, pero ¡ay de mí! si hubiese caído en sus manos.

Cósima miró al abismo y vió á Riccioli que se alejaba hacia la costa

—¿Le conocéis vos?

—No... No quiero imaginármelo... A veces, sin embargo...

—¿Qué pensáis?

—Pienso no sea un hombre á quien he agraviado mortalmente, pero que luégo me ha agraviado todavía él más á mí.

—¡Tantos habrá que se hallarán en este caso!

—Razón tenéis, por desdicha mía, pero con ese hombre que os digo median tales ofensas por una y otra parte, que no tienen comparación con otras ningunas. ¡Mucho debe perdonarle D. Rodrigo de Toledo á este que os habla!

—¿Don Rodrigo de Toledo?

—No puede ser otro. He visto su escudo en la cámara del capitán.

Calló Cósima por breve rato, y luégo, como si volviese en sí, exclamó:

—Ved; de un momento á otro podemos alejarnos de la costa. Ahora es la ocasión de que partáis.

—Adiós, pues, Cósima,—exclamó Riccioli,—subiendo sobre la borda y disponiéndose á lanzarse al mar.

—Adiós... ¡El cielo os proteja!

Oyóse el ruido producido por un cuerpo al caer al agua.

Cósima miró al abismo, vió á Riccioli que se alejaba hacia la costa.

—¡Don Rodrigo de Toledo!—murmuró.

VI

No tardó en aparecer de nuevo Montanchez.

—Señora,—exclamó,—la gente ha visto como se escapaba el náufrago que habíamos recogido. ¿Queréis que le persigamos?

—No, dejadlo,—contestó la joven.

—Ya veis qué agradecimiento ha demostrado ese hombre. Le habéis salvado la vida, le habéis ocultado á la venganza quizás de nuestro señor, y se larga sin despedirse siquiera...

—Compréndese que se hallaba aquí muy intranquilo.

—Pues si estaba intranquilo, sería porque tendría sus razones.

—¿Conocíaisle vos?

—No; jamás le había visto, pero de fijo debía ser pájaro de cuenta.

—Él dijo que era del Trentino.

—¡Oh! perdonadme que os lo diga, señora, pero mintió en eso. Su habla era veneciana.

—En fin, Dios le guíe.

—Sí, Dios le guíe, en efecto. No se puede desear más... Pero ved, el capitán hace señal de que nos pongamos al pairo. Querrá venir, sin duda, ó que vayáis vos. No tardaremos en salir de dudas.

Había acertado, efectivamente, Montanchez. Al poco rato escuchóse el rumor de unos remos, y se divisó á corta distancia una canoa.

—¿Quién vive?—gritó el centinela de la galera.

—*¡Toledo!*—contestaron de la embarcación.

Adelantóse la canoa y subió un hombre por la escala de estribor.

—¡Santo y seña!—exclamó Montanchez, pistolete en mano.

—*¡Santiago* y *Sicilia!*

—Está bien...

—Veo que cumplís perfectamente las órdenes, teniente Montanchez.

—Lo mismo haríais vos, Saravia.

—En efecto. No hay que dormirse. Vengo de parte del capitán á entregar este pliego á la señora.

—Seguidme, pues.

Montanchez guió á Saravia á la cámara donde se encontraba Cósima.

La joven recibió el papel y á la luz de una linterna leyó estas palabras: «Si no es molestaros, os suplico vengáis á mi lado, acompañada de Montanchez.—*El capitán.*»

—Conducidme á la galeaza,—exclamó Cósima, dirigiéndose á Montanchez.

—Al momento, señora,—contestó el teniente.

Echaron al agua la chalupa de la galera y en ella se embarcó Cósima, yendo al timón Montanchez y llevando cuatro hombres para remar.

La canoa de la galeaza seguía detrás, con la misma tripulación con que había venido.

Al llegar cerca de la nave oyóse de nuevo el *¡quién vive!* que fué contestado de igual manera que antes.

El Máscara esperaba en lo alto de la escalera.

—¡Cósima!—exclamó al ver á la joven poner el pié en el primer peldaño.

—¡Señor!—contestó ella.

Pocos momentos después el capitán besaba la mano de la niña, y la conducía á su cámara, mientras que Montanchez aguardaba la orden de volverse.

No tardó el capitán en aparecer de nuevo.

—¿Ha ocurrido algo?—preguntó á su segundo.

—Nada, señor.

—Está bien. Voy á daros mis instrucciones. Me mandaréis ahora mismo cincuenta hombres, con lo cual aún os quedarán veinte. Yo me iré con la galeaza á hacer una expedición al Adriático. Estaré ausente unos tres meses. Durante este tiempo permanecerá fondeada la galera en el golfo de Sagone; allí estaréis al abrigo de toda sorpresa, aunque podéis contar con la población en caso de veros atacados. Yo, solo ó con un barco, vendré á buscaros allí dentro el plazo que os he dicho. Embarcaréis ahora un saco con parte del dinero que se ha encontrado á bordo de la galeaza y lo repartiréis á los veinte hombres que os quedarán. Procurad que sean los menos avezados á la vida que llevamos. No olvidéis que les corresponden doscientos escudos más á cada uno de los heridos.

—Todo se hará como decís, capitán.

—Así lo espero también, Montanchez. Adiós, pues, y como recuerdo de mi amistad guardad este presente.

El capitán entregó á su segundo una riquísima daga damasquinada cuyo pomo estaba guarnecido de preciosos diamantes y llevaba el blasón de Riccioli.

—Gracias, mi capitán,—exclamó Montanchez.

Momentos después el fiel segundo regresaba á bordo y mandaba á la carraca los cincuenta hombres que le había pedido el capitán.

VII

El Máscara fué á visitar á Cósima en la cámara que había ocupado el almirante.

Una lámpara de trabajado cristal veneciano alumbraba aquella estancia, despidiendo al par de apacible luz suave perfume.

—Voy á cumpliros mi promesa, Cósima,—exclamó el corsario.—Sólo por esto vamos á Venecia ahora.

—¿A Venecia vamos, señor?

—Sí... Allí podréis ver á vuestro Leonelo...

—Gracias, señor... ¡Me haréis con esto infinitamente dichosa!

—Tan dichosa como yo desgraciado.

—¿Por qué, señor?

—¿Por qué? ¿Queréis acaso mayor desdicha para mí que la de perderos?

—Oh, yo no os abandonaré mientras vos no queráis, señor.

—¿Qué no me abandonaréis?

—Ya os lo he dicho.

—Pues entonces... vuestro amante...

—Señor, Leonelo no es mi amante... es mi hermano.

—Vuestro hermano... ¡Oh, dicha! Pero decidme, Cósima. ¿No amáis á otro hombre?...

—Después de mi padre y de mi hermano os amo á vos, señor.

—¿Me amáis?

—Sí. ¿Por qué había de aborreceros? ¡Os he visto tan noble siempre desde que estoy á vuestro lado!

—Gracias, Cósima... Y sin embargo comprendo que os he hecho mucho daño, que se lo hice también á vuestro padre... Perdonadme... Estaba tan sediento de encontrar un alma pura, una mujer á quien adorar, un sér que me librase de los horribles pensamientos que de contínuo me asaltaban... ¡Oh! Pueden daros gracias los marineros de las naves que nos atacaron hoy... ¡Ay de ellos á no haber estado vos á mi lado! Ni uno solo hubiera escapado con vida, ni uno solo... Con todo, he tenido un pesar... Se ha fugado su almirante, pero á ese ni por vos ni por nadie le hubiera perdonado yo... No, no le hubiera perdonado...

—¿Se ha escapado el almirante?

—Sí... Iba en esta misma galera y ha huído cuando se ha entregado la tripulación.

—¿Tanto le aborrecéis á ese hombre?

—De muerte.

—Suerte ha sido la suya entonces. Quizás esto servirá para que se arrepienta del mal que os ha causado.

—No; Riccioli es incapaz de arrepentirse. Es un infame, Cósima... El fué quien dió muerte á la mujer que yo amaba.

—Comprendo entonces el odio que le tenéis.

—Es un odio mayor del que podéis imaginaros. ¿Qué diríais vos, ya que tanto queréis á vuestro hermano, que hubiese quién pretendiese arrebatarle su adorada y no pudiendo conseguirlo la matara?

—Diría que sería peor que en vez de matarla la hubiese deshonrado y la guardara prisionera en su palacio.

—Es verdad...

—O bien que tuviera encerrado á Leonelo en la cárcel de la Señoría, de los Pozos á los Plomos, de los Plomos á los Pozos...

—Horribles trances suponéis, pero tanto más á propósito para que sintierais odio mortal contra quien tal hiciera.

—Con todo, yo le perdonaría al criminal si le creyera arrepentido.

—Mal hecho, Cósima.

—¿Qué querríais que yo le hiciese? Tengo ese modo de sentir.

—Cósima, no es así como sienten las mujeres, sólo sienten como vos los ángeles.

VIII

Eran las doce de la noche cuando se separaron el corsario y su amiga. Cósima se tendió en el lecho suntuoso que había ocupado hasta entonces Riccioli y el enmascarado se colocó á los piés de la litera, sobre una piel de leopardo.

Reinaba profundo silencio á bordo de la capturada nave, turbada únicamente por el quejumbroso rumor del viento silbando á través del cordaje.

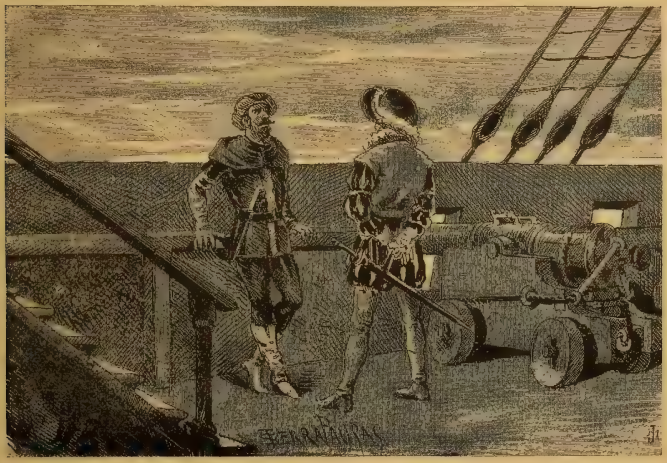
El corsario no dormía, atormentado por un insomnio que le era casi habitual, pero sí Cósima, cuya cadenciosa respiración percibía el capitán.

Por fin, apareció en Oriente una débil claridad que fué aumentando rápidamente, penetrando á través de las dos aberturas practicadas á cada lado de la cámara.

El enmascarado se levantó entonces y salió de la estancia encaminándose al puente, donde estaba Saravia haciendo el cuarto de guardia.

—¡Buen barco, teniente!—exclamó el corsario.

—La mejor carraca de la Señoria, mi capitán, — contestó el oficial.—No la cambiara por la más famosa carabela de nuestra tierra.



—¡Buen barco, teniente!—exclamó el corsario.

—Tenéis razón, Saravia, y por lo mismo pienso no deshacerme de ella.

—Con este barco y la *Galera Negra* podemos conquistar el mundo.

—No digo tanto, pero si podríamos conquistar Venecia.

—¡Malditos ellos! Enemigos de Dios, condenados luteranos...

—Mas que eso... Tiranos y opresores de los infelices que gimen bajo el despotismo del infame Tribunal...

Era, en efecto, la *Roccaforte* una hermosa nave, de ciento ocho piés de largo y setenta de quilla, distando la popa de la proa 38 piés, dimensiones que venian á ser algo mayores que las de la galera. Lle-

vaba cuarenta cañones del tipo *culebrina* ó medio-cañón francés, de 10 piés de largo, peso de 4.100 libras y bala de á 16.

IX

—¿Por qué no hemos de ir, pues, á Venecia?— exclamó Saravia de pronto, meditando en lo que había dicho el Máscara.

—¿Y quién os dice que no vayamos allí?

—¡Oh! Bravo, mi capitán. Tal pensamiento va á enloquecer de alegría á nuestros valientes marineros.

—¿Creéis tengan deseos de pelear hasta perder probablemente la vida?

—Seguro estoy de lo que digo.

—¡Duéleme tanto, sin embargo, sacrificar á nuestros bravos! Tres de ellos murieron á mi lado en el abordaje de esta nave. Yo cuidaré de recompensar como se merece á sus familias. Es lo único que puedo hacer.

—Eran, sin duda, Tófolo, Pasquale y Toni los tres mejores gavieros que teníamos.

—Ya veremos ahora á sus parientes, que están en Chioggia.

—¿En Chioggia tocaremos también?

—Sí, por cierto; sin falta.

—¡Ah! Perfectamente, mi capitán.

—¿Os interesaba ir?

—¿Cómo no, capitán, si tengo allí á una muchacha que se está muriendo por este pecador?

—Me alegro, teniente, que se os depare tal ocasión, pues será fácil que permanezcamos por allí algún tiempo.

—Tanto mejor. ¡Oh, que contenta se pondrá mi Orsetta!

—¿Es pescadora?

—Claro está que sí, pero no es eso lo mejor, sino que también soy yo un pobre pescador para ella.

—No la quitéis, pues, esta dulce ilusión.

—No, por cierto, aunque cuando con los regalos que le traigo, dudo

pueda continuar creyendo que lo he ganado cogiendo peces, como el buen San Pedro.

—Efectivamente, no ha sido mala esta campaña.

—La mejor que hemos hecho; sobre todo la presa de esta nave ha valido por diez. La gente está animada de cada vez más, y en vista de lo que obtiene bajo vuestro mando se siente capaz de batirse con la misma escuadra inglesa que se presentare.

—Eso quisiera yo.

—Y yo también. A la verdad, ningún resentimiento personal tengo con los venecianos, pero no puedo sufrir á los ingleses. Por supuesto, que con vos nada podría el mismo Drake.

—Veríamos de hacer lo posible para no resultar vencidos.

—No; yo estoy seguro, capitán, de que nadie os vencerá nunca.

—¿Por qué no?

—Porque lleváis con vos á esa virgencita.

—¡Ah! ¡Donosa ocurrencia!

—Pues es lo que supone la tripulación. Todos sienten por ella un sentimiento tal que parece devoción. Dicen que es lo que es dicho: la Virgen.

—¡Pobre niña!

—Ello es, sin embargo, que ejerce una influencia extraordinaria en la moral de nuestra gente y que mientras permanezca con nosotros le parecerá á la tripulación que nada será posible contra el barco.

—Mejor es que se crea así.

—No podíais, capitán, haber encontrado mejor medio para llevar á la gente á realizar los más valientes golpes, dejando aparte la confianza que inspira vuestra persona.

—Os agradezco esta noticia, Saravia; por lo demás, esa mujer permanecerá con nosotros mientras vayamos por el mar.

—Muy bien, capitán.

—Y ahora, mi querido teniente, ojo alerta y avisadme sin dilación cualquier novedad que notéis en el mar.

—Perded cuidado, capitán.

El enmascarado dejó al teniente en el banco de guardia y reco-

rrió todo el barco, pasando revista á la gente, que se mostró tan disciplinada como ardorosa.

Por fin, reunidos todos los hombres en el entrepuente, exclamó el corsario:

—¡Muchachos! ¿Queréis ir á Venecia?

—¡Sí!—exclamaron todos.

—¿No os arredrará el peligro?

—Al infierno os seguiríamos si allí nos dijérais que teníamos que ir.

—Está bien, pues. A Venecia iremos.

—¡Viva el capitán!—exclamaron los marineros á coro.

El clamoroso viva repercutió en el espacio y parecía que respondieran á él desde el abismo.

X

La *Roccaforte* proseguía su viaje sin novedad.

Alguna vez encontraba en alta mar alguna gabarra catalana ó genovesa, ó tal cual galera turca, que saludaban el pabellón veneciano, que llevaba izado de nuevo.

La nave había hecho rumbo al golfo de Nápoles, doblado el cabo Spartivento y embocado, por fin, en el canal de Otranto, remontando enseguida hacia el Norte.

La galeaza se detuvo algunas horas frente á Tarento, donde mandó una lancha para hacer agua y atravesó luégo el canal por lo ancho, costeando desde entonces el escarpadísimo litoral del Montenegro y el de la Iliria, asido.

El contraste entre el Mediterráneo y el Adriático no puede ser más completo; nada más risueño que el primero, nada más sombrío y triste que el segundo. Las olas tempestuosas del golfo, batido ya por el helado *bora*, ya por el ardiente *sirocco*, se estrellan contra las playas pantanosas y monótonas de un litoral dominado por espesas montañas de color negruzco. Un cielo siempre nublado, un aspecto de muerte, brumas que parecen flotar como sudario en el espacio, tal es lo que se

contempla. Hay pocos mares que produzcan una impresión tan desoladora como aquel, especialmente la costa oriental.

Cósima se sentía poseída de aquella tristeza que emanaba de todos los puntos del horizonte y echaba de menos el cielo azul y el mar riente que acababan de dejar detrás de sí.

Por fin á primeros de Diciembre llegó la nave á la vista de la gran ciudad, fondeando á media noche la galeaza en la playa de Chioggia con gran estupefacción de los pocos pescadores que no dormían todavía.

XI

Rompió el alba.

La noticia de hallarse fondeada en la bahía una nave de guerra produjo la más indescriptible animación entre aquellas buenas gentes, pero trocóse de pronto en extremado terror cuando al acercarse al buque vieron que en vez de tripulantes venecianos iban en él toda clase de gentes, de tan desconocido lenguaje como inquietante catadura.

Así es que las *tartanas* pescadoras que se habían aproximado á la galeaza viraron en redondo al punto que los pescadores vieron circular por cubierta á los extraños huéspedes que se les presentaban.

—*¡Oe, oe!*—exclamaba un patrón,—*andiamo via di quá... ¡Que tremazzo! ¡Tutti portanno spadone de taggiare la testa al toro! ¡Oh que paura!*

—*¡Ah! Una «siora,» vedete, «paron» Fortunato*,—repuso un marinero señalando á Cósima.

La joven, en efecto, después de haber dejado el lecho había subido al alcázar de popa, desde donde contemplaba con vivísimo anhelo las altas torres de Venecia que se divisaban allá á lo lejos entre la bruma matinal, semejante á rojos gigantes envueltos en gasas de blanquecino tul.

Al mediodía el capitán dió permiso á la gente para saltar en tierra, con orden de volver antes del anochecer, y en su virtud desembarcaron gran número de marineros en la ribera de Chioggia, entre ellos Saravia.

De las tres galeazas enviadas en su persecución una había sido echada á pique, la otra era la que él montaba, y la tercera había ido á refugiarse en Malta, según noticias. No podía, pues, el Tribunal tener noticia de por dónde andaba el Máscara de bronce ni menos suponer que llegase á tal grado su osadía que se presentase á la vista de Venecia.

Al anochecer habían regresado ya á bordo todos los ausentes y entonces fué cuando el corsario salió á su vez, dejando encargado á Saravia el cuidado de velar por la seguridad de todos, y dándole las más minuciosas instrucciones respecto á ello.

El capitán se despidió de Cósima y embarcóse solo, en una góndola, sin decir á dónde iba, asegurando tan solo que volvería antes del amanecer.

XII

La góndola llegaba al cabo de una hora á la playa de San Murano, en el preciso momento de dar las doce de la noche.

El enmascarado saltó en tierra, llevando consigo una linterna y se dirigió al convento de San Donato, magnífico monumento greco-árabe del siglo XII, situado á extramuros de la ciudad.

Avanzaba cual mudo fantasma sin que sus pasos resonaran en el silencio, ni fuera posible distinguir la sombra de su cuerpo, tanta era la oscuridad.

Era intenso el frío que se dejaba sentir y no circulaba un alma por el camino.

Así llegó el corsario hasta la pared de cerca que rodeaba el monasterio.

Con una escala de cuerda saltó las tapias y se encontró en el interior del recinto.

El monasterio yacía en silencio.

El enmascarado se orientó consultando á la luz de la linterna una pequeña brújula y se encaminó resueltamente á la derecha, hacia el abside de la iglesia detrás de la cual estaba el cementerio.

Allí miró por el suelo, tapizado por espeso césped que cubría las

losas sepulcrales, largas y estrechas, llenas de inscripciones, hasta que vió una losa cuadrada y sin otra señal que una cruz, á la cual estaba adherido un anillo de hierro.

Cogió el anillo y levantó la piedra, apareciendo bajo sus piés una ancha escalera en espiral.

... se encaminó resueltamente á la derecha, hacia el ábside de la iglesia detras de la cual estaba el cementerio

El corsario fué bajando peldaño por peldaño y llegó por fin al subterráneo, débilmente alumbrado por algunas lámparas de mortecina luz.

Sin vacilar se adelantó hacia uno de los panteones y acercó su linterna al sarcófago donde había visto sepultar á Blanca.

Hubiérase podido oir el violento palpitar del corazón del aventurero.

Las fuerzas parecían abandonarle; dejó la linterna en tierra y se

abalanzó sobre el panteón, permaneciendo abrazado al sarcófago durante largo rato.

De pronto llegó hasta él extraño rumor de melancólicas salmodias.

Eran los frailes que entonaban en el coro el rezo de media noche.

El corsario se arrodilló y rezó también, pudiendo á duras penas contener las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos.

Cesó el canto y se levantó el enmascarado.

—¡Oh! ¡Quiero verla! — murmuró. — Por última vez... ¡oh, Blanca mía!

El corsario buscó por el subterráneo alguna herramienta hasta que dió con una fuerte barrena.

Volvió con ella al panteón, introdújola entre la losa y el sepulcro, y colocó un madero en el espacio que había quedado abierto, después de lo cual, presa de ansioso anhelo, miró...

El corsario dejó escapar un grito indescriptible... El sepulcro estaba vacio...

EL CORSARIO DEJÓ ESCAPAR UN GRITO

LIBRO II

FRÁ RIDOLFO

CAPÍTULO PRIMERO

El salvador

Para explicar la maravillosa novedad que tanto había conmovido al enmascarado, necesitamos retroceder al mismo día en que fué enterrada Blanca en el panteón de San Donato.

La desaparición de la desposada de Riccioli había sumido á éste en hondísima inquietud sobre cuál sería la verdadera causa. Nadie, á no ser un poderoso personaje, era capaz de llegar hasta el *gabinete rojo* donde había quedado depositada la hermosa niña.

Luego, al ocurrir el incendio del palacio del embajador de España, había creído el burlado novio que don Rodrigo se había llevado á la

que era ya su esposa, en lo cual acertaba en parte, pero no en lo principal.

Ya sabemos que Blanca había sido sepultada viva en el panteón, y que únicamente á causa de la acción del narcótico había podido suponer don Rodrigo que estuviese muerta.

Por más que trató de inquirir Riccioli nada consiguió obtener de sus pesquisas; ninguna huella habían dejado en pos de sí los fugitivos.

El prior de San Donato, á su vez, harto ocupado en las faenas de su cargo no había parado mientes en el rumor que de la asombrosa aventura había llegado vagamente hasta aquel piadoso asilo.

El buen prelado despreciaba todos los cuentos mundanos y vivía solo en la adoración de la antigüedad,—quizás con detrimento de la perfecta devoción cristiana.

La comunidad por su parte tenía otras cosas en que pensar que en novelescas aventuras. Si á Riccioli le habían robado la novia, peor para él. Que se metiese á fraile y no se la robarían.

Ignoraba además todo el mundo, escepto Alviano, Riccioli y el sacerdote que había intervenido en el asunto, la manera como había terminado el rapto. No se hablaba del robo de una muerta, sino de una novia viva, pronto á pasar de las gradas del altar al tálamo nupcial.

Por esto hubiera sido muy lince quien hubiese podido encontrar relación alguna entre tal desaparición y el entierro celebrado últimamente en la cripta del monasterio.

II

Y sin embargo, había ocurrido un hecho en el convento que hubiera debido hacer reflexionar á los buenos benedictinos.

Tal era la desaparición de un novicio al siguiente día del enterramiento.

Era el tal un joven veneciano, de noble estirpe, cuya pasión por la pintura llegaba hasta el delirio, y de quien se suponía que se había hecho fraile desesperado por no poder imitar al gran Ticiano, en cuyo taller había pasado los mejores años de su juventud florida.

Era frá Ridolfo idólatra de la belleza en todas sus formas y apariencias y por lo mismo habíase sentido extrañamente conmovido contemplando el rostro de Blanca, al levantar don Rodrigo la tapa del féretro para estampar el último beso en la frente de su amada.

Un diabólico pensamiento le persiguió durante todo el día... Volver á ver aquel rostro divino, aquel semblante cuya dulzura, cuya belleza, cuya seductora voluptuosidad nunca llegara á igualar el maestro aborrecido en ninguno de sus tipos inmortales... ¡Ah! Si él pudiera trasladar al lienzo aquella cara; si él lograra tener por modelo aquella mujer que aún despojada de toda vida parecía encerrar en su más alta expresión el secreto de la belleza imperecedera!...

La idea se convirtió en verdadera *obsesión* y frá Ridolfo resolvió jugarse la salvación de su alma, y el propio pellejo, á trueque de contemplar de nuevo la peregrina beldad.

Pretextó, pues, que estaba enfermo y no podía asistir al coro y cuando á media noche los hermanos fueron al rezo escapóse de la celda, anduvo á tientas y descalzo por los largos corredores semejando á una alma en pena y con una palanqueta abrió una puerta que conducía á la cripta desde uno de los altares del claustro, no pudiendo hacerlo por la escalera del cementerio para no despertar al hermano portero al salir por la puerta de clausura.

Bajó los húmedos peldaños, encendió una vela y se dirigió al panteón.

Llevaba en las anchurosas mangas un cartón blanco y una barra de lápiz rojo, atento á su propósito de copiar del natural la dulce imagen.

El fraile sabía donde estaban las herramientas; buscó una barrena y con ella iba apartando la losa á un lado, cuando de pronto se apoderó de él terror inmenso.

III

Había salido una voz de dentro, una voz flébil, suave, quejumbrosa.

Frá Ridolfo temblaba con todos sus miembros; castañeteábanle los dientes y se encontraba paralizado para dar un solo paso.

La voz se dejó oir de nuevo, acompañado de un hondo suspiro.

Bien hubiera debido comprender frá Ridolfo que los muertos no suspiran ni hablan, pero el fervoroso adorador de la belleza, por pagano que fuese en su manera de sentir, no podía librarse de la superstición engendrada por el recuerdo de tantas lecturas en que se referian historias pasmosísimas de voces sobrenaturales.

Ya en esto Blanca habia tratado de incorporarse y al verse privada de ello por el peso de la losa lanzó un grito de horrible angustia, asomando á la vez la mano por la abertura que habia quedado.

—¡Socorro!—exclamó con desesperado acento.—¡Socorro! ¡Por piedad sacadme de este sitio! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo!

El fraile debió de decirse entonces que los muertos no demandan socorro, ni piden que les saquen de su tumba y volviendo á la realidad adelantó hasta el panteón y cogió la mano de la acongojada beldad.

Aquella mano estaba fria, pero abrasó la del fraile.

—Señora... vengo á salvaros,—exclamó frá Ridolfo, y empujando con enérgico impulso la losa de mármol que dó sitio bastante para que Blanca pudiese incorporarse.

—¡Oh, qué horrible sueño! ¿Dónde estoy?—exclamó ella...—¿Qué lugar es este?... Por piedad... padre mío... no me hagáis daño... dejadme que viva... ¿Y Rodrigo? ¿Por qué me ha abandonado?...

—Viviréis, señora... Nadie ha de atreverse á tocar una sola hebra del oro de vuestros cabellos... Dios me ha traído aquí sin duda... Pero explicaos... ¿Qué fatal motivo os ha hecho traer aquí? ¿Quién es ese Rodrigo que decís?

—¿Dónde estoy?... ¡Qué angustia!...

—Señora... ya os lo explicaré, pero huyamos enseguida de este sitio...

—Sí... huyamos... llevadme donde queráis... ¡Oh qué horrorosa cueva!... ¡Salvadme, padre, salvadme!

El fraile extendió sus brazos y cogió por la cintura y las rodillas á la hermosa niña, bajándola del panteón y dejándola en el suelo. Blan-

ca había tenido que abrazarse á él durante aquel momento y el pobre benedictino debió sentir en su rostro el contacto de su seno.

El fraile sintió un estremecimiento violentísimo; volvió á colocar la losa tal como estaba, cogió de nuevo en brazos á la libertada joven, tomó el cirio y subió rápidamente las escaleras.

Llegado al claustro apagó la luz, procuró ocultarse de la claridad de la luna que iluminaba melancólicamente las desiertas galerías y trató de ganar afanosamente la puerta, que abrió con la palanqueta de que se había ya servido para apartar la losa.

Cedió la pesada hoja y el fraile se encontró con su preciosa carga en el espacio comprendido entre el monasterio y la cerca.

—Esperad,—exclamó.

Había una puertecita que salía al campo; la cerradura saltó de igual manera que las otras.

—Estamos libres,—dijo el fraile.—Seguidme. Dadme vuestra mano.

IV

Extraño contraste presentaban aquellas dos figuras, aunque apenas perceptibles con la escasa claridad que enviaba la luna en su menguante. La blancura del vestido de la joven hacíala asemejar celestial aparición, mientras que el fraile envuelto en su negro sayal parecía haber surgido cual genio de las tinieblas.

Andaban los dos apresuradamente, hacia el mar.

Veíanse brillar en la playa algunas luces rojas, faroles de barcas pescadoras.

—Señorá,—exclamó el joven religioso.—vamos á huir de este sitio... Nos trasladaremos á Chioggia... Tengo allí buenos amigos y podremos decidir entonces lo que se pueda hacer... Fiad en mí...

—¿Y Rodrigo?—exclamó la joven.—¿Qué es de mi Rodrigo?

—De nuevo volvéis á pronunciar este nombre desconocido para mí... Os referiré lo ocurrido y vos diréis lo que debéis pensar de ese hombre que decís..... Pero ya estamos en la playa..... *¡Oe, battelantte!* —repuso con voz fuerte el novicio.

—*¡Sior!*—contestó un hombre desde una de las tartanas.

—Hola, Moracchio,—repuso el fraile.—Pronto... A Chioggia.

—Oh, *lustrissimo, ma con questo boccon di sirocco,... non si puó... aspettate doman...*

—*Presto... ¡sangue de diana! ¡Via!...*

La blancura del vestido de la joven hacíala asemejar celestial aparición, mientras que el fraile envuelto en su negro sayal parecía haber surgido cual genio de las tinieblas.

El pobre marinero, asustado por el ronco acento del fraile, se aprestó á obedecer y acercó su barca á la ribera, quedando no poco sorprendido al ver que el buen novicio no venía solo, sino con una mujer joven y bella.

—*¡Zitto!*—exclamó el fraile.

—*Ah, ma s'io non dico gnente,* — repuso el marinero temblando como un azogado.

Entraron en la tartana la joven y el novicio, desplegó la vela Moracchio y pronto la navecilla hendió la superficie alborotada del golfo, llegando en media hora á la playa de Chioggia.

Desembarcaron los dos pasajeros y el fraile entregó al pobre *batte-*

lantte una medallita de plata que había sacado del pecho donde la llevaba colgada.

—Te va la vida en decir una palabra,—exclamó frá Ridolfo.

—*Lustrissimo... taceró come un morto... Bondi, bondi, sior...*

Y la tartana se hizo nuevamente á la vela viento en popa, cual si huyera de todos los diablos.

V

—Vamos á casa del amigo que os he dicho,—exclamó el fraile,—y allí podremos hablar sin temor alguno.

Ya empezaba á divisarse en el horizonte una tenue claridad, precursora del alba. El fraile se encaminó á una de las chozas de pescadores, bastante apartada de las otras, y llamó de cierta manera particular.

Abrióse al momento la puerta y apareció la gallarda figura de un joven marinero, que no pudo menos de mostrarse sorprendido al ver al fraile en tan extraña compañía.

—Buenos días, Lunardo, — exclamó frá Ridolfo entrando en la casa con la joven.—Necesito hospitalidad para esta señora y para mí, no sé por cuanto tiempo.

—Ya sabéis que no tenéis por qué pedirla... Vuestro amigo soy y vuestro esclavo.

—Gracias, Lunardo.

—Entrad en el cuarto de Orsetta; está en Venecia y no volverá hasta el invierno. ¿Quién os ha traído?

—Moracchio.

—Buen muchacho; podéis fiar en él.

—¿Sales hoy?

—Hasta la noche.

—Y aquí ¿quién quedará?

—Madre y Canciano, el rapaz.

—Bueno.

—¿Queréis algo?

—No, para mi; tráele cualquier cosa que comer á la dama que acompaño. Vino, si tienes.

—Tengo, frá Ridolfo, vino de Marsala.

El fraile y Blanca entraron en el cuarto que les habia indicado Lunardo, reducida habitación de blancas paredes, en una de las cuales se veia colgado un crucifijo y á su lado una estampa representando una Madona. Colocada tras de una cortina hecha con retazos de tapices, descorrida á la sazón, habia una modestísima cama de tablas, y junto al lecho un escabel toscamente labrado. Dichos muebles y un cofre arrimado á una de las paredes, constituian todo el ajuar del aposento.

La mezquina estancia recibía luz por una ventana cuyo hueco estaba ocupado por pasionarias y madreselvas que se enredaban desde el suelo hasta el tejado.

No tardó Lunardo en llamar discretamente á la puerta, cuyo cerrojo habia corrido por dentro el novicio. El marinero dejó una bandeja de estaño sobre el cofre, conteniendo pan, una botella, un vaso de cristal de Murano y algunas frutas.

—Señora,—exclamó frá Ridolfo, — estáis desfallecida..... Probad algún alimento y luégo hablaremos de nuestra situación.

—Gracias por vuestros cuidados, padre mío, pero si yo estoy desfallecida, no debéis estarlo menos vos también...

—No... Estoy bien, señora... Sólo tengo sed... Beberé un poco de este vino.

El fraile probó un sorbo del dulce mosto y acercó la bandeja á la dama.

Blanca tomó un poco de pan y un racimo de pasas, bebiendo después el vaso que le presentó el novicio.

—Contadme, pues, padre mío,—dijo enseguida la joven.

La claridad del día permitia ya contemplar en todo su completo contorno los objetos.

Blanca se hallaba de pié junto á la ventana y un rayo de sol jugueteaba con sus cabellos de oro y acariciaba su rostro.

El fraile parecía inmutado ante tal belleza.

—¡Oh!—exclamó de pronto.—Debo pareceros horrible con esta ne-

gra envoltura... Sí, comprendo que ofendería vuestra vista... No quiero que me veáis así...

—Padre mío... pero ¿por qué os figuráis eso?

—Estoy con vos al momento, señora.

Salió del aposentó frá Ridolfo y volvió á los pocos minutos completamente transfigurado, convertido de negro benedictino en marinero *chiozzotto*, como se titulan los de Chioggia.

La misma Blanca no pudo menos de manifestar su asombro ante aquella transformación.

El *battelantte* Ridolfo era un gallardísimo mancebo de elegante talle, pelo rubio y varonil semblante, bajo cuya despejada frente aparecían unos ojos azules llenos de ardimiento. Era correctísima la nariz y pequeña la boca cual la de una doncella, pero en todo se revelaba la decisión y la energía.

—¡Padre!—exclamó Blanca, temblorosa.

—No me llaméis así, os ruego. Era yo antes frá Ridolfo... Dejad de tratarme como religioso, pues, y hablemos como una mujer y un hombre, libres, libérrimos... Sois hermosa, Blanca; os ví en el féretro tan bella, tan divina, que arrastrado por mi adoración, por mi desvarío, quise veros otra vez. Ya sabéis lo que sucedió. No estabáis muerta por fortuna. Os salvé la vida y... me perdí por una eternidad.

—¿Qué decís?...

—Digo, que jamás volveré á San Donato y que estoy resuelto á morir antes que abandonaros.

—¡Ridolfo... tened piedad de mí! Yo os estaré eternamente agradecida, pero volvedme á mi Rodrigo...

—¿De quién estáis hablando?

—De mi amante, de mi futuro esposo á quien adoro.

—¡Ah! ¿Sería, pues, vuestro futuro esposo el que os trajo para que os enterráramos?

—¡Para que me enterrarais!

—Sí... Allí os trajeron envuelta en un sudario... Un caballero español, de hermosa presencia, joven, pálido, muy desconsolado al parecer:.. Con una cicatriz á un lado de la frente...

—¡El mismo era!

—Olvidadle, pues. No tenéis otro remedio.

—¡Qué yo olvide á mi Rodrigo! Estáis loco hablando así.

—No digo que no lo esté, pero jamás habéis de volver á verle.

—Padre...

—No soy padre de nadie... Soy vuestro esclavo; os obedeceré en todo, pero no para que os conduzca al lado de ese hombre que decís.

—¡Dios mío! ¿Qué pensáis hacer?

—No sé. Estarme á vuestros piés, contemplaros sin cesar, adoraros, llenarme el alma de vuestra belleza, oir vuestra voz, que me miréis y que me matéis, si así os place.

—¡Padre! ¡Padre!... ¡Por piedad!...

—Yo he dejado á Dios por estar á vuestras plantas; no dejaréis vos tanto por sufrirme á vuestro lado.

—Pero... Rodrigo... Llevarme en un féretro... ¡Ah! Yo estoy loca... Yo no sé que pasó por mí... ¡Dios mío! Iluminadme...

Y la joven se dejó caer de rodillas ante el crucifijo, ocultando su cabeza entre sus manos y deshaciéndose en un mar de llanto.

VI

El marinero la miraba como extasiado, sintiendo al par como si en vez de sangre corriera fuego por sus venas. Por fin cedió aquella exaltación y acercándose á Blanca le dijo:

—Serenaos, señora... También procuraré serenarme yo... Veamos si podremos descubrir este misterio en que está envuelto vuestro fatal viaje á San Donato.

—Caballero... salvador mío... No me acabéis de trastornar la razón... Ya que me negáis el título de padre pueda al menos hallar en vos á un amigo... Ridolfo... Ved que soy muy desgraciada, ved que no sé lo que va á ser de mí...

—Perdonadme, señora, que trastornado ante vuestra hermosura incomparable me haya dejado llevar de un rapto de locura... Os escucharé... Pero oidme también vos...

—Hablad, frá Ridolfo.

—¿Recordáis dónde os hallabáis antes de encontraros en el panteón de San Donato?

Pareció Blanca como si reconcentrara profundamente su memoria y por fin exclamó, estremeciéndose violentamente:

—¡Oh, sí!... Sí... Lo recuerdo... ¡Horror!

—¿Dónde estabáis pues?

—Estaba... en el muelle de los Esclavones... Sí... luégo vinieron unos hombres que me taparon la boca y me llevaron al canal de Rialto... y luégo al palacio de la Señoría... Sí... Allí me dejaron en un cuarto... con tapices rojos... Riccioli... me quería obligar á seguirle... ¡Oh, infame!...

—No fué él sin embargo, quien os condujo al monasterio; conozco á Riccioli.

—Sería mi Rodrigo... Yo no me acuerdo ya de más... Mi padre quería este casamiento con Paolo... ¡Ah! ¡Mi Rodrigo, mi buen Rodrigo que me creería muerta!... Busquémosle, frá Ridolfo... por piedad...

—Es inútil.

—Sí, por favor, frá Ridolfo... Sed generoso... compadeceos de mí...

—Pues bien... don Rodrigo...

—¿Qué?... ¿Sabéis de él?—exclamó Blanca con ansiedad.

—Si... Don Rodrigo... murió.

—¡Mentís!—exclamó levantándose la joven, cual si quisiera arrojarse sobre el fraile.

—No miento,—replicó Ridolfo, ciego de pasión, resuelto á quitar á Blanca la última esperanza.—No miento... Yo le ví muerto...

—¿Cuándo?

—Después que os dejó sepultada.

—No... mentís, miserable, mentís... ¡No se hubiera matado sin vengarme!

—Os digo la verdad.

—¡Juradlo!

El sacrílego extendió la mano ante el crucifijo y exclamó:

—¡Lo juro! ¡Ha muerto!

—¡Ay de mí!—murmuró desfallecida Blanca y cayó al suelo sin sentido.

VII

El perjuro miraba á Blanca cual un tigre presto á arrojarse sobre su presa.

Nunca había visto hermosura igual á la de aquella mujer, en quien parecía estar encarnada toda la pagana voluptuosidad del tipo veneciano inmortalizado por Giorgione, Ticiano y Tintoretto.

El fraile renegado sentía hervir en su corazón un volcán de deseos, avivados por el horrendo sacrilegio que acababa de cometer jurando en falso ante la imagen de Jesucristo Crucificado.

El mal pensamiento siguió su camino; la cobardía llegó á su colmo y el fraile pudo añadir un crimen más á los que tenían que llevarle á los infiernos. El brutal atentado había revestido su más repugnante forma; Blanca había sido víctima de un acto tanto más villano en cuanto no había podido darse cuenta de él ni oponer la menor resistencia.

VIII

Cuando la joven volvió en sí al cabo de un larguísimo rato, comprendió el ultraje que le había inferido el miserable, y sintiendo cual si la hubieran marcado la frente con un hierro hecho ascua,—exclamó mirando al fraile:

—¡Habéis cometido una infamia que no tiene nombre! Tanto os desprecio que llegáis á darme lástima... Nada os agradezco de lo que habéis hecho en mi favor; vuestro crimen borra por completo cualquier honrado sentimiento que hubieráis podido inspirarme...

—¡Insultadme! Estáis en vuestro derecho,—contestó con voz sombría frá Ridolfo.

—Vuestro atentado dice todo lo miserable que sois... Me habéis jurado que Rodrigo habia muerto para que perdiese el sentido y dejaros libre de toda resistencia... ¡Sois tan cobarde como sacrílego! Las fieras se apartarian de vos para no mancharse con vuestra vista... Dejadme que parta... Me hace daño vuestra presencia.

... el fraile pudo añadir un crimen más á los que tenían que llevarle á los infiernos

—¿Eso pensáis?—exclamó el renegado, cerrando el paso á Blanca. —¡Antes la muerte que dejaros ir!

—¡Menguado!... ¿Qué puedo hacer más que ceder á la violencia? Soy una débil mujer... Esto os vale; no lo hariais si estuviera á mi lado quien me defendiera.

—Lo haria aunque todo el infierno me viniera á disputaros.

—¡Oh! ¡Qué desgracia que me sacaseis del panteón!... Más me valia morir que no teneros por mi dueño...

—Blanca... si supieráis lo que sufre éste á quien llamáis vuestro dueño, sentiriais, de seguro, honda piedad por él... ¡¡Oh, Blanca!... El

cielo y el infierno juntos luchan dentro de mi cruda batalla... ¡Oh, Blanca! ¡Si supierais cuanto os amo!

El infeliz rompió en amarguísimos sollozos, mientras Blanca lo miraba con cierta lástima que se confundía con los violentos deseos de venganza que abrigaba.

CAPÍTULO II

Donde frá Ridolfo acaba de entregar su alma al diablo

Así permanecieron largas horas: el fraile se hallaba medio echado sobre la cama, escondiendo el rostro contra el jergón y llorando sin cesar, mientras que Blanca sentada en el cofre, miraba maquinalmente al suelo apoyando un codo sobre la rodilla y la cabeza sobre la mano.

Oyóse llamar á la puerta.

Frá Ridolfo se levantó y fué á abrir, presentándose Lunardo á preguntarles si deseaban se les sirviese la comida.

—Gracias,—contestó Blanca.—Aún queda mucho de lo que habéis traído esta mañana.

—Sin embargo, nada perderiais con probar el pescado que ha traído Canciano no hace media hora todavía. Barbos, sollos, meros... *Mare de diana!* no los ha comido nunca tan excelentes el dux. Sobre todo los *barboni*. ¡Oh que *barboni!*

—Bien... Probaré de vuestros *barboni*, Lunardo,—replicó la joven, —pero antes habría de pediros un favor.

—¡Oh, decid, *lustrissima!*

—¿Tendríais, pues, un manto cualquiera de vuestra hermana? Perdí el mío...

—¿Qué si tengo? Un manto hermosísimo... Vais á verlo, y que os sentará muy bien de seguro, pues, tiene Orsetta á lo que me parece igual estatura que vos...

El fraile miró á Lunardo con cierto enojo, cual si hubiese oido decir una blasfemia al comparar á Blanca con otra mujer, y más aún con una pobre gondolera.

El marinero levantó la tapa del cofre y sacó al momento un manto de lana encarnada, de cuyo cuello pendía un capuchón.

—¡Ved! Probáoslo.

Blanca se echó el manto con gentil desembarazo sobre los hombros.

—*Oe... ¡Viva la chiozzotta!*—exclamó alegremente Lunardo.—¡Viva la reina de las bateleras!

Sonrióse la joven y quitándose un brazalete de oro que llevaba, exclamó:

—Guardad, pues, eso para Orsetta, como recuerdo mío.

—¡Oh! Pero esto es oro... oro macizo...

—Guardadlo os digo. ¿Qué menos puedo hacer en pago de vuestra hospitalidad?

El pobre *battelantte* hizo una profunda cortesía, mientras que frá Ridolfo miraba con ojos encendidos en cólera como Blanca seguía al marinero sin volver ni siquiera la vista á donde estaba.

II

Sentóse Blanca á la mesa y el marinero la sirvió un plato de pescado, peregrinamente guisado.

La joven parecía hallarse bajo el imperio de una idea que no podía traslucirse, pero que se conocía debía ser inquebrantable.

En vez de entregarse al desaliento, mostróse animada, y hasta comió con apetito.

—¿Vais á menudo á Venecia?—preguntó á Lunardo.

—Sí, *lustrissima*. A cada momento. Ayer estuve.

—¡Ah! Entonces habréis oido hablar quizás del embajador de España, el noble don Rodrigo de Toledo.

—Si he oido, pero ya no oiré más.

—¿Por qué?

—Porque el pobre caballero murió en el incendio que hubo ayer mañana en su palacio.

Levantóse Blanca, palideciendo, y cogiendo las manos del gondolero, repuso llena de angustia:

—¿No os engañáis?... ¿Qué murió don Rodrigo de Toledo, habéis dicho?

—Digo lo que oí decir, *lustrissima*; que se incendió el palacio y que don Rodrigo murió allí. De lo primero estoy seguro, porque yo ví todavía arder la casa; de lo segundo, no tanto, pero esto se decia en Venecia ayer tarde.

—¡Harta verdad será por desgracia!

—Sin embargo, si os interesa saberlo con toda certeza, Orsetta podria enterarse quizás, y de lo que ella diga podéis estar segura.

—¿Sí?

—Con toda seguridad. Mi hermana tiene un novio, marino español, que era muy amigo del embajador. Si Saravia dice que don Rodrigo ha muerto no le déis más vueltas; muerto está. Aunque bien mirado, ¿qué mayor prueba de que ha muerto que el no parecer después del fuego? ¡Todo ardió!

—¿Cuándo volveréis á Venecia?

—Esta noche, pero si es para serviros, antes.

—Gracias..... Esta noche..... Y decidme, ¿no podríais llevarme con vos?

—¿Conmigo?

—Sí.

—*Lustrissima*, me dispensaréis el más alto honor en ello. ¿Y con frá Ridolfo, también, supongo?

—No sé. Pero yo he de ir.

—Iréis, *lustrissima*..... ¿Pero con permiso de frá Ridolfo, se entiende?

—Nada debe importaros este permiso.

—¿Pues no sois su penitente?

—Sí... pero no importa.

—¡Ah! En fin, *lustrissima*, antes obedeceré á vos que á nadie...

—Gracias; no os pesará... Me avisaréis cuando salga vuestra barca y me conduciréis á casa de Orsetta.

—¡Oh, *lustrissima!* Pero si mi hermana vive en una casa humildísima de la *Frezzaria*... Vos sólo podéis pisar palacios...

—No importa. Allí me conduciréis... ¿Está en Venecia ahora el marino español que decíais?

—Anteayer estaba.

—Bueno... Será preciso que yo le vea.

—Nada más fácil.

—Lunardo, servidme bien y no os quejaréis de la recompensa.

—¡Oh! *lustrissima*, decidme que me arroje al golfo y veréis como lo hago

—No se trata de eso... Habéis de serme fiel y leal.

—¿Y frá Ridolfo?

—Dejadle. Sólo á mí habéis de obedecer.

—Os obedeceré, aunque ese santo varón es muy amigo mío...

—No se trata de causarle jamás el menor daño...

—Tanto mejor, porque es incapaz él de hacerle mal á nadie...

—Eso, Lunardo, no puede asegurarse con tanta seguridad como afirmáis vos.

—¡Ah! Pues si yo supiese que frá Ridolfo ha cometido el menor desaguisado...

—Dejémosle... No olvidéis lo que os tengo prevenido... Al haceros á la mar, me avisaréis.

—Oh, no tengáis cuidado alguno, *lustrissima*... Estaréis en Venecia á la madrugada, si Dios quiere.

—Mucho os lo agradeceré, Lunardo.

La joven se levantó de la mesa y no volvió á entrar en el aposento de Orsetta, donde continuaba frá Ridolfo presa de terrible agitación.

III

A las doce de la noche partía Blanca de la ribera de Chioggia. Advertido de ello frá Ridolfo por conducto de Lunardo embarcóse también silenciosamente en la tartana del digno *paron*, en dialecto veneciano.

A las doce de la noche partía Blanca de la ribera de Chioggia.

El barco navegaba favorecido por fresco viento, por manera que antes del amanecer se encontraba ya en las lagunas, en cuyo fondo dormía Venecia envuelta en húmedos vapores, dulces, suaves, celestes, cual si la luz que los teñía fuese de otro linaje, mágico y fantástico, que no el de la luz vulgar. Pasado el Lido y á los rayos del sol levante el agua presentaba tintes extraños, como cobrizos, y los arreboles reflejábanse con matices anaranjados y verdosos en el espejo del mar.

La tartana penetró en la ribera de la Piazzeta, entró luégo en el

Canal Grande y se detuvo ante una escalera del barrio de la *Frezzaria*.

—Ya estamos,—exclamó Lunardo.—Allí encontraréis á Orsetta.

—Está bien,—contestó Blanca.

—Señora... os seguiré como si fuera esclavo vuestro,—repuso á esto frá Ridolfo saliendo de su sombrío silencio.—Podréis ahuyentarme de vuestro lado, pero yo volveré á seguiros como el perro fiel á su amo.

La dama hizo un despreciativo gesto y saltó en tierra sin cuidarse, al parecer, de lo que intentase el mísero renegado.

IV

El patrón precedió á la señora, llamando á la puerta de la casa, la cual se abrió al poco rato apareciendo en ella una joven de unos quince años, vestida con el traje de las gondoleras, blanca, sonrosada, de hermosos ojos y risueña boca, ondulante cabellera rubia y redondo cuello.

Orsetta, que ella era, saludó graciosamente á la dama y abrazó á su hermano.

—No te esperaba tan pronto,—exclamó la joven.—¿Qué ocurre?

—He venido para que tengas el honor de recibir á esa *lustrissima* señora,—exclamó el marinero,—que deseaba conocerte, lo mismo que á tu enamorado.

—Señora,—replicó Orsetta,—ved en que podéis mandar á ésta vuestra humilde servidora.

—Mucho podéis hacer por mí,—repuso Blanca.—Pero ante todo desearía me dijeseis si podría yo ver á ese joven español, novio vuestro.

—¡Ah! Que desgracia... Se marchó ayer...

—¿Se marchó?

—Sí... Bien inesperadamente, y es el caso que me dijo tardaría mucho en volver... pero entrad en nuestra habitación, señora; allí podremos hablar y quizás pueda daros yo razón de lo que desearías saber por boca de mi prometido.

Subieron los tres algunas escaleras y penetraron en una modesti-

sima habitación, tomando asiento junto á una ventana que daba á un canalizo.

—Tenía vivo empeño en hablar á vuestro novio,—dijo Blanca,—porque me interesa extraordinariamente saber el paradero de D. Rodrigo de Toledo, de quién me consta ser muy amigo el marino á quien amáis.

—¡Don Rodrigo! Pero por Dios, señora... ¿no sabéis?...

—¿Qué? Hablad, por piedad...

—¿Nada sabéis, pues?

—No... Decídmelo vos...

—Pues, don Rodrigo... señora... Haceos cargo de que no habéis de verle más, si es que tal cosa os convenía.

—¿Que no he de verle más?... ¿Y por qué?

—Cuánto siento tener que afligiros de este modo, señora... Conformaos... nada más preguntéis.

—¡Oh, sí!... Soy fuerte para soportarlo todo... Hablad... No temáis por mí.

—Don Rodrigo... pereció en el incendio de su palacio...

—¡Imposible!—exclamó Blanca, levantándose impetuosamente.

—Yo no os digo que sea imposible; os digo lo que me contaron.

—¿Pero qué os dijeron?

—Lo que ya os he manifestado.

—¿Y vuestro novio reconoció á don Rodrigo muerto?

—Me dijo únicamente que don Rodrigo había perecido.

—¿Y dónde está ahora vuestro novio?

—No sé.

—¿No os lo dijo?

—Nada me dijo de á dónde iba, pero yo sabré esperarle aunque sea hasta el último instante de mi vida.

—¡Ay de mí!... ¿Pero... vos creéis que eso sea cierto... que don Rodrigo muriese en el incendio?

—Así se dijo.

—Pues no es verdad... No... no puede serlo.

—¡Quién sabe! Tal vez tengáis razón...

—¿Era muy amigo suyo, vuestro novio?

—Muchísimo.

—¿Se veían á menudo?

—Todos los días.

—¿Y de pronto os dijo que tenía que embarcarse?

—Eso me participó.

—¿Nada sabíais vos momentos antes?

—Absolutamente nada; creía estaría en Venecia tres ó cuatro meses... Pero á fe, señora, que si me permitierais ahora yo os preguntaría á mi vez.

—Hablad, y preguntad cuanto queráis.

—Pues bien: el interés que demostráis por saber el paradero de don Rodrigo, y vuestra hermosura sin igual, moverían me á creer no fueseis la mujer á quien él amaba tanto...

—¿Sabéis cómo se llamaba esa mujer?

—Sí... Blanca de Alviano...

—Yo soy.

—¡Vos! El corazón me lo decía así que os he visto.

—¿Sí?

—Sí, os lo aseguro... os he reconocido al momento.

—¿Me habéis reconocido?

—Saravia me había hablado de vos muchas veces. Sois tal como me contaba.

—¿Os hablaba de mí vuestro novio?

—Me hablaba de vos, refiriéndome cuanto os amaba don Rodrigo.

—¡Desventurado amor! ¿Pero no os dijo nada más Saravia?

—Nada más.

—¿No os dijo si don Rodrigo había supuesto que yo estuviese muerta?

—No; de nada de esto me habló; manifestóme tan sólo que don Rodrigo había muerto y que él partía aquella misma noche, la de anteayer.

—¡Oh! ¡qué hacer, qué hacer, Dios mío!

Y Blanca quedó sumida en hondísima meditación.

V

Al cabo de un largo rato pareció como que volviese en sí la desconsolada señora.

—¡Cuánto siento haberos molestado!—exclamó al ver á Orsetta, que la contemplaba con honda compasión.

—¡Oh, no! Disponed de todos nosotros,—repuso la joven.

—En tal caso... si quisierais atender á mis ruegos...

—A vuestros mandatos, señora.

—Gracias, Orsetta... Yo quisiera, pues, permanecer á vuestro lado, mi buena amiga; no separarme de vos...

—Señora, no sabéis cuanto nos honraréis con ello.

—Me es imposible volver al lado de mi padre... Ya sé lo que me esperaría allí. Nuevas violencias, mi casamiento con un hombre aborrecido...

—Estáis en vuestra casa *Donna Bianca.*

—¡Gracias, oh gracias! Tomad... Con esto tenéis para algún tiempo...

Y diciendo esto Blanca quitóse de entre las trenzas de los cabellos un largo hilo de perlas de peregrino oriente entretejidas con las doradas hebras y se lo entregó á Orsetta.

—¿Qué hacéis, señora?—exclamó la joven asombrada.

—¿Qué menos puedo hacer?

—Oh, no... Guardad este tesoro...

—No, Orsetta... Vendedlo... ó conservadlo, como querais.

—Imposible... Vuestra confianza en nosotros nos satisface de sobra...

—Entonces, os suplico guardéis esto como un recuerdo mío... Os lo ruego...

—Obedeceré, señora... ¡Oh, qué hermosas perlas! Pero aún parecían más hermosas, señora, sobre el oro de vuestras trenzas...

VI

Pronto supieron todos los de la casa que *Donna Bianca* permanecería allí hasta que tuviese por conveniente, y al caer de la tarde dispúsose *paron Lunardo* á regresar á Chioggia.

Iba ya á embarcarse sin acordarse para nada de frá Ridolfo, cuando se le acercó éste, diciéndole:

—Os acompaño á casa, amigo.

—Con mil amores... ¿Volvéis al convento, eh?

—Sí... A Murano.

—Vamos, pues.

Embarcáronse los dos hombres y verificaron sin novedad la travesía, llegando á Chioggia al dar las dos de la mañana.

—Es tarde para ponerme en marcha,—dijo frá Ridolfo.—Esperaré á que salga el sol.

—Perfectamente, frá Ridolfo. Ya sabéis que podéis excusar todo cumplido con éste vuestro humilde servidor.

—¿Con qué *donna Bianca* ha quedado en casa de vuestra hermana?

—Así parece.

—Estará muy bien allí.

—Sí; no creo que le falte nada... Pero decidme, frá Ridolfo... ¿Por qué *donna Bianca* no os ha dirigido para nada la palabra?

—¡Ah!... Es verdad... En no haciendo lo que una mujer quiere, acabóse todo.

—¿Y vos no habéis hecho lo que quería ella?

—Justamente.

—Mal habéis obrado entonces porque parece honesta y virtuosa dama.

—*Parece*, pero no es así.

—¿Que no es así? Asombrado me dejáis.

—El disgusto con *donna Bianca* es por no haber querido obedecerme. Habíale yo impuesto rigurosa penitencia, y se ha negado á ello.

—¡Una rigurosa penitencia!

—Sí. Muy rigurosa.

—No os comprendo. Paréceme imposible que *donna Bianca* merezca otra cosa que bendiciones.

—Es secreto de confesión.

—¡Ah! No os pregunto más entonces.

—Podéis estar seguro que cuando esto he hecho es por haber gran motivo.

—¡Santo Dios! ¡Quién lo hubiera imaginado nunca!

—Con todo, no desisto todavía de salvar su alma... Alguna vez me llevaréis allí...

—Cuando queráis, frá Ridolfo.

—Ya os avisaré cuando llegue la ocasión, Lunardo, pues ya debéis pensar cuanto me interesa á mí la salvación de las almas... y mucho podéis hacer vos para conseguir la de esa desventurada señora.

—Oh, sí... Tiemblo al pensar si por culpa mia pudiera ir á parar á los infiernos...

—Sois un honrado cristiano, Lunardo, y vuestras excelentes intenciones os abrirán de seguro las puertas del Paraiso.

VII

Al ser de día revistió nuevamente el fraile sus hábitos y manifestó iba á embarcarse con rumbo á Murano, cuando de pronto dió señales de violento malestar.

—No me encuentro bien,—exclamó...—Esperaremos á la noche.

Lunardo prestó los más asíduos cuidados á su huésped, quedando por fortuna, disipada la enfermedad así que iba á ponerse el sol.

Con todo, no pareció que la dolencia hubiese sido de mucho cuidado, por cuanto frá Ridolfo habíase levantado por la tarde, examinando con mucha curiosidad las herramientas de Lunardo.

Una barca le condujo á Murano, en cuya playa desembarcó cuando había cerrado ya la noche.

Frá Ridolfo se dirigió lentamente á San Donato, rondando varias veces la tapia cual si buscara sitio apropósito para escalarla.

Por fin dió con lo que buscaba; la pared presentábase allí rajada en varias partes, y aquellos resquicios podían servir perfectamente de apoyo para subir hasta lo alto.

El fraile puso un pié en la grieta más cercana al suelo, apoyóse con las manos en otra bastante elevada y comenzó á encaramarse, llegando sin tropiezo hasta el coronamiento, sobre el cual se mantuvo á horcajadas, mirando al interior.

Comenzó á encaramarse llegando sin tropiezo hasta el coronamiento...

Siempre en la misma posición fué avanzando hacia un cobertizo, saltó en él y deslizóse luégo agarrado á uno de los pilares que lo sostenían á cada extremo.

Dirigióse luégo á la puerta del claustro, practicó un agujero en ella con un serrucho que había robado á Lunardo, mientras éste había dedado á frá Ridolfo en la cabaña, y se introdujo en el interior del recinto.

Igual operación llevó á cabo en la puerta de la sacristía de la iglesia que salía al claustro, donde penetró frá Ridolfo en medio de la densa

oscuridad y del silencio profundísimo en que estaba sumida aquella estancia.

Cerró la puerta tras de sí, encendió una linterna y se dirigió hacia un armario de cedro, primorosamente tallado, obra maestra del ilustre Calendaro. Introdujo una palanqueta entre las dos hojas y quedó abierto el armario después de repetidos esfuerzos. Entonces apareció ante sus ojos un espléndido tesoro de ornamentos sagrados de oro y plata guarnecidos de pedrerías, cálices, patenas, copones, incensarios, bandejas llenas de monedas, producto de las colectas, aguamaniles, *Paces*, campanillas, coronas y sortijas destinadas para que las luciesen las imágenes en determinados días, y con esto montones de casullas de lama de oro con riquísimos bordados.

Brillaron de codicia los ojos del sacrílego bandido y sacando un enorme saco que á prevención llevaba, llenólo con cuanto le pareció haber de más precioso en el armario.

Apagó luégo la linterna, salió al claustro, ensanchó el agujero anteriormente practicado en la puerta y llegó al pié de la tapia. Encaramóse al cobertizo, y después de haber atado una cuerda al saco, izolo, descolgólo luégo por el exterior hasta dejarlo en el suelo y bajó valiéndose de los mismos puntos de apoyo por donde había subido.

Cargado con el saco que contenía las joyas robadas, dirigióse nuevamente hacia la playa, y al llegar allí despojóse de su hábito quedando con el traje de gondolero que había revestido el día antes en casa de Lunardo, después de lo cual envolvió el saco en el sayal.

No se veia luz en ninguna de las barcas, lo cual impacientaba vivamente al ladrón.

De pronto frá Ridolfo dejó oir un grito de terror: acababa de tropezar con un hombre que yacía en el suelo.

—¿Quién va?—preguntó una voz soñolienta.—¿Sois vos *paron Toni*?

—No,—repuso tranquilizándose frá Ridolfo...—Pero me alegro de encontraros, amigo. Necesito al momento partir para Venecia.

—¡Para Venecia! *¡Santa Madonna de la Pietá!*

—No hay más, hay que partir. La paga será buena.

—Si es buena la paga...

—¿Cuánto queréis?

—Por lo menos... un ducado de oro.

—Os daré dos.

—¡Dos ducados!... Presto, presto; señor excelentísimo... partamos al momento... No hago más que avisar á *paron Toni*...

—No tenemos tiempo que perder.

—Está bien... Se lo dejaré dicho por otro... ¡Eh, Titta-Nane!—exclamó sacudiendo por un brazo á un grumetillo que dormía en la góndola. ¡A tierra!

El grumete se despertó con la ruda sacudida y se puso en pié.

—¡A tierra! Y le dirás al *paron* que me he ido á Venecia á acompañar á un gentil-hombre...

—No soy gentil-hombre,—repuso frá Ridolfo,—sino un marinero como vos.

—¡Ah! Es verdad... pues compañero, que por muchos años podáis pagar dos ducados de oro por llevaros de aquí á la ciudad... Y á propósito... si os fuera igual pagar por adelantado...

—Me es igual,—replicó con arrogancia el fraile.—Tomad.

Y alargó los dos ducados al marinero.

—¡Oh, excelencia! ¡De fijo debéis haber llegado de las Indias!

—Precisamente,—replicó frá Ridolfo...—He llegado hace poco del Perú.

—Ya veis como lo adiviné enseguida.

—Sí, sois muy sagaz, compañero *battelantte*.

Partió la góndola, yendo en silencio los dos hombres, hasta que al cabo de una hora, estando ya en alta mar, dijo frá Ridolfo:

—Tengo frío y me sería conveniente un abrigo. ¿Me vendéis vuestro balandrán?

—Con mucho gusto, excelencia... Famosa prenda llevaréis... Y os lo doy por un ducado nada más...

Frá Ridolfo tomó el balandrán, abrochóselo y arrojó al mar el sayal que servía de envoltura al saco.

CAPÍTULO III

De como frá Ridolfo se convirtió en mercader veneciano

El bandido, bien encaperuzado, se hizo desembarcar en el muelle de los Esclavones, pero no permaneció allí mucho tiempo, pues al poco rato se embarcó en otra góndola y tomó tierra en la Giudecca, internándose por las callejuelas de miserable aspecto que existen aún en dicha isleta, hasta que por fin se detuvo ante una casucha, á la cual llamó con dos aldabonazos dados de cierta manera.

—¿Quién va?—respondió desde dentro una voz cascada y áspera.

—Abrid, señor Mezzocanti,—respondió el fraile.

—¡Hola! ¿Vos aquí, *fratre*?

—Sí... Yo mismo.

Abrióse la puerta y apareció en ella un viejo de aspecto sórdido que miró con recelosa expresión al visitante.

—¿Él? ¿Qué es eso?—exclamó reparando en el extraño traje de frá Ridolfo.—¿Por qué vais equipado de esta suerte?

—Muchas preguntas me hacéis á la vez, honrado Mezzocanti... Ya os lo iré diciendo todo, pero no aquí; entremos en casa, si os parece.

—Entremos, frá Ridolfo...

Cerró el viejo la puerta y salieron los dos hombres por una estrecha escalera en espiral, por donde á duras penas podía pasar el saco que llevaba á cuestas el bandido.

Así llegaron al primer piso de la casa, á cuya puerta estaba un hombre de mediana edad y siniestra catadura con una larguísima espada.

—Buenos días, Giambattista,—dijo frá Ridolfo dirigiéndose á aquel antipático personaje.

—Bien venido, *fratre*,—contestó con brusco acento el aludido.

Los tres entraron en un aposento cuya pobreza sólo podía competir con la suciedad. No había otros muebles que un enorme arcón y dos ó tres taburetes de madera, toscamente labrados.

—Sentaos y hablad,—dijo Mezzocanti á frá Ridolfo.

—Gracias, amigo. Pues el motivo que me trae ahora aquí es muy distinto del que me ha traído otras veces.

—Ya. ¿No se trata, pues, de ningún cuadro que tengáis que vender

—No. La cuestión es otra. Necesito dinero, mucho dinero, muchísimo dinero.

—¡Dios de Israel! ¿Y cómo voy á daros yo todo ese dinero, todo ese muchísimo dinero que decís?

—Podréis dármelo, Mezzocanti.

—Quizás; ya habéis dicho que no traíais cuadros... Esos valen poco.

—Precisamente eso os he dicho, pues ya sé que sobre los cuadros que os trajese, aunque fueran de Bellini, de Giorgione, del Ticiano ó del ilustre Tintoretto no me daríais ni siquiera veinte miserables cequíes.

—¡Las cosas van tan mal en la Señoría!

—Mal para los demás; no para vosotros, honrado Mezzocanti y egregio Giambattista.

—Para todos, para todos,—respondió Giambattista.

—Bueno, pues á ver si de esta hecha cambia vuestra suerte.

—Explicaos.

El fraile, con el saco fuertemente apretado entre las piernas y teniendo asido por el extremo á que estaba atada la cuerda, exclamó:

—Aquí hay un tesoro.

—¿Un tesoro? ¿Y dónde lo habéis descubierto?—repuso Mezzocanti.

—Pues ya veis,—replicó frá Ridolfo.—Un cáliz de Benvenuto Cellini

—Eso no os importa. Contentaos con comprármelo. Ved.

Frá Ridolfo desató el nudo que cerraba la boca del saco é introduciéndolo la mano sacó un cáliz de oro guarnecido de pedrerías.

—¡Misericordia divina!—exclamó Mezzocanti.—¿Qué es esto?

—Pues ya veis,—replicó frá Ridolfo.—Un cáliz de Benvenuto Cellini.

—¡Oh! ¡oh! ¡De Benvenuto Cellini!

—Claro está... Ved su firma.

Y diciendo esto acercó el fraile la preciosa joya á los ojos de Mezzocanti y le mostró el nombre del ilustre cincelador, esculpido en la base.

II

El viejo calóse unas enormes antiparras.

Tomó entre sus manos el cáliz, pareció como si calculara su peso, examinó cuidadosamente la labor, fijóse en los rubíes y perlas de que estaba guarnecido el tallo y por fin después de meditar largo rato, exclamó:

—Fratre, os ofrezco cien ducados de oro por este cáliz.

—¿Cien ducados? No.

—¿Cuánto queréis, pues?

—Ciento cincuenta.

—Ciento veinte, y trato concluído.

—Vaya por los ciento veinte ducados. Vuestro es el cáliz.

El viejo cogió el sagrado vaso y desapareció por una puertecilla, volviendo al cabo de un rato con una mugrienta bolsa en la mano, después de lo cual se sentó en el arcón y tirando de los cordones de aquélla fué sacando y contando la consabida cantidad, que entregó al fraile.

Frá Ridolfo contó á su vez las monedas, examinando con el mayor cuidado cada una de las piezas, y al acabar, dijo:

—Está bien, honrado Mezzocanti... Y ahora, á otra cosa.

Metió mano en el saco el sacrílego ladrón y sacó una voluminosa corona de plata, figurando rayos que partían de un círculo.

—¡Bah! Esto no vale nada,—exclamó el viejo.

—Vedlo sin embargo.

—Cuarenta florines.

—Cincuenta.

—Cuarenta y cinco.

—Está bien; guardadla.

De nuevo desapareció Mezzocanti; volvió á salir, contó los cuarenta y cinco florines, y luégo, con codiciosa expresión, exclamó:

—Vamos; otra cosa.

—Al momento.

Esta vez fueron un aro y una *Paz* los que salieron, ambos de oro.

—Veinte ducados.

—Imposible... El aro sólo los pesa... ¿Pero no veis que hermosa *Paz*? Queréis degollarme, Mezzocanti.

—*Pax vobis*,—exclamó Giambattista.

—*Pax tibi Christi*,—replicó únicamente frá Ridolfo.—Treinta ducados en todo.

—Treinta ducados... y que el diablo os lleve.

—Amén.

—Os lleváis de mi casa ciento cincuenta ducados de oro y cuarenta y cinco florines, frá Ridolfo.

—Y os dejo por valor de más de mil ducados, honrado Mezzocanti.

—¡Dios de Abraham! Qué disparate... ¡Si no los vale todo lo que lleváis en ese saco!

—¿Qué sabéis vos?

—Es verdad que no lo he visto, pero lo supongo.

—Con todo, no os lo diera yo ni por seis mil ducados.

—¿Estáis loco?

—No lo estoy.

—¿Pero de dónde habéis sacado eso?

—Es un secreto de la comunidad.

—¡Ah! ¿Con qué venís por encargo de vuestros hermanos?

—Precisamente.

—¡Ya! A lo que se vé el convento necesita dinero...

—Unas obras que hay que hacer.

—Importantes

—Ya veis.

—Sin embargo, con tres mil ducados hay para un palacio.

—Seis mil.

—Seis mil, seis mil...

—Ni más ni menos.

—Veamos.

—No hay inconveniente. Estoy autorizado por el Prior para enseñároslo todo.

—¿El Prior sabe que habéis venido á esta casa?

—Claro está. ¿Qué mal hay en ello? Somos gente de bien, aunque de distinta religión.

—Harto me pesa.

—Que os pesa, ¿que no seáis cristiano?

—No; que vos no seáis judío.

—¡Puah!

—¡Cómo ha de ser!... Dios ha dispuesto que haya diferencias entre los hombres. Hizo el mundo y lo entregó á sus disputas.

—*Disputationibus eorum.*

—Con todo, es fácil entenderse, cuando como deciais, tratan entre sí honrados compadres...

—Tratemos, pues, honradamente, Mezzocanti.

—Sí, pero no seáis tan celoso por el bien de la comunidad... Quien dice seis mil, dice cuatro mil.

—Son dos mil menos.

—Es verdad, pero ni vos ni yo somos procuradores de ningún Banco... Los negocios privados, como son los que aquí tratamos, exigen menos precisión.

—Sin embargo, yo he de mirar por la mayor prosperidad del monasterio.

—¿Conque sois el bolsero?

—Algo como eso.

—¡Ya! Algo como... pardiez, que no recuerdo ahora el nombre de aquel apóstol del Nazareno... uno pelirojo...

—No os consiento esas bromas, Mezzocanti... Nada tiene que ver una cosa con otra.

—¿Pero quién os dice que tengáis que ver con...

—Parecéismc sobrado curioso en vuestras preguntas y será lo mejor que concluyamos pronto.

—Concluyamos. Vaciad el saco y veremos si vale los tres mil ducados que hemos dicho.

—Habéis dicho cuatro mil.

—¿Estáis seguro?

—Sí. Y serán cuatro mil ó...

—O bien os volveréis á San Donato. Comprendo.

III

El fraile fué sacando uno por uno los objetos contenidos en el saco, cada uno de los cuales excitaba la más viva codicia en el mercader judío, que no podía contener un grito de admiración cuando aparecía alguna maravilla.

—Bueno, bueno... Tendréis los cuatro mil ducados de oro,—exclamó,—y la comunidad de San Donato os podrá quedar bien agradecida del buen negocio, redondo, que habrá hecho por vuestra intermediación... ¿Tenéis un tanto por el corretaje?

—No se estila esto entre nosotros. Me he encargado graciosamente de la venta.

—¿Y en qué se va á emplear ahora ese dinero?

—Ya os lo he dicho. En obras, en reformas...

—Vamos. *Ad majorem Dei gloriam*,—replicó Giambattista.

—*Tu dixisti*... ¿Sabéis latín, amigo?

—He sido lego en los *Fratri*.

—Famoso convento.

—Sin embargo, no me sentí con vocación para profesar. Me gusta más andar á linternazos que no rezar maitines.

—Dios mira las buenas intenciones.

—Por esto mismo. Yo las tengo excelentes siempre: aborrezco á los malos.

—¡Anatema sobre ellos!

—Es lo que yo digo. Al que robare en sagrado, ¡anatema!

—¡Maldición sobre él; caiga sobre él la cólera de Dios; no halle quién le ampare; no encuentre quién mitigue su hambre ni apague su sed!

—Bien hablado. Sois un honrado novicio.

—Mezzocanti me conoce bien.

—¡Oh, mucho que sí! ¡Qué cuadros tan hermosos pintabais! Confun-

dianse con los del maestro. Muchos Falconieris se vendieron por Tícianos.

—No sería tanto.

—Os juro que sí.

—Gracias, Mezzocanti... y ahora, si os parece podríamos arreglar eso. En San Donato me esperan con impaciencia.

—Voy, voy,—exclamó el judío.

Entró de nuevo en el cuchitril y apareció al cabo de un largo rato.

—Ahí tenéis... Cuatro mil ducados de oro... ¡Qué palacio podrá levantar la comunidad con esta suma!

—Veremos lo que se hará. Y ahora, honrado Mezzocanti, recibid mi bendición...

—¿Vuestra bendición con ese traje?

—Es verdad, pero en fin, vale lo mismo. Hasta otro día ¿eh?

—¿Os parece?

—Sí; me parece que sí.

—¿Ha quedado todavía algo en el tesoro del monasterio?

—Algo ha quedado.

—Pues ya sabéis... Siempre á vuestras órdenes.

—Gracias, Mezzocanti... Adiós, amigo Giambattista.

—El cielo os guarde, reverendísimo padre,—contestó el *bravo* con marcada ironía.

Frá Ridolfo salió de casa del judío, no menos embozado y encaperuzado que cuando entró, habiendo cambiado el pesado saco por una enorme talega de más de dos arrobas de peso, llena de oro.

IV

Después de dar algunas vueltas por aquellas callejuelas salió frá Ridolfo al ancho canal de la Guidecca, por el cual circulaban numerosas góndolas.

El bandido entró en casa de un barbero donde se hizo afeitar la barba, empeñándose, sin embargo, en no descubrirse la cabeza, y al salir llamó á un batelero en cuyo elegante esquife se embarcó.

—¿A dónde, camarada?—exclamó el marinero.

—A una posada cualquiera que esté cerca de la Frezzaria.

—¡Oh! No podíais encontrar otro que os llevase á mejor parte que yo... Nadie osará poner en duda que es la *Hosteria del Bucentauro* la primera de nuestra ilustre ciudad. Se entiende, pagando bien.

—Llevadme, pues, allí.

El gondolero, muy satisfecho al parecer de haber conseguido aquel parroquiano para la posada de su devoción, condujo á frá Ridolfo al indicado lugar.

La *Hosteria del Bucentauro* era un antiguo palacio de estilo ogival lombardo; la fachada mostraba sus grandes balcones, encerrados dentro de balaustradas de madera primorosamente caladas, sus ventanas festoneadas de treboles ó rematadas en ogiva y sus relieves de hojarasca y espinas entrelazadas. Un ancho portal daba entrada á la *trattoria*.

—Ya veis si podíais hospedaros en mejor palacio,—exclamó el gondolero así que llegaron.

—Está bien,—contestó frá Ridolfo.—Gracias, amigo.

El fraile entró en la posada y pidió al hostelero un cuarto para él solo.

—Tendréis que subir á los desvanes,—contestó el dueño, poco satisfecho al parecer de la humilde calidad del huésped.

—Donde querais,—replicó el bandido.

Un mozo acompañó al recién llegado á una habitación del piso último.

—Bueno,—exclamó frá Ridolfo;—traedme algo que comer.

El criado se retiró á cumplir lo dicho y el huésped se hizo cargo del aposento.

No tenía éste vista al canal sino que la ventana daba á una plazuela ocupada á aquella hora por algunas verduleras.

Al poco rato volvió el mozo con un pollo asado, un gran trozo de jamón, pan de centeno y vino.

—Ahí tenéis con qué remediar el hambre y la sed, hermano,—dijo el ganapán.

—Está bien.

Frá Ridolfo devoró los manjares con verdadera delicia, después de lo cual llevóse el criado los platos y la botella.

El bandido colocó el saco dentro de un cofre que en el cuarto había y arrastró dicho mueble enseguida hasta dejarlo bajo la cama, hecho lo cual tendióse voluptuosamente sobre el duro jergón y quedó profundamente dormido.

V

Era media tarde cuando frá Ridolfo, despertándose volvió, á la realidad de su situación.

Salió cuando ya se ponía el sol y fué en busca de un sastre á fin de procurarse un vestido de mercader. El digno artesano recibió con extremada frialdad al gondolero, la cual se trocó en grandes cortesías cuando frá Ridolfo sacó unos cuantos florines de entre los pliegues de la faja.

—¿Sois de aquí?—le preguntó el maestro.

—No... De Istria,—contestó el fraile.

—¿Habréis mejorado de fortuna á lo que parece?

—Justamente.

—Celebro mucho. ¿Alguna mina, quizás?

—Lo habéis adivinado.

—Presumílo enseguida que me dijísteis erais de la Istria.

—Hay muchas minas allí, en efecto.

—Y la vuestra ¿es de hierro quizás?

—De hierro es.

—Suerte habéis tenido; más quisiera yo ser dueño de una mina que no de una galera.

—No hacemos aún más que empezar. La esplota una compañía de que soy socio por ser mi hermano uno de los principales interesados.

—Pues mil prosperidades.

—Gracias, maestro. Podéis darle al primer pobre que os venga á pedir limosna el traje que os he dejado.

Bien abrigado dentro un ancho gabán de sarga negro bajo el cual aparecían un jubón y unos calzones de paño azul oscuro y cubierta la cabeza con un gorro, salió frá Ridolfo de la tienda del sastre dirigiendo sus pasos á la calle en que vivían Blanca y Orsetta, cercana al sitio donde se encontraba.

VI

Hacía rato que había anochecido, aunque por otra parte no había cuidado de que nadie acertase á reconocer al fugitivo fraile, que vestido con aquel traje y completamente afeitado parecía otra persona.

Frá Ridolfo se detuvo un momento ante la casa en que había visto entrar á Lunardo y su compañera y atravesando por un puentecillo el canalizo fué á colocarse en el pretil opuesto, donde permaneció breves minutos.

Había por allí una armería y en ella entró, encontrándose con una bella joven que le recibió con encantadora amabilidad.

—¿Qué se os ofrecía, messire?—exclamó la joven.

—Una espada, una daga y dos pistoletes; buenos, de lo mejor que tengáis.

—Tenemos aquí cuanto puede apetecer el más entendido caballero, —respondió ella.—Ved si os conviene lo que os enseñaré.

Y la joven buscó en los anaqueles varios de los objetos pedidos.

Después de un largo examen decidióse frá Ridolfo por una espada de hoja toledana, un puñal veneciano y unos pistoletes berberiscos, pagándolo todo á buen precio.

—Parece muy tranquila esta calle,—exclamó el comprador, haciendo como que se fijaba en lo que decía.

—Sí; todos cuantos viven en ella son honrada gente,—respondió la joven,—pero es un sitio muy triste.

—Me gusta esta quietud, sin embargo, por manera que si encontrase aquí una casa en que vivir, de buena gana me mudaría.

—Es fácil deis fácilmente con lo que decís.

—¿Os parece?

—Sí: aquí al lado. Pronto va á desocuparse la casa.

—¿Quién vive ahora?

—La familia de un capitán de barco... Dentro poco van á abandonar todos la ciudad y quedará desalquilada la vivienda. Si queréis hablar con el dueño podréis verle mañana en la Lonja á la hora de contratación. Preguntad por Marino Pergalozzi.

—Sí, iré á verle; deseo estar tranquilo y esta casa me convendría.

—Perdonadme, pero no me parece que os encontréis en la edad en que el hombre anhela el retiro.

—Es verdad que por mis años no debería hallarme en este caso, pero aunque joven, he corrido tanto mundo, que no parece sino que me hallo con tres veces más edad encima de la que tengo.

—¿Habéis viajado mucho?

—Por América.

—¡Ah! ¡Por América!—exclamó la joven suspirando.—¡Todos se marchan allá! ¡Pobre Venecia! Las Indias descubiertas por Colón nos han perdido!

—He permanecido diez años en el Perú, y cansado de aventuras, he vuelto á esta mi tierra para concluir en santa paz el resto de mis días.

—Podéis emplearos útilmente todavía en el servicio de la Señoría. Parecéis fuerte y valeroso. ¿Por qué no entráis á servir en las tropas de la república?

—Quizás esto haga, tan sólo por agradaros.

—¿A mí? ¡Oh, si es por eso, creed que haríais mal!

—¿Por qué?

—Porque no es á mí á quien debéis contentar. No faltará de seguro alguna mujer con quien os unan mayores respetos y consideraciones que con esta humilde servidora vuestra.

—Pues andáis bien engañada al pensar así. No conozco en Venecia mujer alguna... ¿Y cómo podría ser de otra manera si acabo de llegar?

—Eso no impide que podáis conocer muchas fuera de Venecia.

—Tampoco. Diez años hace que no he visto otras mujeres que las indias, y á fe que no podría decirse de una sola de ellas que fuese siquiera pasadera.

—Rara vida habéis llevado pues.

—Ya veis. Por manera que al pasar por delante de vuestra puerta y veros, hame parecido cual si ante mis ojos hubiese aparecido celestial visión.

—Veo, sin embargo, que no habéis olvidado entre las indias la más extremada galantería.

—*¡Santa María della Grazzia!* ¿Mis ojos?
—Sí, con sus miradas me han atravesado el corazón.

—¿De galantes calificáis mis palabras?

—Claro está.

—¡Oh, qué injusta sois!...

—No lo soy en modo alguno... A no revelarse en vuestro rostro tanta formalidad, creyera que de mí os burlabais.

—Me guardaré bien de burlarme jamás de ninguna veneciana, por lo mismo que me consta lo burlonas que son ellas.

—Hay de todo.

—Verdad que debe ser así.

—Yo no me burlo nunca de nadie.

—Entonces, confiado en vuestra palabra, os diré, que de cuantas armas tenéis en esta tienda sois la más mortífera.

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia!

—Me retiro de aquí herido...

—¿Os habéis pinchado ó cortado?

—No... Vuestros ojos han sido los causantes.

—*¡Santa María della Grazzia!* ¿Mis ojos?

—Sí, con sus miradas me han atravesado el corazón.

—¡Ah! Ya sanaréis...

—¿Os parece?

—Mis ojos tienen muy poca fuerza para causar heridas de cuidado.

—Sin embargo, tengo por muy honda la que siento en mi pecho.

—Será preciso, pues, que os cure, ya que yo tengo la culpa.

—Es indudable que me curaríais si quisierais.

—Lo probaré.

—¿Volveré pues?

—Siempre que queráis.

—¿Estáis en la tienda todo el día?

—A esta hora.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta entonces, señor indiano.

VII

Frá Ridolfo salió de la tienda y se puso en seguimiento de dos mujeres que había visto salir de casa de Orsetta, de la cual no había separado los ojos durante la plática con la bella armera.

El fingido mercader anduvo largo rato en pos de ellas, no cabiéndole duda, á pesar de los antifaces que llevaban, de que la una era Orsetta y la otra Blanca, vestida ésta con el traje de las marineras de Chioggia.

Las dos jóvenes se detuvieron detrás del Palacio Ducal con un marinero con quien hablaron largo rato, después de lo cual retrocedieron hacia casa.

La larga conversación en la tienda del armero habíale servido á frá Ridolfo para lo que se proponía, esto es, tratar de ver si salía Blanca á la calle.

Convencido ya de su permanencia en aquella casa, dejó para el día siguiente realizar el plan que preparaba y se retiró á la hostería del Bucentauro, encontrándolo todo sin novedad en el cuarto que ocupaba.

Abrió el cofre y vió que el saco estaba intacto.

Llamó al criado y entró éste con familiaridad sobrada.

—La cena,—exclamó frá Ridolfo.

—Al momento,—contestó el mozo, apareciendo poco después con una torta y un salomillo con *panizzio*, que dejó sobre la mesa en compañía de una botella.

—¿Qué estáis mirando?—exclamó frá Ridolfo, en tono de mal humor, al reparar en la insistencia con que le miraba el mozo.

—Pues nada, ahí tenéis.

—Entonces, podéis retiraros.

—Con permiso... aunque no debéis maravillaros si os digo que me parecéis mucho más natural vestido de este modo que no de gondolero, y áun me lo pareceríais más vestido con el manto morado de un doctor ó el gabán de pieles de un noble caballero, que no así.

—Voy según mi condición exige. Gondolero he sido, pero pienso dedicarme ahora al comercio. He cobrado una pequeña herencia.

—Entonces, Dios y San Marcos bendigan vuestros negocios, messire.

—Gracias. Haremos lo que se pueda.

Retiróse el mozo, dejando aparecer en sus labios una maliciosa sonrisa y encerróse en su cuarto frá Ridolfo, algo inquieto por las observaciones de semejante parlanchín.

VIII

Al siguiente día, muy de madrugada, salió de la hostería dirigiéndose al muelle de los Esclavones, examinando al parecer con mucha

atención las diversas embarcaciones que allí habia fondeadas, hasta que por fin y como si le llevara allí algún negocio, entró en un bajel cipriota.

—¿Qué queréis?—exclamó el patrón, saliendo al encuentro del visitante, con más muestras de descontento que de agrado.

—Podríamos hablar sino fuera causaros mucha molestia,—contestó tranquilamente el falso mercader.

—Si venís para proporcionarme algo en que pueda ganar dinero hablad; sino es así, marchaos.

—Trato de haceros ganar quinientos buenos cequíes.

—¿Quinientos cequíes?... Me conviene. ¿Qué hay que hacer?

—Llevarnos á Chipre á una mujer y á mí.

—Nada más fácil. Pasado mañana salimos para la isla.

—Entonces, no hay más que decir. ¿A qué hora saldréis?

—Al salir el sol.

—Estaremos aquí la noche antes.

—Como queráis.

—Os advierto que la mujer que os digo es algo llorona; y la da á veces por gritar.

—Eso es cosa vuestra; impedídselo.

—Cuidaré de que no grite.

—No veo que sea cosa muy difícil.

—Celebro que nos hayamos entendido.

—Tenéis que dejarme en prenda la mitad de lo pactado.

—Habláis muy en razón,—exclamó frá Ridolfo abriendo la escarcela.—Voy á contaros doscientos cincuenta cequíes.

El fraile hizo como decía y entregó la suma al patrón, que examinó escrupulosamente cada moneda.

—¡Buenos *zecchinos!*

—¿Estaremos bien alojados?

—Perfectamente; en mi camarote.

—¿Tenéis nada más que uno?

—¿Pues acaso tenéis que menester dos?

—No; decíalo por vos, que estaréis sin él.

La aparicion del fingido *mercante* llamó poderosamente la atención de todos los presentes

—Eso no ha de importaros.

—Es verdad que no es cuenta mía. Con que...

—Hasta mañana.

El patrón volvió la espalda á frá Ridolfo y éste se fué á la posada del Bucentauro donde permaneció hasta bien entrada la tarde, á cuya

hora dirigióse á una de las tabernas del Getto donde sabía se reunían todos los rufianes y bravos de la viciosa capital.

IX

Tal era, en efecto, la fama de que gozaba la taberna de la *Marmottina*, y á fe que el aspecto que presentaba en nada desdecía de semejante reputación.

Era una vasta sala, oscura áun en mèdio del día, y cuyas bóvedas estaban sostenidas por gruesos y achatados pilares que la hacían asemejar á un hipogeo egipcio. A ambos lados un banco corrido, con largas mesas delante; otras mesas rodeadas de taburetes entre los pilares; un aparador en el fondo y una enorme chimenea á un lado. Todo negruzco, viejo, lleno de mugre y polvo.

A la hora en que penetró allí frá Ridolfo había escasa concurrencia; el local sólo se llenaba al ser de noche, á la humosa claridad de los troncos resinosos que ardían en parrillas empotradas en los pilares. Sin embargo, con ser escasos los parroquianos no dejaban de dar una idea bastante exacta de lo que serían los que faltaban; tales eran sus voces, sus cantos y sus fachas.

Había allí tres ó cuatro *gondoleros negros* en compañía de otras tantas cortesanas de baja estofa; algún *bravo*, que se pasaba las horas tendido sobre un banco esperando la llegada de quien viniera á contratarlo; algún soldado mercenario; algún marinero deseoso de probar fortuna á los dados, gente toda ella de patibulario aspecto y de peores intenciones todavía.

La aparición del fingido *mercante* llamó poderosamente la atención de todos los presentes y en especial del tabernero, que se apresuró á ponerse á las órdenes del *lustrissimo cavaliere* para lo que fuese servido mandar.

—¿Tenéis un cuarto reservado?—dijo frá Ridolfo.

—Sí; uno tengo donde podréis estar completamente á solas.

—Bueno; llevadme á él.

El tabernero condujo á frá Ridolfo á un aposento muy retirado,

situado en la parte de detrás, y para llegar al cual era preciso atravesar un verdadero dédalo de oscuros y mal solados corredores. Era un cuarto abovedado, con una ventana gótica que daba á un canalizo. La luz penetraba dificultosamente á todas horas en aquella estancia de paredes ahumadas y viejesísimo ajuar, y mayormente á la sazón, por manera que casi no se veía.

—Su *lustrissima* dirá,—exclamó el tabernero.

—Traedme que comer y que beber.

—¿Nada más?

—Según y cómo. Tabernero, tengo cien ducados que dar á ganar á dos valientes que no vacilen en obedecerme á ciegas.

—Por cien ducados encontraréis no digo dos sino veinte honrados mozos dispuestos á pelear hasta morir.

—No he menester más que dos y no han de pelear con nadie.

—Siendo así, tanto mejor para ellos. Comed y os los presentaré en cuanto hayáis terminado.

—Está bien. Despachad.

El tabernero encendió una vela de sebo puesta en un candelero de loza verde y salió, volviendo al poco rato con un pollo asado y algunos embutidos de tocino, además de pan, vino y algunas pasas á guisa de postres.

Frá Ridolfo comió con apetito y bebió con discreción tras de lo cual dijo:

—A ver esos que decís.

—Al momento, señor.

Salió de nuevo el posadero y compareció al poco rato con dos gondoleros de casquete y faja negros, quienes saludaron á frá Ridolfo con una profundísima reverencia, mientras que el digno patrón decía:

—Señor *lustrissimo,* ahí tenéis á los valerosos Pietro della Gattina y Girolomo Mezzaspada. Podéis fiar en ellos como en mí propio.

Hubo un momento de silencio, durante el cual desapareció el honrado introductor.

—Sentaos y bebed.—dijo frá Ridolfo, sirviéndoles sendos vasos de vino.

—Mandadnos, magnífico señor,—exclamó Gattina, después de apurar el contenido.

Frá Ridolfo observó á los dos estafermos, cuyas figuras le parecieron verdaderamente espantables.

—¿Estaréis libres mañana por la noche?—les preguntó.

—Sí, *lustrissimo*,—contestaron ambos.

—Trátase de dar un golpe que no ofrece ningún peligro serio.

—¿Sangre?

—No. Nada de sangre. Un rapto.

—¡Ah! Es fácil.

—Os hallaréis á las ocho de la noche en la calle de la Frezzaria, con la góndola.

—Está bien.

—Yo os esperaré allí; y al haceros la señal cogeréis á la mujer que veréis conmigo, la taparéis la boca y la entraréis en la góndola, remando enseguida hacia el muelle de los Esclavones, donde anclan los barcos que vienen de Chipre con cargamento de cobre.

—Bueno.

—Cincuenta ducados á cada uno.

—¡Oh, señor poderosísimo!

—Pero ni uno solo ahora. Cuando esté dado el golpe, entonces.

—Vuestra justicia es grande, señor.

—Y ahora, silencio.

—Seremos mudos, *monsignore*.

Frá Ridolfo despidió con un gesto á los *nicolottos*, y se levantó de la mesa, llamando al hostelero, que compareció al momento.

—¿Cuánto debo?

—Diez florines, señor.

El fraile dejó las monedas dichas sobre la mesa y repuso:

—¿No tenéis otra salida que la puerta por donde he entrado?

—Para vos siempre habrá una puerta excusada, señor,—contestó el amable huésped, y guiando á frá Ridolfo condújolo á una pieza vecina en la cual había una puertecilla que salía al canalizo donde daba la ventana del aposento en que se había celebrado la entrevista.

—Si alguna vez queréis honrar de nuevo mi casa,—dijo el hostelero,—y no queréis molestaros entrando por la *puerta del agua* podéis llamar á ésta y se os abrirá al momento dando dos golpes seguidos y luégo otro al cabo de un corto rato.

Quedó franca la estrecha puerta y frá Ridolfo se encontró en el pretil de un canalizo. Tomó hacia la derecha cruzó un puentecillo y al poco rato se embarcaba en una góndola, haciéndose dejar en las inmediaciones de la posada del Bucentauro, en la cual entraba en medio de la mayor oscuridad.

X

El sacrílego ladrón del convento de San Donato contó con impaciencia toda la noche y el siguiente día las horas que faltaban hasta llegar el momento de realizar el golpe. Por fin dieron las siete de la tarde en el reloj de San Marcos, y frá Ridolfo abandonó la *Hostería del Bucentauro* después de pagar el gasto, llevando bien asegurado en una especie de culebra que le rodeaba la cintura los ducados que hasta entonces había tenido guardados en el cofre.

Dirigióse entonces á la calle de la Frezzaria y vió á los dos gondoleros en una góndola negra, haciéndoles señal de que se acercasen.

Atracó la góndola junto al pretil y frá Ridolfo les dijo:

—Colocáos bajo aquel puente,—señalando uno más arriba de la casa de Orsetta,—de manera que no se vea la barca; estad atentos y cuando vaya yo á cruzarlo apoderaos de la mujer que irá conmigo y embarcadla. Yo saltaré enseguida. Entonces, mano á los remos y al muelle de los Esclavones.

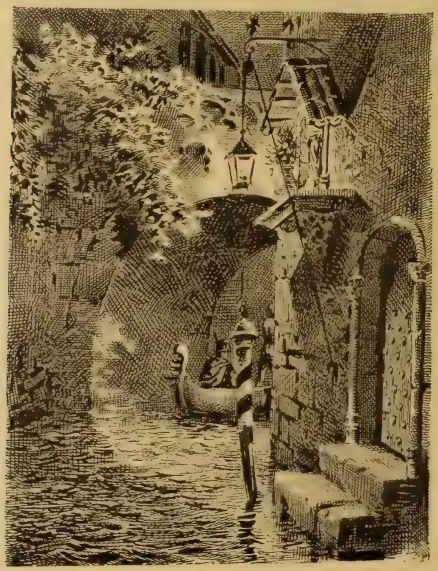
—Está bien,—contestaron los dos *nicolottos*.—Haremos lo que mandáis.

La góndola fué á apostarse bajo el puente indicado y frá Ridolfo se dirigió á la armería donde había estado el día antes, fingiendo que venía con grande apresuramiento.

—Buenas noches,—exclamó dirigiéndose á la joven.—¡Oh, que desgracia! ¿Conocéis á una joven que se llama Orsetta?

—Sí,—contestó la niña.—¿Qué ocurre?

—Pues corred al momento á avisarla. Su hermano yace mortalmente herido en una encrucijada de allí arriba y pide que vaya... Yo no sabía dónde vivía... Unas riñas...



La góndola fué á apostarse bajo el puente indicado

—¡Jesús me valga! ¡Pobre Orsetta! ¿Con qué Lunardo está mal herido? Corramos, corramos, acompañadme, caballero... ¡Qué desgracia, qué desgracia!...

La joven abandonó la tienda y fué corriendo á llamar á la puerta de Orsetta.

—¿Qué ocurre?—exclamó la gentil marinera, asomándose á una ventanilla.—¿Quién llama de este modo.

—Corre, corre, Orsetta,—contestó la armera...—Vente enseguida...

—¿Pero qué hay?

—Tu hermano, Lunardo...

—*¡Santissima Madre!* ¿Qué tiene?

—No sé... Unas riñas ahí arriba... Corramos...

—*¡Pietá d' il cielo!...* ¡Lunardo!

Oyóse desde la calle rumor de pasos, llantos y gritos y por fin se abrió la puerta apareciendo en ella Orsetta y Blanca.

—Guiadnos, caballero,—dijo la armera.—El señor es quién me ha traido la noticia infausta,—añadió dirigiéndose á su amiga.

—¿Vos lo habeis visto?—exclamó Orsetta.

Frá Ridolfo hizo con la cabeza una señal afirmativa, marchando delante.

Blanca seguía detrás de las dos amigas.

A los dos minutos llegaron al puente.

Frá Ridolfo hizo como que se detenía para embozarse bien y dejó que las dos jóvenes pasaran las primeras, con lo cual quedó al lado de la desventurada amante de don Rodrigo.

De pronto, como si hubieran surgido de bajo tierra lanzáronse dos hombres sobre ella, tapáronle los ojos, la boca y uno de ellos la cogió en brazos saltando á la góndola, seguido del otro y de frá Ridolfo.

Todo esto había sucedido en un instante sin dar tiempo á que pudiesen advertirlo Orsetta y su amiga, que no notaron la desaparición de Blanca y del caballero hasta hallarse á la otra parte del puente.

—¡Blanca!—exclamó asustada Orsetta.

Nadie respondió.

La armera por su parte, miró á ambos lados del puente y vió una góndola que doblaba con rapidez la esquina de un canalizo.

—¡La han robado! ¡Nos han vendido!—exclamó la joven.

—¿Qué dices?—exclamó Orsetta.

—Ese hombre ha mentido... ¡Ah! Yo tengo la culpa.

—No te comprendo... ¿Y Lunardo?

—Todo es falso... Ha sido una emboscada para robar á Blanca...

—¡Desventuradas de nosotras!

—¡Di mejor desventurada de ella! ¡Socorro!... ¡Socorro!

Pero la voz se perdió en el silencio y las dos mujeres retrocedieron sin encontrar alma viviente.

XI

La góndola en que iba Blanca corría como una flecha de canal en canal hasta que por fin llegó al muelle de los Esclavones.

Mientras los dos gondoleros remaban con todas sus fuerzas, frá Ridolfo podía contener á duras penas á Blanca que pugnaba por desasirse de sus impúdicas apreturas y arrojarse al agua.

—¡Abre!—dijo el fraile al hallarse junto á la gábarra cipriota.

La góndola atracó al costado del bajel y frá Ridolfo agarróse á una escala de cuerda, saltando á cubierta, donde le recibió el patrón.

—¡Dadme!—exclamó luégo, dirigiéndose á sus sicarios.

Los dos gondoleros cogieron á Blanca medio desvanecida y la levantaron en alto. Frá Ridolfo y el patrón extendieron los brazos y cogiéndola por bajo los hombros la arrastraron consigo.

Luégo subieron los dos hombres á quienes el fraile entregó los cien ducados prometidos, retirándose con grandes muestras de respeto y deseando á *monsignore* todo linaje de felicidades.

—Podéis bajar á mi camarote,—dijo el patrón.—Lo he hecho arreglar un poco para que esa señora pueda encontrarse lo menos mal posible.

—Gracias, patrón,—replicó frá Ridolfo.

Y bajando por la escalera que le indicaba aquel bribón bajó al camarote, en una de cuyas otomanas dejó á la desdichada joven.

CAPÍTULO IV

Llamas y olas

Frá Ridolfo quitó á Blanca los negros pañuelos con que la habían tapado los ojos y la boca, y se arrodilló á sus piés ocultando su rostro entre las manos.

—¿Dónde estoy?—exclamó Blanca poniéndose en pié y mirando á su alrededor asombrada.—¿Por qué me han llevado aquí? ¿Qué significa esto? ¿Quién sois vos que me robáis y luégo venís á echaros á mis plantas?...

Frá Ridolfo levantó la cabeza, y exclamó, tratando de coger una mano de Blanca:

—Perdonadme... Matadme si queréis, pero dejadme deciros que os adoro.

La joven no pareció recordar de pronto al enamorado fraile, pero así que le hubo reconocido dió un paso atrás exclamando con más amargura aún que ira:

—¡Vos otra vez!

—Sí; yo otra vez; yo siempre.

—Me dais piedad más que no aborrecimiento, frá Ridolfo. Comprendo que debéis ser muy desgraciado.

—Más desgraciado que no un condenado del infierno, Blanca.

—Y sin embargo, no creáis que haciéndome también desgraciada á mí pueda mitigarse vuestra desventura. No es así como deberiais tratar de recobrar el bien perdido, frá Ridolfo, sino pasando todo el resto de vuestra vida arrepintiéndoos de vuestros pecados. ¡Dejadme!

—¿Qué decís? ¡Arrepentirme yo! ¡Ah, no sabéis que sólo os dejaré con la vida que tengo... y con la vuestra!

—Inútil empeño. ¿Qué sacaréis de tener siempre á vuestro lado á una mujer que no pensará á todo momento más que en huir de vos? ¡Vana porfía!

—Yo haré por manera que acabéis por amarme, Blanca, aunque no sea más que como se ama al perro fiel, al esclavo sumiso y dulce.

—Me dais compasión, os lo repito. ¿Yo amaros? Estáis loco.

—Estoy loco de amor, sí; no de otra cosa. Vos lo veréis, vos veréis mi proceder, mi cariño...

—¡Extrañas ilusiones abrigáis! ¡Vuestro proceder! ¿Qué otro proceder es el vuestro que el de un bandido? Me salvasteis la vida pero fué para robarme el honor, y ahora me robáis lo único que me quedaba, la libertad. ¿Cómo queréis que os mire después de esto?

—Yo en cambio, por vos me he hecho reo de la condenación eterna; yo he renegado de mi Dios sólo para poder deciros que os amaba. No es menos, pues lo que he perdido, si vale algo la pérdida del alma.

—¡En mal hora nací!

—¡No nací yo bajo mejor estrella!

—¿Pero no veis qué vida horrible nos espera vos y yo? Aún estáis á tiempo, frá Ridolfo...

—No soy ya frá Ridolfo. Soy lo que era antes de entrar por mi mal en San Donato; mi nombre es Roberto Falconieri...

—Pues bien, dejadme partir, Roberto... Olvidadme, y cuando menos, ya que no puedo amaros, os bendeciré todos los días de mi vida.

—¡Locura! no penséis en ello. Cuando un hombre de mi temple y de

mi raza hace lo que yo he hecho, no es para arrepentirse ni volverse atrás. O seréis mía ó moriremos ambos.

—¿Eso pensáis?

—Eso os juro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Amparadme!

Y Blanca se dejó caer en un banquillo, rompiendo á llorar desconsoladamente.

II

Roberto Falconieri, silencioso, paseábase á grandes pasos por el reducido aposento, clavando de vez en cuando una mirada indefinible, mezcla de amor y odio, en Blanca.

Así trascurrieron largas horas, hasta que al fin Roberto se echó sobre una otomana, frente al banco en que estaba sentada ó más bien recostada la joven.

Ya las primeras luces de la aurora penetraban en el camarote á través de las lucernas.

Oyéronse entonces las agudas señales de los pitos, murmullos de acompasadas voces y ruido de cadenas, hasta que por fin el bajel experimentó un brusco movimiento tras del cual pareció quedar otra vez en calma.

Un rumor cadencioso, pero extraño, pareció hacer volver en sí á la joven. Prestó oído y no le cupo duda; aquel rumor era el de los remos azotando la superficie del mar.

—¡Por piedad!—exclamó, como despavorida...—¡El barco ha partido ya! ¡Volvedme á tierra... tened compasión de mí!

—¡No!—contestó con dureza Roberto Falconieri.—¡Mía ó de nadie!

—¡Sois cruel! Cruel, sí, muy cruel... No debéis tener entrañas de hombre. ¡Me arrancáis de mi patria!

—Donde vos estéis allí será mi patria; donde yo esté debe ser la vuestra.

—¡Dejádmela ver por última vez, Roberto! Dejadme que pueda ver Venecia...

—Vamos,—repuso Falconieri.

Y precediendo á la joven, á la cual advirtió no descubriera demasiado el rostro, subieron ambos á cubierta.

Ya el bajel estaba á punto de franquear el Lido. Allá en el fondo, á Occidente, como envuelta en una gasa de tornasol, parecía flotar la reina del Adriático; los cristales de sus casas centelleaban con ardientes destellos á los reflejos del sol levante, y en lontananza veíanse los picos nevados de las montañas que circuyen la llanura.

Venecia aparecía como una visión fantástica, fundiéndose con la armonía de los colores del iris los tonos delicados de sus palacios, iglesias y casas; poco á poco fué aclarándose la dorada niebla, y los colores aparecieron más distintos, formando como una mancha de color de rosa. Después se fué extinguiendo la visión adorable, y sólo se divisa las orgullosas torres. Borráronse también éstas, y al mirar en torno suyo Blanca, vió sólo el mar, monótono, verdoso, espumeante.

—Permitidme que me retire, pero desearía estar á solas,—dijo.

Roberto se inclinó con una señal de asentimiento y acompañó á Blanca al camarote, volviéndose á cubierta.

El capitán se le acercó, y poniéndole una mano en el hombro, exclamó:

—Famosa mujer habéis traído á bordo, amigo cristiano, pero creed que haríais bien en que la chusma no volviese á verla.

III

Pasaron tres ó cuatro días en profunda calma. Blanca había probado apenas algún poco de alimento, del no muy sabroso que se usaba á bordo. Tocino curado, galleta, legumbres cocidas: tal era el modesto programa culinario con que se regalaban el patrón y sus oficiales, quedando harto satisfechos los marineros y la chusma con un rancho no muy superior al que hoy se emplea, aunque no tan complicado.

Siguiendo las prudentes instrucciones del capitán, no había consentido Roberto que Blanca fuese vista de nuevo por los desalmados que tripulaban la gabarra, permitiendo solamente, y áun rogándola,

que subiese á cubierta á altas horas de la noche, bien envuelta en un manto de sarga negra que, además de preservarle del frío, la ocultaba á cualquier indiscreta mirada.

La joven parecía resignada á su triste suerte, como si se hubiese doblado á la inquebrantable ley de la fatalidad. Había acabado por creer que había nacido para aquel triste destino de excitar la brutal codicia de los hombres, y sin fuerza ya para sobreponerse á tantos contratiempos, se sentía verdaderamente aniquilada. Su amor á Rodrigo era infinito, pero no menos desesperado. ¿Cómo reunirse otra vez? ¿Cómo el triste amante podría escuchar á su desventurado ídolo? ¿Ni cómo esperar ella la menor noticia de él, arrebatada por Roberto que la llevaría sin duda á lejanas tierras? Mientras estaba en Venecia al lado de Orsetta, podía confiar en que Saravia volviese un día y otro y la llevara al lado del corsario, pues ni por un momento quería creer Blanca en la muerte de Rodrigo. Ahora, todo había desaparecido; no había esperanza; no se presentaba ante ella otro porvenir que la esclavitud, y aún, ¡quisiera Dios no la esperaran más terribles desventuras!

Robada por Riccioli, robada por Roberto, había Blanca llegado á creer que tal era la suerte á que estaba destinada, convertida en objeto, negada en su libertad, y pensaba en aquella Alaciel, la novia del rey de Garbe, de que hablaba una de las novelas del *Decámeron*. ¡Quién sabe si lo que refería Boccacio en su cuento inmortal, no era como un presentimiento de lo que tenía que sucederle á ella!

IV

Una tarde, el bajel estaba á punto de desembocar en el canal de Otranto, cuando el marinero que se hallaba en la cofa, gritó:

—¡Vela á poniente!

El patrón fué á buscar su anteojo en el camarote y miró hacia donde había indicado el vigía.

—Es extraño este barco,—dijo;—pero no me cabe duda que es una galera de guerra. Lo que no distingo bien es la bandera que flota en su tope...

El barco se iba acercando; palideció el patrón, y dijo:

—Perdidos somos... Es una galera *uscoccha*... (1). Son piratas... En mal hora izamos en la gabarra la bandera de San Marcos. Están furiosos contra Venecia porque les persigue á instancias de los turcos, y vamos á morir todos...

—¿Cuántos cañones os parece que monta esa galera?—preguntó Roberto.

—Treinta, cuando menos, mientras que nosotros no tenemos más que dos culebrinas y dos pedreros.

—¿No podríamos refugiarnos en la costa antes de que nos alcanzara?

—No... Imposible... Ved como avanza á remo y á vela... Ay de nosotros!

—¡Defendámonos!

—¿Y qué defensa queréis hacer? Seguramente irán doscientos hombres en la galera, y aquí no estamos más que veinte entre todos.

—No dejemos de probar fortuna, sin embargo... Mandad cargar las piezas.

—No... Esto sería peor... Nos rendiremos á discreción y sin combatir.

—¿Eso pretendéis? ¡Jamás! Si hemos de perecer, sea con honra.

—¡Ta, ta!... ¿A qué me venís á mí con eso? Lo que yo quiero es ver de salvar el pellejo.

—Pues aunque deba combatir yo solo, pelearé...

—Os lo prohibo.

—¡Ea, basta!—Y desenvainando la espada, con la pistola en la siniestra mano, exclamó Roberto:

—¡Marineros! ¡A mí! Acordáos de que sois venecianos... ¿Vais á morir cobardemente? Defendámonos y ya que debamos hundirnos en las olas, sea con gloria... ¡Viva San Marcos!

Mientras algunos marineros se acercaban al valeroso joven gritando:—¡Viva nuestro capitán!—el patrón cipriota, lleno de ira, había

(1) Tribu pirática formada de cristianos expulsados de la Albania por los turcos, que anidaba en el golfo de Quartera, protegida por el Austria

echado mano al puñal y acercándose por detrás á Roberto se disponia á clavárselo por la espalda. Ya tenía levantado el arma cuando de pronto sintió que le cogian por el brazo al mismo tiempo que Roberto se volvía y reparaba en su ademán.

Era Blanca que á la voz de Roberto había subido á cubierta, llegando justamente en el momento de evitar aquel cobarde crimen.

—¡Marineros, amarradle á ese hombre al remo! Yo seré vuestro capitán.

—¡Ah! Conque, ¿queríais asesinarme?—exclamó Barbarigo.—No os creía tan infame... ¡Marineros, amarradle á ese hombre al remo! Yo seré vuestro capitán.

En un momento estuvo cargada la bombarda. La chusma recibió orden de no dejar de remar con todas sus fuerzas y así lo hizo. Eran todos ellos cristianos libres, y les importaba tanto como á los comitos salir en bien del trance en que se encontraban.

La presencia de Blanca pareció reanimar el espíritu de todos.

La galera estaba ya á tiro de cañón é hizo varios disparos, si bien la gabarra salió indemne.

Las culebrinas contestaron á su vez disparando dos balas de á doce

libras, una de las cuales pareció haber causado daño en el bajel enemigo, según las voces de ira que se oyeron.

Una andanada de la galera dejó á la gabarra acribillada, aunque sin abrir ningún boquete bajo la línea de flotación; con todo, la chusma abandonó los remos y algunos de aquellos hombres subieron á cubierta deshaciéndose en terribles juramentos.

La galera venía al abordaje con la rapidez de una saeta.

Roberto se acercó á las culebrinas y les dió fuego.

Las dos balas agujerearon la quilla y la galera empezó á hacer agua, inclinándose hacia la proa, pero avanzando siempre á pesar de esto, sin que ni un solo remo dejase de funcionar.

Entonces cayó sobre la cubierta de la gabarra una verdadera lluvia de balas, á lo que contestaron los del pobre barco con algunas flechas, disparadas con las pocas ballestas que á bordo había.

—¡Valor!—exclamó Roberto.—Ha llegado la hora de morir matando... Sacad vuestros cuchillos y demostrad como saben defenderse los venecianos de los piratas uscocos.

Un terrible choque hizo tambalear á todos. La galera había abordado ya aprisionando con sus garfios á la gabarra, y el capitán uscoco se lanzaba á bordo blandiendo su alfanje y seguido de innumerables bandidos, italianos y austriacos en su mayoría según el habla en que proferían sus horribles juramentos y blasfemias.

V

Al ver á Blanca dijo el pirata á su gente:

—No tocarla... ¡Es mía!

—Antes morir que cedértela,—exclamó Barbarigo, colocándose entre el capitán y la joven, que se abalanzó á la borda dispuesta á arrojarse al mar al menor peligro que pudiera correr de quedar prisionera.

—Ahora verás,—exclamó rugiendo el uscoco, y apuntó su pistolete contra Barbarigo, pero éste había adivinado su intención y con la espada había desviado el cañón del arma, perdiéndose la bala en el aire.

Era difícil en aquel entonces la carga de las armas de fuego portátiles, y así no tuvo tiempo el capitán de cebar de nuevo el pistolete, sino que se aprestó á cruzar su alfanje con la espada de Roberto.

No podían á todo esto hacer fuego contra el joven los que seguían al capitán uscoco, pues éste lo ocultaba á su vista, hallándose interpuesto Roberto entre él y Blanca, refugiada en el ángulo que formaba la obra muerta de los costados con la baranda de popa.

Cruzáronse el alfanje damasquino del pirata y la hoja toledana de Barbarigo, acabando por convertirse el combate en una verdadera lucha cuerpo á cuerpo. Sentíase Blanca oprimida por la espalda de Roberto y temblaba porque de un momento á otro no cayera cadáver en sus brazos.

La joven tuvo entonces un rasgo de inspiración; pasó su brazo al rededor de la cintura de Roberto y encontró el puñal que éste llevaba en el cinturón. Cogiólo y alargando el brazo clavó el arma en el costado izquierdo del pirata, que cayó al suelo con el corazón atravesado.

En aquel momento vióse salir una densa humareda por la proa.

Los piratas lanzaron un gesto de rabiosa ira al ver caer á su capitán, y dando descanso á la matanza á que se entregaban en el resto del buque, corrieron todos hacia Roberto y Blanca, blandiendo toda suerte de armas, hachas, partesanas, espadas y cuchillos.

Roberto disparó sus pistolas á la vez y consignió detener por un momento á los piratas.

—No hay salvación,—exclamó rápidamente.—Nadie puede socorrernos. Todos han muerto y el barco arde. ¡Al mar!

Blanca lanzó un grito y se arrojó al agua, siguiéndola Roberto.

VI

Los piratas quedaron mudos de estupor, deteniéndose ante el cadáver de su capitán, pero pronto resonó un furioso clamor en la gabarra.

—¡El barco arde! ¡A la galera!—exclamaron los bandidos.

Pero si la gabarra ardía, la galera estaba sumergiéndose.

Tanto era, sin embargo, el horror al fuego, que los miserables abandonaron la gabarra en tropel, prefiriendo morir ahogados antes que perecer en el incendio.

Ya una vez dentro la galera procuraron tapar los boquetes y extraer el agua, dándose por dichosos por haber escapado del fuego que estaba reduciendo á pavesas el bajel cipriota.

El patrón, amarrado al remo por orden de Roberto, había pegado fuego á su bajel y moría entre las llamas.

VII

Blanca había quedado flotando sobre las olas, sostenida por sus vestidos, á manera de Ofelia al arrojarse al lago, solo que Blanca no tenía nada de la espiritualidad de aquella, antes bien era muy de carne y hueso, y no llevaba ningún vestido blanco sino unas rojas sayas de gondolera.

Roberto, que nadaba con gran dificultad con el enorme peso del oro que llevaba en el cinto, vió allí cerca una roca, y haciendo un supremo esfuerzo cogió á Blanca por el talle y se dirigió hacia aquel providencial refugio.

Estaban escasamente á media milla, pero la oscuridad que empezaba á reinar les protegió sin duda de ser vistos.

Apenas si cogían los dos en el peñasco, y sin embargo, aquellos cuatro palmos de piedra eran su vida.

Sin duda para aprovechar más el terreno Roberto sentó á Blanca sobre sus rodillas, en cuya actitud permaneció toda la noche.

La joven, rendida por la fatiga y la emoción, quedóse dormida en brazos del fugitivo novicio de San Donato, pero no éste, que estuvo constantemente desvelado.

Roberto pensaba, al par que en Blanca, en lo crítico de su situación, amenazados por el hambre y por la sed. No había más esperanza que la de que pasara algún barco, pero ¿cómo darse á conocer desde aquel punto imperceptible?

En semejante ansiedad, disipada á veces por la dicha de oprimir

contra su pecho el corazón de Blanca, pasó la noche el triste enamorado. Amaneció; despertóse Blanca y tiñéndose de rubor sus mejillas, desprendióse de los brazos de Roberto y se sentó á su lado.

Las olas se estrellaban contra sus piés, é implacables, parecían como si quisieran barrerles de allí. No se veía costa, ni á un lado ni á otro. El cielo sobre las cabezas, el abismo á sus plantas.

¡Y pensar que de nada le servían á Roberto más de tres mil ducados que llevaba encima, y que de nada servía tampoco el collar de perlas y los brazaletes de pedrería que llevaba la joven!

Horas y horas pasaron en aquel abandono horrible. Nada pedía Blanca, pero bien comprendía Roberto por la sed que le abrasaba y el hambre que le corroía las entrañas lo que debía sentir su compañera.

—Perdonadme, Blanca,—exclamó Roberto...—Podéis llamarme vuestro verdugo... Os he hecho mi víctima, pero no lo quería yo así... La fatalidad se ha interpuesto entre la realidad y mis deseos... Os amaba tanto, no, os amo, os adoro tanto, que no pude pensar en desventura alguna... Prometíame ser dichoso á vuestro lado, hacer que vos lo fuérais, vencer á fuerza de humildad y de resignación vuestros desdenes... No ha podido ser... En vez de un palacio, sólo he podido ofreceros una roca en medio del mar... ¡Triste fin os he procurado! Deber mío es salvaros, sin embargo, deshacer el mal que os he ocasionado, y esto haré. No os dejaré hasta saber que os devuelvo á vuestra patria... Olvidadme después, y si no me odiáis de muerte... pensad en mí, que ya no perteneceré á este mundo.

—Sin duda estaba escrito que yo debiera experimentar tan extrañas amarguras,—respondió la joven.—Muy culpable habéis sido, pero la desgracia nos une en este instante, y ni es hora de que os eche en cara vuestro proceder, ni me siento tampoco con ánimo para odiar al que es mi compañero de infortunio. Aquí moriremos... Muramos, pues, como cristianos, fijo el pensamiento en Dios.

—¡Morir vos! ¿Qué pensáis? ¡Oh, no, eso nunca!

—¿Qué duda tiene? Podrán saciarse de nuestros cuerpos las aves marinas ó los peces; podremos sucumbir en esta roca ó tragados por el abismo, pero aquí moriremos, Roberto.

—¡Oh, callad!

—No creáis que me infunde miedo esta idea... Nacida para ser la más desventurada de las mujeres, ¿qué me importan algunos días más de existencia? ¡Oh, quisiera Dios que llegase pronto el momento de dejar la vida!

—¡Blanca!... Me quitaréis las escasas fuerzas que me quedan si os oigo hablar así... ¿Vos, tan joven, tan hermosa, tan buena, perecer miserablemente en este peñasco perdido en medio del mar?... Imposible... Esto es horrible... es un pensamiento infernal... ¿Y yo, miserable de mí, consiento que permanescais de esta manera? ¡Decidme que soy un cobarde, Blanca, porque lo soy cuando no os he salvado ya!

—¡Salvarme! ¿Y cómo queréis que nos salvemos?

—Yo no sé, ¿pero por qué ha de permitir Dios que debáis morir de esta manera horrible, de hambre, de sed, retorciéndoos en las convulsiones de una agonía espantosa ó devorada por las fauces horrendas de algún monstruo de la mar?... Muera yo, pártame aquí mismo un rayo de la ira divina, yo, vuestro raptor infame, el ladrón de vuestra honra, fraile maldito, sacrílego bandido, pero vos... vos... ¡ah, no moriréis! ¡Es imposible que muráis!

Roberto se había puesto de pié sobre la roca y miraba con ansiedad á su alrededor.

—¡Más rocas!—exclamó de pronto...—Más rocas... Muchas, muchas... Huyamos de aquí, Blanca... Yo os salvaré... Sí... os salvaré, creedlo .. Os salvaré tan sólo para que cuando estéis segura en tierra, podáis vengaros de mí, podáis mandarme que perezca...

—Os perdono todo el mal que hayáis podido causarme, Roberto.

—¡Oh! Sois un ángel... Si vos me perdonáis, sin duda que Dios habrá perdonado mis crímenes también.

Y Roberto, acercando su rostro al de la joven, estampó un ardiente beso en sus labios, sin que Blanca tuviera ánimo para rechazarle.

Acto seguido quitóse el joven la culebra que le rodeaba la cintura, ató á ella una larga tira que hizo rasgando su faja, y la arrojó al mar sujetando el otro extremo en su muñeca.

Lanzóse enseguida al agua y dijo á Blanca:

—No temáis; apoyáos sobre mí; cogéos á mi cuello. El viento nos es favorable y ayudará á que lleguemos á la roca próxima.

Así lo hizo la joven; Roberto nadaba ágilmente con su preciosa carga á cuestas y pudo llegar sin contratiempo á un peñasco donde se detuvo para cobrar aliento; de aquél se trasladó á otro, de éste á un tercero, y así hasta siete más.

¡Oh, dicha! Desde la última roca á flor de agua en que habían tomado tierra, veíase la costa, que formaba allí un golfo en cuyo fondo se divisaba una ciudad... Sin duda pasaría alguna barca pescadora á la vista de los náufragos... Aquellos escollos en que naufragaban los buques habían sido su providencial salvación.

VIII

Pasaron algunas horas durante las cuales fué mayor que nunca la ansiedad de los dos jóvenes.

—¡Una vela, mirad!—exclamó Blanca llena de alegría.

—Es verdad... viene hacia aquí... ¡Oh, dicha!

Una barca pescadora, de vela latina, se acercaba efectivamente hacia la roca.

—¡Ah de la barca!—gritó Roberto.

La voz pareció ser oída y la barca hizo rumbo allí.

No cabía duda; venían en su socorro...

Al cabo de cinco minutos ya la barca estaba casi á tocar á la roca, deteniéndose para evitar aquel escollo.

—¿Quiénes sois?—exclamaron los de dentro.

—Dos náufragos,—contestó Roberto.—Veníamos de Venecia, fuimos abordados por un pirata uscoco, y conseguimos salvarnos á nado... Llevadnos á tierra, y Dios os lo pagará, además de la recompensa que os daremos.

—En este caso no hay más que hablar.

Maniobraron los de la barca para atracar junto á la roca, y un momento después se hallaban á bordo Blanca y Roberto.

—¿De dónde sois?—dijo el joven.

¡Ah de la barca!—gritó Roberto.

—De Otranto,—contestó el patrón.—Salíamos á pescar moluscos.

—¿Y podríais llevarnos allí?

—Claro está, á no ser que queráis que os llevemos á Brindisi ó á Tarento.

—No, no... Está muy bien... Llevadnos á Otranto.

—*Il paradiso terrenale, monsignore*,—exclamó un tripulante.—*Un paradiso fatto per abbitari angeli...*

—*¡Basta, Simone!*—exclamó severamente el patrón.—*Dove già la signora è il paradiso.*

IX

Roberto se había apresurado á poner en manos del patrón algunos ducados, lo cual había hecho concebir á éste una eminentísima idea del carácter de los inesperados pasajeros.

Poco tardaron en desembarcar en Otranto los dos náufragos, despidiéndose de los pescadores que volvieron á la mar locos de contento, pues los diez ducados regalados equivalían á veinte salidas provechosas, dada la baratura del pescado en aquel tiempo y en aquella parte.

Los dos jóvenes se hospedaron en una posada de la ciudad, la cual entonces era feudo del obispo. Roberto fué á presentarse al capitán de armas español, ante quien prestó una declaración enteramente falsa, pero que el buen hombre aceptó sin replicar, quizás por haber deslizado el joven algunos buenos ducados en su bolsillo. Dijo, pues, llamarse Antonio Buoncompagni, mercader, y su «mujer» Teresa Guinardoni, ambos de Milán, que se habían embarcado en Venecia á bordo de la gabarra «Venusina» con rumbo á Chipre y que habían naufragado al desembocar en el canal de Otranto, después de haber sido atacados por un pirata probablemente berberisco. Decir uscoco hubiese sido atacar indirectamente á la casa de Austria, cuya rama archiducal era la protectora de los piratas susodichos.

El capitán de armas dijo alegrarse mucho de haber tenido la honra de conocer á un mercader tan generoso y que podía obrar en Otranto con plena libertad mientras no hiciera nada en menoscabo de nuestra santa religión y de la obediencia que se debía á la Católica Majestad del rey Don Felipe II. Protestó Roberto de sus católicos sentimientos y de su ciega sumisión al católico rey y se despidió del capitán para ir á reunirse con Blanca á quien había dejado en la posada.

Lo primero que hizo enseguida Antonio Buoncompagni fué mandar

llamar á un sastre y á una costurera para que les proveyesen de nuevos trajes á él y á *su* señora. Así lo prometieron los dos *artistas*, como todavía no se llamaban entonces, que con loable rapidez cumplieron su palabra, compareciendo á los dos días con un traje para cada uno, hechos según la moda de España.

Sentábale divinamente á Blanca el vestido de dama española, y no menos á Rodolfo el severo traje de la corte de Felipe II, siendo difícil que nadie les hubiese reconocido después de haberles visto á él con la cogulla y á ella con el voluptuoso y amplio traje veneciano de telas de brillantes colores. Con todo, era de lamentar que la gola ocultase el níveo cuello de la joven, pero á cambio de esto ganaba su rostro en majestad lo que perdía en hechizo su garganta.

X

Aquella noche, antes de que Blanca se acostara casi vestida en el lecho único que había en el cuarto que ocupaban, pues Roberto dormía echado sobre un banco, díjola el joven:

—Por la Providencia divina os halláis sana y salva, después de los terribles peligros que habéis pasado. Os dije que me reconocía culpable de todo y que estaba pronto á reparar mi falta; oro tengo de sobras para que podáis regresar á Venecia, bien escoltada y segura. ¿Qué determináis?

—¿Por qué queréis que os hable de mis esperanzas y deseos si son irrealizables? Estoy además tan aterrada que no me veo con ánimos de separarme un paso de donde estoy... Yo misma no sé qué haría si me dijérais «podéis partir.»

—Y sin embargo, ¡qué dulce sería la vida pasada á vuestro lado, en un rincón del mundo, desconocidos, olvidados!..

—Creed que no deseo más que esto... Comprendo que debo renunciar á lo que hubiese sido mi felicidad... ¿Dónde encontrar á mi Rodrigo? Volver á Venecia decíais... Pero en Venecia nos espera la persecución... Allí están los que habéis agraviado... allí están los que tan inhumanamente me arrebataron de los brazos de mi futuro esposo...

—¡Oh! ¡Callad! ¡Vuestro futuro esposo!

—No temáis que por él pueda dejaros, Roberto... Él no me buscará ya más en toda la vida, creyéndome enterrada en el subterráneo de San Donato... y yo... ¡qué he de poder yo si todo se conjura contra mí!

—Es verdad, señora, cuanto decís... ¡Oh, si pudiérais renunciar á esa aspiración insensata y olvidarlo todo!

—¿A qué engañaros? Olvidar á mi Rodrigo ¡nunca! y si por mi dicha, si por mi ventura, algún día apareciese ante mis ojos, creería un sueño todas mis desgracias, y el puro goce de sentirme estrechada entre sus brazos bastaría á hacerme creer que no hay en toda la tierra felicidad comparable con la mía.

—¡Mucho le amáis!

—¿Qué hago en ello más que corresponder al amor que me tenía él? ¿No quisiérais vos lo mismo?

—Me estáis matando de celos... entendedlo, porque si amáis á Rodrigo... sabed que más, mil veces más de lo que os puede amar él os amo yo.

—¡Oh, callad por Dios! No prosigáis...

—¿Por qué no os he de decir lo que pasó en mí desde que privada de sentido, bella como una estatua á quien yo animara con mi soplo, aparecisteis ante mis ojos deslumbrándome con vuestra hermosura de diosa? Porque, entended que si gozáis del dulce calor de la vida, figúrome que es porque Dios quiso que me debiérais como una segunda creación... Sois mía, en cierto modo... Yo os hice vivir; yo impedí que la muerte horrible transformara vuestro admirable cuerpo en esqueleto horrible...

—Pero vos habéis quebrantado los juramentos que hicísteis de servir tan solamente á Dios...

—No; yo no hice todavía los votos; era novicio... Si algún crimen tremendo he cometido, no es ese que decís; puede ser otro, que no os importa.

—¡Roberto!... Me hacéis muy desgraciada... ¿Creéis que no comprendo todo cuanto os debo? Pero pensad que hay un hombre que me ama...

—Ese hombre os puede amar con el recuerdo, pero no sueña siquiera en que estéis viva, ni en que hayáis de verle más en este mundo.

—Yo le amo sin embargo, yo sí que estoy cierta de que vive, y al pensar que he de mostrarme con vos siempre, siempre, sorda á vuestros ruegos, creed que siento una aflicción que me desconsuela. ¿Qué más queréis de mí?... He sido vuestra y con ello me ofendisteis en lo más sagrado de mi sér... Os perdono, y no solo os perdono sino que estoy resignada á permanecer eternamente á vuestro lado. Decidme... ¿Qué más queréis?

—Nada quiero... nada puedo querer, tenéis razón... Y sin embargo, vos y yo pasaremos esta vida en medio de la más amarga desolación, viviremos unidos sin cariño, sin calor, como dos piedras que estuviesen una junta á otra... ¡Triste vivir, cuando podríamos hacer que transcurriese nuestra existencia en la más dulce felicidad, cuando podríamos por nuestra voluntad llegar á ser los seres más envidiables de la tierra!

—Serenáos, Roberto... Ya veis que yo estoy resignada... Resignáos también vos... Creíais quizás que yo pretendería alejarme de vuestro lado, y bien veis que no es así. Yo siento por vos cierta afección, cierta cariño que no sé explicarme... Vivamos, pues, unidos por este suave sentimiento... La dulce primavera no es menos hermosa, que el verano abrasador.

—¿Decís que sentís por mí como cierto cariño? ¿Será cierto?

—Sí... algo que no es amor, ni es amistad; algo como una gratitud infinita, inextinguible... Ya veis...

—Dios os pague esas palabras que habéis dicho. ¡Oh, qué inefable delicia me habéis hecho sentir!

—Así quisiera veros siempre, Roberto.

—Haré por complaceros, mi dulce señora... Vuestras palabras han caído sobre mi corazón como consolador rocío.

La conversación terminó aquí, no consiguiendo ni uno ni otro conciliar el sueño hasta después de un largo rato.

XI

Al siguiente dia dijo Roberto:

—¿Os parece señora que fuéramos á habitar en alguna oculta casita de estas cercanías? Es tan hermoso aquí el campo, que debe ser igual vivir en él ó vivir en medio de un jardín.

—Sí... Vivir ocultos sería mi mayor placer... ¡Tengo tanta necesidad de reposo!

—Pues voy á buscar un retiro donde oir eternamente de vuestra boca las palabras con que ayer me acariciásteis... ¡Oh, con qué dulzura resonaron en mi oido! Toda la noche las he estado oyendo, repetidas por ecos que susurraban como celestes armonías...

—¡Roberto! ¿Qué menos podía contestaros?

—Aquellas palabras quiero que me digáis siempre y que las oigan conmigo las flores y las aves y las fuentes... Saldremos de aquí, Blanca, para ir á escondernos en medio de un vergel...

El joven salió para ir á preguntar al posadero si sabía alguna quinta de las cercanías que estuviese para vender, y recibió una respuesta afirmativa. A media legua de la ciudad había un valle, llamado el *Paraiso Terrenal* de la tierra de Otranto,—y Roberto recordó las palabras del patrón de la barca pescadora,—en el cual había una hermosa finca que su dueño deseaba enagenar.

—¿Podría ver yo esa quinta?—dijo Roberto.

—Vaya que sí; á todas horas. El caballero Fabrizio es una persona amabilísima.

—¿Y sabéis si exigen mucho precio?

—¡Oh! Eso sí... Siempre querrá mil ducados por la finca, pero si regateáis algo de seguro os rebajará esta cantidad. El señor Fabrizio necesita dinero pronto, y no querrá desperdiciar esta feliz ocasión.

—¿Tenéis algún guía que pudiera conducirme allí?

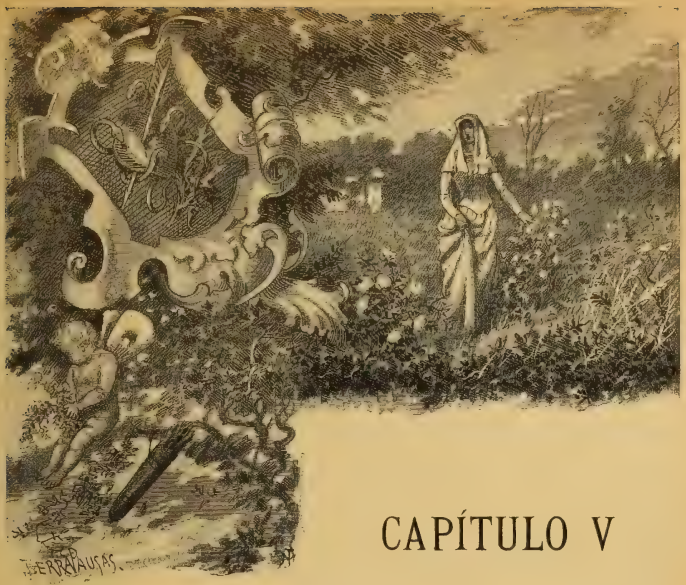
—El mismo criado que os sirve os acompañará.

—Disponed, pues, lo necesario, para que podamos marchar madona y yo.

—Una mula para la señora, un caballo para vos y Francesco á caballo de sus piernas.

—Bien está.

Pronto estuvieron enjaezadas las dos cabalgaduras; montaron Blanca y Roberto y á las primeras horas de la mañana salían de Otranto con dirección al norte, precedidos de Francesco.



CAPÍTULO V

Villa Mora

La tierra de Otranto no ofrece la belleza incomparable de otras comarcas italianas, pero en cambio, el valle que se encuentra entre la ciudad de aquel nombre y la de Tarento, más al Norte, es una verdadera maravilla por su espléndida vegetación, los frescos manantiales que brotan por do quier y la suave temperatura de que se disfruta.

Sitiado dicho valle al pié de la vertiente oriental de los Apeninos, es lo que los antiguos llamaban la *Bota de Italia*, goza de una primavera eterna, sin que lo azote el devastador sirocco. Crecen en sus laderas bosques de limoneros, naranjos y plátanos, y coronan las cumbres gigantescos pinos y fresnos, que embalsaman el ambiente con el fragante olor de sus resinas.

Cuando después de cruzar por enmedio de los áridos arenales de la playa penetraron nuestros dos viajeros en el risueño valle, sintiéronse

poseídos de un bienestar indefinible. El camino seguía bajo una bóveda de follajes, halagando el oído el rumor de los arroyos que serpenteaban entre la arboleda.

Según costumbre de la época, iba cubierta Blanca con un antifaz.

De pronto Francesco señaló una casa situada á mitad de una ladera.

—Ved,—dijo.—Allí es.

La casa era preciosa, en efecto, viéndose que el dueño poseía más bien en ella una quinta de lujo, que no una granja productiva.

El declive que formaba el terreno desde la casa al fondo del camino, presentaba escalonados diversos planos, sostenidos por recios murallones semicirculares ó cuadrados, que comunicaban entre sí por medio de suaves rampas ó de anchas escalinatas, mientras que todo lo que estaba detrás de la casa era bosque inculto, que iba subiendo libre y espeso hasta la cima, sobre la cual flotaban las copas de los pinos y manera de gigantesco fleco.

Los viajeros echaron pié á tierra ante una verja de cerrajería, y Francesco tiró del cordón de una campanilla.

Un viejo servidor abrió la reja y entraron los tres expedicionarios, á quienes acompañó hasta la quinta.

II

A medida que se iban acercando á la casa, notaban nuestros viajeros la amenidad de aquel lugar, lleno de flores dispuestas en caprichosos arriates y regadas por el agua que manaba de diversos surtidores Era, sin duda, un jardín muy artificial y arquitectónico, pero era bellísimo.

La quinta, toda de piedra que con el tiempo había tomado un color rojizo, era no menos elegante. Precedíala un pórtico de estilo árabe siciliano y constaba solamente de planta baja, coronada por una torrecilla cuadrada, festoneada por una elegante cornisa de igual estilo que el pórtico.

Desde la plazoleta alfombrada de cesped sobre que estaba asentada

la quinta, gozábase de una vista encantadora, con los bosques y caseríos de la opuesta ladera enfrente y el mar allá en el fondo, á la izquierda.

Sentado bajo el pórtico y acariciando un halcón, estaba el joven dueño, elegantemente vestido, que se levantó al ver acercarse á los forasteros, recibiéndoles con cortesana ceremonia.

Roberto le enteró en breves palabras del objeto que allí le traía.

—No deseo otra cosa,—contestó *don Fabrizio*.—Estoy cansado ya de vivir en este palacio sarraceno... Quedáoslo en buen hora.

—Fijad antes el precio.

—¡Oh! El que queráis.

—No; decid vos.

—Mil ducados, ¿os parece?

—Me parece mucho.

—¿Cuánto dais?

—Ochocientos.

—Bravísimo. Vuestro es el feudo. A la hora que designéis pasaremos á casa del tabelario y firmaremos la escritura.

—Cuanto antes mejor.

—Pues vamos ahora, así que hayais descansado un rato. ¿Habéis visto la tierra de labor?

—No.

—Bien cultivada podréis obtener mucho. Yo no me he tomado nunca esa molestia. El campo me es enormemente odioso.

—¿No vivís pues aquí de ordinario?

—¿Yo? Pues si así fuera ya me habría muerto. Vivo en la corte del virey.

—¡Ah! ¿Desempeñáis allí algún oficio?

—Soy capitán de la guardia de alabarderos de Su Excelencia el conde de Olivares.

—Celebro mucho.

—Murióse mi padre y tuve que dejar Nápoles para venir aquí á hacerme cargo de la herencia, pero á la verdad me encontré con más tierras que dineros y no me atreví á volver á pasar muestra con los

bolsillos sin blanca, tanto más en cuanto tengo por seguro que, como de costumbre, no he de cobrar mi soldada, pues no hay nadie que la cobre.

—¿Por manera que volveréis á la corte enseguida?

—Sin tardanza. Creedme que estoy muriéndome de tedio en este escondrijo.

—¿Hay poca vecindad aquí?

—¡Pero si esto es un desierto! No veréis jamás alma viviente.

—Es verdad que debéis pasar aburridamente el tiempo si estáis solo.

—Solo, solo, solo; con tres criados.

—¿No cazáis?

—Alguna vez, pero ya comprenderéis que no me divertirá mucho este ejercicio sin tener quien me acompañe. ¡Oh, Nápoles de mi vida!

—En fin, pronto habréis de salir de esta soledad.

—¡Ay, sí, amigo! Dios os ha traído sin duda, porque ¿cómo diablos iba yo á figurarme que me lloviese del cielo un ricachón que poseyese más de ochocientos ducados? De seguro que no sois de aquí.

—Es verdad. Soy... lombardo.

—Por allí aún queda algún cequín, pero lo que es por estas tierras de Nápoles, amigo...

—Buoncompagni, para serviros.

—Pues como os decía, por estas tierras de Nápoles, amigo Buoncompagni, no corre ni siquiera una *zanetta*.

III

Poco tiempo después salían en dirección á Otranto, Blanca, Roberto y don Fabrizio, seguidos de Francesco.

Detuviéronse un momento en la posada, quedando Blanca en aguardar allí el regreso de Roberto y subió éste á su cuarto para sacar de la talega los ochocientos ducados convenidos.

—Me permitiréis elogiar cuando menos el noble talle de vuestra esposa, querido Buoncompagni,—dijo don Fabrizio al dirigirse con Fal-

conieri á casa del tabelario,—ya que no he tenido el placer de poder contemplar su rostro.

—Gracias, don Fabrizio,—contestó Roberto.—No merece mi mujer esos elogios que hacéis de ella.

—De fijo que con tan bella compañía no os aburriréis en Villa Mora.

—Ni allí ni en otra parte puedo aburrirme con mi esposa, don Fabrizio.

—Ved si tenía yo razón al deciros que debía ser hermosísima criatura.

—No os negaré que lo sea para mí, pero entiendo que no debe serlo para los demás.

—¡Ja, ja! ¿Serías celoso acaso?

—¿Yo? No... Y si lo fuere ¿qué tendría que importaros?

—A mí nada... nada... ciertamente que no me importaría nada. Pero quería decir que si sois celoso, no podíais encontrar mejor sitio que Villa Mora para ocultar allí vuestro tesoro. No temáis ser objeto de miradas indiscretas en su recinto. Bien se conoce que lo construyeron alarifes sarracenos.

—Tanto mejor. Aborrezco á los indiscretos.

—Lo mismo os digo. Por eso me gusta vivir ó bien en Nápoles ó bien en medio de una soledad como la de que seréis en breve único dueño.

Ya en esto habían llegado á casa del tabelario.

El digno funcionario, cuyo paupérrimo aspecto se avenía perfectamente con lo miserable del ajuar de su estudio, extendió en breve rato la escritura de venta; firmaron los interesados, garrapateó él su firma al pié y Roberto contóle á don Fabrizio ochocientos buenos ducados de oro que el joven fué embolsando con jubilo saprisa. Cobró sus derechos el tabelario, asombrado de encontrarse con diez ducados en la mano, y despidiéronse de él, así como al salir á la calle se despidieron los dos jóvenes, quedando en que al anochecer iría Buoncompagni á tomar posesión de la nueva propiedad.

Declinaba el día cuando Blanca y Roberto se pusieron en marcha

para la quinta. El tiempo era apacible, y decidieron hacer el camino á pié, llegando al cabo de una hora al término de su viaje.

Don Fabrizio les esperaba en la plazoleta de la entrada, no pudiendo disimular un gesto de impaciencia al ver que Blanca se presentaba de nuevo con el antifaz.

—Sed bien venidos á vuestra casa, señores,—dijo.

Villa Mora

—Podéis quedaros hasta cuando os plazca,—repuso Roberto.

—Gracias; parto ahora mismo.

—¿Y los muebles?

—¡Oh! No encontraréis muchos y por otra parte no son de gran valor. Podéis considerarlos como vuestros.

—¿Pero no os lleváis nada?

—Nada más que mi armadura y mis trajes, que he enviado ya á Otranto.

—Como queráis. ¿Y los criados?

—Ahí están esperando vuestras órdenes. No creo sin embargo que dos de ellos os sirvan de gran cosa: el uno, el ayuda de cámara, es

mudo y el otro es un holgazán que apenas si sirve para abrir la puerta; sólo el cocinero es un bravo muchacho.

—Nos quedaremos con todos entretanto.

—Haréis bien, pues cuando menos son todos ellos gente leal y honrada. Y ahora, permitidme señora que os bese los piés, como dicen en la corte, y que os bese á vos las manos, mi querido Buoncompagni. Celebraré mucho que lo paséis aquí muy bien: y si nunca vais á Nápoles me tendréis á vuestras órdenes.

Blanca se inclinó ligeramente; Roberto ayudó á montar á caballo á don Fabrizio y partió éste, desapareciendo enseguida bajo la frondosidad de los árboles que flanqueaban el camino.

IV

Los tres criados esperaban respetuosamente á corta distancia las órdenes de los nuevos dueños.

Eran tal como había dicho don Fabrizio; Roberto les hizo saber que continuaban á su servicio, encargándoles la mayor discreción y solicitud en todo.

El mudo hizo una ligera reverencia, el portero se inclinó hasta el suelo, y el cocinero se creyó en el caso de responder:

—Sus señorías hallarán en nosotros los más fieles servidores que pudieran haber tenido en estos reinos y en cuanto á mí, creo quedarán satisfechos de mi competencia en el arte culinario, pues serví durante doce años como marmitón en las cocinas del Excmo. Sr. Arzobispo de Palermo.

Retiráronse con esto los criados y entraron en la casa Blanca y Roberto.

Era un edificio enteramente conforme á lo que indicaba su exterior. Despues del vestíbulo se encontraba un patio morisco rodeado de un pórtico y con un surtidor en medio. Las dependencias interiores y los cuartos de la servidumbre ocupaban los dos lados y en el fondo había las habitaciones de los dueños.

Roberto quedó satisfecho del aspecto que estas presentaban: las

paredes y los techos estaban prolijamente trabajados según el gusto arábigo y en cuanto al mobiliario era bien poco; algunos antiquísimos divanes, sillones, taburetes, una pequeña luna veneciana y una cama de madera dorada, más imponente que cómoda.

Blanca se instaló en la sala más retirada, y en la que precedía á ésta se instaló Roberto.

Al poco rato presentóse el mudo y encendió las lámparas de las dos habitaciones, preguntando luégo por señas á Roberto si quería se sirviese la comida. Roberto contestó que sí, y al poco rato volvió el mudo á avisarle que ya estaba puesta la mesa.

Trasladáronse en consecuencia Blanca y Roberto al comedor y hallaron dispuesta una cena que no podían esperarse, compuesta de pollos, un lechoncito y mariscos, guisado todo con una habilidad que hacía honor al antiguo pinche de las cocinas del arzobispo de Palermo.

Terminada la cena retiráronse los dueños á sus habitaciones, y después de desearse las buenas noches acostóse Blanca en la dorada cama de su dormitorio y Roberto se acomodó en un diván de los que había en la arabesca estancia que se había destinado.

V

Pasaron algunos días.

El calor del verano no se dejaba sentir en aquel umbrío valle; la naturaleza parecía allí hallarse libre de los rigores del sirocco, azote de las costas adriáticas, que no llegaba hasta el fresco refugio donde ocultaban su existencia Blanca y Roberto.

Era una deliciosa tarde de Agosto. La atmósfera mostraba una transparencia cristalina; el sol acariciaba la campiña dulcemente, y el suelo cubierto de una ligera humedad á causa de la lluvia que había caído la noche anterior, convidaba á hollar la frescura de tierra

Blanca y Roberto se dirigieron al bosque, que se remontaba por detrás del palacio hasta la cumbre de la montaña.

Era una selva de encinas y pinos seculares, tapizada por una al-

fombra de mullido césped. Parecía un lugar sagrado, digno en su tiempo de haber recibido culto en él la cazadora Diana. No tenía la apariencia salvaje de los bosques del Norte ó la grandiosidad de las selvas tropicales, si no mejor, como un gracioso aire de los bosques griegos, testigos de los sagrados misterios eleusinos ó como una risueña residencia de las mitológicas ninfas y dríadas, cuyos aéreos cuerpos parecían verse aparecer á cada momento entre las sombras.

Los dos jóvenes llegaron á orillas de una laguna rodeada de juncos al pié de una roca coronada de árboles cuyas largas ramas colgantes se sumergían en el claro espejo del agua ocultando la caída del arroyo que desde lo alto de la roca se despeñaba para formar aquel caudal.

La laguna brillaba como una placa de bruñido acero en medio de la verdura negruzca de los árboles que la rodeaban.

—Detengámonos aquí,—dijo Blanca señalando unas ruinas de un antiguo templo pagano edificado sobre la roca.— ¡Oh, qué hermoso sitio!

Sentóse la joven sobre un trozo de una rota columna y á su lado Roberto, en otro sillar.

¡Hora de inefable felicidad! El cielo azul sobre sus cabezas, el plateado espejo de la laguna inmóvil á sus piés, soledad y misterio en derredor.

—¿Quién sería capaz de adivinar que nos hallamos aquí?—exclamó de pronto Roberto,—y quién, si lo supiese, no se figuraría que estamos estrechamente unidos por amorosos lazos? Pero no es así, Blanca; todo respira amor y secreto en torno nuestro; sólo vos permanecéis insensible á mis ruegos más que esta dura roca.

Blanca, como sumida en profunda distracción, entreteníase en coger silvestres flores de las que por allí crecían, al alcance de su mano, tirándolas luégo al bullicioso arroyo que las arrastraba consigo desapareciendo en un momento.

—Así habéis hecho con mi pobre corazón,—exclamó Roberto.—Me lo arrancásteis y no le habéis creído digno de guardarlo, arrojándolo como arrojáis ahora estas pobres florecillas.

Sonrióse Blanca y siguió en su silencio,

—¡Quién no envidiara al parecer mi gloria!—continuó diciendo Roberto.—¡Quién no pensara que me amáis como aquí ama todo! ¡Quién no se figurara que alberga este bosque nuestros amores misteriosos y no me creyera un nuevo Endymión amado por la luna! Todo sería fantástica ilusión sin embargo; sois inclemente, sois insensible, más que la misma diosa á quien se tributaba aquí culto antiguamente.

Seguía Blanca en su distracción, cogiendo nuevas flores y tirándolas indolentemente al cristalino manantial.

—Ni queréis siquiera prestar oído á mis palabras,—prosiguió el amador.—Desdeñáis atender á todo lo que podría conmoveros; no oís los trinos de los pájaros que cantan sus amores, ni miráis esas bandadas de palomas que cruzan por los aires... En lugar de esto, troncháis las anémonas y las viperincas y las lanzáis á la muerte...

VI

Hubo una nueva pausa, sin que al parecer Blanca pensase en romper el silencio.

—¡Ah! Más sensible que vos debía ser el ídolo de la diosa á quien se adoraba en este bosque,—exclamó Roberto.—No sería tan frío el mármol de que estaba hecha como lo es vuestro corazón... Lejos del mundo humano estamos; nadie sabe de nosotros; créesenos muerta á vos, fugitivo para siempre á mí... ¿Ante quién debemos responder de nuestros actos? Lo hecho, hecho queda. Difícil es que puedan dar conmigo los que á mí me buscan, ni encontrarle vos al que quizás quisiérais buscar... ¿Por qué os obstináis, pues, en permanecer muda, fría, insensible á mi amor? ¿Qué os proponéis con eso? ¡Por Dios que prefiriera veros fieramente airada contra mí que no en esa irritante correspondencia, tibia, desmayada! Sí; no puedo sufrir vuestra impasibilidad de resignada víctima: amad; muérame yo de celos, pero que á lo menos experimente dentro de mí el fuego de la ira, la cólera de la rabiosa impotencia, no ese tormento insoportable de esperar en vano una mirada de amor... Odiadme... Yo os juro que ha llegado para mí el caso de preferiros en brazos de un rival que no de miraros inacce-

sible siempre á mi esperanza. Yo buscaré á don Rodrigo, aunque deba ir al infierno; le diré que os amo y entonces nos disputaremos vuestra posesión como se disputan su presa dos leones. Ha de morir él, ó yo.

Blanca levantó la cabeza y dijo:

—Os equivocáis, Roberto. Yo no quiero que busquéis á Rodrigo ni menos que espongáis por mí vuestra vida, pero ¡me hallo tan bien en esta tranquilidad que os debo! ¿Por qué no hacéis como yo y os limitáis á gozar de la felicidad presente sin aspirar á más peligrosas ambiciones?

—Si me amarais como yo os amo no me diríais eso. No hay tranquilidad para mí sintiéndome de cada momento más poseído de este amor inestinguible que me inspirastéis desde el primer momento que os vi. Nada os costaría hacerme el más feliz de los mortales, y sin embargo, no por causa vuestra, sino por haberos amado con este delirio con que os amo, habré resultado ser el más desgraciado de los hombres, renovándose en mí la desgraciada suerte del fabuloso Tántalo. Si no queréis que yo busque á don Rodrigo, ni os resignáis á buscarle vos tampoco, difícil, imposible es que pueda encontraros. ¿Para quién guardáis entonces los tesoros de vuestra hermosura? Fuérais de mármol y yo os adoraría como estas prodigiosas estatuas que parecen resucitar bajo el suelo de Grecia. Por suerte ó por desgracia sois de carne, tan ardiente como el sol, tan suave como las tintas de la aurora y no puedo contentarme con alabar al artífice sino que necesito sentir como la obra se anima entre mis brazos y me mira y me contesta.

—Roberto... Vivamos como hasta aquí... ¡Me siento tan dichosa de este modo!

—No os creo, permitidme que os lo diga. No lo puedo creer. El amor que se encierra dentro vuestro pecho necesita consumirse so pena de ahogaros. No es posible que podáis vivir cual estéril ídolo... Sin querer, esparcís en torno vuestro como centellas de pasión; no podéis comprimir el volcán que arde bajo la nieve de vuestro seno.

La joven se puso en pié. Su rostro estaba encendido como la grana; el viento jugueteaba con sus cabellos de oro y hacia flotar la orla de su falda de púrpura, dibujando su escultural contorno.

—Volvámonos, os lo ruego,—exclamó.

—¿Os he ofendido?—repuso Roberto.

—No... Pero no me siento bien... Vámonos de aquí. No sé qué tengo... ¡Dios mío!... Siento como si me ahogara...

VII

Los dos jóvenes estaban dando la vuelta al lago para emprender el descenso cuando de pronto se levantó un fuerte viento, húmedo y ardoroso.

Roberto miró al cielo y vió que se cargaba de tempestuosas nubes, al mismo tiempo que un relámpago rasgaba su negrura, seguido de un lejano trueno.

No habían pasado dos minutos cuando comenzaron á caer gruesas gotas.

—¡Qué contratiempo!—exclamó.—¿Dónde refugiarnos?

De pronto, como escondida bajo una enorme roca apareció ante sus ojos la boca de una cueva, interceptada por algunas malezas.

—¡Ah! Ved,—repuso dirigiéndose á Blanca.—¡Una gruta! ¡Corramos!

Roberto se adelantó, separó las ramas de la zarzamora que obstruia la entrada y miró adentro.

Era una profunda caverna abierta en una roca arenisca, casi encarnada; la entrada era alta y llana pero luégo iba bajando y disminuyendo la bóveda en altura.

Caia el agua á torrentes, pero ni una sola gota penetraba en la cueva, en la cual se dejaba sentir un calor sofocante.

Roberto reparó en el cambio que habia experimentado el semblante de su amada, cubierto á la sazón de palidez en vez del encendido rubor de poco antes.

—¿No os sentís bien?—exclamó el joven.

—No... pero ya me pasará.

—Descansad entre tanto... Ved, aquí hay amontonadas esas hojas secas que ha arrastrado el viento.

Blanca se dejó casi caer en el rústico asiento, recostó su cabeza contra la roca y cerró los ojos.

Roberto lleno de inquietud se arrodilló junto á la bella desmayada.

—¡Blanca! ¡Blanca!—exclamó.

La joven abrió los ojos, pasóse la mano por la frente y murmuró:

—¡Ah! ¿Sois vos?

—Sí. ¡Blanca!... Enseguida podremos continuar nuestro camino... tened ánimo...

—Ya se me pasa,—repuso la joven.—Ha sido un ligero desvanecimiento... Ved... ya no tengo nada,—añadió sonriendo.

—Acercaos á la boca. Quizás con la frescura del aire os sentiréis mejor.

—No, no es preciso... Si ya no tengo nada, creedme.

Un vivo relámpago iluminó con su verdosa luz toda la profundidad de la cueva, repercutiendo enseguida bajo sus bóvedas el fragor del trueno.

Blanca no pudo reprimir un gesto y se puso en pié.

—¿Os habéis asustado,—dijo Roberto.

—A la verdad ha sido tan horroroso este trueno...

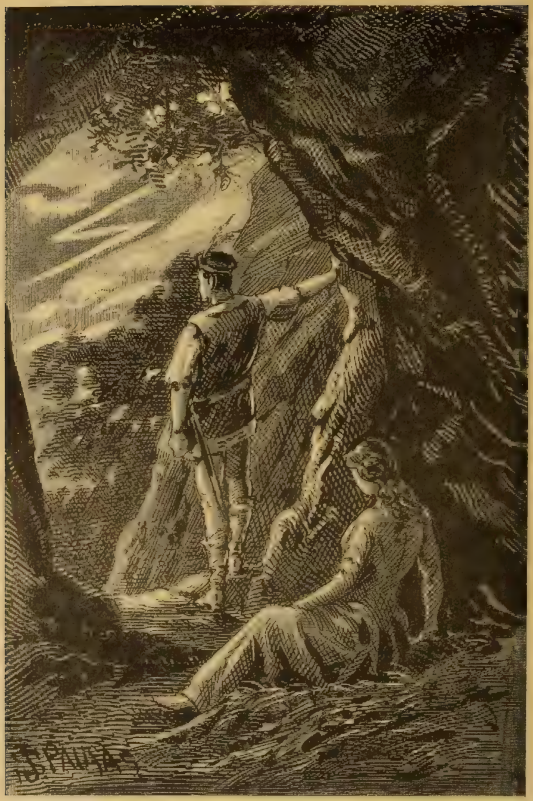
—Sin embargo, podéis creer que en ninguna parte estaríais más segura que en este subterráneo.

Brilló otro relámpago más deslumbrador todavía que el primero y obedeciendo sin duda á instintivo movimiento abrazóse Blanca al cuello de Roberto ocultando la cabeza entre su pecho al resonar el violento trueno que le siguió instantáneamente.

El joven sintió correr por sus venas como un fuego y oprimió fuertemente á Blanca entre sus brazos: levantó ella la frente, acercáronse los dos rostros y cruzóse un beso.

VIII

Desde aquel momento varió por completo el carácter de los sentimientos que hasta entonces habían mediado entre el fugitivo fraile y la robada novia de don Rodrigo de Toledo.



Un vivo relámpago iluminó con su verdosa luz toda la profundidad de la cueva

Los felices amantes veian pasar los dias alegres y serenos, como nunca hubiesen podido imaginar. La vida que llevaban les parecia constituir la suprema dicha y el pasado aparecia á su memoria como un vago ensueño, adormecidas todas las amargas remembranzas por la venturosa existencia en que se mecian dulcemente.

Así pasaron los últimos dias del verano, y llegó el otoño, convertido

para ellos en la más grata primavera. Resonaban á todas horas en el patio y á orillas de la laguna los ecos de sus voces cantando enamoradas trovas, y aparecían los árboles del bosque llenos de cifras y emblemas, grabados por Blanca y Roberto en su corteza, cual si quisieran hacerles testigos de sus momentos de ventura.

—¡Mi bien, mi gloria!—exclamaba Roberto, postrado ante su amante;—¿no es verdad que viviremos aquí siempre, eternamente enamorados?

—Sí, eternamente tuya,—contestaba ella.

Pero no se ha hecho, por desgracia, esta palabra para los enamorados y pronto pudo convencerse Roberto de que el corazón de Blanca no era tan suyo como hubiera podido desear, y que si en la inmortal epopeya del dulce poeta mantuano Eneas dejó á Dido abandonada, después de lo que ocurrió en la gruta, corría peligro él á su vez de que se invirtieran los papeles y no fuese Eneas quien se viese abandonado por la rubia reina cartaginesa, ó veneciana, que viene á ser lo mismo.

¿Qué había motivado estos temores?

Bien poca cosa, al parecer, pero lo bastante para nublar por completo la felicidad de ambos.

Fué, pues, el caso que el cocinero, que había ido á Otranto á principios de Diciembre al objeto de hacer algunas provisiones para la despensa, habíase encontrado con que corrían por la ciudad unos muy extraños rumores: decíase que hacía pocos días habían desembarcado, para hacer aguada y comprar víveres unos marinos que tripulaban una galeaza veneciana, con la particularidad de ser españoles casi todos, sabiendo luégo, por la *Morosini*, acabada de llegar, que la tal nave era pirática é iba mandada por el famoso *Máscara de bronce*, terror del Adriático y el mar Tirreno; que la nave pirática había seguido con rumbo hacia Venecia y que era fácil cayera en poder de la flota de la Señoría, si llegaba á tiempo la galeaza leal para ir á dar cuenta de ello, pero que en caso contrario, Dios sabía lo que podría suceder dando entrada en el Arsenal á la nave del Máscara; que éste montaba antes en una galera negra, y había echado á pique la *Chipre*

y apoderádose de otra, no librándose mas que la *Morosini;* que desde Julio en que había aparecido la *Galera Negra* habían sido asaltadas más de veinte naves venecianas, incendiándolas al momento, aunque sin causar daño alguno á las tripulaciones, y, finalmente, que el Máscara iba acompañado de una mujer que, más que prisionera suya, parecía ser su querida y mandar en absoluto. Los de la galeaza le habían visto á cubierto de la galera negra, al lado del Máscara, mientras tronaba la artillería, y parecía ser joven y bella.

Tales fueron las noticias que trajo de Otranto el digno cocinero, las cuales escucharon en silencio Blanca y Roberto, causándoles, al parecer, la más viva inquietud á entrambos.

IX

Nada hablaron, sin embargo, los dos amantes, á pesar de estar uno y otro dominados por una misma idea, cosa que no podían disimular.

Por la noche, al retirarse á su cámara, vió Roberto como se escapaban dos furtivas lágrimas de las mejillas de Blanca.

—¿A qué ocultar lo que pensamos?—exclamó, cogiendo de una mano á su adorada.—Prefiero una explicación clara y decisiva á que nos engañemos mútuamente fingiendo una calma que estamos muy lejos de tener. Has oído lo que ha contado ese criado. ¿Imaginarías, pues, como yo, que ese corsario es don Rodrigo?

—Te agradezco la franqueza con que me has hecho esa pregunta. Don Rodrigo es, de seguro.

—En tal caso, grande debe ser tu inquietud. El *Máscara de bronce* va con una mujer joven y bella...

—¡Sí! ¡Eso he oído!

—¿Y aún le amas?

—¡Ay de mí! Esto me ha hecho comprender que le amaba todavía, porque, desde que lo sé, siento retorcerse en mi corazón con dolor horrible la serpiente de los celos...

—¡Ah! ¡Cuánto te compadezco ahora!

—¿Me compadeces?..

—¡Sí, desdichada; también, como yo sufrirás, como yo sabrás lo que es amar y padecer; padecer mucho, más que amar!

—¡Perdóname, Roberto!..

—¿A qué decir que sí? ¡No!.. ¡Mentiría si te dijera que no te aborrezco...al par que te idolatro!

—¡Roberto! ¡Roberto!..

—Pero por encima de todo está el odio que le tengo á ese hombre... Es imposible que él y yo vivamos en tu corazón. ¡O él ó yo; uno sobra!

—¡Roberto! ¡No quieras aumentar todavía mas mi desdicha!.. ¡Yo renunciaré á toda esperanza de volver á verle, yo haré por olvidarle, pero no intentes nada!.. Si él muriese á tus manos, ¡qué horror! Si murieses tú á las suyas, ¡qué desesperación más espantosa! ¡Antes mil veces morir yo que tú!

—Esto me dices y no haces sino enloquecerme todavía más... ¡Soportar la amenaza de que algún día pudiera arrebatarte de mis brazos!.. ¡Ira de Dios!

—¡Roberto, por piedad!

—¿Pero es posible que sientas aún algo por ese hombre?

—Siento... lo que tú por mí... Creo odiarle más aún que tú mismo, y sin embargo, no puedo dejar de pensar en que le amaba... y no sé si le amo todavía.

—¡Calla, calla, ó no podré dominar el vértigo que me dan los celos!..

—¡Oh, no! ¡Seré tuya, eternamente tuya, bien lo sabes!..

—¡Será mío tu cuerpo, pero qué me importa si estará tu pensamiento en otra parte; si latirá por otro hombre tu corazón, que sólo debe ser mío!

—No... ¡Yo lo olvidaré todo, todo!

—Creía yo vana quimera tu idea de que estuviese vivo don Rodrigo; mientras eso creí, nada me importaba que pudieras pensar en quien tenía yo por muerto; pero las cosas han variado. Ese hombre vive, ese hombre...

—Él me cree muerta, sin embargo. ¿Cómo quieres que pueda pensar en buscarme?

—Siempre pensé lo mismo, pero no ahora... Es capaz de todo; capaz de ir á verte en el panteón de San Donato... Y si eso hiciera ¿cómo no buscarte? Y si te buscaba... ¿cómo no encontrarte? ¡Oh, qué horrible zozobra!

—¡Roberto! ¿Qué delirio te atormenta? ¡Vuelve en tí! ¡Él ir á buscarme para verme convertida en cadáver espantoso!..

—¿Por qué no?.. ¡Yo lo haria!

—¡Oh, desventura!—murmuró la joven, y como rendida por aquella idea dejóse caer sobre un diván, llorando amargamente, mientras que Roberto, presa de violenta agitación, media á grandes pasos la cámara pavimentada de mosaico.

Pasaron las horas, y el día sorprendió en pié á los dos amantes, sin que se hubiesen acostado todavía.

X

—¡Ah!—exclamó Blanca, como si volviese en sí, viendo á Roberto. —¡Paréceme haber salido de una horrible pesadilla!.. ¡Mi bien!.. ¿no me amas como siempre?

Volvióse Roberto, sombrío el rostro, y respondió con amargo tono:

—¡No! No era pesadilla horrible lo que has experimentado... Estamos enfrente de la dura realidad.

—¡Cruel!

—Arrostremos pues nuestra situación con ánimo esforzado; salgamos de este doloroso trance.

—¿Qué piensas hacer? Por el amor que me tienes, Roberto mío, nada intentes...

—¿Estás loca? Sé que aún late en tu corazón el antiguo amor, ¿y quieres que á ello me avenga?

—¡Así me pagas mi cándida sencillez! ¿Acaso tengo yo la culpa de que mi sentimiento fuese más poderoso que mi voluntad? ¿No te basta con que yo sea tuya, con que jamás puedas tener motivo para dudar de mí? Yo te seré fiel; fiel hasta la muerte, Roberto. ¿Qué más quieres? Yo no intentaré huir de tu lado; yo...

—¿Y si ese hombre te encontrara? ¿Qué harías si un día te vieses en su presencia? ¿Podrías negarle que le amas siempre con toda tu alma?

Blanca echó atrás su cabeza y se retorció las manos con desesperación, sin contestar palabra.

—Ya veis,—repuso Roberto.—No puede ser esto... O él ó yo.

—¡Roberto! —exclamó Blanca.—¡Por piedad, tén lástima de esta mujer desventurada! ¡No me abandones! ¡Yo te amo!

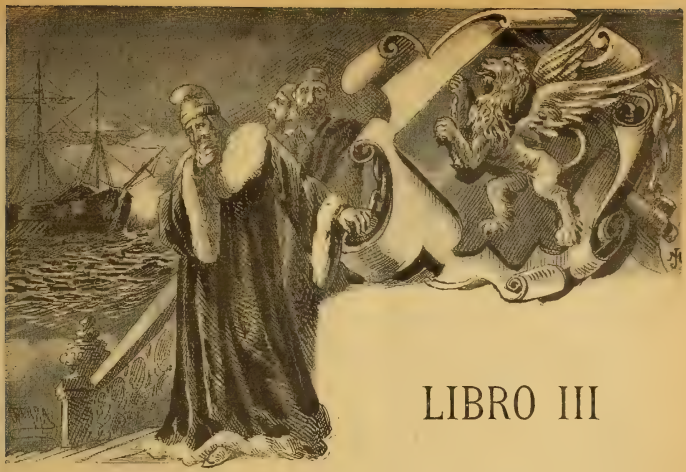
—Aparta,—replicó con dureza el joven.—Voy á buscar á ese hombre aborrecido y sabré encontrarle. Espérame, y si no vuelvo en breve ó no recibes noticias mías, libre quedas de partir. En esa arquilla hay tres mil ducados. Adiós.

—¡Roberto! ¡Roberto de mi alma, no me abandones! ¡No, nunca, me has amado!

—¡Que no te he amado!—contestó él.—¿Pues acaso no me siento ahogado por este amor maldito? Déjame, Blanca. ¿Acaso puede mi amor esa sombra que pretende empañarlo? Déjame, y si la suerte acude en mi favor, he de volver á tu lado mostrándote mis manos empapadas en la sangre odiada del hombre que quisiera disputarme tus besos enloquecedores y que ahora mismo ocupa mi sitio en el fondo de tu alma.

—¡Roberto! ¡Roberto!

Pero ya el joven se había desacido de sus estrechos brazos con que le tenía enlazado Blanca, arrodillada á sus piés, y partía apresuradamente hacia la ciudad.



LIBRO III

EL CONDE DE VALROGER

CAPÍTULO PRIMERO

En la boca del leon

La impresión que recibió el *Máscara de bronce* al encontrar vacío el sepulcro donde había visto enterrar á Blanca, fué terrible.

—¡Me la han robado!—exclamó rugiendo con ira y arrojando la palanqueta que rebotó por el suelo produciendo un estridente ruido.

Por largo rato permaneció el corsario en el panteón, sentado en las gradas de la desierta tumba.

De pronto oyó dar tres campanadas y se levantó.

—Partamos,—murmuró;—no te he encontrado, no he podido verte... ¡Misterio profundo! Pero, ¡qué idea! ¡Si Blanca no hubiese muerto! Si hubiese vuelto en sí... Mas, ¿cómo escapar? ¿Cómo hubiera podido le-

vantar ella esta losa horrible?... Alguien debió venir á profanar este sepulcro... Y ella podía estar viva... Sí... Cuenta un caso igual Luigi da Porto en la *Giulietta*... Una amante que para librarse de casarse con un hombre aborrecido, tomó un narcótico para fingirse muerta y escapar luégo á los brazos de su bien amado... ¡Oh, Blanca de mi alma!

El corsario abandonó el fúnebre recinto y se encontró de nuevo en el cementerio claustral, tropezando aquí y allí con las cruces que había clavadas en tierra.

Buscó luégo la puerta de clausura y llamó reciamente.

—¿Quién vá?—dijo una voz soñolienta desde un ventanillo.

—¡Abrid!—respondió el Máscara.—He de ver enseguida al Padre Prior.

—¿Al Reverendo Padre Prior? ¿A estas horas? ¡Imposible!

—Mirad que es un asunto de importancia el que me trae y que no puedo perder tiempo.

—Será muy importante para vos, no lo pongo en duda, pero esto no quiere decir que vaya yo á despertarle ahora á nuestro Reverendo Padre.

—Ved que me estáis apurando ya la paciencia. Obedeced ó bien os obligaré de otra manera á que me abráis.

—¡Jesús, hermano! Ni que fuérais un señor inquisidor del Consejo de los Diez...

—Maldita charla la vuestra. Abrid ó echo la puerta abajo.

—Echadla, echadla,—y diciendo esto cerró de golpe el hermano portero el ventanillo.

Furioso el corsario descargó un terrible puntapié en la puerta, cuyo eco resonó en el interior, tras de lo cual no se dió punto de reposo en repetir el ruidoso llamamiento.

Pasáronse algunos minutos, y volvió á abrirse el ventanillo.

—¿Quién sois, que de tal manera alborotáis este sagrado albergue? —dijo una voz.

—Si alboroto es porque no se me ha querido atender de grado,— contestó el corsario.—Necesito hablar al momento con el Superior de la comunidad.

—Con él estáis hablando,—replicó la voz.

—¡Ah! Habéis hecho bien en acudir, pero lo que tengo que deciros es muy secreto, y ya comprenderéis que no puede hablarse tal como ahora nos hallamos.

—Bueno, ¿pero no podéis decirme antes quien sois? Creo recordar vuestra voz, pero no recuerdo en qué ocasión.

—El dia doce de Julio estuve aquí á traeros un cadáver.

—¡Ah! Sí... Lo recuerdo bien. ¡Día fatal, por cierto! Dia inolvidable para mí... Abrid, hermano portero.

Oyóse el ruido ocasionado por una llave que se introducia en la cerradura, y por fin, tras de mucho forcejear, quedó franqueada la puerta.

—¡Jesús, María!—exclamó el portero retrocediendo asustado al reparar á la luz de la linterna en la máscara de bronce que ocultaba el rostro del recién llegado.

El enmascarado se inclinó respetuosamente ante el Prior y le besó la mano.

—¿Cómo os permitís presentaros tapado el rostro ante mi presencia?—exclamó en altivo tono el prelado.

—Es un voto, padre mío,—contestó el corsario con dulzura.—Servíos perdonarme esta disculpable irreverencia.

—Si es un voto, hacéis bien en no quebrantarlo. Seguidme, caballero.

El portero precedió á los dos personajes y guió hasta la celda del Prior, en la cual se encerraron éste y el Máscara, sentándose uno frente á otro en sendos sillones de labrado cuero.

—Podéis hablar,—dijo el religioso.

—El motivo que aquí me trae,—dijo el corsario,—es pediros una explicación de por qué ha desaparecido de su tumba el cuerpo de la mujer que entregué á vuestra leal custodia.

Levantóse el Prior, trémulo y desencajado, y exclamó:

—¿Qué decís? ¿Robaron el cadáver que trajistéis?

—Lo han robado, sí. Acabo de verlo.

—¡Oh, miserable, miserable!—exclamó el Prior apretando los

puños y cayendo de nuevo en el sillón, en el cual quedó como abstraído en terrible meditación.

El Máscara miraba al prelado, impaciente por recibir una explicación de lo que había motivado aquella cólera.

—Perdonadme caballero,—exclamó el prior saliendo de su abstracción.—Vuestro descubrimiento ha hecho nacer en mí un mar de cavilaciones...

—¿Qué pensáis?

—Pienso que esta desaparición explica también la de un novicio que falta del monasterio desde la noche misma en que fué enterrado el cuerpo que habéis encontrado á faltar, sin que quiera yo ahora preguntaros con qué derecho os habéis atrevido á profanar el sagrado recinto en que descansan los restos de los que allí yacen. Nadie roba un cadáver... puédese robarle las joyas que lleva, y de esto se ven por desgracia demasiados casos, pero no el cadáver mismo. Comprendería quizás esto solamente en uno de esos anatómicos que parecen poseídos de un verdadero fervor por arrancar al cuerpo sus secretos, ¡pero el fraile que de aquí desapareció no era anatómico!...

—Creéis pues...

—Creo una cosa que sería para vos una acusación inmensa... Creo que no nos entregásteis un cadáver sino una mujer viva.

—Quizás tengáis razón, pero yo creía haberos traído una muerta.

—¿Dónde encontrasteis á esa mujer?

—La encontré en una sala del Tribunal de los Diez.

—¡Ah!...

—¿Qué os asombra?

—No me asombra nada. Pero es preciso que me habléis con entera franqueza. ¿Quién era esa mujer?

—Era la hija del senador Alviano.

—Ved, pues, como no trajisteis aquí ningún cadáver. Blanca de Alviano estaba nada más que privada de sentido cuando la llevaron al palacio para desposarse con el senador Riccioli.

—¡Dios mío!... Padre... ¿Cómo sabéis eso? ¿Es cierto lo que me decís? ¿Quién os lo ha contado?

—No puedo deciros cómo lo sé. Es secreto de confesión; sólo puedo aseguraros que ni me lo ha contado Riccioli, ni lo sé tampoco por Alviano.

—¡Maldita suerte la mía! ¡Fatalidad horrible!... ¡Yo mismo enterré mi felicidad!...

—Dios ó Satanás guiarían á frá Ridolfo á esa tumba, con algún odioso intento sin duda, y á esto debió Blanca de Alviano su salvación... Este fraile desapareció con ella, y debe ser el autor del robo sacrílego que se cometió en el monasterio algunas noches después.

—¿Un robo?

—Sí; fué saqueado el tesoro del templo.

—Y ese fraile condenado debe sin duda haberse llevado á Blanca lejos, muy lejos, para huir de vuestra persecución...

—Es fácil que se haya marchado muy lejos, en efecto.

—¡Dios de misericordia!... ¡Dadme aliento! ¡Oh Blanca, mi Blanca adorada!...

—No os desesperéis, hijo mío... La mano de la Providencia ha querido que por medio de la acción vitanda que habéis cometido esta noche haya podido yo convencerme de los móviles que guiaron á frá Ridolfo... Sabéis ya quien ha sido el raptor de vuestra amada y yo quién ha sido el ladrón de nuestro tesoro. Busquémosle, hijo mío.

—Sí... Busquemos, padre, y que Dios quiera guiarnos en nuestra santa empresa; pero antes de retirarme de vuestra presencia permitidme que implore de vos el perdón de mi sacrílega osadía...

—Perdonado estáis, hijo... No queramos escrutar los arcanos de que se vale la divinidad... Vuestra culpa ha sido grande, pero ha hecho descubrir un crimen espantoso... ¡Os guiaba una piadosa intención! ¿Qué puedo yo reprenderos?

—Adiós, pues, padre mío. Buscaré al indigno robador de mi amada y si alcanzo encontrarle, yo sabré tomar venganza de haberme arrebatatado lo que constituía para mí toda la dicha...

Retiróse don Rodrigo, y acompañóle el prior hasta la puerta con gran estupefacción del hermano Niccolo, el portero, que no creía que su prelado dispensara tan buena acogida á los que se presentaban con

los humos que había demostrado el hombre de la máscara de bronce.

II

Aquella misma noche regresó á Chioggia el corsario, siendo recibido por Cósima y Saravia.

—Capitán,—exclamó el digno teniente en voz baja,—he de hablaros enseguida.

—Seguidme, pues,—replicó el Máscara, y ambos entraron en el camarote ocupado un tiempo por Riccioli y en el cual estaba instalado ahora don Rodrigo.

—Señor,—exclamó Saravia,—la que creíais muerta, vive y os ama siempre.

—¡Blanca! ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho quien ha vivido en Venecia con ella... Ya sabéis, Orsetta, la joven gondolera de quien os hablé cuando dijisteis que vendríamos á Chioggia. Orsetta, pues, recogió en su casa á madonna Blanca; allí estaba vuestra amada esperando saber por mí noticias vuestras un día ú otro, cuando una noche fatal fué robada valiéndose de una emboscada infame, y el raptor debió ser el mismo que la sacó del sepulcro... un frá Ridolfo que Dios confunda...

—¡De nuevo frá Ridolfo!...

—¿Sabíais algo, vos?

—Sabía que frá Ridolfo había huído con ella del monasterio.

—Es verdad, pero luégo ella huyó de él, y entonces fué cuando el miserable preparó la emboscada que os he dicho. Blanca fué robada pocos días después de haber salido nosotros de Venecia. Inútiles fueron todas las pesquisas para hallar el rastro del criminal... Parece se lo haya tragado la tierra.

—Tristes y alegres al par son las noticias que me habéis dado, Saravia, y podéis contar con que sabré recompensar el comportamiento de vuestra amante. Ahora, cumplamos con lo prometido: vamos á Venecia, y enseguida todos mis esfuerzos habrán de dirigirse únicamente á buscar á Blanca, y á encontrarla.

—Sabéis que podéis contar conmigo y con nuestra gente en todo y para todo.

—Lo sé, Saravia. Sois un fiel amigo; son unos bravos muchachos.

Retiróse el marino y quedó solo el Máscara, presa de la más angustiosa agitación.

La voz de Cósima le hizo volver en sí.

—Señor,—dijo la joven apareciendo en el dintel,—permitidme que os recuerde una promesa que me hicísteis.

—La recuerdo, Cósima... Prometíos devolveros á vuestro padre...

—¡Sí!

—Le veréis dentro pocas horas, Cósima, y veréis tambien á Leonelo. ¡Dichosa vos que podréis abrazar á los seres que más amáis!

—No... No podré abrazar á Leonelo, señor.

—¿Por qué? ¿Habéis sabido que está ausente, acaso?

—¡Pluguiera á Dios que lo estuviera!

—¿Qué misterioso sentido encierran vuestras palabras, Cósima? ¿Qué le ha ocurrido á vuestro hermano?

—Nada de nuevo... Su triste situación comenzó ya antes de que nos embarcáramos mi padre y yo. Nos hicimos á la mar, para conseguir mucho dinero con que poder librar al desdichado, sumido en las cárceles de la Señoría por la voluntad de uno de los inquisidores. Mi padre no quiso dejarme expuesta á los peligros de permanecer sola en la ciudad y me llevó consigo. ¡Pobre Leonelo! ¡Pobre padre!

—Vuestras palabras enardecen todavía más mi ánimo. Iba á Venecia á pedir al Senado la cabeza de Riccioli; otro agravio tendré que vengar ahora además del que me incumbe á mí solo. Descansad, Cósima; ó vuestro hermano será libre dentro pocas horas ó pereceré yo en la demanda.

III

A media tarde levó anclas la galera y marchó con rumbo á Venecia, á cuya vista llegó cuando el sol se había ocultado ya en el ocaso.

Era bien conocida la *Roccaforte* y como nadie sabía su captura por

el *Máscara de bronce,* fué recibida con grandes aclamaciones al entrar en el arsenal, aunque no ancló, dispuesta á hacerse á la mar en el preciso momento que conviniese.

Don Rodrigo llamó á Saravia, y le dijo:

—Voy á la ciudad; estaré de vuelta á las doce. Si á dicha hora no he regresado, izaréis el pabellón negro y dispararéis contra el polvorín, lanzando allí todos los proyectiles destructores que hay á bordo: fuego griego, metralla y balas rojas. No hay más que cuatro galeras en la dársena; las demás están almacenadas. Responderéis al fuego de de esas cuatro galeras y en último resultado trataréis de abriros paso é iréis á reuniros con la *Galera Negra* en el golfo de Sagone. Allí recibiréis mis órdenes, ya esté vivo ó muerto. Obedeced lo que os comunique la persona que venga en nombre mío y os dé este santo y seña: *Blanca y Batalla.*

—Se obedecerá, señor.

—En último caso, si no pudieseis poneros en salvo, volad el barco.

—Así se hará, señor.

—La gente merecerá una recompensa, sea cualquiera el resultado que tenga mi aventura. Haced decir á los marineros que no les faltará rico botín. Habremos tenido todos la gloria de hacer flotar nuestra bandera en el corazón de la orgullosa reina del Adriático, y ya que no podemos otra cosa nos llevaremos de aquí en nuestra quilla el agua de la aborrecida laguna. Adiós, Saravia. Dueño os dejo de la galera y en vos confío. Quizás de esta hecha podremos volver todos á España honrados y satisfechos.

—Podéis partir tranquilo, señor, pues si se va vuestra persona, aquí con nosotros quedará nuestra alma.

El corsario fué á buscar á Cósima y dijo:

—Partamos. Os voy á devolver á vuestro padre, mientras esperáis que vuelva vuestro hermano.

El Máscara y su amiga se embarcaron en una lancha y tomaron tierra en la plaza de San Márcos.

—¿Dónde vivís?—preguntóle don Rodrigo.

—En la plaza de San Benedetto.

—Vamos allá.

Dirigiéronse al indicado lugar, envuelto el Máscara en los anchurosos pliegues de su capa negra, mientras Cósima envuelta en blanco velo aparecía en la oscuridad cual fantástica visión.

IV

Don Rodrigo llamó á la puerta de la casa, oyéndose poco después el lento paso de una persona, bajando pausadamente la escalera.

—¿Quién va?—exclamó una voz.

—¡Padre!—respondió Cósima.—¡Oh, padre mío! Abrid, abrid.

—Cósima,—exclamó el pobre viejo desde dentro.—¡Cósima de mi alma!

Quedó abierta la puerta en un instante, y padre é hija se precipitaron uno en brazos de otro, llegando á tal punto la emoción del anciano que no reparó por de pronto en la presencia de don Rodrigo.

Por fin despidiéndose de aquellos tiernos lazos, dijo Cósima:

—Ved, padre mío, á mi noble acompañante.

El viejo miró á don Rodrigo y quedó inmutado al reconocer en él al corsario de la máscara de bronce.

—¿Sois vos?—exclamó, sin saber qué tono emplear.

—Sí... Perdonadme el daño que os causé. Vengo ahora á tratar de remediarlo por otra parte.

—Todo os lo perdonaría menos haberme separado de mi hija,—exclamó el viejo,—en fin, me la devolvéis y ya no pensaré más en ello.

—Os dije que podiais dejarla, confiado en que nadie había de tocarla una sola hebra de sus vestidos, yo el primero.

—Queredle, padre mío. Mi noble protector es bueno,—dijo Cósima.

—El testimonio de mi hija es para mí como el de un ángel. Disponed de mí, caballero, y tened esta casa como vuestra.

En esto el viejo se disponía á atrancar la puerta, pero detúvolo el Máscara diciendo:

—No, no cerréis. Voy á partir, pero antes he de suplicaros me escuchéis por breves instantes, á solas, Cósima.

Separóse el anciano y el Máscara, dijo:

—Voy á jugarme la cabeza, mi dulce amiga. Puedo morir y en previsión de tal fin dignaos atender á mi ruego: caso de que no volvamos á vernos, ya os diré dónde, haréis por partir cuanto antes al golfo de Sagone. Allí encontraréis la *Roccaforte*, ó la *Galera Negra* cuando menos; llamaréis á Montanchez y á Saravia y os daréis á conocer de ambos, diciendo: *Blanca y Batalla*. Les diréis que ha terminado su misión y que se retiren ellos y la gente á hacer honrada vida. Les indicaréis el sitio del castillo de Urcino donde está enterrado el tesoro y que se lo repartan entre todos, según las proporciones que siempre se han usado. Un último encargo os doy: si jamás en vuestra vida os encontráis con Blanca de Alviano, decidle que morí amándole y si os toparais alguna vez con un fraile llamado frá Ridolfo, decidle que mi mayor sentimiento al morir fué no haberle podido dar yo muerte. Nada más.

—Señor, señor, ¿qué vais á hacer?

—Hallaos con vuestro padre, á las doce de la noche, al pié de la Torre de San Márcos, en la logetta de Sansovino. Si pasada una hora no estoy allí, rogad por mi alma y corred á refugiaros en vuestra casa. Nada más me preguntéis, Cósima. El cielo os guarde. Si no volvemos á vernos acordaos alguna vez de este hombre tan desgraciado, que os debió los más plácidos momentos de tranquilidad que conoció en su existencia y os amó y respetó siempre como á su ángel bueno.

—¡Partid, señor! ¡Ah! Si Dios quisiera escuchar mis palabras!...

—Sí... las escuchará Cósima... Adiós, adiós... Hasta luégo... ó hasta la otra vida.

El corsario, bajo cuya máscara de bronce podía adivinarse que corrían dos lágrimas ardientes, besó la mano de la niña, alargó silenciosamente la diestra á Bandello y desapareció en la oscuridad de la noche.

V

Daban las once cuando el Máscara se hallaba al pié de la torre de

San Marcos. Entró luégo en la *Piazzetta* y dirigió una mirada como de desafío á la columna coronada por el leon alado del Adriático, iluminada á la sazón por una luna espléndida, tras de lo cual entró en el palacio de los Dux.

Don Rodrigo penetró en el patio, sin mirar nada; pasó entre las dos cisternas revestidas de bronces esculpidos, y subió la marmórea escalera tan profusamente adornada, hasta llegar á la sala de las *Cuatro Puertas.*

Habia allí porción de servidores del palacio, que se levantaron á una al reparar en la extraña máscara del recién llegado.

—¿Cómo sois osado á penetrar hasta aquí cubierto el rostro?—exclamó un viejo introductor.—Prended al momento á ese hombre.

—A mí no se me prende de este modo,—replicó el Máscara.—Avisad al momento á los inquisidores de Estado.

—¿Qué decís? ¡Imposible! ¿Quién sois vos para darme semejantes órdenes?

—Ya veis, soy el que llamáis el *Máscara de bronce,* el corsario. Pero os advierto que cuanto más tardéis en dar aviso de mi presencia á los inquisidores, tanto peor para ellos... y para vosotros también.

—¡Cómo! ¿Estáis en nuestro poder, solo, y aún os permitís amenazar?

—Buen viejo, obedeced, creedme... No sabéis lo que puede resultar de una dilación demasiado prolongada.

—¡Qué insolencia! ¡Qué escándalo!

—¡Ea! basta ya. Avisad ó por Dios...

Y el Máscara echó mano al cinto, apareciendo armada su mano con un pistolete y apuntando con ella al porfiado cancelario.

El argumento pareció convincente á esto y dejó inmutados á cuantos allí estaban, y con motivo, pues, corrían los más extraños rumores sobre el *Máscara de bronce* suponiéndole dotado de un poder sobrenatural.

Al poco rato volvió á comparecer el introductor y dijo:

—Los poderosos señores inquisidores de Estado os aguardan en su sala. Seguidme.

El Máscara, precedido del digno funcionario atravesó la antesala y la gran sala del Colegio, la sala del Senado, la sala del Consejo de los Diez, todas ellas soberbias, maravillosas, adornadas de cuadros,

—¡Ea! basta ya. Avisad, ó por Dios...

estatuas, medallones y relieves y por fin, después de pasar por otra antesala hallóse en la estancia donde se reunía el terrible triunvirato.

Don Rodrigo saludó ligeramente á los tres inquisidores, revestidos con sus amplias gramallas de escarlata, los cuales recibieron al enmascarado con enojado continente.

—Vengo á pedir justicia de grado antes de recurrir á la fuerza,—exclamó el Máscara.

—¡TEMERARIO! ¿OSÁIS AMENAZAR AL CONSEJO DE LOS DIEZ?

—¿Qué lenguaje es ese que empleáis ante nosotros?—exclamó estallando en ira uno de los tres magistrados.

—El único lenguaje que sé usar,—contestó don Rodrigo.

—¡Temerario! ¿Así osais amenazar al Consejo de los Diez en su propio tribunal? ¡Pronto veréis como queda humillado vuestro orgullo! ¡Ay de vos que de tal modo osais faltarnos al respeto!—exclamaron los tres inquisidores poseídos de ira.

—No os temo,—replicó don Rodrigo.—Por lo tanto, escuchadme.

—Menester será que olvidemos que somos quienes somos para acceder á vuestra arrogante orden,—exclamó uno de los inquisidores.

—Dejadle, noble Ranieri,—replicaron los otros dos.

—Trato, pues, de que pongáis en libertad enseguida á un preso llamado Leonelo Bandello, encarcelado injustamente por vuestro compañero Riccioli,—dijo el Máscara.

—¿Eso pedís?—repuso Ranieri.—Mal inspirado estáis sin duda.

—¿Por qué decís esto?

—Porque precisamente dentro una hora habrá dejado de existir.

—Yo os digo que no.

—¿Estáis loco?

—Por lo demás no es solo esto lo que he venido aquí á pediros. He dicho que venía aquí en demanda de justicia, y me la haréis.

—Está visto que los inquisidores del Consejo de los Diez se han debido convertir en mansísimos corderos cuando vuestra cabeza no aparece ya colgada en la balaustrada de la plaza.

—Quería pediros también otra cosa,—siguió diciendo tranquilamente el Máscara,—y era la vida de Riccioli, pero veo que no puede ser. Riccioli no habrá regresado todavía.

—Andáis equivocado; Riccioli habrá llegado ya,—replicó Ranieri.

—¿Sí?

—Habrá llegado en la *Roccaforte* que acaba de fondear esta noche frente al Arsenal. Con que, como de aquí no saldréis tendréis tiempo de esperar y pedírsela á él mismo.

—En este caso, me hallaré ya fuera cuando él vuelva, porque á quién ha traído la *Roccaforte* no es á Riccioli, sino á mí.

—¿Qué decís?—exclamaron llenos de asombro los dos compañeros de Ranieri.

—¿Os asombra lo que digo? He llegado con la *Roccaforte*.

—¡Impostor!—exclamó Ranieri.—Ya no podemos tolerar por más tiempo vuestra jactanciosa arrogancia; ved, ved,—y diciendo esto señalaba á una especie de armario,—hay tras esa puerta una escalera por la que habréis de subir y bajar muchas veces antes de sufrir la última pena... Bajando por ella conoceréis lo que son nuestros *Pozos* en esta estación, en medio del invierno... Ya sabréis en verano lo que son los *Plomos* cuando subais los estrechos peldaños tallados en el espesor del muro...

—¡Ea! basta ya de amenazas,—exclamó á éste impetuosamente don Rodrigo.—Podéis mandarme á los pozos, no os lo niego, pero ¡ay de vosotros! ¡ay de Venecia! si os atrevéis á tocarme... Acabemos ya. Dadme á Leonelo Bandello.

—¡Hola, servidores y ministros del Consejo!—exclamó Ranieri.—Prended á ese hombre.

Entraron al momento varios esbirros enmascarados que se acercaron al Máscara. Este apuntó su pistola contra Ranieri, y exclamó:

—Si dais un paso más hago fuego.

Los sayones se detuvieron al ver la actitud del enmascarado.

—Haced que se retiren esos hombres,—dijo don Rodrigo.

Deliberaron los tres inquisidores, y Ranieri les hizo una seña á los esbirros, los cuales salieron silenciosamente de la estancia.

—Podéis figuraros que cuando he venido aquí, lo he hecho resuelto á salir con la mía ó á perder la vida,—continuó diciendo el Máscara. —La situación es esta; tengo anclada la *Roccaforte* frente al polvorín del arsenal; los artilleros están con la mecha encendida para hacer fuego en el momento que tienen indicado. Si no vuelvo, contad con que el arsenal arderá, volará sin remisión... Al dar las doce de la noche oiréis tres cañonazos... Esta será la señal de aviso. Ya lo sabéis. Podéis enviarme á los pozos, pero Venecia os hará pagar caro vuestro comportamiento. Ahora, decidid.

—¿Sois un hombre, ó un espíritu infernal?—exclamó Ranieri.

—Soy un enemigo implacable de vosotros... ¡Demonio me llamáis! ¿Qué más demonio que el Consejo de los Diez, perseguidor de la inocencia, auxilio de la crueldad, de la envidia, de la delación infame y de la negra suspicacia? Pero bastante hemos hablado. Entregadme á Leonelo. Otro día vendré por Riccioli, sino logro antes dar con él en otra parte.

—Es necesario que deliberemos antes,—exclamó Ranieri.

—Deliberad, pero no perdáis el tiempo.

En aquel momento retumbó en el silencio de la noche un cañonazo, al propio tiempo que el reloj de San Marco daba doce campanadas.

—¿Ois? Es la señal... No perdáis tiempo.

Un nuevo cañonazo y después otro siguieron al primero.

—Ved como no eran vanas amenazas mis palabras,—exclamó el Máscara.—Ahora, tened presente que si dentro de una hora no he vuelto á bordo, va á volar Venecia.

—No tenemos más remedio que sucumbir,—exclamó Ranieri.—Os llevaréis á Leonelo.

—Ya sabía yo que acabaríamos por entendernos,—replicó el Máscara.

Ranieri abrió el terrible armario, y tiró de una cuerda, no tardando en aparecer un enmascarado.

—Traed á Leonelo Bandello,—dijo el inquisidor.

Sentóse luégo á una mesa y escribió algunas líneas que presentó después á sus dos colegas para que firmaran, hecho lo cual dejaron solo á su compañero, entregó el papel á don Rodrigo. Era un salvo conducto para él y Leonelo.

VI

Pasaron algunos minutos, al cabo de cuyo tiempo abrióse la puertecilla, apareciendo un hombre, cuyo aspecto llenó de horror é indignación al enmascarado.

Aquel hombre, podía andar apenas; su rostro demacrado y pálido

expresaba el más horrible espanto; sus cabellos y barba, negros y enmarañados, parecian erizársele, y un temblor violento agitaba sus miembros. Con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba á un lado y otro, torcida la boca, secos los labios. Cubrían sus miserables carnes algunos viejos harapos é iba descalzo. Aunque joven, parecía un decrépito anciano.

—Leonelo Bandello, obedeciendo á fuerza mayor, el Consejo os devuelve la libertad. Partid.

El infeliz no parecía comprender aquellas palabras.

—Vamos, Leonelo,—dijo el Máscara sosteniéndole con sus brazos.

—¡Libre!—exclamó Leonelo, con voz sorda y la mirada como extraviada.

—Sí, libre. Vuestro padre y Cósima os esperan.

—¡Ah! Dios mío... Por Dios... Cósima... Padre...

—Animo, Leonelo... Pronto les veréis... Haced un esfuerzo para andar.

—No puedo tenerme, señor... Dejadme... moriré aquí... Mis miembros están destrozados, magullados... Me dieron tormento ayer... por tercera vez, señor...

—Leonelo, fortaleza... Apoyáos en mi cuello...

El joven pasó un brazo al rededor del cuello del enmascarado. Este, impaciente por reunirse con Cósima cuanto antes, cogióle por la cintura y por debajo de las corvas y llevándolo así, salieron los dos del palacio ducal, dirigiéndose precipitadamente al pié de la Torre de San Marcos, donde estaban aguardando desde las doce Cósima y Bandello.

VII

Al divisar el pobre marino y su hija á los que se acercaban hacia ellos, corrieron á su encuentro.

Las fuerzas le faltaron á Bandello para pronunciar una sola palabra al ver el estado en que le volvían á su hijo. Abrazóle, abrazáronse ambos, y mientras así estaban, cubría Cósima de besos y lágrimas la enflaquecida mano del desventurado prisionero.

—Pronto, pronto, á bordo,—exclamó don Rodrigo.—El tiempo urge.

Entraron en el arsenal. Don Rodrigo iba delante y le seguian Bandello y Cósima que sostenían entre los dos á Leonelo.

El soldado que estaba de centinela á la puerta del vastisimo establecimiento, dió el quien vive al aproximarse el grupo.

El jefe de guardia examinó el pergamino y dijo:
—Podéis pasar. El salvo-conducto está en regla.

—¡Paso en nombre del Consejo de los Diez!—replicó don Rodrigo.—Traemos salvo-conducto.

Detuviéronse un momento los cuatro, mientras venía el jefe de guardia.

Examinó éste el pergamino, y dijo:

—Podéis pasar. El salvo-conducto está en regla.

No tardaron en divisar las luces de la galera, que seguia fondeada frente al polvorin. Veíanse relucir en la oscuridad las mechas de los artilleros, prontos á dar fuego á los cañones.

El corsario silbó de una manera particular, siendo respondido por otro silbido igualmente extraño.

Una góndola se acercó al pretil y en ella se embarcaron al momento don Rodrigo y sus compañeros.

Poco después ponían todos el pié en la galeaza, siendo recibidos por Saravia.

El corsario dió orden de partir enseguida. Bajaron los remeros á sus bancos, colocóse el timonel en su puesto, y la galeaza salió de la dársena, con la majestad de una nave triunfadora, sin que las cuatro galeras hicieran demostración alguna de aprestarse en su persecución.

VIII

La verdad era que nadie había caído en la cuenta de que la *Roccaforte* llevase la extraña tripulación y estuviese á las órdenes de quien ya sabemos. Ni áun los cañonazos habían inspirado el menor recelo, suponiéndose sería alguna señal convenida entre Riccioli y el Consejo.

Aquel golpe de audacia había salido bien por la buena estrella del Máscara de bronce, cuyas empresas navales parecía proteger constantemente la fortuna.

Don Rodrigo estuvo sobre el puente toda la noche, vigilando, sin abandonar ni por un momento los marineros su actitud á la defensiva.

Por fin alboreó, y pudo convencerse el corsario de que ningún barco había salido á perseguirles.

Entonces se retiró á su camarote, mandando izar de nuevo la bandera negra, y después de haber dictado varias disposiciones fué á reunirse con sus protegidos, alojados en la cámara del antiguo segundo jefe de la *Roccaforte*.

—¡Ah, señor!—exclamó Bandello al ver entrar á don Rodrigo.—¡El cielo os bendiga! ¡Me habéis devuelto á mi hijo! Señor... ¿cómo podré pagaros este beneficio?

—Pagado queda, Bandello, con la presencia de Cósima entre nosotros. Es el rayo de luna en medio de la noche tenebrosa, la palmera en medio del desierto.

—Me habéis librado del infierno, señor,—repuso Leonelo... —Diez

meses que estaba sumido en la más completa lobreguez, sin más alimento que un pedazo de pan duro; durmiendo sobre un charco de agua helada... Tres veces me han descoyuntado los piés... ¡Crueles!...

—¿Y qué pretendían de vos? ¿Qué pretendían haceros revelar?

—Querían que dijese yo dónde estaba Lucietta... Huyó del palacio de Riccioli, según dicen, pero yo no sabía nada...

—¿Huyó Lucietta?—exclamó Cósima.

—Sí, eso debió hacer... Pero yo no sé cuando ni dónde huiría. No la he vuelto á ver desde el día que nos separaron al volver de la *sagra* de San Felice. Al día siguiente recibí un papel suyo diciéndome que la habían llevado al palacio Riccioli... Día horrible... A las pocas horas entraba yo en la cárcel de la Señoría. ¡Pobre Lucietta! ¿Qué pensará de mí? Creerá quizás que no pertenezco ya al mundo de los vivos... ¡Ah! ¡Ya no podrá saber más de mí!

—Sí, sabrá,—repuso Cósima.—Ella procurará informarse de nosotros por uno ú otro medio.

—Quizás no estará en Venecia,—dijo Leonelo.—¡Quién sabe!... Pero todo lo prefiero á que siga en poder del infame patricio... ¡Monstruo infernal!

—Convenía ante todo poneros en salvo de la cólera del Consejo de los Diez,—repuso don Rodrigo.—Iremos á paraje seguro y allí permaneceréis hasta que no haya peligro alguno en regresar á la ciudad; pero si este día tarda demasiado yo os llevaré á España donde podréis gozar feliz y tranquila existencia, mientras yo continúo mi vida aventurera que no ha de acabar hasta que pueda bañarme en la sangre de ese hombre que decíais, Leonelo... y de otro que también ha de morir á mis manos. ¡Oh! ¡Para esos sí que no habrá piedad; para esos sí que serían inútiles todos los ruegos y las súplicas, ni aún que me lo pidiérais vos de rodillas, Cósima!

Bajó los ojos la niña, palideciendo.

—En cuanto á Lucietta, yo haré por volverla á vuestros brazos,—prosiguió diciendo el corsario.—Tengo suficientes medios para descubrir su paradero. Si grande es el poder de la Señoría, no es menor el mío.

IX

La galeaza, sobre cuyo tope ondeaba la bandera negra iba siguiendo su rumbo, hacia el Sur.

De vez en cuando encontraba en su camino alguna nave veneciana, pero no se cuidaba esta vez el corsario de darle caza. Urgíale llegar á la bahía de Sagone y dar descanso á su gente, enorgullecida de haber hecho retumbar sus cañones en el corazón del arsenal de la república y de haber amedrentado al temible tribunal de los tres inquisidores, pues no tardó en correr la voz del acto temerario realizado por el Máscara.

—*¡Ira de Deu!*—decia un catalán en un corro de marineros que se habia formado á proa.—El capitán hizo mal en dejarnos á bordo... Con él hubiéramos debido ir y pasar á sangre y fuego al dux y á todos los suyos.

—Cierto es,—replicó un valenciano.—Animos nos sobran para eso, y hubiera sido del caso dejar eterna memoria en Venecia de lo que eran los marineros que servian a las órdenes del corsario de la *Máscara de bronce*.

—Otra vez será,—dijo á su vez un mallorquín.—Siempre que queramos podremos caer sobre Venecia sin que nos hagan retroceder todas las escuadras que pueda armar la Señoría.

—Con hombres como nuestro capitán se va á todas partes.

—Es un gusto servir con él: gánase honra y dinero.

—Es verdad: según parece esta expedición á Venecia era para cosas del capitán y lo pagará bien.

—No es preciso ir al Perú para hacerse con oro.

—Ni para demostrar valor.

—Téngole ganas á Venecia. Toda Italia es española menos ella.

—Porque no hemos querido.

—Contádmelo á mí,—dijo á esto un viejo marinero.—Yo estaba allí cuando la batalla de Pavía. No os podéis figurar lo que fué aquello. De un momento á otro esperábanse ver aparecer á Leyva en la ciudad.

—El emperador se mostró demasiado blando con esa gente.

—Pero de todas maneras ya lleva la república esa su merecido, pues tiene que guardarse mucho de descontentar á España y además no hacen ya tan buenos negocios como antes.

—Sí, desde que los barcos pasan por el Cabo para ir á la India no se ve casi ninguno por aquí.

—Y no poco que les ha perjudicado también el descubrimiento de las Américas. Allí está el porvenir.

—Esto quedará hecho un desierto.

—Les llegó su hora. Harto se habían enriquecido.

—Lo chocante es que se digan una *república*. Pues ¿no hay más tiranía allí que en ninguna parte?

—Demasiada tiranía. Allí no mandan más que tres ó cuatro, y se acabó. El pueblo no cuenta para nada.

—Yo creo que el capitán les habrá metido el resuello en el cuerpo á esos del Consejo de los Diez. Ved como nadie ha salido á perseguirnos.

—Eso es lo que más siento. De buena gana volvería á hacer lo que con el capitán hicimos cuando nos salieron las tres carracas.

—No tendrán ganas de volver por otra. Les echamos á pique una y nos quedamos con ésta.

—¿Pero por dónde andará la tercera?

—Debió esconderse en algún puerto de la costa.

—Pues cuando ella llegue á Venecia ya nosotros estaremos bien lejos.

—Quizás la encontraremos todavía.

—Bien lo quisiéramos todos.

—No sé si el capitán querría atacarla; parece muy pensativo, y además llevando á bordo á madona...

—Es verdad.

—Sin embargo, no le faltan ánimos á doña Cósima. A mi lado estaba cuando disparamos el primer cañonazo contra la galera que se fué á pique.

—Valiente debe ser, sin duda, cuando va con el capitán.

—Y muy buena que es... Habla con una dulzura á todos...

—Yo no sé si es de carne y hueso como las demás mujeres. Parece á veces una Virgen que hubiesen sacado de una iglesia.

—De carne y hueso debe ser, desde el momento que va con su padre y con su hermano.

—¡Pobre hermano! ¡Vaya una cara que pone!

—El capitán le sacó de la cárcel, ¿ya sabéis?

—Claro está que lo sabemos.

—Yo no comprendo como se atrevió á tanto: aquello fué meter la cabeza dentro la boca de un león.

—Y sin embargo no se atrevieron.

—¡Qué habian de atreverse! ¡Pobres de ellos! ¿Acaso querian volar todos?

—Se conoce que al oir los tres cañonazos se convencerían de que la cosa iba de veras.

—Más vale que acabara así; hubiéramos volado el arsenal, pero no os arriendo la ganancia de lo que hubiera podido pasarnos á nosotros.

—¡Quiá! Este barco es muy fuerte. La lástima hubiera sido que el capitán hubiera pagado caro su atrevimiento y que quizás los del Consejo le hubieran hecho también papilla á nuestra virgen.

—¡Oh, eso no, vive Dios, porque hubiéramos desembarcado todos y se hubiera visto entonces!...

—¿Qué podiamos hacer? Pero, al fin, todo ha terminado bien.

—Dices eso porque no eres catalán.

—¿Y qué tiene que ver que yo no sea catalán para decirlo?

—Los catalanes hemos demostrado que podemos uno contra mil en estas tierras.

—¿Desde cuándo?

—Desde que Roger de Flor fué á Oriente. Unos cuantos catalanes hicieron frente á innumerables ejércitos de turcos y griegos y dejaron eterna memoria de los almogáraves en todo este Oriente.

—Es verdad lo que dice Jorge,—exclamó el mallorquín.

—Pues así me pesa todavía más que no hayamos hecho un desembarco en Venecia,—exclamó un castellano.

—No hay para qué, pues bien puesto habéis dejado vuestro pabellón en la conquista de Nueva España y del Perú.

—¡Sí, pardiez!

—Tanto mérito tienen aquellas conquistas como nuestra expedición á Constantinopla. Y creed que si yo no sirviese en este barco, allá me iba, á descubrir tierras.

—Yo os acompañaré cuando queráis ir.

—Iría el día que el capitán nos dijese que nos retiráramos.

—Pues yo el día que el capitán nos despida, os lo aseguro, no quiero servir más.

—Cada uno tiene sus gustos; yo me moriría estándome quieto.

—Tampoco me gusta la quietud. Nací para andar á cintarazos, y si no es con uno habrá de ser con otro.

Una señal de maniobra hizo que el grupo se dispersara, acudiendo cada uno á su sitio.

X

La navegación continuó monótona y casi tristemente. La tripulación echaba de menos las aventuras que hasta entonces había corrido, y dolíase de que no se echase la zarpa sobre tanto barco veneciano como se encontraba por el camino.

Por fin dió vista la galera al golfo de Sagone; detúvose á unas dos millas de distancia, y se mandó una lancha para que fuese á explorar las aguas y traer noticias de la *Galera Negra*.

Al cabo de una hora regresó la lancha, llevando á bordo á Montanchez, en compañía de un amigo corso.

—Saludo á mi capitán,—exclamó el bravo teniente al poner el pié en la cubierta de la *Roccaforte*.

—Adiós, mi buen Montanchez,—contestó el Máscara.

—Bien venido, capitán,—dijo á su vez el corso, rico comerciante, llamado Orezzano.

—Felices, mi querido amigo,—repuso don Rodrigo.—¿Ha ocurrido alguna novedad durante mi ausencia?

—Mucho que sí,—replicó Montanchez.—Hará ocho días que se nos presentaron dos galeazas venecianas con ánimos al parecer de atacarnos, y pardiez que no sé cómo averiguarían que nos hallábamos aquí, pues ningún marinero del país pudo haberlo comunicado.

—¿Dos galeazas venecianas?

—Sí; es indudable que nos tenían ganas, y es fácil, por lo tanto, que de un momento á otro vuelvan de nuevo por aquí, aunque ahora ya no hay cuidado alguno estando vos.

—¿Hubo fuego?

—Sí; cruzamos unos cuantos cañonazos, y más hubiera habido á decidirse las galeazas á entrar en el golfo, pero no se decidieron, contentándose con guardar la boca del puerto. Por fin, cansados nosotros de tener tales centinelas de vista, hicimos ademán de zarpar, pero esto bastó para que se retiraran y ya no han vuelto á parecer.

—Nada he visto por el camino. En fin, estaremos sobre aviso, y por lo que pueda suceder, bueno será que nos metamos en Urcino donde nos haremos invisibles, y si así no fuese, inexpugnables.

—Me parece excelente idea.

—Sí; la gente debe de estar cansada de tanto trabajo, y conviene dejarla que descanse algunos días.

—¿Para continuar después nuestra campaña, se entiende?

—Naturalmente; no ha llegado todavía, por desgracia, la hora en que deba desistir de mi empresa.

—Ya sabéis, que dure mucho ó dure poco, siempre os seremos ciegamente obedientes.

—Bien lo sé, Montanchez. Conque, vamos á dar un vistazo á la galera, y partiremos enseguida para el lugar dicho.

—Vamos, capitán.

Y el Máscara se embarcó en la lancha en que había venido Montanchez, dejando la galeaza al cuidado del padre de Cósima.

XI

La presencia del corsario en su antiguo barco fué saludada con una tempestad de *¡vivas!*

Aquellos aventureros habíanse hecho una religión del voluntario servicio que prestaban, consagrándose á la vida del mar con igual vocación, y muchos con igual objeto, que los que se consagraban, á su vez, á la vida del claustro.

Había allí quien había abrazado la vida de corsario para olvidar crueles heridas del corazón, para vengar alguna afrenta recibida, para tener el gusto de desafiar á todo momento los peligros de aquella existencia azarosa, lenitivo á algún secreto dolor. Otros se habían embarcado con el Máscara de bronce llevados del cebo de la ganancia, y finalmente algunos habían encontrado allí un seguro refugio á la persecución de la justicia, empeñada en pedirles cuentas de algún desaguisado, generalmente más sangriento que deshonroso. Todos á una, sin embargo, ardían en entusiasmo por el capitán, invencible siempre, y generoso hasta lo absurdo.

XII

Los dos barcos fueron á guarecerse en el fondeadero de Urcino, después de lo cual, se dió permiso para desembarcar.

La gente se esparció enseguida por el pueblo, siendo acogidos á porfía los marineros por los valientes corsos que se disputaban el placer de albergar en sus casas á los bravos compañeros de glorias y fatigas del capitán de la *Galera Negra*.

—Pienso estar aquí cosa de un mes,—había dicho don Rodrigo á Montanchez.—Si queréis pasar este tiempo en el continente, aquí nos encontraréis, ó de no ser así, ya os dirán dónde estaremos.

—Puesto que me concedéis vuestro permiso, vendríame muy á propósito hacer un corto viaje á Florencia. Tengo algún negocio pendiente por allí.

—Desde este momento podéis partir, amigo mío.

—Gracias, capitán.

Y el digno teniente se despidió de su jefe, aprovechando la salida de una gabarra que en aquel momento se hacía á la vela para la isla de Elba.

Don Rodrigo invitó á Bandello y á sus hijos á establecerse en Urcino, á cuyo efecto habia proporcionado una casa el camarada Brunelleschi.

Una tarde el Máscara fué á visitarles y rogó á Cósima si queria acompañarle al castillo, á lo cual la niña accedió de muy buen grado, poniéndose ambos inmediatamente en marcha.

CAPÍTULO II

Montanchez

Dejemos á don Rodrigo y á su gentil amiga entregados á las dulces pláticas que solían tener y en las cuales hallaba el capitán suave lenitivo á los dolores de su alma, y sigamos á Montanchez en su viaje á la capital toscana, para donde se puso en camino acompañado de una muy pesada maleta.

La gabarra salió de Sagone con próspero viento, llegando felizmente á Liorna, cuyo puerto había abierto pocos años antes Cosme I de Médicis, siendo á la sazón un verdadero asilo donde se refugiaban todos los que tenían que emigrar de su país, cristianos nuevos de España, católicos de Inglaterra, corsos descontentos de los genoveses, provenzales en número grandísimo y corsarios de todos los países que encontraban allí la más absoluta seguridad en sus bienes y personas. El Máscara hospedóse en la posada de la Blanca Luna, cuyo dueño había servido un tiempo con él, guardándole absoluta adhesión.

Ya en tierra firme, púsose en camino Montanchez para la corte de los Médicis, siguiendo la orilla derecha del Arno.

Poniase el sol cuando el bizarro teniente divisaba la inclinada torre de Pisa. La pobre ciudad lloraba todavía su perdida independencia, pero sin ánimos ya para intentar un nuevo esfuerzo para recobrarla. Los florentinos habíanla vencido después de largas y sangrientas guerras, y á la verdad procuraban ahora favorecerla y alentarla después de haberla sumido en la mayor desolación y ruina.

Montanchez, una vez en la ciudad, entró á recogerse en la primera posada que le salió al paso, la cual asertó á ser la hostería del *Campanile Torto*, albergue miserable en el cual á duras penas encontró el viajero una mala cena y una cama peor aún; con todo, era tanto el cansancio del marino que no reparó en lo fementido de su lecho, quedándose profundamente dormido á poco de haberse tendido á lo largo sobre las carcomidas tablas.

Al despertar al siguiente día pidió al posadero un caballo para continuar su camino hacia la capital.

—Uno lograré proporcionaros con el cual podréis llegar perfectamente hasta Pontedera,—replicó el huésped.—¡Ya veréis qué excelente animal!

—Mucho me alegraré de que así sea, pues hasta ahora, patrón, no he podido apreciar todavía ninguna excelencia en vuestra casa.

—¡Ah, señor! ¡Hubiérais visto antes esta posada! No tenía mejores cocineros el Papa que los que servían aquí, ni dormía en mejor cama el rey de España, pero ya veis, desde que somos esclavos de los florentinos todo se ha ido perdiendo y apenas si podemos decir que vivimos como unas bestias.

—Es verdad... Me hago cargo de lo que decís y os compadezco.

—Gracias por vuestras palabras, buen caballero; ya se ve que no sois ningún cruel genovés, veneciano ó florentino. ¡Pobre Pisa! ¡Antes tan hermosa, tan floreciente, tan rica, y ahora reducida á la mayor de las miserias!

—Consoláos, buen hombre. ¡Quién sabe si volverán á lucir mejores tiempos!

—¡Ah, no! Cayó Pisa para siempre, pero la justicia divina hará que caigan también sus verdugos como ha caído ella. Florencia, Venecia

y Génova habrán de conocer también la amargura de la humillación y de la servidumbre.

—No os diré que no.

—Es imposible que Dios pueda dejar sin castigo las atrocidades que con nosotros se han cometido. ¡Desdichada Italia, siempre desgarrándose, siempre desuniéndose para que así pueda mejor el extranjero hollarla con su inhumana planta!

—Mucho os duele á lo que veo la pérdida de vuestra libertad.

—¿Acaso hay algo más precioso? Antes éramos dueños y señores de lo nuestro; mirábamos frente á frente á nuestros rivales; Pisa era grande, rica, poderosa... ¿qué veis ahora? un montón de escombros, gentes miserables, el amo florentino que impone aquí su voluntad, y aún nos agravia, mas tratándonos con desdeñosa indiferencia, que con rabioso resentimiento.

—¡Ea! no os desconsoléis de esta suerte. El día que quiera el rey de España, vuestros verdugos se encontrarán en peor situación todavía que vosotros. Y ahora, adiós, patrón.

—Por vuestras palabras comprendo que sois español, señor.

—Español soy, es verdad.

—¡Oh! Nada hará por nosotros el rey don Felipe II; es demasiado amigo del gran Duque, y éste no obra más que por lo que le dicen el virey de Nápoles y el duque de Alba. Quizás sea esta nuestra única venganza; ver que nuestros tiranos dependen en un todo de otros más tiranos que ellos todavía.

—Es natural que unos á otros se ayuden los déspotas; cuando había república en Florencia era imposible que pudiese contar con el favor de ninguna tiranía; ahora es un gran ducado, y nada tiene de extraño que los reyes alienten y sostengan al único dueño que hay aquí.

—No quiero deteneros más, señor; vasallo sois del rey de España, pero no me parece que seais muy devoto del hermano de D. Juan de Austria.

—Poco lo soy, en efecto. ¡Ea! adiós, patrón, y á ver si cuando vuelva á pasar os encontraré más animado.

Partió Montanchez.

Aquel hombre, á quien la suerte había llevado á ser teniente del Máscara de bronce, ocultaba, sin duda, alguna terrible historia. La ruda profesión á que estaba dedicado, no conseguía disimular la distinción de sus maneras ni su aristocrático porte.

Tendría unos treinta y ocho años; era alto, bien formado, esbelto, á pesar de su edad, de andar resuelto, decidido; el aire del mar había curtido sus brazos y su rostro, pero veíase cuando iba con la cabeza descubierta que su frente, surcada por algunas arrugas, era blanquísima; el cabello castaño, los ojos garzos, la nariz aguileña y la boca pequeña y bien formada. Llevaba barba á la española, brillando en ella algunas plateadas hebras. La expresión de su rostro era dulce, pero á lo mejor aparecía en ella un ceño que imponía. Iba vestido de negro y cubierto con un sombrero de castor y embozado en una holgada capa, bajo la cual veíase colgar una espada de caballero, llevando además aquella maleta que dijimos y á la cual parecía atender con especial cuidado.

Montanchez no parecía prestar gran atención al valle del Arno, por más ameno y delicioso que fuese. Hondos pensamientos ocupaban su cabeza.

Apeóse al llegar á Pontedera, donde pernoctó, y al día siguiente cambió su montura por otra que debía llevarle hasta Florencia.

Salía el sol cuando Montanchez continuó su ruta; pasó de largo por Ralta, Romano, Pierino, etc., y al llegar á Sigua atravesó el Arno.

No pudo el viajero reprimir un movimiento de ansiedad al ver de lejos, así que hubo dejado atrás San Donnino, las altas torres y cúpulas de la ciudad del Dante. Puso su caballo á galope y pronto llegó al Puente Viejo, por donde penetró en la ciudad, así que caía la tarde.

Montanchez entró en una posada, dejó allí su caballo y se internó enseguida por las tortuosas calles del barrio del Santo-Spirito, deteniéndose ante una casa de pobre apariencia, frente al palacio de Torrigiani.

El corsario llamó con mano casi temblorosa, respondiéndole desde dentro una voz juvenil:

—¿Quién va?

—Abre, Amparo... Soy yo, Salvador...

La puerta se abrió al momento y apareció una gentilísima niña de unos quince años, vestida de luto, la cual no pudo menos de demos-

El corsario llamó con mano casi temblorosa.

trar la sorpresa que le causaba la presencia de aquel desconocido.

—¡Ah! ¿Con que ya no te acuerdas de mí?—exclamó con cierta amargura Montanchez...—Y sin embargo, apenas hace dos años que no nos hemos visto... ¿Está en casa Victoria?

—¡Ah! Perdonadme, señor Salvador... ¡Sois vos! ¡Qué alegría! Entrad, entrad... ¡Madona Victoria! ¡Madona Victoria!

En aquel momento apareció en lo alto de la escalera una mujer, joven todavía y bella, vestida como la niña.

—¡Salvador!—exclamó, revelando la más dulce emoción.

—Yo soy, sí, mi cara Victoria,—contestó Montanchez.—He aprovechado una corta temporada para venir á veros...

—Un siglo me ha parecido el tiempo que has tardado.

Entraron en una sala Victoria y Montanchez, y éste dejó la maleta sobre un mueble.

—¡Cuán intranquila he estado durante este tiempo, Salvador!—exclamó Victoria.—Ni de noche al dormir podía hallar descanso, apareciéndome siempre espantosas visiones en las que tu vida se hallaba en peligro á cada instante.

—Quizás no iba descaminada del todo la hada de los sueños que tales visiones te hacía aparecer. Más de una vez he estado en grave riesgo, á la verdad, pero ni por un momento he temido jamás que pudiera perder la vida; además de que bien valía la pena de exponer algo el pellejo la recompensa que cada vez nos esperaba á mí y á mis leales camaradas.

—¿Dónde has estado pues, Salvador? ¿No has permanecido en Venecia siempre?

—¡Oh, no! Tiempo hace que de allí salí para dedicarme á la vida del mar.

—¿Otra vez?

—Sí; Amparo va creciendo y es preciso que cuando llegue el caso pueda llenarla de riquezas. Además, embarcándome donde lo hice estaba unido al único hombre á quien debo agradecimiento. Pero, ¿y tú?... Estás llorando... ¡Siempre igual!

—¿Qué he de hacer? ¿Cómo olvidar por un solo instante á mi Diego?

—¡Pobre Diego! ¡Y sin embargo, feliz él!

—¿Acaso te consideras tú más desgraciado que yo?

—Puede que sí, Victoria.

—¡Oh, calla! ¿Cabe mayor desgracia que perder á mi esposo adorado, viéndole caer en mis brazos, cobardemente asesinado?

—Triste muerte fué la suya, ciertamente, pero á lo menos don Diego descansa ya en el seno de los justos, mientras que yo arrastro siempre como atormentador grillete, el recuerdo de aquella noche infausta...

—Vamos, serénate, Salvador... Piensa que te queda Amparo, que has de vivir por ella...

—Es verdad, Victoria.

En aquel momento entró Amparo en la sala, notándose en el rostro de Montanchez una completa transfiguración, cual si lo hubiese iluminado un rayo de dulcísima suavidad de tonos.

II

—¿Conque no me habías conocido?—repitió Montanchez con tristeza dirigiéndose á la joven.

—En el primer momento, á la verdad, no os reconocí, pero enseguida se me pasó la torpeza y me dió una alegría tan grande al veros, que no sé cómo decirosla.

—¿De veras?

—Creed que sí. ¿Acaso no sé yo que vos sois nuestro bienhechor? ¿Cómo no querer á nuestro buen amigo?

—Te agradezco que me quieras tanto, Amparo... Pero mira, aquí te traigo una porción de cosas... Te pondrás muy galana, ¿verdad?

—Si eso os ha de agradar... Pero ya veis... no salimos nunca de casa...

—¿Te pesa eso?

—Desde el momento que sé que lo tenéis prevenido así, me conformo.

—Vamos, un poco de paciencia... Eres muy niña aún.

—Oh, no señor... Aunque nadie ha podido decirme qué año nací, yo creo que debo tener ya quince años, eso lo menos... ¿No os parece?

Palideció Montanchez y murmuró:

—Sí... Quince años...

—Pero ahora que estáis vos aquí, podremos salir muchas veces, ¿verdad? ¡Es tan bonito Florencia! ¿No habéis visto las quintas de los alrededores? Y luego hay muchas casas donde dan reuniones y juegan al yulé... Iremos, ¿no es verdad? Y unos bailes magníficos en los palacios de la nobleza. ¡Cómo me gustaría á mí ir á alguno de ellos!

Montanchez clavó en Victoria una mirada que expresaba como cierto reproche.

—¿Pero dónde has aprendido tú eso, Amparo?—exclamó la viuda.—¿Qué sabes tú adonde va la gente y qué es lo que juegan en las reuniones?

Ruborizóse la niña, y exclamó sin poder ocultar su turbación:

—Pues me lo dijo... el padre confesor.

—¡El padre confesor!—repuso Montanchez con ironía...—¡Extrañas noticias recibes en la iglesia!

—Pues es la verdad... Creedlo...

—Está bien, te creo, Amparo, pero por desgracia no me será posible acompañarte á esos lugares que dices... Tengo muchos quehaceres aquí, y apenas si me quedará un momento libre.

—Siempre tenéis que hacer... La otra vez que vinistéis también digistéis lo mismo, y sin embargo... no salistéis de casa un solo día...

—¿Conque te acuerdas bien de la última vez que vine?

—Como si fuese ahora. Me tragistéis de Barcelona un velo de encajes y un collar de perlas... Pero como si tal cosa, pues aún lo he de estrenar todo... Y estoy muy enfadada, porque yo sé que mi padre era noble y me digisteis que era su blasón el que hay en el medallón del collar, y sin embargo voy vestida como una monja... Esto no está bien, señor Salvador...

—Vamos, no te enfades... te vestiremos como nua *gentildonna* Amparo,—replicó Montanchez...—Pues á fe que no traigo poco dinero para comprarte trajes...

Y Montanchez al decir esto fué á buscar la maleta que había dejado sobre un cofre.

—¿Qué traéis aquí?—exclamó Amparo.

El corsario colocó la maleta sobre una mesa, fué quitando las correas, abrió la cerradura con una llavecilla, y por fin levantó la tapa, apareciendo toda ella repleta de oro.

—¡Jesús!—exclamó Amparo.—¡No tiene tanto dinero en su tesoro el señor Gran Duque como lleváis aquí!

—Todo es para... vosotras,—exclamó Montanchez.

—Sois el más extraño caballero que podría nadie imaginar,—exclamó Amparo...

—¿Por qué dices eso?—repuso el corsario.

—Porque no comprendo cómo un hombre como vos, joven, apuesto, gallardo, rico y gentil, vive sin esposa y sin familia... Ya véis, si tuviéráis mujer é hijos ¡cuán contentos no estarían al traerles este oro, siendo así que conmigo sólo os une la compasión que habéis tenido de una pobre huérfana!...

La palidez de Montanchez era extrema; conocíase que la pena le ahogaba y que pugnaba por contener los sollozos que se le iban á escapar.

—Estás desconocida, niña,—exclamó Victoria,—¡Qué parlanchina!

—¿Acaso no podré decirle al señor Salvador lo que siento de verdad? No hago ningún mal en hablarle así, y si no, que lo diga él...

Sonrióse Montanchez haciendo un esfuerzo y dijo:

—Amparo tiene razón... Hay que dejarla hablar...

Victoria, turbada de cada vez más, no acertaba qué hacerse. Por fin Salvador la hizo una seña de que se alejara, y quedaron solos Amparo y el corsario.

III

Montanchez se sentó en un sillón de baqueta claveteado, y frente á él, en un taburete forrado de terciopelo, Amparo.

El corsario miraba á la niña con una dulzura singular, de la que Amparo parecía sorprendida.

—¿Conque no te gusta vivir tan encerrada?—exclamó Montanchez.

—No os enfadéis por lo que he dicho antes, señor Salvador... Desde el momento en que lo queréis así, estoy contenta.

—Lo quiero así por tu bien; eres tan hermosa, tan bella, tan pura, que temo hasta del aire.

—No debéis temer nada, señor Salvador. Yo sé quién soy y cómo debo portarme.

—¿Qué sabes tú, niña?

—Lo que vos me habéis dicho muchas veces; que soy de noble raza.

—Siempre es noble aquel que es virtuoso.

—¿Y así sería mi padre, no es verdad? ¡Si parece que le veo y me habla siempre!

—¡Pobre Amparo! Tu padre murió hace ya muchos años... Eras tú muy niña todavía.

—Y sin embargo, ved lo que son las cosas... Creo recordarle ahora, sí, á él y... á mi madre... Es raro, ¿verdad? Antes no me sucedía, pero desde hace algún tiempo paréceme estarles viendo siempre, pero tan claro y distintamente como os veo á vos.

—¡Imposible!

—Sí, sí, creedlo. ¿Vos conocísteis á mi padre, no es verdad? Le conocísteis mucho.

—Fuí yo su mejor amigo.

—Pues por esto será...

—¿Qué?

—Por esto será... que os parecéis tanto á él, según lo ven mis ojos.

—¡Amparo!

—Si os digo que me acuerdo mucho... Se os parecía, sí... Era como vos, de gentil estatura, de grave continente y noble rostro... Llevaba una barba como la vuestra, y hasta tenía en la mejilla una cicatriz, lo mismo que vos...

—Sí... nos parecíamos algo...

—Pues ya veis... Y me acuerdo también de mi madre... ¡Pobre madre de mi alma!...

—¡Amparo!... ¿Qué estás diciendo?

—Ella... esperad... ¿sabéis á quién se parecía? Se parecía á una de esas Madonas que pintaba Andrés del Sarto... ¡Oh, cuán hermosa era!...

—¡Desdichada!... Calla...

—¿Por qué? Sois cruel... Dejadme hablar de mi madre... Sí... Vedla... Así era... ¿No la veis?... ¡Qué ojos tiene, grandes, negros!... ¡Qué dulcemente miran!... ¡Ved que porte tan majestuoso el suyo! ¡Qué aire de diosa!... ¡No, no te vayas, madre mía!... ¡Ah! ¡Huyó!...

Y la joven, que había ido levantándose como presa de delirio, volvió á caer en su asiento, rompiendo en silencioso llanto.

IV

El semblante de Montanchez tornóse sombrío. El corsario permaneció callado durante un rato, profundamente abstraido al parecer en dolorosos pensamientos.

Cuando volvió á fijar los ojos en Amparo vió que lloraba todavía.

—Vamos, enjuga tu llanto,—exclamó Montanchez con dulzura.—Es verdad lo que me has contado: así era tu padre.

—¡Qué desgraciada soy!—murmuró la niña...—¡Haberlo perdido tan pronto!

—Terrible desgracia, en efecto, pero yo te juro, Amparo, que te quiero tanto como... el noble caballero á quien debiste el sér.

—Bien veo lo mucho que me queréis, señor Salvador, pero por grande que sea vuestro cariño, creed que no podréis nunca quererme como mi propio padre.

—No pretendo por eso que le olvides á él para quererme á mí; pero sí puedo asegurarte que ninguna diferencia puede haber entre su cariño y el mío.

—Gracias por vuestras palabras, señor Salvador... Eso me dice también siempre madona Victoria.

—Es la verdad.

—Lo creo bien, señor Salvador... Pero ¡qué extraño!... Voy recordando más cosas todavía...

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo una ciudad donde la gente hablaba una lengua extraña... una lengua que no era español ni italiano... Y había allí un río con muchos puentes... Y una torre muy alta... Y palacios, muchos palacios...

—¡Dios del cielo!—murmuró Montanchez.

—Nuestra casa daba al río... Y había muchas rosas y claveles en el jardín... Y se veía el mar desde una torre... Oh... mi madre... mi madre... veo á mi madre allí también... ¡Qué pálida!... Y frailes... unos frailes horribles... Y una capilla con un crucifijo lleno de sangre... ¡Salvador, Salvador!... Yo estoy loca... Tengo miedo...

Levantóse como despavorida Amparo, y ocultó su cabeza contra el pecho de Montanchez, el cual, blanco como la cera, miraba á la niña con indecible expresión de angustia.

—¡Amparo!—exclamó el corsario.—¿Qué recuerdos han surgido de repente en tu memoria? Por Dios, olvida eso y no te aflijas... Lo pasado no tiene enmienda... Murieron tus padres; llóralos, pero no seas ingrata con los que tanto te quieren también.

—¡Ah! ¿Qué diríais vos si os hallarais en mi caso?

—Puedo jurarte que si me hallara en tu caso haría lo que te digo... Vamos, serénate... Mira que he venido aquí sólo por verte, sólo por contemplar tu faz divina y alegrarme con tu risa de ángel... Eres joven, muy joven, y quédante largos años para que pueda sonreirte la felicidad. Yo me hago viejo y quiero antes de morir dejarte una fortuna grande... Cuando llegue el caso yo sabré buscarte un marido digno de ti... que te quiera, que te adore. Perdiste á tu padre, pero su espíritu está como encarnado en mí... Nunca he tenido otro pensamiento que tu felicidad desde que él ha faltado de tu lado... Sí; créeme, Amparo... Serás injusta si no me queréis mucho.

—¡Sí, os quiero mucho también!

—¡Ah! Eso dices para consolarme.

—No... Os digo la verdad... Perdonadme si estos recuerdos que me han asaltado tan extrañamente de pronto me han hecho desatenderos... Bien sabéis que cada vez que habéis venido á esta casa, ha sido

para mí un día de inmenso júbilo... Y también lo es hoy... No me riñáis porque he pensado en mi madre... ¡Oh, madre mía!... La conocisteis vos, ¿verdad?

Vaciló un momento Montanchez y contestó en sombrío tono:

—No.

—¿No la conocisteis? Oh, qué lástima, porque me hubiérais hablado de ella, me hubiérais dicho cómo era y hubiera sabido por vos lo infinitamente que me quería... ¿Ni sabéis tampoco cómo se llamaba?

—No.

—Qué extraño es eso... ¡Conocíais tanto á mi padre!

—Conocílo antes de casarse...

—¿Pero no le vistéis al morir?

—Sí, le ví... pero nada pudo decirme... Había perdido el habla...

—¡Ay de mí! Por Dios os pido que preguntéis, que os enteréis... Quiero saber cómo se llamaba mi madre... Vos conocéis, sin duda, á los parientes...

—No les conozco.

—¡Tendré que resignarme, pues, á ignorarlo para siempre!

—No pienses más en tu madre, pobre niña.

—¿Qué no piense en mi madre? Oh, sí... Pensaré siempre, señor Salvador; haré por evocar esta imagen que se me aparece á veces... ¡Quién sabe si recordaré más cosas todavía!

—Reza por ella y será bastante, pero no trates de hacer más.

—Si habláis de esta manera no os querré, señor Salvador. ¡Parece que le tengáis mala voluntad á mi pobre madre!... Sí... Vos la conocíais y sin duda no os merecía la estimación que profesabáis á mi padre. ¿Qué os hizo mi madre para que no queráis que la recuerde y la bendiga?...

Turbóse Montanchez, y después de un momento de vacilar, repuso:

—Te engañas si crees que yo le tuve mala voluntad á tu madre... No la conocí, repito.

—De ahí nacerá, sin duda, vuestra frialdad para con ella, porque yo estoy cierta que si hubiéraís conocido á mi madre, la hubiérais querido mucho.

—Amparo, por favor... no hablemos más de eso. Hablemos de tí; sólo para esto he venido. ¿Estás contenta al lado de mi hermana?

—Tanto como puede estarlo quien ha hallado una segunda madre. Sí, me quiere tanto... como vos mismo parecéis quererme.

—Me alegro de que así sea. Pero dime, ¿qué encuentras á faltar para que tu felicidad sea tan completa como pueda serlo en las circunstancias en que te hallas?

—Nada encuentro á faltar, os lo aseguro.

—Sin embargo, te quejabas hacía poco de la vida harto retirada que llevabas.

—Si... Es verdad, pero me pesa ya de haberlo dicho... Sin duda, será eso porque vos lo tendréis prevenido así.

—No te equivocas. Estoy tan celoso de tu honor, que no estaría tranquilo sabiendo que te veían y galanteaban en Florencia.

—Sin embargo, yo quisiera ver otras cosas que las cuatro paredes de esta casa... Quisiera ver el cielo, quisiera oir cantar los pájaros, respirar el aire del campo, ver otra vez el mar...

—Ya vendrá esto; te prometo que á mi vuelta te sacaré de Florencia y nos iremos juntos á vivir á algún escondido retiro donde puedas gozar de todas esas dichas porque suspiras ahora.

—¿Salir de Florencia? No... No salgamos; ya me conformaré con todo...

—¿Te pesaría, pues, abandonar esta ciudad?

—He pasado en ella tantos años que la considero como mi segunda patria. Y además, madona Victoria tendría mucho sentimiento en que nos fuéramos.

—¿Por qué?

—Porque aquí descansan los restos de su infeliz esposo...

—¡Ah! ¿Sabes tú, pues, cómo murió su esposo?

—No hace mucho que lo supe. ¡Desgraciado!

—Duéleme que haya venido á añadirse este nuevo motivo de aflicción á los que ya existían para darte harta tristeza. Murió Diego, en efecto; ¡quiera Dios que sus verdugos hallen algún día su merecido! ¿Vais al cementerio alguna vez?

—Sí, vamos cada quince días.

—Justo es rezar por los que hemos amado y nos han querido.

—¡Así pudiera rezar yo sobre la tumba de mis padres! Hasta en eso he debido ser desgraciada... No sé dónde yacen... ¿No podría ser que estuviese enterrado en Nápoles mi padre? Alguna vez me ha parecido comprender que allí me recogisteis.

—¿En Nápoles?

—Sí... ¿No fué allí dónde me encontrásteis?

—Es verdad... ¿Cómo sabes eso?

—Yo no recuerdo ahora cómo pude entenderlo...

El semblante de Montanchez expresaba cruel ansiedad.

—¿Quién te ha dicho eso?—exclamó con tono rayano casi en la dureza.—¿Ha sido Victoria?

—No, yo no sé... pero no ha sido madona,—replicó Amparo, temblando al ver la expresión amenazadora de Montanchez.

—¡Habla! ¡No me ocultes nada!

—Señor... ¿Qué mal he hecho yo en decir eso, que tan airado me miráis?

—Conviéneme saber quién te ha dicho que te recogiera en Nápoles...

—No recuerdo... creedlo... no puedo en este instante decir nada...

—¡Ah! Tienes secretos para mí, Amparo... No eres buena, no...

—Sí... Sí soy buena, os lo juro... os juro que os quiero y os respeto...

—Habla, pues, ¿Quién te dijo que yo te recogiera en Nápoles?

—Yo me lo he creido á veces porque sé que mi padre vivía en la corte del virey... ¿No es verdad?

—Es verdad...

—Y yo he estado también en Nápoles... Desde casa veíase el volcán... Pero mis recuerdos no llegan á más... Debía ser yo muy niña, en efecto... ¿Pero por qué os habéis irritado así cuando os he hablado de Nápoles? Me dais miedo á veces, señor Salvador... Yo sé que me queréis mucho, pero por lo mismo podríais decirme muchas cosas que me ocultáis... Ni aún he podido saber qué título ni apellido llevaba mi

padre. Cuando os pregunto por él me decís tan solamente que se llamaba don Fernando.

—No sé más.

—¿Quién te ha dicho eso?—exclamó con tono rayano casi en la dureza

—Sí sabéis, señor Salvador. ¿Cómo no saber más sirviendo á sus órdenes?

—Fué la voluntad de tu padre que tú no conocieras su apellido. Esto me previno muchas veces y sabré cumplir lo que me ordenó solemnemente la última vez que hablé con él.

V

Una lámpara de plata encendida ante un cuadro representando una Madona, alumbraba con su débil resplandor la oscura estancia.

Reinaba profundo silencio.

Montanchez y Amparo parecían ensimismados, sumido cada uno en profundos pensamientos.

A favor de la mortecina claridad podía verse al corsario meditabundo y á Amparo llorosa.

Abrióse una de las puertas laterales, y apareció en ella Victoria.

Nadie notó, empero, su presencia.

La enlutada señora adelantóse silenciosamente hasta llegar junto á Montanchez, y quedó inmóvil, apoyada de brazos en el respaldo del sillón de baqueta en que estaba sentado éste.

Levantó Amparo la cabeza, y cruzóse su mirada con la de Victoria, harto expresiva en su silencio.

Amparo salió silenciosamente de la estancia.

Victoria siguió con la vista á la niña, y cuando ésta hubo desaparecido, fué á sentarse en el taburete que Amparo acababa de dejar.

La enlutada permaneció algunos minutos contemplando á su hermano, hasta que por fin exclamó:

—¡Salvador!

Montanchez pareció como que saliese de un pesado sueño, y al encontrarse con Victoria en el lugar que hasta hacía poco había ocupado Amparo, dijo:

—¿Eres tú, hermana mía? ¿Y Amparo?

—Acaba de salir... No se encontraba bien... Ha ido á descansar un rato... Precisa que hablemos los dos... Espera.

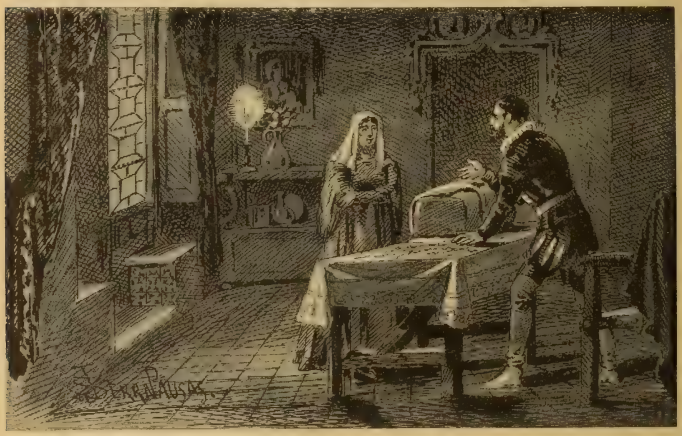
Victoria cerró una por una las puertas de la estancia, y volvió al lado de Montanchez.

—He oido vuestra conversación,—exclamó Victoria,—y no sé lo que me pasa. Yo ignoraba por completo cuanto te ha manifestado Amparo. No acierto á comprender cómo puede haberte hablado en los términos

que lo ha hecho. Jamás la había oido yo expresarse de esa manera. Estoy inquieta, muy inquieta, Salvador. No sé de dónde hayan podido venirle á la niña esos recuerdos...

—¿Tú sabes con que personas habla?

—¿Cómo no saberlo? Habla con Michelotta, nuestra compradora, con su confesor y conmigo. Con nadie más.



—¿Tú sabes con que personas habla?

—¿Quién es su confesor?

—Un anciano fraile de la orden de predicadores, discípulo querido que fué en su juventud del bienaventurado Savonarola. ¡Oh, por esa parte no cabe cuidado alguno!

—Está bien; por santo varón le tengo desde ahora; pero esa Michelotta que dices, ¿qué clase de mujer es?

—Una buena servidora... muy humilde...

—¿Es florentina?

—Sí; recomendómela la abadesa de las ursulinas como leal y discreta sirvienta, y no he tenido nunca ocasión de mostrarme arrepentida por haberla tomado en los diez años que hace está ocupada en esta casa.

—¿Diez años hace que la tienes á tu servicio?

—Precisamente; desde poco después de haber llegado aquí.

—Quiero ver á esa mujer.

—Nada más fácil. Mañana por la mañana vendrá con las provisiones.

—Me avisarás cuando esté aquí. Recelo que hay alguna persona que le dice á Amparo algo que no me conviene que sepa.

—Es indudable lo que dices, pero no puedo creer que sea Michelotta.

—En tal caso, ¿quién puede ser?

—Esto es lo que precisamente me tiene con cuidado. Amparo tiene ya secretos para mí; nunca había sucedido eso. Si quieres dejarlo á mi cargo, yo trataré de averiguar de dónde ha sacado Amparo esas noticias con que me ha sorprendido.

—¿Créeste tú capaz para poner en claro esto?

—Si me creo.

—En ti confiaré, pues.

—Harás bien, hermano mío; yo sabré descubrir este misterio.

VI

La que así hablaba, y que según sabemos ya se llamaba Victoria y aparecia como hermana de Montanchez, era una mujer que frisaría en los cuarenta, de mediana estatura y gracioso talle, acusando sus formas esa redondez algo linfática propia de ciertas mujeres que al llegar á tal edad adquieren los encantos de una sabrosa madurez. Era la suya una belleza correctísima, dulce, casi sensual. Las tocas de la viudez hacían valer, involuntariamente, sin duda, sus encantos, en vez de prestarle triste fisonomía. Sus negros cabellos encuadraban un semblante blanquísimo; los ojos eran negros también; la nariz pequeña y algo arremangada; la boca dibujada vigorosamente. Formábanse multitud de hoyuelos en sus mejillas cada vez que sonreía. La voz era deliciosa, pequeñas las manos y admirablemente torneados los brazos y cuello en lo que cabía ver.

—He oido todo,—siguió diciendo Victoria...—¡Qué recuerdos le han venido de pronto á esa niña, Dios santo! Bien claramente se comprendía que se acordaba de Florencia... Y de tí y de tu mujer no pudo dar tampoco más acabada idea...

—Extrañas remembranzas, en efecto,—repuso Montanchez.—A no saber yo su candorosa inocencia, creyérame que otro le habia hablado de todo esto.

—De lo que la han hablado indudablemente es de Nápoles...

—¡Horror! ¡Ay del miserable que intentase hacer sabedora á mi hija de aquella fatal historia! ¿Habré yo tomado las más incesantes precauciones para que en un momento deba saber mi hija lo que hizo su desventurado padre?

—Yo no acierto á inculpar á nadie... Es incomprensible para mí que te haya hablado de Nápoles, suponiendo que allí pudiese estar enterrado su padre. Será tal vez extraño acaso, raro azar.

—Puede que sí, y mejor valiera que así fuese.

—Es verdad.

Callaron los dos hermanos. Victoria miraba con cierta expresión compasiva á Montanchez, que habia vuelto á caer en su abstracción de antes.

De pronto se levantó y comenzó á medir la estancia á grandes pasos, murmurando palabras ininteligibles. Una de las veces que pasaba por delante la imagen de la Madona levantó los ojos hasta ella y se detuvo manifestando vivo asombro.

—¿Eh?—exclamó.—¿Quién pintó esa figura?

Acercóse Victoria y repuso:

—Yo no sé. Compramos esta imagen en casa de un pintor de la plaza de Santa Croce.

—¿Pero no ves?...

—Sí... realmente... no habia reparado hasta ahora.

—Es su misma cara...

—Se le parece, sí...

—Hé ahí lo que veia Amparo... ¿Qué misterio hay aquí?...

—La semejanza con Leonor es completa.

—Exacta... ¿Quién habrá pintado esa Madona?

El corsario acercó un cirio á la luz de la lámpara y una vez encendida púsose á mirar la tela, en busca de la firma del pintor.

—¡Ah, por fin!—exclamó.—Este cuadro es de Juan de las Roelas... Ya recuerdo ahora... Será de cuando estuvo en Roma; sin duda copiaría esta figura del retrato que hizo Federico Zuccheri... ¿Por qué poder sobrenatural ha de rezar mi hija ante la imagen de su madre?...

—Al hacernos con este cuadro apenas se conocía la cara de la Madona... Por esto no pude fijarme entonces, pero á medida que Amparo iba quitando la capa que el tiempo había ido formando sobre el lienzo, parecíame, con espanto á veces, reconocer el rostro de la que fué tu mujer... Teníalo, sin embargo, por ilusión de mis sentidos, pero no me engañaba... Clara y distintamente se ve ahora que el pintor tomó por modelo á la condesa.

—Sí; es indudable que sacó esta cara del retrato de Zuccheri. ¡Suerte irrisoria! ¡Colocar en un altar para recibir el homenaje de la pureza y la piedad á la que fué...

—Calla, por Dios... ¡Ha muerto ya!

—¡Callaré!...

—Dios la habrá dado la recompensa que se mereciera. No blasfememos de los que pasaron ya á otra vida.

Guardó silencio Montanchez y apartó sus ojos de la imagen como si aquel bello semblante despertara en él amarguísimas ideas.

VII

Victoria trató de derramar algún consuelo en el corazón del que llamaba y era efectivamente su hermano, hablándole de la gentileza y discreción de Amparo, pero Montanchez, perseguido siempre por la misma idea, no salía de su melancólica abstracción, viendo lo cual exclamó la hermosa viuda:

—¡Ah! Nada basta á disipar tu tristeza... No me atiendes, no me escuchas... ¿Pero que han de poder mis palabras si no son suficientes los más terribles trances para apartar de tu memoria el recuerdo de los

pasados días? No te niego yo la razón de tu tristeza, pero ya que tanto te obstinas en atormentarme también te diré yo que sufro, que lloro, que me lamento y sin embargo áun tengo entereza bastante para sobreponerme á mi dolor y cumplir con el deber que me impusiste.

—Perdóname, hermana mia... Pero ¡me hizo tanto daño la artera traición de aquellos seres que eran para mí la gloria, el cielo, la felicidad!...

—Quedaste vengado. ¿Qué más quieres? ¡Dijéralo yo!

—¡Pobre Diego!

—Nunca se ha sabido quienes fueron los que le asesinaron en las calles de Florencia. ¡Horrible noche! ¡Desde entonces sólo he pedido á Dios castigue Él á los culpables, ya que la justicia de los hombres ha sido impotente para descubrir á los criminales!

—Ni un indicio he podido recoger tampoco.

—Ya ves tú si tengo yo más motivos para considerarme mas desgraciada que tú. De sangre te hartaste.

—Aun fué poca.

—No... bastante hubo.

—¿Que había de hacer?... Amaba yo á Leonor como á la más hermosa de las mujeres, como á la más idolatrada de las esposas. Era plebeya, pobre, huérfana, desvalida y la dí yo mi nombre, mis títulos, mis riquezas y lo que valía más que todo, mi corazón. No había en Florencia más que una voz para envidiar la dicha del conde de Valroger. Era yo bravo y valiente, para añadir nuevos cuarteles á mi escudo y realzarme más á los ojos de la que era mi adorado bien. Los trovadores la cantaban; los pintores disputábanse á porfía el honor de fijar en el lienzo sus facciones de diosa. No tenía yo nunca bastante con las riquezas y honores que alcanzaba y quise que la condesa tuviese una corte como la misma reina... El rey me nombró virrey de Nápoles. Allí fuimos; Leonor recibía iguales homenajes que una soberana. Dios quiso aumentar mi dicha concediéndome una hija, tan bella, tan angelical como su madre... Aquella niña debía ser el dulce lazo que estrechase todavía más nuestros corazones. No fué así. Apenas hubo venido al mundo la pobre niña, cuando comenzaron á llegar hasta mi

oído horribles rumores... Mi esposa me engañaba... Yo buscaba una prueba, pero todo era en vano. Los criminales sabían burlar hábilmente mis pesquisas. No era fácil que el virrey de Nápoles pudiera sospechar... ¡Ay de mí!...

Y un suspiro de hondísima amargura ahogó las palabras en la garganta del desdichado.

—¡Hermano mío!... ¡Por Dios!... ¡No seas tan cruel contigo mismo!

Cerró los ojos Montanchez como para apartar de su vista algún terrible fantasma que se le apareciera y al cabo de un momento continuó, con voz entrecortada:

—No era fácil que D. Fernando de Enguera pudiera sospechar... de su misma sangre... de su propio hermano...

—Fernando... Fernando, calla, por Dios...—exclamó Victoria arrodillándose á los piés de Montanchez.

—Mi hermano... mi Enrique... él... ¡maldición! él...

—¡Fernando!

—Púdeles sorprender; ¡miserables!... ¡Horrible recuerdo!... En el santuario de la inocencia, en la retirada estancia donde se mecía la cuna de mi hija, allí cambiaban sus impuros besos... ¿Quién podía sospechar que el vicio osara tomar por encubridora la casta pureza de la infancia? ¿Cómo imaginar que el adulterio infame buscara para esconderse la morada donde sólo cabía sentir dulcísimos, celestes arrobamientos? Cualquiera negra sospecha debía desaparecer al traspasar los umbrales de aquella cámara, testigo de los más honrados sentimientos, de los más puros goces de toda alma que no fuese de asquerosa bestia, de feroz alimaña. ¡A eso se atrevieron! ¡no respetaron la inocencia de un ángel!... ¿Por qué permitió Dios, por tanto tiempo, tal afrenta? ¿Cómo pudo consentir el Angel de la Guarda que velaba por mi hija, que los dos adúlteros mancillaran con su presencia aquel lugar sagrado?... ¿Recuerdas?... Era una noche tempestuosa... Desde el palacio oíase bramar el volcán con tremenda furia, y el mar alborotado parecía rugir poseído de furor... El *sirocco* quemaba la piel y cortaba la respiración... ¡Ah, mi pobre Leonor!... Estará asustada con los ruídos del Vesubio... Deberá estar en el oratorio... ¡Pobre Leonor!... Voy

allá... Crucé las desiertas piezas que separaban mis habitaciones de las suyas... Sólo se oia el rugir de la tempestad... Me acerco... La puerta estaba cerrada... ¡Rumor de besos! ¡Cómo quiere esa pobre madre á su hija bien amada! ¡Cuán ardientes sus caricias!... De pronto, resuena en mi oído una voz... ¡Es Enrique!... Y otros besos... ¡Ah! ¡cómo sonaban!... ¡Ah! ¡qué ásperos, qué amargos!... ¡No eran, no, los castos be-

Un hombre salta al jardin...—¡Muere, ladrón de mi honra!...

sos de la maternidad!... ¡Era el ósculo receloso y acobardado del vicio!... Llamo... Cesa todo... —¡Abre, Leonor! No abren... Derribo, entonces la puerta; ábrese una ventana, y el viento abrasador apaga los cirios... Un hombre salta al jardin... —¡Muere, ladrón de mi honra! Disparo contra él... Óyese un grito... —¡Misericordia! ¡Es Enrique! La niña despierta, al ruido del pistoletazo... ¡La venganza consiguió lo que no habia podido alcanzar el crimen! Surge una sombra de entre la oscuridad... Leonor cae á mis piés... ¡Oh, con qué espantosa verdad pintábase la culpa en su semblante!... Todo revelaba la horrible traición... Arrebaté la niña de entre sus brazos... la manchaba... —Te concedo el tiempo preciso para que pidas perdón á Dios de tu pecado!—excla-

mé. —¡Perdón!—repuso. Temblaba, la indigna... El volcán alumbraba la estancia, con su resplandor rojizo... No había otra luz... Parecía que el infierno nos prestara su fulgor... Ella no rezaba... Quería huir... Buscaba una salida... —¡Reza,—exclamé,—reza, que se te acaba la vida!..—Tropecé con algo, que yacía por el suelo... Era la gorra de Enrique... Aquella nueva prueba acabó de cegarme... Cogí á la infiel por el cuello, apreté... y un estertor de muerte me anunció que tenía un cadáver en mis brazos... Cogí á mi hija... No lloraba ya... ¡Besábame, deciame mil palabras cariñosas!... Calló al sentirse en mi regazo... Hui... ¡El conde de Valroger había acabado su misión en este mundo!... Quedaba solamente un padre, que debía velar por la honra y la suerte de su hija...

Hondo silencio siguió á las palabras de Montanchez. Sólo, de vez en cuando lo interrumpía el llanto de Victoria.

VIII

De pronto, dijo el corsario:

—Conviene averiguar cómo Amparo ha podido decir que yo la recogiera en Nápoles... Ella recuerda haber estado allí, pero no puede tener presente que estuviese yo á su lado... Con tantos años como he estado ausente, es imposible pueda enlazar su recuerdo de entonces con lo que ve hoy en mí. Averigua esto, hermana mía... Me dijiste que podrías averiguarlo...

—Sí haré... Y ahora, retírate ya, Fernando; estás agitado... El descanso te hará bien.

—Voy á retirarme, sí... ¿Dónde he de dormir?

—Ahí mismo... En esta pieza,—y Victoria señalaba una sala contigua á la en que se hallaban.

—Adiós, hermana mía,—dijo Montanchez.—Hasta mañana.

—El cielo te guarde,—contestó ella.

Montanchez entró en el cuarto que le había indicado su hermana, y se echó vestido sobre la cama, quitándose únicamente el cinturón, del que pendía su espada, lo mismo que la daga que le había regalado el capitán cuando la captura de la *Roccaforte*.

No durmió en toda la noche el conde de Valroger, presa de angustiosos pensamientos. No quería él, en manera alguna, que su hija conociese el terrible misterio que envolvía la suerte de sus padres, y, por lo mismo, habíale puesto en gran cuidado el que su hija hubiese hablado de Nápoles.

Al amanecer oyó llamar á la puerta de la calle.

—¿Será Michelotta?—dijo para sí.—Mi hermana deberá interrogarla sobre el particular... ¡Quién sabe!...

Era Michelotta, en efecto. Victoria la recibió con las maneras de siempre, pero al ir á despedirse retúvola, diciéndola que tenía que confiarla un encargo de importancia.

—Bien sabéis que soy discreta,—contestó la florentina.—Podéis confiar enteramente en mí.

—Lo sé muy bien,—replicó Victoria.—Pero antes... necesito me seais enteramente franca y sincera.

—¿Por qué me decís eso?—repuso la compradora.

—Os hablo así, porque el encargo que tengo que confiaros está enlazado con ciertas novedades que aquí he observado y no me convendría que la persona á quien he de dirigiros os pudiera reconocer.

—Decid, señora.

—Quisiera saber, pues, si habéis permanecido siempre, siempre, en Florencia, ó bien si habéis estado también en alguna otra ciudad italiana.

—¡Extraña pregunta me hacéis!

—Ya os he dicho que no quiero que os pudiese reconocer cierta persona á quien me propongo enviaros, y contad con que si desempeñáis bien mi encargo no os quejaréis, ciertamente, de la recompensa. Por de pronto, tomad... ahí van diez ducados.

—Es negocio de importancia, á lo que veo.

—Únicamente para mí.

—Vaya... barrunto, será alguna cosa de galantería...

—Quizás no vayáis del todo equivocada. Conque, ¿vais á contestarme con toda franqueza á lo que os he preguntado?

—Vaya... mucho que sí... Pues he estado ciertamente en algunas

ciudades... ¿Quién no ha estado en Roma? ¿Quién no ha ido alguna vez á Parma, á Siena, á Pisa?

—¿Nada más?

—Creed que no recuerdo más.

—¿No habéis estado, por ejemplo, en Venecia, en Milán, en Nápoles, en Palermo?...

Michelotta clavó en Victoria una mirada llena de recelo.

—No,—contestó.—No he estado en ninguno de esos puntos.

—Pues á fe que no lo diría nadie, porque hay quien asegura haberos visto en alguno de ellos.

—¿Eso aseguran?

—Ciertamente, pero desde el momento en que lo desmentís, no abrigo ya recelo alguno de que os conozcan.

—Ese recelo que decís será, sin duda, para que no sepan quién sois vos conociéndome á mí, pues yo no he de ocultarme de nadie.

—Precisamente, por eso es.

—Madona, eso me hace creer que hay alguien que os pretende... que quizás os ha seguido alguna vez...

—Acertasteis... Y áun quizás sabéis quién sea el que me sigue, aunque yo cuido muy bien de que ignore donde vivo en realidad.

—No sé tanto, pero bástame ver vuestro semblante para comprender que á la fuerza debéis de haber enamorado no digo ya á un solo gentil caballero, sino á muchos.

—No me gustan las lisonjas, Michelotta.

—No os lisonjeo...

—Y áun quizás ande yo errada de medio á medio en lo que presumo, pues quien sabe si lo que me figuro que va para mí no va dirigido á otra persona...

De nuevo fijó Michelotta una inquieta mirada en el rostro de Victoria.

—¡Imposible!—exclamó, después de un breve momento de incertidumbre.

—Mejor, entonces. Puedo, por consiguiente, enviaros confiadamente...

—Sí, señora.

—Mañana os daré, pues, el recado...

—¿Para un caballero?

—Sí... Para un caballero que supongo por las trazas debe de ser napolitano.

Michelotta hizo un movimiento de sorpresa que no pasó desapercibido á los ojos de Victoria.

—¿Os extraña?—exclamó vivamente Victoria.

—¿A mí? No, no señora,—repuso sin poder ocultar su turbación la mujer.

—Claro está que ningún motivo debéis tener para extrañarlo.

—Ninguno, ciertamente.

—Hasta mañana, pues, Michelotta.

—El cielo os guarde, madona.

Victoria fué á encontrar á su hermano y le dijo:

—Sigue con disimulo á esa mujer que acaba de salir. Quizás podamos descubrir lo que nos interesa.

Montanchez se ciñó apresuradamente la espada y salió á la calle, divisando á Michelotta, en pos de la cual enderezó sus pasos.

IX

Ya en esto había Amparo abandonado el lecho y fuese á rezar ante la imagen de la Madona que había en la sala.

Hacía rato que allí estaba cuando entró Victoria; levantóse la niña para darle los buenos días y le preguntó luégo por el señor Salvador.

—Ha salido por un momento,—exclamó.—Pronto deberá volver.

—¡Pobre señor Salvador! ¡Cuán triste le veo siempre!

—No... Suele tener algún momento así, pero puedes creer que cuando se halla entre nosotros siente una alegría como no experimente otra igual.

—¡El buen señor Salvador!

—Sí..... Puedes creer que nos quiere muy mucho. Para nosotras sólo vive.

—No es de extrañar esto por lo que á vos toca; sois su hermana, pero ¿qué interés puede moverle á quererme á mí tanto?

—Natural suyo. Perdió en su niñez á una hija que se te parecía mucho y creyó que Dios te haya enviado para que le consolaras de tamaña pérdida.

—Pues podéis estar bien segura de que si no le quiero como á un padre, no es sino porque Dios quiso que así no fuera, que por lo demás en nada se distinguiría mi cariño del de una hija; tanto es el dulce afecto que por él siento.

—¿Sí, Amparo?

—Bien sabéis que es la pura verdad lo que digo siempre y que no hablo así para halagaros.

—¡Amparo! ¡Cuán buena eres!

—En medio de mi desgracia me ha cabido esa dicha de teneros á vos y al señor Salvador... Mis padres deben bendeciros por lo que hacéis por mí.

—¿Cómo no quererte todo aquel que te conozca?

—No tanto, mi buena madona... Soy nada más que una niña que sabe lo que os merecéis y procura hacerse digna de vuestra protección.

—El señor Salvador hará siempre por ti lo que hasta el presente ha hecho... Sólo temo no reciba algún disgusto si algún día penetra en tu corazón algún nuevo afecto que él no considere ajustado á lo que imagina.

—¡Válgame el cielo! No digáis esas cosas, señora.

—¿Qué de extraño tendría?

—¡Oh!... no; yo no he de querer nunca á quien no merezca la estimación del señor Salvador y la vuestra.

—¡Inocente eres!... ¿Acaso puede mandarse al corazón? Pero yo te ruego que cuando menos no me ocultes nunca nada y me des cuenta de todo cuanto te pasa. ¿Lo harás así?

—Así lo haría, si llegara el caso, madona Victoria.

—Desde el momento que tuvieras secretos para mí, ¿cómo dejar de creer que ya no me querías?

—¡Dios mío! ¿No quereros yo?... ¡Qué horror!...

—Ya sé que me querrás siempre, Amparo... pero no sería bastante leal este cariño si me ocultaras nada.

—¡Oh, sí!... Todo os lo... diría,—exclamó Amparo turbada.

Y, tratando de terminar la conversación, repuso:

—¿Conque ha madrugado hoy el señor Salvador?

—Desde el momento que tuvieras secretos para mí, ¿cómo dejar de creer que ya no me querías?

—Sí... Gústale salir de mañana, para oir la primera misa.

—¡Ah! Pues otro día quiero salir con él... ¿No me querrá llevar, madona Victoria?

—¿Pues no ha de llevarte? Gustarále mucho, al contrario, ir contigo á la iglesia y rezar juntos...

—Y después iremos á pasar por la orilla del Arno... ¡Me gusta tanto á mí ver árboles y flores!...

—Iremos, iremos, Amparo. También le gusta mucho á él. Ya ves, siempre en el mar...

—En verdad que debe ser triste vida la que lleva. Ver nada más que

el cielo y el agua... A mí me gusta más ver el campo. Quisiera vivir en un bosque, oyendo cantar los pájaros, cuidando las rosas, respirando aquel aire tan puro, embalsamado con el olor de las plantas silvestres...

—¡Jesús! ¿Pero cómo puedes formarte idea de lo que es el campo, si no has estado nunca?

—Yo no sé si he estado... Pero de alguna parte he de haber sacado lo que os digo. Quizás me llevarían mis padres...

—¡Oh, calla!... ¡Qué imaginaciones!...

—¿Por qué parece que os sepa mal que hable así? Nadie puede tomar á mal que hable yo de mi pobre madre... ¡Madre de mi alma!

—¡Vuelta á lo mismo, niña!... Deja eso. Piensa en lo que te quiero. ¡El señor Salvador se pondrá triste, si ve que tú lo estás también!...

—Es verdad... callaré... ¡El señor Salvador es tan bueno para mí, que no quiero ocasionarle más pesar!...

—Eso has de hacer.

—¡Pobre señor Salvador!.. Dejad... Voy á arreglarle su cuarto, antes de que vuelva...

Y, diciendo esto, entró Amparo en el aposento donde había pasado la noche Montanchez.

La niña vió que el lecho estaba casi intacto, y que ningún mueble estaba fuera de su sitio.

De pronto, fijóse en la daga que había dejado el corsario sobre la mesa, y la tomó en sus manos, para examinarla de cerca.

—¡Qué bellamente cincelado está este pomo!—exclamó, y volvió la daga, para verla por el otro lado.

Amparo dió un grito de sorpresa.

—¡Su blasón!—murmuró, fijándose en el de Riccioli, cincelado en la empuñadura.

CAPÍTULO III

Michelotta

Seguía Montanchez á Michelotta, sin que ésta se apercibiese de ello, bien agena de pensar que en la casa hubiese más personas que Victoria y la que ésta llamaba su ahijada.

Era la tal compradora mujer de unos cuarenta años, conociéndose que en su juventud había sido notablemente bella, por más que entonces sólo conservase de sus antiguos atractivos la corrección estatuaria de sus facciones y un talle escultural. Iba vestida á la usanza de las *contadine,* pero sin que esto fuese bastante para disimular cierto aire, si no precisamente aristocrático, de todo punto distinguido.

Montanchez vió que Michelotta atravesaba el puente de la Trinidad y entraba en un palacio del barrio de *Santa María Novella.*

Esperó algún rato, y al ver que su permanencia allí se prolongaba en demasía, acercóse al portal, donde había varios criados ocupados en *dolce far niente.*

—Buenos días, señores,—díjoles en correcto italiano.—Soy forastero en la ciudad, y desearía saber de quién es este magnífico palacio.

—¡Ah! ¿Sois extranjero?

—Sí, napolitano.

—Pues este palacio, caballero, es del poderoso señor Corsini. Entrad, entrad, y podréis decir que habéis visto la más hermosa escalera de Florencia.

Así era, en efecto, por más que no parecía el forastero quedar muy admirado ante la tal escalera.

—Pues este palacio, caballero, es del poderoso señor Corsini

—¿Eh? ¿Qué os parece?—exclamó uno, que, al parecer, desempeñaba las funciones de portero, raza locuaz ya entonces, como ahora.

—¡Hermosa escalinata, en efecto! Muy importante personaje debe de ser el dueño.

—¡Y tanto como lo es! ¿No habéis oído hablar por allá del noble señor Corsini?

—Mucho que sí. ¿Quién no le conoce en toda Italia?

—Hay pocos palacios como el suyo en toda Florencia... Pero ya que estamos hablando con un napolitano, ¿qué tal por allá?

—Muy bien, señores.

—Por Dios que me extraña diga eso un buen napolitano. ¿Os va bien con los españoles?

—No nos va mal.

—¡Bah! Pronto os habéis conformado con el gobierno del rey Felipe.

—¿Qué hacer? Cada uno dice bien de lo que le conviene, y á mí me conviene así.

—Yo no he estado en Nápoles desde hace muchos años,—replicó otro criado,—pero confieso que no me satisfizo mucho el modo de gobernar que tenía el virrey que había entonces.

—¿Qué virrey?

—El conde de Valroger. Hombre duro y testarudo si los había; tenía á los pobres napolitanos en un puño.

—¡Ah! Un virrey que desapareció de la noche á la mañana...

—Llevaríaselo el diablo, sin duda... Moriría asesinado, sin duda, lo mismo que su hermano y su mujer...

—Es verdad... recuerdo que eso se dijo...

—¿Que se dijo? ¡Pues no había de decirse!... Yo mismo vi los dos cadáveres.

—¡Terrible suceso sería, efectivamente!

—Pagaron justos por pecadores... ¡Era tan tirano aquel conde!

—Muy malo sería, cuando vos lo decís.

—Es extraño que no lo sepáis vos.

—Andaba yo entonces por la mar, y no pude ser testigo de esas crueldades que decís.

—Así no tiene nada de particular que lo ignoréis, y quizás os valiera más andar por la mar que no estaros en Nápoles.

—¿Le conocisteis vos?

—Paréceme estarle viendo.

—¿Sí? ¿Cómo era? Interésame vuestra conversación.

—Pues era así... ¡pardiez! un hombre como vos... pero más joven, mucho más joven... ¡Si era un mozo de veinticinco años, á lo más! Pero bien se explicaba...

—Me dejáis sorprendido con la comparación. ¡Quién lo creyera!

—Pues, ni más ni menos. Era así, rubio como vos... alto... pero, ¿á qué hablar más? Quitáos quince ó veinte años de encima, y tendréis hecho y derecho al conde de Valroger.

—No me halaga mucho el parecido.

—¿Qué tiene que ver?

—Es verdad...

—Y es extraño como no os lo hubiese dicho nadie en Nápoles.

—Nunca se les ha ocurrido eso; á bien que allí no son tan despiertos como en Toscana.

—Acepto el cumplido. Somos los compatriotas de Macchiavello...

—Mil plácemes por ello.

—En Nápoles no ha habido Macchiavellos, por desgracia. Os habéis dejado dominar, como mansos corderos, por los españoles.

—Les hemos preferido siempre á los franceses.

—Pues aquí no; el gran duque actual tiene especial veneración al rey Felipe, pero no es ese el sentimiento de la ciudad. No queremos nada con los gibelinos.

—¿Y son gibelinos los españoles?

—Naturalmente, desde el momento en que están sujetos á la casa de Austria.

—Es verdad.

—Mi noble señor, aborrece de muerte á los españoles.

—Lo siento, por ellos...

—Sí, les aborrece de todo corazón; todo buen italiano debe aborrecerlos, porque ellos son los tiranos de Italia.

—Por desgracia, tendrán que soportar largo tiempo esta tiranía, según todas las trazas.

—Tenéis razón, amigo. Pero, cuando menos, ya que ellos imponen aquí su voluntad, conste que no les queremos, que les detestamos, y que no pararemos hasta arrojarlos de la península.

—Dios quiera oiros. Y, ahora, gracias, amigo florentino.

—¿No queréis ver el palacio por dentro?

—Gracias. Bástame haber visto la escalera. ¡Magnífica obra, amigo!... El señor Corsini puede considerarse sumamente feliz en poseer tal maravilla.

—No sois el único que eso dice; ¡oyerais lo que de esta obra ha dicho el ilustre senador Riccioli!

—¡Riccioli!

—Sí. ¿Conocéislo?

—No, por cierto; pero he oido hablar de él muchas veces, como de uno de los más poderosos patricios de Venecia.

—Precisamente, así es. El señor Corsini tiene ahora el honor de albergarlo en su palacio.

—¡Ah! Digno huésped de tal casa.

—Sí, por cierto; el noble Riccioli se merece la suntuosa hospitalidad que aquí ha encontrado. Bien lo habia menester por cierto.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Llegó hará como unos quince dias, bien desconocido de como era; casi desnudo, hambriento...

—¡Qué asombro! ¡Tan rico, tan poderoso como es!

—Rico y poderoso como pocos; pero, amigo, cualquiera está expuesto á naufragar.

—¿Y él naufragó?

—Naufragó; y gracias que pudiera salvarse.

—Terrible naufragio debió ser, entonces.

—Figuráos que mandaba una escuadrilla destinada á capturar el famoso corsario conocido por el *Máscara de bronce;* pero se encontró con que, en vez de una sola galera, el corsario tenia á sus órdenes siete ú ocho, y, claro está, dada tan desigual proporción, no pudo conseguir su intento.

—Naturalmente.

—Ello no obstante, el señor Riccioli ha jurado que ha de coger vivo al Máscara ó ha de perderse la memoria de su nombre.

—¿Será, entonces, un terrible corsario ese que decis?

—¡Cómo! ¿No habéis oido hablar de él?

—Jamás hasta ahora.

—Asombrado me deja tanta ignorancia. A lo que veo, nada sabéis en Nápoles de lo que ocurre en el resto de Italia.

—Harto trabajo tenemos allí en perseguir á los bríganles, que han

infestado, hasta ahora, las Calabrias. En todo caso, sabrán de ese Máscara que decís los de allende el Faro. En Nápoles nadie conoce su existencia.

—Pues es el más feroz pirata que ha infestado estos mares desde largos años. Más daño ha causado él en unos cuantos meses que recorre estas costas, que no el mismo Alí.

—¡Santo Dios!

—Acompáñanle todos los bandidos de España y Berbería. Aquello es una verdadera galera de galeotes en libertad. ¡Ya veis qué disgusto no recibiría el noble Riccioli al tener que retroceder ante aquella chusma!

—Lamentable caso; pero si ha prometido dar cuenta del tal corsario, de fijo lo cumplirá.

—¡Oh! no os quepa duda en eso, pero témome no tarde demasiado. El señor Riccioli se ha aficionado en extremo á la vida de Florencia y no parece tenga muchas ganas, por ahora, de volverse á su república; pero una vez se halle allí, de seguro armará otra expedición y para entonces ya puede despedirse el Máscara de bronce de cometer nuevas fechorías.

—Bien merecido le estará el castigo que el noble Riccioli le imponga, pero si se entretiene demasiado aquí... Tendrá, quizás, sus amoríos...

—Eso es lo que me figuro yo también, aunque nadie ha podido traslucir hasta ahora á que noble dama dirige sus galanteos.

—Descuidad; ya se sabrá.

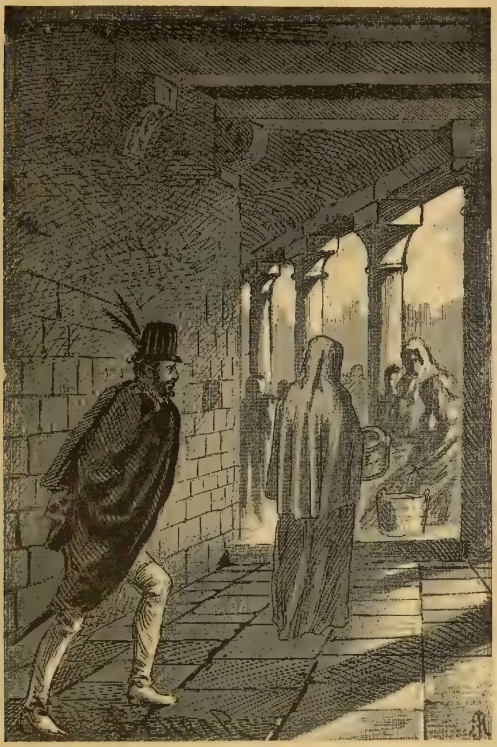
—Es de suponer que sí, en efecto.

—Muchas cosas me habéis enseñado, mi buen amigo, y os quedo muy agradecido por ello, por manera que si vais alguna vez á Nápoles y queréis honrarme hospedándoos en mi casa, me prestaréis señalada merced. Preguntad por el armero Ludovico Mariani, en la ribera de Chiaja y cualquiera os dará razón enseguida.

—Agradezco la invitación, amigo armero, y si vos queréis venir algún día á ver el palacio, os lo enseñaré con mucho gusto y además probaremos alguna botella de lo más rancio que hay en la bodega.

—Gracias, caro amigo, no dejaré de hacerlo, aunque estoy harto ocupado y pienso regresar pronto allá á mi tierra.

En aquel momento vió bajar Montanchez á la Michelotta y despi-



Púsose de nuevo en seguimiento de la mujer

diéndose apresuradamente del portero, púsose de nuevo en seguimiento de la mujer.

II

Montanchez vió á Michelotta entrar en otras dos casas del mismo

barrio, en las cuáles permaneció por breve tiempo, hasta que por fin desanduvo el camino que hasta entonces habia hecho y regresó al barrio del Santo Spirito, introduciéndose en una pobre vivienda que juzgó seria la suya, por cuanto abrió la puerta con una llave que traia en el bolsillo, volviendo á cerrar al instante.

No recordaba Montanchez haber visto nunca á aquella mujer y juzgaba por lo tanto que no deberia conocerle ella tampoco. Esto le animó á llamar á fin de celebrar una entrevista con la compradora, proponiéndose ocultarla los lazos que le unian con Victoria.

Puso al momento en obra su propósito y cogiendo el mezquino aldabón dió con él algunos golpes.

Michelotta abrió al momento sin tratar de inquirir previamente quién fuese el visitante, pero no pudo ocultar un movimiento de profunda sorpresa al encontrarse con Montanchez, acción que no pasó desapercibida para éste.

—Felices dias,—dijo el corsario aparentando una serenidad que estaba lejos de tener.—¿Sois vos la señora Michelotta?

—Para serviros,—contestó la mujer temblándole la voz ligeramente.

—Soy forastero,—dijo,—y permitiréis que acuda á vos para sacarme de ciertas dudas que me han asaltado... He visto en la calle de las Espadas, aparecer en un balcón una niña de divino rostro... Me he querido enterar de su nombre y condición, pero todo ha sido inútil..... Por fin, he sabido que erais vos una de las pocas personas que intervenian en la casa y venia á rogaros quisieseis sacarme de esta ignorancia que me inquieta... Yo sabré corresponder bien á lo que merezcan vuestros informes...

—Hay muchas casas en la calle de las Espadas,—contestó Michelotta recobrando su aplomo.

—Es verdad... La que yo quiero decir es la que hace frente al palacio Torrigiani.

—¡Ah! ¡Ya!

—Sí... Hay allí una niña de tez morena, con grandes ojos negros y un lunar sobre el labio...

—Justamente... ¿Y pensáis galantear á esta niña?

—No es preciso que os diga todavía lo que pienso hacer.

—No tengo ningún interés en saberlo tampoco; pero os he de manifestar que yo no sé nada.

—¿No sabéis cómo se llama la niña?

—No.

—Extraño es eso.

—Nada de extraño tiene. Apenas si he cruzado jamás la palabra con ella. Yo sólo tengo que ver con madona Victoria; esa es la que me paga y la que me manda. La niña allá se está.

—¿Quién es madona Victoria, si no hay inconveniente en que yo lo sepa?

—Es... la madre, creo, de esa joven que decís.

—¿Conque tiene madre?

—¿Por qué no ha de tenerla?

—Figuróseme, no sé por qué, si sería huérfana.

—Os lo figuraríais sin fundamento alguno.

—Eso sería, verdad. ¿Y padre, tiene?

—Si lo tiene, no lo he visto yo.

—¿Nunca le habéis visto?

—No, nunca, — exclamó con displicencia, Michelotta, mirando á la vez con cierta expresión audaz á Montanchez.

—Siento que os hayais encerrado en tal reserva,—repuso el visitante.

—Y yo siento también que hayais pensado en mí para vuestros fines respecto á esa joven.

—No trato de causarla el menor daño.

—En tal caso, si algo tenéis que decirle nada más fácil que presentaros á madona Victoria. A ella es á quien debéis preguntar cuanto os convenga.

—Será lo mejor que puedo hacer, en efecto. Aunque no sé si ella se mostrará también tan reservada como vos, por más que, si he de decir verdad, no vale casi la pena de exponerse á ser mal recibido por la sencillez de la cosa que desearía yo saber.

—¿Qué desearíais saber, pues?

—Ya os lo he dicho; el nombre de la niña... y á la vez enterarme si ha estado alguna vez en Nápoles. Nada más sencillo, como veis, y es imposible que no podáis sacarme de dudas vos.

—Pues no os puedo sacar.

—¿Decididamente no?

—No; no hay más que hablar.

III

Callaron ambos personajes.

Montanchez miraba disimuladamente á Michelotta, y ésta á Montanchez, deduciendo éste que tenía enfrente á quien sabía mucho. La compradora estaba sumamente pálida, y, á pesar de sus esfuerzos, no podía vencer la inquietud que se pintaba en su semblante.

El corsario estaba resuelto á no salir de allí sin aclarar aquello; la visita de Michelotta á Riccioli, pues á él debía haber ido á ver indudablemente, acababa de suscitarle los más crueles presentimientos. Estaba visto que en el terreno de la astucia ni el de las ofertas no lograría vencer la obstinación de la taimada florentina, y decidió, por lo tanto, valerse de otros medios más en consonancia, por otra parte, con su carácter duro.

—Pues es el caso,—dijo, interrumpiendo su silencio,—que yo necesito saber á toda costa ciertas cosas, y que me las tendréis que decir, mal que os pese.

—¿Me amenazáis?—exclamó Michelotta, levantándose del asiento que ocupaba, y tratando de ganar la puerta.

—¡Silencio! Nada debéis temer de mí,—replicó Montanchez, sujetándola y cerrando la puerta.—Hablemos como buenos amigos. Soy bastante rico para recompensaros con largueza.

—Pero ¿qué queréis de mí?—exclamó Michelotta...—Yo soy una pobre mujer que no se mete en nada...

—Quiero franqueza, y os advierto que os valdrá más así que no que tratéis de engañarme. Decidíos. Aunque no soy senador veneciano,

tengo bastante poder para ser causa de vuestra perdición ó de vuestra dicha. Fiad en mi lealtad y contadme cuanto sepáis sobre esa joven de que os he hablado. ¿Desde cuándo la conocéis? ¿Qué sabéis de ella?

Calló Michelotta, agitada, al parecer, por encontradas resoluciones. El corsario no quiso interrumpir aquella lucha, y esperó á que la mujer se decidiera. Por fin, Michelotta dijo:

—Os he dicho que no os conocía, y no es verdad.

Dió un salto Montanchez.

—Os conozco desde el día que os embarcásteis en Nápoles á bordo de la galera siciliana que os llevó á Venecia con esa joven por quien me preguntáis.

—¡Ah!

—Yo os pregunté quién era aquella hermosa criatura, y me contestásteis que una huérfana que habiais recogido aquella noche... Estábais muy pálido, llorábais...

—¿Y habéis sabido más después?

—No he sabido más... Luégo, al poco tiempo, mandáronme llamar de una casa de la calle de las Espadas para que yo me encargara de hacer las compras en el mercado, y ví aquella niña que llevábais con vos en la galera...

—Y un día le dijisteis á esa niña que yo le había recogido en Nápoles.

—Eso le dijo, pero fué porque ella me preguntó una y mil veces que dónde la había visto yo, al decirle que la conocía de muy niña.

—Pudisteis haberlo callado.

—Yo ignoraba que hubiese ningún mal en decírselo.

—Estoy satisfecho de vuestras respuestas... Sigamos. ¿Habéis sabido, después, quién era yo?

—No, os lo juro.

—Bien, Michelotta. Y ahora, decidme: ¿por qué habéis ido esta mañana al palacio Corsini y habéis permanecido tanto tiempo allí?

—He ido á ver al dueño.

—No... no habéis ido por eso.

—¿Por qué había de ir, pues?

—Hospédase, desde hace algunos dias, en aquel palacio cierto noble veneciano... A éste habéis ido á ver.

—No... Ignoro de quién habláis.

—Hablo del senador Riccioli.

—Os juro que os he dicho la verdad en cuanto os he respondido. No queráis preguntarme más... No tiene nada que ver con madona Amparo el que yo haya ido á ver al señor Riccioli.

—Quiero saber, sin embargo, el motivo.

—De deciroslo, comprometería á otras personas.

—Guardaré silencio; os doy mi palabra.

—No puedo.

—Michelotta, no os conviene ocultarme nada. De nuevo os advierto que dispongo yo de más poder que el mismo Riccioli, con ser tan temido personaje.

—Nada sacaréis de mí... Antes me mataréis que deciros una palabra más.

—Sentiría tener que hacer lo que decís; pero...

En aquel momento, oyóse llamar á la puerta.

Montanchez vió el estrecimiento de Michelotta al oir el aldabonazo, y dijo:

—¡Estáos quieta, ó aquí moris! Yo abriré.

—¡No... no!..—gritó la mujer.

Pero Montanchez le tapó la boca y empujóla dentro un cuarto, que cerró con llave.

Enseguida quitóse el fieltro y entreabrió la puerta, sin dejarse ver.

—Tomad, de parte de mi señor,—dijo una voz, al mismo tiempo que una mano pasaba una carta por el espacio que quedaba libre entre la puerta y la pared.

Montanchez tomó la carta, y cerró al momento.

IV

Todo yacía en silencio. Michelotta había cesado de gritar.

El corsario se acercó á un ventanillo, por donde penetraba débilmente un rayo de sol, y rompió el sobre, que venía en blanco.

Sin saber por qué, sentía correr por sus venas un frío que le helaba.

Desdobló el pliego que venía dentro, y leyo estas palabras:

«A las doce estaré, según me indicas, en tu jardín. Te adoro más á cada momento que estoy sin verte. Adiós.»

Montanchez sintió como si le atravesaran el corazón con un dardo de fuego.

Fué á abrir á la Michelotta, y la encontró tendida en el suelo, sin sentido.

Hizo por que volviera en sí, rociándola la cara con agua, y cuando vió que abría los ojos, dijo:

—Hablemos, Michelotta.

—¿Me mataréis?—exclamó ella con espanto.

—No... al contrario; yo sabré recompensaros más de lo que pensáis. Esta carta, ¿era para Amparo?

—Sí,—murmuró la mujer, con voz desfallecida.

—Está bien... ¿Se han visto ya alguna vez en el jardín los dos amantes?

—No... Riccioli la vió al dia siguiente de llegar, cuando la niña salía con madona Victoria de la iglesia de Santa Croce... Siguiólas, rondó por allí y me entregó una carta para Amparo. Viéronse de nuevo en la iglesia, y, algunas veces, en la calle... Anteayer noche tuve maña para hacer salir de casa á madona Victoria, y Riccioli estuvo por breve tiempo allí... Esta mañana he estado á entregarle una carta, y como no le he encontrado, después de esperarle mucho tiempo, la he dejado á un criado, encargando trajeran enseguida la contestación aquí... Y ahora, perdonadme... perdonadme, mi buen señor... Yo no he creído hacer ningún mal en esto... Riccioli me aseguró que quería casarse con la niña... que no pretendía burlarse de ella... Si acaso mentía, creed que me engañó...

—¿Podéis decirme si Riccioli sabe quiénes son los padres de Amparo?

—No... Él no vió más sino que la niña era preciosa... Sabe que es huérfana, y eso le ha hecho, quizás, seguir con más confianza la aventura... Pero, amparadme ahora, infeliz de mí... Su cólera será terrible... Estoy perdida... ¡Oh, desgracia!...

—Nada temáis. Riccioli se guardará bien de molestaros en lo más mínimo.

—¡Oh! No le conocéis, señor... Tiene tanto poder aquí como en Venecia.

—Más tengo yo.

—Lo creo; pero ¿qué voy á hacer?... ¿Dónde ocultarme?...

—Saldréis de Florencia, si así lo deseais. En Nápoles ó en Génova hallaréis refugio seguro.

—Me marcharé á Nápoles, entonces. Tengo allí parientes.

—Yo os dará con qué podáis pasar holgadamente la vida; y ahora seguidme.

—¿A dónde?

—A casa de madona Victoria. Allí permaneceréis hasta nueva orden, sin que nadie más que yo lo sepa. Os dejaré encerrada en la bodega y mañana, al rayar el día, os pondréis en camino para Liorna, donde encontraréis al punto un barco que os conduzca á Nápoles. Llevaos, entretanto, las provisiones que tengáis; id delante vos, yo os seguiré; pero, al menor indicio de que pretendáis hacerme traición, entended que caeré sobre vos y os arrancaré la vida.

—Os obedeceré ciegamente en todo.

V

La Michelotta fué á buscar un pedazo de pan á la alacena, mientras Montanchez salía afuera; cerró luégo y echó á andar, seguida de aquél, hasta que entró en el portal de casa de madona Victoria, donde quedó aguardando la llegada del caballero.

A un lado del portal veíase una puerta que conducía á la bodega; Montanchez descorrió el cerrojo y penetró con Michelotta en el húmedo aposento.

—Silencio y discreción—dijo el corsario.—Mañana recibiréis quinientos ducados, y os ausentaréis de aquí, sin volver siquiera la cabeza. Cuidad, después, de olvidar cuanto os he dicho y habéis visto, y os irá bien; pero, si así no lo hicierais, dad por perdida para siempre vuestra tranquilidad, pues no tendréis un instante seguro en vuestra vida. Si yo falto, otros se encargarán de imponeros el castigo merecido.

—Confiad en mi silencio,—replicó Michelotta.

Retiróse Montanchez, corrió de nuevo el cerrojo, y presentóse, al parecer, risueño y sereno á los ojos de Amparo y de Victoria, que no lo parecían tanto.

CAPÍTULO IV

Buena guerra

No dijo palabra el corsario de cuanto le había ocurrido.

Observaba á Amparo, que parecía intranquila; Montanchez creía adivinar la causa, y gozaba, en cierto modo, con aquella inquietud, por más que viese cómo padecía su hija.

Se le presentaba la ocasión de dar un golpe maestro y esto le llenaba de alegría; pero, al lado de tamaño motivo para sentirse satisfecho, aparecía la negra sombra de lo que su hija le había ocultado. Montanchez se sentía herido en mitad de su corazón; Amparo había tenido secreto su amor, no sólo á él, sino á su bienhechora. Tanta ingratitud le llenaba de desconsuelo.

Esperaba con ansia llegase la noche. Esperábalo también Amparo; bien se echaba de ver.

El corsario sentía agitarse en su pecho como cierto rencor hacia la infeliz niña, si bien duraba poco semejante estado, para hacer lugar de nuevo al cariño sin límites que el corsario tenía á la hija de sus entrañas.

Pasó la tarde; llegó la noche; encendiéronse las luces. Montanchez mostrábase alegre y placentero como nunca; Victoria sonreíale con

extrañeza; estaba inquieta ante tan insólita alegría. Amparo, á su vez, no podía disimular su pena; mostrábase distraída; estaba á punto de llorar.

Dieron las nueve.

En las largas noches de invierno, y en aquel tiempo, las nueve era una hora muy avanzada.

Montanchez mostró deseos de recogerse.

Pero mayores todavía que él los mostró Amparo. El corsario la besó en la frente. Quedó luégo á solas con Victoria.

Era harto avisada la hermosa viuda para no haber conocido que mediaba algo de extraordinario, y así, lo primero que le dijo á Monchez, al quedar solos en la sala, fué:

—Algo grave sucede. ¿Qué pasa, hermano mío?

—Mañana lo sabrás,—contestó el corsario.—Por esta noche, limítate á no perder de vista á Amparo. Precisa absolutamente que no salga de su cuarto.

—¡Extraña prevención!

—Por extraña que te parezca, es conveniente. Puedes retirarte ya Espero que esta vez serás afortunada vigilante.

—¡Qué dices!—repuso, palideciendo, Victoria.—¿No lo he sido siempre?

—No niego tu fidelidad, pero has tenido la desgracia de no ver ciertas cosas.

—¿Yo? ¡Cielos! ¿Ha ocurrido algo, acaso, de que yo no me apercibiera?

—Ya te lo diré mañana. Conviene ahora hacer lo que te he dicho. Vigila bien á Amparo, y que por ningún motivo ni pretexto salga del dormitorio. Y tampoco debes salir tú.

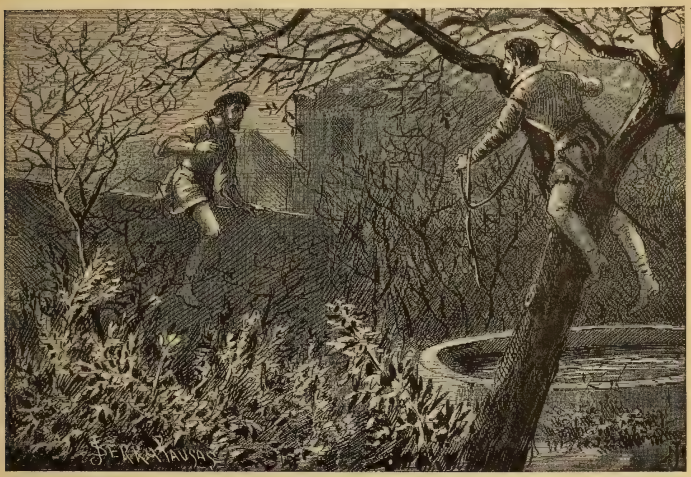
—Obedeceré, hermano mío. Buenas noches te dé Dios.

—Buenas noches tengas también, hermana mía.

II

Montanchez bajó al jardín, y se escondió en una glorieta, revestida por completo de tupida hiedra.

El jardín mediría unos cien pasos de largo, por cincuenta de ancho; había un surtidor en medio, y prestábanle sombra y fragancia varios castaños, sauces y aromeros. No se veía ninguna flor por entonces, por ser la época del invierno.



El nocturno escalador mostróse, por fin, en lo alto...

La noche era fría. El cielo estaba espléndidamente estrellado, y los astros fulguraban con centelleante resplandor, dejando caer sobre la tierra una claridad blanca y misteriosa.

A cada lado del jardín seguían otros, separados entre sí por altos bardales, y la pared del fondo cerraba un callejón sin salida, solitario siempre, encajonado entre dos paredes por el estilo.

La casa estaba tocando, por un lado, á una iglesuela, y, por otro, á unos cobertizos; por manera, que dominaba por completo ambas construcciones.

Dieron las once.

El frío viento del Norte hacía crujir las ramas secas de los árboles y rizaba la superficie del agua contenida en el pilón del surtidor.

Aquel cierzo glacial no bastaba, empero, á templar el ardor que sentía Montanchez en su frente.

El corsario, sentado en un banco que había en el cenador, meditaba gravemente.

Montanchez pensaba, á la vez que en su honra ultrajada, en los deberes que tenía para con el Máscara de bronce. Habíale el veneciano ofendido en lo más hondo de su alma, es verdad, pero si mataba á Riccioli iba á privar al Máscara, á D. Rodrigo de Toledo, de la única venganza que apetecía... Y su agravio era anterior.

Montanchez resolvió hacer lo posible para dejar con vida á Riccioli. No quería asesinarle, sino batirse con él; pero creía justo dejar la primacía del duelo al Máscara de bronce.

El corsario entró á la casa, buscó algo, y, en vez de volverse al cenador, subióse á las ramas de un castaño, desde donde se dominaba la pared de cerca.

III

Dieron las doce.

Oyóse un ligero silbido, y al poco rato apareció, en lo alto del bardal, una cabeza humana.

La cabeza miró con recelo, pareciendo prestar oído. Luégo apareció un cuerpo. El nocturno escalador mostróse, por fin, en lo alto, sentado á horcajadas sobre la cerca, permaneciendo allí, como si dudara qué partido tomaría.

De pronto oyó como un extraño chasquido, y, al momento, llevóse con terror las manos al cuello, sintiendo en él una cosa que le apretaba, y quedando inmóvil, para no estrangularse si se tiraba abajo.

Por un instante pensó en echar mano al puñal que llevaba al cinto, y cortar con él la terrible lazada; pero comprendió que el menor movimiento que hiciera en tal sentido era su sentencia de muerte, y, así, se abstuvo.

Aguardó, pues, con ansiedad el momento en que aparecería ante sus ojos el inesperado autor de la celada.

No se hizo de esperar Montanchez. Sostenido en la rama del castaño, exclamó, con sarcástico tono:

—¡Saludo al noble senador Riccioli!... No había tenido el gusto de veros desde vuestra fuga de á bordo de la *Galera Negra;* pero ya veis como de nuevo me ha caído la honra de ser vuestro carcelero... Ahora sí que puedo aseguraros que no os escaparéis, pues no hay en esta casa capitanas omnipotentes, sino que todo el mundo está á mis órdenes... Servíos bajar, pues... ¿Veis? ya aflojo la cuerda, para que no recibáis ningún daño; pero, andad con cuidado en lo que intentéis... Ved que soy hombre poco complaciente.

Nada replicó Riccioli, sino que se apresuró á obedecer, dando un salto desde lo alto de la cerca al suelo del jardín.

—Perfectamente,—repuso Montanchez.—Ahora bajaré yo.

En un momento estuvo el corsario al lado del prisionero.

—Os advierto que no opongáis ninguna resistencia á cuanto os prevenga,—repuso Montanchez.—No sabéis el peligroso terreno que pisáis.

—Nada intentaré,—respondió Riccioli.

—Eso es lo que debéis hacer... Sobre todo, no gritar. Sentiría tener que ser yo quien os matase.

—¿Se halla en Florencia el Máscara de bronce?

—No; sin embargo, con él tendréis que habéroslas, y sólo en caso de quedar vencido mi noble señor, me permitiré cruzar mi espada con la vuestra.

—Está bien.

—Sabido esto, lo sabéis ya todo. Pero ved, estamos ya en casa... Entrad aquí.

Montanchez, al decir esto, señalaba, á la luz de una linterna, una pieza interior de la planta baja, inmediata á la bodega, y sin más abertura que un estrecho ventanillo que correspondía á los tejadillos de la inmediata iglesia.

—Aquí permaneceréis, hasta que yo disponga otra cosa,—exclamó Montanchez;—pero antes, entregadme vuestras armas.

Riccioli clavó una mirada de reconcentrado odio en Montanchez, y se quitó la daga y la espada que llevaba, arrojándolas al suelo.

—Bien. Ahora os quitaré el lazo. Es ingenioso procedimiento. Aprendilo de los ginetes marroquíes, y á la verdad, nunca creí que pudiera servirme tan oportunamente. ¡Cómo ha de ser!... Veníais aquí en busca de caza, y os han cazado á vos...

—¡Ay de los traidores, si jamás llego á verme en libertad!...

—Estaréis en vuestro derecho, señor Riccioli. Lo malo que hay es que es muy dudoso que os encontréis de nuevo en disposición de hacer más daño á nadie.

—Veremos eso.

—Es verdad... Veremos, pero entretanto permaneceréis aquí bien encerrado... No me opongo á que hagáis lo posible para tratar de escaparos, pero advertid que seré un alcaide muy poco condescendiente.

IV

Cerró Montanchez la puerta, recogió la linterna y dirigióse enseguida á la bodega donde seguía detenida Michelotta.

La pobre mujer se sobresaltó al ver á Montanchez á aquella hora.

—Señor...—exclamó.—¿Qué queréis de mí?

—Nada temáis... Trátase, por el contrario, de confiaros un encargo de importancia. Ahí tenéis los quinientos ducados prometidos... Podéis ganar más, muchísimos más, sin embargo, cumpliendo bien y lealmente mis prevenciones.

La mujer tomó temblando el bolsón que le alargaba Montanchez, aunque sin poder disimular su alegría al ver brillar el oro que contenía y repuso:

—Mandadme cuanto queráis, señor. Yo os juro que os obedeceré bien y fielmente.

—Oid, pues. Partiréis enseguida de Florencia para Liorna. Una vez allí, flotaréis un barco que os conduzca al golfo de Sagone, en Córcega. Apenas desembarquéis preguntaréis al primero que veais por la *Galera Negra*, alegando que os precisa hablar con el capitán, de parte de su segundo. Al momento seréis conducida á su presencia... Le diréis

que tengo en mi poder á Riccioli y qué es lo que dispone, si venir él aquí ó que yo se lo traiga. En este caso precisará que me envie dos hombres de la tripulación. Nada más, sino que os pague este servicio.

—Haré punto por punto cuanto acabáis de decirme.

—Hospedaos en Liorna en la posada de la *Blanca Luna* y decidle al hostelero que os preste toda clase de protección de parte del caballero español que estuvo allí hace pocos dias y que él mismo os indique la barca en que debéis hacer la travesía hasta Córcega. Bastará que le digáis la palabra *Toledo* para que os atienda en todo.

—Así lo haré.

—Podéis poneros, pues, ya en marcha, Michelotta, y que Dios os conceda un feliz viaje.

—Gracias, señor, y ahora, sólo un favor os pido... que me perdonéis... Comprendo que hice mal, muy mal, en aceptar el papel de medianera entre el señor Riccioli y madona Amparo, pero no habia creído lo mismo antes... El señor Riccioli me habia asegurado que deseaba casarse con la niña; que sus intenciones eran buenas... Os juro que jamás hubiera yo consentido en servirle de instrumento á no creer que decía la verdad... antes al contrario: figurábame yo que con esto prestaba un servicio á la pobre niña...

—Bueno; no hay que hablar más de lo pasado, Michelotta. Partid, y si el diablo os indujera alguna vez á pensar en hacerme traición, tened en cuenta que sabria encontraros y daros vuestro merecido aunque os defendieran las mismas garras de Satanás, cuanto más las uñas ya muy melladas del león de San Marcos.

Michelotta cogió por toda respuesta las manos de Montanchez besándolas respetuosamente, después de lo cual salió del portal desapareciendo en la oscuridad de la noche.

V

Mientras el corsario cazaba de tan extraña manera en el jardín al noble Paolo Riccioli, Amparo, desolada é inquieta, revolvíase en su lecho, maldiciendo interiormente la tiranía de madona Victoria que no

la dejaba acudir al lugar donde suponía la estaría esperando el enamorado caballero. Por otra parte ardía en impaciencia por saber cómo obraba en poder de Montanchez aquel puñal en cuyo pomo aparecía cincelado el blasón del noble galán, que ella conocía por haberlo visto también en el puño de su espada. ¿Serían amigos ó enemigos aquellos dos hombres? No quería suponer Amparo en manera alguna lo segundo prefiriendo figurarse que sin duda mediaba entre ambos larga y cordial amistad; con todo á veces cruzaban por su mente otras suposiciones enteramente contrarias, lo cual había hecho que hasta entonces no se atreviera á preguntar nada al *señor Salvador* sobre la procedencia de aquella daga.

Tampoco podía conciliar el sueño Victoria; pero no porque se sintiese agitada por amorosos pensamientos, sino angustiada por lo que podría ocurrirle á su hermano.

Mucho le quería la pobre viuda á don Fernando. Casada de muy joven con un noble caballero valenciano, habíale perdido como ya sabemos, asesinado en las calles de Florencia. El crimen permaneció envuelto en las sombras del misterio; los móviles parecían impenetrables; pero era razonable creer reconociesen un origen político; don Diego de la Torre era conocidamente enemigo de la tiranía austriaca y alentaba en su pecho ardientes aspiraciones á la libertad, como digno hijo de uno de los principales caudillos de las *Germanías*. Parecía, pues, aquel asesinato haber obedecido á la razón de Estado, como tantos otros que se perpetraron en aquel tiempo por orden de Felipe II.

Doña Victoria se retiró entonces al lado de su hermano que regía los destinos de Nápoles casi con entera independencia del poder central, y cuando sobrevino la espantosa catástrofe en que perecieran los criminales é incestuosos adúlteros, siguió la suerte de don Fernando que la dejó instalada en Florencia, cuidando de no dar á sospechar á nadie la calidad de la hermosa dama. El retiro en que había vivido siempre y la falta absoluta de relaciones con ninguna clase de personas, habían favorecido hasta entonces su secreto, por más que no hubiesen faltado buen número de galanes que se sintieran flechados por los hermosos ojos de la enlutada señora; todos debieron abandonar el

campo desesperados al ver lo inaccesible que se mostraba, hasta el punto de ignorar su verdadera nacionalidad.

Amparo fué creciendo al lado de la dama, recibiendo de esta una esmerada educación, digna de la más aristocrática doncella. Quería doña Victoria á su sobrina con verdaderas entrañas de madre y velaba por ella con igual abnegación que si de su propia hija se tratara.

Don Fernando de Enguera venía casi cada año á pasar una temporada al lado de aquellos seres adorados, pero su visita se reducía á una verdadera reclusión, puesto que entraba secretamente en la casa y no volvía á salir de ella hasta el momento de partir de la ciudad, verificándolo con iguales precauciones.

Don Fernando se felicitaba de haber elegido Florencia para instalar en ella á su hija; manteníanse allí pocas relaciones con España, al contrario que en Venecia, Nápoles, Milán y otras ciudades en continuo contacto con españoles. Al cabo de algunos pocos años de habitar allí, hablaban ya Victoria y Amparo el italiano, con toda la pureza necesaria para realizar el ideal de *la lingua romana in bocca toscana*, pero haciendo uso del castellano en sus conversaciones privadas, y siempre también que hablaban con el *señor Salvador*.

La tranquilidad que se gozaba en aquella casa había sido perfecta para las dos mujeres, hasta el día en que Amparo reparó en Riccioli, ó, por mejor dicho, que reparó éste en Amparo. El poderoso veneciano había llegado á Florencia la noche antes, procedente de Córcega; una galera le condujo desde Bastia á Liorna, y allí decidió, para acortar el tiempo, y también para evitar nuevos peligros, regresar á Venecia por tierra. Proponíase, pues, continuar sin interrupción su viaje, cuando acertó á ver á Amparo que salía, según manifestó la Michelotta, de la iglesia de Santa Croce.

Vivamente impresionado quedó el frustrado esposo de Blanca de Alviano, al fijarse sus ojos en el semblante de la desconocida beldad. La verdad es que quedó embelesado, como nunca le hubiese ocurrido igual. Veía un rostro diferente de los que hasta entonces estaba acostumbrado á ver. No era, ciertamente, italiana aquella mujer; su gentil andar lo revelaba. Las italianas, por bellas que fueran, no andaban con

aquel donaire inexplicable. Era la niña de buen talle, ligeramente morena, de ojos garzos, sombreados por pobladas cejas de color castaño; nariz menudita, y boca algo grande, pero de tal manera, que aparecía como una nueva gracia añadida á las demás del rostro, en cuyas mejillas, algo hundidas, producíase cierto misterioso claro-oscuro que hacía pensar en los tipos de Leonardo de Vinci.

Nada más que aquella fisonomía, toda ella ocupada por las facciones, pudo ver Riccioli; el resto permanecía oculto bajo el larguísimo manto de luto. Bastaba, sin embargo, haber reparado en el rostro y en el porte de la niña, para estar segurísimo de su aristocrático linaje.

El veneciano púsose, sin darse cuenta él mismo de lo que hacía, en seguimiento de la adorable desconocida.

Las dos mujeres andaban á buen paso, y nadie parecía conocerlas, según la carencia de saludos por parte de ninguno de los muchísimos transeuntes de todas clases que encontraron en el largo trecho que hubieron de recorrer hasta llegar á casa.

Riccioli paseó por largo tiempo la calle, infructuosamente. Nadie á quien preguntó quiso ó supo darle razón alguna de las damas que vivían en aquella casa de la calle de las Espadas.

Volvió al siguiente día muy de mañana, y vió salir del portal á Michelotta, á quien consiguió ganar á fuerza de dádivas. La compradora se prestó á entregar una carta á Amparo. En cuanto á noticias, puede decirse que fueron insignificantes. Una viuda y su hija, españolas... Ella no sabía por qué vivían en Florencia... Temerían, quizás, alguna venganza, algún castigo... En fin, que nada sabía... En cuanto á hombres, ni rastro de su presencia en la casa de madona Victoria. Eran muy devotas... Gastaban poco; vivían con mucha modestia...

Todo aquello aumentó extraordinariamente la curiosidad de Riccioli, que sentía como cierto irresistible impulso que le atraía á aquella extranjera.

Michelotta entregó la carta á Amparo; era una declaración apasionada, ardiente.

Cuando Riccioli se presentó, al día siguiente, á la vista de la joven,

al ir ésta á tomar agua bendita en Santa Croce, pudo alabarse de haber producido todo el efecto que podía ambicionar. Amparo no pudo ocultar la dulce emoción que había experimentado al verle, mientras que Riccioli, á su vez, sintió aumentar todavía más el imponderable encanto que le había producido la contemplación de la niña.

Riccioli era, en efecto, de arrogante presencia; su fisonomía era hermosa y dulce, adivinándose en sus maneras y en su porte lo elevado de su alcurnia.

Siguió de nuevo á las mujeres, hasta ver que entraban en su casa, y esperó. Aquella vez fué más feliz que el día anterior. Amparo se asomó á uno de los balcones.

Cuando Riccioli volvió por la noche, Amparo le arrojó un papel. Era una contestación, bastante satisfactoria, á la carta que de él había recibido.

Esto duró una semana; los amores iban de prisa en aquel tiempo. El día que Michelotta sacó de casa á madona Victoria,—so pretexto de auxiliar á una infeliz enferma que se estaba muriendo, abandonada de todo el mundo,—Riccioli oyó de labios de la niña las más ardientes palabras de amor. Verdad es que no consiguió ni que le diese siquiera la mano para besarla, pero adquirió la certeza de que Amparo estaba enamoradísima.

Hay que decir aquí que Riccioli no pensaba, ni por asomo, en hacer de Amparo su esposa; pero, acostumbrado á las fáciles conquistas y á los amores de todo punto mundanos, encontraba un singular placer en habérselas con aquella niña, tan diferente en sus sentimientos como en su belleza, del resto de las mujeres que había él conocido.

Algo había intentado conocer Riccioli respecto á la condición de aquella niña; Amparo nada podía decirle. Que era huérfana... que madona Victoria era muy buena para ella... Instintivamente, calló cuanto pudiera referirse al *señor Salvador*. Riccioli no adelantó gran cosa en este punto.

Él, por su parte, presentóse á la niña con otro nombre que el suyo. manifestando llamarse Arnoldo Montalto, noble veneciano. Riccioli no quería comprometerse.

El noble Corsini, lleno de achaques y cargado de años, nada había traslucido de las galantes aventuras en que andaba su encumbrado huésped, pero algo había trascendido hasta la servidumbre, aunque nadie podía precisar quién fuese la afortunada mujer que había tenido el honor de enamorar al poderoso senador veneciano. Sabían que la Michelotta entendía en ello, pero esto no bastaba á despejar la incógnita, puesto que la compradora entraba en muchas casas de la ciudad donde había beldades más ó menos merecedoras de inspirar amores á tan hermoso caballero como era el ilustrísimo magnate de la serenísima república.

VI

Lució por fin la claridad del día.

Era la hora á que solían abandonar el lecho las dos mujeres; no había por lo tanto pretexto alguno para retener á Amparo en la cámara donde había pasado la noche.

—Espera un momento antes de salir,—dijo Victoria, disponiéndose á hacerlo ella.

—Extraña prevención me hacéis,—contestó Amparo.—¿Por qué mandáis quedarme?

—No será como puedes comprender, sin que exista algún motivo para ello. Haz, pues, lo que te digo.

—Obedeceré, señora.

—Eso te toca hacer. No salgas de aquí hasta que yo vuelva.

—¿Es decir, que quedo presa?

—Puedes suponer lo que mejor te parezca.

—Señora... ¡Me reñís!—exclamó llorando Amparo.

—Vaya, no seas niña... Hay cosas que no debes saber aún y por eso *te ruego* que no salgas de este aposento hasta que venga yo á avisarte.

—Perdonadme, señora... Aquí quedaré esperando vuestras órdenes.

Victoria se dirigió enseguida á ver á su hermano, adivinando al momento que algo grave ocurría.

—Fernando;—exclamó ella,—no me ocultes nada... ¿Qué ha pasado?

—Puedo hablar ya sin temor alguno,—replicó Montanchez.—Amparo tenía dada esta noche una cita en el jardín.

—Imposible... Te han engañado... La han calumniado...

—No, por desgracia... El hombre ha comparecido.

—¡Y le has muerto!

—No le he muerto; no tenía derecho á hacerlo; hay otro á quien le corresponde antes que á mí...

—¡Ah! Respiro...

—Quizás no sea tiempo todavía.

—Dios mío... Fernando... Luégo estarás en peligro y volverá á estarlo Amparo...

—Tanto como eso, no. Ese hombre es mi prisionero y está guardado en esta misma casa.

—¿Aquí está?

—Sí... Encerrado en uno de los aposentos de abajo. Allí permanecerá hasta que yo le ponga en manos de aquél que te he dicho era el único hombre á quien me unían sagrados vínculos de amistad y gratitud.

—Y ese hombre ¿vendrá aquí?

—Vendrá aquí ó no vendrá, pero sea una cosa ó sea otra, el preso irá á parar á sus manos. De cuanto te he dicho, nada debe saber Amparo.

—Nada sabrá.

—Eso dices, pobre Victoria, pero no sabes tú de que sutiles mañas se valen las niñas al parecer más candorosas y divinas cuando de amor se trata. Por desgracia Amparo parece haber sentido por ese hombre una pasión vehemente y ciega, pues, no de otra manera se comprende que en tan breve tiempo le concediera la confianza que revela una entrevista á solas, á altas horas de la noche. Podría mi prisionero inventar manera de ponerse en comunicación con Amparo y conseguir su evasión. Esto sin que tú pudieses evitarlo á pesar de toda tu vigilancia... No conviene, por lo tanto, que Amparo permanezca por más

tiempo aquí y á este objeto hoy mismo habrá de entrar en un convento hasta que haya pasado el peligro.

—¡Separarme de ella!... Fernando... no hagas eso.

—Que más remedio... Debo responder de ese hombre ante mi capitán. Escapóseme una vez de entre manos; no quiero que suceda de nuevo.

—Dios mío... ¡Amparo de mi alma!

—Ya ves como ignorabas, sin embargo, que Amparo se cartease con el que pretendía seducirla...

—¡Horror!... ¡Seducir á Amparo!... ¿Y quién es ese infame que tal se proponía?

—No le conoces tú, pero en cambio le conocen demasiado otros; un noble veneciano, inquisidor del Consejo de los Diez, el ilustre Paolo Riccioli.

—Es verdad que no conocía yo este nombre, pero siendo tan poderoso ¿cómo no estar expuestos á cada momento á que se pongan en su busca y consigan averiguar por fin su paradero?

—Si por acaso esto alcanzaran, peor mil veces para él porque no le sacarían vivo de aquí, sino cadáver. Con todo, figúrome que no hay que temer por esta parte y que cuantos pasos se den para averiguar que ha sido de él, resultarán inútiles. La Michelotta se halla ya á estas horas lejos de Florencia y era la única persona que podía revelar este secreto.

—¡Con que la Michelotta era la que servía de medianera entre ese hombre y Amparo! ¡Oh, qué infame!

—Fuélo sí, pero supe hablarla de manera que la tengo enteramente á mi disposición. Sabe que aunque no sea yo senador veneciano, dispongo quizás de mayor poder que el mismo Consejo de los Diez. No hay en todo esto más peligro que el amor funesto que consiguió Riccioli inspirar tan prontamente á mi hija. La llevarás al convento de la Trinidad, diciendo que es huérfana del capitán español D. Carlos de la Vega y que permanecerá allí hasta que dispongan otra cosa los parientes que tiene en la corte de Madrid. Cuando Riccioli esté en el otro mundo, sabrá Amparo lo ocurrido para desengaño suyo. Ahora, va-

mos á verla para comunicarle mi resolución y despedirme de ella. Necesitaré después todo mi tiempo para vigilar á Riccioli y constituirme en su permanente guarda.

Hablaba Montanchez grave y solemnemente; lloraba Victoria en silencio. Ambos se dirigieron al aposento en que se hallaba Amparo.

VII

La niña no pudo dominar la emoción que le causó la expresión del señor Salvador, en cuyo rostro veíase impresa honda tristeza al par que cierta severidad que imponía.

—Amparo,—exclamó el corsario,—he de comunicarte una resolución por la cual no debes afligirte desde el momento que es para tu bien... Además de esto, tengo derecho á ello.

—Hablad, señor,—contestó Amparo, cuya palidez hacía parecer su rostro cual si fuese de blanca cera.

—Es, pues, mi voluntad que desde hoy dejes esta casa para entrar en un convento, hasta que disponga yo otra cosa... El plazo no será largo, sin embargo.

—Señor, decís que podéis mandar de mí, y os creo... Pero ¿con qué derecho mandáis?

—Confióme tu padre plena autoridad para hacerlo.

—Juradlo por esta cruz,—exclamó Amparo presentándole un diminuto crucifijo de plata pendiente de un rosario.

Vaciló un momento Montanchez en cuyos ojos brilló como una llamarada de cólera, pero enseguida, grave y solemnemente replicó:

—Lo juro.

Como si aquellas palabras hubiesen sido para ella aguda puñalada que le atravesara el corazón, dió Amparo un fuerte grito, y cayó desvanecida en tierra.

—¡Desdichada! ¡Cuánto le amaba!—murmuró Montanchez.

VIII

El desmayo duró por largo rato. Lloraba desconsolada Victoria, al paso que Montanchez, parecía contemplar con cierta dureza á la desfallecida niña.

Por fin, volvió Amparo en sí. Montanchez se alejó de su presencia para no despertar nuevas emociones en su hija.

—¡Madona! Por Dios,—exclamó la niña,—¿quién es ese hombre que de tal manera manda sobre mí? ¡Yo no sé qué horribles pensamientos cruzan por mi mente!... ¡Madre, madre mía de mi alma! ¿por qué no estás á mi lado para defenderme?... ¡Me vais á encerrar en un convento!... ¡Tan joven!... ¡Perdón, señora!...

—¡Oh, calla, calla, mi bien, mi niña adorada!—exclamó Victoria, deshecha en llanto.—El señor Salvador puede mandar lo que ha mandado... Te lo ha jurado él, y te lo juro yo ahora... No te aflijas; tu permanencia en el convento durará poco, muy poco... ¿Piensas que serás tú sola la que sufras? ¿Piensas que yo no lloraré también siempre, siempre, hasta que vuelvas á mi regazo? Pero, conviene eso... Sí, créeme que conviene... El señor Salvador ha obrado por tu bien y por su seguridad. ¿Quisieras tú ocasionarle alguna desgracia?

—¡Oh, no!... ¡Dios mío!... ¡No!... ¡Qué horror!...

—Pues ya ves... ¡Quién sabe si de permanecer tú aquí no podría ocurrirle algún contratiempo!

—¡Qué oigo!... ¡Vamos, vamos pues, señora! Ya no lloraré más... Iré contenta donde queráis llevarme.

—Al convento de la Trinidad.

—Pero, decidme: ¿no dejaréis que venga á verme allí la Michelotta?

—¿La Michelotta?... Sí... ya vendrá.

—¡Entonces, vamos... vamos, señora!

Y en un momento estuvo dispuesta Amparo, que salió de la casa en compañía de Victoria.

CAPÍTULO V

La posada de la Blanca Luna

La Michelotta partió de Florencia á buen paso, sin que nadie se opusiera á su salida.

Era fuerte y animosa, y no le daba miedo andar á solas por los caminos, á pesar de ser noche cerrada. La recompensa recibida le prestaba ánimos, y todavía le alentaba más el premio que la esperaba cumplido el encargo que Montanchez le había confiado.

—Una vez terminada la aventura,—pensaba ella,—me retiraré á Nápoles ó á Milán, y allí podré pasar tranquilamente mi vejez, sin tener que llevar la trabajosa vida que hasta ahora he conocido. Nada me retiene en Florencia... y aún quién sabe si no hallaré en la ciudad donde me establezca algún gentil caballero...

Y Michelotta se sonreía al pensar que, quizás, en vez de ser eternamente *contadina*, llegaría á figurar en las filas del *mezzo cetto*, y hasta ¿por qué no? de la misma aristocracia....

Y se acordaba de Bianca Capello, la aventurera veneciana futura ocupante del solio de Florencia... De Bianca Capello, á quien había co-

nocido ella poco menos que meretriz... ¡Y pensar que sería gran duquesa de Toscana!

Halagada por tan ambiciosos pensamientos, y sintiendo el agradable peso del repleto bolsón que llevaba oculto en el seno, llegó Michelotta á Montelupo, así que rayaba el alba.

Entró en una posada, tomó un ligero refrigerio, pidió una mula de buen andar, y continuó su camino, resuelta á pernoctar en Pisa aquel mismo día.

Durante el camino encontraba, á veces, tal cual mozo de campo, que la echaba chicoleos, cuando no algún reverendo fraile, que la echaba, á su vez, bendiciones; algún mendigo; algún peregrino que iba á Roma, algún buhonero alemán que recorría los pueblos.

Habíanse acabado las guerras, y reinaba en toda Italia perfecta tranquilidad. Ya no recorrían sus campos, asolándolos, las bandas de *condottieri* que vivían sobre el país, sin hacerse daño entre sí, á pesar de defender opuestas causas, y en su lugar resonaba en la quietud de las campiñas el canto del labrador que araba ó el mugir de los bueyes que pacían.

Era suave la temperatura, á pesar de hallarse próximos los días de Navidad.

El Arno llevaba gran caudal de agua, y su vista alegraba á Michelotta, que respiraba con delicia el aire perfumado del valle.

II

La buena mujer consiguió su intento, y llegó á Pisa así que se ponía el sol.

Albergóse en la misma posada del *Campanile Torto* en que lo había hecho Montanchez, y al siguiente día manifestó al dueño le proporcionara otra cabalgadura para dirigirse á Liorna, así como también el correspondiente guía.

—¿A Liorna vais?—contestó el posadero.—Pues no es menester que os acompañe ninguno de mis criados. Dejaréis la mula en la posada de la Blanca Luna y para llegar sin tropezo alguno no tenéis mas que ir

en compañía de un reverendo franciscano que se dirige también allí.

—Con mil amores,—respondió Michelotta, á quien le pareció venirle de perlas aquella ocasión.

—Vedle al reverendo padre,—dijo el posadero, señalando al fraile de quien había hablado.

Michelotta miró á donde le indicaba el posadero, y vió á un reli-

—Vedle al reverendo padre,—dijo el posadero

gioso joven, y hasta guapo, pero que no parecía hallarse de muy buen talante, según lo ceñudo que se mostraba.

El hostelero hizo seña á la viajera de que se acercase con él al fraile, que en aquel instante se disponía á montar en su pacífica cabalgadura, y cuando hubieron llegado á su presencia, díjole el dueño de la posada:

—Si vuestra paternidad no halla inconveniente en ello, hará con vos el viaje á Liorna esta buena mujer, que va también para allá.

El fraile hizo un gesto de malhumor al oir semejante proposición, pero despejóse algo su ceño al ver á Michelotta. Sin duda creería se trataba de alguna zafia y rústica comadre, y se aplacó al encontrarse

con una tan arrogante hembra como era aún, á pesar de sus años, la escultural florentina.

—Ningún inconveniente hay, hija mia,—replicó el fraile, previo un rápido examen de la compañera de viaje.

—Gracias, padre,—contestó Michelotta.

Montaron una y otro en sendas mulas, despidiéronse del posadero y salieron de Pisa.

III

Sentia Michelotta comezón de hablar, al cabo de tantas horas de forzoso silencio, y mucho más siendo ella naturalmente parlanchina, y persuadida también como estaba de poseer á perfección el puro acento de Toscana. Así fué, que no tardó en romper el fuego, exclamando:

—¿Vais á Liorna para quedaros allí?

—No sé todavía,—contestó el fraile.— Allá veremos.

Mordióse los labios Michelotta, comprendiendo que el fraile no tenia muchas ganas de conversación, pero no queriendo darse por vencida, replicó:

—¿Os traerán allí sin duda negocios de la orden?

—Claro,—replicó el fraile.

—¡Dichoso vos!—repuso Michelotta.

—¿Por qué decís eso?—contestó el religioso.

—Porque no tenéis para que ocuparos nunca en asuntos propios... Quisiera ser monja, así como vos sois fraile.

—Nada más fácil.

—No tanto.

—Si sois casada, es diferente.

—Precisamente ese es el motivo que me trae á Liorna.

—¿Tenéis allí á vuestro marido?

—¡Quisiéralo Dios! Más lejos he de ir.

—¿Más lejos? Pues ¿á dónde?

—¿Yo qué sé? A Córcega, á Cerdeña, á Génova ¿quién sabe si á Sevilla? en Liorna lo sabré.

—Y ¿á qué habéis de ir tan lejos?

—Pues á encontrar á mi marido.

—¿No sabéis todavía entonces dónde pára?

—No lo sé á punto fijo; en Liorna me lo dirán.

—¿Y cómo no lo sabéis vos?

—Mi marido es marinero, y cayó gravemente enfermo durante el viaje de regreso desde Sevilla á Italia. El barco siguió su camino y lo dejó en una de las escalas que hizo.

—¡Ah! ¿Con qué estáis casada con un marinero?

—Por mi mal... No porque no sea él más bueno que el pan, pero ¡es tan triste para una mujer estar separada siempre de su marido!

—En efecto, debe ser cosa triste.

—Un año hace que no lo he visto.

—¡Un año! ¿Luégo ha sido muy largo este viaje?

—Mucho que sí... Un viaje allá al país del oro.

—¡A América!

—Justamente.

—¿Iba en algún barco español vuestro marido?

—Precisamente; en un barco español.

—Pero él ¿será italiano?

—Tan italiano como vos... Pisano.

—¡Ah! Muchos pisanos se han alistados en barcos españoles, es verdad.

—Esto fué lo que hizo él.

—A ver, pues, si os dan razón en Liorna de dónde le dejó el barco.

—Indudablemente me enterarán... Y si vos quisiérais rogar á Dios tuviese yo el consuelo de encontrármelo curado ya y en disposición de trabajar de nuevo, os lo agradecería mucho.

—No dejaré de hacerlo, buena mujer.

—Hacedlo, y yo sabré recompensaros bien.

—Gracias, hija; basta lo laudable de la intención.

—¡Ah! ¡No podéis figuraros lo que he rezado yo para que Dios me vuelva sano y salvo á mi marido! Por eso os decía que hubiera querido ser monja. ¡No tiene uno más que disgustos en el mundo!

—¿Y creéis vos que no los tienen también las que están apartadas de él?—exclamó con cierta vehemencia el religioso.

Chocóle á Michelotta la viveza con que se había expresado el fraile, lo cual no echó en saco roto, mientras que al franciscano parecía pesarle lo que había dicho según el tono contrito con que repuso enseguida:

—El demonio persigue sin tregua á todas las criaturas para desviarlas de los preceptos que nos legó nuestro Divino Redentor... En el claustro y fuera de él, hay que temer siempre sus asechanzas y ponerse constantemente en guardia contra sus perniciosas tentaciones... *Ave María, gratia plena, Dominus tecum...*

Y el fraile continuó murmurando entre dientes la piadosa plegaria, imitándole Michelotta, si bien en vulgar italiano.

IV

El fraile no pareció tener más ganas de conversación luégo de terminado el rezo, pero Michelotta menos temerosa sin duda que él de las tentaciones diabólicas, empeñóse en que el religioso había de despegar los labios aunque no quisiera.

Sospechaba la astuta florentina, que el reverendo padre no debía de ser ningún prodigio de virtud. Ni la gallardía de su persona, ni el ardor con que se había expresado á propósito de los disgustos que podían pasarse en el claustro, dejaban duda de que el buen religioso no tenía pretensiones de emular al santo frailecito de Asís. Esto picó la curiosidad de la ladina intrigante.

—¿Os parecerá que faltará mucho todavía para llegar?—preguntó.

—Poco,—replicó el fraile.

—¿Por manera, que al mediodía estaremos ya en Liorna?

—Si Dios quiere.

—No es, pues, mucha la distancia ¿verdad?

—Verdad.

—Pero en fin, aunque sea corto el trecho vale más siempre hacer el viaje en compañía. Ya veis, una mujer que viaja sola está expuesta á

recibir algún disgusto á cada momento, mientras que yendo con otros viajeros no tiene nada que temer; sobre todo cuando se tiene la suerte de poder viajar al amparo de un reverendo religioso... No podía desear yo ciertamente mejor protección que la vuestra; Dios ha querido sin duda concederme este señalado favor... y ¡ved! paréceme que la feliz casualidad que me ha deparado vuestra santa compañía, es anuncio seguro de que veré coronado de feliz éxito mi viaje... Sí, me da en el corazón que vuestro encuentro es prenda segura de la justicia de Dios... Porque, á la verdad, no podía yo esperarme ir en tan buena compañía, ni topar con un fraile tan bondadoso que quisiese rogar á Dios en favor de mi marido, sin aceptar ninguna recompensa... Pero, en fin, ya que no sea dinero, que bien poco es el que tengo, yo sabré demostraros mi agradecimiento diciendo de vos en todas partes que sois un santo varón, un ángel, un modelo de virtudes.

Miró encolerizado el fraile á la parlanchina, y con brusco acento repuso:

—¡Callarais, mujer! ¿Qué habéis de decir de mí? ¿Qué sabéis vos? Pésame, á la verdad, vuestra indiscreción, y tenéos por advertida de guardar silencio y no interrumpirme de nuevo en mis meditaciones.

—Perdonadme, padre... No creí, ciertamente, molestaros, al haceros presente mi reconocimiento.

—No hay para qué debáis estarme reconocida por nada.

—¡Cuán humilde sois! Bien se ve que practicáis hasta lo sumo las virtudes de vuestro santo patrón el glorioso San Francisco...

—¡Dále otra vez!

—En fin, callaré, pero no podréis impedirme que en todas partes me haga lenguas de vuestro religioso fervor y diga por do quier que sois un santísimo varón.

Ardieron en ira los ojos del religioso, y exclamó colérico:

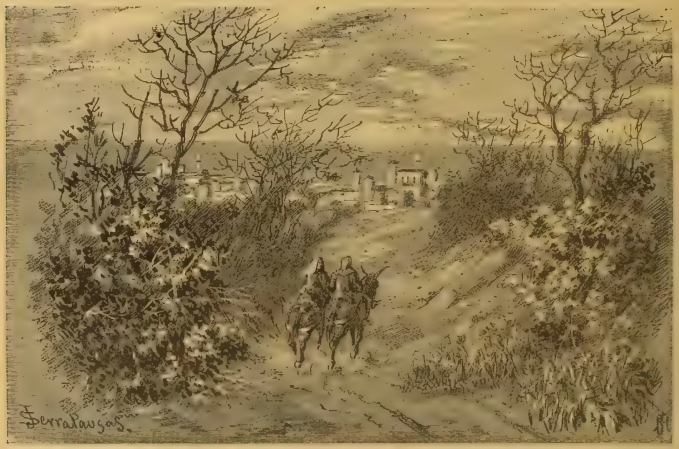
—¡Así cargase con vuestra condenada charla el mismo Satanás!

—¡Jesús me valga!—dijo Michelotta santiguándose llena de miedo al ver la expresión bravía del rostro del franciscano.

Éste vaciló algunos momentos y al fin, tratando de suavizar el tono, dijo:

—Ya veis como el diablo está atento siempre á hacer caer en pecado á los que más le huyen... He sido débil y me he dejado llevar de un arrebato... Pésame verdaderamente y os pido con toda humildad queráis perdonarme...

Michelotta, temblando todavía, repuso:



—¡Ved! ¡Liorna!

—¿Perdonaros yo? Al contrario... Comprendo que os habéis enojado con razón conmigo... Ya callaré, padre, ya callaré...

—Callad, pues, y no sólo ahora sino después... Habéis sido testigo de un momento de obcecación que he tenido... y conviene que lo olvidéis.

—Así lo haré.

—Sigamos, pues, nuestro camino, y mientras tanto iré rezando... Haced vos igual y obraréis acertadamente.

—Sí, rezaré padre... aunque se me han olvidado los rosarios...

—No importa. Rezad, rezad.

Y dando ejemplo por su parte, comenzó el religioso á murmurar *Pater Nosters* y *Aves* sin darse punto de reposo, en lo cual le imitaba

Michelotta con sibilantes sonidos labiales, única cosa que llegaba á oídos de su fervoroso compañero de viaje.

V

El piadoso pacto fué puntualmente observado, hasta que por fin, exclamó el fraile levantando la voz:

—¡Ved! ¡Liorna!

La ciudad aparecía, en efecto, allá á lo lejos, en una llanura, á orillas del mar. El viento levantaba nubes de menudo polvo arenisco que molestaba en gran manera la vista, inconveniente perpetuado por desgracia hasta nuestros días y que hace de Liorna una verdadera California para los oculistas.

—Picad un poco si os parece que podéis manteneros firme,—dijo el fraile.—Cuanto antes lleguemos mejor.

Obedeció Michelotta, puso la mula al trote largo, y tanto la hizo correr, que llegó á establecerse entre el fraile y su compañera como una secreta rivalidad sobre quien llegaría antes. La porfía llegó hasta el extremo de tomar el fraile la cosa á punto de honra, pues le adelantaba Michelotta continuamente.

—¡Montáis bien, vive Dios!—exclamó enardecido el religioso.

—¡Vive Dios, que ya lo sabía yo!—dijo Michelotta, y lanzó su mula á galope tendido.

—¡Pensáis ganarme!—replicó el fraile...

—Sí pienso,—contestó Michelotta volviendo la cabeza.—¡No me alcanzaréis!...

El fraile al oir esto picó furiosamente su cabalgadura, pero en lugar la mula de avanzar dió en dar vueltas y en encabritarse pugnando por tirar á su ginete.

Iba éste, naturalmente, montado á mujeriegas, mas al verse en peligro de ser tirado púsose á horcajadas reduciendo al animal y obligándole á emprender desatentada carrera.

Michelotta volvía á cada momento la cabeza. El fraile había adelantado mucho en poco tiempo y amenazaba aventajarla. Entonces hizo

ella como el fraile, montó sin rubor alguno á horcajadas, picó más, y recobró la ventaja, hasta que por fin al llegar junto á una cruz de piedra erigida en una encrucijada hizo alto, volviendo á ponerse á mujeriegas y limpiándose el sudor que corría por su encendido rostro.

El fraile detuvo allí también su cabalgadura; en su cara estaba impresa profunda palidez.

—¡Sois el diablo!—exclamó mirando á la mujer.

—¡Quién sabe!—repuso Michelotta riendo.—Sin duda por eso me mostráis la cruz...

—¿Yo? ¿Qué cruz?

—Ved,—replicó la florentina señalando al pecho del fraile.

Miró éste y se mordió los labios. Por una abertura del sayal aparecía el puño, en forma de cruz, de una daga.

—Llevaba esta arma por precaución,—murmuró el religioso.—Es bueno ir prevenido...

—Pensáis discretamente. A veces no bastan las oraciones para defenderse de los malos.

—Justamente... ¿Pero sabéis que me habéis dejado admirado? Montáis como no suele verse ni áun en las damas más avezadas á ir á caballo.

—No tiene esto nada de particular. Nací en el campo, y todas las labradoras saben ir á cuestas de una mula.

—Según eso sois labradora.

—Fuílo en mi juventud.

—Nadie lo diría, sin embargo, según vuestra traza de *citadina*.

—Que no lo soy os he dicho ya; pero no por eso siento envidia alguna; hónrome con pertenecer al pueblo, y bástame ser honrada.

—Pensáis discretamente.

—Así pensaran todas las mujeres, pero ¡ay! que con esas nuevas costumbres que se van introduciendo ya nadie se contenta con su suerte! Todos y todas quieren salir de su condición, como si fuese posible tamaña igualdad... A Dios gracias no pienso yo así, y me doy por bastante satisfecha con ser esposa de un honrado marinero... Quiera el cielo, sin embargo, que pueda decir *soy* y no *he sido*.

—No tengáis cuidado... Bien vivo encontraréis á vuestro esposo.

—¡Óigaos Dios!

Ya en esto habían llegado á la ciudad; guardaron silencio los dos viajeros, observando edificante compostura y detuviéronse por fin frente á la posada de la *Blanca Luna*.

—Aquí es,—dijo el fraile.

Apeáronse él y la mujer, y salióles al encuentro el hostelero, quién creyó al primer momento no fuesen parientes ó allegados, pero el fraile le sacó enseguida de su error afirmando muy mal humorado que no tenía otras relaciones con su compañera de viaje que las de haber hecho juntos el camino desde Pisa.

El hostelero pidió al religioso le perdonase su error, y le condujo á un humilde cuartito del segundo piso, volviendo enseguida al zaguán donde quedaba esperando Michelotta.

VI

—No tenía para que enfadarse tanto el reverendo por haber supuesto fueráis hermana ó prima suya,—exclamó maese Petruccio, que así se llamaba el huésped...—A fe, paisana, que no bocado de fraile, sino *boccato di cardinale* os llamará cualquiera...

—Pues no lo seré nunca, ni de unos ni de otros,—respondió Michelotta.—Por otros mares me gusta navegar á mí que no por los de la Iglesia.

—¡Ah! Entonces debéis de ser marinera.

—Precisamente, y vos mismo cuidaréis de hacerme embarcar bien y seguramente.

—Con mucho gusto, paisana. ¿Y para dónde?

—Para Córcega.

—Córcega es grande. ¿Para qué parte?

—Para Sagone.

—¡Diablo! ¿Para Sagone?

—Como oís.

—¿Y á qué vais allí?

—Voy á algo que debe importarme.

—Me habéis dejado convencido, pero es el caso que no sé yo de ningún barco que haga este camino.

—No le hace. Fletaréis uno expresamente.

—Muy de plano arregláis las cosas.

—*Toledo.*

El posadero miró á la mujer con asombrados ojos é hizo una profunda reverencia.

—Estoy á vuestras órdenes, madona,—exclamó.—Podréis proseguir vuestro viaje cuando gustéis.

—Me encuentro harto fatigada todavía y necesito descansar. ¡Ah! Tened cuidado de que se vigile á ese fraile que ha venido conmigo y decidme para dónde se embarca. Antójaseme harto misterioso personaje.

—Estaremos á la mira, madona. Pero antes de descansar ¿tomaréis algo sin duda?

—Sí, es verdad; con el sueño se me olvidaban las ganas de comer. Despachad pronto, sin embargo.

—Al momento seréis servida. Seguidme si os place.

VII

El hostelero condujo á Michelotta á un aposento que vendría á ser probablemente el *sancta sanctorum* de la casa, según el aseo que reinaba en él, amén de lo bien alhajado que estaba.

—Este cuarto,—dijo el hostelero,—ocupábalo mi mujer, que Dios haya perdonado. Aquí se retiraba ella para trabajar en sus cosas, sin que nadie osara pasar de los umbrales de la puerta, ni siquiera yo mismo.

—Dios la tenga en su santa gloria... ¿Era italiana?

—Sí, señora, romañola. Muy buena católica.

—Celebro.

—¡Oh! En esta parte no tenía pero; oía misa todos, todos los días, ayunaba, dábase cilicios, costeaba novenas... No podéis figuraros lo

fervorosa que era... ¡Y qué horror le daba vivir aquí donde se reune toda casta de gentes! Por eso gustaba de encerrarse en este cuarto y no salir nunca para no tener que ver la cara de los innumerables herejes de que está llena Liorna.

—Pues, en verdad, que no pudo ir á parar á peor sitio.

—Es lo que me echaba en cara ella siempre... Al principio vivíamos en Roma, pero luégo las cosas se fueron poniendo mal y por ciertas cuestiones de las que no hay para que hablar, juzgué prudente salir de los Estados Pontificios y venirme á esta libre tierra, donde se vive como en república.

—Aquí querréis decir, pues lo que es más adentro...

—Pues, por eso no voy yo más adentro. Hablo de Liorna. ¡Gran ciudad, donde todo el mundo halla seguro refugio! Pero estoy hablando y descuidaba ya el serviros. Voy, voy, madona.

Si el hostelero parecía no poco respetuoso y comedido para con Michelotta, conocíase que debía formar esto una excepción en sus maneras habituales, pues, apenas hubo salido del cuarto en que dejaba á la regalada viajera y entrado en la cocina, comenzó á proferir contra todo el que encontraba á su paso los más redondos ternos.

El hombre se desesperaba al ver que no estaba nada á punto; gracias á sus medidas comenzaron á chillar cacerolas, sartenes y pucheros, á quedar pelados los pollos, descamados los pescados y batidos los huevos. El ajo, la canela y la cebolla perfumaban gratamente la cocina; óyose el lamentable plañido de un lechoncito al sucumbir bajo la tajante cuchilla de un pinche y por fin, un sordo rumor de hervores acompañado de un apetitoso olor, demostró que en la cocina del mesón de la *Blanca Luna* podían hacerse bien y pronto los mejores guisos.

VIII

Mientras esto ocurría en el más importante departamento de la casa, Michelotta entreteníase en examinar el aposento en que el hostelero le había acomodado.

Era una pieza de forma octogonal, coronada por una cúpula redonda, lo cual la hacía asemejar á una capilla. En los plafones estaban pintados varios frescos, representando santos y asuntos de la Historia Sagrada: una Madona, Santa Cecilia, San Jorge, San Pedro y San Pablo, el sacrificio de Abraham, etc., etc. El ajuar se componía de una mesa sobre la cual había una arquilla, de un escaparate con la imagen de la Piedad y de varios escabeles curiosamente labrados, amén de una estrecha cama con gran cabecera llena de dorados.

La estancia recibía luz por una ventana gótica de pintados vidrios, que daba vista al mar.

Michelotta se creyó por un momento en la celda de una monja, tal era la impresión que producía aquel cuartito en el que parecía respirar aún cierto olor á incienso.

De tales antojos vino á sacarla, sin embargo, la voz de maese Petruccio, que avisaba su próxima entrada con la comida, apareciendo enseguida con una gran cesta, cuyo olor profano disipó por completo el perfumado aroma que hasta entonces había respirado allí Michelotta.

El huésped dejó sobre la mesa un pollo asado, un plato de pescado frito, un lechoncito, una pierna de carnero, ensalada, crema y frutas.

—A haber avisado, os hubiera tenido preparado mejor refrigerio,—dijo el huésped con modestia;—perdonadme, pues, si tenéis que contentaros con tan humilde colación.

—No digáis eso, maese,—contestó Michelotta;—habéis traído aquí comida para una comunidad de bernardos.

—Bien se conoce vuestra bondad al dispensarme tal elogio. Os deseo, pues, buen apetito, y no tenéis mas que llamar si se os ofrece algo.

—¿Y el fraile?

—¡Oh, pobre hombre! Ese ha tenido que contentarse con un plato de polenta y unas magras, que ha devorado con famélica presteza. Conócese que estaba el infeliz harto hambriento.

—No le perdáis de vista.

—Eso se hace.

IX

Retiróse el hostelero y comió Michelotta, con no menos apetito que su compañero de viaje, aunque con más moderación, pues no hizo mas que probar una mínima parte de todo cuanto le había servido maese Petruccio.

Éste entró de nuevo, así que Michelotta se hubo levantado de la mesa, y dijo:

—Madona, en la playa espera una gabarra catalana, que os llevará á Sagone. El fraile va á embarcarse en otra que parte para Génova.

—Está bien.

—El patrón pide cincuenta ducados para ir á Sagone. Si no los traéis, dejadlo para mí.

—Sí los traigo.

—Aunque así sea, si tenéis que menester más...

—Gracias. Lo que deseo es que me proporcionéis un traje de marinero con que disfrazarme, para no llamar tanto la atención. En cuanto al fraile, si parte para Génova no hay que pensar más en él. Habíame inspirado cierta sospecha por su porte, que nada tiene de frailuno. Hubiera podido ser un espía.

—No vais descaminada al juzgarlo así. Ese hombre no es fraile.

—¡Ah!

—Un marinero cipriota lo ha reconocido y me ha dicho que una vez se embarcó en Venecia para Chipre, con una hermosísima mujer, en la barca en que él navegaba.

—Pues si ahora va sin esa mujer, quizás sea que la ande buscando.

—Podría ser muy bien.

—Pero como, de todas maneras, esto no me interesa, puede seguir su camino buenamente, y que Dios le conceda un feliz viaje.

El hostelero fué á buscar el traje pedido por Michelotta, que lo revistió al momento, hecho lo cual, acompañóla al puerto y la presentó al patrón de la gabarra.

—Tomad,—dijo Michelotta, entregándole los cincuenta ducados.

El patrón miró las monedas, y respondió:

—Está bien. Vamos á salir.

—Para Sagone.

—Justamente.

Despidióse el hostelero, y al punto los remos azotaron las olas, hinchando al par el viento las velas de la gabarra.

X

Durante algunas horas, hasta ponerse el sol, permaneció Michelotta sobre cubierta, contemplando la risueña costa del mar Tirreno.

Por fin, cerró la noche, y se acomodó en el estrecho camarote del patrón, no tardando en ser vencida por profundo sueño.

Así pasó un día, apareciendo á su vista, al amanecer del segundo, la escarpada costa de Córcega.

—¿Estamos cerca?—preguntó Michelotta al patrón.

—Aún tardaremos ocho ó diez horas, siéndonos el viento favorable.

—¿Qué tierra es esa que se ve allá á lo lejos?

—Cabo Corso. Nosotros tenemos que navegar más al Sud.

—Lo que me parece es que no vamos solos á ese Sud que decís. Ved otra barca que parece llevar igual camino.

—¿Dónde?

—Ahí, por la popa.

El patrón miró donde decía la pasajera, y replicó:

—Es verdad... Pues no deja de ser extraño, porque esa barca se encaminaba á Génova.

—¿A Génova? ¿Es una donde se embarcó un fraile?

—Esa es.

Michelotta pareció quedar muy pensativa.

—No me fié nunca mucho del tal fraile ni de la tal gabarra,—dijo el patrón catalán.—El fraile vino á pedirme le llevara á Urcino, y me negué, por haberme dicho maese Petruccio que no podía admitir más

—¡Dónde!
—Ahí, por la popa.

pasajeros que vos. Por lo mismo se me extrañó que consintiera en embarcarse después para Génova con esos sardos. Algo deben tramar, aunque, no hay cuidado de que quieran meterse con nosotros. Yo creo que unos y otros convinieron en decir que partian para Génova, para no despertar sospechas. Con todo, llegaremos mucho antes que ellos.

—¿Saben el rumbo que lleváis?

—No lo creo.

Tranquilizóse Michelotta, pero no perdió de vista más la gabarra sarda.

XI

A las tres de la tarde desembarcaba en Sagone la emisaria de Montanchez y preguntaba al primer marino que encontraba en la playa por el capitán de la *Galera Negra*.

—¿El capitán? Seguid por la playa, hasta llegar á aquella choza que está al pié del camino del castillo, y allí os lo dirán.

Michelotta se encaminó al lugar dicho y se encontró con un marinero colocado de centinela.

—¿El capitán?—preguntó.

—Esperad que venga el oficial, —respondió el centinela, y gritó:—¡Teniente! ¡Piden por el capitán!

Apareció Saravia, quedando sorprendido al parecer del aviso del marinero, y más aún al reparar en la traza del emisario, cuyo sexo no bastaba á disimular su disfraz.

—*¡Toledo!*—dijo en voz baja Michelotta.

—Podéis hablar,—repuso Saravia.

—Necesito ver enseguida al capitán, y además avisaros de que se dirige hacia aquí una gabarra que lleva á bordo á un fraile, ó á lo menos así va vestido aquel hombre, que creo sospechoso.

—El capitán estará aquí al momento,—respondió Saravia,—y en cuanto al fraile se le vigilará así que desembarque.

Retiróse Saravia dejando sola á Michelotta en la choza, hasta que al cabo de breves minutos apareció ante ella un hombre cuyo rostro permanecía oculto bajo una negra máscara.

—¿Sois vos el mensajero?—preguntó el Máscara.

Michelotta, temblando de emoción, respondió:

—Sí, señor... Vengo de Florencia, enviada por el señor Montanchez...

—¡Ah! ¿Qué le pasa?

—Señor, tengo encargo suyo de deciros que ha caído en sus manos Paolo Riccioli...

—¡Riccioli!...

—El señor Montanchez desea saber si queréis ir vos allá ó...

—Yo iré... ¡Oh, qué nueva me habéis traído!... Gracias, gracias... Voy á partir enseguida... al momento... ¿Dónde encontraré á Montanchez?

—En Florencia, calle de las Espadas, al lado de la iglesia de San Esteban, en el barrio del Santo Spírito.

—Está bien... No olvidaré jamás la alegría que me habéis proporcionado. Esperadme aquí.

Y el Máscara salió de la choza dejando á Michelotta hondamente impresionada.

CAPÍTULO VI

Dagas y espadas

El corsario se trasladó al fondeadero donde continuaban ancladas la *Galera Negra* y la galeaza veneciana, y subió á bordo de la primera, donde á la sazón se encontraba Cósima.

Al momento echó de ver ésta la emoción de que estaba poseído el Máscara.

—Cósima,—exclamó el corsario,—debo dejaros por algunos días. No será larga mi ausencia y ¡quién sabe si al volver á vuestro lado, podré dar ya por terminado mi voto!

—Señor, mucho desearía que así fuese, ¿pero de qué dependería tan feliz acontecimiento?

—Trátase de acabar para siempre con mi aborrecido rival, con el hombre funesto que me arrebató la dicha para siempre, con aquel Riccioli que creía tener ya en mi poder cuando derrotamos las galeras venecianas, y que sin embargo, pudo escaparse no sé por qué diabólicas mañas. Contad, pues, si estaré ansioso ahora por tenerlo pronto en mi presencia, antes de que vuelva á hacer lo mismo.

—¿Está Riccioli preso?

—Sí. Tiénelo en su poder Montanchez, en Florencia. Allá voy ahora.

—¿Vais á exponeros de tal manera?

—Tomaré las debidas precauciones para no verme expuesto á ningún percance.

—Sin embargo, contad que va á seros muy difícil penetrar en la ciudad, sin que alguien sospeche que sois el famoso *Máscara de bronce*.

—Nada temo, y nada temáis tampoco.

—¿Cómo no temer, señor? Os acechará el peligro de continuo, y quien sabe si Riccioli mismo no será capaz en el entretanto de dar aviso de que vais á su encuentro.

—Sea lo que fuere, Montanchez me ha enviado un emisario para participarme la feliz noticia. Pudieron haberme traído á Riccioli aquí, pero no lo he querido. Prefiero ir yo.

—Señor... un ruego quisiera entonces dirigiros.

—Hablad Cósima, aunque ya sabéis que nunca tenéis que rogarme nada, sino mandar vos en todo.

—Gracias, señor, pero lo que ahora quiero suplicaros depende de vuestra voluntad únicamente.

—Os escucho.

—Quisiera, señor, que me permitierais acompañaros en este viaje.

Meditó el corsario un momento y repuso:

—Os agradezco vuestro interés, Cósima. Iremos los dos.

—¡Cuán bueno sois!

—Desde el momento que veis que accedo á vuestra súplica, podéis figuraros que no cuento pueda haber el menor peligro en la expedición.

—Aunque lo hubiera, señor, yo quisiera acompañaros.

—Partiremos, pues, sin demora. Tal vez no convendrá decir á vuestros padres el objeto de nuestro viaje. Podríamos dejarlos con cuidado.

—Lo mismo pienso, señor.

—Haced pues vuestros preparativos, y al mediodía nos haremos á la vela en cualquiera de las barcas que se encuentran en el golfo. Yo entretanto daré también las disposiciones necesarias, para mientras dure mi ausencia.

El corsario besó la mano de la joven y volvióse á tierra.

II

Lo primero que hizo al desembarcar, fué ir á ver de nuevo á Michelotta.

—Tomad,—la dijo, entregándole una bolsa llena de oro.—El servicio que me habéis prestado es para mí de suma importancia. Dentro poco me embarcaré para Toscana. ¿Queréis venir?

—Señor, si me lo consintiérais, permanecería aquí hasta que saliese algún barco para Nápoles, que es donde he determinado acabar el resto de mis días.

—Como queráis. ¿Sois de allí?

—No, señor... Soy florentina, pues, bien habréis comprendido enseguida que os está hablando una mujer.

—En efecto; conocílo al instante, pero habéis hecho bien de todas maneras en vestir de hombre.

—Y ahora, señor, permitidme que os repita lo que he dicho ya al oficial con quien he hablado antes. Está para llegar una barca á bordo de la cual viene un fraile. Hacedle vigilar á ese hombre. Nada puedo deciros de preciso, pero su conducta se me hace muy sospechosa.

—¿Un fraile habéis dicho?

—Sí. Según el hábito, debe ser un franciscano, pero no creo que pertenezca en realidad á ninguna orden.

—Os agradezco el aviso. Interésame la nueva más de lo que podriais figuraros.

—Pues si de algo os puede servir esta advertencia creeréme muy recompensada.

—Parecéisme inteligente, mujer... ¿Cómo os llamáis?

—Michelotta.

—¿Y qué relaciones os ligan con Montanchez?

—Era yo servidora de ciertas damas á quien él conoce y trata con vivísimo interés.

—¡Ah! ¿Conocéis á aquellas señoras?

—De largos años.

—Viéneme una idea que me hace estremecer... ¿Cómo Riccioli ha podido caer en poder de Montanchez? ¿Acaso esté relacionado esto con algún atentado contra alguna de aquellas dos mujeres?

—Acertastéis, señor.

—¡Oh, miserable!

—Riccioli manifestábase enamorado de madona Amparo, la cual le correspondía al parecer.

—¡Desdichada niña!

—Por fortuna Montanchez consiguió descubrirlo todo... Yo no sé cómo fué, señor, pero Riccioli cayó en sus manos.

—¡Noble amigo! ¡Y teniéndolo en su poder no quiso saciar en él su sed de venganza, respetando mi derecho anterior sobre su vida! ¡Ah! ¿Cómo pagarle á Montanchez tal comportamiento? ¡No sabéis, buena mujer, la emoción que me han causado vuestras noticias! Y ahora, adiós. Será fácil no os encuentre ya aquí á mi regreso. En este bolsillo tenéis con que pasar holgadamente algunos años, pero si nunca necesitarais de mí, hallándoos en Nápoles, escribid aquí, á nombre de Pietro Brunelleschi y recibiréis enseguida cuantos auxilios os sean menester.

—Gracias, señor.

—Adiós, pues, Michelotta. Sed feliz muchos años.

—Lo mismo os deseo, señor.

III

El corsario salió de la choza y vió á Saravia que desde lo alto de una roca dirigía su catalejo á una gabarra que venía en demanda del golfo.

—¡Ah!—murmuró...—Será la gabarra de que habló la Michelotta. Estaremos á la mira.

El Máscara fué á inspeccionar la galeaza veneciana, dando algunas órdenes á los oficiales y al cabo de media hora estaba de vuelta á la playa, en ocasión en que ya la gabarra había entrado en el golfo.

No quiso moverse hasta ver al fraile con sus propios ojos.

La gabarra fondeó por fin, y el corsario esperó á ver si desembarcaba alguien.

—¡El fraile!—murmuró.

El compañero de viaje de la Michelotta acababa de saltar en tierra, dirigiéndose resueltamente hacia el Máscara, mientras que la gabarra viraba en redondo, abandonando precipitadamente aquellas aguas.

El religioso avanzaba teniendo clavados los ojos en el corsario, hasta que al hallarse ya á pocos pasos, exclamó:

—A vos buscaba, D. Rodrigo de Toledo.

—¿Y quién sois vos?—replicó el Máscara.

—Llaméme antes frá Ridolfo, pero tiempo hace que dejé de llamarme así.

—¿Vos sois frá Ridolfo?—exclamó el corsario con voz terrible...—¡Ah, miserable! ¿Y osáis venir á mi encuentro?

—Pues que parecéis estar enterado de todo, sobrán más palabras. He venido aquí para acabar de una vez. ¡O vuestra ó mía!...

—¡Blanca, vuestra!

—¿Por qué no? ¿No lo es ya?

—¡Ella vuestra!

—Sí, mía, enteramente mía.

—¡Os arranco la lengua, víbora maldita!

—Y yo, vuestro corazón aborrecido.

—Vamos, ya... ¡Seguidme! ¿Traéis armas?

—Las traigo. Acabemos cuanto antes.

Los dos hombres se pusieron en marcha.

El fraile vió que les seguían algunos marineros y dijo:

—Espero que una vez os haya enviado al infierno no habrán de asesinarme por esto vuestras gentes.

—Es verdad. Esperad.

El corsario se volvió á los que iban siguiéndoles y dijo:

—Muerto ó vivo, este hombre debe ser sagrado para todos. Nadie sea osado ni siquiera á preguntarle qué ha hecho ni á dónde va. Y ahora ¡ay del que se atreva á seguir nuestros pasos! Aguilar,—añadió luégo dirigiéndose á uno de los del grupo,—aquí quedarás de centinela, con la consigna de no dejar pasar á nadie.

Retiráronse los marineros y los dos hombres empezaron á subir un sendero, llegando por fin á una pequeña esplanada rodeada de escarpadas peñas.

IV

—Estamos solos,—dijo don Rodrigo.—Uno de los dos ha de quedar aquí cadáver. Si cae herido, el que venza le rematará.

—Eso mismo pensaba proponeros.

—Preciso es, sin embargo, que haya igualdad en las ventajas del vencedor. Vos sabéis donde está Blanca, y si me matáis...

—Si os mato la tendré eternamente á mis piés, adorándome.

—Sea. Pero si os mato yo, ignorando donde se halla, no podré estar eternamente á sus plantas adorándola.

—Teneis razón... Si me matáis encontraréis á Blanca en la quinta de Villa-Mora, cerca de Otranto.

—¡Corazón mio imbécil! ¡Estuve tocando y nada adiviné! ¡Alli estaba mi bien y no supieron conocerlo estos torpes ojos!

—Si, estuvisteis... En aquellos mismos instantes Blanca juraba ser eternamente mía...

—¡Mentís!

—No miento.

—Basta ya, miserable.

Despojóse don Rodrigo de la coraza que llevaba, quitóse el fraile su sayal apareciendo vestido de caballero, y despojóse á su vez del jubón bajo el cual llevaba oculta la daga, cuyo pomo vió asomar Michelotta.

—¿A daga?—exclamó don Rodrigo.

—No llevo otra arma,—contestó el fraile.

—Está bien.

Pusiéronse en guardia los dos adversarios embrazando el uno la capa y el otro su sayal para parar los golpes.

Don Rodrigo aguardó la embestida de su contrario, que trató de asestarle la daga al pecho, pero logró esquivar el hierro.

Veíase que ambos eran diestrísimos tiradores, hábiles en los quites. Las dagas no paraban un momento, pero no conseguían herir.

Hacía cinco minutos que duraba la lucha.

Roberto, furioso al ver que su daga encontraba siempre el vacío cuando pensaba hundirla en el corazón de don Rodrigo, comenzó á retroceder, hasta quedar separado como unos diez pasos de su contrario, el cual por su parte perseguíale con no menor encono.

Hacía cinco minutos que duraba la lucha

El fraile blandió entonces la daga y lanzóla á guisa de arma arrojadiza contra don Rodrigo, pero ya éste había previsto su intención, y dando un violento quiebro, evitó el golpe.

La daga fué á parar á larga distancia.

—Matadme,—exclamó el fraile.

—No; recoged de nuevo el arma y continuemos.

—Es inútil. Comprendo que no podré mataros. Matadme vos.

—No soy asesino... Prometedme no volver jamás á ver Blanca y os dejo libre.

—¡Nunca!

—Entonces... ¿qué quereis que haga?

—Matadme... No quiero luchar más.

Don Rodrigo fué á buscar la daga, recogióla y la alargó de nuevo á Roberto.

—¡Ea! sigamos,—dijo.

—No.

—¿Queréis luchar de otra suerte? ¿A espada?

—No. Vine aquí confiado en no concederos un solo instante de vida, y al ver que no ha sido así, me han abandonado ya las fuerzas.

—Con todo, yo no puedo consentir que salgáis de aquí sin jurarme no intentar nunca más ver á la mujer que robásteis en vez de devolverla á quien debíais.

—Mal me conocéis si me creeis capaz de juraros semejante cosa. Mal conocéis el amor inmenso que la tengo, lo que la adoro, lo que por ella siento.

—¡Queréis irritarme para que me deshonre asesinándoos!... Pues bien; yo sé ahora dónde está Blanca; sé donde he de encontrarla... Ay de vos si os interponéis en mi camino... Libre estáis, frá Ridolfo.

El fraile volvió á revestir sus hábitos, y se alejó silenciosamente de aquel sitio.

V

Don Rodrigo permaneció algunos momentos pensativo, hasta que por fin pareció como que tomaba alguna súbita resolución, retirándose precipitadamente de la esplanadilla.

Ya el fraile se había perdido de vista, cuando él llegó al sendero que conducía á la playa.

El corsario bajó precipitadamente y mandó llamar á Michelotta.

—¿Conoceríais en toda ocasión á ese fraile de quien me hablásteis? —dijo.

—Sin vacilar; aunque se disfrazara de cualquier manera.

—Está bien. Vais á prestarme, pues, un nuevo servicio que no os agradeceré menos que los anteriores.

—Mandadme cuanto queráis, señor.

—Vais á embarcaros para Italia; no para Toscana, sino para Nápoles. Irán con vos algunos de mis leales servidores. Tomaréis tierra en Otranto y os dirigiréis á una quinta que llaman Villa-Mora. Al acercaros dejaréis oir tres silbidos dados de este modo,—y el Máscara, con su silbato, hizo dichas señales.—Allí encontraréis á una mujer... Su nombre... Blanca. La entregaréis una carta que os daré, en la cual la ruego que os siga, y volveréis con ella aquí. Yo no puedo ir ahora por lo que sabéis. Cuidaréis vos de vigilar no intente nada el fraile... Así que lo veais, lo señalaréis á mis gentes que ya sabrán lo que tienen que hacer con él. No conviene que Blanca permanezca ni un minuto siquiera en la quinta así que hayáis dado con ella; hay que hacer que se embarque al momento.

—¿Y si se resiste?

—¿Resistirse?... ¡Imposible!

—Suponedlo, sin embargo.

—Entonces... dejadla, volved al momento.

—Todo se hará según vuestras órdenes, señor.

—Dentro un momento estará dispuesta una galera para la marcha. Todo el mundo, hasta el capitán, os obedecerá. Confío en vuestra discreción y en vuestro celo.

—Podéis hacerlo, señor.

—Y ahora, adiós, Michelotta. Voy á partir también...

—El cielo os guíe, señor.

Salió el Máscara y recorrió parte de la playa, hasta que encontró á un oficial de la *Galera Negra* llamado Ochoa, valiente marino guipuzcoano.

El oficial saludó marcialmente al capitán, el cual, haciéndole seña de que se acercara, dijo:

—Disponed se apareje enseguida la *Rápida*. Tomaréis el mando de ella y cuidaréis de que esté bien pertrechada y abastecida. Desembarcaréis en Otranto y os pondréis en un todo á las órdenes de ese emisario que ha llegado esta mañana; es una mujer, llamada Michelotta, que tiene toda mi confianza. Si en el mar os señala algún barco que se sos-

peche que lleva abordo á cierto fraile, á quien ella conocerá, le daréis caza, cogeréis al fraile y le colgaréis de una entena. Si diérais con él en tierra, le degollaréis. Una vez en la quinta á donde os conducirá Michelotta, obraréis como ella os indique.

—Quedo enterado, capitán.

—Adiós, pués, y no perdáis ni un solo momento para haceros á la vela. Cuando esté lista la galera, mandad avisar á Michelotta, á quien encontraréis en la choza, junto á la entrada de Urcino.

VI

El Máscara entró enseguida en una cabaña, al pié de una roca, y dijo:

—¡Hola, maese Simone! ¿Tenéis en casa recado de escribir?

—Mucho que sí, señor capitán. Al momento os traigo todo lo necesario.

Desapareció el buen hombre, piloto de alta capacidad y vasta instrucción, y compareció al cabo de un momento con un enorme tintero, una pluma de ave, papel y lacre.

El corsario escribió algunas líneas, cerró la carta, selló el lacre con el sello de su sortija, apareciendo un blasonado escudo, y se retiró, después de dar un cordial apretón de manos al dueño.

De camino para la choza en que había dejado á Michelotta, encontró á Ochoa, quien le dijo:

—Ya está dispuesta la galera para hacerse á la mar, capitán. Voy á mandar avisar á la mujer.

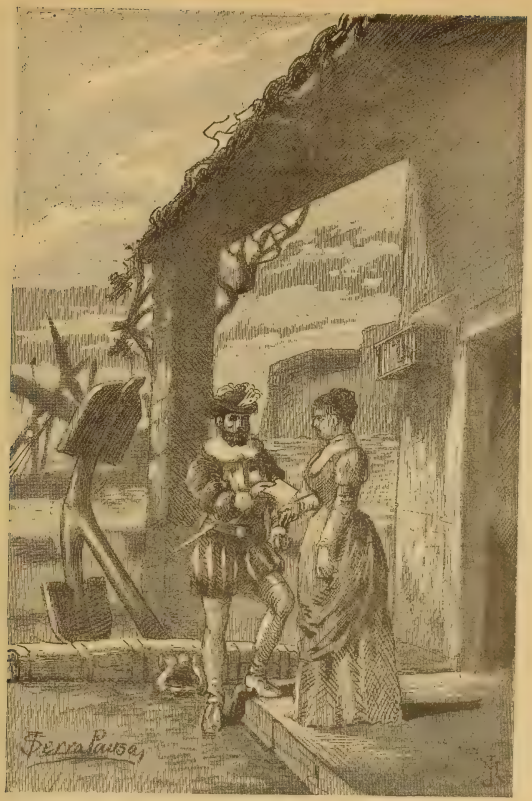
—Gracias por vuestro celo, teniente,—respondió el Máscara.—Esperad aquí... Vendré con ella.

El Máscara se dirigió á la choza y entregó la carta á Michelotta.

—Podéis partir ya,—dijo el corsario.—El capitán de la galera os está esperando.

—Estoy pronta, señor,—contestó la aventurera florentina.

El Máscara la acompañó hasta donde estaba aguardando Ochoa, embarcándose enseguida éste y Michelotta para la galera.



El Máscara se dirigió a la choza y entregó la carta a Michelotta

Algunos minutos después la *Rápida* abandonaba el golfo de Sagone, con rumbo al SO.

VII

El corsario se embarcó á su vez para la *Galera Negra*, distinguiendo, desde lejos, á Cósima, que parecía estar esperando su llegada desde el balcón del alcázar de popa.

Al hallarse á su lado el capitán, exclamó la niña:

—Había temido por vos, señor.

—¿Por qué motivo, Cósima?

—Hallábame en Urcino, para despedirme de mi padre y mi hermano, cuando corrió la voz por el pueblo de que os habíais ido á batir con un fraile que vino á provocaros. Ya estaba yo en la lancha para acudir en auxilio vuestro, si por acaso había tiempo, cuando he sabido que, felizmente, debió de ser errada conjetura lo del duelo, puesto que se os había visto á los dos, sanos y salvos, de vuelta.

—En efecto; sanos y salvos salimos los dos del lance.

—¿Conque lo ha habido?

—Sí; pero el fraile ha quedado desarmado y no he podido convencerle de que continuara.

—¿Le habéis perdonado, pues?

—¿Qué había de hacer?

—¿Y habéis quedado amigos?

—¡Oh, no!

—¿Ni áun después de haberle vos perdonado ha querido reconciliarse con vos?

—¡Imposible! Media entre ambos mortal rivalidad.

—¡Ah!—murmuró Cósima, y pareció velar su rostro una nube de tristeza.

Pronto se disipó, sin embargo, aquella sombra, y Cósima repuso:

—Cuando queráis partir...

—¿Estáis ya preparada?

—Sí.

—Entonces, ahora mismo.

La gabarra en que debían hacer la travesía estaba atracada junto á la *Galera Negra.*

—Allí es,—dijo el corsario.—Es un barco velero como pocos. Pasado mañana, á primera hora, nos hallaremos en Liorna.

El capitán llamó á Saravia, para darle instrucciones, y enseguida trasladóse con Cósima á la nave, que salía del golfo á los últimos rayos del sol poniente.

VIII

No había comenzado aún á clarear el alba del segundo día, cuando llegaban á Liorna el capitán y Cósima.

El corsario se dirigió enseguida á la posada de la *Blanca Luna*, siendo recibido por maese Petruccio con las más extremadas muestras de respeto.

—Señor...—exclamaba el buen hombre.—¡Tanto honor para mi casa!

—No digáis eso, Petruccio,—respondíale el capitán.—Ya sabéis que hemos sido siempre buenos y leales amigos.

El hostelero instaló á los dos viajeros en el mismo aposento en que había estado algunos días antes Michelotta.

—¿Ya sabréis que estuvo aquí cierta persona?—exclamó Petruccio.—Una mujer que dió la contraseña y me pidió la procurase una barca para ir á Sagone.

—Sí; la he visto ya... Os quedo muy agrádecido por ello, Petruccio.

—La pobre parecía estar muy preocupada con cierto fraile con quien vino desde Pisa; y, á la verdad, no parecía dejar de tener algún motivo. Supe después que el tal franciscano había estado buscando una barca que le condujese á Córcega, pero nadie quiso. Por fin, encontró á unos sardos, con quienes concertó le dejasen en Génova.

—Pues andáis equivocado, amigo Petruccio. Ese fraile llegó á Urci-no poco después que Michelotta.

—¡Pardiez! ¿Qué diablos quería hacer allí?

—Simplemente matarme.

—¡Vaya qué idea! ¿Y vos le habréis muerto á él, no es eso?

—No... no le he muerto; le he dejado ir libremente.

—Pues perdonad que os diga que habéis obrado con harta generosidad.

—¡Qué había de hacer!

—Ese hombre no cejará en su propósito y tramará constantemente algo contra vuestra vida.

—Le he perdonado ahora porque se presentó noblemente, cara á cara; pero no le perdonaría si le cogiera obrando á traición.

—Dios quiera que logréis sorprenderle antes que él pueda salirse con la suya.

—Espero que sí, Petruccio. Y ahora para continuar mi viaje vais á procurarme unos hábitos con mucho capuchón ¿eh? que pueda ocultar mi rostro.

—Pensáis bien. De esta manera nadie os reconocerá por la máscara.

Salió el hostelero y quedaron solos Cósima y el corsario.

—¿Es muy amigo vuestro, pues, maese Petruccio?—preguntó la niña.

—Fiel y leal. Túvele por muchos años de criado, llevémelo después en el barco, y por fin, cuando sus achaques comenzaron á ser obstáculo para que siguiera navegando, establecíle en Roma y después aquí en Liorna. Muchas veces me han sido preciosos sus avisos.

Ya en esto, volvía Petruccio con un sayal de franciscano. Revistiólo el Máscara, cubriéndose perfectamente el rostro con el capuchón, y desenvainando su espada, de finísima hoja de Toledo, doblóla cual si fuera el resorte de acero de un reloj y la sepultó en las profundidades de uno de los bolsillos, después de haberla atado.

—Una yegua para esa dama y una mula para mí,—dijo luégo el Máscara.

—Me he adelantado á vuestras órdenes y están ya enjaezadas una y otra,—respondió Petruccio.—Podréis cambiarlas en Pisa, posada del *Campanile Torto*.

—Bien, Petruccio. Sois un excelente servidor. Adiós.

—El cielo os guíe y os libre de todo peligro lo mismo que á la gentil señora.

Montaron el Máscara y Cósima en sus respectivas cabalgaduras y abandonaron la ciudad, tomando por la carretera de Pisa, en cuyo punto pernoctaron.

IX

El viaje no ofreció incidente alguno, llegando felizmente á Florencia al anochecer.

Los viajeros entraron por el puente de la Trinidad y se dirigieron al momento al barrio del Santo Spíritu.

Don Rodrigo conocía bien la localidad y dió al momento con la calle de las Espadas. Buscó luégo la casa cuyas señas le había indicado Michelotta, y llamó.

Poco después se abría un ventanillo y una voz bien conocida de don Rodrigo preguntaba:

—¿Quién va?

—*Toledo*,—contestó el Máscara.

La puerta quedó franca al momento.

—Señor,—exclamó Montanchez,—bien venido seáis á esta casa.

—Gracias, amigo mío,—respondió el capitán.

—Vos también, madona Cósima,—añadió *el señor Salvador*, haciéndole un profundísimo saludo.—Tened la bondad de pasar.

Montanchez cerró la puerta y á la luz de una linterna fué guiando á sus huéspedes hasta el primer piso, en el dintel de cuya puerta estaba aguardando Victoria.

—Señora,—exclamó el Máscara,—tengo el honor de saludaros y de recomendar á vuestra atención á mi buena compañera, Cósima Bandello, digna de vuestra más completa estimación.

La dama se inclinó ante la niña, que á su vez saludó gravemente á Victoria.

—Y ahora, Montanchez, si queréis dispensarme el obsequio de que hablemos á solas un momento...

—Seguidme, señor,—contestó el segundo de la *Galera Negra*.

Montanchez guió al Máscara á un gabinete bastante retirado de la sala, en la cual quedaron las dos mujeres.

—¿Lo tenéis, pues?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—Vamos.

—¿Vais á batiros con él?

—Sí, Montanchez. ¡Cómo corresponder nunca á la abnegación que habéis tenido!

—Teníais este derecho.

Los dos hombres bajaron al zaguán. Montanchez abrió la puerta de la estancia donde estaba encerrado Riccioli y cedió el paso al Máscara.

Riccioli se hallaba á la sazón dormido, echado sobre un jergón.

El Máscara le tiró de un brazo, exclamando:

—¡Vedme! ¡Al fin os encontré!

Dispertó Riccioli y se puso en pié, cual sí hubiera experimentado una sacudida eléctrica.

—¡Ah! ¡Sois vos!—exclamó.—Vendréis á matarme, seguramente...

—A eso he venido, pero no á mataros como matáis vos, sino en desafío.

—Acabemos, pues. ¿Dónde? Tengo prisa ya de librarme de vuestra presencia odiada. Me robastéis á Blanca...

—¡Qué estáis diciendo, raptor miserable! Vos fuistéis el bandido miserable que la secuestró...

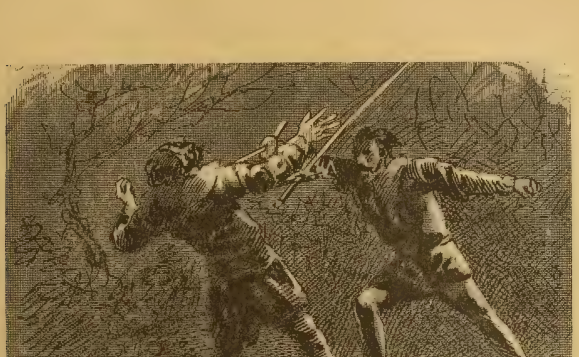
—Vos, quien os apoderasteis de la que era ya mi esposa... ¿á qué antro os la llevásteis, pirata?

—Bien puedo decíroslo ya, puesto que habéis de morir en breve... Después que enterré á Blanca, creyéndola muerta, fué sacada de su sepultura, y el fraile sacrílego, que tuvo la dicha de preservarla de una agonía horrible, cometió con ella la mayor infamia... Hoy Blanca vive, vive amándome, esperándome siempre... ¿lo entendéis? Y será mía en breve, y sólo siento que no podáis ser testigo de la ventura que me espera y muráis de odio á la vista de mi dicha, en vez de morir aquí, al filo de mi espada.

—Muy confiado parecéis en vuestra buena suerte. Sabed, sin embargo, que ya que habéis cometido la insensatez de revelarme que

Blanca vive, estoy menos resuelto que nunca á morir, y sólo sentiré mataros ahora para privaros del dolor horrible de ver en mis brazos, no ya como noble esposa, sino convertida en vil manceba, á la que fué vuestro bien adorado.

—¡Por el infierno, que os arranco la lengua antes de arrancaros el corazón!



De pronto el Máscara dió un grito y cayó al suelo

—La vuestra debisteis arrancaros antes de hacerme tan dichoso con vuestra revelación imbécil.

—Pues aún quiero deciros más... Blanca está en Otranto, en la quinta de Villa-Mora... Y, ahora, aprestaos á llevaros al otro mundo este secreto. ¡Vamos ya!

—Os devuelvo vuestra espada,—dijo Montanchez, entregando á Riccioli el arma que le habia hecho rendir la noche que cayó en su poder. —Y, ahora, seguidme.

Los dos rivales fueron en pos de Montanchez, que les condujo al jardín.

X

Estaba el cielo sereno y estrellado, alumbrando la tierra con ténue claridad.

Los tres hombres llegaron á una plazoleta, rodeada de árboles, que ocupaba el fondo del jardín.

El Máscara desarrolló la flexible hoja de su espada, que vibró con furia al recobrar su largor.

Los dos adversarios se colocaron frente á frente, y Montanchez unió las dos armas por la punta.

Un momento después chocaban los aceros, saltando chispas de ambos.

Don Rodrigo y Riccioli batíanse con encarnizamiento, parando uno y otro con sorprendente agilidad los golpes.

De pronto el Máscara dió un grito, y cayó al suelo.

El arma de Riccioli le había atravesado el costado derecho.

El traidor veneciano había desviado con la mano izquierda la espada de don Rodrigo, en ocasión en que éste le tenía asestada la punta de su acero al corazón.

El veneciano trató de escapar en la oscuridad, pero cerróle el paso Montanchez, que había recogido del suelo la espada del herido.

—Ahora yo,—dijo Montanchez, que no había podido observar la acción del desleal combatiente.

—¡Con vos y con el infierno entero!—exclamó Riccioli.

De nuevo rechinaron los aceros; el veneciano hacía perder terreno á su contrario, que iba viéndose acorralado.

Desde la plazoleta fueron á parar los combatientes á una espesura de sauces, donde se hacía difícil el manejo de las armas, por tropezar á cada momento los aceros con los troncos de los árboles.

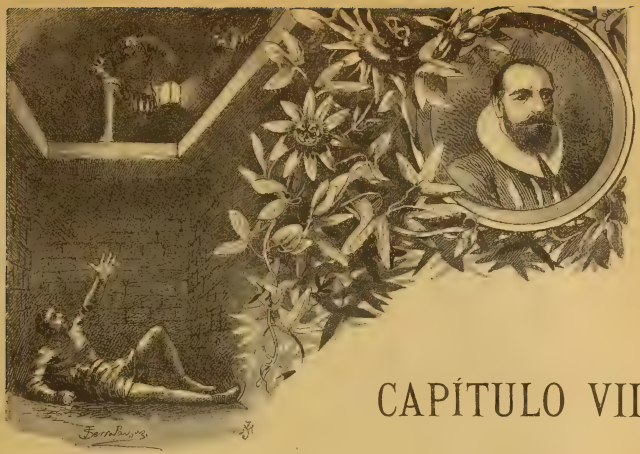
De repente Riccioli retrocedió, en vez de adelantar.

Había visto entre el ramaje blanquear la pared de cerca, y quería acercarse allí.

Por un momento quedó sorprendido Montanchez, pero enseguida se rehizo y se lanzó contra su odiado adversario.

Riccioli habia tenido tiempo, sin embargo, para llegar hasta el pié de un árbol, cuyas ramas caian al jardín inmediato.

Montanchez vióle trepar por él y desaparecer enseguida por la otra parte.



CAPÍTULO VII

En la fosa

Mientras el Máscara y Montanchez dirimian en el jardín sus contiendas con Riccioli, Victoria y Cósima se encontraban en una ventana que daba á dicho sitio, tratando de descubrir lo que pasaba.

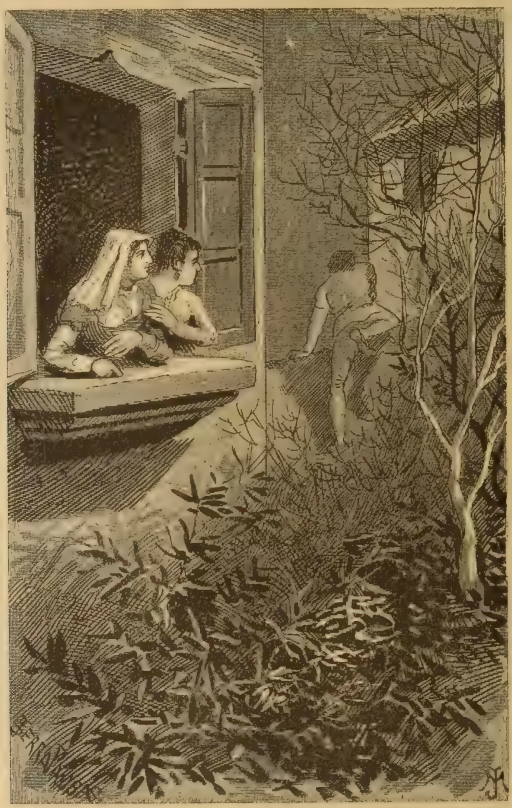
No eran, ni una ni otra mujer, capaces de interponerse en asuntos de la índole del que se ventilaba en aquellos momentos, respetando hasta la heroicidad las resoluciones de los hombres á quien adoraban; el Máscara era para Cósima el tipo de la nobleza, como Montanchez lo era para Victoria.

Ambas sentían en sus corazones algo de lo que en los suyos sentían aquellos dos hombres, considerando como propios sus agravios y como idénticos sus dolores y sus desgracias.

No trataron, pues, de interponerse entre los combatientes, como débiles mujeres, sino que se atuvieron á esperar el resultado, llenas de ansiedad.

No pudo ver Cósima como caía al suelo don Rodrigo, pero cuan-

do vió á Montanchez pelear, á su vez, con Riccioli, sintió correr por su cuerpo un sudor frio.



Viva sorpresa experimentó, por lo tanto, al ver á Riccioli en lo alto de la tapia.

No quiso acudir, sin embargo, al jardín, temerosa de no turbar con su presencia el ánimo de Montanchez, y aguardó febrilmente el desenlace.

Viva sorpresa experimentó, por lo tanto, al ver á Riccioli en lo alto

de la tapia, de donde desapareció al momento, oyéndose enseguida la voz de Montanchez, que gritaba:

—¡Cobarde!

—Riccioli acaba de huir por allí,—exclamó Cósima, dirigiéndose á Victoria.—Es preciso detenerle.

—Ha saltado al cementerio de la iglesia,—repuso Victoria.—Aún hay tiempo... Corramos...

Y las dos mujeres se precipitaron por la escalera, saliendo enseguida á la calle..

II

Victoria llamó fuertemente á una puertecilla, algo más abajo de la entrada principal de la iglesia, y en breve se oyó una voz soñolienta, que preguntaba:

—¿Quién va?

—¡Abrid, Baltasar! ¡Pronto, pronto, pronto!...

La puerta se abrió y apareció en el umbral la figura escuálida de un mísero sacristán, cuyo rostro, iluminado por el trémulo resplandor de un cirio, aparecía fantásticamente siniestro.

—¡Oh, madona Victoria! ¡Vos aquí, madona Victoria! ¡Oh, madona Victoria! Decid, decid...

—Corriendo; llevadnos al cementerio.

—¿Al cementerio?...

—Corriendo.

—Vamos, vamos... pero es extraño...

—Callad.

Los tres personajes atravesaron rápidamente la nave de la iglesia, salieron á un claustro y desde allí, por una puerta desvencijada, llegaron al lugar dicho, cubierto de malezas y de tupidas yerbas.

—¡No hay nadie!—exclamó Victoria.

—¡Oh! ¡Por Dios! ¿Quién ha de haber, madona?

De pronto se oyó un débil quejido.

—¡Señor Dios Todopoderoso!—exclamó temblando el sacristán.—¡Hay fantasmas aquí!

—Mirad, Baltasar... Sería bueno que fuérais á buscar un poco de agua bendita... Aquí os esperaremos.

—Es verdad, es verdad... Hay que hacer asperges... Esperadme, esperadme.

—Cuidad, sin embargo, de que nadie os oiga una palabra sobre esto... Tomad.

Y Victoria le puso en la mano algunas monedas de plata, que el sacristán miró con asombro.

—Id por el agua bendita,—añadió Victoria,—y dejadnos aquí la luz.

No deseaba, al parecer, otra cosa el pobre Baltasar, que puso piés en polvorosa al oir de nuevo aquel quejido.

III

Las dos mujeres se encontraron al borde de una sepultura.

—Hay que ir con precaución,—exclamó Victoria.—Sin duda que Riccioli se habrá caído en alguna de estas fosas.

A la luz del cirio dirigiéronse las dos mujeres hacia el sitio de donde habían partido aquellos ayes, llegando al borde de una huesa profundísima.

—¡Socorro!—exclamó una voz desde el fondo.—¡No me dejéis aquí!... ¡Sacadme, me ahogo!

Victoria se asomó para ver el fondo y se retiró llena de horror.

Un hedor pestilente subía de allí.

—Al momento os vamos á prestar auxilio,—dijo Cósima...—Nada temáis.

—¿Quién sois vos que me estáis hablando?—exclamó Riccioli con acento de espanto.

—No os importa quien yo sea,—respondió la niña.

Calló Riccioli y Cósima repuso:

—Estoy inquieta por el capitán; voy allá con él y avisaré á vuestro hermano.

—Sí, haced eso,—respondió Victoria.

Salió Cósima, y así que penetró en casa de Victoria, dirigióse precipitadamente al jardín donde encontró á Montanchez que acompañaba del brazo á don Rodrigo.

—¡Señor!—exclamó,—¿estáis herido?

—No es nada,—contestó el Máscara con voz entera.

—Me permitiréis, señor, que quede yo sola á vuestro cuidado,—replicó la joven, añadiendo:—Señor Montanchez, vuestra hermana os espera en el cementerio.

—¿Habéis ido allí?—exclamó Montanchez.

—Sí. Riccioli yace mal herido en el fondo de una fosa, donde se ha caido al huir.

—Id, Montanchez,—exclamó el Máscara.—Cósima quedará aquí conmigo.

—Obedezco, señor,—replicó el teniente.

Y dejando á don Rodrigo con Cósima, partió del jardín para ir al inmediato cementerio.

—¡Pobre amigo mio!—exclamó el corsario.—Por atender á mi socorro dejó de perseguir á Riccioli...

—Hizo bien, señor,—respondió Cósima.—Ya lo vi yo desde la ventana.

—¿Estábais vos mirando?

—Sí, y comprendiendo que la salvación de Riccioli era la perdición de todos, acudimos al momento madona Victoria y yo para tratar de impedirle la fuga. Por fortuna, no había peligro de que Riccioli pudiera revelar el secreto de la morada donde ha permanecido por tanto tiempo preso, como fortuna fué también que Montanchez no fuera en su seguimiento, pues es seguro que le hubiera ocurrido lo mismo que al fugitivo, sepultado ahora entre cadáveres hediondos.

Ya en esto habían llegado á la habitación del capitán.

El Máscara, desfallecido, se dejó caer sobre la cama imperial que habia en el aposento; Cósima le quitó el jubón y le restañó la sangre que volvió á emanar de la herida.

Don Rodrigo, no perdió ni por un momento el conocimiento, antes

bien sonreía á su amiga cuando ésta le curaba con delicado esmero.

Aplicóle Cósima sobre la herida aceite y vino mezclados, púsole un apretado vendaje, y dijo:

—Estad tranquilo. Pronto estará curada esta herida. Yo entiendo algo en medicina y os aseguro que la espada de Riccioli no ha interesado el pulmón, aunque haya sido bastante á obligaros á soltar el arma.

—¿Sois cirujana?—exclamó el Máscara sonriendo.

—Señor, he visto muchas heridas en este mundo,—repuso Cósima. —¡Todas las vuestras se curaran como ésta!

IV

Montanchez había llegado ya al cementerio, dirigiéndose hacia donde veía á su hermana, á la luz del cirio que ésta llevaba en la mano.

Victoria, al oir sus pasos, salió á su encuentro, diciéndole:

—Olvidalo todo, Fernando... Tratemos ahora solamente de salvar la vida de ese hombre.

—Así lo haré,—exclamó Montanchez.—Pero, por mi vida que no ha sido poca fortuna este tropiezo.

—Es verdad.

—Ahora, estaremos seguros, cuando menos, y tendremos tiempo para tomar una resolución.

Los dos se encaminaron enseguida á la fosa.

—Sería menester una escalera,—dijo don Fernando.—A ver si encontraremos alguna por aquí.

Buscaron por algún tiempo, pero no pudieron dar con ninguna.

—Habrá que pedírsela á Baltasar,—exclamó Victoria.—Voy á verle.

Victoria se dirigió en busca del sacristán, á quien encontró temblando como un azogado.

—¡Eh! No hay que tener miedo,—dijo la animosa señora.—Pero ¿es verdad que creéis en fantasmas, Baltasar?

—Pero, señora, ¿no habéis oído vos misma aquel quejido?... Pidiendo estaba á Dios por esa alma en pena que debe de necesitar de algunos sufragios para salir del purgatorio...

—Aquí no hay más alma en pena que vos, Baltasar... Ese fantasma es de carne y hueso como vos... ó por mejor decir, más que vos... Conque, quered sacar de sus tribulaciones á los vivos y dejad para otros el cuidado de sacar del purgatorio á las almas de los que ya han muerto... Una escalera; esto es lo que se necesita al punto.

—¿Una escalera?...

—Sí; para bajar á la fosa.

—¡Horror!

—Ningún horror... Allí se ha caído un hombre y hay que sacarlo.

—Un hombre... ¿vivo?

—Vivo, pero si tanto tardáis, posible es que se muera antes de que podamos prestarle auxilio. Por lo tanto, venga la escalera.

—Voy, voy... pero desde ahora os declaro que no bajaré á la fosa.

—Ni os lo pido tampoco.

—En tal caso... vamos. A fe que no hay pocas escaleras en la casa.

El sacristán salió en busca de lo dicho y compareció al poco rato con una larga y pesada escalera.

—Andando,—dijo Victoria.

Baltasar, con el trasto á cuestas, siguió á Victoria y una vez llegado cerca de la fosa de donde partían los gritos, tiró al suelo su carga y apretó á correr.

V

Montanchez recogió la escalera y la apoyó en el fondo de la fosa, bajando enseguida.

Riccioli parecía exánime.

El bravo marino lo levantó, cargóle sobre sus hombros y comenzó á subir.

En breves momentos estuvo arriba, dejando en el suelo al veneciano, después de lo cual retiró la escalera y la colocó en el suelo.

Luégo cogieron él y Victoria á Riccioli; el uno por la cabeza y la otra por los piés, tendiéronlo sobre los travesaños y comenzaron á andar.

—Dejémoslo en casa,—dijo Montanchez.

—Sí,—contestó Victoria.

Los dos hermanos, llevando á Riccioli sobre la improvisada parihuela, atravesaron por el corredor que salia á la calle y entraron en casa, dejando instalado al paciente en una pieza de la planta baja donde había la cama que en otros tiempos ocupara Amparo.

Victoria volvió á ver á Baltasar, dejando á su hermano el cuidado del herido.

—¿Qué más queréis?—exclamó el sacristán, creído de que la bizarra dama iba á demandarle algún nuevo servicio.

—Nada más, sino preveniros que os podría costar muy cara cualquiera indiscreción que os permitieráis. Ni una palabra sobre cuanto habéis visto.

—Yo, madona, no he visto nada,—contestó Baltasar.—En todo caso, he oído.

—Pues bien, olvidad cuanto hayáis oído.

—Lo olvidaré.

—Hacedlo y no os pesará, pero tened entendido que á la menor palabra que se os escape, os podéis dar por muerto.

—¡Válganme mi santo patrono y los santos reyes Melchor y Gaspar!

—De nada os valdrán si habláis.

—Callaré, madona, os juro que callaré, pero puede venir la justicia...

—No vendrá nadie.

—Entonces... ¿para qué he de decir yo nada?

—Silencio... y contad con que además de lo que os he dado tendréis una buena recompensa...

—Madona carísima...

—Oro, si calláis; hierro si abrís boca. Dentro un rato salid á la calle y encontraréis la escalera arrimada al hueco de la iglesia. Entretanto, estaos quieto aquí.

—Os obedeceré cual si fuerais la misma gran duquesa de Toscana, madona Victoria.

VI

Volvió la dama al lado del paciente.

El desventurado había recibido grave daño en su caída; á cada momento echaba sangre por la boca y parecía haber experimentado una violenta conmoción cerebral.

—Hay que avisar á un médico,—dijo Victoria.—Para curar la herida de don Rodrigo, considérome yo bastante, pero no para salvar la vida á ese desventurado. No miremos en éste hombre á un enemigo sino á un sér que sufre. Su estado debe hacerle sagrado á nuestros ojos.

—Muy grande fué el agravio que nos hizo, pero no consiente nuestro honor dejarlo perecer sin auxilio de nadie. Voy á llamar á un médico, pues.

—Sí... En la plaza de Santa Croce vive uno...

—Voy al punto.

Nadie hubiera reconocido al gallardo y hermoso veneciano.

Allí yacía más blanco que las mismas sábanas de su lecho, alumbrado por el pálido fulgor de dos cirios encendidos sobre una mesa.

Victoria contemplaba con honda compasión al herido, casi exánime, y trataba de hacerle recobrar los sentidos frotándole con vinagre la frente y las sienes.

La medicina fué eficaz, sin duda, pues Riccioli abrió los ojos, mirando á Victoria con ojos llenos de estupor, cual si no se diera cuenta de nada.

—Tranquilizaos, señor,—exclamó la hermosa viuda.—Nadie osará aquí molestaros.

—¿Dónde estoy?—exclamó debilmente el herido.

—Estáis en mi casa y á mi cuidado. No os preocupéis de nada. Yo os salvaré.

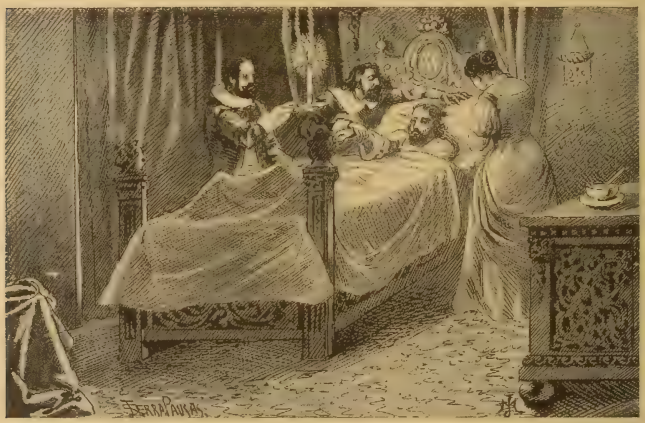
Riccioli volvió á caer en su sopor.

Un sudor frío bañaba su frente.

Victoria le cogió las manos, y sintió que estaban heladas.

—¡Dios mío! ¡Va á morirse!—exclamó ansiosamente, y trató de reaccionar de nuevo al paciente, introduciéndole entre los labios una cucharada de vino.

Pasó algún rato, que Victoria encontraba interminable, hasta que, por fin, comparecieron Montanchez y el médico que habia ido á llamar.



—Amenaza un derrame cerebral.—dijo.—Veremos si hay tiempo de impedirlo.

Era éste joven aún, de grave continente y noble rostro.

Examinó al herido, y se dispuso á practicarle una sangría.

—Amenaza un derrame cerebral,—dijo.—Veremos si hay tiempo de impedirlo.

En un momento quedó abierta la vena, de la cual fluyó una sangre casi negra, reanimándose el enfermo á medida que iba perdiendo el precioso líquido.

El doctor prescribió se le pusieran paños de agua fría á la cabeza, y recetó una medicina para contener los vómitos de sangre, después de lo cual se retiró, quedando en volver por la mañana.

—Nada puedo asegurar,—dijo al despedirse.—El estado de ese enfermo es muy grave.

—Os suplico el mayor secreto, doctor,—replicó Montanchez.

—Sabré guardarlo, como es mi deber,—contestó el médico.

VII

Riccioli parecía haber experimentado un notable alivio con la sangría.

—¿Dónde estoy, señora?—volvió á decir, viendo á Victoria de pié á la cabecera.

—Estáis, señor, donde no corréis peligro alguno. Poneos bueno, y entonces lo sabréis todo.

—Nada recuerdo, señora...

—Ni penséis tampoco en cosa alguna... Descansad, señor.

—¡Cuán buena sois, noble dama! En vuestro rostro se adivina lo hermoso que tenéis el corazón.

—No os fatiguéis, por Dios. Conviene que guardéis el mayor silencio. Vamos, obedecedme; tratad de descansar.

—Así lo haré, porque me lo mandáis, señora,—replicó el enfermo.

El paciente quedó sumido, al breve rato, en tranquilo sueño, viendo lo cual Victoria salió del aposento, para hablar con su hermano.

VIII

Montanchez se paseaba por el zaguán, después de haber dejado la escalera apoyada contra el muro del antiguo templo.

—Hay que ver á don Rodrigo,—exclamó Victoria.—Debe estar impaciente por saber lo ocurrido.

—Sí... Vamos allá, pero no permitiré que, en manera alguna, trate de ver al paciente mientras éste se encuentre postrado en el lecho, á bien que sería él incapaz de semejante acción.

—¡Oh, sí, verdad dices, hermano mío! Nunca don Rodrigo intentaría violar las leyes de la hospitalidad.

Los dos hermanos entraron en el cuarto donde yacía al Máscara, á cuyo lado velaba Cósima.

—Señor...—exclamó Montanchez,—no hay peligro alguno que temer. Riccioli yace gravemente herido, á causa de la caída.

—¿Dónde está?

—Señor,—repuso Victoria,—quedó allí mismo, al cuidado de una persona que no le abandonará hasta que se restablezca.

—La fatalidad ha querido que no haya podido realizar yo mi venganza,—repuso don Rodrigo;—pero no por eso le perdono ni le olvido. Otra vez mediremos nuestras armas, pero le obligaré á tener sujeta la mano izquierda, para que no cometa una nueva deslealtad.

—Y yo tampoco le olvido ni le perdono,—replicó Montanchez.

—Yo sabré encontrarle de nuevo, cuando se halle en disposición de pelear; pero, ¡ay de él si se atreve á interponerse en mi camino antes de que yo vaya en su busca! Entretanto, haya tregua.

—Esto es lo que debemos hacer, á fuer de nobles caballeros,—dijo Montanchez.

—Tregua para él, sí; no para mí. No he acabado todavía de buscar á quienes me han agraviado. Pronto confío proseguir mi viaje en busca de otra persona.

—Pues creed que pronto estaréis restablecido, señor,—dijo Cósima.—Vuestra herida curará perfectamente.

—Eso conviene,—replicó el Máscara,—y que cure también perfectamente Riccioli.

IX

El médico volvió al cabo de algunas horas, y repitió la sangría, encargando, sobre todo, que el enfermo guardase el mayor silencio y evitase toda emoción.

Por su parte, don Rodrigo mostrábase animoso y confiado, sobre todo en vista de que Cósima había manifestado que sería ella quien absolutamente le atendiese.

—¡Ya veis cuántas contrariedades!—decíale el Máscara.—Parece

que el destino se oponga á que vea yo realizados mis propósitos. El hado no consiente que pueda yo mostrar al mundo otra faz que esta de bronce, que cubrirá la mía propia mientras no queden satisfechos mi honor y mi venganza. En mis manos estuvo la vida del fraile infame que se llevó mi bien, y hube de respetar su odiosa existencia por no querer él defenderse. Cruzo luégo mi acero con el del aborrecido Riccioli, y yo, el invencible, yo que he contado siempre mis desafíos por victorias, yo que siempre tuve la seguridad de ver caer ante mí á quien fuese mi adversario, por primera vez en la vida quedo desarmado... Verdad que Riccioli condújose deslealmente y separó mi arma con su siniestra mano... ¡Yo resultar vencido en duelo! ¡Hay para volverse loco, amiga mía!

—No siempre brilla por igual la suerte, señor,—contestó Cósima.—La adversidad tiene sus horas... Esto os hará más resignado á las contrariedades de la vida.

—¡Tratáis de consolarme, mi buena Cósima! No... Lo que estas contrariedades han producido en mí es una irritación profunda. No perdonaré ya á nadie... Si otra vez encuentro al fraile en mi camino, he de aplastarle... Si otra vez encuentro á Riccioli, he de arrancarle la vida necesariamente.

—No os desesperéis, señor... Pensad en otras cosas, que no en estas.

—¡Ah! ¿En qué he de pensar?... Estremézcome al representarme en mi mente el desengaño que, quizás, me espera para dentro de poco. Al salir de aquí, propóngome ir en busca de aquel bien que perdí. Dejé un ángel yaciendo en sagrado panteón... ¡Quién sabe si voy á hallarme con un aborto del infierno! ¡Quién sabe si esta misma fatalidad que se opone á todos mis propósitos habrá convertido en deleznable fango lo que era purísima joya de oro.

—¡Imposible, señor!

—Imposible sería si se tratara de vos, Cósima, que más parecéis espíritu celeste, visión angélica, que no humano sér... Si de vos se tratara bien sabría yo que era imposible perdierais jamás esta pura esencia de que os hizo el Criador... Pero no es así, no... Yo amaba á una mujer... á una criatura terrenal, bella, pero, al fin, mujer.

—Señor... Os afligis sin motivo serio... ¿Por qué os han de entristecer estas ideas? Vuestra amada debe ser ahora tan digna de vos como lo fué en el tiempo feliz en que podiais escuchar de sus labios dulces frases de amor.

—¡Dios lo quiera, Cósima!

—No dudéis que así será, señor.

El Máscara pareció quedar tranquilo con aquellas palabras, dichas con angélica suavidad, mientras que una lágrima surcaba furtivamente las mejillas de la niña.

X

Pasaron días.

Don Rodrigo seguia adelantando en su curación, y lo propio sucedía con Riccioli.

Cada uno era asistido respectivamente por un ángel de abnegación y de bondad, pues lo que Cósima hacia al lado de don Rodrigo, Victoria lo hacía también junto á la cabecera de Riccioli.

La pobre mujer sentíase enternecida al considerar el triste estado á que se veia reducido el que era antes dechado de elegancia y bizarría, por más que su alma fuera diabólica y perversa.

Riccioli, por su parte, parecia cautivado por tanta bondad, amén de que el rostro de Victoria era para embelesar á cualquiera que sintiese la belleza en sus más delicadas manifestaciones.

—¡Ah, señora!—exclamaba el enfermo.—¿Por qué queréis ocultarme de tal manera donde estoy? Verdad es que basta estéis vos para que crea yo hallarme en el cielo; pero ¿qué motivo os induce á que no sepa yo ni siquiera la casa donde habito?

—Ya lo sabréis, caballero,—contestaba Victoria.—No os halláis todavía con bastantes fuerzas para recibir ninguna impresión.

—Pero cualquiera impresión que reciba yo de vuestros labios habrá de ser dulce, divina.

—Quizás no tanto como os imagináis, señor.

—¡Oh, sí!.. No me equivocaré nunca en esto... Pero decidme, cuando menos, si me hallo en Venecia, ó en qué parte.

—No os halláis en Venecia; ya sabéis esto; no queráis saber más, por ahora.

—Os obedeceré... No preguntaré más; estoy á vuestro lado y esto me basta.

—Gracias, caballero.

—Pero no penséis, señora... Si es que al salir de aquí puedo creerme libre y dueño de mis acciones, eternamente me habéis de ver ante vuestros ojos.

—¿Eso haréis?

—Si vos me lo permitís y no ha de seros enojoso que os recuerde lo que siente un corazón agradecido.

—Prestáis demasiado valor á lo que no es más que un deber de hospitalidad.

—Frio sentimiento es éste, comparado con lo que en realidad hacéis. No, no es simple hospitalidad lo que aquí he encontrado; es caridad, caridad sublime.

—Aprendí á amar al prójimo como á mí misma, en la doctrina cristiana.

—Es también la mía, señora; aunque, á la verdad, no puedo alabarme de haber seguido siempre sus preceptos. Confiésoos, señora, que no tengo muy tranquila la conciencia si me pongo á considerar algunos hechos de mi vida.

—Quizás Dios ha dispuesto, en sus altos designios, que sirviera vuestra enfermedad para arrepentiros del mal que hayáis causado en vuestra vida.

—Puede que tengáis razón; pero no ha llegado todavía esa hora. Son tales los resentimientos que median entre yo y ciertos hombres, que es empresa superior á mi voluntad el olvidarlos.

—Sería, sin embargo, mostrarse muy generoso el intentarlo.

—Ciertamente que sería generoso, pero anda mezclado en ello tal coraje, que dudo hallara correspondencia mi generosidad. Además, el odio puede renacer más pujante á cada momento, y de nada serviría una reconciliación ahora si diese la fatalidad de surgir de nuevo cierta rivalidad.

—¿Una rivalidad?

—Sí... Gravísima, mortal.

—¿Política, acaso?

—No tengo inconveniente alguno en deciros su nombre: se llamaba Amparo.

—No, ciertamente... Pero sois buena y podré decíroslo, sin faltar á los deberes de la cortesía con dama tan ilustre cual sois vos... Esa rivalidad de que os hablaba, tiene por fundamento una mujer... Una mujer, que ha sido el escollo de mi existencia, á quien antes aborrezco

que amo, pero que no puedo olvidar, y cuya imagen parece retarme á cada momento á que la alcance. Esta mujer desapareció una vez de entre mis manos; creíla perdida para siempre, en brazos de mi rival; pero no fué así. Ella no está en poder de quien creí... Está en otra parte, sé dónde, y el día que yo la encuentre no podré resistir á mi deseo de arrancarla de allí, de humillarla, de hacerla mía, aunque deba perder yo la vida tan sólo por un instante, por un momento de poder llamarla mi esclava. Fuera de esto, creed, señora, que acabó para mí toda nueva intención de perjudicar á nadie y de atentar contra la honra de ninguna mujer, de lo cual, por desdicha mía, tengo harto de qué acusarme.

—¿Eso prometéis?

—No os lo prometo; os lo juro.

—Siempre es algo que os tendrá que agradecer la humanidad, caballero, pues supongo habréis causado terribles estragos entre las pobres hijas de Eva.

—No creais, sin embargo, que mis crímenes hayan sido, en esta parte, muy horrendos.

—¿Y por qué no? Desde el momento en que se trata, por ejemplo, de alguna cándida doncella...

—¡Bah! Sólo una de esas he encontrado en mi camino, y á esa, creedlo, no me vino jamás la idea de seducirla vergonzosamente...

—¡Rara excepción!...

—Era una española.

—¡Sí!... ¿Y se llamaba?...

—No tengo inconveniente alguno en deciros su nombre: se llamaba Amparo.

CAPÍTULO VIII

Nieve

Las palabras de Riccioli, que Victoria tenía que aceptar como de todo punto sinceras, causaron profunda impresión en el ánimo de la hermosa viuda.

—¡Luego ese hombre no es tan malo como podía presumirse por lo que de él me contaba mi hermano!—decía para sí Victoria...—¡Luégo hay en su alma todavía algún resabio de bondad y ha entrado en su conciencia como cierta chispa de arrepentimiento! ¡Extraña humanidad! ¡No hay en tí el bien ni el mal absolutos! ¡Quizás el mejor de los hombres tiene en su alma negras culpas de que responder; quizás el más empedernido criminal logrará en la otra vida la remisión de sus pecados por alguna ligera partícula de bondad que habrá existido siempre en el fondo de su sér!

No tardó en establecerse entre el paciente y su enfermera, siempre discreta, como cierta corriente de honda simpatía. Aprovechando

aquella buena disposición, trató un día Victoria de sondear las intenciones de Riccioli respecto á su hermano.

De día en día mejoraba el herido; la inteligencia había recobrado toda su energía y las fuerzas físicas reaparecían con notable rapidez. Por fin, el médico dió su consentimiento para que Riccioli pudiera levantarse.

Victoria sintió al par que no disimulada alegría, cierta desazón que tampoco pudo disimular. Riccioli iba á enterarse por fin de cual casa le servía de albergue; reconocería enseguida el sitio y quizás á consecuencia de ello iba á sobrevenir cualquier desagradable incidente. No quería ella participar á su hermano estos temores, recelando que Montanchez no se sintiese dispuesto á llevar á cabo alguna imprudente resolución. Había quedado con su hermano en que así que Riccioli estuviese restablecido partirían todos á Génova, dejándole á él en la casa, pues no era creible que el altivo veneciano dejase de revelar al Gran Duque lo ocurrido para que se persiguiesen á los detentores.

Así, pues, cuando Riccioli pidió sus vestidos para levantarse, díjole Victoria:

—No ha llegado todavía la hora en que pueda revelaros sin compromiso alguno el sitio en que os halláis, y por lo tanto, me permitiréis que no os consienta salir de este aposento sin ir con los ojos vendados. Yo os llevaré entonces á otra pieza para que podáis cambiar de vistas, y si os place el sitio, allí os quedaréis.

—Mandadme cuanto queráis, y os obedeceré,—contestó Riccioli.

La casa era asaz grande para que pudiera uno de los moradores permanecer allí sin enterarse de la presencia de los otros.

Victoria temía que el herido no reconociera el zaguán en cuyo fondo veíase el jardín por una reja, y así tuvo cuidado de vendar los ojos á Riccioli y conducirlo al segundo piso de la casa, dejándolo instalado en las habitaciones que daban vista al patio que había detrás del cobertizo de al lado.

Desde allí no podía verse el jardín de la casa, y era imposible toda fuga por lo alto de las ventanas, fuertemente enrejadas. Había tenido cuidado además, Victoria, de no dejar el menor recado de escribir.

—¿Estáis bien?—preguntó la dama.

—Sí, perfectamente.

—Podéis disponer pues de toda esta crujía.

—Gracias... Pero, decidme: ¿cuándo me dejaréis en libertad para salir?

—Pronto, si no intentáis nada para fugaros.

—Creed que mientras seais vos mi enfermera, no me dará esa idea.

—Gracias, caballero. No podéis figuraros la satisfacción que me cabe en poder mitigar en algo la molestia de vuestra detención.

—Esto es lo que me extraña. No me parecéis en manera alguna que seáis complice en ciertos hechos... ¿Por qué me detenéis pues?

—Es un misterio que aclararéis el día que estéis en libertad. Entretanto, contentaos con saber que estáis aquí seguro.

—Tantas son las pruebas de abnegación y de verdadera amistad que de vos tengo recibidas y tanto lo que fío en vuestra discreción y nobleza, que no vacilaré en dirigiros algunas preguntas á las cuales no os pido que contestéis, sin embargo, si eso ha de comprometeros, pero que sería para mí de vivísimo interés el conocer.

—Os daré respuesta en lo que pueda y sepa.

—He ido recogiendo, pues, mis recuerdos aunque con harto trabajo, por escapárseme muchas circunstancias de lo ocurrido, y me viene presente que estuve yo en Florencia, y aún quizás estoy. Allí engendró en mí una viva pasión cierta bella niña de quien recibí un billete citándome en su jardín... Aquel billete, sin embargo, resultó ser un lazo para sorprenderme. Caí en poder de un hombre á las órdenes de mi rival y luégo apareciómе éste con quién me batí... Herile, recuérdolo bien; batíme después con el otro, traté de huir... y luégo fuistéis vos la primera persona que se me apareció, vos, tan buena, tan hermosa... Ahora bien; ¿conocéis á esos hombres? ¿Sabéis de ellos en la actualidad?

—Bien podría ser que los conociera, pero en el presente caso nada tienen que ver conmigo.

—¿Luego no son ellos quienes me tienen detenido aquí?

—No... Soy yo.

—En tal caso, decidme que pensáis hacer de este vuestro humilde criado.

—Pienso así que el médico diga que no ofrece cuidado alguno vuestra salida, dejaros en completa libertad para que os dirijáis donde tengáis por conveniente.

—Gracias por vuestras noticias, señora. Y ahora, estoy pronto á responderos también si en algo queréis interrogarme.

—Interrogaros no; suplicaros en todo caso.

—Vuestras súplicas serán para mí mandatos, con una sola excepción.

—¿Qué excepción?

—La de no olvidar ni perdonar á D. Rodrigo de Toledo y desistir de disputarle á su amante.

—Esto es sin embargo lo que pretendía yo de vos.

—Mucho me duele no poder complaceros, señora... En cambio yo me ofrezco á no decir nada de lo ocurrido en Florencia.

—Noble proceder, pero inútil de todo punto.

—Más áun· perdono de todas veras á la causante de mi desgracia; si conocéis á Amparo decidle que no puedo creer que cupiese en su corazón tamaña perfidia y que prefiero suponer se le obligaría á la fuerza á atraerme á aquella emboscada. Yo fuí culpable en enamorarla, pero os juro que no pensé jamás en seducirla. Sentíame atraido hacia ella por misterioso poder, cual si fuera una luz dulce y consoladora que brillara para mí en medio de las tinieblas de maldad en que me veía envuelto. Hay seres en este mundo que nacen para ser adorados como ángeles... Vos uno de ellos... También Amparo...

—Agradezco vuestras frases, caballero, y podéis estar bien seguro de que ninguna culpa tuvo Amparo en el hecho del jardín.

—¿Conque vos sabéis lo que ocurrió? ¿Con que conocéis á Amparo? ¡Ah! ¡Decidla que me perdone!

—¿Pero cómo pudo ser que os prendarais de ella amando á otra?

—No; á esa á quien os referís, no la amo, antes bien la odio; pero es para mí cuestión de orgullo vencerla, reducirla á ser mi esclava. Hecho esto, quedará ya satisfecho mi amor propio. Mas decidme, ¿qué

es de Amparo entretanto? ¿La habéis hablado desde aquella noche? ¿La habéis visto?

—Ya no estaba en la casa á la sazón. Guárdanla las sombrías paredes de un convento.

—¡Desdichada!

—Sí, desdichada, pero no por su clausura, sino por los tormentos que su corazón experimenta al recordar el amor que la jurásteis.

—Pero yo no mentía.

—¿Es cierto que no mentíais?

—Os lo juro.

—¿Por manera que aún sentís por ella aquel afecto que os inspiró su vista?

—¡Oh! más, mucho más: sabiendo que no tuvo culpa alguna en la emboscada, siento aumentar mi amor.

—Tratad, sin embargo, de olvidarla.

—¿Por qué, señora?

—Porque jamás podría ser vuestra esposa.

—¿No?

—Imposible.

—Explicadme qué razones hay para ello.

—Otro día.

—¿Es decir que si Amparo hubiese tenido padre y yo le hubiese pedido á éste su mano?...

—Sí, tiene padre, y precisamente de aquí depende la imposibilidad.

—¿Tiene padre? Entonces, ella lo ignora.

—Veo que hablásteis mucho con ella. Ignóralo ella, en efecto.

—¡Qué misterio!

—¡Bien triste!

—¿Y su padre me negaría la mano de Amparo?

—Os la negaría, si es que vos llegáseis á tanto, que sabiendo quién era se la pidiéseis.

—¡Oh! En cuanto á eso, sí lo haría. ¿Quién podría ser que no se creyese muy honrado con otorgarme la mano de su hija?

—Hay quienes son enemigos vuestros implacables...

—Y el padre de Amparo...

—Pertenece á este número.

—¡Fatal desgracia!

—Olvidad á esa niña por lo tanto; es lo mejor que podéis hacer.

—Veré de hacerlo; y entended que antes que por nada lo haré por deferencia á vos.

—Gracias; de esta manera quizás daréis lugar á que Amparo pueda ser feliz todavía.

—Ella será feliz quizás... Yo, en cambio, he de ser siempre muy desgraciado.

Retiróse Victoria después de esta conversación, y Riccioli quedó meditando la extrañeza de las confidencias que le había hecho la hermosa dama. No había reconocido en manera alguna en Victoria á la señora que acompañaba á Amparo cuando vió á ésta por primera vez en Santa Croce.

Una semana después, mostrábase don Rodrigo tan animado y fuerte, que manifestó deseos de proseguir su camino, á lo cual accedió de buen grado Montanchez, deseoso de salir cuanto antes de aquella situación que le privaba de tener á su lado á su hija bien amada.

El Máscara había decidido trasladarse á Otranto en vez de volverse á Urcino según había manifestado á Michelotta.

Verdad es que quizás ya no encontraría allí á Blanca, que en cumplimiento de lo dispuesto en su carta debería haber seguido á la portadora, pero recelaba no fuesen allí Riccioli ó el fraile, y quería en tal caso decidir de una vez para siempre sus diferencias con ellos.

Don Rodrigo sabía ya que Riccioli no había quedado todavía en libertad, y que por lo tanto, en caso de atreverse á presentarse en Villa-Mora lo haría estando ya él, pero no pasaba lo mismo con frá Ridolfo, cuya desaparición le había sumido más de una vez en honda inquietud.

II

Acercábase el día en que abandonarían la hermosa ciudad de los Médicis, y así comenzó Montanchez á tomar las precauciones necesarias para levantar su casa de Florencia y trasladarse á Génova.

Don Rodrigo y Cósima fueron los primeros en ausentarse, quedando con su segundo en que se encontrarían en Sagone dentro un mes.

Llegada la tarde del día en que habían de partir Montanchez y Victoria, díjole aquél á ésta:

—Nada le dejes traslucir á Riccioli. Esta noche á las diez saldremos en buenos caballos. Le darás al prisionero las buenas noches y dejaremos abiertas las puertas de la crujía. Cuando mañana vea que no se acerca nadie, él cuidará de salir, pero ya entonces nos hallaremos fuera del alcance del Gran Duque y nada tendremos que temer de la venganza del veneciano.

—Así lo haré, hermano mío.

—Ahora, anda á buscar á Amparo y tráela aquí, previniéndola que no cometa la menor imprudencia.

—Voy, hermano mío.

Salió Victoria á los pocos momentos, sin poder ocultar las lágrimas que le ocasionaba la idea de tener que abandonar Florencia, donde había pasado los años más tranquilos de su vida, y se dirigió al convento de la Trinidad, en que había quedado depositada Amparo.

III

La pobre niña recibió una alegría inmensa al enterarse de que terminaba su clausura, haciéndole á Victoria mil preguntas cuyo sentido comprendía muy bien la afligida señora.

—¿Sigue todavía en casa el señor Salvador?—decía la niña.

—Sí, hija mía,—contestaba la bella viuda.—Continúa en casa, para bien y alegría de todos.

—¿Y Michelotta?

—De ésta no sé... No la he visto hace días...

—¿No?

—Quizás estará enferma.

—Es verdad. ¡Pobre Michelotta! Iremos á enterarnos; ¿verdad?

—Ciertamente.

—Es muy buena mujer la Michelotta, y me quiere á mí mucho... ¡Oh! Y á vos también... ¿Verdad que nos quiere mucho?

—Sí, verdad.

—Tenemos que ir á verla enseguida... ¿Os parece que fuéramos ahora?

—No, ahora no... El señor Salvador te espera impaciente.

—¡Ah! Es verdad... ¡Pobre señor Salvador!...

—¿Le quieres mucho?

—Sí... quiérole, madona. Ya ves, es nuestro buen amigo... Éralo de mi padre...

—Ten entendido, pues, que siendo nuestro buen amigo y siendo el mejor de cuantos tuvo tu padre, has de quererle muy singularmente.

—Ya le quiero mucho, madona.

—No sabes cuánto te quiere él á tí.

—Sí, ya lo sé; pero fué muy duro conmigo al mandarme encerrar en ese convento, donde me he aburrido tanto.

—Cuando él lo hizo, puedes tener por cierto que fué en beneficio tuyo.

—Podía haberse equivocado, sin embargo.

—¡Pobre niña! No, no se equivocó.

—Entonces... ¿es que os dijo algo sobre los motivos que tuvo?

—Ya lo sabrás...

—Está bien, madona... Pero decidme ahora... ¿Habéis ido á Santa Croce alguna vez?

—No; he ido á Santa María dei Fiori.

—Yo tengo gran devoción á Santa Croce... ¿Os parece que volviéramos allí á oir la misa el domingo?

—Ya veremos.

—Sí... Iremos, madona. ¡Oh, qué preciosa iglesia!

—Magnífica.

—Ved, aquí vive la Michelotta... ¿Entremos?

—Pero niña... tiempo queda. El señor Salvador espera.

—Es verdad. ¡El buen señor Salvador!

—Advierte que él no quiere gritos ni cantos. Por lo tanto, así que llegues, habla bajo y cesa en esa charla...

—¡Oh, señora! callaré, callaré... Ya sé que al señor Salvador no hay que irle con preguntas y que no tiene esa santa paciencia que os distingue á vos...

Las dos mujeres llegaron á la casa y encontraron en el zaguán á Montanchez, que abrazó estrechísimamente á Amparo.

IV

Eran las diez cuando Victoria salió á ver á Riccioli, para darle las buenas noches, como de costumbre.

La hermana de Montanchez encontró al prisionero entregado á hondas meditaciones.

—Señor,—díjole Victoria,—perdonadme si he venido á interrumpiros.

—¡Oh, al contrario! Vuestras visitas me son siempre muy gratas.

—¿Os encontráis hien?

—Perfectamente bien.

—En tal caso, pronto os podré dejar libre.

—Quizás no me creeréis al deciros que de cada día más me siento mejor aquí y se me van pasando los antojos de libertad. ¡Estaba tan necesitado de descanso! Y luégo, ¡es tan dulce vuestra compañía!

—Gracias, caballero.

—Yo, señora, puedo haber sido malo, muy malo, para otros, pero os juro que guardaré eternamente en mi corazón un sentimiento de gratitud inextinguible hacia vos. Acostumbrado á andar siempre entre malvados, paréceme haber visto otro mundo al convencerme de la bondad de vuestra alma.

—¡Quiera Dios que penséis siempre así y desechéis toda idea de venganza!

—Creed, mi noble amiga, que así será. Estoy resuelto á llevar de aquí en adelante una vida muy retirada y á dejar para siempre todo intento de causar daño á nadie... Una vez salga de aquí, con permiso vuestro, pienso, si vos me lo permitís, seguir como hasta ahora, cultivando vuestro trato y alejarme para siempre de cuanto sea volver á lo pasado.

—Según eso, ¿no pensáis volver á Venecia?

—No, puesto que pienso permanecer donde estéis vos.

—Me dispensáis un honor de que no soy digna.

—Lo que yo puedo aseguraros es que mientras os sienta cerca de mí seré el mejor de los hombres y me será imposible sentir odio ni maquinar ninguna iniquidad. Habéis sido mi ángel bueno, señora.

Turbábase profundamente Victoria con las palabras de Riccioli, y temerosa quizás de revelar con demasiada claridad lo que sentía, exclamó precipitadamente:

—Gracias, gracias por vuestros generosos sentimientos, señor. Descansad, y que Dios os conceda un feliz sueño.

—Lo mismo os deseo, señora... Hasta mañana...

No contestó Victoria, y abandonó la estancia presa de indecible emoción.

V

La bella dama dejó abiertas todas las puertas, sin cerrar la que comunicaba con la escalera, y fué á reunirse con Montanchez y Amparo que esperaban ya en el portal.

—Vamos,—exclamó el corsario, y los tres emprendieron la marcha, llegando en breve á la plaza del Sancto Spírito donde les aguardaban los caballos.

Amparo, muda de asombro y sin osar dirigir ninguna pregunta al señor Salvador, obedeció, aunque llorando furtivamente, cuando Montanchez la mandó montar.

Partieron los caballos y pronto franquearon los tres ginetes la puerta de las Gracias, siguiendo por la carretera de Módena, yendo Amparo en medio.

Hacía una hora que estaban en marcha, cuando la niña acercóse al oído de Victoria, y la dijo temblorosa:

—Señora, ¿dónde vamos?

—A Génova,—contestó la dama.

—¿Y no volveremos á Florencia?

—No. Calla ya.

Obedeció la niña y ninguno de los tres viajeros volvió á abrir boca hasta llegar á un parador inmediato á Fiésole, donde debían cambiar de caballos.

Oyóse dar las dos en el campanario de la catedral.

—Nadie nos persigue por ahora,—dijo Montanchez á Victoria mientras Amparo descansaba sentada en un poyo, separada de ellos.

—Díjome Riccioli que no quería delatar á nadie.

—Dírialo ciertamente, pero no es sin duda ese el motivo de no haber salido aún nadie en persecución nuestra. Nuestro hombre se habrá dormido, confiado en que no ocurría novedad alguna.

—Puede ser muy bien.

—No hay que fiar en él. Es falso, astuto...

—Creo sin embargo, que esta desgracia de ahora le habrá hecho cambiar de ideas.

—Pues crees mal; nació Riccioli para ser perverso, y lo será mientras viva.

—¿No admites, pues, que pueda haberle entrado el arrepentimiento?

—Antes creería que puede volverse hombre una mujer. Mas, paréceme que abogas harto por él.

—¿Yo? ¡Jesús, no pienses eso!

—Harás bien de todas maneras en no hablarme más en el sentido que lo has hecho.

—Dijete tan sólo mi leal parecer.

—Parecer de una santa, que no otra cosa eres; pero puedes tu mis-

ma comprender que si Amparo oyera expresarte en tales términos respecto á Riccioli, no sería la mejor manera de hacer que se desarraigara de su corazón ese amor que en mal hora consiguió engendrarla.

—Podías estar seguro de que por ningún concepto hubiera ya mentado nunca á Riccioli delante de Amparo.

—Celebro tu discreción, Victoria, y ruégote tengas presente siempre tan prudente resolución.

VI

Ya en esto se había levantado la niña al ver que un mozo salía de la casa con otros tres caballos.

Montó cada uno en el suyo respectivo y volvieron á emprender la marcha en el mismo silencio que antes.

Nadie parecía percibirse del frío de aquella noche de Marzo, en que además silbaba lúgubremente el viento en medio del silencio de la noche.

De vez en cuando, Montanchez, receloso siempre, se apeaba y aplicaba su oído al suelo, tratando de inquirir si se oía algún sospechoso rumor. Nada percibía sin embargo. Estaba visto que Riccioli no sabía aún su desaparición y que nadie había salido en seguimiento de los comprometidos fugitivos.

El corsario sentía honda ansiedad por el cansancio que podía experimentar su hija, pero dominado por su temor de ser alcanzado no pensaba concederle reposo hasta haber rebasado las fronteras de Toscana.

La niña por su parte no sentía cansancio ni temor; experimentaba sí un dolor cruel por aquella inesperada ausencia y pensaba en el enamorado caballero á quien, ciega de amor, había dado cita en el jardín.

Otro linaje de ideas atormentaban á Victoria, que temía profundizar demasiado en la esencia del sentimiento que la había inspirado Riccioli.

De todas maneras resultaba claro para ella que había conseguido lo que mujer alguna pudiera haberse alabado de conseguir jamás, es decir, domar al temido veneciano, suavizarlo, volverle generoso.

Esto la halagaba en gran manera; estaba satisfecha de su obra.

Quizás, gracias á ella, desistiría Riccioli de ir nuevamente en busca de don Rodrigo y en caso de toparse con Montanchez sería capaz de disculparse con él como se disculpó con ella.

Pero al llegar á este punto sentía como una incomprensible inquietud, de la cual se acusaba...

¿Iría acaso á tener celos de Amparo?

La verdad es que sentía algo parecido, sin que pudiera decirse que fuese precisamente aquel sentimiento.

Victoria creía á Riccioli hecho para otro género de amores que con una niña tan inocente, tan pura, tan virginal como Amparo.

Aquel hombre curtido en las lides de la vida, necesitaba quizás para comprenderle un alma avezada á iguales pruebas. El águila no se hallaría bien al lado de una paloma...

VII

Esto iba pensando Victoria mientras silbaba entre los árboles el frío viento que bajaba de los Apeninos.

Vadeaban el Bisenzio cuando de pronto comenzaron á caer glaciales gotas.

Montanchez miró al cielo y exclamó:

—Va á nevar... ¡Qué contratiempo! Si hubiese por aquí cerca alguna casa en que refugiarnos... Es imposible que puedas resistir este frío, Amparo...

—Nada siento, señor Salvador,—contestó la niña.—Si es por mí, podemos continuar el camino.

—Imposible,—replicó Victoria...—No podemos continuar... Estoy helada.

—Es más fuerte Amparo que tú,—repuso Montanchez.

—Bien puede ser,—volvió á decir Victoria...—El frío se me hace irresistible... ¿Pero no encontraremos un sitio donde guarecernos?

—No se ve nada.

—Sí, allí... Mira, una casa... Vamos, vamos... ¡Oh, cómo nieva!

Nevaba, en efecto, á más y mejor.

Montanchez maldecía interiormente aquella sensibilidad friolera de su hermana que tanto contrastaba con la resistencia de Amparo, y de mala gana repuso:

—Vamos, pues... Quién sabe, sin embargo, si iremos á dar con alguna cueva de ladrones...

—No hay cuidado,—repuso Victoria.

Los tres ginetes guiaron sus caballos hacia la casa que habia descubierto Victoria.

—Muy segura pareces estar de lo que dices,—replicó Montanchez.

—Pues claro está... ¿Quién ha de vivir aquí? Gañanes, pobres labriegos...

—Quiéralo Dios.

—Vamos á verlo.

Los tres ginetes guiaron sus caballos hacia la casa que habia descubierto Victoria á favor de la blanquecina claridad que parecía despedir la nieve, y no tardaron en hallarse ante una hermosa quinta precedida de un anchuroso pórtico.

—No llamemos,—exclamó Montanchez.—De todas maneras ya nos hallamos aquí bajo techado.

—Bueno,—contestó Victoria.—Dejaremos, pues, que pase el nevasco y permaneceremos aquí en el entretanto... Pero el caso es que estoy helada, lo repito.

—Está de Dios que tengas hoy que mostrarte delicada como nunca, —respondió de malhumor Montanchez, bajando el tono para que no lo oyera Amparo.—A pesar de tus seguridades de que no han de perseguirnos, yo no puedo fiarme y echarme á dormir á pierna suelta... Ten paciencia, y no quieras mostrarte cual débil mujercilla que no puede resistir un soplo de aire.

Calló Victoria, pero ello es que interiormente sentía cierta desazón... Quien hubiese podido leer en el fondo de sus pensamientos, hubiera hallado quizás un secreto deseo de dar tiempo á que Riccioli apareciera tras ellos, lo cual si hubiera parecido á Montanchez acto evidente de persecución, hubiéralo traducido Victoria de otra manera muy distinta.

Contentóse, pues, con permanecer bajo el pórtico y esperar allí durante el espacio de tiempo que debía tardar en cesar el nevasco, pero rogando á Dios interiormente que de un momento á otro apareciera Riccioli en el camino.

El nevasco, sin embargo, no cesaba tan pronto como hubiera querido Montanchez, que se entregaba á todos los diablos y maldecía la ocurrencia de haber esperado el invierno á descargar aquella noche tal nevada como no se hubiera visto hacía años en el país.

Llegó el amanecer y seguía cayendo nieve.

—Van á abrir en la casa y nos encontrarán aquí,—dijo Montanchez.

—No temas,—contestó Victoria.

—Pues porque temo lo digo,—replicó su hermano.

—Pronto lo hemos de ver.

VIII

A todo esto permanecía Amparo sin decir palabra, sumida en silencioso dolor.

La pobre niña pensaba en aquel brusco rompimiento de sus sueños de amor.

Todo había desaparecido para ella... Ni la más remota esperanza le quedaba de volver á ver más al galante caballero á quien había entregado su corazón.

¿Y qué podía ella por sí sola, sin familia, sin amparo de nadie más que de aquella mujer que no sabía quién era, y de aquel hombre que al par que amantísimo y generoso mostrábase en ocasiones tan duro y cruel como al hacerla abandonar Florencia sin darla ningún aviso?

Por esto lloraba Amparo, á la cual no perdía de vista Montanchez adivinando harto bien lo que su hija bien amada estaba imaginando.

Desasosegado con esto y temeroso además que de un momento á otro no llegasen en su persecución, mostrábase contrariado hasta lo sumo.

Y no es que Montanchez, bravo y temerario hasta la muerte, temiese perder la vida ó la libertad, sino que se estremecía al considerar en la situación en que iba á dejar á las dos mujeres si todos ellos caían en poder de Riccioli.

De eso dependía su inquietud. Otra cosa sería una vez las mujeres estuviesen seguras en Génova.

Entonces no sería Riccioli quien le buscaría á él, sino él quien buscaría á Riccioli.

Porque Montanchez no daba por terminadas sus diferencias con el veneciano, antes bien al mirar á Amparo, al verla tan bella, tan pura, tan adorable, sentía hervirle la sangre y ardía en deseos de atropellar por todo y caer sobre el que creía haber intentado seducir á aquel tesoro celestial.

¡Cuántas veces, mientras permaneció postrado en el lecho, no estuvo tentado por arrojarse sobre él y extrangularle en su furor!

Gracias á que Victoria no se separaba ni un momento de la cabecera del enfermo y tenía la precaución de encerrarle por la noche, pues de no ser así, quizás Montanchez no habría respetado los deberes sagrados de la hospitalidad...

Esto iba recordando Montanchez teniendo á su caballo por las riendas, bajo el pórtico, mientras Amparo acurrucada en el suelo, lloraba en silencio, y Victoria, desmintiendo con sus hechos sus pretendidos tormentos por el frío, estaba como clavada junto á una columna dirigiendo su vista á la carretera.

De pronto abrióse la puerta de la quinta y apareció en ella un hombre de extraño aspecto.

CAPÍTULO IX

Unos van y otros vuelven

El personaje que acababa de presentarse á la vista de los viajeros era un atlético mozo, de atezado rostro y bravía expresión, vestido con un traje de estilo oriental: fez en la cabeza, un albornoz blanco sobre los hombros, coraza de reluciente acero y calzas hasta la rodilla; llevaba espuelas y pendia de su cinto un alfanje de preciosisima labor.

El tal quedó muy sorprendido, al parecer, al encontrarse con tales huéspedes y clavando en Montanchez una mirada amenazadora, exclamó en italiano, pero con acento que revelaba claramente que no era aquella su lengua:

—¿A qué estáis aquí?

Contuvo Montanchez la irritación que le habia producido el tono altanero con que se habia dirigido á él aquel hombre singular y repuso:

—Somos viajeros á quienes ha sorprendido la nevada en el camino y nos hemos refugiado bajo este pórtico hasta que cesara la tormenta.

—¿De dónde venís y á dónde vais?

—Venimos de Florencia y vamos á Lucca.

—¿Y quiénes sois?

—Soy mercader y estas mujeres son mi hermana... y mi hija.

—¿Cómo os llamáis?

—Salvador.

—¿Solamente Salvador?

—Salvador Rinaldi... pero veo que la nevada parece que va cesando ya... No es necesario que permanezcamos por más tiempo aquí y continuaremos ya nuestro camino.

—No tan aprisa...

—¿Cómo que no? ¿Con qué derecho podéis oponeros á que hagamos nuestra voluntad? Harto complaciente he sido en daros tantas explicaciones.

—Muy vivo de genio me parecéis por ser un simple mercader.

—Téngome con ser un simple mercader por tan honrado y noble como el más presumido caballero.

—Y si esto no fuera, por sobrado provocador... Ya veréis ahora como arreglo yo á los deslenguados.

Y diciendo esto echó el tremendo hércules mano al alfanje, desenvainando también al momento su espada *Salvador Rinaldi*, pero antes de que uno y otro pudieran cruzar sus armas ya las dos mujeres se habían interpuesto, lanzando agudos gritos, lo cual alarmó á los de dentro pues al momento comparecieron dos negros no menos corpulentos y espantables que el orgulloso caballero.

—Apartad,—exclamó Montanchez.—Yo solo me basto para esos miserables.

Y diciendo esto, trazó con su espada un semicírculo, refugiándose Victoria y Amparo detrás del valiente campeón, pero no sin dar grandes voces de *¡Socorro!*

El hombre del alfanje y los dos esclavos parecieron inmutados de pronto ante el terrible aspecto de Montanchez, convertido de humilde mercader en arrogante guerrero.

—No me equivoqué,—exclamó el atezado personaje,—caballero sois

y no mercader... Pero no conseguiréis vuestro intento,—y diciendo esto arrojóse sobre él, á cuyo ejemplo siguieron los dos esclavos.

Era desigual y cobarde aquella lucha de tres contra uno; Montanchez se batía con desesperación y mantenía á raya á sus contrarios.

De súbito oyóse el galopar de un caballo sobre la nieve y apareció á la vista de los que en el pórtico estaban la inesperada figura de un peregrino que, gallardamente montado en soberbio potro, asemejaba

De súbito oyóse el galopar de un caballo sobre la nieve.

en aquel instante á esas imágenes que se ven en nuestro país representando á Santiago en la batalla de Clavijo.

El combate no cesó por esto, pero las dos mujeres comprendieron que Montanchez iba á recibir auxilio.

Así fué; el peregrino que tan gentilmente sabía montar en briosos alazanes echó pié á tierra y se acercó al grupo, poniéndose enseguida al lado de Montanchez.

El refuerzo era de consideración; á la primera estocada del inesperado auxiliar, cayó al suelo el atlético adversario, atravesado el cuello y brotando de la herida un raudal de sangre.

Los dos negros, entonces, llenos de terror al convencerse de que su

amo estaba muerto, abandonaron el campo y pusiéronse en precipitada fuga.

—Gracias, hermano, por vuestro eficaz auxilio,—exclamó Montanchez,—á fe que sois diestro tirador.

El peregrino se inclinó sin responder.

Montanchez reparó entonces en él y quedó sorprendido al ver que ocultaba su rostro bajo un antifaz, lo cual si era uso en los caminantes ordinarios no lo había visto aún en práctica entre los peregrinos, y menos que montasen estos á caballo.

Empero no parecía el peregrino muy deseoso de que se fijasen en él ni de entrar en conversación y haciendo un profundo saludo disponíase ya á continuar su camino, cuando apareció en el umbral de la habitación una mujer de portentosa hermosura, cuya presencia debió hacer cambiar de pronto los planes del piadoso varón puesto que, en lugar de continuar su camino, quedó como clavado en el sitio, llevándose vivamente la mano á la boca cual para ahogar un grito.

—¡Horror!—exclamó la dama al ver tendido en el suelo sobre un charco de sangre el cadáver del atleta...

—Señora,—repuso Montanchez,—no ha sido nuestra la culpa... El lo quiso provocándonos sin motivo alguno.

—¡Dios mío, Dios mío, amparadme!—dijo la señora pareciendo que iba á perder el sentido.

El peregrino se acercó á ella para sostenerla, é hizo seña á Montanchez de que continuase su camino, á lo cual accedió de harta buena gana el fugitivo, que no deseaba otra cosa que continuar su ruta.

—¿Quedaréis vos al cuidado de esta señora?—díjole al peregrino.

El misterioso personaje hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Entonces, hermano, rogad por nosotros, y que Dios os conceda feliz término en la peregrinación.

De nuevo se inclinó el enmascarado caminante, revelando la mayor impaciencia.

—En marcha,—dijo Montanchez, disponiéndose á montar á caballo.

Amparo, llena de espanto, apresuróse á hacerlo; pero no Victoria que se adelantó hacia el peregrino, como para besarle la mano.

—Os he conocido,—dijo en voz baja.

El peregrino la cogió la mano, estrechóla fuertemente y murmuró:

—¡Adiós! ¡Perdonadme! El infierno me tiene otra vez entre sus garras.

Y dejando á Victoria como anonadada, entró en la casa con la desmayada señora en brazos.

Montanchez impaciente, ya á caballo, llamó á Victoria, que se apresuró á obedecer, volviendo á cada momento la cabeza hacia el sitio que acababa de dejar.

Momentos después, entraban los tres viajeros en una estrecha garganta.

—Detengámonos aquí por un momento,—exclamó Victoria.—Deseo saber qué va á suceder ahora.

—¿Pero no ves que urge el tiempo?—replicó Montanchez.

—Nada temas,—contestó la bella viuda.—Pronto habremos de salir de dudas.

II

El enmascarado había dejado á la desmayada dama en un diván que había en la primera pieza que se encontraba al entrar.

De pié, junto á ella, contemplábala en hondo silencio; tan hondo, que permitía escuchar el palpitar violento de su pecho.

Poco á poco fué volviendo en sí la señora, hasta que, reparando en el peregrino, exclamó, llena de terror:

—¡Socorredme, socorredme!... ¡Por favor!... ¡Yo no sé lo qué ha sucedido!... ¡Un muerto!... ¡Desdichada... desdichada de mí!...

—Es verdad, muy desdichada sois, Blanca de Alviano... Pero hay otros también que lo son tanto como vos.

La pobre mujer dió un paso atrás, y exclamó con espanto:

—¡Riccioli!...

El peregrino se quitó la máscara y arrojó la esclavina que llevaba.

—¡Yo soy, sí!—murmuró.

Blanca bajó la cabeza, cual si esperara el fallo de una sentencia.

El joven, cuya palidez era extremada, cogió dulcemente las manos de la dama, y dijo:

—No temáis nada de mí, señora. No en valde ha pasado tanto tiempo.

Blanca ocultó su semblante entre las manos, y dirigióse lentamente á un ángulo de la pieza, contra el cual apoyó su frente, rompiendo en llanto amarguísimo.

Riccioli, silencioso, mirábale con arrobado embeleso, velado por una nube de tristeza.

III

Largo rato permanecieron así, hasta que el joven, acercándose á ella, trató de separarla de donde estaba.

Blanca dejó hacer, pasivamente, á Riccioli, que la hizo sentar.

—Sois injusta conmigo,—exclamó el veneciano.—Habéislo sido siempre, pero en esta ocasión más que nunca. ¿Qué teméis de mí?

—No, nada temo; nada puedo temer ya,—respondió ella.—Soy la mísera barca que el huracán arrastra á donde quiere; soy la despreciable esclava que se compra en el mercado, la presa de todos; no ya una mujer, no ya un alma libre.

—¡Blanca! ¿Qué decís?

—¡Os mancháis con tocarme, Riccioli! ¡Apartaos de mí! ¡Ah, si supierais!...

—¡Blanca!... ¡Hablad!...

—¡Ay de mí! ¿Cómo decíroslo?... ¿Cómo queréis que os refiera mi desventura si sé que cada palabra mía os hará apartar el rostro con horror? Y, sin embargo, ¡sabe Dios que soy inocente de todo! ¡Sabe Dios!...

—Decid...

—Sí, lo diré. ¿Qué me importa ya lo que podáis hacer? Sabe Dios, sin embargo, que yo... le adoro, á *él*, siempre á *él*, sólo á *él*.

—¡*Él* siempre!—murmuró Riccioli.

—Sí, *él* siempre; pero no creáis que me atreviera á presentarme ante sus ojos. Véame muerta si acaso; no viva.

—Y, sin embargo, Blanca, ¡yo os adoro siempre! Os adoro... como os debe adorar también mi rival aborrecido...

—¡Oh, callad, callad; no sabéis quién soy yo!...

—Y, sin embargo, Blanca, ¡yo os adoro siempre!

—Sois la mujer que más he amado en el mundo; la mujer que ha sido mi perdición, y á la cual, sin embargo, adoro sin remedio, adoro... aunque fuese la más vil de las criaturas....

—No, no, Riccioli... Apartaos de mí; dejadme... Llevo yo la desgracia á cuantos se me acercan... Huid de mí, si no queréis sucumbir también.

—¡Feliz muerte si muero á vuestros piés!

—No, ¡por piedad!... Anégame la sangre que por mí he visto derramar... ¡Dejadme, Riccioli, entregada á mi desventurada suerte!...

—¡Nunca!

—Sí, creedme... ¡Os lo ruego, os lo pido por piedad!...

—¡Antes mil muertes que dejaros!... Cuando, por fin, logro la dicha de encontraros, ¿queréis que os abandone? ¡Imposible! ¡No os lo imagináis!

—Soy una criatura maldita, Riccioli... Huid de mí... Antes que permanecer á mi lado, introducíos en una ciudad apestada, volad á lo más encarnizado de un combate... Allí tendréis, al menos, una muerte honrosa, gloriosa; no á mi lado, donde os estará acechando de continuo el puñal homicida ó el oscuro fin de un asesinato envuelto en las sombras del misterio.

—Al infierno iré con vos, á las tinieblas, al abismo...

—¿Pero qué queréis de mí? Ya os lo he dicho antes... Está mi cuerpo manchado... pero mi corazón no; mi corazón es puro, y jamás habrá de apagarse la llama que en él arde por quien sabéis...

—Yo apagaré esa llama, Blanca; yo la apagaré y haré que me améis, resignado á todo.

—No, no será; no puede ser eso.

—Sí, será... porque yo, Blanca, os amo con loco amor... Oid: por un momento creí que sólo había en mi pecho odio contra vos, y estaba resuelto, si nunca os encontraba, á trataros como á vil esclava; todo se ha disipado tan pronto como os he visto. Mi odio se ha trocado en adoración y mis propósitos de humillaros son ahora, ya véis, ruegos y súplicas de que os dignéis ser mi dueño adorado, la señora de mi vida, la reina de mi albedrío... Huyamos, Blanca... huyamos donde nadie pueda adivinar que transcurre feliz nuestra existencia...

—Os engañaría, Riccioli. Jamás podré amar á nadie más que á *él*.

—¡Oh, callad!... ¡Maldito é!, que no pude acabar de arrancarle su condenada vida!

—¿Qué decís?

—Batímonos, heríle, pero cuando me disponía á arrancarle el último aliento de su existencia, quiso mi estrella malhadada que no pudiera realizar mi intento.

—¿Vive, pues? ¿Vive mi Rodrigo?

—Vive, pero vos habéis pronunciado ya su sentencia de muerte, porque ahora sí que no escapará, no, no.

—¡Riccioli!...

—Ya que la imagen odiada de ese hombre se interpone entre vos y yo, acábese ya todo... ¡Muera él!

—No, no... Callad, no me dejéis... no os separéis de mí...

Y la joven se arrojó en brazos de Riccioli, cual si quisiera sujetarlo para que no se fuera.

IV

—Partamos,—dijo Riccioli.

—Ya te sigo, Paolo.

El caballero montó en un alazán llevando en brazos á la dama, y espoleó al noble bruto que partió en veloz carrera camino de Florencia.

Ocultos Victoria, Amparo y Montanchez en el desfiladero, vieron emprender la marcha á la gentil pareja, prosiguiendo ellos enseguida su viaje en opuesta dirección.

—¿A dónde vamos?—exclamó Blanca cuando hacía ya rato que cabalgaban.

—A dónde tú quieras, vida mía.

—No á Venecia.

—Bien está, donde quiera que pueda estar á tu lado me hallaré en la gloria... ¿Quieres ir á Florencia?

—Sí, á Florencia, pero no has de dejarme ver de nadie...

—¡Oh, no! Te tendré oculta cual preciado tesoro que quisieran robarme á cada instante. Mas, cuéntame ya tus lamentables desventuras... No temas relevármelo todo... Sólo á este precio desistiré de andar en busca de mi rival aborrecido... Jamás hubiera creído encontrarte en esa casa y en poder de ese hombre. Creíate yo en Otranto...

—De allí vine, sí,—exclamó la joven.

Blanca refirió á Riccioli todo lo ocurrido, según se le aparecía á ella, desde que el fraile la sacó del panteón hasta que la dejó para ir en busca del Máscara, y siguió diciendo:

—Quedeme anonadada, temblando en mi soledad, esperando llena de temor el regreso de Roberto ó quizás el de don Rodrigo... En tal

estado me encontraba, cuando un día, hará de esto un mes, presentóse en la quinta una mujer con una carta cuya letra me hizo estremecer... Don Rodrigo me prevenía en ella que siguiese á la emisaria, á cuyo efecto me estaba esperando una nave en el puerto... Obedecí enseguida, porque aquella era su letra, sí, y además la emisaria me había referido tales pormenores, que no me cabía duda alguna sobre su certeza. Ya habíamos salido del Adriático y costeábamos el golfo de Tarento, cuando salió á nuestro encuentro una galera albanesa. ¡Horrible escena! Trabóse un combate encarnizado... Murió el capitán, uno de los más leales servidores de don Rodrigo, y yo y Michelotta, la confidente, fuimos botín de guerra del vencedor corsario. La galera del arnauta siguió su camino hasta Liorna, y el corsario que me había hecho su esclava me condujo al sitio donde me has hallado, dejando á Michelotta en el barco. Mil veces intenté darme la muerte, pero no osaba abrigando de continuo la esperanza de que había de verme libre...

—¿Sabe Michelotta dónde te condujo ese hombre?

—No; nada dijo el capitán. El corsario parecía tener poderosa influencia en la corte del Gran Duque; algunas veces venían aquí enviados suyos con preciosos obsequios; creo que el apoyo con que la corte de Florencia le favorecía, procedía de Bianca Capello, de quien me hablaba muchas veces, hasta el punto de llegar á figurarme yo si habría sido alguno de los amantes de la futura gran duquesa.

—Podría ser que acertases,—exclamó Riccioli.

—Ya lo sabes todo, pues, Paolo,—replicó Blanca.—Ya sabes qué ha sido de mí desde que don Rodrigo me sacó del Palacio de la Señoría, creyéndome muerta y llevándome á enterrar á San Donato... Ya que insistes en no dejarme, no podrás acusarme, cuando menos, de que te haya ocultado nada. Una cosa te juro ahora, y es que ese hombre ha podido tenerme sujeta á su poder, pero no ha conseguido hacerme su manceba. Ni súplicas ni amenazas han podido nada.

—Dijote ya que lo aceptaba todo... No puedes tú imaginarte, Blanca mía, lo que te amo:..

—Ámame, pero no sientas otra cosa más en tu pecho que este

amor... Horrorízame la idea de que se derrame más sangre por causa mía... ¡Ah, por qué me destinó Dios á originar tantas desgracias!

—Es causa de todo ello tu hermosura, Blanca mía.

—¡Mi hermosura! ¡Funesto dón me concedió la naturaleza si solamente ha servido para ocasionar innumerables muertes!

—No es funesto dón, sino singularísimo privilegio. ¿Quién no se siente rendido de amor al contemplar tu rostro divino, y no queda maravillado ante tu admirable talle, no igualado jamás por los cinceles de la antigua Grecia? Así sería Helena...

—¡Fatal parecido!

—No tienes tú la culpa de que caiga rendido de amor á tus plantas todo el que te ve, ni de que se dispute tu posesión cual la de una corona de esplendente brillo. ¡Ah! ¡Feliz quién por ti muere y merece un recuerdo tuyo!

—¡Oh, no! Cada vez que veo perecer á alguien por mi causa, vuélvome loca de dolor... Mi corazón no puede resistir esos sacrificios, cual si fuese yo ídolo insensible.

—No eres ciertamente ningún ídolo, pero como á tal te adora quien te ve. Tienes el privilegio de inspirar hondísimos entusiasmos sin esperar nada de ti; por eso, ¡feliz el que puede acercársete y oir de tus labios una frase de cariño áun á costa de la vida! Yo mismo, moriría en este instante sin echar de menos la vida, si supiera que cierto hombre á quien odio y aborrezco no ha de conseguir jamás volverte á ver...

—¡Oh, no! No digas eso.

—Tiene tan alto precio tu belleza que no menos que á trueque de la vida ha de alcanzarse...

—Pues si yo supiera que ha de morir ya nadie más por mí, me quitara ya la vida.

—De eso cuidaré yo que no pueda ser mientras yo viva. ¡Oh, Blanca, la existencia ha sido hasta hoy para mí horrible cúmulo de amarguras, pero cuento de aquí en adelante que sea celestial deleite!

V

Ya habían en esto llegado á Fiésole el gentil caballero y la bella dama, albergándose en una de las posadas de la plaza.

Riccioli había rogado á su compañera no dejase ver su rostro de nadie, temeroso según decía, de que el mismo sol fuese á enamorarse de ella.

—Explícame cómo ha sido que hayas llegado tan oportunamente para librar de la ira de mi tirano á los caminantes que encontré contigo en el pórtico.

—En verdad que fué providencial mi auxilio,—respondió Riccioli, —pues el bravo caballero se veia harto apurado ya, luchando solo contra tres. Fué, pues, el caso, que salí yo de Florencia á caballo llevando á prevención un traje de peregrino para vestirlo cuando llegase la ocasión que estimase yo oportuna, y yendo á pié á mi lado un mozo de cuadra; supe aquí mismo, en Fiésole, que la ocasión de cubrirme con el disfraz había llegado ya, y cambiando de papel hice subir á caballo al mozo y seguía yo á pié cuando de pronto llegaron hasta mí los gritos que harto oirías...

—Sí los oí, pero no acertaba á dar un paso.

—Oi pues, los gritos, é hice que el mozo echara pié á tierra; espoleé al caballo y llegué á punto de poder ser útil al comprometido caballero.

—Pues, según parece, habrás abandonado ya la comenzada aventura...

—Sí; concluida queda; desde el momento que te ví, todo perdió para mí su interés. Un momento bastó para hacerme cambiar en todos mis propósitos. Te lo repito, y perdóname mi mal propósito: salí de Florencia resuelto á humillarte, sintiendo en el fondo de mi pecho reconcentrado odio... Ni un momento ha resistido, sin embargo, mi alma al hechizo de verte y los violentos propósitos de que estaba poseído hanse derretido al calor de tu belleza, como la nieve se funde al calor del sol... Ya ves: ciego y loco atenté contra tu felicidad

intentando hacerte á la fuerza mi esposa... Rechazaste cruel mi idolatría mas no por eso logró borrarse de mi pecho tu adorada imagen. Te creí perdida para mí por siempre y, te lo juro, yo que tengo el corazón de bronce, yo que no había sentido jamás surcar las lágrimas mis mejillas..... lloré como una débil mujer, lloré con las lágrimas que deben escaldar el rostro del leon cuando se ve arrebatada su leona... Encendióse en mi alma inextinguible sed de venganza... No sabía contra quién volverme, sin embargo; habías desaparecido tu y parecía haberse tragado la tierra á don Rodrigo; decíase por Venecia que había perecido en el incendio de su palacio... Fué cosa que nunca creí... De pronto llegan noticias de que ha aparecido por el Mediterráneo un corsario terrible que apresaba cuantas naves venecianas podía abordar. ¿Quién podía ser aquel corsario, estando la república en paz con todos los estados? Pronto no me cupo duda de que era mi rival aborrecido: aquel corsario llevaba una máscara de bronce, con la que ocultaba su rostro... Mi creencia se vió confirmada por desgracia mía: púseme al frente de algunas galeras y fuí á atacarle donde sabía yo que tenía su guarida. La suerte me fué contraria; á duras penas logré salvarme... pero me salvé... Quizás no hubiera buscado yo nuevamente á don Rodrigo. Desde el momento en que había podido convencerme de que no estabas á su lado, cesó mi odio... Él fué quien vino á provocarme, pero esta vez, ya te lo dije, me favoreció la suerte... No le acabé porque no pude... Ahora, de tí depende que no vuelva á buscarle...

—¡Oh, no, no!... ¡Por piedad!

—No le buscaré. Dicho queda; pero ¡ay de él si osa venir á turbar mi felicidad!

—¡Ah! ocultémonos donde no penetre jamás la mirada humana...

—No deseo otra cosa, pero no por miedo ¡vive Dios! sino porque ni áun teniéndote escondida en lo más profundo de la tierra creereme tranquilo nunca, pensando que pueden venir á robárteme. Así baja el pescador de perlas al fondo del abismo y registra el minero las entrañas de la tierra para apoderarse del oro allí escondido...

VI

Hablaba Riccioli con apasionado acento, que le llegaba al alma á Blanca.

La hermosa joven no podía menos de sentirse conmovida al considerar el rendimiento que mostraba aquel hombre á quien ella había despreciado y humillado llevada de su adoración á don Rodrigo.

Mucho debía amarla Riccioli para olvidar los acerbos dolores que su desdén le había causado en otro tiempo.

Aquella adoración á prueba de crueles humillaciones infundía en ella irresistible simpatía hacia el apasionado galán.

La joven no podía explicarse lo que su corazón sentía; por una parte, amor, inmenso amor á don Rodrigo; por otra cierta especie de profunda piedad, de dulce afecto á Riccioli.

Todo, sin embargo, desaparecía ante el terror que se apoderaba de ella al pensar que pudiera ocasionar una nueva víctima.

Esto la horrorizaba hasta el punto de sumirla en tal desesperación que rayaba en delirio, y por esto se explicaba que no hubiese tenido ánimo para resistir á la amenaza lanzada por Riccioli, dispuesto á ir en busca de don Rodrigo.

Preferia Blanca no ver por nunca más á su adorado y caer de nuevo á los golpes de la fatalidad, que no ser causa de otra desventura.

Quizás comprendía Riccioli que éste y no otro era el motivo de ser dueño de Blanca, pero conformábase con la posesión parcial de que gozaba, esperando que si ahora era dueño de la materia, quizás con el tiempo llegaría á hacerse dueño del espíritu.

No era feliz sin embargo, ni podía serlo; no por celos del Máscara sino por celos de todo el mundo.

Adoraba á Blanca con verdadera idolatría, con infinito amor, con admiración inmensa de su belleza, y temía de todos y de todos recelaba.

No le ganaba, por lo mismo, Blanca, en deseos de mantener escondida su felicidad.

No se hubiera considerado tranquilo ni aún en el centro de la tie-

rra, cuanto más en una ciudad populosa, viciosa y galante como eran Venecia ó Florencia.

VII

—Continuaremos nuestro camino cuando te parezca,—dijo Riccioli á Blanca, al caer de la tarde.

—Dispon de mí,—replicó ella.

—En tal caso, me permitirás que te ruegue partamos ya... De este modo, llegaremos al término de nuestro viaje antes de que nos sorprenda el nuevo día.

—Vamos, pues.

Ni aún entonces consintió Riccioli en que Blanca montara sola, sino que la llevó también en su caballo.

Partieron de Fiésole, y á las diez de la noche divisaron á lo lejos las luces de la capital toscana.

No entraron en ella, sin embargo, sino que se dirigieron á una quinta de los alrededores, más allá de San Miniato.

La quinta era preciosa, á juzgar por lo que podía verse á favor de la debil claridad que caia de las estrellas; una quinta de gran señor, construida en la mejor época del siglo xv, y perteneciente á aquel Corsini en cuyo palacio se albergaba en Florencia el noble veneciano.

—Oh, señor excelentisimo,—exclamó el portero al ver á Riccioli.—Bien venido seais...

—¿Está el noble Corsini?

—No, señor,—le respondió el portero.

—Bueno, no le hace,—respondió Riccioli.—Disponedme una habitación para pasar la noche.

—¿El señor Riccioli y esa egregia dama desearán cenar, sin duda? —añadió á esto el mayordomo que se había presentado al oir la señal que el portero había dado en la campana.

—Si, cenaremos, pero servid la cena en *nuestro* cuarto.

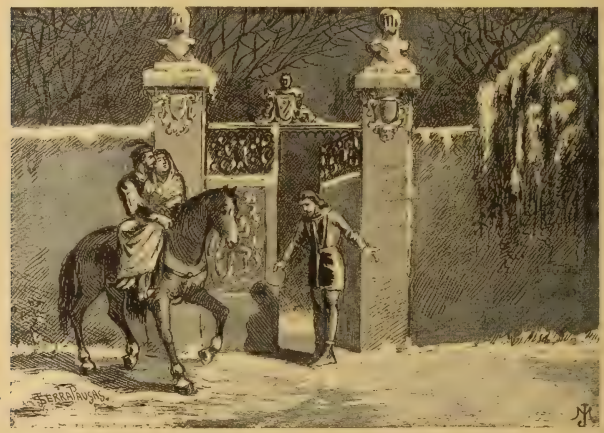
—Se hará como decís, señor.

—¿Y cómo está el noble Corsini?—repuso Riccioli, dirigiéndose nuevamente á aquel digno servidor.

—Perfectamente, señor; ayer se marchó de aquí.

—Iré á verle, pues, mañana.

—Mucho contento recibirá al veros, pues ya comprenderéis que vuestra desaparición repentina le dejó sumido en el más profundo estupor, temiéndose no os hubiese acaecido alguna desgracia.



—¡Oh, señor excelentísimo!—exclamó el portero al ver á Riccioli.—Bien venido seais...

—No, por el favor del cielo. Encontréme repentinamente enfermo, sin poder dar razón alguna de quien era yo, y así he pasado largos dias, pero restablecido al fin, ha sido mi primer paso venir á esta quinta donde creia poder encontrarle quizás, pues sé que pasa largas temporadas en este sitio delicioso.

—Así es, pero al ver la nevada, corrió á refugiarse en Florencia. A sus años siente mucho el frío. ¡Pero vos parecéis estar ya muy fuerte, después de esa enfermedad que habéis tenido!

—Sí; la juventud resiste mucho. Conque, vamos adentro, señor Mateucci...

—Oh, señor, al momento. Ya sabéis que aquí estamos todos para obedeceros.

Blanca y Riccioli, precedidos del mayordomo, subieron las marmóreas gradas de una escalinata, y penetraron en la casa, cuyos salones aparecían profusamente iluminados en obsequio á la recién llegada pareja.

—Oh, no es menester eso,—exclamó Riccioli.—Apagad esas luces... Pienso estar aquí muy poco tiempo, y desearía que durante mi estancia se prescindiera de toda ceremonia. Guiadnos á nuestro cuarto.

—Vuestras habitaciones están en el primer piso, señores,—dijo Mateucci.—Haced el favor de seguirme.

El mayordomo condujo á la gentil pareja á una cámara lujosamente amueblada, cuyas paredes desaparecían bajo riquísimos tapices flamencos y de cuyo techo artesonado pendía una hermosa lámpara de cristal de Venecia. Un suntuoso lecho de madera, obra de uno de los mejores escultores del Renacimiento, ocupaba el fondo de la pieza, rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. A un lado había una gran chimenea flanqueada por dos cariátides y sobre ella, ocupando la pared, un gran espejo ante el cual ardían varios cirios colocados en argentinos candelabros. Una mesa de maderas preciosas combinadas en taracea, ocupaba el centro de la estancia.

No tardó en aparecer un criado que sirvió una opípara cena, después de lo cual quedó en profundo silencio toda la casa.

CAPÍTULO X

De Lucca á Génova

Mientras Riccioli y Blanca cabalgaban vuelta á Florencia, Montanchez y sus dos compañeras de viaje seguían su camino llegando á Lucca poco antes de detenerse el veneciano y su amiga en la quinta del ilustrísimo Corsini.

Era Lucca, en aquella época, una verdadera excepción con Génova y Venecia, entre las antiguas repúblicas italianas, pues, aunque regida aristocráticamente, conservaba su independencia y su forma de gobierno, siendo así que se habían convertido en estados monárquicos ó habían sido absorbidas por los mismos, Pisa, Siena, Parma, Módena, Ferrara, etc.

Verdad es que Lucca seguía constituida en república por convenirle

así al rey de España, pero no por eso dejaba de hacerse respetar de sus vecinos por más poderosos que ellos fueren.

Montanchez respiró al hallarse dentro los muros de la libre ciudad, asentada en los Apeninos á manera de águila.

—Nada hemos de temer ya,—exclamó una vez se hallaron instalados en la posada donde pensaban pernoctar.—Estamos libres de toda persecución.

Montanchez y sus dos compañeras de viaje seguían su camino.

—Es cierto,—contestó Victoria,—pero tiempo hace que lo estábamos.

—¡Qué dices!

—Desde el amanecer.

—¿Por qué, Victoria?

—Porque el hombre que ha acudido en defensa nuestra, aquel extraño peregrino, era el que al parecer debía perseguirnos.

Palideció Montanchez y exclamó:

—¡Era él! ¿Por qué no me lo decías entonces?

—No atiné de pronto,—respondió friamente Victoria.—Se me ha ocurrido después esta idea, yendo por el camino, y á medida que fuí en ello persuadime más de que no me equivocaba.

Amparo miró á su tía con interrogadora mirada, cual si sospechase algo, pero la hermosa viuda varió al punto de conversación, hablando de la belleza del camino, de las fatigas del viaje, etc.

Terminada la cena, acompañó Montanchez á Amparo hasta su cuarto y cuando estuvo seguro de que yacia ya en el lecho retiróse para reanudar su interrumpida conversación con Victoria.

—Habla,—exclamó en tono sombrío.

—Ya te lo he dicho todo.

—¿Aquel era, pues, Riccioli?

—Sí; él era.

—Debiste declarármelo enseguida.

—Ya te dije, que enseguida no atiné en esto.

—¿Cómo fué, pues, que atinaste?

—Yo no sé: recordé su aire, su mirada, extrañóme su silencio... y caí en la cuenta de que al ver á aquella mujer habia cambiado repentinamente de resolución.

—Acertaste; torpe fuí en no conocerlo yo también.

—¿Por qué?

—Porque sólo Riccioli ó don Rodrigo eran capaces de dar una estocada como la que recibió el feroz caballero que tan en mal hora provocóme.

—Ya ves, pues, que no hay temor alguno de que nos persiga ahora. Ha hallado lo que buscaba.

—¿Qué ha hallado?

—¿No lo has adivinado aún? Ha hallado á Blanca, que le ha hecho olvidar de todo.

Estremecióse Montanchez y repuso:

—Es verdad... Aquella mujer debia ser la amada del capitán. ¡Y huyó con Riccioli!... Y le tenía abrazado. ¡Maldición! ¡Oh, traición nefanda!

—La amada del capitán y la única mujer que amó de veras Riccioli.

—¿Qué hacer ahora?

—No es cosa nuestra lo que debe hacerse. A don Rodrigo toca ir en busca suya. Ni por nosotros ni por Amparo debemos temer ya nada.

—Es verdad, pero yo tengo el deber de avisar á don Rodrigo...

—¿Dónde? ¿Cómo? Riccioli habrá llegado ya á estas horas á Florencia.

—¡Y Amparo que le amaba!

—Hubiérala amado él también quizás, pero esa mujer ha desvanecido todo otro sentimiento que pudiera comenzar á nacer en el pecho del orgulloso patricio.

—Con todo, hemos hecho bien en salir de Florencia... Hubiera podido trascender el lance...

—Aunque me prohibiste expresarme, según mi leal entender, repetiré ahora, que Riccioli nada dijo; quizás está tan interesado él como nosotros en que no se descubra aquel secreto.

—¿Por qué eso?

—Porque Blanca no pueda sospechar nunca que Riccioli haya dado muestra de la menor veleidad en su adoración.

—¿Pero tú crees que él la adora?

—Creo que la idolatra, creo que habrá caído á sus piés rendido de amor... ¿No viste el semblante de aquella mujer?

—Sí, por cierto.

—No hay quien pueda resistir tanta hermosura. Los fieros designios han de tornarse en rendida adoración al acercarse uno á ella. Viéndola queda desarmada toda cólera, disipado todo malquerer.

—Tengo por triste verdad eso que dices.

—¡Oh, qué mujer! Dióle el cielo la belleza fatal que atrae y mata.

—Ciertas son, por desgracia, tus palabras; del propio modo que hay mujeres semejantes á delicadas flores, cuya belleza no puede recibir al hálito de la adoración.

—¡Pobre Amparo!

—¡Oh, sí! ¿No observas su tristeza? ¿No ves cómo á cada momento se escapan las lágrimas de sus ojos? Malhadado instante aquel en que un hombre alzó hasta ella su mirada.

—Amparo es joven, menos que eso, es una niña. Acaba de experimentar el primer amor, que no es nunca el definitivo; pasión que nace en la primavera de la vida y es efímera cual la rosa de Mayo... Ha-

brá que tratar de hacerla olvidar á ese hombre de quien se enamoró con tal inexperiencia.

—¡Difícil empeño! Pero tú, con tu dulzura podrás conseguirlo acaso.

—¡Si lo conseguiré! No quiero que sufra más la pobre niña. Antes padecer yo los más rigurosos sinsabores, que no sufrir ella el menor disgusto. Quiero á ese ángel cual si fuese mi propia hija. Ella ha sido

—Tengo por triste verdad eso que dices.

el único consuelo que he tenido en tantos años de soledad; ella quien me ha proporcionado las únicas alegrías que he experimentado desde el instante fatal en que acaeció mi desdicha...

—Vamos, Victoria; no evoques nuevamente esos tristes recuerdos...

—No, no son tristes para mí, antes bien, experimento como un secreto placer en martirizarme con ellos... ¡Oh Diego mío! ¡Cuál comprendió bien tu pujanza y tu honrado corazón quien te mandó dar terrible muerte!

—Victoria, bien sabes que ha sido infructuoso cuanto he hecho para encontrar al asesino de tu esposo. Nunca se dió un crimen cometido con mayor misterio; esto me induce á creer debía ser muy poderosa ó diabólicamente hábil la mano que ejecutó ó hizo ejecutar el designio.

—Dios le dará su merecido en la otra vida. Resignada estoy á que en este mundo quede impune el alevoso crimen... Pero... te estoy entristeciendo en vez de consolarte... Perdóname... Descansemos todos. Parte de nuestras contrariedades han cesado ya, por suerte ó por desgracia. Preparémonos á reanudar el hilo de nuestra existencia. Partiremos á Génova, pero de nuevo partirás tú, dejándonos en desconsuelo. Dame sin embargo el corazón que pronto ha de dar fin la aventurera vida que llevas.

—¡Oh, no! Jamás abandonaré á don Rodrigo mientras él siga surcando los mares en su negra nave.

—¡Quién sabe si don Rodrigo conseguirá ser feliz también!... Quizás encuentre á su adorada...

—Pero aunque así fuese... ¿cómo unir don Rodrigo su suerte á la de esa mujer, que ha sido fatalmente juguete de otros?...

—Juguete ciego, involuntariamente... Merece perdón.

—No sé cómo lo entendería él.

—El tiene noble corazón y sobre todo, está harto enamorado... Si logra recobrar á Blanca... aún pueden lucir para él dias de ventura.

—¡Dios te oiga, Victoria!

—Y ahora... vamos á descansar ya, hermano mio... ¡Me siento fatigada en extremo!

—Buenas noches, hermana mia... ¡Cuántas emociones en tan poco tiempo!

Poco después yacía en profundo silencio la posada, pero había en ella tres personas que velaban...

Ni Montanchez, ni Victoria ni Amparo, podian vencer el insomnio que pugnaba por no dejarles conocer el reparador consuelo.

II

Amanecía cuando estaban ya nuevamente en pié los tres viajeros.

La naturaleza parecía aquel dia sonreirles, de la propia manera que el dia anterior les había contrariado tan enojosamente con la copiosa nevada que había caido á aquella hora misma.

Quedó Montanchez en su cuarto, y hallándose á solas Victoria y Amparo, díjole á ésta la bondadosa señora:

—Amparo, no me lo ocultes... Aquéjate desde hace tiempo grave pesar... ¿Por qué lloras con esas lágrimas que aparecen tanto más dolorosas cuanto más pugnas por contenerlas? ¿Por qué no me revelas el motivo de esa aflicción sabiendo que hallarías en mí igual consuelo que el de una hija en el regazo de su madre bien amada? Triste palidez cubre siempre tu semblante; rodean de continuo tus párpados acusadoras ojeras y ha huido de tu boca aquella sonrisa angélica que vagaba siempre por ella cual la respiración de tu alma toda cariño, toda ternura... Muéstraste de continuo pensativa, pero no con altos pensamientos sino con ideas que te sumen en tristísima amargura... ¡Oh Amparo, mi niña, mi querida compañera, dime que te aflige!...

—¡Señora!... ¡ay de mí!... No me atrevo yo á revelaros lo que siento...

—¿Por qué no? ¿Acaso son criminales tus sentimientos? ¿Acaso en tu corazón de ángel ha venido á anidar alguna horrible aspiración?...

—Os juro que no es nada de esto, pero... yo no sé cómo hablaros, no sé cómo expresaros lo que siento, lo que en mí pasa...

—Valor, Amparo...

—Yo, señora, he sido culpable, soy culpable, lo comprendo, en no revelároslo todo desde el primer instante... pero... ¿cómo osar á tanto?... Yo, señora... sin que vos os apercibiérais de ello, sin que en un principio me apercibiera yo misma... di entrada en mi pecho á una pasión malhadada. ¡Fatal momento aquel en que comencé á sentirla!...

Y Amparo, sin fuerzas para continuar, dejóse caer rendida sobre el lecho, ocultando su linda cabecita contra los cobertores.

Victoria la miró con piadosa lástima y abrazándose á ella compasiva, exclamo:

—¡Ah! No... no quiero aumentar tu martirio obligándote á hacerme la dolorosa confesión de tu amor... Todo lo sé, Amparo...

La niña se puso de pié y dió un ahogado grito.

—¡Vos!—exclamó—¿Vos sabéis?...

—Sí... y olvídalo todo.

—¡Olvidarlo!

—Va en ello tu felicidad de toda la vida... ¿A qué persistir en un amor imposible?

—Imposible... ¿Por qué, imposible?

—No quieras saber más; confía en mi lealtad; esto te digo; créelo.

—Os creo, señora, pero no sabéis que horrible angustia siento... ¿Ha muerto *él* acaso?...

—No; vivo está.

—Pues si vive, debe amarme como siempre...

—No puede amarte...

—Pero ¿por qué no ha de amarme?... ¡Ah! Si hubieráis podido oir sus frases de ardiente amor, sus juramentos de eterna fidelidad!...

—Vanas palabras, falsos juramentos...

—¡Me engañaba!

—No te engañaría, pero una fuerza superior á todo ha borrado de su corazón aquel afecto.

—¡Entonces, es que mentía, que no me amaba!...

—Tiene el corazón misteriosos repliegues que no puede profundizar tu cándida inocencia... Luchan en su fondo las pasiones como los mónstruos marinos en lo más insondable del abismo, en la negra oscuridad de las tenebrosas profundidades... El alma humana no es siempre recta y luminosa como el rayo de sol que hiere la pupila desde el ardiente foco del astro, sino tortuosa, frágil, accidentada, como el haz luminoso que se quiebra mil veces antes de llegar al fondo de estrecha cárcel. ¡Fe eterna, amor eterno, eterna constancia! vanas palabras que seducen la mente cual canto de sirena... No, no es eso...

—¡Y él ha cambiado de amor! ¡Me ha olvidado por otra!

—No, no ha cambiado... Surgió en el seno de su alma nuevamente el fantasma que se había disipado... Borróse tu imagen y desapareció todo para quedar otra vez persistente y avasalladora la pasión primera.

—¡Oh, triste, triste de mí!

—Calmará el tiempo tu dolor; no temas.

—¿Y qué mujer es esa, que en tal grado domina en el corazón del que yo amaba tanto? ¡Por qué, amarle más que yo, imposible, imposible!...

—Harto lo sé, desdichada.

—¡Quizás será que por quererle yo tanto, mostróse él desdeñoso de mi cariño! ¡Quizás no hice bien en manifestarle la pura verdad de lo que yo sentía!... Si así fuese ¿será preciso saber fingir, saber engañar, saber disimular para que un hombre ame á una mujer?

—No... El te quería quizás más que por nada por la misma inocencia que en tí hallaba. Cansado de fingidos amoríos de fijo parecióle tu amor cristalina fuente de agua fresca y límpida, en vez del cenagoso pantano en que por tantas veces debió saciar su sed de amor. Pero si tú eras para él benéfico rocío, si junto á tí esperaba quizás la redención de su alma y el apacible sosiego de sus pasiones, estalló de pronto el dormido volcán, y lo que tenía que ser paz venturosa, tornóse en abrasador incendio. Quizás un día, jadeante, rendido, destrozado, hecho cenizas el corazón, vendrá á tí de nuevo, pero tú no debes esperar que llegue ese día, que quizás no llegue tampoco, y si decidirte á volver por tu afecto burlado y por tu humillada dignidad...

—No quedan en mi alma fuerzas para resistir... Morir quisiera... Y sino morir, refugiarme en la paz de un claustro.

—¡Jamás!—exclamó Victoria con vehemencia.

—No... ¿Pues qué queréis que haga? ¡ay de mí! ¿A quién volver mi amor, con qué calmar este dolor cruel que me lacera el corazón?...

—El tiempo se encargará de mitigar tu pena, Amparo mía... Pero ¿no recuerdas otros seres que te quieren, que sólo por tí viven?...

—Es verdad... Ingrata soy... A vos he de amaros... y al buen Salvador... ¡pobre Salvador!

—Él sí te quiere con cariño inextinguible y profundo; él sí que jamás te olvidará por nada ni por nadie... ¡Amale también mucho, vida mía! ¡Ámale más, mucho más que á mí!

—¿Más que á vos, señora? ¡Oh, no!

—Sí, Amparo... Más que á mí, porque más que yo, mucho más que yo, te ama.

—¿Será posible eso què decís, señora?

—Posible es.

—Creed, sin embargo, que no acierto yo á comprender como el se-

ñor Salvador me quiere tanto... Mucho debía querer entonces á mi padre...

—Sí...

—Pero por mucho que lo quisiera, para llegar á quererme tanto como decís, á quererme más que vos... solo mi padre, mi padre mismo pudiera.

—Pues yo te juro que es como te digo; y ya ves, estará tan contento si sabe que le quieres mucho, si sabe que le quieres tú... ¡como la hija de su amigo amaría á su propio padre!...

—Señora, señora. ¡Oh, qué turbación!... ¡Cómo suenan en mi oido vuestras palabras!... Señora... por piedad... decídme la verdad... decídmela...

—Calla, calla por Dios...

—¿El señor Salvador?...

—Amparo... no quieras saber más de lo que te he dicho...

—Pero ¿no véis, señora, que se está rompiendo de angustia el corazón? ¿Por qué no habláis?...

—¡No puedo!

—¿No? Nada más me digáis entonces... ¡Yo lo sabré!

Y la joven se levantó para salir de la estancia.

—¡Dios de piedad!—exclamó Victoria.—¡Amparo!

Y llegando á tiempo todavía para cerrarle el paso, detuvo á la niña, en cuyo semblante veíase pintada la más anhelante ansiedad.

—¿A dónde vas, desdichada?—repuso Victoria, en cuyo semblante veíase pintado el más vivo terror.

—Dejadme... dejadme...—y sin fuerzas para más, cayó Amparo desmayada en sus brazos.

—¡Pobre niña!—murmuro Victoria.

III

Al cabo de un largo rato consiguió Victoria hacer volver en sí á la desfallecida criatura, y le dijo:

—Serénate... Prométeme contener esos impulsos que te han dado,

y si así lo haces cree que no tardaré yo en decirte la verdad, toda la verdad de cuanto me preguntes. Ahora no; es imposible que pueda yo añadir una palabra más á lo que te he dicho, pero por Dios, no vayas á preguntarle nada al señor Salvador. No puedes figurarte el daño que con esto ocasionarías.

—Os obedeceré, señora. Haced de mí lo que queráis.

—Yo quiero que seas feliz, muy feliz, y lo serás si atiendes á mis consejos y si buscas en mi pecho consuelo y alivio á tus pesares. Serénate, pues; pronto hemos de partir y no conviene que el señor Salvador sospeche que hayas llorado tanto.

—Trataré de obedeceros, señora, pero ¡qué vergüenza va á darme que me vea ahora el amigo de mi padre, de mi padre á quien amaría yo con loca pasión, á él, sólo á él!...

—¿Por qué te va á dar vergüenza?

—Sabrá tal vez que yo amé á aquel hombre...

Victoria, con piadoso fingimiento, exclamó:

—Pues no, te equivocas... Nada sabe de eso.

—¿Es verdad que no? ¿No me lo decís para que no me falte el ánimo?

—Te lo digo porque es verdad... Nada sospecha de ti.

—¡Gracias al cielo, entonces!... Pero decidme, señora, ¿cómo sabéis vos que *él* ama á otra?

—Súpelo por rara casualidad; pero con toda certeza, y esto debe bastarte.

—¡Bástame, sí!...

—Ya verás como con el tiempo olvidarás esa pasión de niña... Porque ¿cómo han de faltarte galanes y aún más gentiles y nobles que el que conociste en Florencia, siendo tú la más bella y encantadora de las niñas, y con eso rica, muy rica, mucho más de lo que puedes figurarte; tan rica como hermosa, para decirlo de una vez?

—Creed, señora, que ningún afán tengo porque me galantee nadie.

—Y sin embargo, no podrás librarte de ello.

—Desgracia será... Por desventura lo tendré, creedlo.

—Ya lo veremos cuando llegue el caso.

—¡Quiera Dios que mucho tarde, mi buena señora! Este desventurado amor que he sentido por primera vez hame dejado rendida de martirio... ¡Lo que sufrí yo encerrada en la Trinidad! ¡Lo que padecí al salir tan inesperadamente de Florencia! ¡Ah, que ingrato fué mi engañoso amador! ¿Creeríais que al ver al peregrino que tan valerosamente se presentó en auxilio del señor Salvador, creí ¡loca de mí! que era *él* que venía en busca mía?

—¿Eso te pareció?

—Si, á fe. ¡Ya veis qué necias visiones engendra el cariño en el corazón de una pobre doncella enamorada!

—Es verdad que fué extraño desvarío pensar eso.

—No tanto, porque el peregrino era bien gallardo, de noble porte, ¡ya visteis que bizarro!

—Todo eso parecía, en efecto, pero ¡quién sabe si bajo su esclavina no se encubriría un corazón lleno de inconstancia y de falsía!

—Nosotros no debemos pensar esto; pues quién sabe lo que habría resultado sin su mediación. ¡Figuraos si el señor Salvador hubiese sucumbido en la pelea con aquellos desalmados!

—Es verdad.

—¿Qué habría sido de nosotras?

—Horrible trance hubiera sido ciertamente, pero ¿quién sabe si la hermosa dama que allí apareció no nos hubiera tomado acaso bajo su protección?

—Aquella dama... ¡Oh! ¡Cuán hermosa era, y sin embargo, haciame daño aquella belleza suya!

—Extraño sentimiento.

—Dios me perdone, pero nació en mi pecho como invencible malquerencia así que la ví... Más que criatura humana parecía pagano ídolo, cual una Venus de esas tan hermosas pero de frío mármol que traen de la Grecia á los palacios de los Médicis...

—¡Singular idea!

—Cierto que es singular, pero aquella mujer parecía, yo no sé, parecía de otra esencia que la nuestra. No podía separar yo mis ojos de los suyos, por más que quería, cual si hubiese en su mirada

algo que esclavizara... Irritábame aquella esclavitud... Así debía ser aquella mujer de que me hablabais, aquel fantasma avasallador que surgió en el alma de Paolo borrando la imagen mía que decía tener él siempre presente... ¿Vos conocéis á esa mujer que fascinó á Paolo, vos la habéis visto?

—Sí; vila.

—Entonces... ¿no es verdad que debió ser como la dama del castillo?

—Sí... Como una hermana se le parece á la que viste...

—¡Fatales criaturas que nacen para ser manantial de dolores y de crimenes! ¡Ah, no! Prefiero antes una vida de martirios, una existencia de victima inocente, que no sumir á nadie en la desesperación ó arrastrarle á la muerte.

Victoria, conmovida, abrazó estrechamente á Amparo y exclamó derramando dulces lágrimas:

—¡Eres un ángel!

IV

Llegó la hora de partir.

Las dos mujeres se reunieron á Montanchez, y montando ellas en sendas mulas y Montanchez en un brioso caballo abandonaron la republicana ciudad, presentándose á su vista, al finalizar la jornada, el azul Mediterráneo, allá á lo lejos.

La vista del mar hizo estremecer á Montanchez, á manera del caballo de batalla que piafa al escuchar el clarín de guerra.

¡El mar! teatro de sus luchas, de sus victorias; allí lo olvidaba todo el bravo teniente de la *Galera Negra;* allí desaparecia de su mente toda la amargura del pasado para no pensar más que en el combate, en la embriaguez del triunfo, en el ardor de la pelea.

En el mar era libre; era dueño.

Montanchez miraba aquella azulada llanura, rielante con sus franjas de plateada espuma, cual mira el amador á su dulce bien amada.

¡Que pequeño le parecia todo comparado con el vasto mar! Ningún rumor encontraba tan suave como su murmurio cuando yacía sereno y

tranquilo cual un espejo de plata; ninguna voz tan majestuosa como la suya al bramar agitado por el viento, al rugir barrido por el huracán.

Era de noche cuando los viajeros llegaban á Borgho Mezzano.

Varios pescadores se apresuraron á ofrecerles un albergue, aceptando Montanchez la hospitalidad con que en otros le brindaba un patrón que se distinguía entre los demás por su aspecto de bravura y su ruda franqueza.

—Estáis en vuestra casa,—exclamaba el digno marinero.

—Estáis en vuestra casa, — exclamaba el digno marinero; — poco hay, pero de cuanto hay pueden disponer en absoluto.

—Nada más que una cama para las mujeres y un montón de paja, si lo tenéis, para mí;—respondió Montanchez.

—Cama hay para todos, y áun para mí. Pero, además, bien deberéis probar algún bocado.

—Dádnoslo si lo hay en casa, y sino, lo mismo da.

—Hay para todos también, aunque no os serviré los platos que hallariais en un monasterio de bernardos, pero al fin, si tenéis hambre, no les hallaréis demasiado mal sabor á algunos embutidos de Liorna y á unos pollos de mi gallinero, que no parecia sino que esperaban vuestra llegada para ir al asador.

—Gracias, patrón. No digáis que se coma mejor en un monasterio de bernardos que en vuestra casa.

—Cómase mejor ó peor, puedo aseguraros que la voluntad no será tanta en ninguna parte como aquí.

Poco tardó en estar aprestada la cena, y todos hicieron honor á los guisos y fiambres del patrón, que si era poco hablador, parecía, en cambio, asaz instruido en achaques de marina, según pudo echar de ver Montanchez en el transcurso de la conversación.

Al siguiente día continuaron los viajeros su camino, siguiendo por la orilla del golfo de Génova, llegando por fin, al cabo de tres jornadas, á la ciudad de los marmóreos palacios. Montanchez buscó una casa que fuese retirada y al par alegre, y consiguiólo en poco tiempo, quedando instalado allí con Victoria y Amparo.

La niña parecía no estar tan agobiada por sus pesares como al salir de Lucca. La vista del mar producía en ella también una viveza de impresiones que la sorprendía, no reconociéndose la misma.

Montanchez trataba á su hija con una dulzura que animó a ésta á franquearse con él mucho más que antes.

Un día habían salido á pasear solos por la playa, habiendo Victoria quedado en casa.

Montanchez y Amparo hallábanse sentados sobre una roca, á cuyos piés venían á estrellarse dulcemente las olas.

—¡Cuánto me gustaría ir mar adentro!—exclamó Amparo.—¿Por qué no me queréis con vos en algunos de esos largos viajes que hacéis?

—¿Qué dices, niña?—repuso Montanchez—¡Navegar conmigo!

—¡Pues qué! ¿Acaso tendríais esto por algún mal?

—No, pero en el barco donde yo navego córrese peligro siempre.

—¿Por qué?

—Porque estamos, cuantos vamos allí, en guerra con los venecianos y tú no puedes encontrarte donde haya guerra, sino donde haya paz.

—Es cierto... ¡Me horroriza la guerra! Pero vos tampoco debiérais exponeros tanto, ¡porque si un día os sucediese una desgracia!...

—¿Qué harías? ¡Di!

—¡Creo que me moriría de dolor!...

—¿Tanto me quieres?

—Sí. ¡Más, mucho más de lo que os podéis figurar! Os quiero... ¡como debo!...

—¡Amparo! ¡Mi bien, mi consuelo!...

—¡Oh, padre mío! ¡Padre de mi alma!... ¡No me engañaba el corazón!... ¡Sí, tú eres, tú eres el padre amado, en quien pensaba siempre!

Un estrecho abrazo reunió á aquellos dos seres, cuya dicha parecia arrullar el mar con su murmullo.

CAPÍTULO XI

Antes del combate

Camino de Otranto iba don Rodrigo, acompañado de Cósima, disfrazado él con el mismo sayal de fraile con que salió de Urcino, y ella de *contadina* toscana.

Corrían en muy buenos términos entonces los padres reverendos y las muchachas bonitas. Ya pasó aquel tiempo, para no más volver.

¿A dónde iba don Rodrigo, cuya máscara parecía aumentar todavía más lo sombrío de su rostro? ¿Qué pensamiento le guiaba en su peregrinación? Iba en busca de un bien perdido, de aquella mujer cuyo recuerdo era para él manantial de amarguras, trocado el primitivo amor en sediento anhelo y envenenadas sus rosas con la acre ponzoña de los celos.

A Otranto iba don Rodrigo, antes de que pudiera llegar Riccioli; temblando cual el reo que conducen á la muerte.

Quedaba lanzado el reto con Riccioli, y subsistía amenazadora la impetuosa pasión del fraile, resuelto á perecer, á morir mil veces antes de abandonar á Blanca.

Si el fraile había conseguido llegar á Otranto, ¿no le diría, acaso, á Blanca que no había que alimentar esperanzas de volver á ver á su amado, puesto que él volvía sano y salvo? ¿No la induciría, acaso, á abandonar al momento su retiro y á seguirle á otra parte que el Máscara no pudiese adivinar?

Esta idea torturaba el cerebro del enamorado corsario, que llegaba á arrepentirse de su generoso proceder con frá Ridolfo. Era éste el enemigo suyo en cuanto á Blanca; le parecía capaz de cualquier cosa y no era hombre que reparase en medios. Iba derecho á su intento, y burlado su propósito de deshacerse de don Rodrigo, por lo que le importunaba su existencia, haría, sin duda, por manera que lo que no había conseguido con su daga pudiera obtenerlo poniendo mucha tierra ó mucho mar entre los dos.

Si el fraile había conseguido llegar á Otranto antes que Michelotta, era seguro que se había llevado á Blanca... Pero quizás no había sido así, y, en tal caso, al llegar á su vez Riccioli se encontraría con que ya no estaba la perseguida joya que buscaba.

Don Rodrigo quería saber cuanto antes una cosa definitiva; si Michelotta había llegado á tiempo, Blanca le habría seguido al momento y ya lo sabría él por los criados de la casa ó por los marinos de la playa.

Pero temblaba, temblaba de que no fuera así, y, sin saber por qué, asaltaban su mente pavorosas imágenes y se le representaban las más espantosas visiones.

II

Los dos disfrazados viajeros atravesaron los Apeninos, penetraron en territorio de los Estados Pontificios y se embarcaron en Rimini una

tempestuosa noche en que el Adriático embravecido y alborotado parecía terrible fiera exasperada.

Desde Rimini á Otranto fué siempre igualmente borrascoso el tiempo.

Los viajeros desembarcaron en medio de un deshecho temporal, queparecía anunciarles las tremendas nuevas.

...una tempestuosa noche en que el Adriatico embravecido y alborotado parecía terrible fiera exasperada.

—Aguardadme aquí,—dijo don Rodrigo á Cósima, dejándole en la misma posada en que se habian albergado meses antes Blanca y Roberto.

La joven, pasiva como siempre, nada replicó, pero veíase bien claramente pintada en su semblante una tristeza sin límites; no lloraba, pero menos tierna hubiera aparecido surcado por el llanto su rostro virginal que no con aquella palidez que se reflejaba con desconsolada desesperación.

III

Partió don Rodrigo; el caballo que montaba parecía aguijoneado

por espíritu infernal, cual si llevara sobre sus lomos un satánico aborto, todo furia, todo violencia.

Por fin, después de aquella carrera desenfrenada, llegó á la verja de Villa-Mora, cayendo allí rendido el noble potro.

Don Rodrigo arrojó su sayal y llamó con fuerza.

Nadie respondió.

Escaló la reja y penetró dentro, corriendo hacia el palacio.

—¡Blanca! ¡Blanca!—grito don Rodrigo, desesperado

Todo yacía abandonado; los relámpagos le alumbraban en su registro.

—¡Blanca! ¡Blanca!—gritó don Rodrigo, desesperado.

El eco repercutió aquellas palabras con sarcástica repetición; única respuesta que obtuvo el caballero.

Don Rodrigo pareció reflexionar un momento y exclamó:

—¡Ah! ¡Estoy loco! Partiría con Michelotta, sí... Pero no hay nadie aquí... Es extraño...

El Máscara se dejó caér rendido sobre un diván y de pronto al fulgor de un relámpago vió brillar un objeto en medio de la estancia.

Acercóse y al recogerlo vió que era una daga envainada.

—¡Un arma!—murmuró.

Miróla y al reparar en la empuñadura, lanzó un grito de furor.

—¡La daga de frá Ridolfo!—exclamó.—¡El ha estado aquí!... ¡miserable bandido! Entonces... él se la habrá llevado... ¡Oh infierno¡ ¡Ilumina mi razón que se me va!...

Y con un movimiento frenético sacó el arma de su vaina, cayendo un papel al suelo.

El Mascara acercó el papel al ardiente polvorín.

IV

—¡Una luz!—exclamó el Máscara.—¡Cómo procurarme una luz! ¡Ah! ¡Qué idea!

Y tomando un puñado de pólvora de la que llevaba en una bolsa colgada á la bandolera, humedecióla formando con ella una masa cónica á cuyo extremo dió fuego con las chispas que hizo saltar de los pedernales de su pistolete.

El Máscara acercó el papel al ardiente polvorín, y leyó lo siguiente:

«A D. Rodrigo de Toledo: Habéis mandado vuestros sicarios á mi quinta, para robarme á Blanca y han conseguido adelantárseme de al-

gunas horas, pero yo sabré librarla de vuestro poder. Teniendo por seguro que vendréis aquí en pos de vuestros piratas os dejo mi puñal como señal de un nuevo reto que esta vez será á muerte; daos por advertido. Y si no vinierais, ruego al que encuentre este papel lo entregue ó haga llegar á manos del famoso pirata de la Máscara de bronce.

Roberto Falconieri.»

Don Rodrigo quedó sumido en profundo estupor, sin acertar á dar ninguna muestra de alegría... No creía que pudiese ser tanta su felicidad... Por fin, después de incesantes contratiempos, después de ver huir de entre sus manos la anhelada venganza, había conseguido rescatar á Blanca, y la podría ver de nuevo pronto...

Ya no había que esperar á que apareciera por allí el fraile. Este iba en pos de Blanca...

Semejante idea hizo estremecer á don Rodrigo que murmuró:

—He de evitar antes que todo que vuelva frá Ridolfo á apoderarse de mi bien. Vine aquí en su busca, y ha partido ya. Es seguro que vendrá también Riccioli, pero no debo esperarle, amenazándome como amenaza el fraile con robarme á Blanca. Basta que dé yo fe de mi presencia en este sitio para esperar á mi rival aborrecido. Mi daga se lo demostrará.

Don Rodrigo desnudó el puñal en cuyo pomo bronceado aparecía grabada una máscara, y á la luz de los relámpagos que incesantemente se seguían trazó con la punta en la puerta de entrada el nombre de *Riccioli*, dejando clavado el arma en medio.

Acto seguido volvióse á Otranto y encontró á Cósima esperándole anhelante.

—¡Señor!—exclamó la niña...—¿Solo volvéis?

—Sí, solo...

—¿Habéis visto sin embargo á vuestra adorada?

—No; pero he podido saber que ya está en salvo; mis gentes pudieron llegar antes que el fraile, el cual no encontró ya á Blanca.

—¿Luego deberá estar ya en Urcino?

—Sí...

—¿Qué teméis?

—Temo esta misma felicidad... ¡Ah! No acierto aún á considerarme tan dichoso.

—Sin duda alguna que os podéis dar por tal.

—¡Dios lo quiera, Cósima!

—Vuestra amada debe estar ya en Urcino impaciente por veros llegar á sus brazos cuanto antes...

—Sin duda, pero... Yo no sé qué presentimientos tengo de que una vez más ha de habérseme escapado la dicha, cuando creía tenerla ya sujeta.

—¡Imposible!

—Verdad es... Ya embarcada no podía correr Blanca ningún peligro. Ochoa es buen marino y la *Rápida* un barco á toda prueba.

—Pues ya véis.

—¡Oh, sí, tenéis razón mi angelical amiga... Me atormento yo mismo cual si hallara placer en ello... ¿Por qué no ha de lucir para mí también la felicidad que luce para los otros?...

—Partamos, señor...

—Descansad antes mi buena Cósima.

—No aquí... En el barco descansaré... No perdamos tiempo ahora.

—¡Gracias, Cósima!... ¡Oh qué celestial criatura sois!

Los dos viajeros abandonaron la posada y se embarcaron en la nave que les había traido de Rimini.

—Haremos la travesía por mar,—dijo don Rodrigo.

—Como vos dispongáis,—replicó la niña;—de la manera que podamos llegar antes.

—Hay más seguridad saliendo al Mediterráneo que no remontando el Adriático. Con mi barco nada me importaría encontrar toda la armada veneciana, pero no es lo mismo navegando en una pobre gabarra.

Poco después embarcábanse Cósima y el Máscara, encontrándose al ser de día fuera del canal.

V

Era evidente que á pesar de su bondad infinita no había participa-

do Cósima de la alegría que experimentaba don Rodrigo al abrigar la creencia de que Michelotta habíale devuelto á Blanca, á quien pensaba encontrar en Urcino. Con todo, ni una sola frase dejó escapar que denunciase la tristeza de que estaba poseída. Resignada á todo, estábalo también la niña á ver desaparecer de un momento á otro aquella intimidad que la unía con el Máscara, pues en su sereno juicio consideraba de todo punto imposible que pudiesen emparejar aquella amistad leal y purísima que entre ambos mediaba, y la encendida pasión que don Rodrigo sentía por Blanca, y que ésta debía compartir naturalmente.

—¿Estáis triste, Cósima?—preguntábala un día don Rodrigo, cuando salidos ya del estrecho de Mesina navegaban directamente á Córcega.

—Señor, estoy como siempre,—respondió Cósima.

—Creí, sin embargo, sorprender en vuestro rostro una sombra de melancolía.

—No es extraño; es mi carácter.

—Sin embargo, es innegable que vuestra tristeza ha aumentado... No puedo decir desde cuando, pero sí que hace ya algunos días que lo noto.

—Será como decís, señor, pero no puedo yo adivinar la causa de que parezca mi rostro más triste que de costumbre, antes bien, si reflejara lo que en verdad experimento, debiera mostrarlo más alegre.

—¿Por qué?

—Porque naturalmente ha de ser para mí motivo de alegría volver de nuevo al lado de mi padre y de mi hermano.

—Es verdad... pero no me ocultéis una cosa... ¿Temeríais, acaso, que la presencia de Blanca no fuese obstáculo á que continuase tan fraternal y cariñosa como ahora nuestra amistad?

—No puedo deciros nada sobre esto, pues ignoro lo que vuestra amante pueda pensar de mí.

—¡Oh, estad segura de que en vez de un corazón solo, serán dos los que os adoren!...

—Mucho decir es. ¡Adorarme! ¿Por qué me ha de adorar nadie?

—¿Acaso yo no os adoro?

—Os habéis dignado decírmelo muchas veces, pero os juro que nunca me he creído yo merecedora de tan sublimada estimación.

—¿Iríais acaso, Cósima, á inferirme el rudo agravio de no creer en la estricta verdad de mis palabras?

—¡Oh, no!... Os juro que os creo, que vuestras palabras todas son para mí tan ciertas y veraces cual las del más honrado y cumplido caballero, pero que vos penséis así, no quiere decir que yo asienta á la idea que de mí tenéis formada.

—Tengóos por un ángel que ha enviado Dios á esta miserable tierra perecedera: hé aquí mi modo de sentir respecto á vos.

—Pues ya veis como exageráis... Me tenéis por ángel cuando no soy más que una flaca criatura como las demás.

—Por ahora sabéis ya en qué concepto os tengo yo, pronto veréis que Blanca os considerará de igual manera, y si yo he hallado en vos una amiga dechado de virtudes, un ángel de bondad, un alma generosa, pura y leal, Blanca hallará en la amiga de su dueño la misma bondad admirable, la misma nobleza y la misma abnegación que yo he hallado.

—Mucha honra será para mí que vuestra amada prometida esposa participe de vuestros benévolos sentimientos... Yo, en cambio, la querré á ella como os quiero á vos y consideraré como un día feliz entre los más felices para mí aquel en que vea sellada ante el altar la fe que uno y otro os guardásteis en esta vida. Entonces, realizada ya vuestra aspiración más ardiente y terminada ya vuestra azarosa carrera, podréis vivir tranquilo y dichoso en el seno del hogar, teniendo en vuestra esposa un ángel que cicatrice con su cariño sin límites las crueles heridas que en el combate de la existencia recibió vuestro corazón.

El corsario pareció quedar inmutado al oir aquellas palabras, y repuso:

—Paréceme, Cósima, que habéis querido decir con eso que ya no estaréis entonces á mi lado, de la misma, igual manera que estáis ahora.

—¡Oh! ¿Para qué había de estar, señor? ¿Qué afecto podréis echar de menos cuando Blanca sea vuestra noble y digna esposa?

—Imposible de toda imposibilidad que pueda ser lo que decís; es imposible que pueda yo vivir separado de vos.

—Así habrá de ser, sin embargo.

—¡Cósima! ¿Por qué tal crueldad después de tanta estimación? ¿Por qué dejaréis que sienta yo de continuo el vacío que dejaréis en mi vida?

—El amor lo llena todo, señor.

—No; yo sé bien que por mucho que yo ame á Blanca y por mucho que me ame ella, no bastará esto á reemplazar este afecto puro, divino, sagrado, que me inspiráis y que compartís conmigo. ¿Teméis, acaso, que se interponga entre el afecto de Blanca y el vuestro el fantasma de los celos? ¡Oh, no! Esto no podría ser nunca, porque ni yo he recordado jamás que fuérais de humana esencia, ni ha de echarlo de ver tampoco Blanca. Parece que me siento ahora protegido bajo vuestras alas inmaculadas; proteged á dos seres en vez de uno solo y las bendiciones de ambos responderán á vuestro amparo excelso. Vos seréis el rayo de celeste luz que nos guiará en la senda de la vida; de vuestros labios oiremos las palabras de sabiduría y vuestra presencia servirá para recordarnos que hay en el mundo otros afectos y sentimientos que los del amor transitorio y mortal... ¡Separaros de mí! Entonces querréis que me sienta yo como ciego de vuestra claridad, como sediento incesantemente de vuestra voz, como huérfano de ese cariño puro, noble, celestial que os debo...

—Si amáis á Blanca como ella se merece; si sentís por ella lo que siente quien ama verdaderamente, nada echaréis á faltar y para nada os habrá de interesar otro sér alguno que no sea ella.

—Os engañáis; vuestra estimación me es necesaria como el amor de Blanca. Creo en vos; sois mi religión. No soy hombre que lo cifre todo en la posesión de un amor al fin humano; siento más altas aspiraciones y como no acierto á tributar la adoración á quien otros la tributan, vos ocupáis el sitio á donde van dirigidas las más altas, las más puras, las más nobles aspiraciones de mi mente.

—Señor, no quiero que me confundáis con más apasionados loores; no me separaré de vos, pero Dios quiera que en lugar de esa armonía que noblemente apetecéis, no sea causa vuestra excesiva estimación de la pérdida de vuestra felicidad, porque sabed, señor, que si un día os faltase el amor de Blanca, podré ser yo vuestra fiel y eterna amiga, pero jamás otra cosa.

—Así pienso yo también, Cósima. No se me ocurriría nunca que pudieséis ser para mí otra cosa que un sér inmaculado.

VI

Como si el corsario hubiese tenido empeño en demostrar á Cósima que no le ligaba con ella ningún vínculo fundado en materiales pasiones, sino la más excelsa y pura estimación, mostróse desde el día en que medió la anterior explicación, más rendido y respetuoso si cabe que en ningún tiempo ni lugar. Cósima, en cambio, no salía de la reserva en que se había encerrado desde que partieron de Otranto, convencidos uno y otro de que iban á hallar á Blanca en Urcino. Dicha reserva no llegó, sin embargo, á transformarse nunca en esquivez, sino que venía á ser mejor como un alarde de Cósima en demostración del imperio avasallador, absoluto é ilimitado que puede ejercer sobre un hombre de corazón un afecto enteramente ideal, espiritual, abstracto. Parecía que la joven quería vengarse con la fascinación casta que ejercía sobre el corsario de la pasión humana y material á que arrastraba Blanca á tantos otros, convirtiéndoles en víctimas de su belleza pagana al par que paraba ella en vil juguete de aquellos adoradores.

Reservábase Cósima con todo mostrar la superioridad de su poder, así que estuviesen frente á frente Blanca y ella, pues, la joven preveía en su sereno pensar que así que se hallasen en presencia una de otra surgiría de aquel antagonismo el rayo de la tempestad en vez del acorde divino que imaginaba don Rodrigo.

En sus largas horas de meditación sentíase la niña verdaderamente horrorizada del proceder de Blanca, culpándola por no haberse dado

muerte en vez de sobrevivir á las manchas que sobre ella habían caído, y comprendió también en su severa sentencia, aunque dando lugar enseguida á la piedad, al fatal amor de don Rodrigo por aquella mujer, que á pesar de su inocencia, no merecía en manera alguna su cariño.

—¡Muerta antes que de otro!—murmuraba Cósima,—y de aquí partía para acriminar á Blanca y para compadecer á don Rodrigo, cuyo enérgico carácter se doblegaba, sin embargo, lastimosamente, tratándose de aquella mujer de portentosa belleza física.

Cósima, como si leyese á través del oscurísimo velo del porvenir, adivinaba terribles catástrofes y parecía leer en sangrientos caracteres el término de aquel amor excesivo de don Rodrigo á la hermosa veneciana, y para entonces proponíase intervenir con toda su influencia y hacer pesar el dominio de su voluntad sobre la del Máscara.

La lucha estaba próxima y amenazaba ser terrible, y por un hecho que á primera vista podría parecer extraño, pero que, sin embargo, está en la realidad de las cosas, anhelaba Cósima porque empezase cuanto antes, trocándose en impaciencia lo que en un principio había sido terror de todos los momentos, á la idea de que se iba acercando la ocasión del combate.

VII

Quince días habían transcurrido desde que partieron de Otranto Cósima y el Máscara cuando al amanecer de una deliciosa mañana de primavera divisaron al fin las escarpadas costas de la Córcega.

El Máscara contaba anhelante las horas que pasaban á medida que iba acercándose la barca al litoral. Habían dado la vuelta á la isla de Cerdeña, evitando el estrecho de Bonifacio y tenían á la vista la costa occidental, la misma en que se hallaba Urcino.

—Cuatro millas,—murmuraba el Máscara.

Y paseaba con agitación por el puente hasta que contaba una milla menos, y otra y otra...

La barca entraba por fin en el golfo de Sagone.

—¡No sale nadie á nuestro encuentro!—exclamó don Rodrigo.—De-

bían, sin embargo, estar prevenidos ante la llegada de cualquier embarcación que aquí penetrara.

El corsario tomó en persona el mando de la gabarra y ordenó las maniobras para entrar en el fondeadero de Urcino.

La nave deslizóse por el canalizo y se encontró á los dos minutos en el recóndito seno de aquel golfo.

Allí estaban la *Galera Negra* y la *Roccaforte*, pero no la *Rápida*, en la cual habían salido Ochoa y Michelotta.

Don Rodrigo vió venir un bote que mandaban de la primera y se preparó á recibirlo desde la banda de estribor.

Aún estaba á bastante distancia la falúa, cuando Saravia que estaba al timón, poniéndose en pié y dando muestras de la mayor sorpresa, exclamó:

—¡El capitán!

El bote atracó junto á la gabarra y don Rodrigo sin esperar á embarcarse, preguntó lleno de emoción:

—¿Y la *Rápida*?

—No ha regresado todavía, señor,—contestó Saravia.

—¡No ha regresado!—repuso el Máscara con voz en que se dejaba adivinar como cierto espanto...—Pero ¿no habéis visto á nadie tampoco?...

—A nadie, señor... Unicamente estuvo aquí hace ya tiempo un fraile que preguntó por vos con mucho interés, pero partió enseguida al saber que no estabais.

—Pero no habéis sabido noticia alguna de Ochoa, de Michelotta...

—Ninguna. Hay colocado constantemente un vigía á la entrada del golfo para estar á la mira de cuando regrese la *Rápida*, pero en vano estamos esperando uno y otro dia. Creíamos que tardando vos en regresar de Florencia vendríais también en dicho barco ó bien con Montanchez que avisó llegaría próximamente á bordo de una balandra catalana.

El Máscara parecía no escuchar ya; pasóse una mano por la frente y murmuró:

—¡Fatal destino!

—Señor,—exclamó una dulce voz....

Don Rodrigo pareció como que volviera en sí y repuso:

—¡Ah! ¡Cósima!

—Tened valor, don Rodrigo.

—No lo tendría á no encontraros vos á mi lado, señora,—repuso el Máscara.

El corsario saltó en el bote y dió la mano á Cósima para ayudarla á bajar.

Momentos después hallábanse todos á bordo de la *Galera Negra*.

VIII

Pasaron algunos días, durante los cuales no podía don Rodrigo ocultar la tristeza de que se hallaba poseído; sólo cuando venía Cósima á hacerle compañía parecía salir de aquel hondo abatimiento en que estaba sumido la mayor parte de las horas.

Según la fecha que le había indicado Saravia, el fraile debió haberse personado en Urcino, sin haber perdido un solo día desde aquel en que, llegando á Villa-Mora, se encontró con que ya Blanca no estaba allí.

Un nuevo misterio que aclarar se presentaba á don Rodrigo, aumentando la fatiga que atormentaba á su espíritu desde que se vió arrebatada por primera vez su prenda amada.

¿Quién era el desconocido que había ahora hecho desaparecer á Blanca? Porque no se trataba ya de Riccioli, detenido por sus heridas en Florencia, allí en la casa que ocupaba él.

¿Qué luz iba á guiarle en sus nuevas pesquisas para encontrar á aquella mujer que la fatalidad parecía empeñada en arrebatarle?

—Es en vano mi intento,—exclamaba don Rodrigo una tarde que se hallaba en la cámara de Cósima.—No lucho contra la maldad de los hombres, sino contra las impalpables sombras del destino. Avanzo y lo que persigo retrocede... Créome ya á punto de dejar cumplido mi designio y viene lo inesperado á interponerse entre la realización y mi brazo... Tengo para mí que algún espíritu perturba todos mis pro-

pósitos, cual si con sarcástica mofa se complaciera en desbaratar todo cuanto estoy á punto de concluir... ¿Para qué nací? ¿Por qué lucho de esta manera si al fin resulta infructuoso cuanto intento?

—Señor... Achacáis á vuestra mala estrella el no poder llevar á su completo fin la venganza de vuestros resentimientos y de vuestros agravios... ¿Por qué no ha de ser, quizás, quien tal motiva un espíritu bueno que quiere libraros de ver teñidas en sangre vuestras manos?

—En sangre de malvados.

—Tened por cierto que hay una justicia divina, superior á la que os forjáis según vuestra particular manera de pensar.

—Yo sé lo que debo hacer; sé á quién debo castigar y á quién debo querer.

—Sabeislo ciertamente, según lo que os dicta la conciencia, no según las divinas leyes que rigen eternamente... Dios quiere que el culpable pueda arrepentirse... ¿cómo hacerlo si le quitáis la vida? No matéis, señor... La vida de los hombres sólo pertenece á Dios.

—Pues si Dios rige todas las acciones y es él quien me priva de que mate á mi enemigo, ¿por qué me quita la felicidad que podría yo experimentar recobrando á Blanca? ¿Por qué permite que ella, tan hermosa, tan pura, sea juguete de la brutalidad de los hombres á manera de nave combatida por la tempestad?

—Témplanse, señor, los caracteres en la desgracia... Blanca podrá salir victoriosa de todo si es que os quiere como vos os merecéis; pero si no fuese así y en lugar de resistir las pruebas terribles á que habrá estado sujeta, desfallece, probará esto que no era digna de ser vuestra noble esposa.

—Peligroso es siempre para una mujer verse colocada en tan tremendas alternativas...

—No lo es para la mujer fuerte.

—¿Vos, pues, os tenéis por tal?

—Sí.

—¿Vos no cederíais?

—No, no, mil veces no.

—¡Oh, Cósima! No sabéis el dolor que me producen estas palabras...

—Señor... ¿por qué?

—¡Ah! Porque oigo por vuestra boca hablar con acento severo é inflexible la voz del honor y del deber, y conviértense vuestras frases en terrible acusación contra toda humana fragilidad.

—Antes romperse que doblarse.

—Son tan recios los huracanes de la vida, que pueden vencer la resistencia de la encina más robusta.

—El alma bien templada afronta los más terribles embates del destino.

—Cósima... tengamos piedad... perdonemos...

—Perdonar, sí; excusar, nunca.

—¡Tremenda justicia!

—La justicia es serena, absoluta; no hay que quejarse de ella, sino de los que motivan sus fallos.

—¡Fallos inexorables!

—¿Pues como no han de serlo?

—¡Cósima, Cósima! Perdonad á Blanca...

—Vos debéis hacerlo; no yo. Si os ha faltado es indigna de vuestro amor, pero en vuestra mano está olvidar lo hecho ó aceptarlo si así os place.

—¿Qué decís?... ¡Yo aceptar á una mujer mancillada!... Pero si ella me demostrase su inocencia... Si yo oyera de sus labios una justificación...

—¡Imposible!

—¿Por qué no?

—Sólo puede demostraros que os ama, entregándoos no su cuerpo hermoso sino su cadáver ó sabiéndola sepultada en la penitencia de un claustro.

—¡Muerta!... ¡O en un convento!

—¡Muerta ó monja! El deshonor contagia. Honrado sois, ¿queréis convertiros en un criminal ó en un cobarde?

El corsario quedó como anonadado bajo el peso de las terribles palabras de Cósima, sintiéndose inferior á aquella débil criatura en cuya alma enérgica se albergaban los más excelsos sentimientos.

¡No había esperanza! Blanca no podía ser ya suya...

Arrastrado por su ardiente amor, quería don Rodrigo hallar disculpa en las desgracias de su hermosa amante; quería convencerse de que su alma era pura si su cuerpo no, pero las palabras de Cósima resonaban todavía, acusadoras y penetrantes, helándole la sangre y haciéndole bajar avergonzado la cabeza.

Don Rodrigo, desesperado, como fiera que se ve arrebatados sus cachorros, como condenado que ve desaparecer el último resto de esperanza, sintió abrasarse su corazón en desesperada furia, y cual si una fuerza interior estallara de pronto en sus entrañas, exhaló un rugido.

—¡Me la han matado!—exclamó.

Y un odio feroz, un violento deseo de muerte, una nube de sangre turbó sus sentidos...

Aquel rugido empero tornóse en breve lastimero sollozo...

—¡Blanca! ¡Blanca mía!—murmuró.

Y sin fuerzas para resistir la mirada de Cósima, huyó de la cámara, demostrándose *hombre*, mortal criatura, cuando la otra parecía como impalpable encarnación del ideal, fría, muda, como un símbolo de la justicia absoluta y eterna.

IX

Era una calurosa tarde de Julio de 1571.

Habían transcurrido unos quince días desde la terrible escena con Cósima, cuando el corsario que se hallaba en el alcázar de la galera, quedó sorprendido con la llegada de Montanchez.

—Gracias, amigo de mi alma,—exclamó el Máscara apretándole fuertemente las manos.—Dejáis por mí la apacible tranquilidad de vuestra casa, la dulce satisfacción de estar al lado de los seres que tanto os aman... No podéis figuraros cuanto me conmueve vuestro proceder.

—Siempre ha sido para mí la mayor satisfacción que me cabe experimentar, la de cumplir con mi deber.

—Mucho hace quien á esto se limita, pero infinitamente más aquel que hace más de lo que debe. Pero decidme. ¿Traéis alguna noticia que pueda interesarme?

—Puede que sí, aunque más valiera quizás que nada supierais de lo que tendría que deciros.

—Hablad, Montanchez. ¿Qué funestas nuevas son esas que me traéis?

—No son á la verdad funestas. Decid mejor, vergonzosas.

—Tengo aliento para todo.

—Pues si tales alientos tenéis, os diré que Blanca y Riccioli andan juntos. Yo lo he visto.

—¡Horror!

—Es cierto lo que os digo.

—Pero ¿decís que lo visteis? Pues si lo visteis ¿cómo no aplastásteis allí mismo á los dos infames?

—Las cosas vinieron de tal modo, que hasta que pasaron algunas horas no pude acertar que significaba lo que ví.

Montanchez refirió al Máscara la escena ocurrida en el camino de Florencia á Luca, la intervención de Riccioli, la aparición de Blanca, su fuga con el veneciano y la anterior explicación dada por Victoria de haber reconocido á los dos personajes.

—¿Mas, por qué no corristéis tras ellos para sorprenderlos?—exclamó don Rodrigo, desesperado.

—Partieron de la quinta al propio tiempo que nosotros y en contraria dirección. Hasta mucho rato después no me reveló Victoria su descubrimiento. Para ir tras ellos tenía que contar yo con mi seguridad, y esto es lo que me faltaba. De fijo que á haber corrido tras de Riccioli, hubiérame visto detenido al momento, y en vez de hallarme ahora á vuestro lado para prestaros mi concurso, hubiérais vos tenido que venir á mi socorro.

—¡Monstruoso crimen! ¡Oh perfidia!

—Quizás no tanto, señor. Seguro estoy de que no era el propósito de Riccioli volver á intentar nada respecto á vuestra amada; creo que no era este su propósito al venir tras de nosotros... Dad la culpa á la fatalidad, al destino, á vuestra suerte, que os separa eternamente de los brazos de vuestra amada, mientras arroja á ellos á los que no se proponían ciertamente semejante cosa.

—Decís bien, Montanchez... ¡Hay que doblar la cabeza ante la fatalidad! No puede darse estrella más funesta que la mía... Conseguí arrebatar á Blanca al fraile sacrílego mas ¡para qué! Para que se apoderase de ella el feroz Hamet, pues él era sin duda quien os salió á provocar. ¡Pobre Michelotta! ¡Qué triste fin habrá tenido!

—Capitán, hay que sobreponerse á esos embates del destino... Por mis propios ojos pude quedar bien convencido de que no merece aquella mujer que tanto amásteis que sigais amándola... Duro y triste me es tener que decirlo, pero la manera como huyó con Riccioli, no era la de la víctima de un rapto, sino la de una mujer que seguía de buen grado, de plena voluntad.

—¡Oh, qué agudo puñal siento clavárseme en el pecho!

—¿A qué mentir? Sabedlo de una vez.

—¡Dios mio! Pero si esa mujer me ha vendido infamamente, si su amor ha resultado ser mi postura indigna, ¡cómo estar seguro ni de la luz del sol! ¡cómo no creer que el mundo entero no es más que vil mentira, impostura inmensa!

Calló Montanchez, y al cabo de un momento repuso:

—Harto habéis pensado ya en esa mujer de fango, que vos creíais de cristalina pureza. Otras cosas tengo que deciros que importan más... Habéis sido desgraciado en vuestros amores... No sois el único, pero os queda un refugio, capitán... Olvidad á esa mujer, despreciadla en vuestra memoria, y en vez de pensar en las mezquinas pasiones de la flaca humanidad, remontad á lo alto vuestra mente. ¡Capitán! ¡Recordad quién sois! ¡Recordad que antes que el Máscara de bronce fuísteis D. Rodrigo de Toledo! A don Rodrigo hablo, á don Rodrigo me dirijo... ¡La gloria os llama, señor! ¡No desoigáis su voz sublime!

—¿Qué decís?... ¡La gloria!

—Acércase una hora solemne, señor. ¿Qué vale en comparación del amor de una mujer el triunfo, la embriaguez de la victoria? ¡A vencer, D. Rodrigo de Toledo!... ¡La patria os llama!

Levantó la cabeza don Rodrigo con arrogancia soberbia; brillaron sus ojos con vivo fuego á través de la máscara y repuso:

—¡La gloria! ¡La patria! ¡Montanchez! Sí... ¡Por la patria! ¡Por la gloria! ¡A luchar! ¡Yo sabré morir! ¡Habla, habla!...

—Señor... Vengo de Génova... Bragadino resiste aún en Famagosta, último baluarte de Chipre. El turco insolente, tras de haber llevado la isla á sangre y fuego, amenaza con nuevas invasiones en Europa. Nadie piensa sino en la guerra; y entretanto, ¿estaríamos nosotros aquí dejando que nuestros hermanos se batieran?... ¿Sabéis quién irá al frente de la armada cristiana?

—Hablad, Montanchez, hablad.

—Las escuadras irán mandadas por el grande D. Juan de Austria.

—¡Don Juan de Austria mandará la flota! ¡Montanchez! ¡No más insensatos pensamientos! ¡Viva la patria! ¡Viva España!

—¡Y viva Italia! también, señor...

—¡Viva España! ¡Viva Italia! sí... ¡Hola, mis valientes! — exclamó enseguida don Rodrigo desde el puente, dirigiéndose á la tripulación reunida en cubierta.—¿Queréis seguirme todos?

—¡Sí!—gritaron con ardor cien voces.

—¡A la gloria, pues, valientes míos! ¡A luchar, bravos españoles! ¡A defender el noble mundo latino de la bárbara invasión mahometana! ¡Juremos todos vencer ó morir en la demanda!

—¡Lo juramos!—respondieron los marineros.

De pronto surgió Cósima, cuyo semblante, transfigurado por el más exaltado entusiasmo, parecía el del genio de la guerra.

—¡Valientes, hermanos míos!—exclamó con voz vibrante.—¡No dejemos caer Famagosta como cayó Nicosia! ¡Corramos todos á ahuyentar al turco! No ha sido únicamente el bárbaro otomano quien se ha saciado en Chipre de sangre, desolación y ruina... Españoles é italianos, miserables renegados, han ayudado á la obra de destrucción... Corramos á reparar este agravio, á vengar esta deshonra... Españoles é italianos forman una sola raza... ¡Marineros españoles é italianos! ¡Hijos de Roger de Lluria! ¡Al combate! ¡A vencer, hermanos míos! ¡Hundamos para siempre en el mar la orgullosa media luna, la bárbara insignia del despotismo y la ignorancia! ¡A luchar, marineros! ¡Viva España é Italia para siempre unidas!

Un viva atronador respondió á las palabras de Cósima.

Don Rodrigo arrodillóse ante ella, y desnudando su espada entregósela exclamando:

—¡A MEQUINENZA LOS MARCOS!

—Tomad, vos... ¡Guiadnos á la victoria!

—No de rodillas,—exclamó Cósima...—Somos hermanos los de las dos tierras... Alzad...

Cósima hizo levantar á don Rodrigo, abrazóle luégo, y blandiendo la espada exclamó:

—¡A Mesina los barcos!

X

Montanchez había enterado á Cósima, antes de hablar con don Rodrigo, de lo que estaba ocurriendo en el mediodía cristiano.

Desde el año anterior estaba haciendo Selim II, sucesor de Soliman el Magnífico, una guerra encarnizada á la república veneciana. Aquel sultán, hallándose embriagado con vino de Chipre, había prometido á un renegado, llamado José Massy, que le entregaría la codiciada isla, y rompiendo el tratado hecho con la república hacía treinta años, invadió en medio de la paz aquella fértil posesión de los venecianos. Cien galeras, doscientos veinticuatro leños y más de cincuenta mil turcos con una formidable artillería, ayudados por muchísimos italianos y españoles que habían renegado, atacaron la isla, que estaba mal custodiada, y después de verter torrentes de sangre fué tomada Nicosia, degollando en ella veinte mil hombres y reservándose dos mil personas para esclavos. Ocho días duró el saqueo, pero perdieron los turcos lo más precioso del botín. Habían sido llevadas á bordo de los barcos de carga en que estaba almacenado algunas jóvenes de familia noble, y éstas, prefiriendo la muerte á la suerte que les esperaba en Constantinopla, prendieron fuego á las embarcaciones, y con la misma explosión frustraron la avaricia y la lascivia de sus aprensores.

Venecia pidió socorros al Papa, á España, á Francia y al emperador de Alemania; pero ya no había más soberanos enteramente católicos que Pio V y Felipe II. Bajo los reinados de Maximiliano II y de Carlos IX dominaba en Alemania y Francia el sistema protestante; ambas naciones quedaron inmóviles é insensibles al oir las súplicas de Venecia, y el mundo pudo así acusar á los reformados de ser en realidad, de verdad, aliados de los turcos.

Comerciantes genoveses, caballeros de San Juan de Malta y nobles de todos los países, abandonaron sus familias y los placeres de las cortes para combatir á los turcos en el mar, en Hungría y en Transilvania. No latía en ellos, sin embargo, aquel sencillo y devoto ardor de los antiguos cruzados, que no pensaban absolutamente en la gloria, sino que, poseídos tan sólo de devoto fervor, morían para Jesús y María tan oscuramente como habían vivido. Esta vez se juntaba en los combatientes al sentimiento cristiano, el orgullo, el deseo de brillar, el de adquirir fama ó recompensas, y el estímulo de que se celebrasen sus empresas en las Cortes, si es que alguien no abrigaba el secreto deseo de calzarse un buen priorato ó de haber á las manos unas cuantas odaliscas.

Marco Antonio Colona mandaba las galeras del Papa; Venecia aprestó ciento veintiseis y cuarenta y nueve España, al mando del genovés Juan Andrés Doria, entre las cuales veinte de Sicilia, al mando del marqués de Santa Cruz, reforzándose sus tripulaciones con 5.000 hombres.

Malogróse, sin embargo, la campaña por desavenencias entre sus jefes; y los barcos españoles retiráronse á invernar á Nápoles.

XI

Mostrábase de cada vez más arrogante la Turquía, y arreciaba, en consecuencia, el gran peligro en que se hallaban los cristianos con el poderío y los bríos que iba consiguiendo la odiada media luna. Estrecháronse así, por instinto de conservación, las relaciones entre las tres potencias marítimas del Mediodía, y los diplomáticos echaron los cimientos de la alianza que debía hermanarlas, aunque pasajeramente, por desgracia, cuando debería ser eterna la unión de la raza latina.

El 20 de Mayo de 1671, firmóse el famoso tratado de la *Liga* entre el Papa, el rey de España y la república de Venecia, espectáculo hermoso y eternamente memorable.

Convínose en que España pagaría la mitad de los gastos, Venecia una tercera parte y una sexta el Papa, repartiéndose el botín en la mis-

ma proporción; las conquistas de Europa y Asia quedarían para Venecia; las de Africa para España. Adhiriéronse al proyecto Florencia, Saboya, Ferrara, Urbino, Parma, Mantua y las repúblicas de Génova y de Luca, y nombraron las potencias contratantes generalísimo de las fuerzas combinadas á D. Juan de Austria, que acaba de ilustrarse por su estreno en la carrera militar, aniquilando la imponente rebelión de los moriscos de la Alpujarra.

Con próspero viento diéronse á la vela la *Galera Negra* y la *Roccaforte*.

El egregio hijo natural de Carlos V juntó en Barcelona á aquellos veteranos de la guerra de Granada, y entre ellos los tercios esclarecidos de D. Miguel de Moncada y D. Lópe de Figueroa, y dando sin demora la vela para Italia, entró, el 26 de Junio, con 47 galeras en la bahía de Génova, desde donde debía dirigirse á Mesina de Sicilia, á cuyo punto iban acudiendo las fuerzas combinadas.

XII

Con próspero viento diéronse á la vela la *Galera Negra* y la *Roccaforte*, mandada la primera por don Rodrigo y la segunda por Montanchez, llegando á la vista de Mesina al cabo de seis días.

Ya estaban reunidas en el puerto las flotas combinadas, veneciana y pontificia. Mandaba ésta Marco Antonio Colonna, y la segunda Sebastiano Veniero. No habían llegado aún las españolas, mandadas por Juan Andrés Doria y D. Álvaro de Bazán, á las órdenes de D. Juan de Austria, que asumía el mando en jefe.

El Máscara se dirigió en un esquife á la capitana veneciana, y pidió ver al almirante.

—Nadie puede llegar á su presencia sin mostrar el rostro,—contestóle el oficial de guardia.

—Cuando se viene á lo que yo vengo,—replicó don Rodrigo,—importa poco la etiqueta.

—Probaré.

El oficial fué á participar á Veniero la petición del enmascarado.

—¿Decís que lleva una máscara de bronce?—exclamó Veniero, mostrando en su semblante indecible asombro.

—Sí; no me cabe duda.

—Que pase enseguida.

El Máscara entró en la cámara del almirante, y, saludándole con exquisita cortesía, dijo:

—Perdonadme, mi noble señor, que de tal manera tenga que aparecer en presencia vuestra. No quitará lo encubierto de mi rostro á la franqueza de mis palabras. Vengo, señor, á poner á vuestras órdenes un barco que fué de la Señoría... La *Roccaforte* espera vuestro permiso para incorporarse á la escuadra que tan dignamente mandáis.

—Acepto vuestro ofrecimiento,—contestó el almirante;—y si queréis batiros á nuestro lado, nos consideraremos como muy honrados.

—Agradezco vuestras frases, mi noble general, pero el deber me llama al lado de los míos.

—Esa ventaja de más tendrán los españoles para conquistar más laureles que nosotros.

—Confúndeme vuestra bondad, señor almirante... No; Venecia tiene de sobras marinos capaces de ilustrarla.

—Obrad como os dicte vuestra conciencia, pero estad seguro de que siempre habrá en la armada veneciana un mando para vos. Bien ganastéis la *Roccaforte* y por ello sois digno de mandarla.

—Gracias, señor almirante; quedaré eternamente reconocido á vuestro noble proceder. Dentro una hora estará aquí la galera y esperaré en ella al que designéis para mandarla.

El corsario volvió á embarcarse y tomando el mando de la *Roccaforte* entró al poco rato en la bahía.

La galera hizo las salvas de ordenanza y ancló cerca de la flota veneciana.

Poco después atracaba á estribor una chalupa á cuyo bordo iba un almirante.

El Máscara mandó salir á la gente y recibió al jefe veneciano, gritando.

—¡Viva Barbarigo!

El almirante cogió una mano al Máscara y exclamó en tono rápido:

—¡Honor á los valientes! Mil años viváis también, don Rodrigo de Toledo.

XIII

En la flota veneciana comenzaba á murmurarse de la tardanza de Don Juan de Austria en llegar. Era menester socorrer cuanto antes Famagosta donde el bravo Marco Antonio Bragadino resistía heróicamente.

No se comprendía, en efecto, semejante dilación; romanos y venecianos lamentaban amargamente que D. Juan de Austria no hubiese llegado á Mesina todavía. Y razón sobrada tenían para ello; la culpa, empero, no era de don Juan, sino de los consejeros de éste. El hermano natural de Felipe II figuraba, en efecto, como general en jefe, pero no podía proceder como tal, sino que estaba sujeto á lo que opinaran los consejeros puestos á su lado por el suspicaz escurialense, y éstos obraban siempre por frías razones de política, antes que por elevados ideales.

Por fin el 17 de Agosto llegó la flota española compuesta de 83 galeras, 52 de las cuales pertenecían á las provincias italianas de España.

Mandábalas el genovés Juan Andrés Doria, al servicio de España, corriendo á las órdenes del marqués de Santa Cruz las veinte que correspondían á Nápoles. Hubo quien supuso que la tardanza se debía á envidia de Doria, que no podía olvidar la eterna rivalidad entre su patria y Venecia.

Cuando todos creían que por fin iba D. Juan de Austria á menearse, encontráronse con que se movía menos que nunca, con terrible desesperación de Veniero cuyo afán por volar en socorro de Famagosta era harto fundado.

Magnífico aspecto presentaba la escuadra católica; formaba su grueso la flota veneciana compuesta de 105 galeras; las galeras pontificias eran doce, habiéndolas prestado la Señoría, y las españolas las que ya dijimos, número inferior al estipulado cuando se formó la Liga. Los españoles propusieron como compensación que reforzarían las galeras de los venecianos con soldados á sueldo de España, lo cual fué aceptado. Montaban, sin embargo, más de 40.000 venecianos las naves de la república.

—Vais á ver un cañón de nueva especie con el que espero hemos de causar terrible estrago á los turcos,—díjole Veniero á D. Juan de Austria un día, y le enseñó unos cañones acabados de inventar que pueden considerarse como la forma primitiva del obús para disparar metralla.

Era una especie de tonel de madera muy gruesa, apenas de un codo de largo y de casi el mismo calibre que un mortero, cargándose con balas de plomo y piedras del tamaño de un huevo de gallina. Hizo, efectivamente, la tal máquina, terrible efecto en la batalla.

XIV

No había querido el Máscara presentarse ante D. Juan de Austria, reservándose obrar libremente en la batalla, por manera que la *Galera Negra* se mantenía fuera de la rada esperando colocarse donde le pluguiese así que se diera á la vela.

Don Rodrigo no salía de á bordo, dando de continuo disposiciones,

reformando el armamento y cuidando de la instrucción de sus marineros.

Quería conquistar en la próxima batalla lauros bastantes á hacerle olvidar las crueles espinas que le habían herido en el jardín del amor, y á la verdad, poco pensaba en Blanca ni en cosa alguna que no fuera la guerra; Cósima le alentaba en tal camino y se convertía para él en una especie de Egeria cuyos consejos no eran nunca desatendidos, como que resultaban siempre excelentes. Habíanse cubierto los costados del buque con cadenas de hierro; los remeros habían sido escogidos cuidadosamente, el velamen había sido aligerado y el equipo de los combatientes perfeccionado hasta lo sumo.

Montanchez bajaba á tierra algunas veces para departir con los españoles en los garitos y tabernas de Mesina.

Una tarde encontrábase en una famosísima bodega cerca de la formidable ciudadela que defiende la entrada del puerto, cuando vino á colocarse casi á su lado un soldado cuyo aspecto le infundió de pronto la más viva simpatía. Era un mozo de unos veintitres ó veinticuatro años, de mediana estatura, blanco cutis, rostro aguileño, cabello castaño, frente lisa y desembarazada, ojos asombrosamente vivos y alegres, nariz picuda, con grandes bigotes y no menos grande barba, de dorado color, boca pequeña y menudos dientes. Su gallardía, el aire á la vez picaresco y señoril de su persona y sobre todo la expresión de sus ojos, cautivaban á primera vista á cualquiera que reparase en él. Pertenecía el mancebo, según lo que su traje pregonaba, al tercio famoso de Moncada.

Acercóse el soldado al mostrador y dijo:

—Alargadme un vaso de ese vinillo de Marsala, patrón...

—Bien venido seais, valiente,—respondió el tabernero.—Ahí va el vinillo y si queréis se os sirva de todo lo que aquí hay, no tenéis más que pedir.

—Gracias, patrón...

El soldado bebió el vino é iba á pagarlo, cuando Montanchez exclamó:

—No, por mi vida. Dejad que pague yo.

—Muy sobrado de dinero andáis á lo que veo, amigo,—contestó el soldado.

—Para los buenos mozos, siempre hay algún realejo en mi escarcela.

—Que me place. Es la vez primera que alguien me convida.

—Pues por convidado os podéis dar mientras yo viva.

—Agradezco vuestra cortesía, camarada. ¿Sois de tropa?

—Marino, para serviros.

—¿Vais con Juan Andrea?

—No; no me he alistado aún.

—Pues daos prisa.

—Tengo barco donde combatir.

—¿Sin sentar plaza?

—Sin eso.

—No acierto á comprenderos.

—Mi barco va solo y peleará donde le cuadre á mi capitán, al lado de los cristianos.

—Entonces, vuestro capitán no obedece más que á su albedrío.

—Justamente.

—Crei no habia ya más caballería andante.

—Errastéis pues; caballeros andantes somos cuantos vamos en mi barco.

—Donosa idea.

—Y ya veremos quien se luce más; si los caballeros regimentados ó los que van porque así les place.

—Asombrado quedo, amigo marinero. No se me habia ocurrido que nadie pudiera tomar parte en una batalla tan solo por ganar prez y fama, sin nada de provecho.

—¿Y vos, buscáis eso?

—Busco una y otra cosa. Pobre y desamparado, busco en la honrosa profesión de las armas decorosa manera de salir de mi desvalimiento.

—Noble determinación la vuestra, amigo.

—¿Qué habia de hacer? Por dicha creo que voy á salir ahora de penas para siempre, pues mucho ha de ser que el señor D. Juan de Austria no me saque un despacho de alférez después de la batalla.

—¿Contáis con su protección?

—¡Con su protección! Más que con eso, hónrome con su amistad. Volvíle á ver ahora tras largos años de ausencia. ¡Y que otro le encontré que cuando en Alcalá nos llamaba la gente *los dos camaradas!*... Su alta alcurnia, sin embargo, en nada ha empecido que se mostrara conmigo ahora el mismo camarada de siempre... ¡Bendiga Dios al gran don Juan!

—Mucho le queréis.

—Más de lo que podríais figuraros.

—Pues os recomiendo, amigo, que no hagáis ostentación de esto, cuando volváis por nuestra tierra...

—Agradezco el consejo, amigo, pero á fe, que no lo habia de menester.

—¿No? ¿Luego sabéis?...

—Sé muchas cosas, amigo.

—En verdad que anduve torpe en no habéroslo yo dicho antes que vos. Bien lo mostráis en vuestra cara.

—Sois cortés en demasía.

—En Dios y en mi ánima os juro que tengo olvidadas las cortesías de puro andar siempre entre hombronazos. Cuanto me oigáis decir no será nunca sino la purísima verdad.

—Pues igual os digo, y valido de esto no os ofendáis si os confieso que parecéis vos pájaro de cuenta.

—Quizás.

—Y que para *marino andante* tenéis la traza harto señoril. Tomáraos cualquiera, cuando menos, por ilustre gobernador de alguna ínsula...

—Pues yo á mi vez, en puridad, diputoos por consumado zahorí.

—No sois el primero que me ha dicho eso.

—Puestos á descubrirnos las verdades, según estamos, voy á haceros enfadar quizás ahora si os dijo que me vais pareciendo algo poeta.

—Zahorí sois también... Poeta soy, en efecto.

—Recibid mis parabienes.

—Gracias

—¿Y qué obras habéis compuesto?

—Pues he compuesto un poema, sonetos, romances, diversas rimas, redondillas, elegías y sobre todo, muchos epitafios.

—¡Ave María!

—Sin pecado concebida.

—Epitafios, ¿y para quién?

—Para Doña Isabel de Valois...

—¡Ah! ¿Estaríais muy inspirado sin duda?

—Eso creo.

—El caso no era para menos.

—No lo era, verdad.

—Porque... en fin... la reina... aquella muerte...

—Justamente... la reina... la muerte aquella... en fin...

—Señor soldado... repito que sabéis mucho.

—Y yo os repito que no es menester que me repitáis lo que repetidamente sé.

—Hasta mañana, aquí, amigo.

—Aquí, mañana.

—Y si queréis honrarme con vuestra visita alguna vez, preguntad por Salvador Montanchez, en la *Galera Negra*, á la derecha del faro.

—Si os viene á las mientes alguna vez el visitarme, no tenéis más que llegaros á la galera *Marquesa* y preguntar por Miguel de Cervantes Saavedra.

CAPÍTULO XII

La batalla

Aumentaban de cada vez las murmuraciones por la incomprensible lentitud de D. Juan de Austria en dar la orden para salir de Mesina.

Los venecianos, sobre todo, estaban ansiosos, pues se horrorizaban al pensar en la suerte que le cabria á Famagosta si tenia que rendirse al feroz Mustafá-Lala.

Habiase estipulado en la Liga concluida en 21 de Mayo, que la escuadra combinada volaria á toda prisa en socorro de cualquier plaza perteneciente á los aliados que fuese atacada por los turcos y en tal caso se hallaba Famagosta, como era harto notorio.

Las relaciones se habian hecho tan tirantes que D. Juan de Austria y el almirante Veniero habian concluido por no hablarse.

Por fin, se salió de aquella inacción y el 14 de Setiembre abandonó

la escuadra la rada de Mesina, donde tanto tiempo se había perdido lastimosamente.

Diez días tardó en llegar á Corfú la flota hispano-veneciano-pontificial; D. Juan de Austria dijo era preciso abastecer las plazas de la isla y se detuvo seis días más allí á pesar de las coléricas observaciones de Veniero.

Nueva demora en la bahía de Samos, en la isla de Cefalonia, donde la escuadra permaneció dos días... Allí se recibió la fatal noticia de la rendición de Famagosta, acaecida el 1.° de Agosto.

El sitio había sido formalizado el 16 de Abril; reducida por hambre la guarnición, capituló con buenas y honrosas condiciones, pero no contaban los venecianos con la salvaje crueldad del vencedor. El ilustre Marco Antonio Bragadino, cuya admirable defensa le daba títulos á todos los honores que un enemigo noble pudiera dispensar al vencido heróico, sufrió la muerte después de las torturas más atroces cometidas á sangre fría. La piel, rellena de heno, fué expuesta á los insultos en el campamento y enviada después á Constantinopla como horrible trofeo de victoria.

La fatal noticia de la rendición de Famagosta y del martirio de Bragadino encendió de furor los ánimos, consiguiendo el ardimiento de todos sobreponerse á los glaciales cálculos políticos de los consejeros de don Juan. No era posible inventar nuevas dilaciones. Había que ir á buscar al enemigo enseguida. La armada católica abandonó Samos y al caer la tarde ancló detrás de las islas Curzolari, para pernoctar, zarpando antes de rayar el alba del siguiente día 7 de Octubre de 1571.

Estaban las galeras cristianas admirablemente aparejadas, provistas de fuertes parapetos ó propados, y algunas con traveseros destinados á detener los proyectiles. Confiábase en gran manera en el efecto que habían de producir los famosos obuses de madera venecianos, ya citados. Iban los soldados cubiertos con yelmo y peto, y estaban armados de mosquetes.

Los galeotes, amarrados al remo, eran en su mayoría penados cristianos que fueron desencadenados para el combate, y á quienes se prometió la libertad como recompensa de la victoria, sabia disposición

que duplicaba el número de los combatientes. Todas las tripulaciones mostrábanse rígidamente disciplinadas y estaban formadas de aguerridos veteranos; finalmente, entre las naves venecianas, figuraban seis galeazas, enormes ciudadelas flotantes, situadas en el centro de la línea cristiana.

II

La armada católica pasó por el freo entre las islas de Makri y Dioni, yendo á la vanguardia la escuadra española mandada por Juan Andrés Doria, y al tomar posiciones á la derecha, al S. O. de la isla de Oxia, fué descubierta la armada turca que salía del golfo de Lepanto. Componíase la escuadra enemiga de 224 velas é iba regida por Ali-Bajá.

Dióse entonces un espectáculo conmovedor. En lo más alto de los árboles de cada galera apareció una imagen del Cristo crucificado; todos los combatientes se arrodillaron ante ellas pidiendo cada uno perdón de sus pecados y de tal manera se aumentó con esto el ánimo de pelear y el valor en los soldados cristianos, que en un momento y casi como por milagro levantóse en toda la armada en general un grito de alegría que repitiendo en voz muy alta *¡Victoria! ¡Victoria!* podían oirlo hasta los mismos enemigos.

Estaban las dos flotas colocadas en líneas de través en una demora S. S. O. Las alas turcas, avanzando sobre el centro, formaban como una media luna, probablemente con la idea de envolver los flancos de sus contrarios. En cambio, la línea cristiana formaba una recta. Mandaba el ala derecha Juan Andrés Doria, extendiéndose á cuatro ó cinco millas al S. S. O.; la izquierda el veneciano Barbarigo, cerca de la costa y pegado á los arrecifes conocidos hoy con el nombre de *Puerta Skrofa*, y el centro D. Juan de Austria, asistido por los almirantes Sebastián Veniero, veneciano y Marco Antonio Colonna, pontificio. La retaguardia estaba constituída por treinta galeras á las órdenes de D. Alvaro de Bazan, quedando á su popa buques de almacenes, bien armados y tripulados, aunque impropios para tomar parte en la batalla á causa de no contar sino con su velamen.

Don Juan de Austria, revestido con una riquísima armadura, recorría la línea en un botecillo, animando á los combatientes; diciéndoles que más ventura tendrían aún los que allí muriesen que los que quedasen vivos y vencedores, pues les esperaba la gloria del cielo, á cuyas exhortaciones respondieron los españoles con atronadores vítores; en cambio no habían de menester los venecianos de mayor estímulo que

Don Juan de Austria, revestido con una riquísima armadura, recorría la línea en un botecillo.

el que procedía de su coraje por la pérdida de Chipre y de sus anhelos de venganza por la muerte de Bragadino.

El mar estaba sobrado turbulento y el viento mostrábase favorable á los turcos, cuando de pronto se fué quedando y levantóse una brisa en dirección contraria que dió el barlovento á los aliados.

—¡El cielo nos protege! ¡Ved como interviene en favor nuestro la Divina Providencia!—exclamó D. Juan de Austria, y dando la señal avanzó la escuadra católica en buen orden, llena de arrojo y confianza.

III

Eran las doce del día; ni una nube empañaba el sereno azul del

firmamento; el golfo parecía un tranquilo lago, tanta era la quietud de las aguas.

Flotaban al aire las banderas y gallardetes de las dos armadas, los estandartes de las capitanas, y dominándolo todo veíanse los Crucifijos colocados en lo alto de los mástiles de las naves cristianas.

De pronto la escuadra turca embistió á boca arrancada contra la flota católica, en medio de una horrible griteria. La Real de Alí y algunas galeras del centro y de los cuernos atacaron impetuosamente el centro donde se hallaban las galeazas venecianas, algo al frente. Un fuego horrible salió de las pesadas moles, llevando la destrucción á las galeras turcas y la mayor confusión y desaliento á la indisciplinada chusma que las tripulaba.

El efecto de las certeras é impetuosas andanadas de las galeazas, llegó á turbar el sereno ánimo de Alí.

—¿Qué mahonas son esas contra las cuales se estrellan nuestras proas cual si fueran una muralla?—preguntó el almirante turco á los forzados cristianos encadenados al remo.

—Son otras tantas fortalezas, señor,—le contestaron,—y se llaman *galeazas*.

Entonces Alí, ansioso por pasar de largo cuanto antes, dió orden de que se esforzase la boga, pero no por esto se libró de nuevas rociadas de los obuses que llevaban las galeazas, experimentando todavía mayor daño que antes, pues les echaron á pique dos galeras, resultaron otras con grandes averías, y en todas se introdujo indecible confusión. Las galeras cristianas estaban, sin embargo, demasiado á retaguardia de las galeazas, y así fué que antes de que pudiesen adelantar tuvieron tiempo los turcos para restablecer algún tanto el orden de su formación

No parecía al comenzar la batalla que se tratase de maniobrar sino de luchar, galera con galera, pero el cuerno derecho turco que se hallaba cercano á la costa y próximo á unos peligrosos bajos quiso librarse de aquel riesgo y envolvió á la izquierda veneciana, al propio tiempo que otro cuerpo de la escuadra cortando entre la izquierda y el centro les cortaba la retirada. Los venecianos hubieran sucumbido

enseguida ante el número de sus contrarios, á no haber acudido á prestarles pronto auxilio D. Alvaro de Bazan, trabándose un horroroso combate por aquella parte, encallándose las galeras entre los cadáveres.

Cruzábanse de unos á otros barcos lluvias de saetas y rociadas de mosquetería con mayor estrago de los turcos que recibían éstas, pues los dardos que enviaban ellos estrellábanse en gran parte contra los yelmos y coseletes de los católicos. A cada momento entablábanse luchas cuerpo á cuerpo, con horrible carnicería por una y otra parte. Los comandantes venecianos, llenos de coraje, peleaban como el último soldado dando ejemplo de morir matando.

Mientras con tan espantoso encarnizamiento se combatía en el ala izquierda, ardía no menos furiosamente la batalla en el centro. Abordáronse las galeras de los jefes contrarios: la de Alí y Pestan Bajá de un lado y las de D. Juan de Austria, Veniero y Colonna de otro; agrupáronse en socorro de unos y otros las inmediatas galeras y tomaba la lucha caracteres gigantescos. Dos veces llegaron los españoles hasta el árbol de la Real del turco, siendo en ambas rechazados. El combate se prolongaba más sangriento cada vez, bajo el sol ardiente de aquel caliginoso mediodía; no bastaban la sed, el calor y el cansancio á amortiguar los ánimos. De todos los pechos escapábanse rugidos de furor, y matábase con verdadera ferocidad.

Tres horas hacía que duraba la batalla y ni la más leve esperanza de triunfo se había logrado aún por ninguna de las partes, cuando de pronto surgió de la izquierda cristiana un inmenso vocerío, nuncio de victoria. Algunas galeras turcas, impelidas á la costa, habían varado, produciéndose en las restantes honda confusión, cuando de súbito apoderóse de todas ellas el más espantoso pánico. Mahomet Scirocco, su almirante, había caído muerto; ya no hubo desde entonces quien pusiera coto á la desbandada; dióse el grito de *¡sálvese quien pueda!* Los marineros más próximos á tierra arrojáronse al mar para ganar á nado la cercana costa; muchos se ahogaron y declaróse el ala derecha turca en definitiva derrota, en el preciso momento de caer herido mortalmente el valiente Barbarigo, atravesado el ojo por una flecha.

Los gritos de *¡Victoria! ¡Victoria!* que se daban en el ala izquierda reanimaron el centro cristiano tanto como desanimaron el centro turco. Con sobrehumano ímpetu entraron al abordaje los españoles en la Real de Alí, avanzando hasta el cuartel de popa; perecieron los genízaros y cayó Alí, herido en la frente por un arcabucazo. El soldado de Málaga, que le había dado muerte, cortóle la cabeza y la enarboló en una pica. Los otros arriaron la insignia musulmana é izaron en su lugar la bandera de la cruz. Se había ganado la batalla.

Algunas galeras turcas, impelidas á la costa, habían varado.

En la derecha, sin embargo, no iban á todo esto tan dichosamente las cosas. Temeroso Doria de ser atacado de través, había extendido demasiadamente su línea, error que fué advertido al momento por el jefe de la izquierda turca, el cual era un renegado calabrés llamado Ucciali (nombre convertido por los turcos en Uluz-Alí y por los españoles en *Uchali*), marino insigne y sin duda el primero por sus capacidades entre todos los jefes defensores de la media luna. Cargó pues, Uchali, sobre la parte más débil de la derecha, embistiendo y rindiendo la capitana de Malta, siendo tan horrible el fuego, que solo tres caballeros quedaron vivos en ella y éstos mal heridos. Acudió entonces la

capitana de Doria en socorro del capturado barco y con ella todas las demás galeras españolas, dándole caza á Uchalí Doria por retaguardia y el marqués de Santa Cruz de través. Entonces fué cuando la galera *Marquesa*, al mando de Francisco Santo Pietro, abordó á la capitana de Alejandría, le mató cerca de quinientos turcos, incluso el comandante y le tomó el estandarte real de Egipto, recibiendo Miguel de Cervantes Saavedra, colocado con doce soldados escogidos junto al esquife, —punto el más expuesto,—tres arcabucazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, de cuyas resultas quedó manco.

Era Uchalí zorro viejo, y al verse atacado de tal suerte y advertir que había sido arriada la bandera de Alí Bajá, oyendo además los salvajes gritos de júbilo de los cristianos y los rugidos de desesperación que lanzaban los turcos, de quienes se hacía ferocísima matanza, apresuróse á reunir las galeras que pudo, unas veinticinco, y huyó. Fueron todos los que escaparon.

IV

La victoria de la Liga Católica fué completa: fueron apresadas ciento diez y siete galeras turcas, siendo quemadas ó echadas á pique más de ochenta. Dejaron allí su vida ¡¡más de treinta mil turcos!! quedando prisioneros solamente unos cinco mil y recobrando su libertad más de veinte mil esclavos cristianos que iban amarrados al duro remo.

Los confederados perdieron á su vez unos ocho mil hombres, entre los cuales muchos jefes, como el almirante Barbarigo, de quien se ha hablado ya; veinte comandantes de galeras venecianos, todos de familias nobles, Fabio Graziani, hermano del historiador de la batalla, y muchas otras personas de distinción.

Batiéronse católicos y turcos con furioso encarnizamiento, desde el medio día hasta la cinco de la tarde en que terminó la batalla, siendo debida la victoria de los cristianos más que á los talentos de los jefes, á la superioridad de su armamento, de su equipo, de su disciplina y de su organización. La muerte de Mohamet Scirocco y de Alí Bajá, difundió el más abyecto terror entre las tripulaciones bisoñas é indisciplinadas de los turcos.

Don Juan de Austria se portó como un valiente, ya que le estaba prohibido, por su real hermano, mostrarse como general con iniciativa propia, cosa que por otra parte no podia esperarse de él, inexperto en navales luchas. Los venecianos lo hubieran pasado mal sin el socorro oportuno de D. Alvaro de Bazan y en cuanto á Doria preciso es reconocer que se mostró menos experimentado que Uchalí, el cual pudo entregar á Selim II el estandarte de San Juan de Malta.

Encarecer el valor que mostraron los turcos aquel dia, es encarecer el de los españoles, pues, como dice bien un señor académico al historiar aquella tan memorable cuanto infructuosa jornada: «es tanto más ilustre una victoria, cuanto de mayor estimación son los vencidos.»

CAPÍTULO XIII

Episodios de la batalla

Al empezar el combate, la *Galera Negra*, que había ido siguiendo la flota desde que zarpó de Mesina, se colocó detrás de la retaguardia mandada por el marqués de Santa Cruz, previo aviso dirigido á este gran marino.

Don Rodrigo previó desde un principio que la flota veneciana iba á verse seriamente amenazada por los turcos y que toda la bravura de Barbarigo no bastaría á sacarle de la comprometida situación en que se hallaría si se realizaba el movimiento envolvente, que en efecto, se realizó.

—Sabe más Mahomet que Barbarigo,—murmuró el Máscara...—Por fortuna D. Alvaro de Bazan está aquí para transformar en victoria la derrota... Y yo también...

Atento á todas las evoluciones de la retaguardia, vió con júbilo don Rodrigo la intervención del marqués de Santa Cruz y colocóse al

extremo del ala izquierda de la retaguardia, allí donde más peligro había por estar más próximos los arrecifes.

Batíanse los venecianos á la desesperada, rechazando el abordaje de las galeras turcas. Los comandantes daban el ejemplo y del propio modo que se hacían matar heroicamente, hacíase matar también las tripulaciones, compuestas en gran parte de españoles.

Los turcos habían convertido su galera en brulote, pegando fuego á la pólvora.

Entre las galeras que más apuradas se veían había una que estaba resistiendo á la vez el ataque de dos naves otomanas que la abrasaban por babor y estribor con un terrible cañoneo, impidiendo la tripulación que ninguna de las dos pudiera llegar al abordaje.

Don Rodrigo advirtió aquella situación y mandó lanzar la *Galera Negra* entre el barco veneciano y la nave turca que la atacaba por estribor, con lo cual la galera veneciana, se encontró con un solo enemigo que combatir.

Por causa de esta maniobra la galera turca había quedado entre los arrecifes y la *Galera Negra*; rompió ésta un fuego terrible y virando de pronto lanzóse por la proa contra el costado de la embarcación infiel, abriendo en ella ancho boquete y precipitándola contra los arrecifes con el ímpetu del espolonazo.

La galera turca quedó invadida por el agua, inclinóse á un lado y fuese sumergiendo lentamente por la popa, mientras que los de dentro prorumpian en las más horribles maldiciones.

—¡Largo!—gritó don Rodrigo.—¡Largo á todo remo!

La *Galera Negra* avanzó rápidamente, y hallábase ya á cien brazas de la sumergida nave cuando resonó un terrible estruendo.

Los turcos habian convertido su galera en brulote, pegando fuego á la pólvora.

El barco de don Rodrigo estaba, sin embargo, ya fuera del alcance de la explosión.

—¡Viva España! ¡Viva el capitán!—gritó una voz que hizo estremecer á don Rodrigo.

Era Cósima que habia subido al alcázar de popa y presenciaba desde allí la terrible lucha.

II

La *Galera Negra* se vió rodeada entonces por tres galeras turcas, deseosas de vengar la pérdida de la que habia echado á pique, mas no por eso decayó ni por un momento el ánimo de la gente.

El negro barco se convirtió en un verdadero volcán, girando con vertiginosa rapidez y enviando cortinuas rociadas á los contrarios.

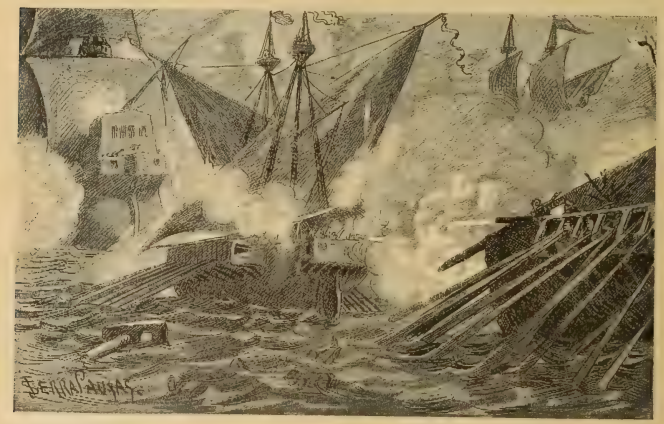
Terrible era el efecto de los crepantes, pero no le cedia el de las descargas de mosquetería.

Las balas de los contrarios rebotaban contra las cadenas que blindaban los costados del barco, y las saetas y los dardos se estrellaban contra los relucientes cascos y coseletes de los tripulantes.

La *Galera Negra* parecía invulnerable.

Sin embargo, vióse que la extraña nave permanecía ahora quieta, cesando en aquel contínuo movimiento giratorio en que habia estado tanto tiempo. Los turcos pensaron que los remeros no podrian más de puro fatigados y resolvieron embestir simultáneamente por las proas contra los costados y la popa del terrible barco, aplastándolo con el choque ya que no habian podido abrasarlo con las andanadas.

Levantóse un inmenso vocerío, y así que los bajeles turcos que había á uno y otro lado viraron para colocarse perpendicularmente á los costados de la *Galera Negra*, arrancó esta con furiosa embestida y como quedaba vacío el sitio en que había permanecido, chocaron entre sí las dos galeras turcas, abriéndose una de ellas por la quilla y hundiéndose rápidamente en el mar, mientras que la que iba á atacar por la popa pasaba por ojo á la otra.



El negro barco se convirtió en un verdadero volcan.

No valían, empero, tantas ventajas para mejorar la situación de los venecianos, abrumados por la superioridad numérica de sus contrarios.

Una de las galeras venecianas estaba acorralada contra la costa por dos galeras turcas, luchando desesperadamente para mantenerse fuera de los arrecifes. A pocas brazas que retrocediera se estrellaba, pero de no retroceder sucumbiría también ante los ataques de los dos bajeles enemigos.

—¡A ellos!—gritó don Rodrigo.

Y la *Galera Negra* colocóse á babor de una de las galeras turcas, para que de este modo, quedando cogida entre dos fuegos, dejara de molestar á la comprometida nave de la república.

—Cósima, Cósima,—exclamó don Rodrigo, señalando la bandera que flotaba en la galera veneciana.—Ved...—La niña miró á donde el Máscara le indicaba y repuso:

—¡La insignia de Riccioli! No importa... Socorredlo.

—¡Fatalidad! ¡Siempre ese hombre!

La galera veneciana contestaba apenas á las descargas de sus dos contrarias, creyéndose ya éstas victoriosas, cuando se vieron de pronto sorprendidas por las rociadas de metralla que les mandaba la *Galera Negra.*

Tan inesperado auxilio pareció reanimar á la combatida nave que respondió de nuevo con vigor y se aprestó á entrar al abordaje la galera turca que tenía al lado y había quedado aprisionada entre los dos bajeles cristianos.

El Máscara dió orden á su gente de dirigirse á la otra galera y abordarla también.

Oyóse el terrible chocar de los cuatro barcos, seguido de las más horribles imprecaciones. El combate era á arma blanca y más que lucha entre hombres, habíase entablado en las cubiertas una horrible degollación.

Los esclavos cristianos que iban amarrados al remo en las galeras turcas, habían conseguido romper sus cadenas y se habían precipitado sobre sus opresores, con el furor acumulado en el duro cautiverio.

Distinguíase entre todos los libertados por la *Galera Negra* por ser quien más estragos ocasionaba, un hombre joven y robusto, cubierto de sangre y ennegrecido de pólvora, que corría de una á otra parte dejando caer á cada momento con terrible furia sobre los turcos un hacha que blandía, semejante á monstruosa maza.

De pronto el hombre quedó como inmutado al ver ondear en la próxima galera el pabellón de Riccioli, y aprovechándose un turco de aquel breve intervalo corrió hacia él con su alfanje levantado cuando le hizo caer de un tiro don Rodrigo, que había visto la acción. El turco se bamboleó y dió con su cuerpo sobre el distraído cristiano, en cuyo semblante apareció la más indecible sorpresa al reparar en la máscara que ocultaba el rostro del que acababa de salvarle, no siendo menos

vivo el asombro que don Rodrigo manifestó á su vez al fijarse en el semblante del que tan maravillado le miraba.

El hombre del hacha acercóse á don Rodrigo y le dijo:

—¿Me conocéis?

—Como vos á mí,—replicó el Máscara.—Después de la batalla nos veremos. Sois un valiente.

—Y vos también: ¿Habéis notado la insignia de la galera que tenemos á estribor?

—Sí. Tiempo quedará después para dirimir nuestras contiendas. En este momento, no somos dueños de nosotros mismos, sino esclavos del deber. ¡Al combate, Roberto Falconieri!

—¡Al combate, D. Rodrigo de Toledo!...

—Dios os guíe, valientes caballeros,—exclamó Cósima desde la *Galera Negra*.—La causa que defendéis es digna de vosotros.

Pareció como que aquella voz hubiese obrado cual conjuro sobre los dos hombres.

No hubo piedad para los turcos. La matanza fué horrible y cuando por fin se hubieron cansado los brazos de los católicos de exterminar mahometanos fué echada á pique la galera turca, volviéndose los marineros de don Rodrigo á su barco.

III

—Sois mi huésped, durante la batalla.—exclamó el Máscara.—Haya tregua entre ambos.

—Gracias; pero consideradme también como uno de vuestros soldados.

—¡Adelante!—gritó don Rodrigo...—Ahí está la capitana turca... ¡A ellos!

La *Galera Negra* se acercó al barco otomano, sin detenerse ante el tremendo cañoneo en que rompió.

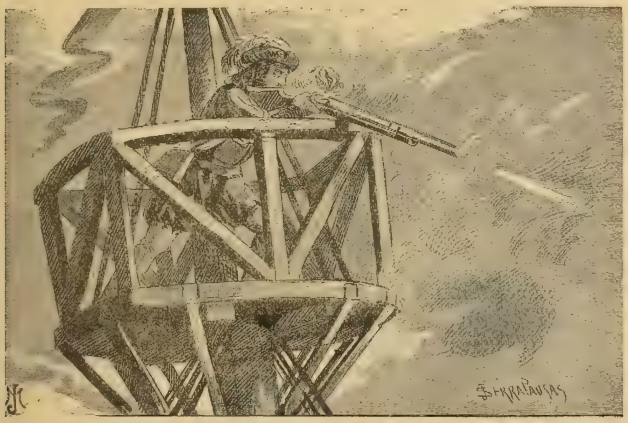
Roberto Falconieri armóse de un mosquete y se encaramó á la cofa del palo mayor.

Veíase desde allí á vista de pájaro la cubierta de la capitana, en

cuya popa aparecían tres enormes fanales, como señal de ir á su bordo un almirante.

La capitana y ocho galeras más tenían encerradas dentro un círculo á cinco naves venecianas, cuya pérdida parecía inevitable.

Falconieri, sin hacer caso del sinnúmero de dardos que silbaban á su alrededor, manteníase en la cofa, vigilando al parecer atentamente, sin cuidarse de disparar.



Roberto Falconieri apuntóle con el mosquete y disparó.

De pronto apareció en lo alto del alcázar de popa un hombre ricamente vestido, rodeado de genízaros, conociéndose en su turbante verde ser el general de aquella división, Mohamet Scirocco.

Roberto Falconieri apuntóle con el mosquete y disparó, saliendo al momento la más terrible gritería de á bordo de la capitana.

Mohamet Scirocco acababa de morir atravesado de un balazo.

Los clamores que daban los genízaros trascendieron al momento á las demás galeras, sembrando el pánico en todas ellas. En un momento cambió el aspecto de la batalla por aquella parte, decidiéndose al fin la victoria por los venecianos al cabo de tres horas de sangrienta lucha.

—¡Lástima! ¡Era un bravo!—exclamó Roberto Falconieri...

—Ya nada tenemos que hacer aquí,—dijo don Rodrigo.—Voy á juntarme ahora á los míos.

—Os seguiré, capitán.

La *Galera Negra*, hizo rumbo entonces hacia el ala derecha, dejando que los venecianos se entregaran á los mayores transportes de alegría.

Habían navegado algunas brazas cuando de súbito oyeron salir lastimeros gritos de á bordo de la capitana...

Era que Barbarigo acababa de caer mortalmente herido también, en el preciso momento de haber alcanzado la victoria. Una flecha disparada desde una chalupa turca que se ponía en salvo, habíale quitado la vida.

IV

Cuando llegaron al ala derecha declarábase ya en retirada Aluz-Alí ó *Uchalí*, como le llamaban los españoles.

De todas las naves católicas partían gritos de triunfo.

Había cesado ya el fuego por completo y los barcos se mantenían quietos después de cinco horas de incesante pelear.

El mar presentaba un aspecto horrible, lleno de cadáveres que flotaban, de informes restos y de cascos destrozados, muchos de los cuales ardían con fragorosos crujidos.

Don Juan de Austria iba recorriendo los barcos cristianos, consolando á los heridos y felicitando á los que habían salido indemnes.

En la galera que mandaba Riccioli algunos marineros hablaban de la *Galera Negra* en maravillados términos, asegurando algunos soldados haber visto al Máscara de bronce.

El noble comandante acertó á oir á uno de los que tal decían y le llamó.

—¿Dices que has visto al Máscara de bronce?—le preguntó.

—Como veo á vuestra señoría,—replicó el marinero.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo... De aquella galera partió el mosquetazo que mató al almirante turco.

—Basta, puedes retirarte, — dijo Riccioli, murmurando enseguida; —¡El aquí!

Como si hubiese sido una respuesta á su pensamiento, apareció de pronto por la popa del barco la galera del Máscara de bronce, soberbiamente empavesada con banderas españolas que alternaban con otras banderas negras.

Don Juan de Austria iba recorriendo los barcos cristianos, consolando á los heridos y felicitando á los que habían salido indemnes.

Estremecióse Riccioli al ver el buque, pero todavía más cuando vió acercarse una chalupa que habían botado al agua desde aquél.

La barquilla se detuvo al costado de la galera, y el que iba al timón gritó:

—Avisad al comandante que hay aquí un enviado que necesita verle.

—Subid,—exclamó Riccioli, que se hallaba asomado á la borda de estribor, atento á lo que iba á hacer la chalupa.

El hombre que había dicho avisaran al comandante, cogióse á un cable y se encaramó con presteza á la galera.

—He de hablaros á solas,—dijo dirigiéndose á Riccioli.

—Seguidme,—replicó el veneciano.

Y guióle á su cámara, en la cual se encerraron los dos hombres.

V

—No me conocéis vos, pero yo sí,—dijo bruscamente el enviado.

—Es verdad; no os conozco, aunque presumo venís de parte de don Rodrigo de Toledo.

—Vengo de su parte, pero también vengo por mi cuenta.

—¿Y quién sois vos?

—Soy un hombre que os aborrece tanto como al otro que habéis dicho... Soy Roberto Falconieri, el primero que puede decir que ha sido suya Blanca Alviano.

Riccioli dió un salto como si quisiese arrojarse sobre el emisario, pero se contuvo murmurando:

—¡Ah! ¡Conque sois vos fra Ridolfo!...

—¡Yo soy! Y ahora, decidme dónde tenéis á Blanca. A eso me manda don Rodrigo y á eso vengo yo.

—Habéis hecho un viaje harto excusado.

—¿Conque, os negáis?

—Sí. Ni una palabra habéis de oir de mis labios sobre este particular.

—En tal caso, y ya que no queréis restituir á Blanca, os reta don Rodrigo y os reto yo á singular combate.

—No me importa. Cuando queráis.

—Decid dónde.

—Donde fondée la escuadra.

—Está bien; con don Rodrigo primero, conmigo después.

—¡Con el infierno entero!

—Riccioli, podréis ser muy valiente, pero vuestro comportamiento cuadra mejor á un dueño de esclavos que no á un caballero. ¿Por qué queréis retener á Blanca en poder vuestro si ella no os ama ni os ha de amar tampoco nunca?

—Ved lo que decís, Falconieri... No sé si mi paciencia llegará al extremo de poder contenerme... ¡Que Blanca no me ama! ¡Insensato! No es que me ame... ¡me adora!

—¡Mentís, mentís, mentís!—rugió Roberto, lívido de ira. — ¡Blanca os aborrece!...

—¡Que miento, habéis dicho!—exclamó Riccioli cogiendo un pistolete que colgaba de la pared de la cámara. — ¡Salid! ¡Hariais que me deshonrase matándoos aquí como un perro!

—¡Que Blanca no me ama! ¡Insensato! No es que me ame... ¡me adora!

—¡Sí, mentís, mentís!... Blanca me amaba á mí... me ama siempre... á mí, sólo á mí...

—Salid,—gritó Riccioli con voz ronca.—Mañana, al rayar el alba, estaré en la playa de Patras. Primero, con vos.

—No deseo otra cosa... Conmigo, sí... ¡os aguardo, Riccioli! ¡Con qué placer os he de arrancar la vida!

—No faltaré, Falconieri... ¡Con qué placer os he de mandar á los infiernos!

VI

El enamorado joven volvíase á bordo de la *Galera Negra* donde estaba esperando don Rodrigo.

El corsario y el fraile renegado se encerraron en la cámara del primero.

—¿Le habéis visto?—exclamó el Máscara.

—Sí. Se niega. Mañana, al amanecer, se hallará en la playa esperándome. Yo soy el primero en batirme.

—¿Vos?

—Sí. Tengo ese derecho. He desmentido á Riccioli.

—Pésame por cierto... Le mataréis.

—Eso pienso. Después...

—Lo convenido. ¿Nada ha querido decir?

—Nada.

—Pero la encontraremos, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Aunque deba caer de nuevo en poder de los piratas la buscaré...

—La buscaremos.

—Estad seguro de que habremos de encontrarla.

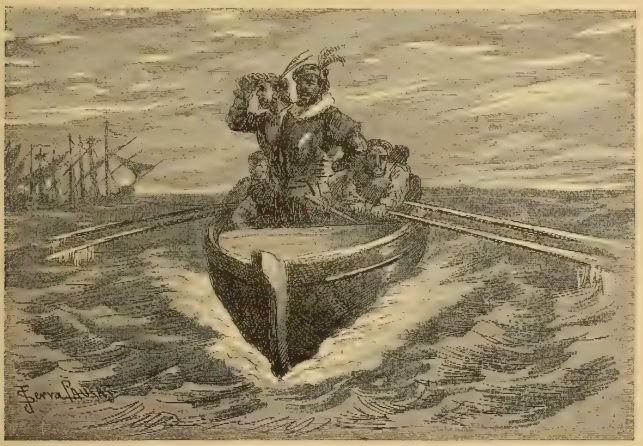
—Estoy resuelto á ello...

—¡Qué desgracia la mia!... A punto estaba ya de arrebatar á Blanca del poder de ese hombre cuando una villana traición me hizo malograrlo todo.

—Unidos conseguiremos mejor nuestro propósito; mas ¿qué imprudencia fué esa que decís?

—Luégo que me hube convencido de que Blanca había sido sacada de Villa-Mora por la Michelotta, supuse que haría por mar todo el viaje hasta Urcino y fleté un barco para ir en seguimiento suyo. No tardé en adquirir, sin embargo, nuevas cuanto funestas noticias sobre ella; habíamos doblado el cabo Spartivento é íbamos á entrar en el estrecho de Mesina, cuando vimos flotar un cuerpo humano que parecía seguir nuestro barco... Izámosle á bordo y reconocí en él á uno

de vuestros oficiales... Estaba medio ahogado; asistímosle y logramos por fin que volviera en sí... El infeliz estaba herido y había permanecido dos días sosteniéndose sobre un trozo de entena, hasta que al vernos aparecer dióse á nadar tras de nuestra nave, esperando alcanzarnos para que le recogiéramos. Ya reanimado, diónos cuenta de que la *Rápida* había sido atacada por un galeón de Hamet, el feroz corsario albanés y que después de haber pasado á degüello á casi toda la



Embarcóse con Roberto en un leño donde pasaron la noche.

tripulación habíanse llevado cautivas á Blanca y Michelotta, pudiendo él, por fortuna, librarse á nado de la triste suerte de morir ó ser vendido como esclavo. No por eso desistí de ir en busca de Blanca; pasamos el estrecho y preguntando á los barcos que encontrábamos, supe que el galeón de Hamet hacía rumbo al N. Era probable se dirigiese á Liorna y guiado por esta idea á Liorna fuí también. El galeón había estado allí, pero zarpando al momento... A fuerza de oro me procuré nuevas noticias... Supe que el armauta había tomado el camino de Pisa, llevando consigo á una mujer... Disponíame á partir cuando el marino sardo, que me había dado los informes, invitóme á compartir con él la

cena... Reconocido á las confidencias que me había hecho, fuí á bordo de su gabarra. ¡Nunca lo intentara! Maniatáronme así que puse los piés á bordo y dijéronme que me iban á llevar á Venecia... No pudieron lograr, sin embargo, su intento los traidores, pues, una noche, cayendo sobre nosotros una galera turca, nos hizo á todos prisioneros. Fuí vendido como esclavo en Alejandría, y amarrado al remo de una galera pasé cuatro meses de horribles sufrimientos. Después... he sabido lo que acabáis de decirme... que Riccioli se apoderó de Blanca.. y la tiene en su poder. Sin la traición de los sardos hubiera yo llegado antes que él...

—Mañana nos batiremos con Riccioli... Muerto él, trataremos de encontrarla... y la encontraremos. Para entonces queda aplazado nuestro duelo.

—Y entretanto, respetemos fiel y lealmente la convenida tregua.

El Máscara dió orden á Montanchez de que partiera con la galera y le esperara al N. de la isla de Dioki, la más septentrional de las Curzolari; despidióse de Cósima y embarcóse con Roberto en un leño donde pasaron la noche.

VII

Mientras esto ocurría en la cámara del capitán de la *Galera Negra*, paseábase Riccioli con la mayor agitación por el alcázar de su barco.

—Al teniente Branzanti, que se presente enseguida,—exclamó dirigiéndose á un ordenanza.

Momentos después apareció un joven y gallardo marino que saludó marcialmente á Riccioli.

—Teniente,—dijo Riccioli,—creo poder confiar en vuestra ciega obediencia y en vuestra lealtad acrisolada.

—No debiais creerlo sino estar seguro de una y otra.

—Seguro estoy, y por lo mismo no vacilo en confiaros un encargo de importancia tal que no hay otra cosa que sea más importante para mí.

—Señor, mandadme cuanto querais.

—Esta misma noche vais á partir de aquí; os daré un nombramiento alegando que vais en comisión del servicio, pero no será así... Se trata solamente de cosas particulares mias...

—Tendré á mucho honor poder seros útil en lo que de mí dependa.

—Partiréis, pues, para Florencia y os encaminaréis á la quinta de Diana, inmediata á la del noble Pietro Corsini. Pediréis por madona Blanca y la diréis que vais de mi parte á esperarme allí. Os daré una carta que así lo acreditará. Vigilad día y noche, y antes que consentir que Blanca caiga en poder de quien intentase arrebatarla, matadla. Os envio especialmente para esto. Sed su defensor, y en último caso...

—Os juro, señor, que obedeceré fielmente.

—Podría ser que mi ausencia se prolongase mucho... que no volviese ya á veros más, quizás...

—¡Señor! ¡Imposible!

—No; cabe muy bien que suceda lo que os digo. Si pasado un mes de hallaros en Villa-Diana no recibis noticias mias, señal de que habré muerto... Entregaréis entonces á Blanca un pliego que os daré con la carta.

—Está bien, señor.

—Os encargo sobre todo que no perdáis de vista ni un momento á madona. Dormiréis atravesado ante su puerta... Mirad que hay quienes cuentan con poderosos medios y no pararán hasta descubrir donde se esconde mi tesoro...

—Os juro que podrán robarla muerta, que no viva.

—Gracias, por vuestra lealtad, Branzanti. Diréis á Blanca que os indique cual es mi dormitorio; veréis en él un cofre de hierro con incrustaciones de oro; apretad el quinto y noveno clavos de los que guarnecen el zócalo y quedará abierto. Allí encontraréis cuanto dinero hayais de menester.

—Así lo haré, señor.

—Vigilad, vigilad, Branzanti. En la casa hay perros; soltadlos por los jardines. Mandad preparar trampas de lobo al rededor del palacio. Cerrad bien... Que no se permita á nadie, absolutamente á nadie, la

entrada... Que no salga Blanca ni por un momento del interior, ni se deje ver en ninguna ventana... Hay tres criados... Son fieles á toda prueba... Uno de ellos, negro, es sordo-mudo; tratadle bien; es el único que puede salir de la casa. Los otros dos son viejos, y se dejarían matar antes que venderme. Os daréis á reconocer mediante esta sortija... para que os obedezcan ciegamente.

Y, diciendo esto, entregó Riccioli á Branzanti un anillo de ópalo, que el joven teniente colocó enseguida en uno de sus dedos.

—¡Vigilad, vigilad, teniente!...

—Os lo juro, señor.

—Pasado un mes, ó estaré yo allí, ó estaré ya en el otro mundo. Entregaréis entonces el pliego á Blanca y no la abandonaréis hasta que quede cumplido lo que en él prevengo.

—Así lo haré, señor.

—Y ahora, teniente... abrazadme... Tengo en vos la confianza, no de un amigo, sino cual si se tratara de un hijo mío... Estoy enterado de todo... ¿entendéis?... y os pido me perdonaréis si os privo de volver á Venecia con la prontitud que, sin duda, desearíais vos... y desearía otra persona... Sólo vos podéis encargaros, sin embargo, de la misión que os confío...

—¡Señor, señor!... ¿Cómo corresponder yo á tanta bondad? Mi vida... mi honra misma es vuestra.

—Gracias, Branzanti... gracias... Esperad ahora un momento.

VIII

El comandante bajó á su cámara, escribió una carta, sacó de un cajón un pliego, cuidadosamente lacrado, y extendió luégo el nombramiento del teniente Branzanti, como enviado secreto á S. A., el gran duque de Toscana, después de lo cual volvió al alcázar donde le esperaba el oficial.

—Tomad,—exclamó Riccioli, alargándole los papeles.—Podéis partir ya enseguida. La chalupa os conducirá á un bajel de los que han formado en la retaguardia; os embarcaréis en él y os dejará en Rimini, según las instrucciones que tiene ya recibidas el capitán.

—Adiós, señor,—exclamó el teniente.—Descansad en mí como podríais hacerlo en vuestro más sumiso servidor.

—Adiós, Branzanti... Si la suerte quiere que podamos vernos de nuevo, conoceréis hasta dónde llega el cariño que os tengo y la gratitud de que os seré deudor.

Los dos hombres cambiaron un estrecho apretón de manos, y Branzanti se embarcó en la chalupa que estaba esperándole junto á la galera.

IX

Era media noche.

Riccioli, solo en el alcázar de popa, estaba entregado á las más tristes meditaciones.

—¡Morir ahora... ahora que todo me sonreía!—murmuraba —¡Maldito destino el mío! ¿De qué me ha servido cubrirme de gloria en la batalla, de qué me ha valido sobrevivir á la espantosa lucha donde han perecido veinte de mis bravos compañeros, si voy quizás ahora á perder miserablemente mi existencia en un oscuro duelo? ¡Qué desdicha! ¡qué desdicha encontrarme con esos hombres, mi eterna pesadilla, en el preciso momento en que me sonreía todo, en que iba yo á aparecer ante los ojos de Blanca con todo el prestigio del vencedor glorioso! ¡Ahora hubiera podido, quizás, vencer su resistencia, hacerla mi esposa y conducirla á Venecia como en triunfo, para que se humillaran ante ella las más excelsas hermosuras!... ¡Y tener que morir ahora... tener que abandonarlo todo!... ¡Maldito momento en que se le ocurrió á don Rodrigo venir á reunirse con nosotros!... ¡Maldito momento aquel en que vino á librarme de la gloriosa muerte que me esperaba cuando mi barco heróicamente peleaba contra las dos galeras turcas! ¡Creí que me socorría el infierno, cuando ví venir la negra nave en mi auxilio!... ¡Maldito corsario!... ¡Maldito fraile, réprobo, sacrílego!... Cuando me despedí de Blanca, no pensaba yo, ciertamente, que el fraile condenado pudiese surgir de nuevo en mi presencia, ni que el Máscara persistiese en su obstinado empeño... Sabía yo que frá Ridolfo,

fugitivo de mi gabarra sarda, había debido caer, juntamente con los otros, prisionero de los turcos, y que el Máscara andaba como enamoricado de la dulce Cósima... De nuevo los tengo, sin embargo, ante mí, dispuestos á no cejar... retándome, para dentro algunas horas, á mortal combate...

En aquel momento, interrumpiendo las tristes reflexiones, entró en la cámara un oficial, que, saludando al comandante, exclamó:

—Su Alteza Serenísima manda os presentéis enseguida á bordo de la capitana.

Palideció Riccioli, y contestó:

—Decidle á su Alteza que no me encuentro en disposición de salir... Me siento muy mal... Estoy enfermo...

—Su Alteza vendrá, en tal caso, á veros.

—No... no... Ya os sigo... Vamos...

X

El oficial, extrañado de la primitiva resistencia de Riccioli á presentarse á D. Juan de Austria, no sabía qué pensar; pero guardóse de hacer la menor observación.

Embarcáronse los dos en la chalupa en que había venido el portador de la orden, y al poco rato estaban á estribor de la capitana.

Riccioli fué introducido al momento en presencia del ilustre bastardo de Cárlos V, cuya juventud contrastaba singularmente con la profunda inteligencia que brillaba en su serena frente.

Era un joven pálido, de negros cabellos y barba ligeramente rojiza; de pequeña estatura y delicado cuerpo; pero, con ser así, encerraba un corazón de intrépido soldado.

—A vuestros piés, señor,—exclamó Riccioli, disponiéndose á arrodillarse.

—Alzad, alzad, comandante,—replicó don Juan.—No es esta la posición que cuadra á los bravos como vos.

—Gracias, señor,—respondió Riccioli.

—Me he enterado, con singular complacencia, del brillante papel

que habéis desempeñado en la batalla, y os propongo á S. M. el rey, mi augusto hermano y señor, para que os conceda la merecida recompensa.

—Vuestros elogios son para mí sobrado galardón, señor.

—No, no... Os habéis distinguido mucho, señor comandante, y esto ha hecho que os eligiera, con preferencia á otro, para llevar á cabo una empresa que pienso ha de producir los mejores resultados en bien de nuestra causa.

—Señor... creed que no me considero digno de tal distinción, ademas de que me siento algo enfermo...

—Vuestra modestia no hace mas que realzar el mérito que os reconocen todos; oid, pues. Vais ahora mismo á poneros al frente de una escuadrilla compuesta de una galeaza y cuatro galeras, y os dirigiréis á la isla de San Mauro, rompiendo enseguida el fuego contra el castillo, hasta arrasarlo. Conviene obrar sin la menor dilación, antes de que el enemigo pueda rehacerse; presentándose cuando estén todavía bajo la impresión de la derrota, será menos ardorosa la defensa y podréis llevar á cabo con más facilidad la empresa que encomiendo á vuestro valor y pericia. Ahí tenéis vuestro despacho de comandante general de la escuadrilla.

Y diciendo esto, alargóle don Juan un rollo, del cual pendía un voluminoso sello.

—Creed, señor, que me honra en extremo vuestra confianza,—replicó Riccioli;—pero, permitidme que os asegure que, en este momento...

—Basta, comandante; no admito excusa. Cumplid mis órdenes, y evitadme con ello el triste deber de mandaros al Consejo de guerra.

—Señor, parto al momento,—exclamó Riccioli,—y tened por seguro que si no salgo en bien de la empresa que os habéis dignado confiarme, no será por falta de valor ni de voluntad, sino porque así lo habrá querido la adversa suerte.

Riccioli se inclinó, para besar las manos á don Juan,—unas manos que hubiera envidiado una patricia,—pero no lo permitió éste, sino que, cogiéndole la suya, la estrechó afectuosamente, diciéndole;

—Téngaos Dios en su guarda, comandante. Confío en vos y sé que cumpliréis mejor aún de lo que espero. Id enseguida á encargaros del mando de la *Roccaforte,* y mandad aviso á las cuatro galeras que se expresan en el despacho.

XI

Riccioli se retiró, rendido bajo el peso de su desesperación.

¿Qué dirían don Rodrigo y Roberto Falconieri, al ver que no comparecía en el campo del honor?

Y no era posible, en manera alguna, que compareciese; si no aceptaba el mando que don Juan le había conferido, esperábale la detención inmediata, para ir luégo al Consejo de guerra.

Esto iba pensando, mientras un bote de la capitana le conducía á bordo de la *Roccaforte*, testigo un día de su derrota por el Máscara de bronce.

Riccioli tomó posesión enseguida del mando de la galeaza, y expidió las órdenes para las cuatro galeras que debían reunírsele, señalándolas por punto de reunión las islas Curzolari.

Luégo escribió una carta para el capitán de la *Galera Negra*, haciendo presente el obstáculo que se oponía á efectuar el duelo á la hora y sitio convenidos, y citando á don Rodrigo y á Roberto Falconieri para después de terminada la expedición, diciéndoles que siempre les sería posible saber el paradero del comandante de la *Roccaforte*.

—Haced llegar estos pliegos y esta carta a su destino, enseguida,— dijo al ayudante á quien dió el encargo.

Media hora después estaba de vuelta dicho oficial, que manifestó haber podido cumplir solamente, en parte, lo ordenado, pues la *Galera Negra* había abandonado el fondeadero de Oxia á media noche.

XII

La nueva pareció haber producido en el ánimo de Riccioli la más viva contrariedad, y sin embargo, no era suya la culpa si no podía ve-

rificarse el duelo en el lugar y hora convenidos. Podía apelar á testigos que declararían haber hecho cuanto estaba en su mano para renunciar el mando que se le había conferido, y que había buscado enseguida al capitán de la *Galera Negra* para participarle el inesperado suceso. Nadie podía tacharle de cobarde; sin embargo, Riccioli hubiera preferido acabar de una vez, que no permanecer siempre bajo la amenaza de aquellos hombres.

De pronto oyóse el redoble de un atabal en la batería; aquel rumor hizo estremecer á Riccioli sacándole de sus dolorosas meditaciones.

Tal situación era insoportable; en vez de una lucha franca, decisiva y corta, encontrábase con un eterno conflicto, con una hostilidad incesante; cuando más seguro podía creerse de estar libre de todo nuevo ataque presentábase otra vez implacable enemigo.

La muerte llegaba á parecerle preferible que no aquella falsa posición en que venía encontrándose siempre.

Mediaba además ahora no solo el sentimiento de la rivalidad encarnizada, el odio personal, sino el temor de que no fuesen á arrebatarle á Blanca, y quería la muerte de don Rodrigo y de Roberto, no solo por ser sus enemigos sino por considerarles como los perseguidores de su ventura, como los obstinados raptores de su bien amada.

Y llegaba á odiarles Riccioli más por sus intenciones en lo futuro, que por los agravios que de ellos tenía recibidos. Representábansele uno y otro como si fueran los genios del mal, fantasmas que atentaban de continuo á su felicidad y que aún cuando parecian favorecerle, como había sucedido en Lepanto, resultaba ofensivo en socorro.

De pronto oyóse el redoble de un atabal en la batería; aquel rumor hizo estremecer á Riccioli sacándole de sus dolorosas meditaciones.

—¡Ea!—murmuró.—Olvidemos estos cuidados que sólo á mi interesan... Soy ahora almirante...

Subió á cubierta.

Distinguíanse ya las islas Curzolari; punto designado para concentrarse la escuadrilla.

La luna en su menguante brillaba tristemente en el cielo, derramando una opaca claridad.

La *Roccaforte* fondeó entre dos islas y esperó.

Sucesivamente fueron llegando las galeras, presentándose enseguida los comandantes á bordo de la galeaza.

Celebróse un breve consejo y á la media hora poníase la escuadrilla en movimiento.

La *Roccaforte* iba al frente de la expedición.

XIII

Amaneció el día, triste y lluvioso. Contrastando con la temperatura celiginosa y la suave brisa de la víspera habíase desencadenado un fuerte viento, propio de la otoñada.

Las olas se habían encrespado, y las galeras avanzaban combatidas por la mar de proa.

La gente, fatigada de la víspera, murmuraba, y cumplíanse las maniobras con dificultad.

No se inauguraba con buenos auspicios la expedición.

Todo el día se vieron las naves combatidas por los embates del temporal, sin que pudieran acercarse á San Mauro.

La noche fué más terrible todavía, pasándola en vela las tripulaciones.

Reunióse de nuevo el consejo y se acordó mantenerse á la capa en alta mar por el riesgo que había de estrellarse si se acercaban á la costa.

Riccioli, sombrío y desesperado, paseábase con agitación por el alcázar, mostrando á cada momento su impaciencia.

Por fin, al mediodía clareó un poco y dió orden de avanzar.

Las cinco naves llegaron á la vista de San Mauro, en cuyo castillo, que dominaba una gran extensión del mar, flotaba la roja bandera de la media luna.

La *Roccaforte* rompió el fuego con sus obuses, contestando vigorosamente la artillería del fuerte.

Las demás galeras secundaban á la capitana, pero con evidente desmayo, lo cual notó Riccioli, aunque sin dirigir ninguna observación á los comandantes.

De pronto exclamó Riccioli:

—¡Alto el fuego! A tierra la gente.

En un momento estuvieron echadas al agua varias chalupas en las cuales embarcaron doscientos hombres de la *Roccaforte*, en su mayoría libertados el día antes de la esclavitud de las galeras turcas.

Ya formada la gente, mandó transportar á tierra cuatro bombardas con abundantes municiones, así como algunos tablones, hecho lo cual dejó encargado del mando de la galera á uno de los tenientes, quedando para la guarnición de la nave únicamente los achacosos ó débiles.

Desde las galeras miraban con estupor aquel inesperado desembarco, aunque ningún comandante osaba hacer nada en vista de no haber recibido orden alguna.

Pronto el castillo situado en lo alto de un promontorio, rompió un nutridísimo fuego de artillería contra la columnita que trepaba rapidamente por la senda encajonada entre rocas que conducía al fuerte.

Riccioli, al frente de la expedición, parecía no oir las balas de piedra que silbaban con rumor horrible, ni darse cuenta de que iba á intentar una empresa temeraria. Algunos soldados habían caído heridos y dos habían muerto.

A medio tiro de cañón del fuerte había una esplanadilla; allí mandó

Riccioli hacer alto; levantáronse trincheras formadas con sacos rellenos de la tierra que se fué sacando, emplazáronse las bombardas y los sitiadores contestaron con no menos decisión al fuego que les hacian los sitiados.

Al caer la tarde, los turcos, en gran número, hicieron una salida, lanzándose sobre los parapetos, pero el fuego de mosquetería que hacian los marineros de la *Roccaforte* les contuvo, causándoles numerosas bajas.

El castillo... rompió un nutridísimo fuego de artillería contra la columnita...

Riccioli habia cuidado que con la tierra que se habia sacado quedara un profundo foso detrás de las trincheras, en la encajonada senda que conducia á la playa, y para salvarlo estaban atravesados los tablones que se habían embarcado.

Los sitiadores, convertidos de pronto en sitiados, parecían no comprender el objeto de Riccioli, quién, por su parte, aparentaba la mayor tranquilidad.

Al anochecer dió orden de que la mitad de la gente y los heridos se retiraran á la otra parte del foso, con las bombardas, mientras lo cual cincuenta hombres proseguían con más vigor que nunca el fuego de mosquetería.

La cuarta parte restante entregábase, entretanto, á un trabajo extraño y misterioso, bajo la dirección de Riccioli.

Estaban practicando una mina, género de destrucción perfeccionado á principios de aquel siglo por el ilustre cuanto desgraciado ingeniero español Pedro Navarro.

Los turcos, visto que había cesado el fuego de las bombardas, ibán acercándose más y más, si bien el efecto de los mosquetes les imponia harto respeto por lo certeramente dirigido.

A las dos horas estaba terminada la mina. Era ya noche oscura. Riccioli dió orden de que la gente que estaba á la otra parte del foso con las bombardas, bajara á la playa y se embarcase.

La pólvora destinada á servir para los disparos de las bombardas, empleóse en cargar la mina.

Los minadores recibieron orden de seguir á los que bajaban á embarcarse, y Riccioli quedó en las trincheras con los cincuenta tiradores.

Sucesivamente fué enviando también á estos á la playa hasta no quedar detrás de los parapetos más que veinte hombres.

Antes de retirarse con estos últimos dejó sobre la trinchera un centenar de cartuchos fuertemente apretados y provistos de mechas de diferentes longitudes, para que estallaran, con lo cual parecía que no cesaba el fuego.

Los dos muertos fueron abandonados, dejándoles en el lugar más visible.

Los tablones, por cuyo medio se atravesaba el foso, fueron arrojados á éste cuando lo hubo franqueado Riccioli que iba el último.

Ya estaba embarcada toda la gente cuando llegaron Riccioli y los veinte tiradores, que lo hicieron prestamente, haciéndose al momento á la mar todas las chalupas.

Oíase allá arriba grande vocerío; algunos turcos habian penetrado en las trincheras y exhalaban gritos de furor al verlas abandonadas y que los cristianos se habían puesto en salvo.

Los primeros que trataron de ir en la persecución de los retirados cayeron al foso, lo cual contuvo á los que iban siguiéndoles.

No pudiendo vengarse en los desaparecidos cristianos, parecía que

los turcos gozaran cebándose en los dos cadáveres, que mutilaron horrorosamente, disputándose el bárbaro placer de llegar á ellos para destrozarlos.

De cada vez iba acudiendo mayor número de enemigos, que desahogaban su furia compitiendo con los instintos de los chacales del desierto.

La gritería era horrorosa. Dos genizaros llevaban al extremo de sus lanzas las cabezas de los dos desdichados marineros.

De pronto estremecióse el suelo y resonó un espantoso estruendo; había reventado la mina cuando las chalupas se hallaban á mitad del camino para llegar á la *Roccaforte*.

La furiosa explosión produjo la voladura de todo el espacio comprendido entre los cuatro parapetos, formando como el crater de un volcán.

Los que no habían volado por los aires habían caído en el horrible hoyo ó exhalaban por tierra lastimeros ayes en la oscuridad.

Fué un momento; la llamarada duró lo que el fulgor de un relámpago, pero el efecto había sido aterrador.

Muchos fugitivos, buscando una salida, habían caído al foso, mientras que otros, en alas del pánico que se había apoderado de ellos, huían hacia el fuerte, y encontrando levantado el puente arrojábanse por las peñas al mar.

Todos los que habían quedado ilesos habían huido del lugar de la catástrofe temerosos de una nueva explosión, y se habían diseminado por las alturas inmediatas al fuerte, llamándose, marchando y contramarchando, sin que los de dentro se atrevieran á darles entrada temerosos de que con ellos no lo hicieran también los cristianos.

Por fin, al amanecer el nuevo día, púdose comprender la magnitud de la catástrofe; de los quinientos hombres que se habían hallado en la salida, solo la mitad se presentaron en el fuerte.

XIV

Riccioli mostróse satisfecho de su obra, tanto más en cuanto había

realizado su atrevido golpe sin contar para nada con la cooperación de los comandantes que estaban á sus órdenes.

Habia reducido á la mitad la guarnición del fuerte, desmoralizándola, además, con el efecto moral producido por la explosión.

Ideaba el noble veneciano verificar aquel dia un desembarco general, reuniendo para el ataque las dotaciones de todas las galeras, cuando se vió obligado á desistir de tal idea por el deshecho temporal que de pronto se desencadenó, mucho más violento que los anteriores.

—El cordonazo de San Francisco hace de las suyas, — decian los marineros.

Las galeras hubieron de hacerse á la mar, temerosos los jefes de que con la fuerza del viento se fueran los barcos á estrellarse contra la costa.

Habia que abandonar la empresa tan felizmente comenzada, y dolíale esto en el alma á Riccioli, que en su buen juicio comprendia que la victoria de Lepanto iba á resultar estéril de todo punto sino se completaba con nuevos é incesantes golpes al poderío turco.

La pérdida de la escuadra significaba poco; habia que anonadarle también en su mismo territorio.

La Turquía era bastante poderosa para rehacerse en breve, y contaba, además, con el genio de Uchalí, el mejor almirante que tenía, el que habia logrado retirarse indemne de Lepanto, verdadero genio del mar, muy superior al bravo Alí, que habia mandado en jefe en la batalla, sucumbiendo gloriosamente, pero que no reunía las condiciones de experimentado marino y sagacísimo táctico que el renegado católico.

Por esto se mostraba contrariadísimo Riccioli... Conocía el modo de pensar de los venecianos y temía que en último resultado, si el turco no quedaba exterminado enteramente, no acabara todo en alguna diplomática transacción, lo cual habria de motivar naturalmente el desprecio con que los españoles mirarían á sus aliados, nunca muy sinceros amigos suyos, que no cesaban de decir, con razón sobrada, que Venecia habia tardado demasiado en decidirse á hacer la guerra y que habían quedado sobrado remisos en su envío de socorros á Chipre.

Había, por lo mismo, Riccioli tomado con empeño dejar enteramente terminada la empresa que le había confiado D. Juan de Austria, por quien sentía, como cuantos le habían tratado, irresistible inclinación.

Pareciale destinado aquel joven á realizar las más altas empresas, á cambiar quizás la faz de las cosas de aquel Oriente tan trastornado por la invasión turca, que había trocado el antiguo foco de la civilización greco-romana en bárbara guarida de incultos asiáticos. Pena y sonrojo daba, en efecto, considerar que el brutal otomano hollara con su planta el sagrado suelo de la Hélada, que profanara el recinto de la refinada corte de Bizancio, que el sabio Egipto estuviese convertido en una sultanía, y que las naves de los Osmanlies y los reyezuelos de Berbería se atrevieran á pasear sus estandartes por el Mediterráneo, ese lago latino. ¿Por qué no había de surgir un gran príncipe cristiano que acabara con aquella afrenta y transformara en una gran monarquía católica lo que era ahora una vasta usurpación de las incultas hordas turcomanas?

XV

Un accidente que no era de preveer cambió por completo los propósitos de Riccioli: tal fué la carencia de víveres que empezó á notarse á bordo. Contábase con que vendría algún bastimento á traérselos ó bien que podría procurárselos en la costa, pero el temporal impidió uno y otro recurso.

Fué preciso abandonar el sitio del castillo de San Mauro y regresar á Lepanto, donde estaba el grueso de la escuadra. El honor de Riccioli quedaba á salvo de todas maneras. La escuadrilla volvería á San Mauro así que estuviese abastecida, en la confianza de que se apoderaría rápidamente del castillo.

Los barcos iban á la desbandada, luchando con el embravecido mar; los remeros, fatigados, cumplían flojamente su tarea, tanto más en cuanto eran ahora libres y no tenían que temer al látigo del cómitre otomano.

Era ya de noche cuando la *Roccaforte* costeaba la isla de Teakis ó sea la antigua Itaca, donde en remotos tiempos había ejercido la realeza el prudente Ulises; rey bien modesto, ciertamente, que con tan corto territorio se había contentado. Riccioli esperaba poder llegar á Lepanto al rayar el alba, y olvidado de su cargo de almirante habíanle asaltado de nuevo crueles angustias respecto de su duelo...

Hubiera deseado encontrar en su camino la *Galera Negra* y, de ser así, batirse allí mismo... El lance pendiente era una pesadilla que le atormentaba y de la cual deseaba librarse cuanto antes. Desde que era tan dichoso, desde que había conseguido conocer los más refinados deleites de la felicidad humana, aborrecía más que nunca al Máscara, á Roberto, á cuantos querían quitársela; estaba celoso de Blanca y celoso también de aquella bienaventurada existencia de que gozaba á su lado. Para él disputarle la posesión de aquella mujer, era atentar á lo que constituía el manantial de su ventura, el fondo de su existencia. ¿Cómo podría vivir si le quitaban á Blanca? Y aborrecía al que tal pensara como si se tratara de un ladrón de su fortuna y no de un rival, de un competidor amoroso.

De pronto turbó el espacio un horroroso estallido, seguido de un crujido formidable, y la galera se hundió en el mar con sordo estruendo, levantando olas de espuma.

Los turcos habían colocado varios brulotes á lo largo del canal, entre Cefalonia y Grecia, explotando uno de ellos al chocar contra el espolón de la *Roccaforte*.

Muchos de los náufragos perecieron sepultados en las olas; otros trataron de ganar á nado la costa de la isla, y los que no tuvieron fuerzas para tanto agarráronse á los restos que flotaban y allí se sostuvieron esperando auxilio.

En medio de la oscuridad oíanse desesperadas voces en demanda de socorro. Muchos de ellos llamaban á gritos á Riccioli, pero no se oyó que éste respondiese.

Al rayar el alba las cuatro galeras que venían detrás de la capitana dieron auxilio á los que sobrevivían agarrados á las tablas y maderas en que habían logrado sostenerse. Buscóse el cuerpo del almirante, pero no pudo darse con él.

CAPÍTULO XIV

En Volterra

Don Rodrigo de Toledo y Roberto Falconieri hallábanse en la playa de Patras desde antes de salir el sol.

La ciudad se elevaba, en forma de anfiteatro, en una colina poblada de naranjos y limoneros, sobre cuyo verdor resaltaban los esbeltos minaretes de las mezquitas turcas.

En la opuesta orilla, donde se asentaba Lepanto, veíanse nada más que áridos roquerales, y á Poniente, en la embocadura del golfo, se distinguían las islas Curzolari, entre las cuales seguía fondeada la escuadra cristiana.

La *Galera Negra*, separada del grueso de la flota, meciase á dos millas al N. de Diski.

—No viene nadie,—exclamó Roberto Falconieri, así que el sol apareció con amortiguada claridad por Oriente.

—Esperemos,—contestó el Máscara.—La mar está gruesa hoy, y cualquier embarcación que se dirija hacia aquí tendrá que luchar con ese fuerte levante que ha saltado.

Pasó media hora.

—¡No viene!—repitió Roberto.

—Esperemos algún tiempo todavía,—replicó de nuevo don Rodrigo.—Puede que haya tenido que tomar alguna disposición sobre su galera.

Esperó Roberto otra media hora, y repuso:

—Esperemos aún... una hora...
—No; Riccioli no vendrá. ¡Ha tenido miedo!

—¡No vendrá ya! Hay que ir á buscarle á bordo de su barco y decirle que ha faltado á la palabra.

—Esperemos aún... una hora...

—No; Riccioli no vendrá. ¡Ha tenido miedo!

—¡Imposible!

—¡Oh, sí! Creed que ha sido eso... ¡miedo! Los cobardes como él no pueden hacer otra cosa.

—Haced lo que os plazca, entonces.

—¡A bordo! A decirle en presencia de su gente que es un caballero sin palabra, que se ha visto desmentido por mí y no ha tenido corazón para acudir al terreno del honor.

II

Embarcáronse los dos hombres en la chalupa, y bogaron hacia la isla de Oxia, en la cual había fondeado la flota veneciana.

—No está la galera de Riccioli,—dijo el Máscara, dirigiendo una rápida mirada á la escuadra.

—Es verdad,—contestó Roberto.

—Faltan cinco naves. No está, tampoco, la *Roccaforte*.

—¿Qué habrá sucedido, pues?

—Preguntémoslo.

Acertaba á pasar entonces un bote tocando casi á la chalupa, y dijo el Máscara á los que iban en el leño:

—¿Podréis decirnos, señores, dónde hallaríamos al comandante Riccioli?

—Difícil será ya que lo alcancéis,—contestó el marinero que se hallaba al timón del botecillo.

—¿Por qué no hemos de encontrarle?—replicó á esto Falconieri.

—Porque ha salido esta noche, con cinco velas, con rumbo al Norte.

—Gracias amigos.—respondió el Máscara. Y volviéndose á Roberto, exclamó: —Ya veis; no ha venido por tener que obedecer órdenes superiores.

—Podía habernos dado una explicación.

—De fijo que lo habrá hecho; pero mi barco estaba fondeado donde no sabía él. Habrá que esperar su regreso.

—Esperaremos, pues.

Y los dos hombres regresaron á Dioki, en cuya rada estaba anclada la *Galera Negra*.

III

No dejaban cada día de ir á tomar informes, don Rodrigo y Roberto, del paradero de Riccioli, consiguiendo saber, por fin, que D. Juan

de Austria le había mandado á sitiar y destruir el castillo de San Mauro, hasta que una mañana, viendo desembocar las cuatro galeras que habían ido con la *Roccaforte*, se apresuraron á presentarse á bordo de una de ellas, donde les enteraron de la pérdida de la galeaza, con la no menos lamentable desaparición de Riccioli.

—No debemos, pues, esperar más,—exclamó Roberto.—¿Quién sabe si esto habrá sido una estratagema suya para librarse de combatir con nosotros?... Hay que ponerse en seguida en busca de Blanca.

—Pensad, Roberto, que todavía no ha terminado nuestra misión al lado de nuestros valientes hermanos cristianos...

—Es inútil permanecer por más tiempo aquí, creedme. Todo se acabó.

—¡Imposible!... Ved cómo D. Juan de Austria prosigue la obra tan gloriosamente comenzada el día 7... La misión que llevó Riccioli fué la de batir el castillo de San Mauro, mientras que el ilustre general se dispone á hacer lo mismo con la fortaleza de Lepanto...

—No dudo que sean esas sus intenciones, pero va aumentando de cada día más la desconfianza entre los aliados, y los únicos venecianos y españoles que obran hoy de acuerdo y están dispuestos á obrar lealmente son, ¿quién lo diría? dos mortales enemigos, reunidos por un momento en una común aspiración... ¡Vos y yo!

—¿Os parece?

—No digo que me parezca, sino que lo afirmo. No perdamos, pues, más tiempo. Hemos cumplido yo como buen italiano, vos como buen español; ya no tenemos nada más que hacer. No dudo que las escuadras tendrán que retirarse pronto para pasar la invernada en seguros fondeaderos; mientras tanto, os lo repito, no esperéis que ocurra nada.

—Pero esa gran victoria que hemos alcanzado...

—Gran victoria, tenéis razón, pero que resultará enteramente infructuosa.

—Me dejáis desconsolado con vuestros presentimientos...

—No son presentimientos; es la verdad. Unos á otros se miran de reojo los confederados, y quién sabe si más aún que el propio almirante Sebastián Veniero no desconfía del señor D. Juan de Austria su propio

hermano... Veremos qué dirá cuando llegue á sus oídos la nueva de la gloriosisima victoria...

—Vuestras palabras me hielan el corazón, Roberto.

—Son el amargo fruto de la experiencia que tengo de los hombres... Nada es más triste ni desconsolador que una verdad que viene á disipar las risueñas ilusiones engendradas por el noble propio modo de sentir... Ya visteis que nunca se ha procedido aquí con franca decisión y desinteresadas miras... Recordad cuánto tardó la flota española en aparecer en Mesina; cuántas dilaciones luégo para salir en busca de la armada turquesca; los malos términos en que ya desde un principio se mostraron los superiores... Nada tiene de extraño que los recelos se hayan agrandado de cada vez más... Y luégo D. Juan de Austria es vigilado con incesante prevención... Todos temen de él...

—¿Quién mas que don Juan merece ceñir una corona?

—Por lo mismo se le espía y no se le pierde de vista ni un instante. Ya veis, pues, que todo se opone á que pueda realizar su propósito de obtener provecho de la batalla. Tened presente lo que os dije. Los venecianos se hallan quizás pactando ya á estas horas con el turco.

—¡No es posible!

—Mal conocéis la política de la Señoría; por extraño fenómeno síguese allí el mismo sistema que en la antigua Cartago; la fe veneciana es la fe púnica... No les gusta la guerra á los senadores ni que haya quienes se ilustren y ganen el favor del pueblo.

—Entonces, de indigna manera corresponden á lo que España ha hecho por ellos.

—Entended que jamás será posible la existencia de cordiales relaciones entre uno y otro Estado; Venecia no puede perdonar que Italia se vea reducida á no ser más que un agregado de provincias españolas, y teme que no llegue acaso un día en que caiga también bajo la dominación de los descendientes de Pedro III y de Fernando V... Dad, pues, por terminada la expedición en que hemos tomado voluntaria parte y acudamos á lo que nos interesa.

—¡Partiremos, Roberto, partiremos!—repuso con tristeza don Rodrigo.

IV

La *Galera Negra* se hizo á la vela para Urcino aquel mismo día, el 20 de Octubre. La flota española se hallaba en vísperas de retirarse á invernar en los puertos de Nápoles y Sicilia.

Así lo exigían la escasez de víveres y el gran número de heridos y enfermos amontonados en las galeras.

Si las operaciones hubiesen comenzado antes, no se habría visto sorprendida la armada católica con los rigores de la otoñada y hubiera podido continuarse la obra iniciada con la gloriosa victoria conseguida sobre la escuadra turca. Por fin, como si todo se conciliara para esterilizar el triunfo alcanzado por D. Juan de Austria, vino una orden de Felipe II, siempre suspicaz y envidioso de su hermano, para que la flota española se recogiera á Mesina, en vista de lo cual el 31 de Octubre abandonó la escuadra su fondeadero de las Curzolari para dirigirse al expresado punto.

Aquella inacción, después del triunfo, debía proporcionar á los turcos ocasión de poder rehacerse rápidamente.

V

Al costear la *Galera Negra* el litoral toscano, donde había llegado en breves días, gracias al favorable viento, manifestó don Rodrigo á Cósima que iba á dejarla por algún tiempo, quedando en el entretanto Montanchez encargado del mando de la nave, á lo cual ningún reparo opuso la joven, según sus hábitos de impasible obediencia.

El Máscara mandó botar al agua una chalupa y se embarcó únicamente con Roberto.

Cósima, desde lo alto del alcázar de popa, agitaba un pañuelo en señal de despedida, á lo cual contestó don Rodrigo poniéndose de pié y saludándola con efusión.

Bogaban los dos hombres con vigoroso empuje, y así no tardaron en perder de vista la *Galera Negra*, al paso que les aparecía de cada vez más cercana la tirrénica costa.

Esta vez no era en Liorna donde se proponían desembarcar; guardaba Roberto Falconieri hartos malos recuerdos de aquella plaza, y, por otra parte, deseaban ambos llegar cuanto antes á Florencia; así es que, sin curarse de lo malsano del terreno, abordaron en el puertecillo de Piombinoo, al Sur de Liorna, en la región llamada *La Maremna*, ó sea las Marismas, foco entonces de pestilencial humedad, después de haber sido la parte más populosa de Italia y el foco de la maravillosa civilización etrusca.

En el siglo XVI eran las Marismas una cenagosa llanura cubierta de bosques y matorrales, desierta y atestada de imponentes ruinas; el viajero que hoy visita aquella parte, la encuentra transformada en un verdadero jardín, triunfo debido á la constancia y habilidad de sus cultivadores.

Asiéntase Piombino sobre una roca, desde donde domina el reducido golfo á que da nombre.

VI

Los dos aventureros dejaron la chalupa al cuidado de unos pescadores que, á su llegada, estaban tirando las redes, y en cuyos semblantes veíase impresa la huella de las terribles calenturas engendradas por aquella atmósfera infestada.

Aquellas pobres gentes, que apenas habían visto en su vida otros rostros humanos que los suyos, parecieron quedar mudas de estupor al encontrarse con los dos arrogantes caballeros que acaban de saltar en tierra.

—¡Padre, padre, mira...—murmuraba un muchachuelo, señalando á don Rodrigo.—*L'uomo nero...*

Algunos marineros se santiguaron á su vez, y los menos confiados huyeron gritando:

—*¡Il diavolo! ¡Il diavolo! ¡Oh spavento!...*

La acogida no era tan cordial como les convenía hubiese sido á los dos aventureros, que deseaban mitigar un tanto el hambre y aliviar la sed que les atormentaban.

—¡Eh!—exclamó Roberto, tratando de tranquilizar á aquellos infelices.—Nada temáis... Somos mercaderes que vamos á Siena... Servidnos y se os pagará bien.

Aquellas palabras contuvieron el movimiento de retirada en que se habian declarado los más de los pescadores, los cuales se fueron acer-

—Acompañadnos a cualquier cabaña y dadnos de comer y de beber,—dijo don Rodrigo.

candó nuevamente, aunque no sin tomar las convenientes precauciones, para apartar de sí cualquiera siniestra *jettatura* que pudieran acarrearles los inesperados huéspedes; precauciones consistentes, sobre todo, en doblar los tres dedos medios y mantener extendidos el pulgar y el meñique, á modo de dos cuernos, sacudiendo la mano en dirección á tierra.

—Acompañadnos á cualquier cabaña y dadnos de comer y de beber,—dijo don Rodrigo.

Miráronse unos á otros los marineros, y, por fin, uno de ellos, más valiente que los otros, exclamó:

—Seguidme.

VII

El pobre pescador guió á sus huéspedes á una choza, construida

con antiquísimos sillares etruscos y cubierta con un techo de cañas.

No había allí mas que una sola pieza, sin más utensilios que un fogón y una olla de barro, ni más lecho que un montón de paja, por donde correteaban algunos pollos y gallinas que prorumpieron en agudos cacareos al verse turbados por la intempestiva visita de los recién llegados.

El marinero cogió los dos pollos que le vinieron primeramente á mano, con grandísimo susto por parte de sus madres y hermanitos, que se apresuraron á abandonar precipitadamente la choza.

En un momento estuvieron los pollos convertidos en animales implumes.

El marinero colocó la olla sobre el fogón, echó aceite y algunos primitivos condimentos, y cuando creyó llegado el caso puso á cocer los animalitos.

A la media hora estaba ya el guisado á punto.

Don Rodrigo y Roberto hicieron honor á la comida, consistente, además de los sabrosos volátiles, en un trozo de atún, hongos cocidos sobre las brasas y castañas.

No había vino en la casa, pero el huésped se encargó de procurarlo, y aunque resultó agrio, no fué por eso menos celebrado.

—Gracias por todo, patrón,—exclamó Roberto al despedirse.—Tomad eso, y que por muchos años podáis hacer tales obras de misericordia.

El pobre pescador alargó la mano temblando, y al mirar lo que en ella le había puesto Roberto, cayó como en una especie de estupor.

Al volver en sí, habían salido ya de la choza los dos huéspedes.

Una porción de marineros se precipitaron entonces dentro de la cabaña, como si quisieran convencerse de que al dueño no se lo habían llevado los diablos; pero su inquietud trocóse en maravilla al verle que estaba haciendo cabriolas, exclamando:

—¡Diez ducados! ¡Diez ducados!

Aquello acabó de convencer á los curiosos de que los desconocidos eran dos agentes del demonio, por más que hubiesen de convenir en que los diez ducados eran contantes, sonantes y corrientes.

VIII

Al caer de la tarde divisaban D. Rodrigo y Roberto los ciclópeos muros de Volterra, penetrando en la vieja ciudad etrusca así que cerró la noche.

Los viajeros buscaron un albergue que no fuese muy frecuentado, cosa que no fué difícil encontrar, puesto que todas las posadas se hallaban en igual caso.

Con todo, parecía más desierta que otra ninguna, la *Hostería de Hércules*, instalada en un antiguo caserón de ogival arquitectura.

Entraron el Máscara y su acompañante en la posada, y se hallaron en una sala gótica, fantásticamente alumbrada por una tea resinosa.

Roberto se quitó la gorra con plumas que llevaba, y apareció con la arrogante cabeza descubierta, mientras que don Rodrigo, con el fieltro derribado sobre el rostro, trataba de ocultar éste, cubierto por la máscara de bronce.

Los dos viajeros se sentaron á una mesa que allí había; llamaron, y apareció una joven, morenita graciosa, de gentil presencia.

—¿Qué se ofrece á los señores?—exclamó.

—Dadnos de cenar,—contestó Roberto,—y preparadnos un cuarto donde pasar la noche.

—Al momento, señores,—contestó la morenilla, cuyo nombre era Fioretta.

Los dos hombres, rendidos de cansancio y entregados á profundos pensamientos, permanecieron en silencio mientras les traían lo pedido.

Al cabo de un rato compareció de nuevo Fioretta á poner la mesa.

Era bonita por extremo, luciendo con ingenua coquetería las gruesas trenzas negras que caían á lo largo de su espalda hasta más allá de la cintura.

Sin duda la chocó que, á pesar de su lindeza, no la dijeran nada los gallardos caballeros, por cuanto en vez de continuar sonriendo como al presentarse en la sala, púsose seria y muy formal.

Conocíase que los huéspedes no venían de muy buen talante.

La niña desapareció y volvió á comparecer al poco rato trayendo la cena: perdices y una liebre.

Los dos forasteros comieron sin grande apetito, guardando siempre aquel maravilloso silencio que tanto había ofendido, al parecer, á la garrida doncella.

—Habéis comido bien poco,—exclamó Fioretta...—Bebed, á lo menos.

—Gracias,—replicó don Rodrigo, cuyo rostro apenas se veía, oculto bajo la ancha ala del fieltro, del cual pendía una larga pluma negra.

—¿No bebéis vino, pues, caballero?

—Sí bebo, pero no mucho.

—Vaya, un poco más... Aunque no sea más que este vaso... Espero no me lo rechazaréis.

Don Rodrigo tomó el vaso que le ofrecía la niña y lo apuró sin contestar.

—¿Y vos? ¿No bebéis tampoco?—dijo Fioretta dirigiéndose á Roberto.

—Demasiado he bebido ya,—repuso bruscamente Falconieri.

—Poco fuerte debéis tener la cabeza si llamáis beber demasiado á probar apenas un cortadillo de vino.

—¿Qué sabéis vos?—replicó Roberto.

No se intimidó la joven por la aspereza con que la había contestestado el huésped y replicó:

—He dicho lo que he dicho porque estoy acostumbrada á tratar con hombres de guerra, y todos beben mucho más que vos.

—Yo no soy hombre de guerra,—replicó Roberto.

—¿Qué no? Pasmada me dejáis. Cualquiera lo juraría al reparar en vuestro aire.

—Se engañaría, pues, quien tal pensara.

—¿Seríais, entonces, letrado, por acaso?

—Justamente. Letrado yo y mi compañero... mercader.

—¡Ah! Celebro mucho... Así no es extraño que no os guste tanto el vino como si fuéseis militares. Los ciudadanos pacíficos no tienen

necesidad de reparar tanto sus fuerzas como los que pasan su vida en los campos de batalla.

Roberto pareció sentirse picado de las palabras de la joven, y dijo alargando su vaso:

—Yo os enseñaré como un ciudadano pacífico es capaz de resistir todo el vino que puedan beberse diez capitanes de caballos. Echad aquí.

Fioretta escanció con la gentileza de una Hebe.

—Para vos,—dijo Roberto poniendo el vaso delante de don Rodrigo. —Ahora, para mí.

La mesonerita llenó otro vaso, que Roberto apuró al momento.

—Estaréis muy cansado,—repuso la joven.

—Algún tanto,—contestó Roberto.

—¿Venís de muy lejos?

—De Arezzo.

Fioretta llenó otra vez el vaso del huésped.

—Pues si venís de Arezzo,—repuso,—habréis pasado, sin duda alguna, por los peores caminos; venís perdidos de fango, y sin embargo, no ha llovido por aquí hace meses.

—Es verdad... Nos metimos por una acequia.

—¿Os pongo más vino?

—Sí. Echad.

De nuevo apuró el vaso Roberto. El Máscara había llenado el suyo de agua.

—Es muy triste Arezzo,—dijo la niña, que tenía comezón de hablar y cuya curiosidad estaba excitada por la misteriosa conducta de los forasteros...—Apenas si se ve un alma por las calles.

Roberto se encogió de hombros y se hizo llenar de nuevo su vaso.

Quedaban apuradas dos botellas de vino de Sicilia.

La joven no separaba sus ojos de don Rodrigo, tratando de descubrir su rostro, cosa difícil, tanto por el cuidado que ponía éste en ocultarlo como por el escaso resplandor que despedía la tea.

—Voy á traer luces,—exclamó de pronto Fioretta.

—No, no es preciso,—repuso don Rodrigo.—Vamos á descansar.

—Como queráis... ¿Partiréis mañana?

—Sí,—dijo Roberto.—¿Tendréis caballos para seguir hasta Florencia?

—Mucho será que no se encuentren... Pero si queréis mulos...

—No; queremos caballos.

—Es que los que tenemos no creáis que sean muy blandos... A los más diestros les cuesta trabajo dominarlos.

—No importa.

—Sin embargo... si os echara...

—¿A mí echarme un caballo?—exclamó impetuosamente Roberto.

—¿Y qué tendría de particular? No estando acostumbrado...

—Yo estoy acostumbrado á todo.

—No es común eso en los letrados.

—No reza, sin embargo, conmigo.

—Pues vaya, tendré mucho gusto en ver cómo montáis.

—¡Valiente vista!

—¡Ah! Si yo fuese hombre creed que no me dedicaría á otra carrera que á la de las armas.

—Eso va en gustos.

—¡Qué gloria, ahí tenéis la que han conquistado los valientes vencedores de Lepanto!

—¡Ah! ¿Sabéis vos eso?

—¿Y cómo no?... En toda Italia se ha celebrado con grandes fiestas la feliz victoria.

—Es verdad.

—¿No las hicieron también en vuestro pueblo?

—Mucho que sí.

—Permitidme, sin embargo, que os diga que dudo que en Arezzo fueran tan magníficos los festejos como han sido aquí... ¡Qué de iluminaciones! ¡Qué cabalgatas más lucidas! ¿Y el baile que hubo en el castillo? Verdad que no me correspondió á mí tener la dicha de asistir, pero por lo que contaron fué soberbio. ¡Qué afortunados son los caballeros que pueden concurrir á tales fiestas! ¿No se dieron bailes en Arezzo?

—Creo que sí, pero no fuimos.

—¿No celebrásteis, pues, la noticia del triunfo?

—Estábamos harto preocupados con ciertas desgracias de familia.

—No importaba eso... Ved, yo también tenía enfermo á mi padre, pero fué tanto el alborozo que se apoderó de mí al saber que los italianos se habían cubierto de gloria ganando la más empeñada batalla naval que jamás se diera en el mundo, que á la verdad, olvidé mi tristeza y me sentí tan regocijada como toda la demás gente de Volterra.

—Sois buena ciudadana.

—¿Quién no se siente orgulloso de que los suyos venzan en el combate? Y dicen que fué horrible, sangriento. ¡Cuánta gente murió allí! Pero no importa, triunfaron al fin los cristianos... ¡Ea! Brindemos todos por los vencedores...

La joven llenó tres vasos con vino de Marsala que fué á buscar, y levantando en alto el suyo, exclamó:

—¡A la salud de los bravos de Lepanto!

Los dos hombres se pusieron en pié y chocaron sus copas con la de la niña.

IX

Hubo de fijarse entonces la mesonerilla, á pesar de la oscuridad que allí reinaba, en la máscara que llevaba don Rodrigo, y dijo:

—¡Qué extraño!

—¿Por qué decís eso?—repuso el Máscara.

—Porque á no asegurarme que erais ciudadanos de Arezzo, creyera que veniais de Lepanto.

—¡Qué locura!

—En efecto, no podéis ser vos.

—¿Quién?

—Un valiente marino que se cubrió de gloria en la batalla. Llevaba como vos una máscara de bronce, y era joven, según dicen... Un corsario que tiene aterrada la república de Venecia, pero que en cambio hace mucho bien á los navegantes que no pertenecen á aquel Estado.

—Pues ya veis cuán equivocada andabais... No he navegado nunca.

—En fin... tanto peor.

—¿Cómo tanto peor?

—Sí, porque entre un honrado mercader de Arezzo y un valiente corsario español, perdonadme que os lo diga, me gusta más el corsario que no el mercader.

—Yo no hago daño á nadie.

—¡Oh, es que ese corsario tampoco lo hace!... A pesar de quitarles los barcos á los venecianos no les da ningún mal trato... Al contrario, les socorre si lo han menester.

—Es extraño.

—Podrá serlo cuanto queráis, pero es cierto.

—¿Y cómo sabéis vos eso?

—Lo sé porque en Volterra hay quienes se han encontrado con él en el mar, y á pesar de haber apresado las naves en que iban, antes que odio, sienten por él la más profunda admiración. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría á mí conocer á ese hombre!

—¿Decís que hay en Volterra quiénes le han visto?

—Sí; marineros que navegaban en barcos venecianos... Cuentan que los capitanes, así que veían la *Galera Negra* en que iba el corsario de la máscara de bronce, se daban por perdidos, no habiendo nave de guerra que bastara á vencerle... Tres galeazas no pudieron nada contra la galera que él mandaba.

—¡Ah!

—Y con esto, generoso hasta el extremo... Al comenzar la guerra contra los turcos devolvió á los venecianos un gran barco que les había cogido, y les ayudó tanto en la batalla, que sin él hubieran los infieles apresado tres ó cuatro galeras.

—No sería tanto.

—Sí fué... Oigolo contar todos los días...

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí... Vienen muchos marineros que han servido en Venecia, y uno de ellos, que ha estado también en Lepanto, es el que cuenta todas estas cosas.

—¿Hay aquí quien ha estado en Lepanto?

—Precisamente... Y que da razón de casi todo... De cuando los venecianos se vieron cercados por los turcos; de cuando desde la galera en que iba el capitán de la máscara mataron al almirante turco; de cuando así que los venecianos se entregaban á la alegría del triunfo cayó muerto Barbarigo; de lo que D. Juan de Austria les había dicho antes y después de la batalla... Dice que no hay ningún príncipe que imponga tanto con su presencia como don Juan... que tiene todo el aire de un grande emperador, pero que su hermano el rey de España tiene celos de él...

—Pues á fe que sabe mucho ese marinero que decís,—repuso don Rodrigo.

—Nada más fácil que oírselo contar...

—No... De todas suertes me interesan poco esas historias.

—¡Qué decís! Pues á mí me gustan extremadamente.. Me traen loca á mí las historias de aventuras, pero cuando son ciertas y reales mucho más que cuando son inventadas... No hay noche que no sueñe yo con el Máscara de bronce...

—¿Vos?

—Sí... Figúraseme que debe ser un gentil caballero enamorado, algo así como esos héroes cuyas hazañas corren impresas en los libros...

Don Rodrigo, impaciente, levantóse y exclamó:

—Ese hombre, á quien tanto admiráis, es, quizás, más desgraciado que el último de los miserables... ¡Ea! niña; se hace tarde, y necesitamos descansar... Haced que estén dispuestos los caballos para mañana al amanecer... Guiadnos á nuestros cuartos.

Levantóse á su vez Roberto Falconieri; la niña se retiró por algunos instantes, y volvió con dos linternas, entregando una á cada huésped, tomando ella á su vez la tea que ardía aún, clavada en una asa de hierro sujeta á la pared.

—Seguidme,—dijo Fioretta.

Los dos hombres fueron tras de la joven, subieron una escalera y se encontraron en un corredor en el cual se abrían varias puertas.

—Ved vuestro dormitorio,—dijo á don Rodrigo, señalándole un aposento.—El vuestro,—añadió, indicando á Roberto otro contiguo.—Y ahora, buenas noches, señores...

—Buenas noches,—respondieron los dos hombres.

X

Los huéspedes se encerraron en sus cuartos, y Fioretta volvióse á la sala donde habían cenado los huéspedes.

Antes de llegar allí, sin embargo, llamóle la atención un rumor de pisadas que se sentía en la escalera, lo cual la obligó á encaminarse de nuevo á dicho sitio, para ver lo que era.

Las pisadas provenían de una mujer, joven aún, y vestida más que pobremente, la cual había llegado aquella tarde y se había retirado á su cuarto, contiguo al de don Rodrigo, antes de que llegasen los dos misteriosos caminantes.

—¿Qué queréis?—preguntóle extrañada Fioretta.

—Oid,—dijo la mujer en voz baja,—¿podéis decirme quiénes son esos huéspedes que acabáis de acompañar á sus dormitorios?

—Dijeron ser un letrado y un mercader de Arezzo.

—¡Ah! Creí no fuesen otros...

—¿Qué otros?

—No... Imposible que fuesen ellos...

—Hablad... ¿A quién os referís? Quizás sean esos que decís...

—¡Qué locura!... Perdonadme, niña...

—Esperad... Uno de esos forasteros es joven, rubio, de arrogante figura y de rudas maneras... El otro tiene alguna más edad y lleva cubierto su rostro con una máscara de bronce...

—¡Ah!—exclamó vivamente la mujer, ahogando un grito.—¡Ellos!...

—¿Qué?...

—Nada... Gracias, niña... Descansad...

—Pero, ¿quiénes son esos hombres? ¿Conocéisles vos?

—No sé... no sé... ¡Dios mío!

—Pero, buena mujer, explicaos... ¿Quiénes son esos hombres?...

—No... ¡silencio!... Retiraos, retiraos...

Y sin querer atender á las súplicas de Fioretta para que dijera lo que sabía de los misteriosos huéspedes, desapareció la mujer por la oscura escalera, guiada por la débil claridad nocturna que penetraba á través de algunas estrechas rendijas.

XI

No durmió Fioretta en toda la noche.

Muy de madrugada llamó á su padre, para que fuera en busca de los caballos.

Salió el mesonero, y volvió al poco tiempo con dos animales de regular estampa, aunque decididamente muy rebelones.

A poco, comparecieron los huéspedes.

—¿Cuánto es?—preguntó don Rodrigo al mesonero.

—Cuatro ducados la cena y el cuarto, y otros cuatro los caballos, hasta la primera parada.

Mientras el Mascara entregaba el dinero al hostelero, apareció la mujer que había preguntado á Fioretta por los forasteros; acercóse á don Rodrigo, y hablóle quedo. El caballero pareció quedar vivamente sorprendido; cruzáronse algunas palabras más entre ambos, y, con asombro de Fioretta, hízola el enmascarado subir á la grupa, á pesar de la diferencia, aparente á lo menos, de su condición.

Un momento después, hacían señas don Rodrigo y Roberto para despedirse del patrón y de la gentil Fioretta, y partían los caballos al trote largo, en dirección á Florencia, pudiendo convencerse la mesonerilla de que el letrado era tan arrogante ginete como consumado bebedor.

La niña dió un suspiro y murmuró:

—¿De qué me sirve ser joven y bonita, si los caballeros de hoy prefieren para damas de sus pensamientos á las viejas quintañonas?... ¡Ah! No tenían tan mal gusto los de antes... A menos que esa mujer no sea alguna princesa encantada, que de eso traen mucho las historias... El caballero de la máscara habría cumplido en tal caso como

bueno... desencantando á la transformada princesa... Pero, el otro... vaya, que hubiera podido mostrarse un poco más amable conmigo... No soy tan fea como eso, y bien merecia algún requiebro cuando menos... ¡Ah! ¡quién me diera topar alguna vez con el amado que yo sueño! ¡Creí esta vez, á la verdad, hallarlo... Y, ¡pérfido! ni siquiera me ha dado el beso de despedida...

CAPÍTULO XV

Por el mar

Obedeciendo el teniente Branzanti las órdenes que le había comunicado Riccioli la víspera del concertado duelo, púsose en marcha acto seguido aquella misma noche.

Mandaba el galeón que debía conducirle á Rímini un viejo capitán veneciano, cuya sangre era, con todo, bastante viva aún para que el veterano marino se diera á todos los diablos por no haberle colocado en sitio donde poder batirse.

El galeón, en efecto, había formado detrás de la retaguardia, convertida en buque-almacén, lo cual humillaba á Fabricio Cruzzola, crei-

do y persuadido de que nadie más digno que él de mandar, cuando menos, una galeaza de veinte cañones por banda, ya que no una escuadra.

El malhumor causado por el secundario papel que en la batalla le había tocado desempeñar, trocóse, empero, en alegría al recibir la orden de partir para Rímini aquella misma noche.

Cruzzola creyó se trataba de alguna misión peligrosísima, y que se le había elegido especialmente para el caso, teniendo en cuenta sus excepcionales facultades, ilusión que Riccioli trató de no desvanecer, á fin de disimular más el verdadero objeto de aquel viaje.

Al presentarse Branzanti á bordo con la orden de embarque, Cruzzola trató de inquirir por su medio cuál era el objeto de la expedición; pero el teniente parecía hombre de pocas palabras, y demostró más deseos de dormir que no de disertar sobre los futuros acontecimientos.

Cruzzola debió resignarse, por lo tanto, á no saber más, sino que llegado el bajel á Rímini, tendría que volverse por el mismo camino, lo cual, á la verdad, no tenía el carácter de ninguna hazaña.

El digno capitán contaba, sin embargo, que con un poco de buena voluntad no había de faltarle ocasión de ilustrarse como habían hecho aquellos jovenzuelos que se habían permitido ganar la batalla de Lepanto no estando él. Tenía ojeriza, sobre todo, á D. Juan de Austria, y desesperábase de que en su extremada juventud hubiese derrotado á la gran armada turca; Cruzzola no concedía que los menores de edad pudiesen ganar batallas.

Acabó de hacer rebosar el cáliz de su paciencia el comportamiento del emisario encargado de entregar *los pliegos al gran duque*, según rezaba la orden que había traido á bordo. ¿Por qué no tenía que conferírsele á él tal comisión? Estaba visto que había el propósito de inferirle las mayores injusticias, á él, á Fabricio Cruzzola, terror un tiempo de los corsarios berberiscos.

El tal emisario era hosco por demás; taciturno, reservado.

—Es mejor diplomático que marino, —pensaba el capitán Fabricio al ver que el joven teniente no se interesaba absolutamente en las maniobras que se hacían á bordo.

Y á fe que no era poco difícil aquella navegación... A no ser él un tan experimentado marino de la carrera de Levante, ¿cómo era posible que el bajel costeara tan dichosamente los escollos del mar Jónico?

Pero el teniente seguía no haciendo caso de las habilidades del capitán. Permanecía encerrado casi todo el día en su camarote, y más que hombre de mar parecía un pasajero profano enteramente á los misterios de la náutica.

—Por supuesto que para nada necesito yo de la aprobación de ese mequetrefe,—decíase Cruzzola.—El no tiene nada que hacer aquí, y por lo mismo, si es que llega el caso, sabré yo obligarle que se limite como hasta aquí, á comer, dormir y callar.

II

Hacía próximamente tres días que duraba la navegación.

En la tarde del 10 de Octubre acababa de salir el bajel del estrecho paso comprendido entre la isla de Corfú y la costa de Grecia, y hacía rumbo para embocar en el canal de Otranto cuando el vigía señaló á Poniente una galera otomana que, por las trazas, trataba de dar caza al barco del capitán Fabricio.

Parecía la nave bien artillada, dependiendo solamente su inferioridad del corto número de remeros, pero no por eso se abatió el ánimo de Cruzzola que entrevió un combate destinado á oscurecer los laureles conquistados por el hijo del invicto emperador Carlos V.

Mandó al momento tocar á zafarrancho, y este fué el primer aviso que Branzanti recibió de lo que estaba ocurriendo.

El capitán Cruzzola, previendo en esto los nuevos principios que debían informar en lo futuro la táctica guerrera, no quiso permanecer á la defensiva, sino que mandó una maniobra que, favorecida por el Levante que soplaba reciamente, debía poner en poco tiempo al galeón á tiro de cañón del bajel turco.

Al subir Branzanti al puente para preguntar al capitán qué novedad era aquella, recibió la contestación por medio de una andanada de babor, que el intrépido Cruzzola había mandado largar antes de que el turco pudiera romper el fuego.

Semejante saludo pareció haber influido en las intenciones del contrario, que se declaró en franca retirada no contando, sin duda, que el bajel estuviera tan bien artillado, ya que por su traza tenía más aire de barco mercante que no de galera de combate.

Ello fué que no contestó el galeón turco.

Semejante saludo pareció haber influido en las intenciones del contrario, que se declaró en franca retirada.

Branzanti encontró en la batería á Cruzzola que, semejante á un rayo de la guerra, exclamaba:

—¡Por Venecia y San Marcos! ¡La victoria es nuestra! ¡Carguen! ¡Fuego!

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no me dabais cuenta de haber aparecido una galera turca?—exclamó Branzanti.

—¿Qué deber tengo yo de deciros nada?—contestó Cruzzola.—Mi obligación es contribuir á los propósitos de la Señoría destruyendo el poder naval de Selim II,—y de nuevo repitió con formidable entonación:—¡Carguen! ¡Fuego!

—Vuestra obligación era llevarme á Rimini cuanto antes, y dejaros de perder el tiempo yendo á provocar á ningún barco.

—No puedo consentir que me faltéis al respeto y quedáis arrestado, —exclamó Cruzzola mientras murmuraba:—Es particular, no contestan á mi fuego.

—¿Estáis loco?—repuso Branzanti.

—¿Cómo si estoy loco? Pero dejadme... Me hacéis perder la ocasión de añadir una victoria más á las que llevo alcanzadas en cuarenta años de gloriosos servicios por el mar...

Oyóse en esto un gran vocerío en el galeón turco; sonaron disparos dentro, y al poco tiempo vióse arriar la bandera.

—¡Victoria! ¡Victoria!—gritaron los marineros que se hallaban á cubierta.

El bajel otomano había cesado de hacer fuego y venía remando vigorosamente hacia el galeón veneciano sin esperar á que éste fuera á él.

—¡Viva la Santa Liga Católica!—oyóse que exclamaban los del bajel contrario.

Poco después atracaba éste junto al galeón.

III

El capitán Cruzzola, seguido siempre de Branzanti, había subido á cubierta pudiendo formarse cargo enseguida de la extraña rendición del barco turco.

Animados por la aparición del bajel católico, habíanse sublevado los esclavos cristianos, consiguiendo sobreponerse á la tripulación, amilanada por completo á consecuencia de la muerte del capitán, cuya cabeza había cortado á cercén una cautiva.

—Ya veis, teniente,—exclamó Cruzzola...—Ya veis si podría mostrarme orgulloso de mi triunfo, pero... no, no soy de los que con facilidad se engríen. Con todo, en celebridad del fausto acontecimiento, os levanto el arresto... Quedáis libre, teniente Branzanti.

Ya en esto los cautivos, convertidos en señores del bajel turco, iban pasando á bordo del galeón cristiano, abrazando á los marineros y demostrando su alegría con jubilosos gritos.

Todos los libertos señalaban empero á una mujer, la misma que había imitado las glorias de Judith cortando á cercén la cabeza del Horlofernes turco, aunque pillándole bien despierto y no dormido y hundiéndole previamente un puñal en mitad del corazón. Conocedora, empero, de la manera de pensar de aquellos infieles, juzgó del caso que para producir el mayor efecto posible, era preferible arrojarles la cabeza del capitán que no mostrarles á éste en toda su integridad, aunque muerto. Y no se había equivocado.

Era ciertamente una arrogante hembra la denodada cautiva, cuya edad frisaba ya los cuarenta, pero sin que hubiese perdido aún la frescura de la juventud, antes bien ganando en lo escultural de las formas. Su moreno cutis servía de apropiado fondo á los negros y profundos ojos.

Iba vestida á la turquesca, con chaquetilla roja bordada de caprichosos arabescos, amplias calzas bombachas y faja de seda listada de azul y blanco; lo único que aparecía cambiado era el turbante, ya que en vez de llevarlo arrollado á la cabeza, le daba vueltas al rededor de la cara, á guisa de monjil tocado.

Recibió Cruzzola á la heroina con las más extraordinarias demostraciones de admiración y afecto, preguntándole que cuál era su voluntad respecto á los cautivos.

—Nada más sencillo,—replicó la valiente cristiana.—Ellos van ahora bien amarrados, y nosotros mismos nos encargaremos de conducir el bajel al primer puerto donde dominen los cristianos.

—Gran idea,—repuso Cruzzola...—¿Pero vos queréis marcharos también?

—Según á dónde vayáis ó á dónde vaya el bajel apresado.

—El bajel irá á Corfú y nosotros á Rimini.

La cristiana pareció reflexionar, hasta que por fin contestó resueltamente:

—Me quedo.

—Perfectamente señora, perfectamente,—replicó Cruzzola...—Os instalaréis en mi camarote, y si quiere creerme el almirante Veniero, os conduciremos á Venecia en triunfo...

—Gracias, capitán,—repuso la libertada cautiva...—No tengo tanta ambición como todo eso...

De nuevo surgió el teniente Branzanti.

—Vamos, capitán, despachad,—exclamó.—Mandad á esa gente á Corfú, y sigamos la ruta de que os habéis separado hace ya horas.

—Me gusta ese mocito,—refunfuñó Cruzzola...—¡Envidia! ¡Pura envidia!

Era tan imperioso, sin embargo, el tono del teniente, que Fabricio Cruzzola se apresuró á disponer el reembarque de los que habían pasado á bordo, destinando á uno de los pilotos de su bajel para que condujera á Corfú al apresado galeón.

Algunos de los libertados esclavos no quisieron, sin embargo, volverse, prefiriendo desembarcar en Rímini.

IV

Ya de nuevo en marcha la embarcación y habiendo embocado felizmente en el canal de Otranto, presentóse por la noche el capitán Cruzzola á la valerosa cristiana que, instalada en su camarote, hallábase indolentemente recostada en la litera.

—Señora,—exclamó el viejo lobo marino,—perdonad que en tantas horas no me haya acercado á preguntaros cómo os encontráis... Son tan graves las obligaciones que pesan sobre mí...

—Gracias por vuestro interés, capitán, pero no teníais por qué molestaros en nada,—replicó la cristiana.

—¿Cómo que no? Preciome yo de muy galante con las damas...

—Y lo sois, capitán.

—Y mucho más tratándose de tan principal señora como vos...

—No tanto...

—Sí, sí... Oh, bien claramente se ve que sois de nobilísima extirpe... Quizás marquesa... ó senescala...

—Por Dios, capitán... Disto infinito de descender de tan ilustre origen...

—Pues conmigo no tenéis por qué disimular... Soy callado y si me confiais un secreto, es como si se lo confiarais á una roca.

—No digo que no; pero, á la verdad, no soy más que una pobre mujer que cayó cautiva de los turcos hace algunos meses.

—¿Y dónde os apresaron?

—Pues cerca de aquí, precisamente; al salir del canal, así que llegamos al golfo de Tarento.

—¡Infames! Pero ya habéis visto cómo han llevado su merecido.

—Sí... Habéis acertado á presentaros en oportuna ocasión... Desde que ayer supimos la victoria alcanzada por los nuestros en Lepanto, nos conjuramos para rebelarnos y apoderarnos de nuestros opresores.

—¡Hem!—murmuró Cruzzola.—¿Conque se supo en el bajel el dichoso triunfo?

—Por más que trataron de ocultárnoslo en los primeros momentos, no tardamos en descubrir la verdad... ¿Estuvisteis vos en el combate? Dicen que italianos y españoles se batieron con denuedo...

—Sí, estuve. No niego que se batiesen bien; pero, en fin, á estar yo...

—Pues, ¿no me habéis dicho que estuvisteis?

—Quiero decir que, de estar yo al frente, más provecho se hubiera sacado todavía.

—Bastante se alcanzó, sin embargo, por lo que ha llegado á noticia nuestra...

—Sí... algo. Con todo, ya no son estos aquellos tiempos en que, con el gran Doria al frente, nos batimos con Barbaroja en Corfú.

—¿Y le vencisteis?

—No... Eso no, nos venció él; pero, en fin, hay derrotas preferibles á un triunfo.

La cristiana no pareció ser de esta opinión, si bien conceptuó prudente no manifestarlo.

—¿Y los españoles? ¿Se portaron bien?—repuso con visible interés la libertada cautiva.

—Bien, sí... Don Alvaro de Bazán hizo algo bueno, y luégo un diablo de galera... Por cierto que...

—Decid, capitán.

—Pues estaba ahora pensando que, á no ser por la tal galera, no tendría yo á bordo á ese barbiluído, á quien habréis visto darse por ahí aires de superior...

—¿Queréis decir ese oficial jovencito que os ha dado prisa para que partiéramos?

—Precisamente ese... Pues, era ya tan prisionero de los turcos como lo habéis sido vos... Iba en la galera de Riccioli, pero, gracias al barco ese que os he dicho, pudieron desenredarse...

—¿Iba en la galera de Riccioli?

—Precisamente.

—¿Es decir, que Riccioli estuvo en la batalla?

—Sí, estuvo... Claro está que sí; pero, repito que, á no ser por la *Galera Negra*, podía darse por cautivo ó muerto...

—¿La *Galera Negra*?

—Sí tal. Una galera española, toda negra, mandada por un diablo de capitán á quien yo ví perfectamente, cubierto el rostro con una máscara de bronce...

—¿Y ese hombre salvó á Riccioli?

—No; su galera salvó la galera del otro.

—Es lo mismo... ¡Qué extraño!

—¿Por qué os parece extraño?

—Por nada... no hagáis caso de mis palabras... ¿Y ese oficial que lleváis á bordo iba con Riccioli?

—Con él iba.

—¿Y por qué va á Italia ahora?

—Pues va, ya veréis, poca cosa, á llevar unos pliegos al gran duque.

—Entonces, irá á Florencia.

—Claro está.

—Y la *Galera Negra*, ¿quedó en Lepanto con la galera de Riccioli?

—¡Oh, no!.. Partió enseguida; por manera que D. Juan de Austria quería visitarla también después de la batalla, como hizo con las demás, pero ya había desaparecido...

—¡Dios mío! como os estoy molestando, capitán... Perdonadme... ¡La alegría de verme entre mis hermanos me ha vuelto loca!...

—Oh, nada de molestarme, señora... Conque, decidme vos ahora. ¿Dónde tenéis vuestra familia?

—En Florencia, capitán.

—¡Ah! ¡Qué alegría van á recibir así que tan inesperadamente volváis á su regazo!

—Podéis imaginároslo... ¡Una alegría infinita!

—Creed que tendría yo el mayor placer en acompañaros, pero los estrechos deberes de mi cargo me obligarán á presentarme al momento ante el comandante Riccioli, para hacerle presente que queda cumplido su encargo.

—¿Volveréis á ver á Riccioli?

—Sí.. Me estará esperando, sin duda, con ansiedad.

—¿Y ese enviado debe volver también?

—No; ese no. Yo solo.

—¡Ah! ¿Conque él no?

—No; seguramente deberá quedarse en la corte del gran duque... Allí no se corren los peligros que en esta rigurosa vida del mar...

—Es verdad; se corren de otra clase.

—Pero él no los correrá... Es demasiado diplomático... muy fino... muy político...

—¿Conque sí?

—Pues precisamente por esto se ha echado mano de él. Para intrigar y hacer zalamas, bueno es el mocito; en cambio, los hombres como yo sirven para algo más, sirven para desafiar las tempestades, para ganar batallas, para exterminar á los contrarios...

—De este modo, cada uno se encuentra en su natural elemento, capitán.

—Es verdad, de la propia manera que vos os hallaréis en el vuestro cuando en los estrados de los palacios recibáis los homenajes de vuestros adoradores...

La cristiana se echó á reir con tales carcajadas, que el bueno del capitán quedóse como cortado ante tan risueñas expansiones.

—¡Diablo de mujer!—murmuró.—Pues si no es una duquesa... lo parece más que otras.

Y con esto se retiró el buen capitán Fabricio Cruzzola, dejando que la alegre redimida pudiera entregarse ya al descanso de que tan necesitada debía estar forzosamente.

V

Sin embargo, no pareció que tuviese sueño la valerosa matrona, antes bien demostraba estar muy desvelada.

—El en Lepanto,—murmuró.—¡Y haber salvado á Riccioli!... ¡Extraño!... ¿A qué irá ahora á Florencia el teniente? Cuando Hamet nos hizo cautivas, llevósela á *ella* según dijeron, á una quinta cerca de la ciudad. ¿Descubriría acaso Riccioli aquel retiro? ¿Habrá muerto Hamet? Todo es posible... El no ha vuelto á encargarse del mando del barco que ha continuado desde entonces á cargo de Khalil... ¡Pobre Khalil!...

Y diciendo esto miró la meditabunda cristiana los brazaletes guarnecidos de pedrería que adornaban sus brazos.

—Será preciso no perder de vista á ese hombre,—continuó diciendo en voz apenas perceptible;—ha dicho el capitán Fabricio que es muy diplomático, muy fino... No... no lo es... Ha demostrado demasiado vivamente su disgusto por el retraso que ha sufrido el barco en su camino. Esos pliegos no pueden ser tan urgentes para que el enviado se desespere por algunas horas de dilación... Sólo cuando uno va á asuntos propios se impacienta tanto... El teniente ha descubierto el juego... Vigilemos...

Nueva pausa. La matrona volvió á recrearse en la contemplación de sus joyas, y tornó á reanudar su confuso monólogo.

—El habrá vuelto seguramente á Urcino... Se fué de Lepanto sin perder momento... ¿Habrá ido tal vez á buscar á Blanca? ¿Habrá sabido dónde está?... No importa... La ocasión es demasiado oportuna para que pueda dejarla pasar... Veremos mañana como se explicará el teniente...

Venció el sueño á la hermosa y quedó dormida.

VI

Al siguiente dia, así que la Michelotta, pues ella era, hubo abierto los ojos, se apresuró á subir á cubierta á fin de tratar de encontrarse con el teniente.

Volvióse el teniente y se encontró con la arrogante matrona á quién saludó cortés, pero friamente.

Estaba éste por casualidad en el alcázar de popa, apoyado en el balcón y muy pensativo, al parecer, mirando la estela que el galeón dejaba tras de sí.

La Michelotta fuese acercando sin hacer ruido, y pudo fijarse en la sortija de ópalo que brillaba en la mano del teniente, y que tenía ella bien conocida de cuando sus conciliábulos en el palacio Corsini con el enamorado de Amparo.

—¡La sortija de Riccioli!—murmuró para sí la astuta Florentina. —¡Vaya que credencial para presentarse á Cosme I de Médicis!

Y sin acercarse más ni tratar de entrar en conversación con el meditabundo emisario, iba á retirarse discretamente cuando acertó á subir el capitán Cruzzola, exclamando en voz de trueno:

—¡Felicísimos días, hermosa dama!

Volvióse el teniente y se encontró con la arrogante matrona, á quien saludó cortés, pero friamente.

—¿Conque os habéis dignado venir á echar una ojeada por estos mares?—exclamó Fabricio.

—Si...—repuso Michelotta...—¡Está tan tranquila el agua!...

—¿Y cómo no, si la está cruzando su diosa, la Venus... eso es, Anfitrite?

—Por favor, capitán...

Michelotta vió como el teniente se sonreía, aunque de un modo casi imperceptible y volviéndose hacia él, repuso:

—Ya véis... El capitán me compara á Venus...

—Sois digna de ello, señora,—replicó Branzanti, siempre con su irónica sonrisa.

—En tal caso podré compararle á él con Neptuno.

—¡Magnífico!—exclamó Cruzzola á quien halagaba mucho parecerse á tan encumbrado personaje.

—No es justo que quede yo sin divinidad,—repuso Branzanti.—¿Con quién me compararíais á mí, señora?

—¿A vos?—replicó con sorna Michelotta...—A vos, ¡con Mercurio!...

Y diciendo esto se retiró con gran risa, dejando á Branzanti mucho más inquieto que contento de la comparación.

VII

Michelotta creyó tener bastante con haber visto la sortija de ópalo de Riccioli en manos de Branzanti para saber á qué atenerse.

Algo muy grave, relativamente al noble senador veneciano, debía motivar aquel viaje.

Vengada ya de la insolente mofa de Branzanti cuando el buen Cruzzola la comparó con Venus, no trató de acercarse más al joven emisario, tanto para no despertar sospechas como para que él no se familiarizase demasiado con su aire.

Por lo mismo apenas salía del camarote, y en caso de hacerlo, ve-

rificábalo solamente á altas horas de la noche, cuando el teniente dormía, estando ocupada de dia en convertir en sayas las holgadas calzas bombachas, añadiéndoles, por resultar algo cortas, una ancha franja hecha con la tela de la faja.

En cuanto á Branzanti había ido tranquilizándose poco á poco del temor que le produjera la comparación con Mercurio... Claro estaba que la desenvuelta pasajera se había referido á su misión de enviado y que la maliciosa reticencia que había creido envolvía en su principio, no tenía razón de ser.

Por fin, después de doce días de navegación llegó el bajel á Rímini con grave disgusto del valiente capitán Fabricio, afligido por la idea de tener que separarse de la sin par heroina, como la llamaba, siendo en cambio muy grande el placer que experimentó Branzanti deseoso de cumplir cuanto antes las instrucciones recibidas de Riccioli.

El teniente se despidió de Michelotta con frialdad igual á la que había demostrado siempre, correspondiendo ella de igual manera, y rehusando el sitio que Branzanti la había ofrecido ceremoniosamente en su canoa.

Apenas hubo ésta arrancado cuando Michelotta se dirigió al capitán y le dijo:

—Mandadme á tierra al momento.

—¿Cómo? ¿Os vais ya?—exclamó sorprendido el buen Fabricio.

—Sí, al momento... Volveré esta noche, pero necesito saltar en tierra sin pérdida de tiempo... Otro favor me haréis... Quedáos con este brazalete y dadme en cambio cincuenta ducados. Vale doscientos.

—Señora, os daré cuanto tengo en cambio de esta joya... Ciento trece ducados... Pero...

La dama tomó el dinero y entregó uno de sus brazaletes á Cruzzola, quien acto seguido y lanzando un ruidoso suspiro mandó armar un bote.

Michelotta, desde cubierta, no perdía de vista la embarcación que conducía á tierra á Branzanti.

—Adiós, capitán,—exclamó la florentina, besando al viejo lobo marino en las mejillas.

Y ligera como una corza saltó al bote de un brinco en vez de ir descendiendo por la escala.

—Aprisa,—exclamó dirigiéndose á los dos marineros que bogaban.

El capitán había tenido la galante precaución de colocar una manta catalana sobre el banco en que debía sentarse Michelotta, pero ésta dió otro destino al improvisado cojin. Desdobló la manta y se envolvió en ella, de piés á cabeza, con lo cual nadie podía adivinar el traje que llevaba debajo.

—Bogad, bogad; aprisa,—exclamó Michelotta viendo que Branzanti había desembarcado ya.

Los marineros redoblaron sus esfuerzos, y por fin, al cabo de tres minutos atracó el bote junto á las escaleras de un embarcadero.

Michelotta dió un escudo á cada marinero y saltó en tierra, siempre rebozada en la manta que al parecer se había definitivamente apropiado.

VIII

Branzanti acababa de entrar en la ciudad por la puerta de mar, á tiro de piedra de la playa, cuando Michelotta puso pié en tierra. Dirigióse á buen paso hacia allí y consiguió ver de nuevo al teniente, quien había llegado ya á mitad de la estrecha y oscura calle, obstruida por abovedados arcos, que se encontraba al trasponer dicha puerta.

Siempre en pos de Branzanti llegó á una plaza; el teniente entró en una posada que allí había y miró el cuadrante pintado en la fachada; la raya de sombra señalaba las diez y media. Michelotta se guareció bajo los pórticos de enfrente de la hostería y esperó.

Media hora había pasado cuando vió salir á Branzanti, caballero en una jaca y acompañado de un muchachuelo que le serviría de guía probablemente. Entonces entró ella en la posada y pidió una cabalgadura cualquiera para ir á Florencia.

—Si os dais prisa no tendremos necesidad de procuraros guía,—dijo el hostelero,—pues hace poco acaba de salir un caballero en la propia dirección. En cuanto á caballería, podéis contar con que montaréis

la mejor mula que haya llevado jamás sobre sus lomos al canónigo más comodón de la cristiandad.

—¿No tendriais un caballo?

—No hay más que la mula que os he dicho; una mula digna del mismo papa Sixto IV.

—¿Qué más remedio? Vaya por la mula.

Michelotta pidió algunas provisiones para entretener el hambre durante el camino, montó prestamente en su acémila, y partió, siguiendo la dirección que le habia indicado el huésped, para encontrar al viajero que la había precedido en igual camino.

El aspecto de la gentil matrona no despertaba la menor extrañeza, gracias á su precaución de convertir en sayas los pantalones turquescos y á cubrir con la manta lo que hubiese podido tener de insólito la chaquetilla morisca que vestia aún. Faltábale el tocado, por lo cual se detuvo al pasar por delante de una mercería, donde compró un capuchón de lana blanco.

Ya estaba convertida en una contadina como otra cualquiera.

Una vez fuera de la ciudad, espoleó á su cabalgadura, que emprendió una carrera velocisísima.

Pronto distinguió Michelotta á Branzanti, muy ocupado en hacer marchar á su caballo, empeñado, al parecer, en volver grupas, lo cual hizo que la animosa aventurera hiciera refrenar el paso á su valiente mula.

IX

Sucedió así, que á cada parada llegaba Branzanti media hora antes que Michelotta, y salía ésta media hora siempre después que él, sabiendo por los dueños de los paradores el camino que llevaba el viajero que la precedía, sin que por acaso llegara nunca á sospechar el teniente la persecución de que era objeto.

Tenia buen cuidado Michelotta de reunirse siempre con cualesquiera otros viajeros con quienes topara, abandonándolos así que se acercaban demasiado al solitario ginete que iba delante; de este modo, no

podía fijarse éste en que le siguiese una sola persona, pues veía detrás de sí grupos de diversa composición. Además de esto, Michelotta, hábil en disfrazarse de hombre, vestía con frecuencia un traje de labrador que se había procurado en una casa de postas, alegando ser un presente que quería hacer á un pariente pobre que tenía en Siena.

El viaje era penosísimo, sin embargo. En aquellas últimas semanas de Octubre había caído abundante nieve en los Apeninos. Las jornadas hacíanse muy cortas, y alguna vez hubo de detenerse Branzanti, y por lo mismo Michelotta, un día entero, sitiados por la lluvia, en alguna mala choza. En tales casos, Michelotta fingía no encontrarse bien, y permanecía encerrada en cualquier camaranchón, sin perder, por eso, de vista la ocasión de partir Branzanti.

Llegó, por fin, el momento en que debía terminar aquel largo viaje. Ya, á lo lejos, se divisaba el caserío de Florencia, y Michelotta daba por ganada la partida, cuando, con no poco asombro, vió que Branzanti echaba pié á tierra y despedía al guía que le había acompañado.

X

Al momento apeóse ella á su vez y esperó impaciente á que regresara el gañán que, como de costumbre, estaba encargado de recoger también su caballería, pues, con su sistema de ponerse en marcha poco tiempo después que Branzanti, manifestando llevar igual camino, los dueños de los paradores, dejaban que fuera sin acemilero propio.

El gañán, empero, no parecía haber pensado volverse tan de seguida, y continuó su camino hacia la ciudad, mientras que Branzanti, á paso rápido, emprendía la marcha hacia San Miniato.

Michelotta entonces volvió á montar en la mula, arreóla haciéndole emprender una carrera digna de un primer premio en cualquier *corso* y alcanzó en breve al guía, á quien hizo entrega del animal, con no poca admiración del pobre hombre maravillado de que uno y otro caminante, tan diferentes en su aspecto, hiciesen tan idénticas etapas.

Por acaso iba entonces Michelotta disfrazada de campesino, figu-

rando llevar un cesto de hortalizas, cuando lo que llevaba en él era un traje de mujer.

La atrevida aventurera vió allá, muy lejos, á Branzanti, cuyas piernas eran un modelo de agilidad; pero, éranlas también las suyas, y así, no tardó en hallarse á corta distancia del emisario.

Vióle dejar atrás San Miniato, bajar luégo á la llanura é internarse por un camino hondo, deteniéndose, por fin, en la *villa* Corsini.

—¿Será aquí?—murmuró Michelotta.

Esperó algunos minutos, que aprovechó para envolverse en la manta y cambiar su gorra de campesino por una caperuza de menestral, y vió salir de nuevo á Branzanti, que continuó su camino, alejándose cada vez más de Florencia.

XI

El teniente se encontró con esto á orillas del Arno y se detuvo ante la maciza puerta de un jardín, rodeado de altísimas tapias, que por la espesura y follaje de los árboles parecía un verdadero bosque, en cuyo fondo se divisaba la terraza de antiguo palacio de rojizos sillares, y llamó.

Mucho tardaron en abrir; pero, por fin, entró Branzanti, cerrándose inmediatamente el portillo que habían franqueado.

—Es aquí,—exclamó Michelotta, esta vez con toda seguridad.—Blanca se halla encerrada en Villa-Diana.

Era la hora del crepúsculo; el sol de otoño se ponía entre encendidos arreboles de púrpura y violeta, y teñía de variados colores la tranquila superficie del Arno; oíanse los esquilones de los rebaños al volver á sus rediles y el canto monótono de los campesinos al regresar de sus faenas con la azada al hombro. Allá, en el ocaso, perseguidora del sol, brillaba, con enorme centelleo, Venus.

Michelotta se sintió dominada por un momento por cierta arrobadora melancolía. La vista de Florencia habíale impresionado profundamente; allí había pasado ella los mejores años de su vida, feliz y humilde... ¡Quién sabe si podría volver más!...

Pronto se rehizo, sin embargo; no habia que andarse con lloriqueos ni repulgos. Lo hecho, hecho estaba; el retroceso era imposible. Si la sorprendian, podia tener por segura la cárcel; harto habia padecido, privada de libertad, en la galera. ¡La libertad! Eso era lo que ella estimaba más que nada. ¿Y la recompensa que le esperaba? Bastantes miserias habia conocido en su vida. La riqueza era lo único que podia consolarle en su vejez...

Michelotta permaneció largo rato fijos los ojos en el palacio, y cuando se hubo convencido de que Branzanti no salia, buscó en torno suyo alguna casa donde pernoctar.

Frente á Villa-Diana, á la otra orilla del río, vió un albergue de cabreros. Michelotta cruzó el Arno por un puente, fuese á la choza, y llamó.

CAPÍTULO XVI

Villa Diana

Un hombre miserablemente vestido y de aspecto salvaje apareció en la puerta.

—¿Qué queréis?—exclamó con displicente tono.

—Sentiría incomodaros, hermano,—replicó Michelotta,—pero creo que si quisieseis escucharme, no os pesaría ciertamente.

—Hablad,—replicó el pastor con voz menos desapacible.

—Me ha cogido la noche aquí y no tengo fuerzas para continuar hasta Florencia. Si me permitís que descanse hasta la madrugada, os recompensaré como merecéis.

—No por ser un miserable pastor de ganados he de cobrar la hospitalidad á quien la pide. Entrad y encontraréis ahí un montón de

paja sobre que echaros, y un jarro de leche con que sostener las fuerzas.

—Gracias, hermano,—replicó Michelotta, y entró en la choza, en cuyo hogar ardían algunos troncos.

Michelotta se dejó caer sobre el montón de paja que había dicho el cabrero, y al fantástico resplandor de los leños que chisporroteaban, pudo ver tendidos más allá de donde estaba ella algunos niños, casi desnudos, dormidos profundamente.

—¿Son vuestros?—dijo Michelotta.

—Sin género de duda,—replicó bruscamente el cabrero.

En esto apareció una mujer que salía del establo donde estaban recogidas las cabras.

—Esta es la madre que les ha parido,—dijo el pastor.

—¿Con quién estás hablando?—exclamó la mujer, con voz no menos áspera que su marido.

—¿No ves que he recogido á un caminante?—replicó el cabrero.

—Sí, vuestro marido me ha hecho esa caridad,—dijo Michelotta.

—Pobres somos,—refunfuñó la mujer,—pero no por eso cerramos la puerta á quien viene á pedir asilo.

—Dios os lo recompensará en la otra vida y dará su merecido á los que tienen la crueldad de rechazar á quienes llaman á su albergue cuando están necesitados de refugio.

—Si Dios tuviera que castigar á esos que decís, no tendría que buscar muy lejos...

—¿Tan mala gente hay en vuestra vecindad?

—Para ellos son todas las comodidades... para nosotros la miseria y el dar hospitalidad.

—¡Malhayan entonces!

—Sí, malhayan,—exclamó la mujer con rencoroso acento.

Reinó profundo silencio, hasta que de pronto dijo el hombre:

—¡Ea! mujer... trae un jarro de leche para nuestro huésped.

La mujer obedeció, volviendo al cabo de un rato con lo dicho.

Michelotta apuró el jarro, y dijo:

—Gracias, hermano. Os juro que me ha sabido á gloria esta leche. Dios os pague con creces vuestra buena acción.

—Amén, —repuso el hombre,—aunque no parece que Dios se ocupe mucho de nosotros.

—¿Por qué tanta pesadumbre, hermano?—replicó la Michelotta.

—Porque mientras los malos prosperan y desprecian á los infelices, los buenos han de comerse los codos de hambre sin que haya alma viviente que haga caso de ellos.

—Pésame en verdad que os veáis en semejante trance, hermano. ¿Pero qué motivos ha habido para que os lamentéis en tal guisa?

—Ya habréis visto esa quinta magnífica que hay á la otra parte del río,—replicó el pastor.—Pues bien, allí habitan no seres humanos, sino fieras.

—¡Quién lo dijera!

—Dijéralo quien se hubiese encontrado en el caso que nosotros. Hace cuatro días púsose malo uno de nuestros hijos... El pobrecillo echaba sangre por la boca... No había en la casa ni una manta para arroparle, ni una yerba para hacerle una tisana, ni miel para endulzarle. Fuíme á Villa-Diana y llamé. Apareció un negro, hablóle, lloraba yo como un niño... Díjele que por favor me dejara coger algunas plantas y me diese un poco de miel y que le pidiese al amo un pingajo cualquiera con que cubrir las desnudas carnes de mi hijo... ¿Creéis que quiso oirme? Miróme con bestial sonrisa y de un empellón me arrojó fuera de la puerta que cerró con violencia. Así se portaron esos malvados. Mi pobre Anselmuccio se murió al siguiente día sin haber podido probar más que el agua que lleva el Arno y un poco de la leche de mis cabras... Y pensar que no se hubiese muerto si yo hubiese tenido un poco de miel y unas cuantas yerbas...

—¡En verdad que fué inhumana su acción!...

—Yo, antes de que fuesen á vivir en esa quinta los señorones que la habitan desde hace algunos meses, entraba y salía á todas horas de Villa-Diana y conocía todas las yerbas que allí crecen... Un prodigio, hermano, un prodigio... Y sin embargo, yo sólo pedía me dejasen arrancar algunas raíces de zarzamora y unos cuantos limones y coger

unas cuantas ranas del estanque para carbonizarlas y molerlas... ¡No quisieron escucharme, los tigres!... Ellos tienen la culpa de que mi Anselmuccio esté en el cementerio... ¡Pobrecillo!... ¡Cómo se murió!... Tiritando de frío... sin consuelo... sin socorro alguno...

—Malvados fueron, sí.

—¿Cómo queréis que pueda yo sufrirles á esa gente?... Mal rayo les abrasara á todos...

—¿No pedísteis por los dueños?

—Sí... Pedí, pero todo en balde... Esos señores no se dignan dirigir una mirada siquiera á los pobres como nosotros... Viven encerrados allí dentro, divirtiéndose sin pensar en los infelices que sufren, y que tienen hijos que se les mueren de miseria...

—No puede Dios consentir fiereza igual.

—Dejadlos por mi cuenta, sin embargo, que el día que yo pueda, ¡ay de ellos!

—¿Les conocéis á los dueños?

—Harto les conozco... Ahora hace ya algún tiempo no les veo, pero antes salían á pasear cada tarde en soberbios caballos por la orilla del Arno, ricamente vestidos, sin ver que á menos de cien pasos de su quinta había quienes iban desnudos por no tener ni una mala zamarra con que tapar su cuerpo.

—¿Y quiénes son los dueños? ¿Cortesanos del Gran duque?

—No, no son cortesanos del Gran duque. En nada se les conoce que sean florentinos, aunque difícil sería poder averiguar de dónde proceden, pues con nadie hablan y á nadie se deja que se acerque al palacio. Criminales deben de ser, criminales que han venido á ocultar dentro las tapias de esa quinta alguna tremenda fechoría cometida Dios sabe donde.

—¿Son, pues, gentes de mala catadura, de siniestra facha?

—¡Oh, todo al contrario! son jóvenes y hermosos. La dama parece una verdadera diosa.

—¡Ah! ¿Conque hay también una señora joven?

—Sí; pero aunque hermosa por su rostro, no deja de ser abominable monstruo por sus hechos.

—¡Parece imposible que pueda caber maldad en un sér tan bello como, según decís, es la joven dueña de esa quinta!

—No os parezca imposible nada, hermano. Lo que os he dicho es la verdad; mas ¡guárdense del día que yo pueda echarles mano!... Pero es tarde, y sin duda deberéis tener sueño... Buenas noches, pues, y perdonad si no os hemos podido regalar como hubiéramos querido. Parecéis buen sujeto y merecéis que os queramos.

II

Llegó la hora en que Michelotta debía abandonar aquella choza, tan á propósito para adquirir noticias sobre Blanca, pues daba ya por cierto que ella y no otra debía ser la dama que habitaba en aquella quinta.

La inteligente espia comprendia perfectamente que la crueldad de que el padre de Anselmo acusaba á la castellana, era nada más que aparente, siendo la verdad que Blanca estaba rigorosamente vigilada y como cautiva.

Trató, pues, antes de emprender su marcha, de inquirir algo más sobre la actual situación de la joven y correr enseguida á participárselo á don Rodrigo, á quien suponia encontraría en Urcino, y, al propio tiempo, para el caso de que Branzanti sacara de allí á Blanca para llevársela á otra parte, pensaba explorar el ánimo de aquellas gentes á fin de encomendarles el espionaje de la dama y su acompañante.

—¿Sabéis que vuestros lamentos me llegaron al alma, amigo mío? —exclamó Michelotta, así que se hubo puesto en pié, dirigiéndose al pastor.

—Gracias por vuestro interés,—contestó Mateo, que así se llamaba el hombre.

—Pues, sí... Es una crueldad lo que con vos hicieron, y que no merece perdón de Dios.

—Podrá perdonarlos Él, pero lo que es yo no, jamás.

—Así debéis hacerlo, aunque tengo para mí que, quizás, hay que ir algo despacio en averiguar de quién es toda la culpa.

—¡Qué ocurrencia! ¿De quién queréis que sea? ¡De los dueños que dan las órdenes!

—No digo que no; pero bien podría ser que esa hermosa señora que decís no tuviera parte alguna en ello...

—¿Cómo que no? ¿Siendo ella la dueña, no ha de saber cómo se portan sus criados con los que van allí en demanda de auxilio?

—Pues ahí veréis... Puede que lo sepa, y puede que no lo sepa; ¿quién os dice que, áun sabiéndolo, está en su mano corregirlo? ¿Quién os dice que en vez de ser la señora de la quinta la que mande y disponga en todo, no sea la esclava de sus esclavos?

—¡Ella! Bien se conoce que no la conocéis.

—Es verdad que no la conozco, y á fe que sólo por convencerme de que es tan hermosa como la habéis ponderado, quisiera verla... Dame en el corazón que esa pobre mujer, en vez de ser la respetada señora de Villa-Diana, es la víctima infeliz de algún malvado...

—Deliráis, hermano... ¿Ella víctima? ¿Ella esclava? ¡No la habéis visto!

—¿Y por qué no ha de poder ser lo que yo digo?

—Porque bien claramente se ve que no hay en la quinta otra voluntad que la suya. ¡Viéraisle cuán rendido se le muestra siempre el caballero que cabalga á su izquierda, cuando salen á paseo! ¡Viéraisle qué vestidos lleva! ¡Qué de ricos manjares trae del mercado el negro aquel!... ¿Así se trata á una víctima, á una esclava? ¡Oh! Ni á ella, ni á los demás, perdono...

—Siento tener que contradeciros... ¿No decís que hace ya tiempo que no les habéis visto salir de la quinta á los dueños de quienes tales resentimientos abrigáis?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Hará cosa de dos meses que les ví por última vez; el día de la bendita Santa Rosalía...

—Pues bien... ¿No podría ser que no estuviese ya el caballero en la quinta y que, temeroso de dejar en demasiada libertad á su dama, hubiese confiado á los criados que la guardasen rigurosamente? Ya veis que, en tal caso, no tendría ella la culpa...

Mateo miró á su interlocutor con cierta expresión desconfiada, y repuso:

—¿Sabéis que me va pareciendo, hermano, que os mostráis harto devoto de la señora de Villa-Diana? Casi, casi, voy sospechando que debéis de conocerla más que yo.

—Os juro que jamás, jamás la he visto, ni sé qué cara tiene.

Mateo pareció tranquilizarse, y repuso:

—No es preciso que os esforcéis tanto... os creo; pero con tal calor habíais tomado la defensa de la señora, que llegué á creer no fueseis algún amante suyo...

Michelotta rompió en una carcajada tan franca, que no le quedó ya duda á Mateo de que no existía la menor relación entre su huésped y la castellana.

—¿Sabéis,—exclamó de pronto la astuta florentina,—que vuestras sospechas de mí y vuestras alabanzas de la bella señora me han excitado de tal manera la curiosidad que daría un ojo de la cara por ver á esa encantadora princesa?

—Difícil lo veo, pues mil veces lo he intentado yo estos días y nada he conseguido.

—A Dios gracias.

—¿Por qué decís *á Dios gracias?*

—Porque supongo que vuestras intenciones serían muy diferentes de las mías.

—Es verdad. Vos queréis ver por mero gusto á la rubia dama, y yo por jugarle una mala pasada.

—¡Ah! ¿Conque es rubia?

—Sí, como el oro.

—Decididamente, amigo Mateo, no me marcho de aquí sin ver á la dama.

—Como queráis; podrá tardar en salir, pero, un día ú otro habrá de ser, pues no creo que esté eternamente encerrada la señora dentro las tapias de esa quinta.

—Es que no quiero tardar.

—Entonces, tendréis que contentaros con las ganas, pues, si ella no sale, ¿cómo queréis verla?

—Entrando.

—¿Entrando? Allí no se deja entrar á nadie.

—Lo veremos.

—¡Bueno fuera que por satisfacer un capricho lograseis lo que no pude alcanzar yo tratándose de la salvación de mi pobre niño!

—Pues yo os doy palabra de que habré de ver á la madona.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¡Hoy! ¡Estáis loco! Hoy no saldrán... Ved que el día está lluvioso y el frio arrecia.

—No importa.

—¿Queréis, acaso, escalar la tapia? ¡Desdichado de vos! Rondan la casa dos feroces dogos, cuyos furiosos aullidos me desvelan no pocas noches. Además, la tapia es alta, y, ¡quién sabe lo que hay al pié! Dios me libre de intentar semejante cosa.

—Pues, siendo como decís, no habrá más remedio que entrar por la puerta.

—Precisamente por donde es más imposible la entrada.

—Lo veremos, amigo Mateo.

—Me gustará ver cómo os lo componéis, amigo... ¿cómo?

—Amigo... Fulgencio. Decidme, ¿no podría vuestra mujer proporcionarme cualquier vestido que tuviese? Viejo ó nuevo, no importa.

—De seguro que algún pingajo deberá de tener, además de la ropa que lleva puesta.

Y el pastor gritó:

—¡Eh, Bettina!

Compareció la pastora, y díjola Mateo:

—A ver si guardas por ahí algún trapo para que nuestro huésped pueda vestirse de mujer.

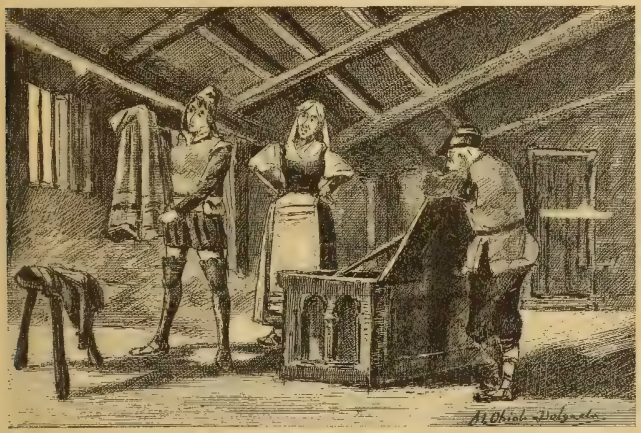
—¿Vais á disfrazaros?—exclamó Bettina, mirando sorprendida á Michelotta.

—Sí... A disfrazarme; pero como los caprichos tienen que pagarse y no entran en las leyes de la hospitalidad, me permitiréis que os ofrezca estos cuantos ducados para compraros un vestido nuevo por si acaso estropeara el vuestro.

Y Michelotta dejó algunas monedas de reluciente oro sobre un mugriento arcón arrimado á la pared.

La florentina no habia querido hacer sabedores á sus huéspedes de que tuviera ella escondido un traje de mujer en el petate que llevaba consigo.

Bettina sacó del arcón un corpiño, unas sayas y un capuchón, y mostrándolos á Michelotta, dijo:



—Esto será motivo para que yo trate de no echar á perder nada, patrona.

—Ahí tenéis toda la ropa que me queda... Estrené estas sayas cuando me casé y este corpiño cuando tuve el primer hijo... Ya veis, todo es viejo y está apolillado, pero guárdolo por las cosas que me recuerda.

—Esto será motivo para que yo trate de no echar á perder nada, patrona.

III

Retiróse Michelotta á un chiribitil contiguo á aquella estancia, y en pocos minutos apareció transfigurada, convertida en la más gentil pas-

tora que jamás hubiese llevado á apacentar sus cabras por las márgenes del apacible Arno.

Bettina y su marido no pudieron reprimir un gesto de admiración al ver á su huésped, tan enteramente transformado que nadie hubiese dicho que fuera el zagalón de poco antes.

—Pardiez, señor Fulgencio,—exclamó la mujer,—que podríais chasquear á más de cuatro en la época del carnaval.

—¿Os parece?—replicó sonriendo Michelotta.

—Pardiez, tanto, que no extrañaría se enamorara de vos mi marido, á no saber quién sois.

—No hay cuidado,—replicó la florentina.

—¿Y qué queréis hacer ahora?—preguntó Mateo.

—Pues, presentarme en Villa-Diana y pedir por ver á la señora.

—Atrevido sois.

—Si... algo. Conque, voy á partir... Pero... otra cosa... ¿No encontraríamos por ahí algunas palomas?

—Nada más fácil, pagando.

—Pagando, claro está.

—Maese Rambaldo tiene un palomar abundantísimo, y podría venderos.

—Si me hicierais el favor de ir vos... ¿Está muy lejos?

—No; á media legua de aquí.

—Id, pues, hermano Mateo... Creed que os quedaré muy agradecido si lo hacéis. Es otro capricho...

—Voy, voy... aunque, á la verdad, me parecéis sobradamente caprichoso, amigo Fulgencio...

Y Mateo se apresuró á partir, para cumplir el nuevo deseo de su antojadizo huésped.

IV

Quedaron solas Bettina y Michelotta, sentadas junto al hogar, guardando en un principio embarazoso silencio, hasta que, por fin, levan-

tándose bruscamente la pastora, y plantándose ante la venturera, exclamó:

—No podéis negármelo... Sois una mujer.

—¡Callad!—exclamó Michelotta, llevando un dedo delante de la boca, en señal de silencio.

—¡Ah! Ya veis... Ayer mismo me entraron sospechas de que era así, pero ahora estoy cierta, segurísima.

—¿Para qué negároslo?... Sí... lo soy, pero os ruego, por Dios, que no lo dejéis traslucir á nadie.

—¿Os persiguen?

—No; al contrario, yo soy la perseguidora.

—Mucho es que una mujer sola se atreva á tanto.

—¡Oh, Bettina! No sabéis en vuestra inocente existencia lejos de la agitada vida de las ciudades lo que puede ocurrirle á una mujer que no tenga más fortuna que el trabajo de sus manos, ni más amparo que á sí propia. Quien no goza de vida independiente, no puede prevenirse contra la dura ley de la necesidad. Las cosas han venido rodando de tal manera para mí, que no me ha quedado otro recurso que elegir entre ser yunque ó martillo. Pues bien; he preferido ser martillo que yunque.

—Y por lo mismo habéis preferido ser perseguidora que perseguida.

—Eso es.

—Os alabo el gusto... ¿Y quién es el perseguido?

—Ya lo sabréis, porque quizás vos misma seréis también su perseguidora, como yo.

—¡Pobre de mí!

—No os extrañe lo que os he dicho.

—Yo no quiero mal á nadie.

—¿A nadie absolutamente?

—Si no es á los de la quinta...

—¡Ah, pues ya veis!

—¿Trataríase de ellos quizás?

—Quizás sí... Pero hé ahí que viene vuestro marido... Callad.

Apareció, en efecto, el pastor con algunas palomas que llevaba en el regazo, blancas é inmóviles cual si fueran de nieve.

—Ahí tenéis,—dijo á Michelotta.—Estoy deseoso ya de ver en qué paran vuestros intentos.

—Ya veréis,—respondió la florentina,—y ahora dadme un silbato cualquiera que tengáis.

—Tomad, es el que me sirve para reunir el ganado,—contestó el pastor entregándole aquel objeto.

Cogió Michelotta las palomas, y se puso en marcha en dirección á Villa-Diana.

V

La astuta florentina llamó resueltamente á la maciza puerta que daba entrada á la finca, á cuya llamada respondieron inmediatamente los ladridos de varios perros, que por lo que podía colegirse, debían ser de no poca fiereza y corpulencia.

Al cabo de un largo rato se abrió el portillo y apareció en él un negro de atléticas formas, que miró á la recién llegada con aire amenazador, cerrándola el paso.

No por eso se intimidó la atrevida aventurera, sino que sin hacer caso de la actitud del cancerbero, mostróle sonriendo las palomas, haciéndole señas de que la dejara pasar.

El aplomo de Michelotta desconcertó un poco al negrazo que mostró en su estúpido semblante como cierta vacilación, pero que poco duró, pues lanzando una especie de rugido, dió un empellón á Michelotta para cerrar de nuevo el portillo.

La aventurera tuvo serenidad bastante entonces para dar suelta á las palomas que pasando por sobre la cabeza del etiope, volaron en dirección á la quinta.

Creido el negro de que quizás las pobres aves serían portadoras de algun maleficio ó sospechando no fuesen quizás una señal convenida, dejó abandonado el portillo para correr tras ellas y matarlas de un saetazo, de lo cual se aprovechó Michelotta para penetrar algunos

pasos dentro el jardín así que hubo visto alejarse al negro, lanzando entonces con un silbato tres fuertes silbidos á la manera que le había manifestado don Rodrigo cuando la mandó á Otranto.

Satisfecha ya con esto retiróse á todo correr Michelotta, viendo que el negro se apercibía á perseguirla. La audaz florentina entornó la puerta tras de sí y colocó varias piedras en el dintel.

...Se abrió el portillo y apareció en él un negro de atléticas formas.

Hallábase ya á cincuenta pasos de Villa-Diana cuando se abrió el portillo; el negro tropezó en las piedras y cayó; no tardó empero en levantarse, furioso, y emprendióla con Michelotta á pedradas, algunas de las cuales la acertaron aunque sin privarla de su carrera.

A todo esto, Mateo, que había ido siguiendo á Michelotta hasta la otra orilla del río, viendo la comprometida situación del *señor Fulgencio*,—vestido de mujer,—empuñó la honda y largóle al negro tal peladilla, que le hizo detener en su persecución, habiéndole causado en la cabeza una profunda herida.

El negro entonces, desistiendo de su batida, volvió la cara, aunque en honor á la verdad más preocupado por el abandono en que había dejado la puerta, que por las consecuencias de la herida.

—¡Bravo! ¡Habéis entrado en la quinta y me habéis proporcionado el placer de haberle abierto la cabeza al barbarote!—exclamó Mateo.—¡Un abrazo, camarada!

Pero el señor Fulgencio rehuyó tal muestra de cariño, diciéndole al pastor que le dolía mucho un brazo, aunque bien pudiera ser que no hubiese sido ésta la verdadera causa de la negativa, sino el estar Bettina mirando desde la choza como pasaban el puente su marido y la arrojada florentina.

VI

Al llegar á la cabaña dijo Michelotta:

—Cara Bettina, os he de rogar me dejéis conservar este traje que me habéis prestado, aunque no sea más que como memoria de la buena hospitalidad que aquí he recibido.

—Habéis pagado de sobras lo que vale,—contestó Bettina...—Podéis llevároslo.

—En tal caso, muchas gracias... Parto enseguida, pero antes desearía deciros dos palabras más...

—Decid, señor Fulgencio,—repuso Mateo.

—Quisiera, pues, que vos, amigo mío, estuviérais atento á las idas y venidas de esos vecinos... Trátase de no perderlos de vista... Por lo mismo, si veis que un día abandonan la quinta, seguidles, seguidles aunque sea hasta el fin del mundo y escribidle ó hacedle saber por cualquier otro medio á vuestra mujer dónde os hallárais... Dentro de quince días á lo más, estaré yo aquí de nuevo. Si los dueños de Villa-Diana no se han movido, mejor, y si acaso han partido haced por manera que pueda decirnos vuestra mujer qué camino han tomado, pues vos les iréis continuamente á la zaga. Ahí van cien ducados por el trabajo. ¿Aceptáis?

—Acepto,—replicó Mateo.—Les seguiré si se marchan y le enviaré noticias de dónde se hallen á Bettina. Y si no se mueven, ¿tendré que devolver los cien ducados?

—No; vuestros son lo mismo en un caso que en otro.

—Esto es hablar en cristiano. Contad conmigo hasta la muerte, señor Fulgencio. Bettina guardará las cabras.

—Resignáos por unos cuantos dias, buena mujer,—añadió Michelotta.—Ya os he dicho que todo lo más tardaré quince días en volver, y para entonces podrá regresar ya en seguida vuestro marido.

—¿Qué puedo hacer más que conformarme?—exclamó Bettina,—pero de todas maneras no creáis que me sepa mal que mi Mateo se ausente por quince días ó muchos más que sean. Bien valen cien ducados la pena de pasar algún mal rato. En nuestra vida los hubiéramos visto reunidos... ¡Oh, que vacas tan hermosas vamos á comprar, marido mío! ¿No es verdad?

—Verdad es, Bettina... Unas vacas hermosísimas... Iremos á Parma á mercarlas, y será tanta la leche que darán que ya verás como dentro un par de años no habrá en toda Toscana una más rica pastora que la señora Bettina, la esposa del opulentísimo Mateo... Y así podremos mandar á nuestros hijos á que estudien y quizás tendremos uno de ellos médico y otro letrado y otro canónigo... y quién sabe si podrá llegar hasta Papa...

—Todo puede ser, — replicó Michelotta, — pero no hay que pensar ahora en lo que será sino estar á lo que estamos. Ojo alerta y yo volveré aquí á no tardar, en compañía de otros caballeros... Adiós, amigos mios. Confío en vuestro celo y diligencia.

Marido y mujer besaron las manos á la Michelotta, admirándose Mateo de la finura de las mismas, admiración de que no participó Bettina que sabía más á qué atenerse respecto á la verdadera condición de aquel huésped tan simpático.

VII

La aventurera meditó un momento sobre el camino que tomaría, decidiéndose por fin á dirigirse á Córcega por la isla de Elba en vez de hacerlo por Liorna.

Temía no tropezar allí con algún conocido que viniera á estorbar su plan. Podría darse el caso de encontrarse allí los sardos en cuya

gabarra se había embarcado fra Ridolfo para ir á Urcino y no quería arriesgarse en manera alguna.

Trazóse, pues, este itinerario: Volterra, Porto-Ferrajo y la isla de Elba, para desde aquí trasladarse á Urcino.

Otra que Michelotta hubiérase sentido quizás acobardada ante la idea de recorrer sola tan largo trecho, en una época en que la seguridad personal era una idea tan vaga y utópica que de fijo no se le había ocurrido á nadie. No estaban aquellos tiempos para que los gobiernos cuidaran de que los caminos estuviesen libres de todo peligro, por lo cual debía cada viajero proveer por sí y ante sí á lo conveniente para no ser robado y muerto; la valerosa aventurera estaba hecha ya, empero, á semejantes viajatas, habiéndose encontrado en sobrados trances de difícil salida para no asustarse de una nueva expedición en que pudiera correr peligro su vida ó cuando menos su honra.

Cada tiempo engendra un género diferente de caracteres que se amoldan á los que las circunstancias demandan y en aquel siglo XVI no cabía mostrar repulgos ni venirse con escrúpulos de monja. La lucha era general y todas las armas eran lícitas. El que carecía de valor, no suplido por la astucia sucumbía ante el más fuerte y lo mismo hombres que mujeres debían mostrarse dispuestos á rechazar de la mejor manera las brutales acometidas del contrario. De entonces acá las costumbres se han dulcificado mucho y la iniciativa individual ha podido descargarse de gran parte de sus atribuciones. La justicia era entonces poco menos que un mito; el poderoso podía cebarse sin temor en el humilde, pero si éste se atrevía contra el poderoso, de fijo que le esperaba la horca. Tratábase por lo mismo de defenderse contra los que estaban arriba, pero de manera que la justicia no se convirtiese luégo en desfacedora de aquel entuerto. Lo mejor era, por lo tanto, dar los golpes tan secretamente como se pudiera, de donde la necesidad de hermanar el valor del león con la astucia de la zorra.

Ambas cualidades reunía perfectamente Michelotta, cuya finura de manos, por mucha que fuese, no tenía comparación con la finura de su inteligencia, digna de una compatricia del gran Macchiavelli. Elevada á otras esferas en vez de la humilde donde tuvo origen y en la cual se

había movido hasta entonces, de fijo que la Michelotta hubiera sido una de las más temibles damas políticas de las cortes italianas.

VIII

Animosa, pues, y cuidando al par de no despertar sospechas en nadie iba la Michelotta caminando, caminando, hacia el punto donde pensaba embarcarse para Urcino. Dábase por aldeana de la campiña de Florencia que habiendo quedado viuda iba á recogerse á casa de una hermana suya que tenía en Porto-Ferrajo, casada con un rico minero de la costa. El pobre aspecto que ofrecía con los raídos vestidos de Bettina, infundía pocos deseos de trabar íntimo conocimiento con ella, habiendo sido en todo tiempo la miseria el mejor medio de ahuyentar las compañías.

Alguna vez, animado por el desamparo de la infeliz viajera, había tratado algún hostelero sobrado mujeriego, de emprender la conquista de la desvalida viuda, pero al punto ésta había sabido quitárselo de pelante con lacrimosas exhortaciones y repetidos conjuros con su rosario bendito, dejando convencido al rufián de que la tal mujer era una roca de firmeza. Por otra parte, también había cuidado ella de desfigurar en lo posible, ya que no su rostro, la expresión de su semblante, adoptando un aire beato y místico y ocultando en lo posible sus facciones bajo el capuchón.

En tal guisa había hecho Michelotta seis días de camino hasta que una noche de á primeros de Noviembre llegó á Volterra, siendo recibida por el hostelero y su hija que después de servirla un ligero refrigerio en la cocina la dejaron instalada en un camaranchón al lado de aquel que poco después debía venir á ocupar don Rodrigo.

Michelotta reconoció al punto la voz del Máscara al oir decir á éste *Buenas noches* y fué cuando se dirigió á preguntar por él á la gentil mesonerilla.

Ya sabemos como Michelotta se le había dado á conocer, diciéndole enseguida al oído que había dejado á Blanca en Villa-Diana, bajo la vigilancia de Mateo, mientras ella se disponía á trasladarse á Urci-

no creida de que allí la encontraría y podría participarle su descubrimiento.

Lejos ya de Volterra, reconoció Roberto Falconieri á su antigua compañera de viaje de Pisa á Liorna y exclamó:

—¡Ah! ¿Sois vos?

—La misma, frate.

—Conque, parece que no tuvisteis mucha suerte...

—Como vos, á corta diferencia.

—No encontrasteis á vuestro marido.

—Ni vos á vuestra esposa.

—Es verdad... Me ganasteis la delantera.

—Os la ganaré siempre, frate.

—Mucho decir es eso.

—No es decir mucho... A las pruebas me remito.

—Es que ahora no vamos en mula sino á caballo.

—También os he ganado así, y hasta por mar...

—Temible sois, lo confieso.

—Eso creo y, por lo tanto, seamos amigos y quered jugar limpio siempre.

—Jugaremos limpio, pero se me antoja que habéis cambiado mucho el aire desde que os ví.

—No es extraño; he estado á punto de ser reina de no sé qué ínsula.

—Es verdad que os apresó Hamet.

—Justamente; apresóme él, pero yo aprehendí al que le sucedió en el mando.

—Le aprehendisteis con vuestras gracias, por supuesto.

—Por supuesto que con mis gracias, pero después le maté por su desgracia.

—¿Eso hicisteis?

—Eso hice frate... Y no os admire lo hecho; pues creed que no me costó nada.

—No os sabía tan valerosa, Michelotta.

—Un día ya os contaré mi historia y veréis á donde alcanza mi valor. Y ahora, basta de pullas... A lo que estamos.

—Decís bien,—repuso el Máscara.

Los tres viajeros guardaron silencio y no despegaron más los labios hasta llegar al final de la etapa de aquel día.

En su expedición tenían cuidado de presentarse siempre en los poblados cuando era ya noche cerrada, á fin de no llamar la atención don Rodrigo, y de salir muy de madrugada con igual objeto.

Por fin, á los seis días de marcha y así que anochecía pudieron tocar las tapias de Villa-Diana.

Michelotta se dirigió enseguida á la choza de Mateo y preguntó si había ocurrido novedad.

—He visto entrar y salir varias veces á un caballero,—respondió el pastor,—pero desde ayer tarde no ha vuelto á moverse de la quinta.

La emisaria fué á participar la nueva á don Rodrigo.

—Vamos á la choza,—dijo el Máscara.

Michelotta guió á sus dos compañeros á la cabaña, donde fueron recibidos por el pastor, dejando allí los caballos en que habían hecho la última jornada.

En breve tiempo quedó decidido que don Rodrigo, Roberto, Mateo y Michelotta irían á llamar, derribando la puerta á hachazos si no abrían, enseguida de lo cual llegarían á viva fuerza hasta el palacio.

Bien armados todos dirigiéronse hacia Villa-Diana y llamaron.

Reinaba el más profundo silencio; no se oyó que ladrasen siquiera los perros.

—Es extraño,—exclamó Mateo.—Anoche les oí ladrar furiosamente.

—No hay más que derribar la puerta á hachazos,—exclamó don Rodrigo, lleno de sombríos presentimientos.

Y añadiendo la acción á la palabra descargó sobre el portillo algunos golpes que hicieron astillas de las macizas tablas.

Don Rodrigo precedió á los demás.

—No se percibe nada,—exclamó Roberto.

Así llegaron en el mayor silencio hasta la quinta.

Tendido al pié de las gradas por donde se subía al pórtico aparecía un hombre.

—¡El negro!—dijo Mateo.

Acercáronse y el pastor proyectó sobre aquel cuerpo la luz de la linterna que llevaba á prevención.

—Está muerto,—repuso.—Ved. Degollado.

Mientras Mateo parecía quedar como petrificado ante aquel cadáver, don Rodrigo y Roberto penetraban en la quinta, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—¡Blanca! ¡Blanca!—gritaron.

Nadie respondió.

—Registrémoslo todo,—exclamó don Rodrigo.

—Es inútil,—replicó Roberto.—No estará aquí.

En aquel momento se les reunió la Michelotta y dijo:

—Los perros han muerto también; conócese que los han envenenado, pues no presentan señal alguna de herida.

Don Rodrigo y Roberto recorrian toda la casa.

No había señal de encontrarse en ella alma viviente.

Faltaba únicamente que ver la cocina.

Un terrible espectáculo les esperaba allí.

Los dos viejos criados yacian cadáveres también; expresando en la contracción de sus rostros los horrorosos sufrimientos experimentados en su agonía.

—¡Envenenados también!—dijo Roberto después de haberlos examinado rápidamente.

—¿Pero por dónde habrán podido salir los otros, si es que han salido?—exclamaba Mateo.—Yo no sé que la quinta tenga más puerta de entrada ni salida que ésta y la tapia es muy alta para ser escalada sin peligro.

—Voy á dar la vuelta á la cerca por fuera,—exclamó Roberto.—Quedad vosotros aquí.

Falconieri salió de la quinta y fué rodeándola, guiado por la luz de la luna que acababa de aparecer en su lleno.

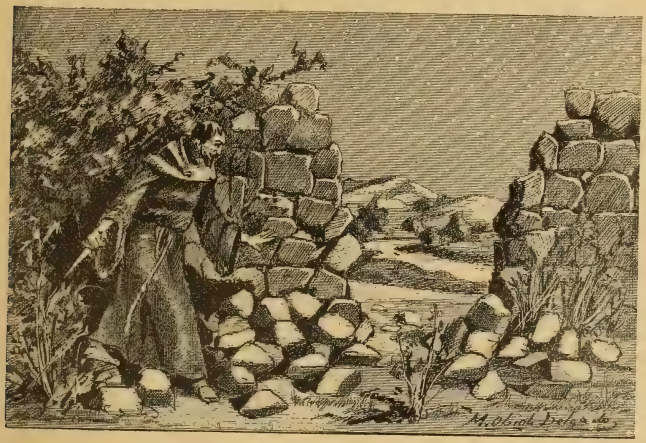
—¡Eh!—murmuró al hallarse en la parte opuesta donde estaba la puerta.

Había tropezado con un montón de piedras y tierra, recientemente removida al parecer.

Miró, y vió que se había practicado un gran boquete en la pared de cerca.

—Por aquí huyeron,—murmuró.

Examinó luégo el suelo, y siguiendo algún trecho á la izquierda, distinguió las huellas de las herraduras de dos caballos, marcadas en opuestas direcciones sin embargo, pero terminando precisamente frente al boquete.



—Por aquí huyeron,—murmuró.

—Por aquí vinieron los caballos y por el mismo camino se volvieron,—añadió para su sayo Roberto Falconieri.—Y son *dos*... Es difícil que una mujer que no quiere ceder vaya sola á caballo... Lo más natural es que el raptor la lleve consigo... Dos caballos con dos ginetes llegan más pronto al fin de la jornada que un caballo solo... La cosa correría prisa... ¡Oh Blanca! ¡Cuánta sangre cuestas! ¡Fatal estrella presidió á tu nacimiento!

Retrocedió Roberto y fué á reunirse con los que le esperaban en la quinta.

—Los fugitivos han abierto un boquete en la parte de mediodía y han huido en un caballo cada uno,—dijo Roberto.

Don Rodrigo, sombrío, bajó la cabeza sin decir palabra.

—La muerte marca los pasos de esa mujer,—repuso Falconieri...—¡Horrible destino!... ¡No más sangre!... Me faltan ya las fuerzas, don Rodrigo... Adiós... Olvidadme todos...

—¿Qué pretendéis?—exclamó don Rodrigo en tono amenazador, saliendo de la honda abstracción en que había estado sumido.

—Señor,—replicó Roberto,—no queráis prolongar por más tiempo mi angustiosa situación... Aparéceme el pasado con horrenda negrura. He sido un criminal, un sacrílego... Me he concitado la maldición del cielo... Dejadme... Huid de mí, ó dejadme que huya... Soy el réprobo que el infierno espera... Soy el ladrón, el apóstata condenado... Huid... huid de mí... Mi presencia provoca la cólera del cielo... Matadme si queréis; no me defenderé... Aplastadme como al venenoso reptil... Y si no queréis matarme, dejadme... Iré á un desierto... Toda la vida pasada en crueles penitencias no bastará quizás á redimir mis culpas... Y todo por *ella*... El infierno me arrojó á sus piés para arrebatármela enseguida... Dios no quiere que vuelva á verla... No... no quiero verla... Id, vos, don Rodrigo... Matadme, si sospecháis que quiera yo seguir buscándola... Pero no... no me toquéis... Es vuestra... Yo os la robé... Dios me castigó...

Y fra Ridolfo, delirante, con la mirada extraviada, fué apartándose lentamente del grupo.

—¿A dónde irá?—exclamó Mateo, disponiéndose á seguirlo.

Don Rodrigo extendió el brazo y dijo con grave entonación:

—Dejadlo. Dios le guíe, y me guíe á mí también.

Momentos después había desaparecido en la oscuridad Roberto Falconieri.

—Traedme mi caballo,—repuso don Rodrigo, dirigiéndose á Mateo.

El pastor se presentó al poco rato trayendo no uno, sino los dos caballos en que habían venido el Máscara y Roberto.

El corsario, silencioso, montó en su tordillo y emprendió la marcha sin reparar que Michelotta había subido en el alazán y le iba siguiendo.

Al rayar el alba, el Máscara, sorprendido por el rumor del caballo

que le iba á la zaga, volvió la cabeza, y al ver á la fiel servidora se detuvo para esperarla.

—¿Conque no queréis abandonarme?—dijo.

—No; no os abandonaré señor,—repuso la florentina.

—Bien está. Seguidme pues,—replicó el Máscara.

Y poniendo al mismo paso los caballos, continuaron juntos su camino desandando la jornada hecha el día anterior.

LIBRO IV

DONNA CLORINDA

CAPÍTULO PRIMERO

Astrología

Dábase un gran baile en el palacio del noble senador Altomare, con el cual se inauguraba el carnaval que empezaba en aquel Diciembre de 1571.

El canal Orfano estaba lleno de góndolas que habían conducido allí á las elegantes damas y caballeros invitados á la fiesta.

Todo era alegría en Venecia. La victoria de Lepanto había devuelto la confianza en lo porvenir á los que desconfiaban de la regeneración de la decadente república.

La escalera del palacio estaba alfombrada de blanco y por ella veíanse subir las parejas; había muchas mujeres vestidas de raso, de damasco ó de tabí, adornadas de collares y brazaletes, con los cabellos esparcidos por la espalda y entrelazados de oro, y multitud de hombres con largos trajes de raso ó terciopelo encarnado; pero abundaban sobre todo los disfraces, á cual más caprichoso y rico.

Las salas del palacio estaban atestadas de una bulliciosa muchedumbre que iba allí en alas del deseo de entregarse al placer de la danza, sin perjuicio de otros particulares designios.

Cubrían las paredes algunos grandes cuadros de Vittore Carpaccio, Ticiano y Tintoretto y donde no se admiraban tales lienzos aparecían riquísimos tapices de Persia sobre los cuales resaltaban maravillosos trofeos de armas conquistadas á los enemigos de la república desde remotos siglos.

Una orquesta de violines oculta detrás de un jardín formado artificialmente en una de las salas, dejaba oir los acordes de una contradanza de cadencioso ritmo.

Discurrían por las estancias multitud de alegres máscaras, lanzando á su paso agudos epigramas contra tal grave senador ó banquero ó dirigiendo alambicados requiebros á las beldades que allí ostentaban sus hechizos.

Las luces reflejaban sus fulgores en las lunas que á profusión estaban arrimadas á las paredes, quebrábanse en los prismas de las arañas de cristal de Murano que pendían del artesonado y arrancaban flamígeras chispas de las pedrerías que centelleaban en los marmóreos cuellos y brazos de las bellas invitadas.

La atmósfera, saturada con los penetrantes aromas de las flores y de los perfumes de las *gentildonne*, brillaba con reflejos dorados á causa del polvillo que el aire arrastraba de los tocados femeniles. Iban, en efecto, la mayor parte de las damas con el pelo salpicado de finísimos polvos de oro, á fin de parecerse mejor á los tipos que inmortalizaba en sus obras el autor de tantas Ledas y Danaes cuyos cabellos aparecían del más ardiente matiz rubio.

La luz resbalaba con cariñosa suavidad por el raso de los desnudos

hombros y el menos fino de las faldas moradas, amarillas y escarlatas. Los ojos brillaban con encendido fulgor, ya resaltando sobre la blancura de un rostro de nieve, ya fosforesciendo bajo la negra máscara de terciopelo.

No había labios de mujer que permaneciesen quietos; risas, voces, sonrisas y suspiros, entreabrían las rosas y claveles de los femeninos rostros, mientras los hombres, más graves, dejaban que las alegres damas se entregasen al placer de hablar y de reir á costa de ellos.

Pocos eran los que atendían á la contradanza que se dejaba oir y cuyos ecos sólo era dable percibir á intervalos, ahogados por la confusión de las conversaciones y la algazara de las carcajadas.

Venecia se divertía.

II

Entre las damas que habían acudido á aquella fiesta, figuraba una que acompañada de un anciano patricio, después de haber atravesado lentamente los salones y saludado á los nobles dueños, se había dirigido á los jardines mágicamente iluminados con guirnaldas de faroles de colores colgadas de las ramas de los árboles ó pendientes de los arcos levantados á lo largo de los senderos.

Era una mujer de unos treinta años, admirablemente bella; de arrogante figura, moreno cutis, negrísimo pelo y ojos aún más negros, si cabía. Las líneas del semblante, como todas las de su cuerpo, tenían una corrección escultural; era el tipo griego, avivado empero con la ardiente sangre de los árabes. Sus ojos parecían lanzar llamaradas de pasión, y de todo su sér emanaba como una voluptuosidad embriagadora y fatal. No brillaba en sus facciones la alegría, sino más bien como cierta sombría expresión.

Iba vestida extrañamente, toda de amarillo y oro, con sólo los encajes blancos. El busto, moreno-dorado, surgía enérgicamente del círculo de blondas que festoneaba el corpiño; rodeábale el cuello un collar de topacios, siendo de lo mismo los pendientes, y los brazos, dignos de una estatua de Juno, caían lánguidamente á lo largo del talle, aprisionados dentro gruesos brazaletes de oro.

Llevaba prendidas en la cabeza tres plumas amarillas, que resaltaba vigorosamente sobre el negro pelo, y clavadas en las largas trenzas recogidas sobre la nuca, veíanse multitud de mariposas de doradas alas, peregrinamente labradas por experto orífice.

La dama atravesó los jardines, enteramente solitarios, á la sazón, y entró con su caballero en un cenador; sentóse y dióse aire con el abanico de plumas que llevaba, á pesar de que no se sentía el menor asomo de calor, antes bien estaba fría la noche.

El noble anciano, de pié junto á la señora, mirábala con inequívocas muestras de inquietud.

—¿Qué tenéis, pues, amada mía?—exclamó.—¿No os ha satisfecho el aspecto de los salones, que tan pronto habéis querido saliros á este sitio? Faltará al baile su mejor ornamento no estando vos.

—Después iremos,—repuso la hermosa dama con voz que parecía salir de una garganta de oro...—Sofocóme el calor... Sentí como un vahído...

—Pésame que tal molestia experimentárais, aunque pronto se os pasará eso... Esforzáos un poco y veréis como se disipan al momento esos vapores...

No parecía la dama escuchar, sin embargo, al caballero, y seguía abanicándose con nerviosa agitación, hasta que de pronto, poniéndose en pié, con brusco movimiento, cogióse del brazo del anciano y dijo:

—Vamos al baile. Se me ha pasado ya.

El caballero no se hizo de rogar; apretó el paso cuanto pudo, y á los pocos minutos entraba triunfalmente en los salones, llevando siempre del brazo á la hermosa dama del amarillo traje.

III

Detuviéronse el anciano y la joven en una preciosa antesala y sentados en un diván miraban como multitud de parejas se entregaban al placer de la danza, cuando se acercó á ellos una máscara con el disfraz de astrólogo, la cual, dirigiéndose á la dama, exclamó:

—En feliz instante ha aparecido en este cielo el astro que faltaba,

EN FELIZ INSTANTE HA APARECIDO EN ESTE CIELO EL ASTRO QUE FALTABA

el sol radiante que con sus ardientes fuegos ha disipado las tinieblas en que yacian tantos ojos y ha eclipsado las orgullosas estrellas que se creían igualarla en luz incomparable... ¡Salve, oh sol espléndido, sol que todo lo ilumina!...

Tan hiperbólico lenguaje estaba dentro de las costumbres de aquella época, y no tenía nada de chocante entonces. Cuanto más conceptuoso era un discurso, mayor mérito se le daba. La aludida no tuvo, pues, por qué mostrarse demasiado sorprendida del exagerado encomio, y respondió siguiendo la alegoría:

—Pues no os acerquéis demasiado, buen astrólogo, que ya sabéis que el sol quema.

—¡Muerte feliz! ¿Quién no se daría por dichoso con morir abrasado en vuestros ojos?

—¡No permita Dios que nadie perezca por tal causa!

—Y sin embargo... ¡cuántos han sucumbido ya!

—¿Me acusáis, pues, de ser una fiera matadora?

—¡Oh! ¿Qué culpa tenéis vos si vuestros ojos abrasan?

—¿Tal poder tienen, os parece?

—No dudéis que sí.

—Permitidme, pues, que en beneficio vuestro, os ruegue que os retiréis. Sentiría en el alma que por mi causa murieseis.

—Gracias por vuestra buena intención, pero con los astrólogos no reza lo que os he dicho... Estamos tan familiarizados con el sol...

—¿Familiarizados?

—Claro que sí... Conocemos todos sus secretos y la manera de que no nos dañen sus rayos.

—Tranquilízome entonces. Veo que soy para vos totalmente inofensiva.

—Y deberíais felicitaros por ello, pues á lo menos sabéis que hay con quién podéis departir sin matarle, y ahora me permitiré rogarle al noble conde de Belfiore que si no lo tomase á mal levantaríaos yo el horóscopo, nada más que dando una vuelta con vos por estas salas.

El conde, á quien la conversación del impertinente parecía haber puesto de harto mal humor, hizo con los hombros un displicente gesto

de asentimiento, pero ya antes de que tal prueba de aquiescencia diera, habíase puesto en pié la dama amarilla, y aceptaba el brazo que el astrólogo la ofrecía.

—¿Vais á levantarme el horóscopo guiándoos por la mano?—preguntó la dama en tono entre grave y burlón.

—No es preciso: guíome yo por ciertas particularidades que tengo secretas todavía y mediante las cuales no hay para qué incomodar absolutamente á nadie.

—Decid, pues.

—Comencemos. Cónstame en primer lugar, por mi ciencia, que sois, donna Clorinda, tan desgraciada como hermosa...

—Todo eso es pura galantería, astrólogo; soy muy desgraciada, es cierto; pero que sea hermosa, lo ignoro.

—Bajo mi palabra honrada podéis creer que sois la más bella dama no ya de este baile, sino de toda Venecia; pero dejemos á un lado esta cualidad á fin de haceros ver la formalidad de mi ciencia; permitidme que os diga los motivos que tenéis para creeros tan desgraciada como vos misma habéis confesado ya.

—Decid.

—Vuestra desgracia dimana, gentil Clorinda, de la ausencia de un sér muy amado, muy querido...

—Habladurías, creedlo.

—Algo más que habladurías, madonna. El pérfido os ha vendido...

Detúvose la dama, y en voz baja exclamó con airado acento:

—¡El! ¡Mentís!...

—Creed, bella Clorinda, que no me han engañado los astros; el ingrato se halla á estas horas Dios sabe dónde...

—¿Con otra?...

—Naturalmente, con otra...

Donna Clorinda se desprendió del brazo del astrólogo, y palideciendo, exclamó, siempre en voz baja:

—Si no me decís su nombre, aquí mismo, gritando, diré que sois un infame impostor y haré que os arrojen á palos los lacayos.

El máscara hizo una profunda reverencia y repuso:

—Obraríais perfectamente haciendo lo que decís, señora, pero afortunadamente me preguntáis una cosa á la cual puedo contestaros enseguida... ¡Ojalá me hubiesen revelado los astros otras cosas sobre las cuales estoy aún completamente á oscuras!...

—El nombre de esa mujer...

—El nombre de la mujer que os ha robado el tierno corazón de Angelo Branzanti, es... Blanca Alviano, y ahora, silencio, donna Clorinda; basta con que lo sepáis vos, sin que deba enterarse nadie más.

—¡Blanca Alviano! ¡Ved como se ha descubierto vuestra impostura!... Blanca Alviano desapareció sin dejar rastro... Murió sin duda...

—No murió, puesto que como acabo de tener el honor de deciros, es la dulce amante de Angelo Branzanti.

—No puedo creeros... Decisme cosas que jamás hubiera imaginado... ¡Una prueba de lo que afirmáis!

—La prueba no puedo dárosla aquí mismo, pero si queréis hacer conmigo un viaje nada más que hasta Florencia, os aseguro que no os cabrá duda ninguna.

—Proponéisme una cosa que sabéis que es imposible. No me dejaría el conde... pero... antes que nada, decidme... ¿cómo sabéis vos eso?

—¿Cómo? Por habérmelo asegurado así el pobre Paolo Riccioli...

—¡Riccioli! No estáis muy acertado en los testimonios que me citáis, buen astrólogo... Riccioli pereció al regresar de la expedición á San Mauro.

—Os han engañado. No hay duda que pasó algunos malos ratos, pero por fin logró salvarse.

—¿Y vos le habéis visto?

—¿Qué duda tiene?...

—¿Y él fué quien os dió noticia de esos amores que me habéis contado?

—Él mismo, en persona... Como sabía las relaciones que os unían con Branzanti, creyó del caso que convenía avisaros de su inesperada escapatoria...

—¡Miserable! ¡He de aplastarle como á la ingrata culebra que muerde la mano que la ha criado!

—Eso es; nada de lamentos, señora. Pensad que no estáis en el caso de afligiros, sino de vengaros.

—¿Afligirme la villanía de ese hombre? ¡Jamás! Pero me parece un sueño lo que me habéis contado... Blanca de Alviano, amante de Angelo... Riccioli vivo...

—Por milagro, es verdad.

—¡Oh, qué infamia! ¡Venderme de ese modo! ¡Pagarme así mi amor!

—Consolaos con que fué mayor aún la traición cometida con Riccioli... Queríale éste como á un hijo...

—Me convendría verle á vuestro amigo... ¿Sería posible esto?

—Nada más fácil.

—Entonces, os suplico le enteréis de mi deseo... Sí... quiero vengarme... pero vengarme con creces, de su infamia.

—Clorinda... eso es hablar en razón. Mañana se presentará Riccioli en vuestra casa...

—¿Tan cierto me lo dáis?

—¿Pues no veis, mi bella amiga, que estáis hablando con él, desde que tuve el honor de saludaros?

Estremecióse Clorinda, y repuso después de un momento de vacilación:

—Es verdad... Sois Paolo... Mañana al amanecer aguardadme en una góndola delante de mi casa... Pretextaré ir á misa y hablaremos.

El astrólogo y la dama amarilla se dirigieron á donde estaba el conde, que lleno de impaciencia esperaba la vuelta de Clorinda, sin atender á las bromas que la dirigían multitud de máscaras.

—Noble Belfiore,—exclamó el astrólogo,—perdonadme os haya privado por tanto tiempo de la dulce compañía de vuestra gentil esposa... ¡Dichoso sois en poseer el más hermoso astro de la creación, la más envidiada gentil-donna de Venecia!

Y diciendo esto, hizo una profunda reverencia y desapareció entre la muchedumbre que llenaba por completo los salones del palacio.

IV

—Larga ha sido la plática,—exclamó el conde una vez Clorinda se hubo sentado nuevamente.

—Nonadas todo,—replicó Clorinda.—¿Iríais acaso á tener celos? Bien sabéis cuánto me irritaría eso.

—No, á la verdad... No tengo celos.

—Era sin duda algún forastero deseoso de pasar el rato sin aburrirse demasiado.

—¿Forastero os pareció?

—Sin duda alguna. Decía cosas que á ningún veneciano se le hubieran ocurrido y manifestábase bien ignorante de lo que aquí sabe todo el mundo. Disparates mezclados con exageradas cortesías.

—No digáis entonces más, Clorinda... Sería sin duda algún caballerete francés.

—Es verdad... Sí... francés sería.

—Habrá visto como Ruggieri le levanta horóscopos á la reina Catalina, y ha ideado repetir la donosa escena aquí en Venecia...

El conde pareció haber quedado muy pagado de aquella prueba de perspicacia, y no pensó ya más en el astrólogo, tanto más en cuanto Clorinda le prodigaba las más tiernas caricias con sus ojos, semejante á la serpiente que fascina al inocente pajarillo.

Y era así en efecto. Donna Clorinda había conseguido enloquecer de tal manera al conde de Belfiore, que llegó á ser su esposa, después de haber llevado la vida de las cortesanas.

Su historia podía reducirse á decir que había sido hermosísima y tan astuta como hermosa. No conocía padres ni familia y habíase criado en las calles en plena independencia. Pronto hubo de ser notada su hermosura, y no tardó en hacerse célebre, pero no se contentó, sin embargo, con ser hermosa, sino que aspiró á ser una verdadera *hetaira* como Imperia en Roma, y Tulia, en la misma Venecia, hacia pocos años, y de ahí que cultivase su inteligencia y adquiriese una multitud de habilidades. Sabía historia, conocía la literatura italiana,

entendía en pintura, cantaba y pulsaba divinamente el laud. A los veinticinco años, en plena ostentación de su belleza y de sus talentos, había conocido al conde de Belfiore, embajador de la corte de Toscana, que se enamoró de ella locamente. Clorinda que soñaba con la suerte de Bianca Cappello, su amiga de aventuras, dióse tal maña, que el pobre diplomático acabó por doblar su cuello á la nupcial coyunda.

Satisfecha su ambición quiso conciliarse Clorinda el respeto de todos, y á este fin mostróse tan prudente, reservada y discreta, que nadie osó levantar contra ella la menor protesta. Y era á la verdad fiel, ya que no amante esposa, y lo siguió siendo hasta el día que en un baile que daba el dux en su palacio se encontró con Angelo Branzanti.

La cortesana que hasta entonces había ignorado por completo lo que era amar, sintióse enredada de pronto en las traidoras mallas de Cupido. El primer efecto que experimentó fué el de una irritación violenta; ella, tan dominante, tan absoluta, tan imperiosa, ¿verse hostigada sin cesar por el pensamiento de aquel mancebo que ni siquiera le había hablado, contentándose con mirarla como en éxtasis? La condesa no podía comprender por qué había de sentirse avasallada por aquel recuerdo. La imagen de Branzanti seguíala á todas partes donde iba... ¡Un mísero teniente de marina perturbar de tal manera la mente de la condesa de Belfiore! Pero luégo entraba Clorinda en reflexión y tenía que reconocer que la culpa era suya... Ella era quien pensaba en el pobre teniente de marina... Y al imaginar que quizás *él* no se acordaba de ella para nada, sentía como una cólera incomprensible, como un rencor absurdo.

Mas, ¿por qué había de pensar tanto en el teniente? Cansada estaba ella de escuchar de labios de los más elevados personajes frases de ardiente, de apasionado amor... Siempre había sentido en su pecho la frialdad de hielo; jamás había podido latir apresuradamente su corazón al compás de aquellas frases capaces de derretir la nieve de los Apeninos. Y ahora, sin una palabra, sin una frase, al influjo de una sola mirada, sentíase vencida, sujeta al tiránico recuerdo de aquel joven, bello y cándido como una virginal doncella...

Clorinda se desesperaba.

Pasaron días.

La condesa de Belfiore se sentía presa de insoportable malestar. Confesábase vencida; quería ver de nuevo á Angelo Branzanti.

Hizo que el conde diera un baile y encontró manera de dirigir una invitación al teniente.

Clorinda aguardaba con ansiedad su llegada.

Por fin le vió aparecer.

A pesar del dominio que aquella mujer ejercía sobre sí misma, no pudó disimular la emoción profunda que le causó la presencia de Branzanti.

El joven, no viendo al conde por ninguna parte, dirigióse á Clorinda y la saludó con la más galante cortesía, dándole gracias por la inmerecida distinción de que había sido objeto.

Era tanta la turbación de Clorinda, que no acertaba á responder; sus ojos estaban fijos, clavados en los de Branzanti, que por su parte sentíase como envuelto en magnéticos efluvios.

En un momento quedaron enlazadas sus dos almas.

Sin decirse nada, habíanse compenetrado sus sentimientos fundiéndose en uno solo.

Pareció que aquel instante solemne tuviera la duración de todo su pasado, desde el nacer hasta entonces.

Clorinda y Angelo se reconocieron.

No tenían nada que decirse.

La crisis había sido instantánea.

Eran dos corazones vírgenes: en la cortesana, en la esposa venal, había surgido de pronto la amante enamorada; mientras que Branzanti sentía en su pecho y en su frente un fuego abrasador que fundía sin compasión la glacial indiferencia de su apacible mocedad.

V

Una sola persona conocía el secreto de los dos enamorados, y era Riccioli.

Profesaba éste singular afecto al teniente, á quien favorecía en todo lo que dependía de su poderosa influencia.

Teníalo á sus órdenes como ayudante y tratábalo más que como á subordinado, como hijo.

Tanto le quería que jamás quiso inmiscuirle en ningún asunto que pudiese menoscabar su dignidad; reservábale todas las ocasiones de poder conquistar gloria y consideración, pero nunca aquellas en que pudiese aparecer como despreciable instrumento.

No había pasado desapercibido para Riccioli el cambio efectuado en su protegido; dirigióle alguna insinuación sobre el particular, y el teniente que no podía tener secretos para su bienhechor, revelóselo todo.

—Habéis hecho bien en advertirme, Angelo,—repuso Riccioli;—sois muy joven y quizás tendré ocasión de prestaros algún servicio que os sea útil. Mi experiencia podrá seros provechosa.

Los amores de Clorinda y el joven teniente de marina seguían de cada día más ardorosos. Angelo se sentía enteramente dominado por aquella mujer, nueva Circe que sabía poner en práctica los más sutiles medios de seducción para retener á su lado al adorado mancebo, mientras el conde permanecía sumido en la mayor ignorancia de lo que estaba ocurriendo.

Los preparativos de la campaña contra los turcos nublaron el sereno cielo de los amores de Clorinda y Angelo, aunque en honor á la verdad no sintió tanto Branzanti separarse de la bella como ésta de su adorado querubín.

Mientras Clorinda mostrábase de cada día más enamorada y hasta celosa, Angelo no pasaba de cierto grado fijo y áun puede decirse que sentía á veces cierta frialdad.

La astuta cortesana no comprendía que el exceso de su cariño debía producir necesariamente este resultado, pero entregada por completo al arrebato de su pasión, no cuidaba de que Branzanti sintiera esas ansias que son el pábulo de la amorosa llama; Angelo encontraba monótona su felicidad, demasiado fácil su dicha, y suspiraba por algo nuevo, más animado, más vivo que no aquella existencia olímpica, no empañada por la más ligera sombra.

De ahí que la idea de batirse con los turcos le alegrara extraordinariamente, por más que cuidara bien de no dejarlo entrever á Clorinda.

En cambio la desesperación de ésta fué indecible... La pobre mujer amaba á Branzanti con verdadera locura; hubiera querido tenerlo únicamente para sí, absolutamente suyo, y al pensar que iba á exponer su vida por otra causa que ella, sentía como cierta cólera. Clorinda no creía que ni la cristiandad entera ni el honor de Venecia valiesen la pena de que expusiera su precioso pellejo el teniente Branzanti.

No hubo más remedio sin embargo.

El senador Riccioli acababa de llegar á Venecia en ocasión en que estaban terminándose ya los preparativos para hacerse á la mar la flota de la Señoría y el Consejo le confirió el mando de una galera, la misma en que iba embarcado Branzanti. Esto consoló algo á Clorinda que creyó más segura la vida de Angelo yendo á las órdenes de su amigo y bienhechor que no si hubiese tenido que servir á las de otro comandante, ignorante del interés que por el lindo teniente sentía la hermosa condesa de Belfiore.

Branzanti se portó con bravura en la batalla, y si no murió no fué porque Riccioli hubiese puesto coto á sus temeridades, sino porque la muerte no le quiso.

VI

Por lo dicho se comprenderá que Riccioli había sabido escoger el emisario que enviaba á Villa-Diana. Nadie podía inspirarle mayor confianza ni más completa seguridad que el amante de otra mujer, no menos hermosa que aquella á quien debía amparar durante la ausencia de su esposo, pues como á tal se había expresado Riccioli al hablarle de Blanca á Branzanti.

Al regresar la escuadra á Venecia se enteró Clorinda con espanto, de la pérdida de la galera de Riccioli al volver de San Mauro, y de la desaparición del comandante, pero tranquilizóse al saber que Branzanti había partido la misma noche del 9 de Octubre encargado de una misión en la corte de Cosme de Médicis.

Branzanti habíale escrito una carta al siguiente día de llegar á Villa-Diana, y con ello se había calmado la zozobra de la bellísima condesa, pero de nuevo había vuelto á sus tristes inquietudes al pasar días y más días sin recibir más noticias.

Por lo mismo no se sentía dispuesta á asistir á fiesta alguna y había manifestado al conde su intención de excusarse de concurrir al baile de Altomare, pero cierta misteriosa carta recibida aquel mismo día, manifestando que acudiera á la indicada fiesta donde podría adquirir ciertas noticias que quizás la interesarían, hízola variar de pensamiento, con viva satisfacción del conde que tenía especial empeño en llevar á su mujer á todas partes para que todos la admirasen, salvo mostrarse enseguida celosísimo si alguien la miraba.

Clorinda esperaba que al entrar en el baile se le acercaría el incógnito autor de la carta, y de ahí la lentitud con que atravesó los salones y el descorazonamiento que se apoderó de ella al no acercársele nadie: creyó en una burla, y cuando se le presentó el astrólogo no atinó de pronto que pudiera ser él quien le enviara la misiva.

No esperaba, sin embargo, que las noticias que tenían que comunicarle fueran las que le dió Riccioli. Sintióse herida en su orgullo, en su amor y en su sinceridad, y apoderóse de ella el demónio de la venganza, sin asomo siquiera de dolor por el cariño burlado ni de amargura por el vendido amor. Clorinda se reveló en aquel trance con toda la altanería de la aristócrata improvisada, más que como amante escarnecida. Comparó su posición con la de Branzanti y sintióse picada por la víbora de la soberbia. El mísero gusano había osado desdeñar al águila real. Tales eran los términos en que se le aparecía la traición de Branzanti. Había que aplastar al miserable.

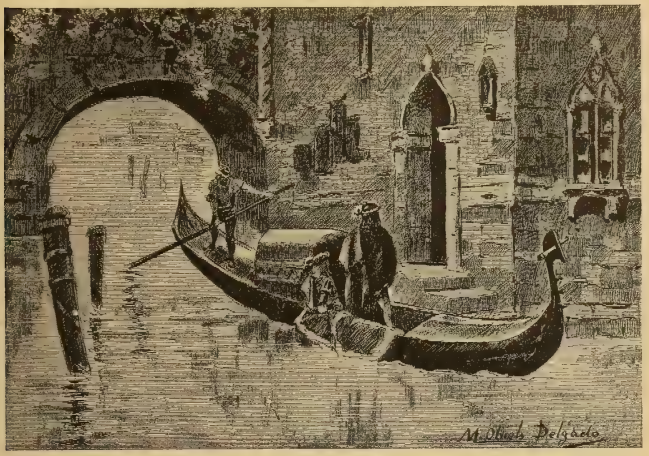
En tales pensamientos pasó la noche, al salir del baile, esperando la llegada del nuevo día.

VII

No había amanecido aún cuando una góndola en la cual iban dos hombres se detenía ante el palacio Belfiore, en el canal grande, cerca de la Salute.

Poco después salía por la *puerta del agua* una dama, la cual era recibida por uno de los gondoleros y se embarcaba en el esquife, colocándose bajo la toldilla.

El gondolero que había ido á recibir á la señora, sentóse junto á ella, dejando á su compañero el cuidado de bogar, lo cual hacia con marcada lentitud.



No había amanecido aún, cuando una góndola en la cual iban dos hombres se detenía ante el palacio Belfiore.

—Continuad, Riccioli,—exclamó la dama, en voz baja.—¿Por qué medio pudisteis enteraros de la traición de Angelo?

—Habíale confiado yo la protección de mi amante... ¿qué digo de mi amante? de mi esposa... Tenía yo motivos para creer que quizás no volvería á verla más y me previne á fin de no dejarla entregada al azar de una viudez inesperada, de una soledad rodeada de peligros. Mandé, pues, á mi leal amigo y confidente á la quinta donde tenía escondida yo á mi Blanca. Branzanti tenía orden de esperar mi regreso durante un mes, pasado el cual había de entregar á Blanca un pliego en el que estaban expresadas mis instrucciones. Es inútil que os diga cuáles eran éstas, mas os interesará saber que mucho antes de

finir el plazo fugábanse de Villa-Diana Branzanti y Blanca, asesinando á los tres fieles servidores que allí había dejado yo. Sin duda temían los infames que mis leales criados salieran en su busca... quizás éstos sorprendieron algo... ello es que los encontré muertos... mejor dicho, enterrados ya... Un pastor de las cercanías díjome que habían estado allí pocos días antes unos hombres... mi eterno rival... Aquella misma tarde habían huido Blanca y su amante.

—Engañaríale Angelo á Blanca, diríale que habíais muerto...

—Poco faltó. Naufragué en las costas de Cefalonia. Un brulote colocado por los turcos en el canal que separa la isla de la costa griega, echó á pique mi galeaza... Hundióse el barco y yo con los demás. Quedóme, sin embargo, un resto de fuerzas para sostenerme sobre una tabla. No tenía aliento para contestar á los que me llamaban á gritos, buscándome en la oscuridad de la noche. En tal situación me hallaba cuando acertó á pasar una barca de pescadores que iban merodeando en el lugar del naufragio en busca de cadáveres que despojar de sus vestidos y armas. Llaméles en mi auxilio; no podía sostenerme ya; dudaron por un momento entre matarme ó salvarme, pero quiso mi suerte que se decidieran por socorrerme, quizás con la esperanza de rescate. No llevaba yo encima más objeto de valor que una daga... Contentáronse en ella y me dejaron en una playa de Zante. Allí encontré amigos; recomendéles sin embargo guardasen el secreto; al siguiente día partía en una gabarra para Rímini y llegaba á Florencia veinte días después que Branzanti. Ya no estaba mi fiel emisario en Villa-Diana... Dos semanas apenas le había bastado para meditar y realizar la traición.

—No más, Riccioli... Vuestras palabras son prueba suficiente. Venguémonos; vos de vuestra esposa, y yo de mi traidor amante.

—Eso es lo que me decidió á buscaros. Cuantos pasos he dado hasta el presente para averiguar su paradero, han sido inútiles. ¿Podríais calcular vos dónde habría podido ir á esconderse Branzanti?

Meditó Clorinda y como herida por un rayo de inspiración, exclamó:

—Sí... Está en Ferrara.

—¿En Ferrara?

—Sí... No me cabe la menor duda. Tiene allí un pariente que goza de gran valimiento en la corte de Alfonso II y muchísimas veces le invitó á pasar al servicio del duque ofreciéndole una envidiable posición.

—Podría ser que acertárais.

—Allí tiene Branzanti un refugio seguro, más que en ninguna otra parte... Algunas veces me había propuesto que huyéramos á aquella corte. Creedme; me lo dice el corazón... Allí están los que nos han vendido... Id, Riccioli, id, y les sorprenderéis. ¡Os lo ruego!

—Eso habría de hacer, aunque no sea más que para satisfacer vuestro deseo.

—No alcanzaréis tan escaso resultado de vuestro viaje... Daréis con ellos... Sí... estad seguro...

—En tal caso habréis sido vos más ducha que yo en astrología, pues yo no pude hacer más que haceros revelaciones del pasado y vos pretendéis descubrir lo que está en lo porvenir.

—No hay astrología más profunda que el instinto de una mujer que anhela vengarse de una ofensa.

—Eso creo bien, y para daros una prueba de la confianza que me merecen vuestras predicciones, voy á salir dentro algunas horas para la capital donde tanto se divierten los buenos duques...

—Gracias, Riccioli... Os encargo...

—No es preciso, condesa... Se lo que me toca hacer.

—Volvamos ya. ¿Me acompañaréis hasta casa?

—¿Qué duda tiene? No siempre tiene uno ocasión de estar tan cerca de la divina aurora.

—¿Soy la aurora hoy?

—Precisamente... Ved como avergonzada de vos no osa aparecer en el horizonte, envuelta en oscuras nubes.

—Gracias, Riccioli. No han podido los contratiempos vencer vuestra natural galantería.

—Condesa, á vuestro lado la galantería deja de serlo para convertirse en rigurosa verdad. Comprendo la poesía... Sois tal, que parece

imposible se pueda hablar con vos de otra manera que dirigiéndoos sonetos.

Sonrióse la dama. La góndola habia llegado ya frente al palacio de Belfiore y Clorinda saltó en tierra despidiéndose de Riccioli con el más amable de sus saludos.

CAPÍTULO II

En Ferrara

A primeros de Enero de 1572 llamaba á la puerta del monasterio de San Benito de Ferrara, un joven y apuesto caballero, pidiendo ver al Padre Guido Landi, superior de la comunidad.

—¿De parte de quién he de dar el recado á su ilustrísima paternidad?—replicó el lego.

—Bastará le digáis que vengo en nombre del superior de San Donato.

—Al momento, hermano,—repuso el portero.—Esperad aquí.

No tardó en comparecer de nuevo el lego, quien haciendo una gran cortesía, dijo:

—Dignaos seguirme, señor caballero. Su ilustrísima tendrá el mayor placer en recibiros.

En breve llegó el forastero á presencia del prior, quien le alargó la mano, besándola el caballero con respetuosa cortesía.

Era el digno prelado hombre ya entrado en años, de grave continente y reposada expresión, adivinándose desde la primera mirada, que atesoraba en su cabeza una vasta inteligencia, y que bajo la blanca cogulla que vestía, latía un corazón grande.

—Sentáos, caballero,—exclamó el Padre Guido.—¿A qué debo el honor de recibir vuestra visita?

—Os habrán dicho ya, Padre,—repuso el caballero,—que venía aquí de parte del reverendo superior de San Donato de Murano.

—Eso me han dicho, en efecto.

—No os será quizás desconocidos mi nombre ni condición, Padre. Soy Paolo Riccioli, senador de Venecia.

—¡Ah! Celebro mucho. He oido hablar de vos algunas veces, y siempre con grandes cuanto merecidos elogios.

—El buen superior de San Donato ha tenido la amabilidad de darme para vos esta carta de recomendación, obligado por ciertas atenciones que cree estoy en el caso de merecerle á consecuencia de un extraño lance ocurrido hace ya tiempo en aquel santo monasterio, y en que intervino un novicio llamado frá Ridolfo...

El superior leyó rápidamente la carta que le había entregado Riccioli, y repuso:

—Desde el momento de que el Padre Girolamo se cree en el caso de recomendarme á una persona, tiene ésta para mí suficientes y aún sobrados méritos para que yo la atienda en cuánto de mí dependa. Podéis decirme, desde ahora, en qué puedo seros útil, caballero Riccioli, y en cuanto al secreto que mi reverendo hermano en religión me encarga guarde sobre vuestra venida, guardado quedará.

—Venia principalmente á pediros me concediérais hospitalidad en este monasterio durante los cortos días que pienso permanecer en Ferrara.

—Bien poca cosa deseais, si no es más que eso.

—Pues no es nada más, como no sea pediros una carta de introducción para visitar al ilustre poeta, ornamento de Ferrara, al gran Torcuato Tasso...

—El hermano portero os indicará la celda en que podréis perma-

necer por el tiempo que queráis. Allí se os servirá nuestra modesta comida, y si gustáis de leer tenéis enteramente á vuestra disposición la biblioteca del convento, y en cuanto á la carta para el buen Torcuato, no la necesitáis ciertamente. Bastará decirle que vais de mi parte, aunque ni aún eso seria menester siendo vos quien sois.

—Os agradezco tantas atenciones, padre mío...

—No tenéis por qué, caballero. Siempre que deseéis verme, no tenéis más que hacerme pasar recado, y estad seguro de que siempre seréis bien recibido.

—Trataré de no abusar de tantas bondades, padre mío.

Retiróse Riccioli después de besar nuevamente la mano al Padre Guido, y enterado el lego de lo dispuesto, se apresuró á conducirle á una espaciosa celda, fuera de la clausura.

II

Después de haber descansado un rato en el mullido lecho que en la celda habia, salió Riccioli, preguntando qué dirección tenia que seguir para ir á casa del poeta insigne.

—¡Oh! Todo el mundo os dará razón de la casa del Tasso,—repuso el lego.—Preguntadle á la primera comadre que encontréis lavando á orillas del Pó, y ella os conducirá de buena gana.

—Gracias, hermano,—replicó Riccioli.

Pronto pudo convencerse el veneciano de la verdad de las palabras del portero; una lavandera le indicó el camino, llegando Riccioli en menos de un cuarto de hora á la morada del poeta.

Era ésta bien modesta, casi pobre.

Hízose anunciar Riccioli, y cuando esperaba le hicieran pasar adelante, vió salir á su encuentro á un hombre elegantemente vestido, en quien reconoció al momento á Torcuato Tasso.

Tendría á la sazón unos veinticinco años. Toda su persona respiraba como una noble melancolía que no excluía cierta audacia en la expresión. Era alto, de porte gentil; el rostro formaba un purísimo óvalo y las facciones, finas y correctas, realizaban el ideal de un sem-

blante en que resplandeciesen por igual la cortesanía y la inteligencia, constituyendo en suma el más perfecto tipo de cumplido caballero y de letrado.

No había alcanzado todavía entonces la fama universal que le valió su poema memorable. Su obra más celebrada era el *Reinaldo*, poema imitado del Ariosto, que á pesar de su inferioridad respecto al modelo, fué muy celebrado, siendo motivo de que el cardenal Luís de Este, hermano del duque Alfonso, le llamase á Ferrara, aunque no se crea que para colmarle de honores ni riquezas, sino para tenerle más cerca. Los duques de Ferrara no eran muy espléndidos con los artistas y poetas de su corte. Llegó un dia en que el pobre Torcuato no se encontró siquiera con caudal bastante para poder comprar un melón que se le había antojado. Y sin embargo, pasaba por la flor y nata de los caballeros y era el árbitro en materia de duelos, citándose sus decisiones como oráculos.

En aquel entonces hallábase Torcuato Tasso lleno de satisfacción por el triunfo que acababa de obtener con su pastoral *Aminta*, que puesta en escena en la corte había gustado muchísimo, granjeándole universal aplauso.

Riccioli no venía, sin embargo, á felicitar al autor por su triunfo, sino á hablar con el por entonces mimado cortesano.

—Tengo el honor de saludar al egregio hijo de Bernardo Tasso; al autor insigne del *Reinaldo*, digno heredero del *Florisante* y *El Amadís*...

—Mil gracias por vuestras lisonjeras alabanzas, caballero,—contestó Torcuato...—Sin duda seréis forastero en la ciudad...

—Precisamente.

—No extraño en tal caso que deis importancia á un poema lleno de defectos, extravío de un pobre principiante, por lo cual me atrevo á creer que más que el malhadado *Reinaldo* os había de gustar mi pastoral de *Aminta* que acaban de representar ante el señor duque, dignándose Don Alfonso mostrarse muy satisfecho de la obra.

—No conocía, á la verdad, vuestra nueva obra; pero no lo extrañéis... Quien viene de Lepanto puede excusarse de tener noticia de estas interesantes novedades...

—¿De Lepanto, venís?

—Sí; allí luché, aunque con escasa gloria. Sin duda os será desconocido mi nombre: Paolo Riccioli, comandante de la *Roccaforte* y senador de la república.

—¡Oh, en manera alguna me es desconocido ese nombre ilustre! Sé quiénes fueron todos los que se distinguieron en Lepanto... Nuevos cruzados cuyas proezas recuerdan las de los antiguos caballeros que iban á Tierra Santa á pelear por el rescate del Santo Sepulcro. Jamás podré perdonarme no haber asistido á aquella gran jornada. No dependió de mi voluntad empero...

—Perdonadme que os diga que deben reservarse para otros hombres que vos estas empresas... Pueden nacer guerreros cada día, pero muy de tarde en tarde poetas de tan alto vuelo como vos.

—No os negaré que es para mí la poesía un verdadero culto, áun sabiendo que por cada goce que me ha de procurar me esperan sin cuento de amarguras y desgracias.

—Imposible que sea como decís... El mundo os aclama ya como un grande hombre, como un genio.

—Y mientras el mundo me aclama, me persigue sin tregua ni descanso la baja envidia, y los grandes me miran con desprecio, como á un histrión... y ¿para qué no decirlo? ni me veo con un ducado en la escarcela, ni con pan, á veces, en casa... Sin embargo, poeta he nacido y poeta habré de ser, sin que basten á separarme de mi camino, ni el ejemplo y los consejos de mi pobre padre, ni la guerra encarnizada de mis innumerables enemigos. Valor tengo para distinguirme en el campo de batalla si quisiera trocar la pluma por las armas, pero no me siento con ánimos para abandonar Ferrara; aquí, á la verdad, las armas gozan de predicamento escaso y no hay que contar con guerras contra nadie. Esta es la ciudad de la alegría y no la de la gloria.

—¿Y vos no participáis de esa alegría que aquí reina?

—A la verdad, otros hay que se divierten más que yo. Multitud de causas se oponen á que pueda gozar yo de la tranquilidad que tan necesaria me sería para llevar á cabo ciertos propósitos que abrigo.

—¿Propósitos de poeta?

—Sí, de poeta. Dejad decir que el Ariosto legó á la posteridad un poema incomparable. Yo pienso que puede hacerse mejor que él hizo; inspirarse en la historia y no en la fábula; fundir lo moderno con lo antiguo. Ariosto es irregular, es falso... No admiro tampoco la *Divina Comedia* del Dante... Mi intento sería cantar como Virgilio lo que Camoens imaginó como patriota; un asunto oportuno, palpitante. ¡Las Cruzadas, por ejemplo, esa grande empresa de la cristiandad, en cuyo epílogo habéis sido actor!

—¿Y carecéis de tranquilidad, decís, para abordar la empresa?

—Sí... Me falta sosiego... Me habéis inspirado viva simpatía desde el primer momento al hablarme de mi pobre padre... Esto basta para que os tenga por amigo; además de esto habéis estado en Lepanto, y son ya dos razones para que os abra mi corazón en la mayor intimidad. Aquí no tengo amigo alguno en quien poder descansar... ¡Es tan dulce confiar á otro las penas que uno experimenta!

—Creo, poeta, que entiendo de dónde provienen vuestras penas, como que estoy cierto que los dos padecemos de idéntica dolencia... El travieso Cupidillo os habrá herido con sus traidores flechas.

—Ciertamente que habéis adivinado.

—Duro sufrir, Torcuato.

—¡Amar sin esperanza!

—¡Sin esperanza buscar el bien perdido!

—¡Tener que ahogar los suspiros y ocultar las lágrimas!

—¡Vagar, peregrino errante, tras de la felicidad que huye!

—He de ocultar mi amor á los ojos de las gentes, cual el culpable á quien precisa disimular su crimen.

—He de acallar mis lágrimas para que no crea la falsa que aún la adoro.

—¡Oh, amor! ¡Qué de tormentos padece quien te acoge!

—¡Cuánto sufre quien es esclavo tuyo, amor maligno!

—Ella es hermosa cual la Sulamita; morena cual ella; son sus cabellos negros más que el ala de los cuervos; sus ojos miran con majestad sublime y en su boca aparece la sonrisa de las diosas.

—Es rubia cual la aurora derramando en torno suyo perlas y rocío;

Venus la dió su encanto irresistible; Helena su seducción incontrastable.

—Quien la ve siente despertarse en su alma veneración humilde, insensato amor.

—Seguro tiene el que la mira sentirse turbado por su gracia hechizadora; no se apartará ya más su dulce imagen de su mente.

—Quiso mi suerte malhadada que fuera para mí vedado cielo el amor suyo.

—El destino cruel me la arrebata, celoso de mi gloria y obligame á buscarla de continuo.

—Es el águila real que anida en la roca inaccesible.

—Es la codiciada perla escondida siempre por el pescador avaro.

—Amarla es sufrir cual el que intenta apoderarse de una estrella.

—Es quererla como quien persigue la fugitiva nube.

—¡Quisiese el cielo que yo tuviera alas!

—¡Quisiera Dios que tuviera yo los ojos del lince para descubrir su paradero!

—Envíanme las hadas engañosas sueños en que me aparece amante fiel.

—Búrlanse de mí las juguetonas larvas haciéndome creer que la retienen siempre junto á mí cadenas de oro y perfumadas rosas.

—¡Quién lograra subir hasta su asiento!

—¡Quién pudiera alcanzarla en su camino!

—Es morena como la Sulamita; son negros sus cabellos como el ala del cuervo; majestuosa su mirada; su sonrisa angélica.

—Es rubia cual la aurora; Venus la dió su encanto irresistible; Helena su seducción incontrastable.

III

—¿Perdisteis vuestro bien?—exclamó Torcuato, después de una breve pausa.

—Sí. Ando en su busca. ¿Y vos?

—No la he perdido; pero está tan alta que no puede alcanzarla un triste poeta como yo.

—Llámase...

—Leonora.

—Blanca se llama mi adorada.

—¿Es veneciana?

—Sí. Y la vuestra ¿es ferraresa?

—Acertasteis.

—He conocido una mujer en Venecia, semejante á la que habéis pintado aquí.

—Y yo aquí he conocido otra bien semejante á la que habéis pintado en Venecia.

—Esta que digo yo, es morena, majestuosa, esbelta cual la Sulamita. Su nombre, Clorinda.

—La que yo os decía es rubia, hermosa como Venus; Blanca es su nombre.

—¿Blanca?

—Sí.

—¿Dónde la habéis visto?

—Vila una tarde en la plaza, semejante á la diosa de Citerea, acabando de brotar de la espuma de las azules ondas. De aquel color eran sus ojos.

—¡Torcuato! Habéis de decirme donde fué, cuando la visteis.

—No hace aún tres días; pensaba en ella cuando hablabais de vuestra beldad fugitiva; nunca belleza igual pisó la menuda arena de Ponte di Laco Scuro.

—¿Iba sola?

—No; con un gentil mancebo; era al caer de la tarde; mostrábase tan enamorado él, cuanto ella resignada al parecer; no pude menos de pensar en Helena y Páris.

—¡Oh, Torcuato! Bien sabía yo que los poetas lo adivinaban todo. A vos vine confiado en que de vuestros labios había de saber su paradero.

—¿Ella es?

—Sí; ella.

—Frías fueron entonces vuestras alabanzas.

—Como las vuestras hablando de Leonora.

—¿Sabéislo?

—Dícese en Venecia que se parecen asombrosamente donna Clorinda y vuestra ilustre amada.

—Merecierais ser poeta, Paolo. Adivináis también.

—Amor vuelve avisado á cualquiera que de veras ama.

—Boccacio lo probó en su cuento.

—El mundo está lleno de ejemplos de lo mismo.

—Además, son discretos de por sí los amadores.

—Discretos como el silencio de las sepulturas.

—Guardemos, pues, nuestros secretos.

—Las paredes oyen.

IV

Riccioli se dirigió sin tardar á Ponte di Laco, siguiendo por la rilla izquierda del Po hasta llegar al mar, donde encontró el pueblo dicho.

El enamorado Paolo entró en una de las cabañas que constituían la población del puerto y preguntó á un pescador si había visto desde hacía pocos días que habitasen allí un caballero y una dama de gentil presencia.

El pescador á quien Riccioli había dirigido la pregunta, miróle con cierto aire de recelo, acabando por manifestar que ignoraba á quienes podía referirse.

—Os compadezco, pues, si no habéis visto á los jóvenes de quienes os hablo; no hay más gentil caballero que él, ni más hermosa dama que su amada.

—No hay más; nada he visto.

—Siéntolo vivamente, pues, venía aquí enviado por el prior de San Benito.

—¡Ah! ¿El Padre Guido os enviaba?

—Sí; interesábale sobremanera ver al joven.

—Habéis pronunciado un nombre que equivale para mí á un con-

juro. El buen Padre nos tiene encargada á nosotros la provisión del pescado.

—Con mayor motivo, pues, no debéis mostraros desagradecido á un varón que tantas muestras os da de su benevolencia. Respondedme por lo tanto.

—Ya que esto manda el Padre Guido, os diré, que hace ya cerca de un mes que viven un caballero y una dama en una quinta á media hora de aquí, junto al brazo del Po que llaman el de Mestre.

—Gracias amigo. El Padre Guido os quedará muy reconocido del favor.

—Si por él no nos mostramos dispuestos á todo ¿por quién nos habíamos de mostrarlo? Al agua me arrojaría si el Padre Guido me dijera: Tonino, de cabeza al mar.

Riccioli recompensó con algunos cequies la sumisión del marinero y partió con dirección á la quinta.

V

La cosa le había salido mejor de lo que pensaba.

Antes de partir de Venecia había estado á ver al superior de San Murano, pidiéndole una carta para su hermano del convento de Ferrara, á lo cual se había apresurado á acceder el buen prelado, bien ajeno de sospechar ningún vitando intento en la pretensión del noble senador.

Proponíase Riccioli valerse de la influencia del prior de San Benito para introducirse en la corte, pero su buena estrella había querido que sin necesidad de ello y tan solo por la viva simpatía que había logrado inspirar al futuro autor de la *Jerusalemme libertata* consiguiese dar con Blanca, pues, no dudaba ni por un momento que no podía ser otra que ella. Más que todos los cálculos de un inquisidor de Estado habíanle servido el instinto de una mujer celosa y la intuición de un poeta de genio.

Riccioli aguardó á que hubiese anochecido y entonces comenzó á rondar la casa.

De pronto se estremeció con violencia.

Había oido la voz de Blanca que acompañándose de un laud cantaba una dulce canción del Tasso.

El canto era triste; la letra más; tratábase de una amante que lloraba la ausencia del bien amado.

—Branzanti no debe estar aquí.—murmuró Riccioli.—Esperemos.

—¡Alto!—gritó.—¡Os esperaba, teniente!

Riccioli se echó sobre la arena, entre los juncales que rodeaban la quinta y prestó atento oido á los rumores que hasta allí llegaban.

Las ranas dejaban oir en los charcos su desapacible chirrido y, dominándolo todo, levantábase del mar el solemne murmullo de las olas que venian á morir en la arena con sordo quejido, semejante al último estertor de un gigante.

Brillaban en lo alto los primeros luceros de la noche. El delta del Pó formaba una mancha blanca salpicada de negras motas.

De pronto oyó Riccioli el apagado rumor de las pisadas de un caballo cabalgando sobre la arena.

Levantóse, amartilló su pistolete y se puso en pié.

Ginete en un arrogante potro acercábase un hombre.

Riccioli salió de entre los juncales y se dirigió hacia él, pistolete en mano.

—¡Alto!—gritó.—¡Os esperaba, teniente!

El ginete hizo retroceder á su caballo, hasta que por fin vió Riccioli que echaba pié á tierra y venía hacia él.

Era Branzanti, en efecto.

Reinó profundo silencio durante algunos momentos.

Branzanti con la cabeza baja parecia esperar su sentencia.

—Seguidme,—replicó Riccioli.

—Señor...—murmuró Branzanti...—Un momento no más...

—¡No!—contestó Riccioli.

VI

Los dos hombres se dirigieron á la playa, sin hablar palabra, seguidos del caballo que fué tras los pasos de su dueño.

Por fin se detuvieron, junto á la misma orilla del mar, atando al timón de una barca varada el negro potro que montaba Ángelo.

—¡Bien os portasteis, teniente!—exclamó Riccioli con sarcasmo.—¡Fiel emisario escogí! ¡Noble amigo!

—Vos tuvisteis la culpa,—repuso Branzanti saliendo de su profundo abatimiento y recobrando de pronto toda la valentía de su carácter.—Debiais saber que era imposible ver á Blanca y no amarla.

—Por encima de todo estaba el deber que teniais de serme leal.

—Es inútil cuanto habléis. Vi á Blanca, y fué lo mismo verla que adorarla. ¿No sabiais eso?

—Conque no queréis disculparos.

—No.

—Alégrome de ello, porque de esta manera espero que os defenderéis con brío.

—Con tanto brío, que haré lo posible por mataros.

—¿En eso pensáis?

—Sí.

—Andáis engañado en vuestras figuraciones, mi pobre Angelo. Os voy á matar yo...

—Sea; no cabe para mi otra solución; ó mía ó la muerte que venga.

—¿Tanto la amáis?

—Más de lo que vos podáis amarla.

—Y aunque sea indiscreción, teniente... ¿y ella?

—No os lo he de decir yo.

—Está bien; tiempo me quedará para preguntárselo.

—Pues entonces...

—Estáis desconocido, teniente. No ya por mí, sino por la bella Clorinda debiérais haber refrenado un poco vuestro impetuoso ardor.

—¿Y qué me importa á mí el mundo entero? Para mí no hay más idea, ni sentimiento que Blanca. Todo lo demás es vana fantasía, mentida ilusión. Doylo todo por una palabra suya; no hay más honor que el de saberse amado por ella; no hay más desdicha que amarle sin ser correspondido. ¿Qué me importa á mí que os haya tenido que vender? ¿Qué me importa haber vendido á Clorinda? ¿Qué me importa haber asesinado á los guardianes que le pusisteis á mi amada? Mirad los remordimientos que esto me causa, que hasta el dinero que tengo os lo robé. Llamadme ladrón, llamadme traidor; estaréis en lo cierto, pero yo la adoro.

—Os explicáis muy bien, teniente. Así me gusta; vuestra franqueza me encanta.

—¡Os encanta! ¡Podéis gozaros en vuestra obra, Riccioli! Vos me arrojastéis al abismo; fué sin querer, es verdad, pero en fin, vos sois el causante de todo.

—No creí nunca que fuera tan inflamable vuestro corazón...

—¿Yo que sabía tampoco? ¿Podía imaginarme que existiese una mujer como ella?

—¡Bravo! Conque ¿no contento con haberme robado á la que es de derecho mi esposa, os negáis ahora á devolvérmela y os jactáis de querer matarme para que no os la quite?

—Eso mismo hago y pienso.

—Y al hacerlo y al pensarlo me ponéis en el caso de que no pueda

perdonaros. Aún, necio de mí, abrigaba yo insensatas ilusiones... Doliame ver defraudada la esperanza de que aún podría cuando menos, dar al olvido la injuria que me inferisteis. Creí que al verme no podríais resistir á la vergüenza y tendría que detener vuestra mano pronta á clavar un puñal en ese corazón... Engañéme como un pobre visionario... El perro leal se me ha convertido en venenosa fiera... Sois la ingrata culebra que muerde en su corazón al incauto dueño que le había dado calor.

—Cuanto podáis decirme es inútil. No me vengáis con recuerdos de lo que os debo. Lo único que sé, es que ví á Blanca, que fué igual que olvidarlo todo. La luz del sol radiante borra el pálido fulgor de las estrellas.

—¡Os cegó su luz!

—No; no me cegó. Nunca recordé haber tenido ojos hasta entonces.

Medió una buena pausa, después de la cual exclamó Riccioli:

—Me dais lástima, Angelo... Estáis loco... Partid. Os perdono.

—Partiré al momento si puedo llevarme á Blanca.

—¡Angelo! Ved que os hablo con el cariño con que un padre podría hablar á su hijo. Ved que voy á sentirme eternamente amargado por la pena de haberos muerto. La sangre vuestra en que quedarán teñidas mis manos, será para mí un tormento. Partid, Angelo... Aún podríais ser muy feliz en esta vida... Podríais cubriros de gloria en los campos de batalla, rehabilitaros, y quién sabe si al volver á mi presencia dentro largos años no seríamos de nuevo los dos amigos de siempre... ¡Angelo! ¡Ved que aquí os espera la muerte!... ¿Qué queréis más de mí?

—Quiero mataros,—repuso Branzanti con voz sombría

—¡Ingrato! ¿Pero no hay en vuestro corazón ni una sola fibra donde vibre el sentimiento del honor? ¿Qué os he hecho yo para que sintáis contra mí ese odio?

—Habéis sido el amante de esa mujer y queréis serlo de nuevo. ¿Queréis mayor motivo?

—¿Conque no cedéis?

—¡No!

—¿No os mueven mis súplicas, siquiera?

—Vano empeño querer que me separe de su lado. ¡Ea! Acabemos ya... Tárdame morir ó verla.

—Vos lo habréis querido,—replicó Riccioli.

VII

La luna en su lleno, roja, sangrienta, acababa de elevarse del fondo del mar iluminando con siniestro resplandor el espacio.

Brillaron en lo alto las dos espadas, chocando enseguida con furioso chasquido.

Los dos hierros rechinaban, silbaban, crujian, ora con seco ruido, ora con precipitados golpes.

No se oía mas que el furioso martilleo de las hojas, que ya se enzarzaban resbalando enseguida, ya pegaban una contra otra por las puntas haciendo saltar chispas.

Los dos combatientes avanzaban y retrocedian, parando los golpes con salvaje agilidad ó asestándolos con impetuoso coraje, hasta que por fin, Branzanti dió una vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo, lanzando un ahogado grito.

Riccioli arrojó su espada y corrió á atender á su adversario.

El teniente estaba muerto.

El arma de su rival le había atravesado el cuello yendo á clavarse en la columna vertebral é hiriendo la médula.

Riccioli dobló una rodilla en tierra, y apoyando en la otra el brazo para sostener con la mano su cabeza, quedó sumido por algunos minutos en profundo ensimismamiento.

Levantóse por fin, grave y pálido; lavó en el mar sus manos teñidas de sangre, y montando en el caballo de Branzanti, se dirigió lentamente hacia la quinta.

VIII

Al rumor de las pisadas del noble bruto, apareció tras de la verja

un criado que sin previa interrogación abrió la reja, no reconociendo el cambio del ginete hasta que éste hubo desmontado.

—¡Silencio!—exclamó Riccioli en tono que no admitía réplica al ver que el pobre servidor se disponía á escapar para pedir auxilio.—Cierra la verja y dame la llave.

—¿Os he asustado, Blanca?—dijo con irónico acento Riccioli.

El criado obedeció, temblando como un azogado.

—Que nadie salga hasta que yo lo ordene,—repuso el recién llegado.—¿Dónde está tu ama?

—En su cámara, señor... A la izquierda, así que entréis.

Riccioli se dirigió á la casa; subió las gradas que conducían al pórtico que le precedía, y penetró enseguida en una sala escasamente alumbrada por una lámpara que colgaba del techo. Vió á la derecha una puerta cubierta por un tapiz, y con el corazón palpitante de emoción levantó el cortinaje.

La cámara estaba casi á oscuras, iluminada tan sólo por la débil claridad de la luna que bañaba el exterior.

Riccioli, inmóvil, vió avanzar hacia él una forma de mujer que retrocedió á los pocos pasos lanzando un grito de espanto.

—¿Os he asustado, Blanca?—dijo con irónico acento Riccioli adelantando hacia ella.

La pobre mujer pareció haber quedado anonadada al oir aquella voz.

—¡Paolo! ¡Paolo! ¿Eres... tú?...—murmuró, y cayó desfallecida al suelo.

Riccioli se bajó para levantarla, cogióla en brazos y salió con ella al jardín, sin que Blanca recobrara los sentidos.

—¡Hola!—exclamó, mientras montaba á caballo con su preciosa carga.

Comparecieron varios criados.

—Abrid la puerta,—repuso arrojando la llave á uno de los servidores.

Al momento quedó obedecida la orden.

Riccioli hundió las espuelas en los ijares al negro potro, arrancando éste en rápida carrera.

El noble veneciano fué siguiendo por la orilla del mar, alumbrándole la luna en su camino, y sin encontrar alma viviente en la pantanosa llanura que iba recorriendo.

El aire de la noche no bastaba á templar el ardor de su rostro.

Al cabo de dos horas de fatigosa marcha, llegaron Riccioli y su desmayada amiga al puerto de Comacchio, en la desembocadura de uno de los brazos del Pó, el más meridional.

Algunas barcas pescadoras mecíanse blandamente en el mar, cerca la orilla.

Riccioli llamó á un patrón y le propuso les llevara á Rímini, encargándole á la vez que cuidara de que llevasen el caballo á la quinta de Ponte di Laco.

El patrón accedió á lo que el caballero pretendía, manifestándole que podía embarcarse desde luégo.

Apenas instalados en la barca el veneciano y su compañera, volvió ésta en sí, encontrándose en brazos de Riccioli.

—¡Ah! ¡Tú!...—murmuró ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Sí... ¿No me esperabas?—repuso Riccioli con más tristeza que enojo.

—¡Todo lo esperaba, todo lo espero!—contestó ella.—¿Por qué quiere Dios que siga yo viviendo?

—¿Duélete el vivir?

—¡Oh! ¡Sí me duele! ¡Pero tan desdichada soy que ni áun tengo corazón para matarme!

—Serénate, Blanca... No te culpo. ¿Me amas siempre?

—Tengo transida de dolor el alma. No sé qué pasa en mí. ¡Huye mi Paolo! ¡Evita mi contacto!

—¿No me preguntas por Branzanti?

—¿Para qué? Harto comprendo lo que ha pasado. Matástelo.

—Sí; lo maté. El lo quiso.

—Bien lo había vaticinado yo. Ya sabía yo que había de morir... ¡Todos, todos moriremos! ¡Sólo siento lo que tarda en llegar para mí esa hora!

—¡Qué locura! ¿Morir tú? ¿Quién ha de osar matarte?

—¡No tenéis compasión de mí, es verdad! ¡Me dejáis vivir para que sufra inextinguible tormento! ¡Oh, que feliz fuí en aquellas breves horas en que mis sentidos estaban helados como por la frialdad de la muerte! ¡En mal hora sacáronme del sepulcro en que yacía!...

—¡Blanca!

—¡Oh, cuanto te amaría si en un abrazo de amor me ahogaras, Paolo! Paolo mio!

—¡Por piedad!... ¡Blanca!...

La joven no contestó.

—¡Ya nunca podrá nadie separarte de mi lado!—exclamó Riccioli, ciñendo con su brazo la cintura de la joven.—Vamos á Venecia; allí en mi palacio estarás segura; allí vivirás dichosa y respetada.

Blanca continuó en su silencio. Amanecía, y veíanse á lo lejos las cúpulas de una ciudad.

—Pronto llegaremos á Rimini,—exclamó Riccioli,—y desde allí partiremos á Venecia.

—¡Rimini!—murmuró Blanca.—¡Por qué no tuve yo desde el primer instante la suerte de Francesca!

CAPITULO III

En Venecia

Después de haberse embarcado en Rimini en una galera que partía para Venecia, llegaron Riccioli y Blanca á su ciudad nativa, al cabo de tres días de navegación.

El noble senador y su hermosa compañera dirigiéronse enseguida al palacio Riccioli, situado en la plaza de Santa Margarita.

Los fieles servidores no podían contener el júbilo que experimentaban por la llegada de su joven señor, ni la sorpresa que les causaba la presencia de Blanca.

Riccioli les dió las gracias por el afecto que le demostraban y les manifestó que desde aquel momento tenían que prestar ciega obediencia á cuanto les ordenase la que era su bien amada esposa.

Llegados á las habitaciones del piso principal, ó *piano nobile,* guió Riccioli á su compañera á la estancia que le tenía destinada el día que

tan violentamente quiso encender el enamorado patricio la nupcial antorcha.

Era una maravilla de riqueza y gusto, de lujo y de molicie, en que aparecían reunidos á todos los primores del arte gótico más filigranado los más suntuosos adornos y muebles de estilo oriental.

—Estamos ya en nuestra casa, Blanca,—dijo Riccioli.—Eres aquí la dueña, la señora de todo. Tus mandatos serán obedecidos ciegamente, tu voluntad cumplida sin replicar.

—Gracias, Paolo,—contestó la joven.—Sois demasiado clemente para mí.

—¿Por qué hablarme de vos? ¿No me tuteas?

—Harélo porque lo mandas.

—No por eso, sino porque ese es el lenguaje del amor. ¿No me amas ya?

—¡Ay de mí!

—¡Blanca! ¿Lloras?

—Sí... Déjame que llore... ¿Qué puedo hacer más que llorar?

—¡Por piedad, Blanca mía! ¡Olvídalo todo!...

—¡Si pudiera!

—¿Acaso has visto en mí asomo alguno de rigor? ¿Acaso te he recriminado?

—¡Hiciéraslo y verías como no osaría intentar justificarme! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desdichada soy!

Sentóse Riccioli junto á la bella en el diván en que ésta descansaba y trató de enjugar con su mano las lágrimas que corrían de sus ojos.

—¡Blanca!—murmuró Riccioli...—¿Por qué ese llanto? ¡Miserable aquel que te lo ocasione!

Reparó entonces el enamorado mozo en el cambio que había sufrido su adorada. La belleza de Blanca había perdido aquella suave voluptuosidad de antes para adquirir una expresión triste y casi severa. Había adelgazado; no se deleitaban ya los ojos con las deliciosas curvas de su busto y de su cintura, ni con la plácida redondez de su semblante; no tenía ya el rostro aquella blancura satinada de un tiempo, sino una blancura mate; las mejillas estaban ligeramente escava-

das y las pupilas brillaban con ardientes reflejos, en vez de retratar serenamente como antes el azul del cielo. Habia desaparecido de sus labios de clavel la sonrisa que vagada siempre en torno suyo y ahora aparecian plegados, melancólicos. La transformación era completa; la rosa opulenta habíase trocado en lánguido lirio, y sin embargo, era aún más bella, más interesante que cuando realizaba el ideal de la hermosura puramente plástica.

Largo tiempo pasó sin que nada turbase el silencio en que yacian uno y otro, hasta que al fin Riccioli murmuró dulcemente:

—¿En qué piensas, mi Blanca?

—En mi desventura, siempre en lo mismo,—respondió ella.

—Olvida tu pasado, mi bien... ¿No ves con esos tus ojos tan divinos la felicidad que nos espera?

—Olvidar... olvidar... ¿Cómo es posible que pueda yo olvidar mi triste historia de deshonras y de crímenes? ¡Ay de mí!

—La fatalidad lo quiso; no fué tuya la culpa.

—Yo resistí cuanto pude, es cierto, pero no por eso dejo de darme horror... ¡Imposible me parece que no te inspire yo lo mismo!

—¿Inspirarme horror tú, mi bien, mi alma? ¡Oh, no; lo que inspiras es amor, de cada vez más ardiente, más inextinguible!.. ¡Blanca de mi corazón! No acierto á inquirir en que puedes ser culpada. En todo caso, mía debe ser la culpa y la acepto.

—¡Paolo!

—Sí... El solo criminal que hay aquí soy yo... pero considera que tus desvíos me volvieron insensato... Yo no podía vivir sin tí; confiaba en que una vez serías mi esposa, aunque con violento proceder, alcanzaría tu perdón y con el tiempo tu cariño... Si tenía yo ambición era para tí; créelo... No es que buscase yo tu alianza para tener el apoyo de Alviano, no... era para llevarte al más alto puesto, para que fueras hija del dux, primero, y al espirar el plazo subir yo á la suprema magistratura y compartir contigo el inmenso poderío de aquel cargo... ¿Yo que sé qué imaginaba?... Robarle á Venecia el título de reina para dártelo á ti... No habia corona en que yo no soñara, ni homenaje que yo no apeteciera para rendir á tus piés... La suerte lo dispuso todo

de bien distinto modo, pero ¿de qué me quejo? ¿No vives? ¡Qué más dicha!

—Mucho me amas,—exclamó Blanca con tristeza.—¡Qué desgracia!

—¿Por qué ha de ser desgracia el amarte, con toda el alma, por toda la vida?

—¡Fatalidad! ¡Fatalidad!—repuso la joven, bajando la cabeza, y como si hablara consigo misma sin atender á lo que Riccioli la decía. —¡Oh, qué vergüenza!...

—¡Blanca!

—¡Aparta, aparta!—exclamó la joven, extendiendo los brazos y levantándose cual si quisiera huir.—¡No quieras compadecerme!... Paolo, ¡déjame partir!...

—¡Partir! ¡Tú, partir! ¡Perderte ahora que, por fin, te tengo! No; nunca.

Y diciendo esto cerróla el paso con violento gesto.

De nuevo dejóse caer Blanca, en el diván, quedando como postrada.

Riccioli cuya frente se había nublado sentóse otra vez á su lado y exclamó con acentó sombrío:

—¿Qué intentabas al querer salir de aquí? ¿Dónde querías ir?

La joven meneó tristemente la cabeza y respondió:

—¡Oh, no temas!... No intentaba nada... No era para buscarle á *él*...

Estremecióse Riccioli sintiendo correr por su cuerpo un sudor frío y pasándose con nervioso ademán la mano por la frente.

—Quería ir á un convento,—siguió diciendo ella, sin volver la cabeza hacia Paolo.

El joven, silenciosamente, se dejó caer á los piés de Blanca y cogió sus manos que oprimió con apasionada efusión.

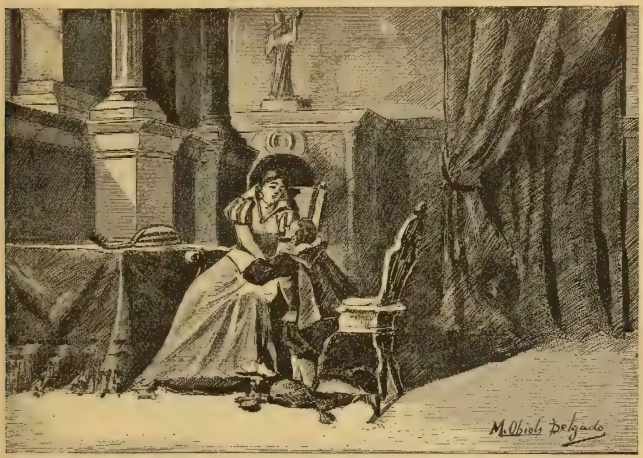
Blanca lanzó un grito al ver á sus plantas al caballero y exclamó precipitadamente:

—¡Ah!... ¡Levántate! ¡Levántate! ¡Tú, á los piés de esta mujer!

Levantóse Riccioli, en efecto, pero fué para coger á Blanca entre sus brazos y estrecharla fuertemente contra su corazón. Ella lanzó un

grito, queriendo desasirse, pero no la dejó el enamorado joven, quien con acento acalorado murmuró:

—Vuelve en tí, mi bien... Mírame... Oye que te estoy diciendo que te adoro... Más que nunca, sí, más que nunca. Nunca te he amado tanto como ahora... ¿Por qué me huyes? ¡Cruel! ¡Blanca mía!... Tú debes ser quien me perdone, no yo á tí... Amame, mi vida... ¿Tú á un



El joven, silenciosamente, se dejó caer á los piés de Blanca y cogió sus manos...

convento? ¡Qué horror! No; quiero enloquecerte con fiestas, con gloriosos triunfos; quiero que todos te rindan homenaje y que seas tú la más ilustre dama veneciana... Eso ha de ser, Blanca mía...

No cesaba ella, empero, de querer desprenderse de los estrechos lazos en que la tenía presa Riccioli, hasta que al fin, rendida, dejó caer su cabeza sobre el pecho del galán, sin fuerzas para seguir pugnando.

Estremecióse Paolo al sentir en su rostro el suave roce de los dorados cabellos de la niña, y cubrió de besos su semblante, frio como el mármol. Blanca levantó entonces los ojos hacia Paolo, y dijo:

—Sea, ya que tú lo quieres. No huiré, pero quiera Dios que no trai-

ga yo á esta casa la desgracia que á todas partes me acompaña.

—Nada temas, mi bien,—respondió Paolo.—Has traído aquí la felicidad y la gloria... Por fin, tras de tantos afanes y desdichas te hallas en la cámara nupcial que te esperaba desde aquel día malhadado. Ya desde hoy dejas de ser Blanca Alviano y el mundo entero tendrá que acatar y respetar sumiso á la que por siempre será Blanca Riccioli.

II

Pasaron algunos días durante los cuales Riccioli se encontró en el caso de tener que dar á Clorinda completas explicaciones sobre el resultado de su expedición á Ferrara, sorprendiéndose de la impasibilidad de la condesa al enterarse.

Libre ya de tan crítica necesidad, consagróse por entero á Blanca, no pudiendo, por más esfuerzos que hacia, disipar las sombras de tristeza que nublaban el rostro de su amada.

Resuelto el joven á arrostrarlo todo y á que Blanca saliera de una vez para siempre de su equívoca situación, determinó dar un baile al que invitaría todo el patriciado de Venecia, á lo cual, con sorpresa suya, no opuso Blanca la menor dificultad.

—Gracias, amada mía,—exclamó Riccioli.—Por fin te veo en camino de aceptar la felicidad que ante ti se abre, y puesto que tan dócil te muestras á cuanto de ti exijo, has de concederme también que le diga á tu anciano padre, que aquí está su hija.

—¡Pobre padre mío!—exclamó Blanca.—¿Crees tú que aún querrá verme después de mi rebeldía á acceder á sus deseos?

—¡Oh, cierto que sí! El noble anciano ha llorado con lágrimas bien amargas su empeño en querer hacerte mi esposa. ¿Cómo no ha de llorar ahora con lágrimas de alegría al verte compartir mi lecho, legítima y voluntariamente?

—¡Mucho le ofendí, sin embargo, mostrándome insumisa á sus mandatos!

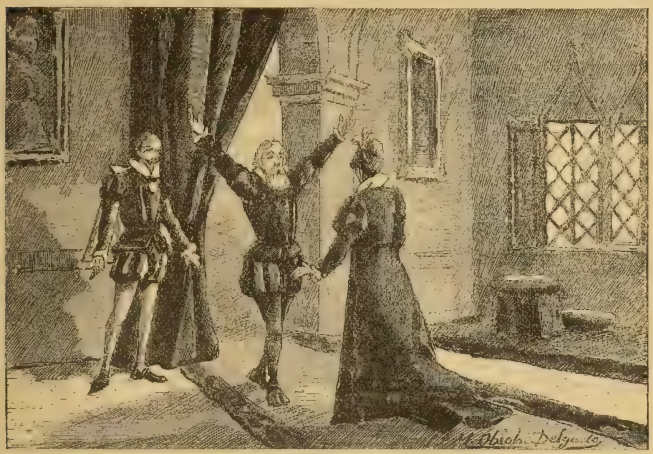
—No debes recordar ninguna de esas tristezas, Blanca mía; olvida lo pasado y atiende tan sólo á los rosados horizontes que ante tus ojos se despliegan.

—Sí... Tienes razón, Paolo... Haz que venga mi padre ó iré yo á verle.

—¿Qué dirías si estuviese ya aquí, esperando el feliz instante de estrecharte contra mi corazón?

—¡Oh, corramos, corramos, pues, hacia él, Paolo!

En aquel instante levantóse un cortinaje y apareció Alviano, que radiante de alegría exclamó:



—¡Oh, Blanca mía! ¡Ven á mis brazos! ¡Todo queda perdonado!

—¡Oh, Blanca mía! ¡Ven á mis brazos! ¡Todo queda perdonado!

Lloraban ambos, pero si en el semblante del anciano aparecia el júbilo que embargaba su ánimo, no podia menos de traslucirse en el de Blanca que ni áun con aquella tierna escena conseguía disiparse la tristeza de su espíritu.

Después de un largo coloquio entre padre é hija, dijo ésta:

—¿Y la Canocchia? ¿No vendrá á verme también?

—Oh, sí, ciertamente. Así que sepa tu venturoso regreso, de fijo comparecerá al momento.

—Decidselo, pues, padre mio. ¡Me quería tanto!

—Se lo mandaré decir enseguida.

—¿No está ya en casa?

—Partió el mismo día que desapareciste, diciendo que no podía resistir el dolor de tu ausencia y fuese á vivir con sus hijos allá en el Getto.

—¡Pobre Canocchia!

—La tendrás á tu lado, si así lo deseas,—dijo Riccioli.

—¡Ah! ¡Qué bueno eres, Paolo!—repuso Blanca.—No, no es preciso; te agradezco sin embargo tu generoso intento.

Todo el día lo pasó Alviano en compañía de su hija, sin aludir en lo más mínimo á los pasados acontecimientos y al cerrar la noche retiróse á su palacio lleno de la dulce emoción que le había causado la dichosísima reaparición de Blanca, sin olvidarse de que esto contribuiría quizás á que consiguiese el anhelado cargo que desempeñaba á la sazón Luís Mocénigo, una vez hubiese terminado el tiempo que debía durar la magistratura de éste.

III

Al siguiente día compareció la Canocchia, á quien Blanca recibió á solas en un apartado gabinete.

La pobre mujer alborotó la casa con sus gritos y exclamaciones, llamándole á Blanca su *bimba*, su ángel, sus ojos, su corazón, su alma, etcétera, etcétera, tutcándola y prodigándola las más ruidosas caricias, hasta que apuradas ya todas las manifestaciones de su entrañable afecto y bajando la voz, dijo:

—¿Y *él*?

—No sé... Calla,—exclamó Blanca.

—Pero, niña ¿es posible?...

—Sí... Todo acabó para mí... Soy la esposa de Riccioli y no debo prestar oído á nada que sea en desdoro suyo.

—Es que el casamiento, según yo pienso...

—Es válido. Así consta.

—¿Pero, *Bianchina*, que harías tú si un día don Rodrigo...

—¡Oh, calla!... ¡Imposible!...

—Quiera Dios que así sea, porque ya ves tú... ¿qué diría él?...

—Canocchia... ¿Has venido para martirizarme? No me hables así... ¡Me aterran tus palabras!

—Callaré, pues que te ofendo.

—¿Pero tú sabes algo de él?

—Nada; mira tú sé poco.

—Entonces, ¿á qué vienen esas suposiciones?

—Ocurrióseme decirte esto porque como don Rodrigo seguirá amándote siempre...

—No... No me ama ya.

—En eso si que no puedo consentir que me hagas callar. ¡Qué no te ama!

—No... ¿Cómo puede amarme si va en sus correrías acompañado de otra mujer?

—Quién sabe porque irá.

—Porque será su amante.

—O no lo será.

—¿Tú la conoces?

—Sí.

—¿La conoces?

—Ya te lo he dicho: sí.

—¿Y no es su amante?

—No. Cósima Bandello no es, ni será nunca, la amante de don Rodrigo.

—¿Se llama Cósima Bandello?

—Así se llama.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Lo sé por cierta persona que antes que tú estuvo en ese mismo palacio; por Lucietta, la prometida de Leonelo, el hermano de Cósima.

—¿Aquí estuvo, dices?

—Sí. Riccioli la hizo secuestrar al mismo tiempo que metía en los Pozos al pobre novio, á quien libertó el *Máscara de bronce*. Recibióse luégo una carta de Riccioli, y Lucietta fué puesta en libertad. Ahora

bien: si Riccioli hizo esto fué porque Cósima se lo exigió para darle suelta, puesto que había caido prisionero de don Rodrigo. Cósima no ha nacido para ser la esposa ni la amante de nadie. Es una monja que anda por el mundo.

—¡Dichosa ella!—murmuró Blanca.—Seguro tiene de ser por todos respetada estando bajo la protección de don Rodrigo. Guárdanla de todo peligro los cañones de la galera y el brazo del corsario. ¡No así yo, mísera de mí!

—*¡Bianchina!* ¿Lloras?—exclamó Canocchia.

—Lloro, sí, al considerar el abandono en que he estado siempre. Mi fidelidad á don Rodrigo ha sido para mí manantial de desdichas; queriendo serle fiel sólo he conseguido ser víctima de malhadadas aventuras. Por no querer volver al techo paterno donde me esperaba el forzado enlace con Riccioli, fuí víctima del delirante amor de un religioso que por mí cometió los más horrendos sacrilegios; por no huir á Venecia, aprovechando la ausencia de aquel hombre caí en poder de un pirata cuyas brutales amenazas nada pudieron sin embargo para que cediera yo á sus deseos; con todo, al hallarme Riccioli, encontró mancillada ya la que hubiera podido ser su casta esposa. Confiada mi guarda á un infiel amigo, á duras penas conseguí evitar que respetase mi dolor. ¿Qué decirle ahora á don Rodrigo si se presentase delante de mí? ¿Cómo borrar de mi rostro los besos de Roberto y de Paolo? Cósima, esa Cósima que dices, tan pura, tan virginal no se ha encontrado como yo, sola, desamparada; no se ha visto aislada en medio del mar, sobre una roca, al lado de un hombre enloquecido de amor; no se ha visto asediada día y noche por sus lágrimas y sus ruegos, cómplice involuntaria de sus crímenes, ligada á él como á su salvador y ligado él á mí con igual motivo. Debíamonos la vida el uno al otro... Y cuando cautiva, reducida á dura esclavitud, surgió inesperadamente Riccioli á devolverme la libertad ¿cómo rechazarle, cómo desoir sus ruegos? Tenía derecho á mostrarse cruel conmigo y mostróse cumplido caballero... De nuevo me perdió; de nuevo vime obligada á defender los girones de mi honra, contra la pasión insensata de desleal amigo. Dábame horror consentir yo en tal traición, y Riccioli me salvó de nuevo. No se

ha encontrado Cósima en ninguno de estos trances. Lánzeme la primera piedra quien no hubiese obrado como yo en iguales circunstancias.

Las lágrimas impidieron continuar á la infeliz joven. En cambio, la Canocchia, implacable, repuso:

—Nada de cuanto te ha pasado logrará, bien lo sé, entibiar el amor de don Rodrigo. Te ama como siempre; te adora, no piensa más que en tí. Él te ha buscado por do quier; ha estado en Otranto, ha estado en las cercanías de Florencia; Bandello se lo ha escrito á Lucietta...

—¡Canocchia! ¡Canocchia!—exclamó levantándose Blanca, despavorida.—¿Luégo don Rodrigo podria saber que estoy aquí?...

—¡Qué duda tiene! Bastaría que Lucietta se lo escribiese á Bandello.

—¡Horror! ¡Horror!... Por piedad, Canocchia, ni una palabra... ¡Por compasión!

—¡Bianchina! ¿Por qué temes? ¿Qué mal habría en que compareciese don Rodrigo? ¿No deseas verle?

—No... no... antes la muerte. Júrame que nada le dirás... ¡Júramelo! ¡Ay de mí!

—Pero, ¿qué estás diciendo, loquilla?—insistió diciendo la gondolera.—Figúrate tú si de un momento á otro apareciese tu enamorado...

—¡No! ¡No! Canocchia, por piedad... ¡Calla, calla!...

—En fin, callaré ya que tú lo quieres, callaré, pero jamás hubiera llegado á figurarme que tan ingrata fueras con quien tanto te quiere y te ha querido siempre.

—Me destrozas el alma, Canocchia... Yo no soy ingrata, no...

—Pues entonces...

—Me mataría la vergüenza si le viese...

—Ya verías como no... Él, tan cumplido caballero, tan gentilhombre... ¡Y cómo me quería á mí el noble señor!...

—Basta; ni una palabra más. Soy la esposa de Riccioli y he de serle fiel.

—No vale, no vale el casamiento que con él hiciste.

—Sí; basta. Me conformo con todo, pero por Dios, mira Canocchia, que no has de decirle á Lucietta que me has visto.

—Don Rodrigo podría saber por otro tu presencia en Venecia.

—No lo sabrá hasta que haya llevado yo á cabo una determinación que tengo pensada. Nadie de los que podrían noticiarle mi presencia aquí, sabe dónde pára por ahora.

—Se hará tu gusto, Bianchina. Tanto te empeñas en que el pobrecito no pueda salir de sus angustias...

—Vale más que esté eternamente con ellas que no que se acerque aquí... Si supieses cuánta sangre se ha vertido ya por mi causa... Falta poco para que llegue á ahogarme...

—¿Y por qué había de haber sangre? En siguiéndole...

—No quiero faltar á mi marido y señor.

—Tu marido á la fuerza.

—Como fuese; es mi marido.

—Estás intratable, niña.

—Así estaré siempre, y ahora, Canocchia, te suplico que no vuelvas á hablarme jamás de don Rodrigo.

—Haré lo que me dices.

—Olvida que le haya conocido nunca.

—Bueno; lo olvidaré.

—Y por Dios, por el cariño que me tienes, por lo que yo te quiero, Canocchia, mi buena Canocchia, que no sepa esa Lucietta que dices que esté yo aquí.

—Me guardaré de decírselo, niña.

—No me juzgues mal, Canocchia... Crée que si hablo es porque sé de cierto que ocurrirían de nuevo horrendas desventuras si don Rodrigo volviese.

—Dios nos libre... pero, vamos, dime, al oído... ¿tanto le aborreces ahora al que querías antes con aquel delirio?

Vaciló Blanca un momento, y en voz baja repuso:

—¡Aborrecerle! No; le amo más que nunca, pero no quiero que mueran ni él ni Paolo.

IV

Pocos días después, dábase el gran baile con que Riccioli celebraba sus desposorios con Blanca Alviano.

Habíanse circulado invitaciones á todo lo principal de la ciudad, y como nadie habia dejado de concurrir, de ahí que la fiesta estuviese brillantísima.

Muchos habían acudido con más curiosidad por ver á Blanca, que no por gozar de los encantos de un nuevo sarao, aunque bien merecía la pena el palacio de Riccioli de que fueran á visitarlo áun los más refinados inteligentes en materia de arte.

Con todo, ni los tapices de Persia, ni las arañas de cristal de Bohemia, ni las lunas de Murano, ni los cuadros de Tintoretto, ni los techos pintados por Paolo Caliari, el Veronés, ni los ricos muebles tallados por Cornaro, ni las suntuosas vajillas cinceladas por Benvenuto, ni las rarísimas plantas traídas de Egipto y Berbería, ni los lujosos trajes de las damas, ni las pedrerías que adornaban los bustos alabastrinos, ni la música de Juan Gabrieli, en fin, bastaban á distraer las miradas del objeto principal, de la hermosa novia.

Una mujer habia, sobre todo, que no la perdía de vista ni un instante, sin poder disimular la profunda envidia que la corroía el pecho, y era donna Clorinda. El pobre conde no podía ya con sus piernas á puro andar arriba y abajo llevando del brazo á su gentil esposa.

Por fin, al advertir que la orquesta preludiaba una contradanza, logró Clorinda colocarse al lado de Riccioli, no sin cierto disgusto por parte de éste que no podía ocultar su inquietud.

—Os felicito, Paolo,—exclamó Clorinda.—No podréis decirme ya que sea yo el sol que eclipsa las demás estrellas. Vuestra esposa es el astro incomparable que apaga el pálido resplandor de los pobres luceros que aquí estamos.

—Eso nunca, condesa,—replicó Riccioli.—No hay sol que pueda oscurecerse. Sois siempre la más hermosa.

—Gracias por vuestros consuelos, Paolo.

—¡Por Dios, no habléis así, Clorinda! Es la verdad; además es tanto lo que os debo, que aunque hubiese quien os aventajara en hermosura, lo cual no puede ser, siempre seríais para mí la beldad suprema.

—Vuestras palabras me tranquilizan, Paolo, y sabiendo ya que no he de temer un eclipse demasiado fatal para mis pobres encantos, os ruego me presentéis á vuestra esposa, terminada la contradanza.

—Blanca tendrá a mucha honra conocer á dama tan distinguida.

Estremecióse Riccioli, pero sobreponiéndose á sus recelos, dijo:

—Blanca tendrá á mucha honra conocer á dama tan distinguida.

Riccioli hizo la presentación pedida, cuidando, empero, de que Blanca no quedase sola con Clorinda.

—Todo es fiesta hoy en vuestra casa,—dijo la condesa de Belfiore.

—¡Dichoso quien ha podido asistir á ella!

—Gracias, condesa,—contestó Blanca, sin poder ocultar su turbación.

Clorinda había clavado ya su flecha envenenada y se retiró, prodigando á la desdichada novia los más exagerados testimonios de admiración y cariño.

—¡Dichoso quien ha podido asistir á la fiesta!—murmuró Blanca.

—¡Oh, no! Preferible es dormir como Branzanti en la frialdad del sepulcro, que yo vivir como yo vivo...

V

Donna Clorinda no había conocido hasta entonces la horrible tortura de los celos. Mientras estaba bajo la impresión del abandono de Branzanti, sólo había experimentado el punzante bochorno de la humillación, del orgullo herido, pero al saber muerto á su amante por mano de Riccioli, surgió en su corazón un sentimiento desconocido hasta entonces; comparóse con la mujer por quien la había olvidado Angelo, y tuvo que reconocer que era mucho más hermosa que ella.

Entonces sintió Clorinda surgir en su pecho un rencor horrible contra Blanca; no le perdonaba que Branzanti se hubiese enamorado de ella locamente, pero le perdonaba todavía menos que no hubiese considerado digno de su amor á aquél ante quien ella había estado arrodillada tantas veces.

Y cruzó un pensamiento infernal por su cabeza: humillar á aquella orgullosa hermosura; atraer á Riccioli, quitárselo á ella.

Desde aquella misma noche comenzó la despechada dama sus preparativos, no cesando de mirar á Paolo con insinuantes miradas y de dirigirle misteriosas sonrisas.

Riccioli, sin embargo, no era hombre accesible fácilmente á las seducciones femeninas. Tan solo Blanca y Lucietta estaban en el caso de lisonjearse de haberle rechazado; fuera de ellas ninguna otra mujer podía asegurar verdaderamente que Riccioli la hubiese pretendido, y aún Lucietta había sido un puro capricho de gran señor, fastidiado de damiselas y patricias.

Donna Clorinda, que no era lerda, comprendió, sin embargo, que Riccioli no haría más caso de sus atractivos que el que pudiera hacer

de la última cortesana de Venecia, y resolvió valerse de otros medios para apoderarse de su corazón, dando tiempo al tiempo para madurar su plan.

Terminó el baile, despidiéronse los convidados y quedaron solos Blanca y su marido.

—Esta noche habéis sido consagrada reina de la gentileza y la hermosura,—exclamó Paolo.

—¡Ah! ¡Triste corona!—murmuró Blanca.—¡Quiera Dios no acarree largas desgracias mi reinado!

VI

Ciego anduvo Riccioli al querer dar á conocer á la nobleza veneciana la felicidad de que gozaba al lado de Blanca.

No podía perdonarle nadie que fuera tan dichoso; los hombres le envidiaban su fortuna; las mujeres envidiaban la fortuna de Blanca.

Riccioli y Blanca que hasta entonces habían sido hipócritamente compadecidos por sus desgracias, comenzaron á ser subrepticiamente atacados por su felicidad.

Resucitóse la cuestión de la desaparición de Blanca; gracias á los esfuerzos de Riccioli había sido aceptada la explicación de que su esposa había permanecido aquel año y medio en un convento, y Venecia parecía haber aceptado sin discutir la explicación; de nuevo volvían ahora al mismo tema, como se volvía también al de la desaparición de Riccioli al volver de la expedición á la isla de San Mauro. La serpiente de la calumnia levantaba su cabeza y silbaba siniestramente.

Hasta entonces no había pasado la cosa de simples murmuraciones; los chichisveos sacaban gran partido de ello para entretener á las señoras; los senadores hablaban de la cosa en voz baja y con risita de augur; ¡no faltaba más sino que Alviano fuera un día á suceder á Mocénigo! ¡El padre de la hermosa *smarrita*, el suegro del sospechoso comandante de la *Roccaforte!*

Claro está que donna Clorinda no era de las que menos aguzaba su

ingenio contra el nuevo sol que acababa de surgir en el paraíso de la plaza de Santa Margarita.

Habíase constituído en una de las más asiduas visitantes de Blanca; no pasaba día sin que se viese su góndola frente á la *puerta del agua* del palacio Riccioli.

Blanca sentía cierto instintivo terror ante aquel insistente visiteo. Las caricias felinas de Clorinda la inquietaban presagiando tras ellas amargos sinsabores.

La astuta cortesana gozaba infernalmente con aquellas inquietudes que veía pintadas en el rostro de su amiga.

Riccioli, enterado por su esposa, había querido poner coto á semejantes importunidades, abrigando por un momento la intención de cerrar á Clorinda las puertas de su casa, pero había retrocedido ante la gravedad de semejante resolución, temeroso de que la envidiosa condesa no fuese á emplear contra él ciertos recursos que podían comprometerle gravemente.

La desaparición de Branzanti había causado honda sensación en Venecia. El capitán Cruzzola había jurado verle desembarcar en Rímini, bueno y sano, por lo cual se atribuía su desaparición á algún asesinato, jurando los senadores tomar terrible venganza de los causantes de aquella muerte, caso de ser descubiertos algún día.

No podía empero llegar á noticia suya lo ocurrido en Ponte di Laco Scuro, por usar allí el teniente un nombre supuesto, receloso de que no haciéndolo así, pudiese descubrir Riccioli el paradero de su desleal confidente.

Una palabra de Clorinda podía descubrirlo todo, diciendo lo que había ocurrido cerca de Ferrara.

Había, pues, que contemporizar cuando menos; la felicidad le había hecho cauto á Riccioli.

VII

La contínua presencia de Clorinda en el camarín de Blanca debía ser causa de que se enterase de ciertos pormenores, entre otros, de la

clase de personas á quienes recibía con mayor intimidad la dueña de la casa.

No tardó en descubrir que una de las más asíduas visitantes era la Canocchia, cuya locuacidad no le pasó desapercibida.

Hizo por encontrarse á solas con ella, y lo consiguió una noche que la parlanchina gondolera se retiraba del palacio de Riccioli, haciendo por encontrarse juntas en medio de la plaza.

—¡Oh, la buena Canocchia!—exclamó Clorinda.—¿Venís de ver á Blanca?

—Si, *lustrissima* señora,—repuso la gondolera, muy ufana de que tan principal señora se dignase dirigirle la palabra.

—¡Cuánto os quiere mi amiga!—siguió diciendo la dama.—Diríase que siente por vos tanto cariño, cual si fuerais su propia madre.

—¿Os parece?

—Eso lo dirá cualquiera que la haya oído hablar de vos.

—¡Pobre Bianchina! Si; mucho me quiere, pero no es menos la que la quiero yo.

—Hacéis bien, Canocchia. ¿Quién no ha de querer á Blanca? ¡Tan buena, tan dulce, tan hermosa!

—¡Oh, si! Todas las perfecciones reune... Es lo mismo, lo mismo que su santa madre.

—¿A quién mejor podia parecerse? Pero os estoy haciendo perder el tiempo.

—No... Ibame á casa...

—Mi góndola os acompañará.

—Señora...

—¿Por qué no? ¡Ea! vamos allá, Canocchia... ¡Ah! Y de paso entraremos en mi *choza*. He de enseñaros un bordado para que veais si alguna conocida vuestra podria hacer otro igual. Cosa peregrina...

La Canocchia, orgullosa de ir en la góndola con la condesa, no se hizo de rogar y se embarcó con ella y el paje que acompañaba á la encopetada señora.

CAPITULO IV

En San Marcos

Dejemos á la condesa Clorinda y á la plebeya Canocchia instaladas en un precioso gabinete del suntuoso palacio Belfiore, donde la excelente dueña obsequia á la humilde gondolera con los más exquisitos dulces y licores, y trasladémonos fuera de Venecia, á Urcino, en cuyo punto encontraremos á don Rodrigo y á Michelotta ya de vuelta de su expedición á Villa-Diana.

Al presentarse el Máscara en la habitación que ocupaba Cósima, no pudo encubrir la emoción que sentía, después de tan larga ausencia.

A su vez, Cósima se arrojó á sus brazos, con la ternura de una hermana y así permanecieron breves momentos, hasta que don Rodrigo con acento lleno de dulce efusión, exclamó:

—¡Al fin he vuelto! ¡Sólo aquí me es dado hallar reposo! ¡Dios me

niega que pueda encontrar la felicidad donde locamente la busco! Por dos veces han resultado inútiles mis tentativas.

—No desconfiéis aún, señor,—exclamó dulcemente Cósima.

—¿Eso decís? ¿Aún tenéis bastante piedad de mí para darme ánimo?

—¿Por qué no? Merecéis ser dichoso, señor, y si vuestra dicha depende de encontrar á Blanca, seguro es que la misericordia divina no permitirá que muráis antes de haberlo alcanzado.

—¡Ah! ¡Sois un ángel, Cósima!

—Mucho me falta para serlo, señor.

—No; es tal como os digo. Pero quiero aquí, á vuestro lado, olvidar mis amarguras. Retiréme á esta isla transido de dolor, aniquilado. Por última vez voy á intentar ahora recobrar á Blanca, y si mi propósito alcanza la misma suerte que hasta ahora, ya definitivamente bajaré mi cabeza ante el destino.

—Nunca, señor. Luchad, luchad siempre. Eso es la vida; un combate eterno.

—¡Ah! Debiera avergonzarme de que una débil mujer como vos tuviera que darle alientos á un hombre de mi temple, al temido Máscara de bronce.

—No tiene nada de extraño lo que decís; creedlo; exageráis vuestra desgracia; nada se consigue sin recio pelear.

—Tenéis razón... Pero, no hablemos ya más de lo que tenga que ser, sino del presente. Dejadme deciros, Cósima, que á vuestro lado gozo de una ventura que me parece imposible á mí mismo.

—Me concedéis demasiado mérito, señor.

—No; creed que es como os digo. He venido aquí para espaciarme en la serenidad que se siente en torno vuestro, para gozar de esa dulce calma que emana de todos vuestros pensamientos, palabras y obras. Así gusta el náufrago de sentir bajo sus piés la tierra sólida, después de haber flotado largo tiempo sobre las movedizas olas.

—Sea en buen hora, señor.

—Además, he de llevar á cabo algunas graves determinaciones que he tenido ocasión de meditar. Después de haber ondeado juntos en

Lepanto el pabellón de San Marcos y el de Castilla, no puedo ya continuar mi vida de corsario. Preciso es que licencie á mi gente y que la *Galera Negra* en vez de ser espanto de los mares, sea un barco más con que cuente una honrada flota.

—Os felicito por vuestro propósito, señor.

—Sí, eso haré. Seré aún el Máscara de bronce, pero tan solamente á un hombre continuaré tratando como enemigo en vez de tratar como á tal á todo un Estado.

—Ni áun eso debierais hacer, señor.

—Sí; para ese hombre no puede haber perdón en mí.

—¡Triste excepción!

—No puede ser de otra manera. Portóse traidoramente conmigo una y otra vez. Batímonos en Florencia en singular combate y se valió de una infamia para apartar mi arma, cayendo yo herido... Hasta ahora no sabéis esto, Cósima. Salvéle después en Lepanto, retéle nuevamente, pero por extrañas circunstancias no pudo efectuarse el duelo. Desapareció; pero ¡no, no ha muerto!...

—¿Desapareció en Lepanto?

—No allí; al volver de la expedición á la isla de San Mauro.

—Entonces, ¿qué más prueba queréis de que muriese?

—Os engañáis, Cósima. No ha muerto. Si así fuese no hubiera huído con *ella* de Villa-Diana el confidente de Riccioli, que temió no compareciese éste en su busca.

—¡Ciertamente!...

El Máscara, como se ve, razonaba según las apariencias, ignorante de la verdad de lo ocurrido, pero áun así, acertaba. Branzanti al fugarse con Blanca, ignoraba que se hubiese dado por muerto al comandante de la *Roccaforte,* pues de haberlo sabido quizás se hubiera portado de distinta manera, aunque siempre con idéntico resultado, pues, según sabemos ya, Riccioli había conseguido escapar al naufragio de la desgraciada galeaza. Las reflexiones de don Rodrigo, empero, no dejaron duda á Cósima, que, á parte de esto, presentía por un secreto instinto semejante á sobrenatural intuición, que Riccioli y don Rodrigo debían de encontrarse todavía otra vez más frente á frente.

II

Después de pasar al lado de Cósima algunas horas, dirigióse el Máscara á bordo de la *Galera Negra*, donde encontró á Montanchez y á Saravia, ávidos de estrechar nuevamente su mano, siendo recibido por la tripulación con entusiásticas aclamaciones.

El capitán, grave, mandó reunir enseguida á la gente y con voz solemne cuanto comovida, exclamó:

—¡Marineros! ¡Hijos míos! Con lágrimas en los ojos vengo hoy á despedirme de vosotros. Habéis sido mis fieles y valientes camaradas, mis mejores amigos, y guardaré eternamente de todos, uno por uno, el más profundo recuerdo en mi pecho. Cuanto soy y cuanto valgo está á vuestra disposición, pero no seré ya vuestro capitán. No podemos seguir siendo corsarios; España y Venecia, unidas en alianza contra el bárbaro otomano, no pueden hostilizarse; comprendedlo así.

Reinó profundo silencio en el barco; el capitán prosiguió:

—En nuestras campañas hemos recogido siempre rico botín; de él habéis participado todos, pero tengo cuenta pendiente con vosotros por la expedición que hicimos á Venecia; grande fué la gloria que alcanzamos, pero no obtuvisteis vosotros provecho alguno. En memoria de aquella hazaña permitid que reparta entre vosotros todo lo que á mí me tocó en las anteriores presas.

—¡No, no!—exclamaron cien voces, entre lágrimas.

—Sí; quiero que así sea. Tomadlo todo, hijos míos. Sólo quedará para mí la parte que le tocase al último marinero. Está noche se os repartirá todo. Seréis ricos; retiraos los que queráis.

—¡Nada queremos! ¡Viva el capitán!—gritaron los marineros.

—La *Galera Negra* será entregada á D. Juan de Austria para que forme parte de la Armada Española. Su historia es prenda de sus futuras proezas. Los que no quieran abandonar el barco podrán seguir en él, como soldados del rey de España. Vos, Montanchez,—añadió dirigiéndose al segundo,—me haréis el favor de entregar la galera al príncipe.

Inclinóse el teniente, haciendo una señal de asentimiento.

—¡Y ahora,—siguió diciendo el Máscara,—adiós! ¡Sed siempre tan fieles, valientes y subordinados como habéis sido en la *Galera Negra*! ¡Habéis servido hasta el presente á un hombre; servid de hoy en adelante á la Patria!

Muchos marineros que no se acordaban de haber llorado nunca derramaron entonces abundantes lágrimas; otros, profundamente conmovidos, callaron para no dar á conocer la emoción que les embargaba, y algunos, los menos, prorumpieron en gritos de *¡Viva el capitán!*

Todos á una manifestaron que querían continuar á bordo de la galera.

Por la noche, bajaron del castillo de Urcino varias acémilas cargadas con cajones llenos de dinero, que fué repartido á proporción entre los oficiales, cabos y marineros de la *Galera Negra*.

Don Rodrigo habíase reservado su fortuna personal, cuantiosa aún á pesar de haber comprado y artillado con ella la nave con que por espacio de algunos meses había tenido aterrada la marina veneciana.

Al día siguiente partía Montanchez para Mesina á hacer entrega de la nave al ilustre bastardo del difunto emperador.

III

Pasaron tres meses durante los cuales habíase encontrado don Rodrigo, atraído igualmente por dos opuestos sentimientos; por una parte, sentíase tan bien junto á la dulce Cósima que no acertaba á arrancarse de su lado, mientras que por otra parecía que una voz secreta le acusase de continuo por la demora en proseguir la comenzada empresa de buscar á Blanca y castigar á su raptor.

Don Rodrigo, empero, de cada día más dominado por la suave influencia de la veneciana, sentíase como embargado por inconstrable languidez y suspiraba al pensar que tenía que desprenderse de aquellos tiernos lazos. El tiempo transcurrido desde la noche fatal en que condujo á su amada á San Donato creyéndola muerta, en nada había

conseguido mitigar su pena, pero en cambio había moderado la violencia de sus primeros arrebatos aquella intimidad con Cósima, de cuyos labios no oía salir más que palabras de perdón y frases de cristiana mansedumbre.

Dios sabe cuanto tiempo hubiera permanecido don Rodrigo en tan beatífica quietud á no haber venido á sacarle de sus místicos designios una misteriosa carta recibida por conducto de un galeón que había tocado en Sagone, de paso para Génova.

Hé aquí lo que la carta decía: «Si D. Rodrigo de Toledo se digna personarse en Venecia con la dama que tiene el honor de trazar estas letras, podrá saber ciertas cosas que es de creer le interesen soberanamente. La dama esperará á don Rodrigo todos los días al anochecer en la capilla de San Leon, en la catedral de San Marcos y llevará para ser reconocida una pluma blanca y otra negra en el tocado.»

El Máscara quedó inmutado al acabar la lectura del papel. Era indudable que la proposición era grave y formal. Había en Venecia quien sabía perfectamente su paradero, y esto era lo que más le preocupaba. ¿Cómo podía saberlo nadie, fuera de Lucietta? ¿Le habría vendido ésta? No; ni por un momento sospechaba de ella don Rodrigo. Conocía la discreción de la prometida de Leonelo y sabía muy bien que era incapaz de revelar ningún secreto. ¿Sería un lazo que le tenderían? ¡Y aunque lo fuera! No se diría que hubiese faltado jamás donde podía amenazarle algún peligro.

El Máscara resolvió, pues, partir.

Al indicarlo á Cósima exclamó ésta:

—Señor, no me neguéis la súplica que voy á dirigiros. Dejadnos partir con vos, á mí y á mi padre y hermano.

—¿No teméis los peligros que podremos correr?—replicó don Rodrigo.—Pensad que si Riccioli se encuentra de nuevo en la ciudad corre Leonelo el peligro de siempre, este peligro que le está obligando á permanecer aquí.

—No; no tememos nada por nosotros,—exclamó Cósima.—Si acaso por vos.

—Reflexionad bien lo que vais á hacer, Cósima. Quizás esta carta no sea mas que una celada.

—Tened por seguro que no lo es; considero mejor que sea una arma villana contra Blanca...

—¿Eso pensáis?

—Sí.

Estaba acostumbrado don Rodrigo á creer á ciegas los presentimientos de Cósima, y bastó aquella respuesta para que diera por seguro que debía ser lo que la joven aseguraba.

Y no se equivocaba ésta ciertamente. La carta era de Clorinda, que al llevarse á casa á la Canocchia habíala embriagado haciéndola revelar cuanto sabía respecto al paradero de don Rodrigo. La locuaz gondolera estaba enterada de algo por Lucietta, en correspondencia con Leonelo, y cantó de plano. Donna Clorinda, poseída de gozo infernal, escribió enseguida á don Rodrigo, recreándose anticipadamente con la terrible venganza que ésta debería tomar de la aborrecida rival que la había arrebatado la adoración de Angelo Branzanti, al par que de Riccioli, cuya esquivez ante sus seducciones no podía perdonar tampoco.

IV

Ya en esto había regresado de Mesina Montanchez, con ánimo de que el capitán le concediera permiso para trasladarse á Génova á fin de ver de nuevo á Amparo.

—Bien sabéis que era excusada vuestra demanda, Montanchez,—exclamó don Rodrigo al pedirle la licencia el teniente.—Podíais ir libremente.

—Gracias, capitán.—respondió el conde de Valroger.—Me era imposible ir á Génova sin venir antes á pediros órdenes. Mandadme, pues.

—Nada os he de mandar, Montanchez. Sólo rogaros que no porque haya cesado nuestra vida de corsarios, dejemos de estar unidos siempre como hasta ahora.

—¡Siempre, siempre! ¡Sí!

—Escribidme, si me necesitáis, así como os escribiré yo, en igual caso. Vos á Venecia, á nombre de Lucietta Guarnerio.

—Vos á Génova, á nombre de Victoria Espinosa, calle de Sestri. Y ahora, adiós, capitán...

—Adiós, mi leal amigo, mi hermano del alma.

Los dos hombres cambiaron un estrecho abrazo, saliendo Montanchez de la habitación profundamente conmovido, tanto que no reparó siquiera en la presencia de la Michelotta.

Pasó luégo á despedirse de Cósima, Mateo y Leonelo, y embarcóse para la ciudad liguria, llevando consigo en un pesado bulto la rica parte que le había correspondido en el botín.

Poco después Cósima, Michelotta, don Rodrigo y el padre y hermano de la joven embarcábanse para Venecia en un galeón fletado á Cavalcanti, de nombre, *Toledo*.

No podia disimular don Rodrigo los recuerdos que le asaltaban al cruzar de nuevo aquellos mares, teatro un dia de sus homéricas proezas. Ya no iba ahora en la terrible *Galera Negra*, espanto de los venecianos, sino en un pacífico galeón, ni se encaminaba tampoco á hacer sentir el peso de su venganza sobre los barcos de la Señoria, sino á recibir quizás mortal herida en lo más hondo de su alma. Por fortuna estaba allí Cósima, siempre dispuesta á mitigar las amarguras de sus pesares y á hacerle concebir risueñas esperanzas.

La navegación fué larga y duro el tiempo. Don Rodrigo y la hija de Bandello pasaban en la cámara interminables horas, entretenidos en dulces pláticas. Recordábale ella el triunfo de Lepanto y animábale á poner su espada al servicio de su patria, siendo tan admirables las condiciones de jefe que don Rodrigo poseia. La gloria era lo único que podia consolarle de sus desgraciados amores; la gloria imperecedera y noble, que no sólo habia de resplandecer en él sino reflejarse sobre España.

Don Rodrigo respondiala que no tenia el ánimo bastante libre para pensar en otra cosa que en el juramento prestado al recibir en sus brazos á Blanca cuando la encontró en el gabinete rojo del Palacio Ducal, creyéndola muerta, pero que una vez satisfecha su venganza trataria de consagrar su brazo á las empresas que Cósima le indicaba, aunque era tan dulce su compañía, que de fijo habria de sufrir mucho para abandonarla.

—¡Oh, si es por eso, contestábale la joven, nada tendréis que sufrir, pues yo os seguiré á todas partes! ¡Feliz yo, sin embargo, si en vez de veros partir á los campos de batalla, pudiera contemplaros en brazos de la que amáis! ¿Qué más gloria para vos que poder llamarla á Blanca vuestra amante? ¡Entonces sí que sería excusado ir á conquistar laureles con las armas, puesto que el mejor laurel sería la dicha de que gozarais á su lado!

El Máscara no respondía á esto; en vez de los dorados horizontes que le hacía entrever Cósima Bandello, surgían de continuo ante sus ojos nubes de sangre, negras, sombrías.

V

—¡Venecia!—exclamó el Máscara estremeciéndose al contemplar la gran ciudad allá en el fondo.

Salía en aquel momento una gran escuadra; el galeón saludó la insignia de la capitana y se amarraba poco después en el muelle de los Esclavones.

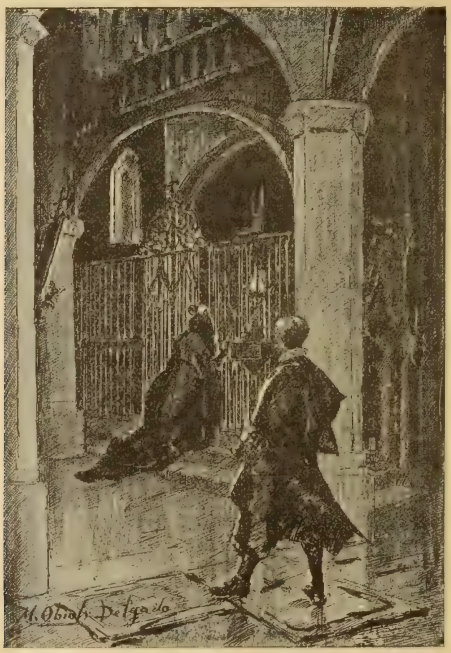
Esperaron los pasajeros á que oscureciese para desembarcar. Cósima y Bandello pusiéronse en camino para su casa de la plaza de San Benedetto; Leonelo fué corriendo á ver á Lucietta, y Michelotta, pretextando que iría á albergarse en la *Hostería del Bucentauro* fué siguiendo en pos de don Rodrigo, no sólo por espontáneo movimiento suyo, sino por ruego especial de Cósima.

Habíase convenido en que don Rodrigo se hospedería en casa de Bandello y que iría allí una vez hubiese tenido la misteriosa entrevista. El capitán se dirigió á San Marcos cuidando de ocultar su máscara con el embozo de la capa y el ala del sombrero.

Entró: la maravillosa basílica estaba apenas alumbrada por el tenue resplandor de las lámparas suspendidas en las capillas. Sus quinientas columnas de pórfido y de mármol reflejaban en su pulida superficie los débiles rayos de las luces, dejando entre sí una espesa sombra. Las colosales estatuas de bronce ó piedra parecían dormidos gigantes envueltos en fantástica negrura y las enormes bóvedas bizan-

tinas resonaban extrañamente con el chirrido de la carcoma que corroía el maderámen.

Adelantó el Máscara y se encaminó á la capilla de San Leon. Dióle



...arrodillada en la grada, al pié de la dorada reja, había una mujer...

el corazón un vuelco: arrodillada en la grada, al pié de la dorada reja, había una mujer en cuya cabeza flotaban dos plumas, blanca y negra.

Don Rodrigo aproximóse y saludó á la dama.

—¡Ah! —exclamó ella levantándose.—Os doy gracias, caballero. Habéis fiado en mi palabra y es justo que yo fie también en vos. Podemos hablar donde queráis.

—En cualquier góndola podremos hacerlo, señora.

—Salgamos pues.

Salió la dama ocultando su rostro bajo un antifaz y colocóse á su lado don Rodrigo, mientras la Michelotta, que había entrado en pos del Máscara, continuaba sin perderles de vista.

Entraron en una góndola roja el de Toledo y la dama, y Michelotta se embarcó en otra, dando orden de seguirles disimuladamente.

VI

—Caballero,—exclamó la dama en voz baja, dirigiéndose á don Rodrigo,—supongo habréis comprendido enseguida que se trata de que sepáis que Blanca de Alviano y Paolo Riccioli, hacen en Venecia la vida de esposos, apareciendo cual pareja de enamorados tortolillos.

—No lo sabía, señora,—contestó friamente el Máscara.—Os ruego sigáis diciendo.

—A haber llegado un día antes, hubiéraos sido fácil sorprender á ambos, pero, por desgracia, tendréis que contentaros ahora con ver solamente á vuestra hermosa amada, puesto que Riccioli acaba de salir hace poco para Constantinopla como embajador de la Señoría para tratar de las paces, cosa á la verdad que es para disgustar vuestro corazón de español...

—No se trata de eso. Venecia está en carácter haciendo lo que hace. ¿Blanca está aquí?

—¡Oh, sí! En su palacio, Plaza de Santa Margarita.

—Iré.

—Justamente. Allí la encontraréis de seguro, pero permitidme que antes de separarnos me lamente de la infausta suerte que acompaña á la peregrina perla de Venecia. A vuestra noticia habrá llegado sin duda el sinnúmero de víctimas que ha ocasionado la nueva Helena, pero ignoraréis, sin duda, que el enamorado Páris ha debido dar muerte últimamente á su mejor amigo y servidor, el teniente Branzanti, para rescatar á la bellísima criatura.

—¡Otro más!—murmuró con tristeza el Máscara.

—Aprovechad, pues, mis noticias y creed que sólo el interés que me

habéis inspirado siempre, me hizo tomar la determinación de escribiros.

—Gracias, amable señora,—respondió don Rodrigo;—pero ¿no podríais decirme como fué que llegárais á saber mi paradero?

—Puedo aseguraros que me costó bien poco trabajo; la Canocchia me lo reveló.

—¡Ah! ¡La Canocchia!

—¿Os pesa quizás?

—No, por cierto; á ella y á vos os quedo profundamente agradecido del aviso. Y ahora, noble dama, si es que no puedo serviros en algo, permitidme que me retire ya, asegurándoos que en justa correspondencia á vuestro proceder estaré siempre á vuestras órdenes, en cuanto podáis mandarme sin desdoro para vos ni para mí.

—Gracias, don Rodrigo. Quizás algún día tenga que acordarme de vuestro galante ofrecimiento.

—Entonces, preciso será que os diga donde podréis encontrarme.

—No; yo sabré siempre donde estáis; no queráis indagar cómo, pero o sabré.

—Os felicito por vuestra hábil... perspicacia.

—Podéis hablar más claramente, don Rodrigo; por mi hábil espionaje. Es la verdad.

La góndola pasaba entonces por el canal de Santa Margarita; atracó junto al pretil y el Máscara se despidió de la desconocida.

Poco después se detenía allí otra góndola y saltaba en tierra la Michelotta.

VII

Daban las ocho de la noche en los relojes de Venecia.

Don Rodrigo, embozado siempre y con el sombrero derribado sobre los ojos, acababa de llegar al palacio de Riccioli, entrando por la puerta de la plaza, á espaldas de la fachada principal.

Un portero le salió al encuentro, lleno de alarma por el aire recatado del embozado caballero y le cerró el paso.

—¿A dónde va su señoría?—preguntóle el cancerbero.

—A dónde no os importa,—exclamó el enmascarado, disponiéndose á subir las escaleras.

—¡Eh! ¡Alto, alto! ¡Aquí no pasa nadie sin dar su nombre y decir á qué viene!

Dió en el suelo una patada el recién llegado y con voz colérica, exclamó:

—Anunciadle á Blanca que hay un caballero español que necesita verla enseguida.

—¿El nombre de este caballero?

—No tiene nombre.

—Entonces, hidalgo, perdonad. No se puede pasar recado á la señora.

—¡Ira de Dios!—exclamó el Máscara.—¡Apartad todos, ó bien os hago trizas, sin dejar uno!

Y sin parar mientes en la lacayada que le rodeaba subió de tres en tres los peldaños, encontrándose en el primer piso antes de que la turba parásita hubiese vuelto en sí de su estupor.

Don Rodrigo atravesó varios salones, encontrándose de pronto con la Canocchia que despavorida iba gritando:

—*¡Bianca, Bianchina! ¡Colomba! ¡Mio ángelo! ¡Regina mia! ¿Dove sei tú?*

La Canocchia cesó de pronto en sus exclamaciones y lanzó un grito estridente al ver al Máscara.

—¡Canocchia!—exclamó el Máscara.—¿Qué dices? ¿Dónde está Blanca?

—*¡Signore! ¡Oh sventura! ¡E' disparitta! ¡Non si trova! ¡Non é in casa! ¡Non é in casa!... ¡E' perdutta! ¡Ah, la mie consolazione! ¿L' avete voi veduta? ¡Oh cerchiamola, cerchiamola! ¡Bianca! ¡Bianchetta! ¡Ah, non si trova! !Non é cui!*

El Máscara, lleno de ansiedad y confusión quiso hacer callar á la lenguaraz nodriza para que le explicare que significaba aquella desaparición.

La cosa, sin embargo, no necesitaba largas explicaciones. Blanca

había quedado en casa, después de haberse despedido de ella Riccioli al partir para Constantinopla, y de pronto había desaparecido sin que nadie hubiese podido ver por dónde había salido.

Don Rodrigo abandonó el palacio después de haberlo registrado todo.

—Señor...—exclamó una voz así que iba á embarcarse en su góndola.

—¡Ah! ¿Sois vos, Michelotta?—repuso don Rodrigo.

—Sí... Os esperaba.

—¿Qué queréis?

—¿Os interesaría quizás saber quién era la dama con quien habéis salido de San Marcos?

—Sí; infinitamente, ¿lo sabéis?

—No os lo hubiera preguntado á no saberlo. El gondolero que me ha dejado aquí tenía orden mía de seguirla y me ha traído ahora la respuesta. Es la condesa de Belfiore, Donna Clorinda, y su palacio está en el Canal Grande, cerca de la Salute.

—Gracias, Michelotta. Nunca podré pagaros lo que os debo.

—¿Vais á ir ahora?—exclamó ella.

—Sí.

—Voy con vos.

—Venid, Michelotta. Sois leal á toda prueba. ¡Quiera Dios que pueda yo recompensaros en la medida que merecéis!

Y con los mayores miramientos hizo entrar don Rodrigo en la góndola á su brava compañera, cuya inteligencia era para admirar á quien tuviera ocasión de ver á Michelotta puesta á prueba.

VIII

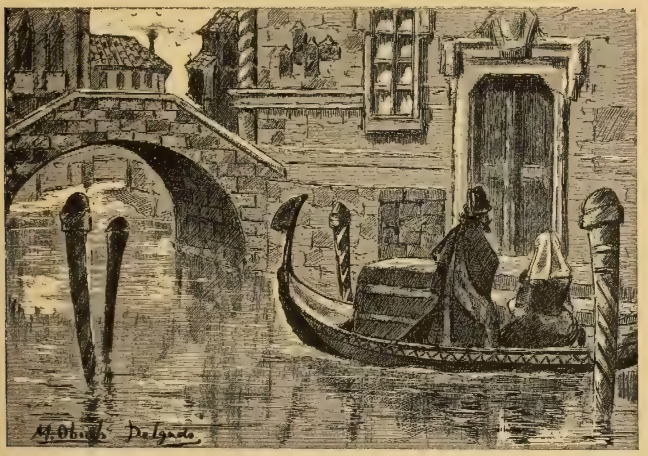
La barca se detuvo frente al palacio de Belfiore.

—Es fácil se os opongan dificultades á la entrada,—dijo la Michelotta,—¿queréis que vaya yo?

—Es verdad,—repuso el Máscara.—Decidle á esa mujer lo que acaba de ocurrir en el palacio Riccioli, y que la ruego se deje ver conmigo esta misma noche si es que puede darme alguna luz sobre el hecho de la desaparición de Blanca. Aquí os aguardo.

Michelotta penetró gentilmente en la suntuosa morada de Clorinda.

La gallarda florentina iba sencillamente vestida á usanza de las mujeres del pueblo, pero ni en su aire ni en su fisonomía, dejaba de ostentar los finos rasgos de las más castizas damas. No en vano había sido casi reina mora... de la mano izquierda.



La barca se detuvo frente al palacio de Belfiore.

Con hábiles escusas logró llegar hasta las habitaciones de la condesa. Una camarera salió á su encuentro preguntándola á qué venía.

—Necesito sin pérdida de tiempo ver á la señora condesa,—exclamó Michelotta.

—Mi señora se halla muy fatigada y no puede recibir,—respondió la doncella.

—Pues no hay más remedio; he de verla.

—No porfiéis; es imposible, buena mujer.

—Ya veréis como no lo será; decid á la condesa que necesito verla con urgencia sobre un asunto que se refiere á la noble Blanca Riccioli.

—¡Ah! Hablárais así desde un principio y estaríais ya en presencia de donna Clorinda.

Desapareció la camarera y volvió al cabo de un momento haciendo á Michelotta seña de que la siguiera.

La florentina atravesó varias estancias y se encontró por fin ante la bella condesa, que impaciente esperaba la llegada de la visitante que le había anunciado la camarera.

—Señora,—exclamó Michelotta saludando con singular despejo á Clorinda,—tengo el sentimiento de participar á vuestra excelencia que la noble Blanca Riccioli ha desaparecido de su palacio y nadie sabe dar razón de por dónde haya podido salir de la casa.

—¿Qué decís?—repuso Clorinda, dando pruebas de la mayor sorpresa.

—Lo que habéis oído, señora. ¿Podríais vos dar alguna razón de lo ocurrido?

—¿Yo? ¿Cómo queréis que la dé?

—Mándame aquí el caballero con quien os habéis encontrado esta noche en la catedral. Motivos de prudencia le han impedido presentarse aquí en persona, pues no ha tardado en descubrir quien erais, y os pide perdón por su indiscreto proceder. Dicho esto, podéis estar bien segura de que poseo yo amplias facultades por su parte.

—Perdónole á don Rodrigo su curiosidad, y le felicito por su envidiable espionaje; pero decidme, ¿cuándo ha sucedido eso? ¿Cómo se ha sabido esa desaparición extraña?

—Acababa de partir Riccioli, como ya sabréis, y había quedado donna Bianca en casa, llorosa por la ausencia de su bien amado.

—¿Creéis que fuese por tal motivo por lo que llorára?

—¡Sin duda! Don Rodrigo se ha presentado en palacio y ha encontrado en vez de la que buscaba, á la Canocchia que, desesperada, llamábala á grandes gritos por la casa, mientras que los criados, sorprendidos y maravillados, no acertaban á explicarse la salida de su señora.

—Me es imposible atinar la causa de esta desaparición, pero con todo, yo trataré de averiguar en lo posible la verdad de lo que haya

sucedido. Decidle al caballero de la máscara que mañana á la misma hora de hoy, me encontrará en San Marcos.

—Esto le diré, señora.

—Parecéisme mujer discreta y hábil, y tendré mucho gusto en recibiros siempre.

—Gracias, señora condesa. No soy más que una humilde contadina...

—Me gustan á mí las contadinas humildes como vos, y espero, por lo tanto, que no dejaremos de vernos otra vez...

—Os agradezco vuestra invitación, señora; pasaré algún día por aquí á tener el honor de recibir vuestras órdenes.

IX

Retiróse Michelotta y encontró á don Rodrigo esperándola impaciente al borde del canal.

—Nada sabe la condesa; me ha encargado os dijese que mañana fuéseis de nuevo á San Marcos, por si ha logrado descubrir algo.

—Está bien. ¿Queréis venir ahora conmigo á casa de Bandello?

—No; dejadme ir á la hostería; mañana nos veremos.

—Adiós pues, Michelotta.

—El cielo os guarde, capitán.

Desapareció la hermosa florentina en la oscuridad de la plaza, y trasladóse don Rodrigo á su alojamiento, donde Cósima le esperaba con impaciencia.

—Señor,—exclamó la joven...—No es menester que me digáis nada... Una nueva desgracia ha venido á afligiros... No habéis encontrado á Blanca.

—Acertásteis, Cósima. ¿Qué podía esperar yo más que adversidades de la suerte? Partió Riccioli en la escuadra que encontramos al entrar, y poco después desapareció Blanca de su palacio sin que nadie acierte á explicar cómo pudo ser. Debió descolgarse por alguna ventana temerosa de que no la siguiesen los pasos los servidores de su casa. Así me huye siempre sin que pueda alcanzarla; sombra fugitiva, engañoso

espejismo que me rinde de desesperación, me desalienta y me hace dudar de mi propia existencia y de mi propia razón.

—Y sin embargo, señor, por feliz podríais daros con esta fuga. ¿Qué más prueba queréis de que Blanca os ama siempre?

—¡Triste amor entonces! ¡Amor que no se deja ver, amor que huye!

—Blanca ha aprovechado la ocasión de hallarse en libertad para romper el yugo que la unía á Riccioli...

X

La conversación quedó interrumpida por la llegada de Leonelo.

—¡Señor!—exclamó dirigiéndose á don Rodrigo,—¿cómo aquí tan pronto?

—¿Tan pronto?—replicó el Máscara.—¿Por qué decís eso?

—Os suponía en otra parte, colmado de felicidad, lleno de placer, embriagado de dicha...

—¡Mi buen Leonelo! Pues ya veis.

—Es que no acierto entonces; perdonad.

—Esplicaos por Dios,—exclamó el Máscara.—¿Por qué mostráis tal extrañeza? Hablad, hablad, Leonelo.

—Suponiaos, ya que permitís que me ocupe de vuestros particulares asuntos, suponiaos entregado por completo al placer de hallaros junto á vuestra amada, enterada á tiempo de vuestro arribo á Venecia.

—¿Sabía ella que yo había llegado aquí?—repuso con ansiedad el Máscara.

—Ciertamente... Lucietta nos vió en el galeón desde el muelle y corrió á participarle la nueva á madona Bianca.

—¡Qué decís!

—Sí... Fué corriendo al palacio de la plaza de Santa Margarita. Donna Bianca se hallaba sola. Había partido hacía poco el miserable Riccioli y no podía esperarse mejor ocasión para recibiros.

—¡Oh, Dios! ¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido aquí?...

—¿Luégo no habéis ido? Creíame yo que al separarnos os encaminabáis hacia allí...

—¡Huyó! ¡Huyó al saber que yo iba! ¡Ya véis, Cósima! ¡Así me amaba la infiel! ¡Así me esperaba! ¡Así se prestaba á recibir al que habia recibido de ella mil juramentos de eterno amor! ¡Ah! ¿Por qué no pude sorprenderla? ¿Por qué no quiso Dios que pudiera aparecer yo de repente ante sus ojos para confundirla y arrancarle del pecho su infame corazón? ¡Huyó, huyó de mí!

Cósima, conmovida por el dolor de don Rodrigo, bajo la cabeza, inmutada, sin tratar ya de consolar al desgraciado amante.

Por fin, como si volviera en sí, abandonó don Rodrigo el asiento en que se había dejado caer, y exclamó:

—He de encontrarla, Cósima. He de encontrarla y la encontraré... Quiero confundirla con mi desprecio; es el único castigo que merece la mujer infame y cobarde que ha prostituido su cuerpo miserable á cambio de un palacio y de vanos oropeles. Sí; yo la encontraré... Primero *ella;* después, *él.*

—Señor,—exclamó Cósima,—quizás no acertáis en el verdadero motivo de la desaparición de vuestra amada. ¿Por qué en vez de ese temor que imagináis, no podría ser que poseída Blanca de un noble sentimiento de su situación, acosada tal vez por inocentes remordimientos y deseosa de evitaros una dolorosa explicación, hubiese preferido la amarguísima pena de no veros, antes que afligiros con la revelación de sus desgracias? No cabe concebir que pueda Blanca obrar nunca por ningún bajo móvil. Este acto que tanto os ha irritado, esta huída que os ha conducido á la desesperación, no depende, no, creedme, de falta de amor, y menos de miedo, sino de una delicadeza excesiva. ¡Compadecedla, señor; que es sin duda alguna más digna de compasión que vos mismo!

—¡Cósima, creéis que todas las mujeres son ángeles de bondad como sois vos!

—Respondo de Blanca, señor. Os ama, creedlo.. ¿No véis que sino os amara con locura no tenía para que evitar vuestra presencia? ¿Qué podía temer de vos? ¿La muerte? Blanca es incapaz de temblar ante ella

—¡Cósima! ¿Cuando os faltarán palabras para consolarme? ¿Cuando dejaréis de tener el dón divino de sembrar en torno vuestro la misericordiosa esperanza? ¡Ah! Os engañáis; os engañáis Cósima. Blanca ha huido avergonzada de su vileza, temblando á la idea de que pudiera romper yo con mi presencia esos impuros lazos que la ligan á Riccioli... Pero, la encontraré, sí, la encontraré, y entonces, á menos de que vos por sobrenatural poder no os interpusieráis entre ella y yo, entonces, sabré aplastar á la infame cortesana, á la desleal criatura que ha vendido aquel amor que tantas veces me juró.

—¡Cómo os ciega la desesperación, señor! ¡Compadeced á Blanca, no la odiéis! ¡Infeliz mujer!

—Eso podéis hacerlo vos, Cósima, que sois de otra materia que las humanas criaturas. Yo no, soy hombre, y como hombre pienso y como hombre obraré.

No replicó la joven, pero cayeron dos lágrimas de sus ojos, las primeras que don Rodrigo había visto rodar por aquellas mejillas virginales.

CAPITULO V

Pintura

—¿Cuarenta años? ¡Imposible!

—Ni uno más, ni uno menos.

—Pongamos treinta y cinco, y aún sobrarán algunos meses.

—En mi vida he encontrado más incrédulo veneciano.

—Ni yo mujer más singular, que se eche encima más años de los que tiene. ¿Conque, os dignaréis favorecer mi ruego?

—Nada os puedo decir aún. Mañana acaso.

—Sed compasiva conmigo, ya que de vos depende mi reputación, creedlo.

—Os habéis empeñado en burlaros de esta pobre mujer. ¡Venirme á mí con eso, siendo tan fea y vieja!

—¡Sacrilegio! ¡Vieja! ¡Fea! *¡Oh Dio, oh Dio, oh Dio!* ¡Húndase Venecia, perezca el mundo, extínganse los astros, venga enseguida el juicio final!

—¡Jesús!

—¿Cómo consentir que califiquéis así vuestra hermosura juvenil? ¡Una madona como las que no se pintan ya, como las que sabía pintar solamente mi ilustre tocayo Andrés del Sarto! ¡Un rostro parecido como una gota de agua á otra gota, al de Lucrecia della Fede! ¡El tipo florentino, el augusto tipo toscano! Es preciso, es preciso que accedáis á mi ruego, ó bien esta noche misma oiréis decir que se ha encontrado ahogado en el canal de Orfano á un artista *disgrazziato* que á la hora de poder conseguir la inmortalidad de Sanzio, de Buonarroti y del Sarto, ha perecido víctima de la negativa de una beldad ingrata, de una mujer tan grande por su hermosura como por su extremada crueldad.

—¡Me asustáis! ¡Morir por mí!

—¡Sí! *¡Morire per voi! ¡Per la crudele!*

—No puedo cargar yo con tamaños remordimientos. Me tendréis mañana en vuestro cuarto.

—¡Oh palabras angélicas, celestiales, divinas! La Santísima Madona *della Assunzione* os tenga en su santa gracia.

Esta conversación tenían quince días después de la llegada de don Rodrigo á Venecia, en uno de los cuartos de la *Hosteria del Bucentauro*, la brava Michelotta y un joven de unos treinta años, de gallarda apostura, aunque al parecer más provisto de esperanzas que de dinero, según revelaba en su traje. Era el tal, aquel ilustre Andrés Micheli, más conocido por el *Vicentino*, autor ilustre, aún después de Ticiano, Tintoretto y Veronese, y tan admirado por sus cuadros anecdóticos.

Hallábase en Venecia á la sazón llamado por la abadesa del convento de la *Assunzione* para que pintara un cuadro figurando á la Virgen en el glorioso momento de subir al cielo rodeada de ángeles y querubines. El Vicentino quería hacer *un capo di lavoro* y devanábase los sesos pensando qué podría poner en el lienzo que revelase tener el autor carácter propio, originalidad é independencia; en suma, quería que saliese de sus manos una obra concienzuda y personal, marcada con un sello peculiar. El asunto no permitía ninguna extralimitación; todas las *Asunciones* tienen que ajustarse á una composición igual; en esta parte no cabía inventar nada.

Buscó modelos y todos le parecían impropios. No, por Dios; aquellas regordetas y voluptuosas venecianas podían servir para originales de Ledas, Danaes, Magdalenas y demás desnudeces, pero en ninguna de ellas encontraba la expresión que buscaba para su madona.—¡Ah! Si lograse dar con el tipo que soñaba,—pensaba él,—entonces sí que su *Asunción* daría golpe y le elevaría de una vez al rango de maestro. ¡Y cómo rabiarían, y cómo se darían á los diablos, en tal caso, Morone, Palma el Joven, Páris Bordone, Lotto, Pordenone y el Bassano!

En tales ideas estaba sumido el buen Vicentino mientras subía en la hostería del Bucentauro las interminables escaleras que conducían á los desvanes donde tenía su cuchitril. De pronto se detuvo como herido por el más pasmoso de los espectáculos; allá, al través de una ventana gótica que salía al patio, veía la imagen que había soñado... Imagen singular, ciertamente, para una Asunción, pues no era otra que la Michelotta, pero cuando el Vicentino lo creía así no había más remedio que confesar que iba acertado. Y acertado iba: la Michelotta que se presentaba ante sus ojos no era en efecto la matrona resuelta y valerosa que conocemos, sino la mujer transformada al influjo de altos pensamientos y de graves preocupaciones. La Michelotta aparecía de pié, serena, embargada por la contemplación, majestuosa, patética. Las luces de un candelabro dejado sobre una mesa daban de lleno en su rostro florentino bañándole en misterioso claro-oscuro; su figura resaltaba graciosa y esbelta sobre el azul de la pared, un azul suavísimo á causa de los años transcurridos desde que un pintor de brocha gorda había pintado allí un Olimpo con varias diosas que se habían descascarado, y por fin, el ligero traje que vestía, despojada ya del corpiño y de las sayas, dábale un aire espiritual, vaporoso, castísimo, conforme enteramente con el ideal de una Madona que abandona la tierra mísera para ascender á las celestes regiones.

El Vicentino quedó sino con un palmo, á lo menos con dos pulgadas de boca abierta, hasta que volviendo á la realidad y cerró de nuevo sus labios, exclamando luégo, en griego, para mayor claridad:

—*¡Eureka!*

Y luégo en puro italiano:

—*¡Eccola quá!*

II

Descendiendo presurosamente la escalera fué incontinenti á interpelar al hostelero relativamente á la peregrina beldad del humilde cuartito.

—Hola patrón,—exclamó.—Tenemos que hablar de un asunto muy interesante.

—Me alegro, maestro. ¿Habéis cobrado ya algún pico y vais á pagarme alguna cosilla á cuenta?

—*¡Vade retro!* No se trata de miserables cuestiones de dineros sino de otras cosas más altas, más excelsas; ¡del Arte!

—¿A mí con esas? No entiendo yo pizca en punto á mamarrachos.

—¡Mamarrachos! ¿Luégo el tono dorado del Tintoretto y los tonos plateados del Veronese son mamarrachos para vos? ¿Luégo la Danae es un mamarracho? ¿Luégo es un mamarracho el *Triunfo de Venecia* que está pintado en el salón grande del palacio ducal? ¿Luégo será un mamarracho la *Vida de Santa Ursula* del Carpaccio?

—¿Yo qué sé? Si no tenéis otra cosa que decirme, maestro...

—Veo que es inútil hablaros en términos de filosofía... Me doy por entendido y emplearé palabras que podáis comprender al punto. Decidme, pues; ¿quién es esa mujer que está alojada en el cuartito cuya estancia cae sobre el abrevadero?

—Pues no sé quién es.

—¿Cómo se llama?

—Michelotta.

—Lelia querréis decir.

—Michelotta, Michelotta. Ella dijo Michelotta.

—¿Cuándo llegó?

—Hará unas dos semanas, y pagó por adelantado, señor maestro, por adelantado; en buenos cequíes. Así es un gusto recibir á los pasajeros.

—¿En cequíes?

—Sí; en cequíes venecianos, nuevecitos, relucientes.

—¿Estará mucho tiempo aquí?

—Entregóme el importe de un mes.

—Patrón, es preciso que yo le hable mañana á esa mujer.

—Nada más fácil. Os acercáis, la dirigís la palabra y puedo aseguraros que ella os contestará, si quiere, pues cónstame positivamente que tiene la lengua tan espedita como vos.

—Y como vos.

—No; como vos, como vos, que obligaríais á callar al mismo procurador de la señoría.

—Gracias. La hablaré. ¿Sabéis á qué hora saldrá de su cuarto?

—No se lo he preguntado.

—Pues no sabiéndolo vos es preciso que no pierda yo la ocasión de atraparla al paso.

—Justamente.

—Dormiré en el pasadizo.

—Como gustéis.

—Y me facilitaréis un jergón.

—¡Oh! ¡Imposible! Están ocupados todos.

—¿Luégo tendré que echarme sobre el suelo?

—¿Qué más remedio? Así no correréis peligro de caeros.

—Estoy resignado. ¡Sin cenar, sin lecho para dormir!... ¡Oh suerte infausta de los nobilísimos hijos del Arte!

—Creed, maestro, que más de una vez he dormido yo también con el estómago vacío y con esto me he levantado tan contento. ¡Paciencia, hermano!

—Ni Job, ni Job tiene la mía, patrón.

Y retirándose mustio y cabizbajo fué á apostarse el pobre pintor sobre el enyesado del corredor por donde á la fuerza tenía que atravesar la cara aparición, si es que no se remontaba al empíreo llevada sobre una nubecilla y rodeada de un coro celestial.

III

Muy de madrugada oyó abrir el Vicentino la puerta del cuartito, percibiendo seguidamente las pisadas de la bella.

Levantóse del empedernido lecho el artista, quitóse el polvo de que se habia llenado en tierra y aguardó al extremo del corredor á que apareciese la sin par señora.

Michelotta reparó en la beatifica expresión con que la miraba el artista y le sonrió graciosamente, dándole los buenos días.

—¡Paso á la belleza triunfante, gloriosa, divinal!—exclamó el artista, deshaciéndose en exagerados saludos.

—¿Tan de mañana estáis ya de humor para hacer burlas?—replicó la Michelotta.

—¿Burlas? ¿Burlarme yo? Así la cólera celeste caiga sobre mí en este momento si son burlas lo que he dicho. ¡Oh, no! Muy de veras y muy serio y muy formal es la exclamación que á mi pecho entusiasta ha arrancado vuestra hermosura invulnerable.

Miróle con asombro la florentina, revelando en su mirada que estaba pensando para sus adentros:—¿Si estará loco este hombre?

El Vicentino con voz humilde repuso:

—Sabed, noble señora, que no he dormido en toda la noche, desvelado por vuestra imagen peregrina.

—¿No habéis dormido? ¡Cuánto siento eso!...

—No, no debéis sentirlo. Admitidlo como un ligero testimonio de adoración, á cuenta de los muchos que pienso tributaros.

—¡Jesús! Pero sepamos de una vez. ¿Se os ofrece algo, joven?

—Sí. Permitidme que os adore.

—¡Ah! Si no es más que eso, podéis creer que no he de poneros el menor reparo. Pero llevo prisa. Si vos no habéis dormido, yo no cené, y tengo hambre.

El pintor lanzó un suspiro y repuso:

—¡Como yo!

—¡Pobre joven! ¿Tenéis hambre también? Vamos, pues. Nos desayunaremos juntos.

—No... no,—replicó el Vicentino.—Mi hambre es de otra cosa... es hambre de amor.

Sonrióse maliciosamente Michelotta y dijo:

—¿De amor tan sólo?...

—Es verdad que una cosa no excluye la otra...

—¡Ah! Ya veis como nos vamos entendiendo... ¡Ea! Bajemos á la cocina.

—¡Señora! ¡Vos á la cocina!

—¿Por qué no? ¿No querréis, pues, acompañarme?

—No digo á la cocina, sino al purgatorio os acompañaría yo...

—Pues, vamos... allá.

—Al cielo será ir, yendo con vos.

IV

Latiéndole de amor el pecho y haciéndosele la boca agua al pensar que iba á engullir algo de sustancia con que aplacar los agudos dolores de su estómago cuya vaciedad contrastaba tanto con la plenitud de su corazón, entró el Vicentino en pos de Michelotta en la vasta cocina de la hostería del Bucentauro.

—No hay nadie aquí,—exclamó la mujer.

—Esperad, voy á llamar,—repuso el joven.—¡Eh! ¡Patrón! ¡Mozo! ¡Cocinera!

—¿Quién llama con tales voces?—contestó el patrón desde el fondo de un corredor.—¿Sois vos, maestro?

—El mismo soy, patrón. Levantáos enseguida.

—¡Idos allá con mil demonios! ¿A qué venir á alborotar de esta manera? ¿Tenéis dinero ya?

—Dejáos de gritar, patrón, y venid, que tenemos hambre y queremos desayunarnos,—dijo á esto la Michelotta que se había acercado al cuarto donde estaba descansando el posadero.

—¡Imposible! Arregláos como podáis. En la alacena encontraréis huevos, manteca, pan y vino. ¡Ah! Y de la campana de la chimenea cuelga un jamón que está allí para curarse. Componéoslas como os dé la gana y dejadme dormir que me he acostado cuando cantaban ya los gallos y tengo sueño.

Palideció el Vicentino al imaginar que no podría comer hasta que *il barbaro padrone* tuviese á bien abandonar las blandas plumas de

su mullido lecho, pero tranquilizóse al oir decir, con viva admiración, á Michelotta:

—¡No importa! Me basto yo para hacer una *fritura* tan dorada como pudiera hacerla la mejor vendedora de la plaza de San Benedetto.

El Vicentino expresó el respeto que le infundía la habilidad de su adorada compañera, tributándola un profundísimo saludo.

—¡Los huevos!—exclamó Michelotta abriendo la alacena y viendo algunos dentro de un gran salero de barro que allí estaba

—Creo que ha dicho también que había un jamón colgado de la chimenea,—aventuróse á decir el Vicentino.

—Sí, eso ha dicho,—replicó la Michelotta.—Ved de alcanzarlo.

El pintor arrimó un banco bajo la campana del hogar y vió aparecer en la lóbrega profundidad el redondeado contorno de un pernil de tocino, cubierto de hollín.

Sin temor alguno á ennegrecerse las manos, blancas y finas como las de una patricia, cogió el artista la preciosa pieza y con cariñoso cuidado fué maniobrando hasta sacarla del cautiverio en que yacía, colgada de un gancho por medio de un nudo corredizo.

—Dadme acá,—dijo la Michelotta.

En un momento quedaron cortadas grandes lonjas; la sartén chirrió; el Vicentino batió los huevos y á los pocos minutos aparecía redonda, dorada y despidiendo suavísima fragancia la mejor tortilla que el pintor recordase haber *contemplado* en todos los días de su vida.

Llególe el turno á la *fritura;* las lonjas cambiaron su tono sonrosado por otro carmesí, lanzando embriagador aroma. Púsose la mesa, instaláronse en ella los dos comensales y á la media hora resultaban tan amigos, que al levantarse de la mesa proseguían la comenzada conversación en el propio cuarto donde hemos suspendido el final de la interesante plática.

V

Fiel á la promesa hecha había acudido Michelotta desde el siguien-

te día al cuarto que ocupaba el Vicentino en el desván, donde estaba preparado ya el gran lienzo donde debía surgir la angelical figura de la Virgen en su gloriosa Asunción, así como había también varios otros lienzos y cartones destinados á apuntes y estudios.

—¡Admirable modelo!—exclamó el pintor contemplando á Michelotta que inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho se sonreía á pesar suyo, mirando las tejas que formaban la techumbre. ¡Así, así! Con esta sonrisa que parece dirijáis á Dios que vierais!... Por piedad, no os mováis... ¡Os tengo!... ¡os tengo!

Y rápidamente trazó con un lápiz rojo algunas líneas sobre el blanco fondo de una tela que debía servir de boceto, apareciendo al terminar enérgico y exacto el perfil de la florentina.

La Michelotta se acercó y no pudo reprimir un grito de admiración.

—Ved, ved,—exclamó con orgullo el Vicentino,—y decidme si con esta expresión que daré yo á la figura podrá decir nadie que no he pintado á la gloriosa Reina de los cielos transportándose á la mansión divina donde le espera su Hijo bien amado.

La Michelotta sintióse turbada al fijarse en la mirada de genio que brillaba en los ojos del artista y bajó los ojos, tiñéndose de un rubor suave sus mejillas. Ya no era el mismo huésped del día antes; ahora se le imponía. Comprendía que se hallaba ante un artista de raza, lleno de pasión por su arte y capaz de realizar los mayores prodigios con su paleta, de inmortalizarla á ella... Tembló entonces la pobre Michelotta y sintió una emoción extraña hasta que al fin sin poder darse cuenta de lo que experimentaba comenzaron á correr lágrimas de sus ojos.

El pintor en vez de conmoverse por aquel llanto pareció notar con dureza semejante transformación. Se le escapaba el ideal...

—¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis?—exclamó desesperado.—¿Por qué llorar? ¡Lelia, Lelia!

Estremecióse la Michelotta al oir llamarse de aquel modo y produjose enseguida en su fisonomía como una súbita expansión de júbilo, como una deliciosa dilatación de alegría inefable.

—Así, así, ahora;—exclamó el pintor mirándola hasta fascinarla y disponiéndose á terminar el comenzado boceto.

Levantó de nuevo los ojos Michelotta, apareció otra vez en sus lábios la sonrisa de antes y el artista, pálido, nervioso, fébril, acabó el diseño, contemplólo por un momento y exclamó:

—¡Ya es mía!

VI

Michelotta salió precipitadamente del desván antes de que el Vicentino hubiese tenido tiempo de retenerla.

Sentíase conturbada, trémula, como si de pronto hubiera cambiado la faz de su existencia.

Nunca había conocido cosa igual ella que tantas aventuras había corrido durante su vida. No; lo que había sentido mientras el pintor la miraba de aquel modo, lo que había experimentado al verse reproducida sobre la tela en aquellas confusas y enmarañadas líneas rojas, no lo había sentido ni experimentado nunca.

Salió de la hostería corriendo, sin saber á dónde iba. Por fin, rendida de cansancio vió ante ella el claustro de un templo, entró, sentóse en un banco de piedra y trató de ordenar sus ideas y de volver á la realidad.

¿Qué le había acontecido? ¿Dónde estaba? ¿A dónde iba?

Y sin que su voluntad interviniere para nada, oyó como sus labios murmuraban:—*¡Lelia! ¡Lelia!*

Sí... Así le había llamado el pintor á la Michelotta.

Era el mismo nombre, «Micaela,» pero ¡cuán distintamente sonaba en sus oídos! ¡Qué de cosas le recordaba! ¡Su niñez, los alegres días de su adolescencia, el cariño de los honrados artesanos que la habían prohijado al encontrarla una noche abandonada en las gradas de Santa María dei Fiori!

Todo lo había perdido en breves horas; la horrible peste le había arrebatado á los que llamaba padres en el espacio de un solo día, quedando sola, abandonada de todos.

Tenía entonces trece años; habíale tomado á su servicio una vieja devota de Savonarola y la había cambiado el diminutivo de Lelia por

el de Michelotta, no siendo conocida ya desde entonces más que con este nombre.

Después... ¡Cuántas amarguras! ¡Cuántas vicisitudes! Orgullosa y digna había rechazado mil villanas proposiciones que le habían producido todavía más asco que indignación. No; era ella incapaz de venderse; sola, enteramente sola, no se había acobardado nunca, y trabajaba sin descanso á fin de no deber al infame precio de un comprador malvado el pan que comía y el lecho honrado sobre que descansaba su fatigado cuerpo.

Un día, sin embargo, habíasele acercado un joven artesano, un talabartero, ofreciéndole con su corazón su mano y Michelotta había aceptado. Fué feliz, muy feliz, por espacio de diez años. Murió el esposo y de nuevo la animosa mujer tuvo que acudir á sus propias fuerzas para poder ganarse la vida honradamente.

Desde entonces había sido compradora de varias casas; madona Victoria la había favorecido con toda suerte de atenciones y ella en cambio habíale prestado adhesión profundísima, identificándose en un todo con la casa.

No por otra causa había prestado oídos á Riccioli cuando éste le propuso servir de medianera entre él y Amparo; creía la buena mujer que de aquella hecha iba á labrar la felicidad de la niña.

En cuanto á ella, bien se lamentaba interiormente á veces de que nadie reparase ya en que era bella, gallarda é inteligente, y á medida que se iba acercando á la edad de la madurez, dolíale que pudiera llegar á su ocaso sin que ni por un momento hubiese podido brillar con su luz verdaderamente hermosa.

Pero todo lo olvidó al encontrarse envuelta en las empresas del Máscara; había sentido por él la más viva simpatía y se sentía ligada á su causa por los lazos de la gratitud y por la ocasión que se le había deparado de poner á prueba sus inestimables cualidades de discreción y habilidad.

La florentina se consolaba de sus duelos de viuda sin pretendientes con el papel de confidente importantísima de un caballero tan extremado como era el antiguo embajador español cerca de la Señoría.

Esto la había distraído un tanto de sus amargas horas de soledad.

Después, al quedar cautiva del corsario mahometano, Michelotta, resignada á la suerte que le había cabido, habíase mostrado á la altura de lo que las circunstancias exigían. En los meses que había sido más que esclava, dueña absoluta del corazón del jefe berberisco, quedó probado que una humilde plebeya podía desempeñar gallardamente el oficio de soberana, y lo que hizo después para entregar el barco á los cristianos y librar á los cautivos demostraba hasta que punto rayaba la alteza de su ánimo.

De nuevo le había deparado la fortuna ocasión de reunirse al Máscara y se sintió entonces más que nunca interesada por su suerte. En el fondo de su alma agradecía á don Rodrigo las deferencias de que le era deudora, al tratarla siempre como igual en vez de mirarla con el desprecio con que en aquellos tiempos miraban,—y siguen aún mirando—los nobles á los plebeyos, si es que puede decirse que persista todavía la ley de castas.

Y al presente, ¿qué extraña emoción era aquella que se había apoderado de su espíritu ante la mirada ardiente, avasalladora de aquel pintor, que comenzando por aparecerle cual maleante y divertido gracioso había crecido de repente treinta codos, transfigurado por el sacerdocio de su arte? ¿Por qué había sentido agolparse las lágrimas á sus ojos al contemplar trasladada al lienzo, no ya la forma de su rostro sino su propia, su secreta alma? La Michelotta había experimentado como un vértigo de ternura, como un choque de sensibilidad. Ella, la pobre viuda del talabartero, la mísera servidora de Victoria, la hechura de don Rodrigo, iba á ser magnificada, divinizada, inmortalizada por el genio del Vicentino... Sí... Así lo sentía ella, así estaba cierta de que sería. Aquel hombre estaba poseído del genio del arte, era un creador humano que rivalizaba con el Creador Supremo en dar forma y corporeidad á lo que se pintaba en el fondo de aquellos sus grandes ojos que lanzaban fuego cuando guiaban la mano con que sostenía su pincel.

De nuevo se estremeció la Michelotta al recordar la escena del desván. Aquellas líneas en que había retratado, sublimado su semblante,

iban cubriéndose de colores, de matices, de sombras, de puntos luminosos, de suaves tintas y vigorosas manchas y de todo ello, celeste, divina, esplendente, surgía una imagen dulce y majestuosa, una figura que la Michelotta miraba con espanto y al par con férvida alegría, ¡su imágen, la suya!

La Michelotta se levantó precipitadamente del banco, pasóse una mano por la frente y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Iré yo acaso á volverme loca?

VII

Entonces reparó en el sitio donde había permanecido por largo rato entregada á su meditación.

Era un claustro de lindísima arquitectura ogival, cargado de adornos, revestidos de esculturas. Dentro las cuatro galerías que le rodeaban y separado de ellas por un enverjado de hierro, había un jardín, risueño, lleno de flores, árboles, surtidores y pájaros. El aroma de las plantas embalsamaba la atmósfera. Cosa rara encontrar en Venecia un lugar como aquel, tan umbroso, tan florido.

Sobre cada una de las naves de la planta baja corría otra provista de espesas celosías, y sobre ellas, relucían alegremente al sol las rojas tejas de la cubierta, que iba rebajándose hasta formar un prolongado alero.

Nada más tranquilo que aquel claustro. ¿Quién habitaba allí? Monjas, de seguro. Así lo revelaba el esmero en que estaba cuidado el amplio jardín y la coquetería con que estaban adornadas las capillas.

Con pena se separó la pobre mujer de aquel apacible retiro; preguntó á un sacristán que iglesia era aquella y supo que se hallaba en San Teodoro.

Acto seguido encaminó sus pasos á la plaza de San Benedetto, encontrando á don Rodrigo que la esperaba con impaciencia.

—¿Habéis averiguado algún indicio?—exclamó el Máscara.

—Ninguno, señor,—respondió la Michelotta.—¡Quince dias sin haber logrado el menor rastro! Veremos esta noche si podrá comuni-

carme algo donna Clorinda, aunque á la verdad, señor, inspírame invencible antipatía la condesa. Bien claro se ve que no es en interés vuestro por lo que os dió conocimiento de hallarse en Venecia madona Bianca, sino por odio á ella y quizás por algún particular resentimiento con Riccioli.

Entonces reparó en el sitio donde había permanecido por largo rato entregada á su meditación

—Dices bien, Michelotta; siempre he pensado de igual manera.

—Entonces, señor, vos mismo debéis comprender como habéis de manejaros para que no os haga servir de instrumento para sus planes. Ya sabéis que esta noche os espera la condesa.

—Descuida Michelotta; yo sabré obrar según convenga.

No faltó el Máscara á la cita; á la hora convenida encontróse con Clorinda en la catedral y embarcáronse como otras veces en una góndola.

—¿Conque seguís creyendo que huyó Blanca?—preguntó la condesa, siempre con el antifaz que le ocultaba el rostro.

—Eso os mandé decir, condesa.

—Temería vuestra venganza, don Rodrigo.

—No fué por eso, señora,—replicó el Máscara;—Blanca no es capaz de temer nada.

—¿Ni áun la muerte?

—No; ni áun la muerte. Otra debió ser la causa.

—¿Y no acertáis cuál?

—Podría ser, pero es asunto propiamente mío y no puedo permitirme el revelároslo. Pero sepamos ya que teniáis que decirme.

—Quería comunicaros una extraña idea que surgió en mi mente pensando en la desaparición de mi infeliz amiga. Sí; pensé una cosa verdaderamente horrible... ¿No estaría Blanca en la prisiones del Tribunal de los Diez arrebatada por los esbirros de los inquisidores?

—¡En el Tribunal de los Diez! ¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

—Podía recelarse que no supiera quizás algo acerca del paradero de Branzanti...

—¡Horror!

—Advertid que esto no es más que aprensión mía...

—Con todo, bien podría ser que acertarais... Pero ¿por qué habrían de volverse contra ella y no contra Riccioli?... Dijisteisme que el habia sido el matador del teniente...

—Indudablemente; pero eso lo sé tan solamente yo.

—Entonces...

—¿Queréis que vaya yo á comprometer, á delatar á Riccioli? ¡Imposible! Hay que buscar otros medios para librar á Blanca, caso que esté donde se me ha ocurrido pudiera estar quizás.

—Está bien, condesa... Pensaré en lo que me habéis dicho.

Despidióse el Máscara de la hermosa Clorinda y dirigióse á su alojamiento donde le esperaba impaciente la Michelotta. Don Rodrigo comunicó á su confidente la sospecha que le había manifestado la condesa.

—No creáis que obedezca á este motivo la desaparición de vuestra amada,—respondió la florentina.—Pero si así fuese, ya sabéis á quien sería debida su prisión.

—¡Ay de ella en tal caso!

—Podría ser que aprovechándose de la ausencia de Riccioli hu-

biese imaginado la Belfiore dar este golpe contra su aborrecida rival, pero si esto intentó no llegó á tiempo. La causa bien sabéis cual fué; haber sabido Blanca por medio de Lucietta la noticia de vuestra presencia en Venecia. ¿Cómo apoderarse de ella los sicarios, dentro de sus habitaciones, sin que ningún criado hubiese observado su entrada en el palacio?

—Me dejáis convencido, Michelotta,—repuso don Rodrigo.

—Yo volveré allí mañana y trataré de inquirir lo que ocurriera, pudiendo aseguraros que os traeré, de todas maneras, la seguridad de si la desaparición de Blanca fué voluntaria ó debida á extraños manejos.

—Bástame que digáis vos una cosa para creerla firmemente,—repuso el Máscara.—No en balde nacisteis en Florencia. Vuestra inteligencia es tan fina que honraría á los políticos de la antigua corte de los Médicis.

Sonrióse la Michelotta y partió á su alojamiento, despidiéndose con el mayor respeto de Cósima, á quien dijo:

—Dejadlo para mí; yo lo sabré todo.

VIII

Esperaba con impaciencia el Vicentino que volviera á la hostería la señora de sus encumbrados pensamientos, y se hallaba en el zaguán aguardando hora tras hora á que compareciera.

Por fin, vió entrar á la Michelotta, que olvidada ya del pobre artista iba más preocupada con los asuntos del Máscara que no con los del pintor.

—¡Bendita seáis!—exclamó el Vicentino saliéndola al encuentro.

—¡Ah! ¡Sois vos!—repuso la Michelotta, sin poder disimular la sorpresa que le había causado la presencia del joven.

—¿Conque no os acordabáis ya de mí?—repuso el pobre pintor.

—¡Oh, sí! Ciertamente que sí,—se apresuró á responder ella.—¿Cómo olvidaros?

—¿De veras?

—Me ofendéis con vuestras dudas.

—Diríase, sin embargo, que para nada os habéis acordado en todo el día del pobre Vicentino. ¡Tendréis tantos asuntos en que ocuparos, más importantes que no el servir de modelo á un artista ambicioso de gloria y de renombre!

—Primero seréis vos que nadie, os lo juro, en cuanto pueda ocuparme,—respondió la Michelotta.—¿Cuándo me necesitaréis?

—Mañana, á la misma hora que hoy.

—No faltaré.

—En el desván... por ahora.

—Un desván deja de ser tal cuando lo ocupa un hombre de vuestro talento, maese Andrés Micheli.

—Y cuando lo honra una mujer de vuestra hermosura, madona Lelia.

Retiráronse cada uno á su aposento y al siguiente día, muy de mañana, apareció Michelotta en el desván ocupado por el Vicentino.

—¿Habéis almorzado ya?—preguntóle maliciosamente la florentina.

—Sí; me he desayunado, gracias,—replicó el pintor.—¿Y vos?

—No; pero supongo que no desairaréis mi invitación para hacerme compañía como ayer.

—Está bien; acepto. ¿Pero por qué habéis salido sin haber probado algo?

—Lo he hecho en obsequio vuestro. Creo que así, con este color un poquito pálido os serviré mejor para el caso.

—Lleváis hasta el sacrificio vuestro amor al arte. Efectivamente, así sería si estuviéramos ya en el caso de extender los colores, pero no hemos pasado todavía del diseño.

—Sin embargo, estoy cierta de que las mismas líneas han de cambiar un poco y parecer más espirituales cuando se tiene el estómago vacío.

—Acertáis, Lelia. Yo soy un ejemplo viviente de esto que decís. ¡Cuántas veces no he servido de modelo para pintar santos y bienaventurados, tan sólo por mis recomendables aunque forzosas abstinencias! Pero no conviene abusar... Por lo tanto, manos á la obra y os

prometo no entreteneros mucho. Hacedme el favor de echaros este manto sobre los hombros. Ahora, poneos así... cabal.

La Michelotta, cubierta con una flotante túnica, quedó convertida en modelo viviente de una *Asunción*, con las manos entrecruzadas al nivel del pecho, la mirada al cielo, la cabeza algo hacia atrás y recto el talle.

La Michelotta, cubierta con una flotante túnica, quedó convertida en modelo viviente de una *Asunción*...

Al cabo de una hora, durante cuyo tiempo había concedido varios descansos á su modelo, dijo el Vicentino:

—¡Ea! se acabó por hoy. La figura ha salido tal como la había concebido yo. Gracias á vos, alcanzaré gloria y provecho.

—¡Cuánto me alegraré de ello, maestro!—replicó la Michelotta mientras se quitaba el manto.—Y ahora, ¿vamos ya?

—Vamos, gloriosa virgen.

—De estómago,—repuso riendo la Michelotta.

IX

El almuerzo fué tan alegre como era de esperar dado el carácter

de los comensales, revelándose claramente que el Vicentino había faltado descaradamente á la verdad al asegurar que se había desayunado, pues no era creible que de haber sido así hubiese comido con el furioso apetito de que estuvo dando muestra.

—Cuando me hayan pagado el cuadro,—exclamó el pintor en un rapto de entusiasmo, os he de ofrecer una cena que ni la... de Leonardo, que es, á mi juicio, la mejor *cena* que se conoce. Se entienda, que no será pintada, por supuesto.

—Gracias; para pintada vale más que me ofrezcáis otra cosa que manjares. ¿Pero cuándo llegará ese día?

—Esa noche, querréis decir, Lelia.

—Es verdad, que deberá ser de noche.

—Pues llegará pronto si vos seguís prestándome vuestro preciosísimo auxilio.

—Ya sabéis que no hay que hablar más de esto.

—Gracias. Concluyo, pues, el cuadro, le llevo á las buenas madres y... en seguida vienen los *cumquibus*.

—¿Es para un convento de monjas, pues, el cuadro?

—Justamente; para el convento de San Teodoro.

—¡Ah! ¡Qué sorpresa!

—¿Por qué decís esto?

—Entré allí el otro día, y creed que á poco más me vienen ganas de quedarme.

—Es verdad que es un convento delicioso, mas por fortuna para el arte aunque hubieseis querido no hubierais podido meteros monja allí.

—¿No?

—Digo, á menos que vuestra familia no estuviese inscrita en el *Libro de Oro* de la Señoría de Venecia.

—Puedo aseguraros que no lo está. Mis padres eran contadinos de Florencia.

—Los míos de Vicenza. Tampoco figuran en el *Libro de Oro*, lo cual no quiere decir que no podamos figurar los dos en un libro mucho más ilustre que ese.

—¡Pobre de mí!

—¿Por qué decís eso? ¿No hablará eternamente la historia del Dante y de Beatriz, de Rafael y de la Fornarina, del Buonarroti y de Victoria Colonna, de...

—¿Y creéis que podría hablar también del Vicentino y la Michelotta?

—¿Qué inconveniente habría en ello?

—Pues estando segura, como estoy, de que los venideros han de hablar de vos, siéntome, á la verdad, orgullosa de que pueda ir mi humilde nombre unido al vuestro.

—¡Irá, vive Dios, irá! Ya veréis como llegará día en que nadie sabrá quien era, por ejemplo... Paolo Riccioli, y el mundo sabrá quién fué Andrés Micheli, el *Vicentino*.

—¡Oh!—exclamó la Michelotta.—¿Conocisteis vos á Paolo Riccioli?

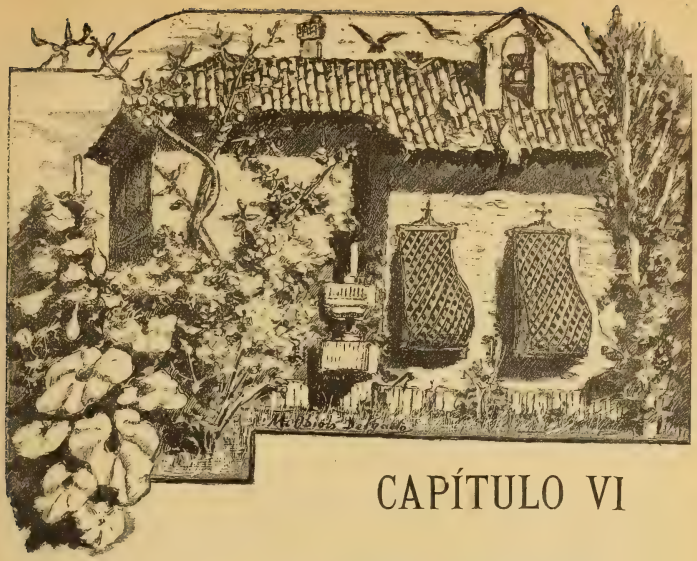
—No por cierto, pero le oí citar este nombre á la madre abadesa de San Teodoro, como el de un ilustre patricio de Venecia. ¿Y vos? Debiste de conocerlo, sin duda, á juzgar por la sorpresa que os ha causado oir que pronunciaba su nombre.

—No; estoy en el mismo caso que vos. He oído solamente pronunciar su nombre, pero no le conozco.

—Pues entonces, ¡vaya al diablo!

—Justamente. ¡Al infierno, Riccioli, y Satanás cargue con él!

Levantóse la florentina presa de extraña animación, despidióse del pintor hasta el siguiente día y salió precipitadamente de la posada.



CAPÍTULO VI

El convento de San Teodoro

La Michelotta llamó al primer gondolero que encontró y se hizo conducir al *sestiere del Castello* en una de cuyas calles estaba el templo famoso erigido por los venecianos á su antiguo patrón.

¿Por qué iba allí la bizarra florentina? ¿Qué idea había surgido en su cerebro?

Es que el nombre de Riccioli, oído pronunciar por el Vicentino en aquel recinto, había despertado en ella cierta vaga sospecha, acerca de cuyo fundamento urgíale salir de dudas.

¿A qué habría venido citar al noble veneciano en aquella ocasión?

—¡Quién sabe!—pensaba para sí la Michelotta mientras la góndola surcaba los canales.

De pronto sacóla de su distracción la voz del gondolero que decía:

—Hemos llegado ya, madona. ¿Os he de esperar aquí?

—Sí; esperadme,—contestó la mujer, mientras le pagaba al gondolero.

—Pues aquí me encontraréis,—replicó él metiéndose los quarantanes en un bolsillo que llevaba sujeto entre las vueltas de la faja roja.—Mejor gondolero que yo no lo hallaréis en todo el *sesticre*.

—Me alegro mucho.

—Preguntad siempre por Sergio y no os arrepentiréis nunca de haberos confiado á él. Me encontraréis de punto al pié de la estatua de San Teodoro.

—Gracias, patrón. No olvidaré vuestras ofertas.

La Michelotta penetró en el templo, antiquísimo, muy anterior á la construcción de los claustros y del convento anejo, y se encontró con que se estaba celebrando un gran oficio en el cual cantaban las monjas con deliciosas y acordadas voces.

Levantó la cabeza para ver el coro tras de cuyas rejas se hallaban las esposas del Señor, pero nada pudo adivinar.

No tardó mucho en concluirse el oficio y entonces salió la Michelotta á los claustros cruzándose en una de las galerías con una mujer de mediana edad, que si por el vestido revelaba pertenecer al pueblo, conocíase á la legua que participaba también de la vida del convento.

—Perdonad, hermana,— exclamó la Michelotta.—¿Pertenecerías acaso al servicio de las madres?

—Soy la compradora de las monjas. ¿Qué queriais?—repuso la mujer con tonillo un tanto orgulloso.

—Pareceisme muy bondadosa y amable,—repuso la Michelotta,—y me permitiré por lo mismo dirigiros una súplica que no dudo atenderéis. . Yo, señora, quisiera que, gracias á la influencia que debéis tener en el convento, manifestarais á la señora abadesa el gusto que tendría yo en mandar decir un oficio como este que están celebrando ahora... pagando, por supuesto, lo que costare...

—No puede ser,—replicó bruscamente la compradora, cual si tuviera autoridad para decidir de plano.

—¡Cuánto lo siento!—replicó la Michelotta.—Yo hubiera querido que se hubiese celebrado aquí la función. ¿Pero por qué motivo no puede ser?

—Porque bien se ve que no pertenecéis á la parroquia, y ni aunque así fuera, porque no sois noble.

—Es verdad, señora... Sin embargo, yo hubiera tenido un placer especial en que el oficio se dijera en San Teodoro. En fin, buscaré en otra parte.

—¿Vais á hacer cantar ese oficio en cumplimiento de algún voto? —preguntó la compradora.

—Justamente; en celebración del aniversario de haberme salvado de un naufragio.

—¡Hola! ¿Naufragasteis?

—Sí, y gracias á la intervención de San Teodoro conseguí salvarme.

—No sois la primera persona que tales favores le debe á nuestro santo patrón... Pero vos no sois veneciana...

—Es verdad que no lo soy. Nací y me crié en Florencia.

—Al momento lo conocí... No puede disimularse la *lingua toscana*...

—Es verdad que dicen que es la más perfecta que se habla en Italia, pero en cambio es mucho más dulce el acento que se oye aquí... No hay más que oir como cantan esas benditas monjas... pero os estoy deteniendo, señora...

—No... no llevo prisa...

—Oh, no, gracias... Salgamos y si permitís que os ofrezca mi góndola... Yo voy á la plaza de San Stéfano.

—Vamos, pues. Precisamente llevo yo un recado para Santa María Zobenigo...

II

Michelotta dió orden al gondolero de dirigirse al punto manifestado y reanudando la interrumpida plática, dijo:

—Pues, sí... Me han dejado encantada aquellas voces... Parecia un concierto de ángeles...

—No es que lo pareciese, sino que así es siempre. ¡Viérais qué rostros tienen aquellas ilustrísimas madres!

—¡Oh! ¿Qué tenéis que decirme vos? Bien me lo figuro; como si las viera.

Picóse la compradora con tales seguridades y replicó:

—Pues no os lo podéis figurar, hermana. Hay que verlo para hacerse cargo de aquella majestad, de aquella soberana belleza que tienen todas ellas.

—No digo que no tengáis razón; pero si viérais como he visto yo infinidad de veces las monjas del Sancti-Spirito de Florencia, tendríais que reconocer que pueden ser las de San Teodoro iguales, pero no superiores á ellas en lo señoril de la presencia, en aquella noble hermosura de los rostros, en lo rico de los hábitos...

—Imposible que pueda compararse nadie con mis señoras, buena mujer. No las habéis visto, no las habéis visto.

—Ni habéis visto tampoco vos las monjas del Sancti-Spirito. No parecen sino querubines, aunque á la verdad no cantan de esa admirable manera que he oído cantar en San Teodoro.

—En voces y en todo han de ganarles las mías á las vuestras.

—En fin, no diré que no, pero lo dudo.

La compradora de San Teodoro, no pudiendo tolerar semejante dubitación, exclamó entonces:

—Hay una manera fácil y sencilla de que os convenzáis. Decís que habéis visto muchas veces las del Sancti-Spirito. Ved también las de San Teodoro y decidme luégo quiénes son las que os gustan más.

—¡Oh, no!... Me doy por convencida ya...

—No, no... Quiero que las veáis... Ya me sabréis decir entonces si hay el mundo monjas como las mías.

—En fin, os daré ese gusto... Las veré. Pero ya que he tenido la suerte de que os dignarais escucharme, voy á permitirme rogaros ahora que cuando menos se le enciendan algunos cirios á San Teodoro, ya que no he podido alcanzar se celebrara el oficio que pensaba.

—En eso no hay inconveniente, hermana.

—Tomad, pues, hacedme el favor de encargaros vos misma de llevarlos allí, y mañana cuando nos veamos podré tener el consuelo de ver como arden esas luces en el bendito altar...

La Michelotta entregó á la compradora tres ducados, que la buena mujer se apresuró á embolsar, diciendo:

—Se hará; se hará. Le pondremos seis blandones á San Teodoro... Ya veréis.

—¡Cuánto os agradezco vuestras bondades, señora! ¡No sabéis el interés que tenía yo en cumplir mi voto!

Ya en esto había llegado la barca frente á Santa María Zobenigo.

—¡Cuán aprisa hemos ido! —exclamó la compradora.—¡Famoso gondolero tenéis, hermana! Conque hasta mañana, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde queréis que nos veamos?

—En el claustro, así que vayan á terminar los oficios.

—Está muy bien... Pero no sabemos aún nuestros nombres... Micaela Dori me llamo, para serviros, señora.

—Brígida Succianespole, hermana, para lo que gustéis mandar.

La Succianespole desembarcó, y cuando hubo entrado en la iglesia, dijo Michelotta al gondolero:

—Plaza de San Benedetto.

La góndola viró en redondo, sin que Sergio se permitiera la menor observación sobre tan extraño rodeo.

III

La Michelotta encontró á don Rodrigo poseído del mayor desaliento.

—¿Habéis logrado descubrir algo?—preguntóle.

—Nada; ha poco he visto á un hombre de toda mi confianza que puede saber bien cuáles presos entran... ¡y salen! de las prisiones, y me ha asegurado que Blanca no está allí.

—Mejor que así sea,—replicó la Michelotta.

—¡Oh, no! Porque en sabiendo yo dónde estuviese, aunque debiese hundirse el mundo la sacaría de allí. ¿Qué me importaría á mi saber que está en los pozos? Hoy mismo estaría libre.

—Con todo, ¡da horror pensar que pudiera estar allí!...

—Sí, es verdad... La república conoce el refinamiento de los martirios. ¡Los pozos cuando hiela! ¡Los plomos cuando el sol abrasa!

—Esperemos, sin embargo...

—¡Ah! No tengo ya fuerzas para continuar esta lucha contra mi suerte maldecida... La fatalidad se interpone constantemente en mi camino.

—Es de creer que esa fatalidad que decís acabe por cansarse también de perseguiros. Nadie acertaría á creer que tan pronto rindiese sus ánimos don Rodrigo de Toledo.

—¡Oh! Vengan diez, ciento, mil enemigos, pero que yo les vea, que pueda luchar yo con ellos cara á cara. ¡Si supiérais cuánto anhelo empuñar de nuevo las armas para batirme contra aquel que fuese! Pero esta lucha oscura, traidora, me abate.

—Es verdad que parece que la adversidad no se cansa hasta ahora de perseguiros, pero, ¿quién sabe si semejantes contratiempos no son el esfuerzo que exige la consecución de una felicidad sin límites? La dicha fácilmente alcanzada, no parece tan sabrosa ni puede ser tan duradera cual la lograda á costa de gloriosas victorias sobre las contrariedades de la vida.

Don Rodrigo pareció contemplar con cierta sorpresa á Michelotta, y repuso:

—¿Sabeis, Michelotta, que estoy admirado de vuestra discreción? Por avisada os tuve siempre, pero no creí que tan altos conceptos se os pudiesen ocurrir.

—Gracias, señor,—exclamó riendo la florentina.—¿Conque os figurábais que porque apenas leo, dejo de saber decir las cosas tales como son?

—Perdonadme si os juzgué mal... Podéis ufanaros de hablar como una duquesa.

—¿Os parece?

—Sí tal.

—Pues no creáis que vaya yo ahora á envanecerme mucho con vuestra lisonjera comparación. Puede que ni duquesas, ni áun princesas y reinas, lleguen á igualarme dentro poco.

—¿Qué estáis diciendo Michelotta?

—Lo que oís, señor. No creáis que me contente yo con parecerme á

una dama noble cualquiera; mis aspiraciones son mucho más remontadas.

—¿Estáis loca?

—Loca no estoy; ya llegará día en que comprendáis lo que quiero decir, pero por ahora he prometido guardar secreto.

—Hacéis bien en callar si así lo habéis prometido, Michelotta; pero sea lo que fuere eso que por ahora os reserváis, he de repetiros que en nada se diferencia vuestro lenguaje del de las más encumbradas *gentildonnas*.

—Más vale así, señor,—replicó la Michelotta.

Despidióse la florentina de su señor y volvióse á su posada, donde escribió una carta que fué á entregar enseguida á un correo que salía para Poniente, hecho lo cual regresó á casa y subió enseguida al desván, donde encontró al Vicentino muy atareado en dar la última mano al fondo que debía tener el cuadro de la famosa *Asunción*.

—¿Os estorbo, señor pintor?—preguntó la Michelotta.

—¡Ah! ¡Vos aquí! ¡Qué gloria! No me estorbáis; al contrario, todo el día quisiera veros y contemplaros.

—Gracias; pero os ruego que no os distraigáis conmigo. Seguid y no hagáis caso alguno de que yo esté aquí.

—Pues con vuestro permiso voy á continuar embadurnando esto.

—Sí. No os distraeré para nada.

El pintor volvióse de cara al cuadro, con lo cual tuvo que ponerse de espaldas á la Michelotta, y prosiguió su trabajo, mientras la visitante, sentada en un viejo taburete, miraba con curiosidad los objetos desparramados aquí y allá por el humildísimo taller, en los cuales no se había fijado hasta entonces.

Caballetes con lienzos á medio pintar; otros con estudios ó fragmentos, y sobre una mesa algunos cartones, pinceles y multitud de botecillos, latas, escudillas y platos de barro con colores. Todo era notable allí por la ausencia de lujo.

Colgados de las paredes veíanse algunos cuadros sin marco, excepto uno que lo tenía de madera blanca. Era un retrato de mujer, cuyo semblante la llenó de turbación. Hubiérase dicho que eran hermanas;

la misma fisonomía escultural, la misma complexión recia, fuerte... hasta rayar en hombruna.

No pudo contenerse la Michelotta, y en voz baja exclamó:

—¡Maese!

Volvióse el Vicentino y dijo:

—¡Oh, amiga mía! ¿Qué se os ofrece?

—Decidme... ¿Ese retrato de quién es?—repuso la Michelotta señalando el cuadro que tanto la había interesado.

—¡Ah! Sí... Es la mujer con quien os dije ya teníais tan extraño parecido; es Lucrecia della Fede, la pérfida, la adorable Lucrecia, el ángel y el demonio, la esposa y la perdición de Andrés del Sarto... Ese retrato es uno de los tres que pintó *Andrea senza errori*.

—¡Lucrecia della Fede!

—Florentina; de vuestra tierra, Lelia. Para madonas, Florencia. Para Venus, Venecia. Pero, ¡por Dios! si es que os parecéis á esa mujer en el exterior, no vayáis á pareceros á ella en lo negra que tenía el alma.

—¿Tan mala era?

—¡Figuraos! Andrés se casó con ella loco de amor, porque, eso sí, tan tentadoras como Lucrecia ha habido pocas mujeres en el mundo. Era una hermosura irresistible; quién la veía tenía que declararse vencido; nadie podía mirarla impunemente. Podéis comprender por lo mismo si el pobre Andrés Vannucchi se enamoraría de ella. ¡Oh, más le hubiera valido al hijo del humilde sastre haber seguido el oficio de su padre que no meterse en dibujos!... Poco le costó á Lucrecia rendir al infeliz pintorcillo; joven, viuda y coqueta hasta el extremo fué para él, no su mujer, sino su diosa, su musa, su eterna inspiradora. ¡Qué *Asunciones* pintaba el Sarto, teniendo por modelo á su bella esposa! ¡Un portento! Vió el rey Francisco I algunos de los cuadros de Andrés y mandóle venir á su corte, donde todos á porfía festejaban al felicísimo matrimonio. El rey, fiado en la suprema inteligencia de Andrés en materia de obras de gusto, ya que tanto había demostrado tenerlo en la elección de esposa, entrególe al partir una importante cantidad de dinero para que le comprara cuadros y estatuas... ¡Ah,

pérfida Lucrecia! ¡Eva tentadora! Apenas vió á su marido en posesión de tan crecida suma, allí fué el derrochar, allí el dar fiestas, allí el gastar á troche y moche... hasta que ¡buenas noches! ¡se acabó el dinero!... Naturalmente, el rey le enviaba á cada momento órdenes á Andrés para que comenzara á remitir lo que hubiese ido adquiriendo, pero nada venía... ¡Desdichado! Ni blanca le había quedado... Los enviados del rey mostráronse implacables con el pobrecillo... «Andrés del Sarto es un ladrón,» decían los cortesanos en el Louvre... No tenía que menester el desdichado que los demás le arrojaran afrentoso baldón; su conciencia, llena de remordimientos, era su más cruel verdugo... Desde entonces no le abandonó ni por un momento la más profunda tristeza... Él, tan bueno, tan honrado hasta entonces, ¡y todo por aquella mujer! ¡Todo por no haber tenido carácter bastante para resistir los halagos de la tentadora!... Mandóle al rey Francisco su *Abraham*. ¡Ah! ¿por qué no le mandaba aquella Eva que le había seducido? Hubiera bastado ver su imagen reproducida en el lienzo para que el rey hubiese tenido que perdonar al desdichado artista...

—¡Triste historia!—exclamó Michelotta.

—¡Oh! falta la más terrible todavía. Presa Andrés de mortal tristeza, acusado de continuo por los remordimientos y apartado del trato de las gentes, cayó en profundísima melancolía... Con el acabamiento de las fiestas y jolgorios terminó también la estimación de su mujer, no recatándose Lucrecia de mostrarse esquiva y apartada de aquel desgraciado á quien ella había lanzado al olvido de sus deberes... La miseria se instaló en el hogar del infeliz y los parásitos que antes acudían allí de continuo, huyeron apenas hubieron comprendido que no siempre se comía ni se cenaba en aquella casa... Un día dispertó devorado por la fiebre... La enfermedad era contagiosa, y Lucrecia, la mujer que tanto había amargado la vida de aquel hombre, abandonóle miserablemente muriendo Andrés del Sarto, solo, solo... sin un amigo que estuviera á su lado, sin un alma que le dejase oir una palabra de confortación.

—¡Qué horrible drama!—murmuró Michelotta.

Reinó solemne silencio en la estancia, mientras el pintor miraba alternativamente á Michelotta y el retrato de Lucrecia.

—¿Cuánto tiempo hace que murió el Sarto?—preguntó de pronto la florentina.

—Cuarenta y dos años hace,—repuso Andrés Micheli.—¿Por qué preguntáis eso?

—No conocí á mis padres...

—Y esa semejanza con Lucrecia...

—¡Dios mío!

—Una semejanza extraordinaria, ciertamente.

—Tengo yo cuarenta y tres años.

—Ved...

El Vicentino señaló un lunar pintado en el nacimiento del seno izquierdo de la figura.

—¡Ah!—exclamó la Michelotta, palideciendo.

—¿Acaso?...

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Será mi madre esa mujer?—murmuró sollozando ella.

—Pardiez que es raro lo que sucede...

—¡Ah! No, no... Yo rechazaría su maternidad... ¡Pobre Andrés! ¡Pobre mártir!...

—Ninguna prueba tenemos de lo que pensamos más que esas coincidencias.

—Vicentino, puedo parecerme á Lucrecia en el semblante, pero jamás se parecerá al suyo mi corazón... olvidemos esto... No quiero pensar más en la que sea quien fuese, me dejó abandonada en el arroyo... Soy hija de mis obras, y sólo debo agradecimiento á los honrados menestrales que me recogieron... A veces es una suerte no haber conocido uno á su madre, si esa madre fuese una Lucrecia della Fede... Continuemos nuestro trabajo, Andrés Micheli...

IV

A las diez de la siguiente mañana la Michelotta salía del taller en dirección al convento de San Teodoro, donde, según lo convenido, la estaba aguardando ya en los claustros madona Brígida.

—Venid, venid,—exclamó la beata... Vais á ver como están ya ardiendo esos blandones...

—Gracias por vuestra diligencia, hermana,—respondióle la Michelotta mientras las dos entraban en el templo.

El glorioso San Teodoro, colocado en el altar de la capilla mayor aparecia modestamente iluminado por el resplandor de seis cirios, que tales eran, y no blandones, los que estaban colocados en sendos candeleros.

—¡Oh, magnífico, espléndido!—exclamó la Michelotta.—Voy á rezarle un Padre Nuestro al santo á quien debí el librarme de aquel naufragio horrendo.

La compradora asocióse á la piadosa intención de Michelotta y concluído el piadoso rezo levantáronse ambas y volvieron á salir al claustro.

—¿Conque vamos allá?—preguntó Brígida.

—Como gustéis, señora; yo os agradeceré mucho tener ocasión de ver á esas ilustrísimas madres...

—No podéis formaros idea de lo que vais á ver,—objetó Brígida.—Pero, eso sí, mucho sigilo ¿eh?

—Perded cuidado,—replicó Michelotta.

—Muéveme únicamente el interés de sacaros del error en que estabais, suponiendo que vuestras monjas del Sancto-Spirito pudieran compararse con esas benditas esposas del Señor.

—Yo os prometo reconocer altamente su superioridad, en caso de que sean tales como decís.

—Vamos, pues. Seguidme.

Las dos mujeres entraron en un oscuro corredor que salia al claustro y al llegar á un extremo comenzaron á subir por una escalera de caracol que conducia al aposento que en el convento ocupaba á veces la digna servidora. Abrió Brígida la puerta que volvió á cerrar con cuidado y desde allí se trasladaron á otra pieza, donde estaban guardadas ciertas provisiones. Entraba la luz en la tal despensa por un alto y enrejado ventanillo, y dicha abertura fué la que le indicó Brígida á su amiga como inapreciable observatorio para admirar á

las monjas de San Teodoro, á su paso por la galería á donde caía el ventanillo.

Acercó la buena mujer una silla á la pared, y dijo:

—Vaya, subid ya, Micaela. Pronto van á pasar por ahí las buenas madres, terminado ya el rezo del coro.

Abrió la Michelotta un palmo de ojos.

Llegaban hasta ella acompasado crujir de pisadas y murmullo de voces; como un susurro de cuchicheos y de suaves voces; era imposible confundir con otro alguno aquel rumor; era propia é inequívocamente monjil. ¿Qué iba á ver la Michelotta que con tal priesa latía su corazón?...

Primero vió pasar á las novicias, risueñas y bellas, sin nada que revelara ni en sus fisonomías ni en su aire el menor ascetismo; pasaron luégo las madres reverendas, con gran prosopopeya y mucha solemnidad; iba detrás la madre abadesa, empuñando el autoritario báculo, y seguían finalmente algunas damas con hábitos azules que se veía claramente formaban una clase distinta de las novicias y las profesas.

—¿Quiénes son esas que van detrás de la abadesa?—exclamó rápidamente la Michelotta dirigiéndose á Brígida.

—Son señoras de altísima alcurnia, que vienen á hacer ejercicios en el convento y permanecen aquí el tiempo que quieren.

—¡Ah! No lo sabía,—respondió la florentina.

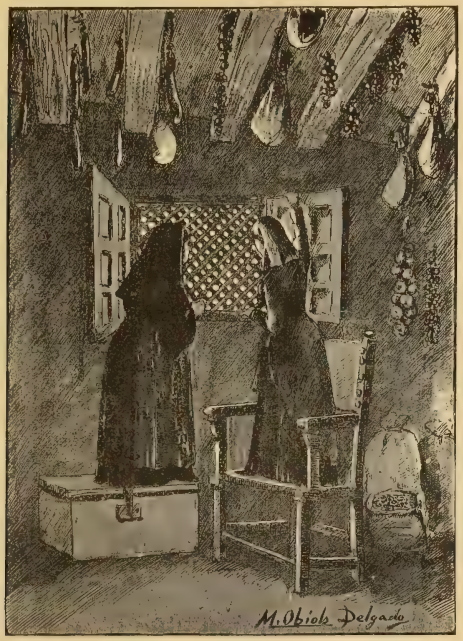
Si la buena compradora hubiese podido ver la cara que puso la Michelotta al asomarse de nuevo al ventanillo, hubiera quedado persuadida, sin duda alguna, de que el efecto que le habían producido las buenas madres era infinitamente superior al mismo que esperaba ella.

V

—Gracias, gracias, Brígida,—exclamó la florentina.—Os concedo que mis monjas del Sancto-Spírito son unas desdichadas criaturas en comparación de estas. Teníais razón, sobradísima razón ..

—¿No os lo decía yo?

—¿Cómo agradeceros nunca el soberano goce que me ha producido la contemplación de esas virtuosísimas y hermosísimas religiosas? Pero ya que no puedo demostraros en algún modo lo reconocida que os quedo por vuestra caritativa obra, tenga yo á lo menos el con-



—¿Quiénes son esas que van detrás de la abadesa?—exclamó rápidamente la Michelotta

suelo de manifestarle á San Teodoro la admiración que siento... Le encenderemos seis blandones más... ¡Oh, monjas portentosas! ¡Qué feliz sois, Brígida, en poder serles útil en algo, en oir sus voces de cerca, en poder deleitaros cada dia ante esas procesiones incomparables!

—Celebro mucho que os haya dejado convencida.

—Triunfasteis, sí, triunfasteis, y proclamo desde ahora, que no hay en todo el mundo cristiano, monjas que puedan, ni soñarlo, en parecerse á las de San Teodoro de Venecia.

—Ya veis, ya veis, si tenía yo razón.

—Y ahora, hermana, si en algo puedo seros útil, tendré en ello un placer sin igual. Ya sabéis, en la hostería del Bucentauro os darán siempre razón de mí interin permanezca en esta ciudad.

—Gracias... Conque pondremos otros seis blandones...

—Sí, pero dejo á vuestro juicio la oportunidad de hacerlo. Ahí van los seis ducados y os suplico que vos misma os encarguéis de todo...

—Se hará como decís, señora Micaela, y espero que aún habremos de vernos algún otro día...

—¡Oh, mucho que sí!... Creo que no podré resistir de nuevo la tentación, si tal puede llamarse, de ver de nuevo á esas divinas madres...¿Pero sabéis que entre esas señoras que me habéis dicho venían á recogerse aquí, las hay también hermosísimas? ¡Lástima grande que no se resuelvan á tomar el hábito!

—¡Imposible! ¿No véis que la mayor parte son señoras casadas?

—¡Ah! No se me había ocurrido eso.

—Sí; casadas casi todas; hay alguna soltera ó viuda, pero son las menos.

—Siendo así, claro está que no es posible que profesen. ¡Ah, Dios mío! Bien pudiera yo haber nacido noble y rica como esas señoras y así me hubiera metido monja de este convento.

—¡Qué le hemos de hacer, hija mía! Hay quienes tienen en su mano la felicidad y la desdeñan.

Despidióse la Michelotta de la buena mujer, y sin pérdida de tiempo dirigióse en busca de don Rodrigo, á quien encontró en casa de Bandello.

VI

El Máscara estaba solo en un gabinete que daba al canal.

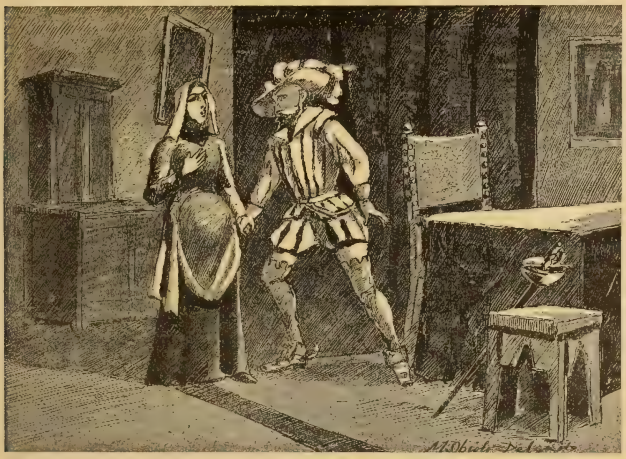
—Señor, señor,—exclamó la Michelotta...—Ya veis como tenía yo razón al deciros que no perdierais las esperanzas...

—¿Qué hay? ¿Qué nuevas me traes que de tal manera se refleja en tu semblante la alegría?—respondió don Rodrigo, tuteándola en fuerza de la emoción.—¡Ah! Tiemblo al esperar tu respuesta.

—¿Por qué habéis de temblar, señor?—contestó la Michelotta.—Antes al contrario, daos por dichoso, por feliz...

—¡Michelotta!... ¡Habla! ¡Habla!

—Señor... acabo de ver á Blanca Alviano, tan bella como cuando la encontré en Villa-Mora, pero triste, infinitamente más triste que no entonces. ¡Ah! ¡Cuánto debe haber sufrido!



—¡Tú! ¡La has visto! ¡Has visto á Blanca!...

Don Rodrigo cogió á la florentina por una muñeca y con voz que se le anudaba en la garganta, exclamó:

—¡Tú! ¡La has visto! ¡Has visto á Blanca!...

—Sí, yo. La he visto como os veo á vos ahora.

—¡Por piedad! ¿Dónde está? ¿Dónde he de ir?

—Está en el convento de San Teodoro, retirada allí, señor. Por desgracia, no os será tan fácil como á mí el verla, pero no dudo que por fin habréis de conseguirlo.

—¡Está en un convento!

—Sí, pero no para profesar en él... Suelen muchas damas recluirse allí por cierto tiempo entregadas á la práctica de espirituales ejercicios.

—¡Ah! ¡Comprendo, comprendo, Michelotta! Tuvo miedo de mí si permanecía en su palacio estando ausente Riccioli y buscó mejor refugio para que ese hombre no volviera á perderla... ¡Prudente precaución!

—¿Quién sabe si en vez de ser ese el motivo no se retiró Blanca al convento para apartarse del lado del que se empeña en decirse esposo suyo? Tanto podría ser una cosa como otra; tanto podría depender la determinación de Blanca de no creerse bastante segura en su palacio como de querer huir de los brazos de Riccioli. Reparad que ella no le dijo á nadie á donde iba.

—Yo sabré por qué causa se halla en el convento,—replicó el Máscara, — porque sea por la astucia, sea por la fuerza, penetraré hasta allí.

—En efecto, señor. Eso debéis hacer. Tiempo os queda para meditar el plan más conveniente.

—Es verdad; pero nada podré hacer sin tí, mi buena Michelotta.

—Ya sabéis, señor, que estoy siempre á vuestras órdenes.

—Con tan precioso auxiliar, doy por vencidas cuantas dificultades pudieran salirme al paso. Nada digas á nadie de lo que has visto, Michelotta.

—Me conocéis lo bastante, señor, para que sea excusada vuestra recomendación.

—Sí; lo sé, Michelotta. ¡Cómo pagarte lo que por mí vienes haciendo!

—Señor, no sabéis cuánto es el afecto que os profeso. Véaos yo feliz y me daré por satisfecha de cuanto haya podido hacer.

—Bien pocas personas se expresarían con tal desinterés, Michelotta. No importa que vistas el traje de las mujeres del pueblo: tu alma es noble, es elevada, más que no la de tantos patricios como encierran en su corazón los más viles sentimientos.

—No envidio á nadie su posición, señor. Bástame que las personas á quienes profeso leal estimación me correspondan de igual suerte para tenerme por tan encumbrada como la más alta señora.

—Lo que yo puedo asegurarte, Michelotta, es que si no eres princesa por el nacimiento, no le cedes á ninguna en aristocráticas mane-

ras, y no digamos en belleza porque nada tiene que ver la hermosura con el nacimiento. No sé qué extraña criatura eres, pero es indudable que hay en ti algo de misterioso, que te eleva por encima del vulgo de las mujeres. No extrañaría que inspirases honda pasión á cualquiera que tuviese un alma ilustre...

—Me confundís con vuestros elogios, señor... ¡Oh, pobre de mí! ¿Quién queréis que repare en esta oscura *contadina*?

—Reparará cualquiera que tenga corazón para sentir la belleza y adivinar la inteligencia. ¿Crees tú acaso que esas princesas y reinas que traen entre manos las cosas de los Estados valen mas que tú, ni dan pruebas de mayor habilidad para resolver los graves asuntos políticos que la que tú demuestras en beneficio de mis cosas?

—¡Ah, señor! Os ciega el cariño que os dignáis profesarme. Pero no hablemos ya más de mí. Pensemos en vos, señor; pensemos en Blanca y entre los dos tratemos de hallar el medio para que cuanto antes podáis veros con ella. Ya sabéis lo principal; sabéis dónde está, y si cuando ignorabais su paradero no os faltaban alientos para ir en su busca surcando los mares y atravesando las montañas, no os abandone ahora el ánimo cuando sólo se opone al logro de la realización de vuestras ardientes ansias el frágil muro de un convento.

—Sí; dices bien, Michelotta, — repuso don Rodrigo. — Frágil obstáculo es ese, en comparación de tantos otros como hemos salvado. ¡Vive Dios que no han de pasar tres días sin que vea yo á Blanca arrodillada á mis piés pidiéndome perdón humildemente!

—Yo os ayudaré, señor.

—Sí; cuento contigo, lo repito. Si alcanzo ver colmada esta anhelante aspiración de mi pecho, si consigo por fin tras de estos interminables meses de angustia dar por fin con la que fué mi gloria, mi bien, mi orgullo, mi único amor, no olvidaré que es á ti á quien lo debo Michelotta, y ya que no puedo darte una corona de noble te daré lo único que tengo, mi fortuna.

—Guardadla, señor, nada quiero,—repuso la florentina.—Gracias á vos de nada carezco y puedo mirar tranquilamente cual avanzan los días de mi vejez... Confiad en vos, señor; confiad en mí; confiad en la

justicia divina que no puede consentir que con tal porfía os combata el adverso hado, y estad bien seguro de que pronto lucirán para todos nosotros mejores días que hasta el presente.

—¿Cómo no confiar en cuanto tú me digas, Michelotta? Pero hablas de ti y de mí. ¿Acaso esperas tú algo también, muy importante, tan importante que hasta para mí lo guardas reservado?

—¡Quién sabe, señor!—replicó la Michelotta.

No quiso insistir don Rodrigo interrogando á su fidelísima confidenta y así, comprendiendo que la Michelotta deseaba ya salir, dijo:

—¿Cuando nos veremos ahora, mi buena amiga?

—Esta noche,—repuso la florentina.

Y despidiéndose del Máscara partió de nuevo, encaminándose á su posada.

VII

La bizarra Michelotta subió al desván donde encontró al Vicentino muy engolfado pintando su Asunción.

A la sazón hallábase dibujando con carbón el perfil que en cartones y telas había sacado anteriormente de su hermosa modelo; la figura aparecía ya completa sobre el fondo gris del lienzo, faltando solamente extender el color.

—Buenas tardes, Andrés,—exclamó la florentina con alegre voz. —Siempre tan ocupado ¿verdad?

—Pues ya veis. ¿Qué hay que hacer? Es preciso salir cuanto antes de esta penosa situación y presentar el cuadro á la señora abadesa. Espero que la paga será buena y que el mundo entero aclamará la aparición de un nuevo pintor.

—Indudablemente,—replicó la Michelotta.—¿Pero no os parece que si las buenas monjas llegan á saber que soy yo quien ha de servir de modelo para la santa imagen á que pronto rendirán culto, van á escandalizarse quizás?

—¡A escandalizarse! ¡Vive Dios! ¿Por qué decís eso? ¿Sois acaso vos indigna de que todas las mujeres se arrodillen ante vuestra imagen? ¿No

sois honrada, buena, desinteresada, generosa? ¿Se trata acaso de un cuadro cuyo original haya sido una cortesana? ¡Por contentas pueden darse las monjas de que la Virgen, á la cual elevarán sus oraciones, sea vuestro trasunto, Lelia!

—Enhorabuena, pues, Andrés.

—Si; el modelo corresponderá perfectamente al objeto del cuadro. Respeto mi arte y respeto también la religión, y jamás me hubiera permitido reproducir en una obra destinada á la edificación de los fieles, los rasgos y el aspecto de una meretriz ó de una mujer galante, según ha sido uso y costumbre en Roma durante tantos años. No; yo he buscado para inspirarme una mujer que no fuese tan solo modelo de hermosura, sino también de santidad.

—Gracias, gracias por vuestras palabras, Andrés... Ponderáis en exceso mis virtudes. ¡Pobre de mí! ¡Soy tan sólo una desgraciada pecadora!

—Todas las pecadoras fuesen como vos, Lelia, y no tendría muchas entradas Lucifer en sus negros antros. Espéraos el cielo, cual esperaba á la inmortal Beatriz...

—¡Dios mío! No negaré que seáis capaz vos de conseguir las glorias del Dante, pero compararme yo con la Portinari...

—¿Por qué no? Pero dejadme concluir el cuadro; abrigo para entonces más altas ambiciones todavía que las de ser un pintor famoso.

—¿Qué pensáis pues? Soy curiosa...

—Ya lo sabréis, Michelotta, como que todo depende de vos. Entre tanto, trabajemos y esperemos.

—Esta es mi divisa también, Andrés.

—Que me place. Por lo demás, ya veréis como las buenas madres me darán las gracias.

—Celebraré mucho.

— Y no sólo esto, sino que abrigo la convicción de que encantadas de la obra han de pedirme por favor que les presente al modelo. Téngole ya hablado á la abadesa del sin igual portento de hermosura que se ha dignado concederme el honor de servirme de original.

—¡Ah! ¿Tenéis franqueza con la superiora?

—Franqueza, no, á la verdad, pues es harto soberbia la tal señora y muy envanecida con lo linajudo de su estirpe, pero no puedo quejarme de las distinciones que la merezco si comparo con las que dispensa á otros.

—¿Luego habláis con ella muy á menudo?

—Algunas veces.

—¿En su celda?

—¡Oh, no! Al través de las rejas del locutorio. Ningún hombre entra en la clausura más que algún sacerdote para confesar á las que yacen en peligro de muerte, y el médico, y aún éste precedido de una novicia que va tocando la campana para que huyan á esconderse las buenas madres.

—¡Cuánto rigorismo!

—Mucho que sí... Aunque tengo para mí que quizás no reza para todos la misma regla.

—¿Creeis eso?

—Sí... Es indudable que algún galán de monjas consigue penetrar allí, *de ocultis*, por supuesto.

—¡Ave María!

—No creáis que sea cosa tan difícil. El oro es la mejor llave para abrir ciertas puertas.

—Triste humanidad, señor Vicentino... ¡El vil metal triunfa de todo!

Cesó la plática y el pintor y su modelo quedaron en volver á verse á la mañana siguiente.

CAPITULO VII

Brígida

Al salir al día siguiente de la hostería del Bucentauro, fué la Michelotta á buscar á don Rodrigo para manifestarle la sospecha manifestada por el Vicentino de que algún galán lograba penetrar en la clausura valiéndose del vil metal, lo cual no echó en saco roto el Máscara, cuya fortuna era cuantiosísima y bastante á permitirle sobornar todos los sacristanes y monagos de Venecia.

Aquella tarde, así que declinaba el día, encaminóse don Rodrigo al famoso convento tratando de disimular la máscara que le ocultaba el rostro subiéndose el embozo hasta los ojos y aprovechándose de la oscuridad que reinaba así en las calles como en el interior del monasterio.

Hallábase, á la sazón, desierto el templo y envuelto en las sombras

y el silencio. Los pasos del enmascarado resonaban sonoros en las redondas bóvedas bizantinas.

Salió de allí y examinó el exterior. Apenas se distinguia ninguna ventana que se abriese en los ennegrecidos muros. No habia que pensar en escalo alguno. La entrada tenía que ser mediante la astucia; no por la violencia.

Al avistarse con la Michelotta le hizo presente su opinión, á lo cual asintió la inteligente florentina. Estaba visto que todo dependía del concurso que ésta le prestara, y con el cual, por otra parte, podía contar ampliamente.

—Dentro pocos días os diré si puedo esperar algo de cierto medio que se me ha ocurrido,—dijo Michelotta.—Claro está que no hay que pensar en entrar allí á la fuerza, á menos de no verificar un ataque en regla contra el convento.

—Esperaré impaciente vuestra vuelta,—dijo don Rodrigo,—y podéis contar con que está á vuestra disposición mi bolsillo.

—Es lo principal,—replicó riendo la florentina.

—Pues si con dinero pudiera conseguirse nuestro intento, os aseguro que de buena gana me resignaría á quedarme sin blanca.

—No será tanto,—replicó la florentina.—Las gentes con quienes me propongo tratar no sueñan todavía con los tesoros que vuestros compatriotas descubren en Méjico y el Perú.

—Esos tesoros que decís. Michelotta, distan mucho de ser tan frecuentes como os figuráis, pero en fin, sea lo que fuere, ya sabéis que tengo yo tantas riquezas á vuestra disposición, cual los que pudieran alcanzar los capitanes que iban con el marqués del Valle de España ó con Pizarro.

—¿Así, pues, me es permitido disponer de vuestro dinero?

—No lo acabaréis, Michelotta.

II

Muy satisfecha con tales seguridades, enderezó á la mañana siguiente sus pasos la Michelotta hacia el convento de San Teodoro en

busca de Brígida, olvidándose por completo de subir á ver al pobre Vicentino.

—¡Felices días!—exclamó la digna compradora así que vió á la interesante devota...—¿Sabéis que todavía no he podido ir por los blandones? ¡Ya se ve, tiene una tanto que hacer!... Brígida por aquí, Brígida por allá... Oficio más engorroso que este... Sí, amiga mía; no negaré yo que las monjitas son muy santas, muy benditas de Dios, pero creed también que no se necesita poca vocación para servirlas... Porque es un no parar, señora Micaela... No podéis figurároslo... Siempre están haciendo falta cosas... Que se os ha olvidado traer las cintas, que los flecos, que los cirios, que pasar por casa del escultor, del dorador, del pintor...

—¿Del pintor también?

—¡Pues, digo yo! ¡Del pintor! Diez recados cada día.

—¿A qué pintor, hermana?

—Al que está encargado de restaurar los santos.

—¡Ah!

—¿Por qué decís ah?

—Yo he dicho ¿ah?

—Sí...

—Es costumbre que tengo.

—¡Ah!

—Ya veis. Vos lo habéis dicho ahora.

—Es que lo he dicho porque realmente me ha sorprendido que se os escapara aquel ¡ah!

—¿Acabaremos? ¿Y por qué os ha sorprendido?

—Por una cosa muy singular.

—Explicáos. Me tenéis sobre áscuas.

—¡Y aún si lo supiérais todo!

—¡Por Dios! Brígida, ¿estoy segura?

—No mucho.

—¡Jesús! ¿Qué decís?

—Pues pasa á la verdad una cosa muy particular; una cosa que me trae sumamente pensativa.

—Vos diréis.

—Sí, diré.

—Hablad, pues.

—Señora Micaela, si no estoy trascordada me dijisteis que vivíais en la hostería del Bucentauro.

—Es la verdad, allí vivo.

—Pues no os fiéis.

—¡Ave María! ¿Por qué hermana Brígida?

—Porque creo que cierto pintor que hay por allí, pintor egregio ciertamente, os está mirando con el rabo del ojo, y hace con vos una diablura.

—¿Una diablura?

—Sí tal; os convierte en *Asunción*.

—¡Jesús!

—Lo que habéis oido. En Virgen.

—¡Santa María de la Piedad!

—Verdad es que, bien considerado, no hay ningún mal en ello, pero no está bien que la saquen á una su retrato sin su consentimiento.

—Muy cierto es, pero, ¿cómo sabéis vos eso?

—Lo sé porque hoy he estado allí á llevarle un recado de parte de las monjitas, y aunque él así que me ha visto ha corrido enseguida una cortina tras de la cual estaba el cuadro que está pintando, no ha ido bastante listo para que yo dejara de notar lo que os he dicho. Héle hablado entonces sobre el particular, pero me ha contestado que no os conoce ni sabe quién sois y que aquella Virgen no está copiada en vista de ningún original humano, sino por divina inspiración, como las que pintaba frá Angélico, que este nombre creo que me ha dicho. ¿Vos sabéis quién era?

—¡Oh, sí! ¿Qué florentino no ha admirado mil veces los cuadros de frá Angelico de Fiésole?

—Sin embargo, por más que el pintor pinte lo que quiera, á mí no me la pinta. Sois vos, creedlo, sois vos.

—En fin, si así fuese, ¿qué más remedio? No habria más que resignarse.

—Resignaros... Es verdad que tendríais que resignaros, pero con todo bien orgullosa podríais estar de que reyes y emperadores os imploraran de rodillas.

—¡Jesús! ¿Reyes y emperadores?

—¿Pues qué? ¿Acaso no han estado en San Teodoro emperadores y reyes? Pues mucho que sí.

—Sería donoso que tales personajes me prestaran reverencia, aunque sólo fuera en pintura. Creed que el caso me ha hecho gracia y he de decirle enseguida á mi compañero de posada que tenga la bondad de enseñarme esa mi *vera efigies* que decís.

—Él os lo negará, de seguro, pero si conseguis por medio de vuestra astucia penetrar con la vista hasta detrás de la cortina, de fijo quedaréis admirada al veros hecha allí una real moza.

—Me estoy consumiendo de curiosidad. Sin tardanza voy. ¡Vaya con el pintor! ¡Bonito regalo hará al convento!

—¿Por qué?

—Pues por eso, por habérsele antojado copiarme. ¿Qué más tenia que hacer que presentarse en el convento y sacar la copia de cualquiera de aquellos divinos rostros que allí hay?

—¿No recordáis que os dije que ningún hombre puede penetrar en la clausura?

—¡Oh! se entiende en la clausura de las novicias y profesas, pero supongo que las damas que están allí retiradas podrán ver á quien deseen.

—Pueden, ciertamente, pero no es lo común.

—Pues si el pintor que decís quería un modelo bueno para su *Asunción*, mal hizo en no pedir audiencia á alguna de aquellas señoras y sacarle bonitamente el retrato con cualquier pretexto.

—Es verdad que hay allí un plantel de *Madonas* como no se encontraría otro en toda Italia.

—Ciertamente... Me fijé especialmente en una alta, rubia, triste, que era un prodigio de hermosura.

—¡Ah! Sí... Esa es de las más nuevas.

—¿Quién es, sabéis?

—No; nada sé de ella.

—Hermosísima, incomparable mujer, Brigida. Creo que á ser hombre iba yo á enamorarme de ella.

—No tenéis mal gusto.

—¿Qué más tenia que hacer el pintor que procurar verla y retratarla? Aún estaria á tiempo, quizás, para cambiarle el semblante á la *Madona*, que, según decís, se me parece.

—¡Dios nos libre! ¿Qué diria la madre abadesa? Descubriria que la ha visto y allí sería ella.

—¿Y qué tiene que ver? ¿No podia figurarse que la habia visto antes?

—Lo ignoro; no sé de dónde vino esa señora. Además, fuera del ventanillo por donde vos visteis á las monjas no hay otro medio de atisbarlas.

—¿Tan retiradas viven?

—Tanto.

—¿Hasta las que están allí en calidad de reclusas temporalmente?

—Hasta esas.

—Mucho rigor es.

—No lo extrañéis. Tengo para mí que todas ellas vienen cargadas de pecados y deseosas de lavar con rigurosas penitencias las horrorosas manchas de sus conciencias.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Pecados aquellas señoras tan hermosas, tan nobles?

—Todos somos de carne y todos estamos expuestos á caer en la tentación.

—Librenos Dios de ello.

—Nosotras, por supuesto, pobres mujeres, menos que esas empingorotadas señoronas. ¡Quién sabe lo que pasa en sus palacios! Se ven aduladas, requebradas, galanteadas incesantemente por jóvenes y apuestos caballeros de irresistible presencia, de seductores modales, y ¿qué han de hacer las pobres?

—Muy enterada me parecéis de lo que pasa en los palacios, hermana.

—Es verdad, algo lo estoy; como que he servido bastantes años en tales casas.

—Os envidio esa dicha, hermana Brígida.

—Y vos ¿no habéis servido?

—Sí, pero no á nobles familias sino á humildes letrados, mercaderes...

—Lástima que no permanezcáis aquí en vez de volveros á Florencia, pues de seguro que lograría pronto encontraros una buena colocación.

—No; me es indispensable volver allá...

—De este modo claro está que no podréis conseguir vuestro deseo.

—Lo que voy á hacer yo en cuanto regrese á mi ciudad es, dado caso que no encuentre algunos señores nobles á quienes servir, es buscarme un conventito como ese para que me tomen por compradora. ¡Bonito oficio! Debe ganarse mucho... No es que yo lo tenga que menester, á Dios gracias, pero me gusta á mí tratar con personas principales, cuando no con religiosas de alto copete.

—¡Oh! en... cuanto á ganar...

—Vamos, con franqueza, Brígida... Además del salario caerán buenas propinas ¿verdad?

—No puedo ocultaros nada, mi buena amiga. Es verdad que se saca alguna cosilla, pero no mucho, no creáis... ¡Y además á costa de qué compromisos, de qué pecados! ¡Santo Dios!

—¿De compromisos y pecados? ¡Me asustáis!...

—Es decir, no creáis que sean de los más gordos, pero en fin, siempre le queda á una como un gusanillo roedor...

—Pero ¿por qué? ¿qué mal hacéis?

—La cosa no viene precisamente de las damas que hacen aquí su retiro, sino de las novicias.

—¡Ah!

—Cuestión de galanes. Con las profesas, nada quiero. Tienen hechos los votos y esto es cosa seria.

—Pero con las novicias, claro, es otra cosa.

—Es otra cosa, ciertamente.

—Y también sería *pecata minuta* con las señoras del retiro...

—No; esas son casadas.

—Doble, triple paga entonces.

—¿Cómo *paga*?

—Entendí que os referíais á propinas.

—Eso es. Propina sí; paga, no.

—Es cuestión de nombre. Pues no comprendo como no tenéis reparo en servir á unas y no á otras. No es lo mismo disputarle las esposas al Señor que á un marido cualquiera; á un marido malo, generalmente, porque cuando una pobre señora deja su casa para venir á encerrarse aquí, no es señal de que le vaya muy bien con su señor esposo.

—¿Sabéis que vuestra reflexión me da mucho en qué pensar? Hasta ahora no había caído en la cuenta.

—Celebro, amiga, haberos podido prestar este servicio. Pues bien, yo en vuestro lugar, Brígida, cultivaría á las damas que vienen aquí á hacer ejercicios...

—¡Ave María! ¡Sois el diablo!

—No... Es imposible que dejaseis de enriqueceros en corto tiempo.

—¿Os parece?

—Seguro estoy de lo que os digo. Conque ¡ojo con lo que se presente!

—No se presenta nada.

—¡Quién sabe!

—Hermana Michelotta...

—Brígida...

Las dos mujeres se callaron y cruzaron una mirada elocuentísima.

Michelotta había palidecido, mientras que Brígida tenía los colores encendidos.

Pasaron así algunos momentos.

—Hablad,—dijo resueltamente Brígida.

—Hablemos, pues,—repuso la Michelotta.

—Comenzaré por advertiros,—dijo la florentina,—que os podrá costar cara, muy cara, cualquier imprudencia que cometierais revelando lo que voy á proponeros.

—Me ofendéis con tales dudas sobre mi discreción,—respondió Brígida.

—Me alegro de que habléis así, ¡nada más odioso que las mujeres que no saben guardar un secreto!

—Yo guardo muchos, Michelotta. Quizás más importantes de los que podéis guardar vos.

—Bueno. Decidme pues... ¿Queréis ganaros trescientos ducados?

—Sí, pero si es mucho el compromiso...

Las dos mujeres se callaron y cruzaron una mirada elocuentísima

—Espero que será nulo absolutamente, y que nadie habrá de enterarse de lo ocurrido.

—¿Qué hay que hacer?

—Hay que decirme cómo se puede entrar en el departamento que ocupan las señoras que vienen á retirarse aquí.

—Se entra por dos partes: la una por la puerta de clausura, la otra por una puerta que da al coro.

—¿Se puede subir al coro desde la iglesia?

—Se puede.

—¿Cada señora ocupa una celda por separado?

—Sí.

—Es preciso que yo sepa que celda es la que corresponde á la dama rubia de quien os hablé.

—La tercera á mano izquierda entrando por la puerta del coro. Se sigue el corredor, y á los treinta pasos se da con ella.

—¿Las reclusas se cierran por dentro?

—No, las puertas están abiertas siempre.

—¿A qué hora suelen acostarse las señoras?

—A las nueve.

—¿No anda nadie entonces por los corredores?

—Nadie; la hermana que hace la vela permanece en la celda, y con este frío que hace ahora con mayor motivo.

—Está bien. Probablemente un caballero tendrá necesidad de decirle dos palabras á la dama rubia.

—Puede hacerlo.

—¿Sí? ¿De qué manera?

—Bastará con que procure quedarse en el templo; luégo sube al coro, y con una llave que yo podré proporcionaros, abre la puerta que conduce al corredor.

—Ya ha entrado, es verdad ¿pero cómo sale ahora?

—¿No decís que no hay que temer ningún compromiso?

—En efecto.

—Pues terminada la entrevista, vuelve á cerrar la puerta del coro y espera en el templo á que abra el sacristán, lo cual suele verificar al dar las cinco.

—Perfectamente.

—No podré daros todavía la llave esta noche, por ciertas razones... ¿Entendéis?

—Entiendo.

—Habrá de ser mañana.

—Os traeré entonces los trescientos ducados. Ya veis como nos hemos entendido.

—Siempre me lo figuré.

—¿Qué os figurásteis?

—Que por algo me necesitabais, y que si bien os mostrabais muy

devota de San Teodoro, la intención era... adorar el santo por la peana.

—Sois una mujer admirable, Brígida.

—Por algo ando entre monjas, Micaela.

Separáronse las dos taimadas y la florentina murmuró:

—No es sólo en la patria de Maquiavelo donde se practica el maquiavelismo. En Venecia pueden darme quince y rayas.

III

Era entonces medio día.

La Michelotta se dirigió al alojamiento de don Rodrigo, y le dió cuenta del resultado de sus gestiones, sin olvidarse del largo rodeo que había tenido que dar antes de plantear resueltamente la cuestión, tomándole el pulso por decirlo así á la servicial compradora.

—Bien, bien, Michelotta,—repuso don Rodrigo.—¡Ah! ¿Por qué no os conocí antes? Quizás si hubieseis estado siempre á mi lado como ahora me hubiera evitado yo esta larga vida de sufrimientos, y en vez de ir á buscar á Blanca al convento de San Teodoro, jamás hubiera nadie podido decir de ella lo que ahora. Tomad; ahí está el dinero, traedme la llave.

—¿Queréis que os acompañe cuando vayais, señor?—replicó ella.

—Gracias por vuestro ofrecimiento; no, iré yo solo. Y ahora como débil muestra de mi agradecimiento, hacedme el obsequio de admitir esto,—dijo don Rodrigo entregándola una sortija que con estar cuajada de piedras preciosas, era más notable todavía por su buen gusto artístico, que por su inestimable riqueza.

—¡Oh! ¿Qué hacéis, señor?—exclamó la florentina. —No, no quiero admitir eso...

—¿Y qué vale esta sortija comparada con lo que pienso daros? Nunca podré pagaros lo que os debo, Michelotta.

—Pues ya que lo queréis lo aceptaré, señor, y con ello estoy pagada con exceso, ya que será para mí una joya que me recordará siempre la estimación que de mí habéis hecho. Y ahora, adiós, señor. Mañana por la tarde estaré aquí con la llave.

—Adiós, mi fiel Michelotta. ¡Cuánto os agradezco los inestimables servicios que me prestáis!

La florentina encaminóse entonces á su posada, donde encontró al Vicentino que se estaba dando á todos los diablos con la ausencia de su adorado modelo.

—¡Y qué vale esta sortija comparada con lo que pienso daros?...

—¡Ah! ¿Sois vos?—exclamó el artista con cierto tono de reprensión, al ver entrar á Michelotta.

—¿Pues, quién queréis que sea, Brígida acaso?—replicó ella.

—¿Brígida? ¿Qué Brígida?

—Parece que os hacéis el desentendido, señor Vicentino, queriendo hacerme creer que no conocéis á Brígida.

—Pues os juro...

—¡No juréis, Jesús! Hablo de la recadera de las monjas de San Teodoro.

—¡Esperar á aquella arpía! ¿Estáis loca? ¿Por qué decís eso?

—Porque sé que suele venir con frecuencia con ciertas embajadas.

—Tanto como embajadas...

—Pues, ¿á qué viene? Es muy sospechoso que las monjitas os manden recaditos.

—No son las monjitas, Lelia; es la reverenda Madre Abadesa.

—¡Tanto peor!

—¿Eh? ¿Seríais, acaso, celosa?

—¡Dios me libre! Y, además, ¿con qué derecho iba á serlo?

—Me tratáis con sobrada dureza, ¡oh Madona de mi corazón! Esos recaditos se reducen sencillamente á prisas y más prisas para que concluya cuanto antes el cuadro, y además de esto, á otra cosa más sustancial, que es mandarme dinero, cosa inesperada, cosa inaudita tratándose de mí.

—¡Vaya! Celebro mucho.

—Ya sabéis, pues, á qué se han reducido esas visitas... Y ahora que ha terminado ya vuestro interrogatorio, ¿podré á mi vez preguntaros por qué ha permanecido toda la mañana en tinieblas esta miserable estancia, desde el momento en que no vino á iluminarla vuestra persona gloriosísima y esplendente?

—Es verdad que sois curioso también, señor Vicentino. Pues nada más sencillo que el no haber podido hallarme aquí esta mañana. He estado en el convento.

—¡Hola!

—Es decir, no en la clausura, por supuesto, sino en el templo. He querido ver qué efecto produciría el cuadro en la capilla donde debe figurar.

—¡Ah! ¿Sabéis ya qué capilla es?

—Sí, por cierto. Tuvo la bondad de indicármelo Brígida.

—Conque, ¿sois amigas!

—Hónrame, en efecto, con su benevolencia.

Frunciόse el ceño del Vicentino al oir aquellas palabras, y, después de un momento de vacilación, dijo:

—Aconséjoos, mi adorada Madona, que no fiéis mucho en vuestra amiga.

—¡Qué decís! ¿No fiar en ella? ¿Por qué?

—Huéleme la tal mujer á entrometida... ¿Cómo diré yo?... ¿Conocéis el Dante?

—Soy de Florencia.

—Entonces me podré explicar bien comprensiblemente. Huéleme, pues, á Galeoto hembra.

—¡Ah! ¡Quién lo dijera!

—¿Eso os extraña?

—Sí, por cierto. Una mujer metida entre monjas...

—¿Y qué? ¿Las monjas no tienen en Venecia amantes?

—¡Jesús!

—Poca experiencia del mundo tenéis entonces, por lo que se ve, cuando os horrorizáis de oirme hablar así.

—Nunca lo creyera, y aún ahora, á la verdad, tengo lo que decís por... propósitos de pintor.

—Bien pudiera sacaros yo de vuestro error refiriéndoos algunas historietas bien auténticas; pero básteos un solo pormenor para que podáis juzgar de la manera como esas monjas cumplen con sus deberes. Estamos en Carnaval; id un día á cualquier baile, y si posible fuera que levantarais los antifaces, muy sorprendida quedaríais al encontraros con la cara de muchas monjas á quien supondríais á la sazón muy engolfadas en sus oraciones.

—¿Y las encontraría también de San Teodoro?

—De San Teodoro y de todos los santos que tienen conventos en Venecia.

—¡Ave María! Pues no son así en Florencia.

—Aquí no estamos en Florencia.

—Es verdad, pero estamos en tierra cristiana.

—¡Bah! ¡Dejad eso! En Venecia se entiende el cristianismo de una manera especial. Es tierra incorregiblemente viciosa.

—Y participan de esta incorregibilidad las recaderas de las monjas.

—Y las monjas también.

—Haré, pues, por no tener trato con ellas mas que en efigie.

—No digo, por eso, que entre tantas cabezas livianas como hay allí no se encuentre también alguna que otra religiosa digna del mayor respeto y deseosa verdaderamente de consagrarse á Dios por entero, sin pensar para nada en el mundo; pero, á la verdad, esta clase singular, estas moscas blancas figuran mejor entre las señoras que van allí á retirarse temporalmente, que no entre las profesas; y no hablo de las novicias, por lo mundanas que todas ellas suelen ser.

—¡Extraña particularidad!

—No hay más.

—¿Luego estáis muy enterado de las interioridades del convento?

—Siempre ha habido estrechas relaciones entre artistas y monjas. Cuando la han dado por protegernos han ganado ellas y nosotros, pero cuando han optado por zaherirnos, ellas lo han pagado más que nosotros. Así, por ejemplo, la famosa abadesa de Parma Donna Giovannina inmortalizóse ella y dejó que se inmortalizase el Correggio, al paso que otras han sido castigadas por otros pintores condenándolas á eterno objeto de reprobación, representándolas bajo las más odiosas figuras femeninas de la historia. Esas de San Teodoro no me inspiran bastante respeto, y así he preferido inmortalizaros á vos que á ninguna de ellas.

—Quién sabe, sin embargo, si buscando bien no hubierais encontrado algún peregrino rostro que os hubiera inspirado algo más que no esa pobre cara mia...

—¿Decís esto por haberos hablado en este sentido la recadera?

—Lo habéis adivinado. Brígida me habló, en efecto, de que había entre las damas allí retiradas cierta señora de incomparable hermosura. ¿Por qué no tratabais de tomarla por modelo, ya que teníais medios para lograrlo sin grande esfuerzo?

—Sé de quién me habláis. Es, en efecto, admirablemente hermosa esa dama que decís. Vila yo varias veces á través de las rejas del locu-

torio... No es el tipo que yo soñé... Sería admirable para Venus, para Helena, pero no tiene la expresión de una Madona. Vos sí; tenéis algo de rafaelesco, aunque, más que nada, de Madona del Sarto... No me negáis que poseéis una larga y probablemente dolorosa experiencia de la vida. Esto no quita que en vuestra expresión se revele, á veces, una dulzura singular, infantil casi... Sí; tenéis cosas de niña, á pesar de acercaros al otoño de la existencia.

—Os quedo muy agradecida por vuestras lisonjeras frases; pero, á la verdad, por mucho que os mostréis tan rendido adorador de mi palmito, témome que si vierais con demasiada frecuencia á esa Venus, á esa Helena que decís, no perdiera yo pronto el preeminente lugar que indignamente ocupo entre vuestras preferencias.

—No, podéis estar segura de mí. Aunque quizás con sobrada pretensión, me juzgo un buen pintor, capaz de producir obras que la posteridad admire, y perdonadme mi falta de modestia, conózcome lo suficiente para comprender que carezco de esa potente fuerza de que están llenos Leonardo, Rafael, Miguel Angel, Corregio, Ticiano y Tintoretto; de eso que llaman aristocrática distinción, peregrina finura, no sé, en fin, qué otro nombre darle... Esa dama á quien os referís sólo podría ser trasladado al lienzo por la mano de los que nos ha dejado la *Joconda*, la *Virgen de la Silla*, las *Sibilas* de la capilla Sixtina, la *Asunción* del Duomo de Parma, la *Venus del perrito*, ó la *Venecia* del Salón del Gran Consejo... Yo, pobre de mí, carezco de las garras de esos grandes hombres; tengo alas de tórtola, no de águila, y no puedo remontarme á las alturas donde se ciernen aquellos genios... No les envidio, les admiro, y me contento con no salirme de mi modesta esfera... Puede un artista, sin llegar á ser un Rafael, mostrarse digno de ser comparado á Andrés del Sarto... Os parecéis á la hermosa mujer que le inspiró... ¡Quisiera Dios que mi obra pudiese resultar igual á las inspiradas por ella!... No es para mí elevarme á las regiones donde se forja el rayo... Esa mujer que decís me deja sumido en una especie de sagrado terror cuando la veo. Me asusta, y como la *Monna Lisa* de Leonardo, parécemе que tiene las manos llenas de oro, de rosas... y de sangre. No así vos; vuestra plácida belleza me deja en suave éxtasis; no perdéis

nunca á mis ojos el carácter humano, y de vos sé que no han de venirme relámpagos que me cieguen, tempestades que devasten mi corazón, pasiones insensatas que acaben por volverme loco. Dejemos, pues, á la dama rubia en su triste hermosura; otro sea quien se atreva á acercársele; no yo, pobre pintor, sin fuerza bastante para mirar de hito en hito al sol en su zenit.

—Pláceme que os hayáis explicado así, Vicentino... ¡Sois plebeyo como yo!

—Plebeyo soy y no envidio á los que forman en las altas clases. Hónrome con ser hijo del pueblo y vivir libre é independiente del trabajo de mis manos.

—Vengan, pues, esos cinco, amigo mío, y ya que tan bien nos comprendemos gritemos: ¡Viva el pueblo!

—¡Viva! ¡Sí!—repuso el pintor.—¡Viva el pueblo, manantial de la belleza! ¡Viva el pueblo de cuyo seno salen esas caras divinas cual las que estoy contemplando en vos en este instante! Quédese para otros la adoración de la belleza que fascina; mi pecho tiene bastante con quereros á vos, que no matáis ni fascináis, pero que no por eso dejáis de ser bella, hermosa, como la estrella de la tarde, sabrosa como la fruta dorada por el dulce calor de la otoñada.

Llegó el siguiente día.

La Michelotta fué á casa de Brígida en busca de la consabida llave, prometiéndose la florentina que una vez terminada su misión con el recobro de Blanca por don Rodrigo, dejaría su vida aventurera para consagrarse tan solamente al amor del Vicentino, creyendo que bastante había hecho ya por los otros para tener derecho á ocuparse ahora en sus propias cosas.

La recadera la esperaba con impaciencia.

—¿Traéis aquello?—exclamó.

—Aquí está,—replicó la Michelotta dejando una talega sobre la mesa.

—Tomad la llave,—repuso Brígida.—No os olvidéis de advertir al caballero de quien me hablásteis, que la iglesia se cierra á las ocho en punto.

—Se lo advertiré, Brígida.

Sin detenerse ya más tiempo salió la Michelotta y fuese en busca de don Rodrigo, á quien encontró en casa de Bandello, entregándole la llave y repitiéndole las prevenciones que le había hecho la recadera.

CAPITULO VIII

Palabra es palabra

Había oscurecido ya cuando el Máscara se hizo conducir á la iglesia de San Teodoro.

Palpitante de emoción penetró en el templo... Respiraba ya el mismo aire que ella... Pocos pasos le separaban de la que por tantos meses había ido buscando, huyendo de él como la fugitiva sombra.

Don Rodrigo se ocultó en una oscura capilla, y esperó quedase desierto el sagrado lugar.

Desde su escondite contaba las horas y estaba atento á todas las visitas.

Por fin oyó el ruido de un manojo de pesadas llaves, puertas que se cerraban con estruendo, cerraduras que rechinaban, hasta quedar sumido todo en maravilloso silencio.

Con sordo paso salió entonces de la capilla para ganar la escalera del coro.

El templo, débilmente iluminado al entrar, estaba á la sazón envuelto en densas tinieblas, sólo interrumpidas por la mortecina luz de la lámpara del santuario.

Ya estaba en la escalera... Salió al coro y buscó la puerta que debía abrir.

Escuchó... Ningún rumor se percibía.

La llave estaba convenientemente preparada para que no causara ruído y entrase con la mayor facilidad.

Introdújola en la cerradura, dió la vuelta y cedió la puerta.

Don Rodrigo adelantó los treinta pasos, contando las puertas de la izquierda y se detuvo ante la tercera.

Sólo se oía el palpitar violento de su corazón.

Con mano trémula empujó suavemente la tablazón y miró.

Una mujer estaba allí, de rodillas al pié de un Crucifijo á quien dirigía al parecer fervorosa plegaria.

Estremecióse don Rodrigo; deslizóse en la celda volviendo á entornar la puerta, y adelantó algunos pasos sin ocasionar el menor ruído.

De nada se había apercibido la penitente.

Contemplábala por detrás don Rodrigo, á través de cuya máscara de bronce veíase echar llamas por sus ojos.

Por fin se levantó la mujer después de lanzar un profundo suspiro, volvióse y arrancó en un grito de indescriptible terror.

—¡Yo soy!—murmuró don Rodrigo.

—¡Rodrigo, Rodrigo!—exclamó Blanca cayendo de rodillas á sus piés.—¡Perdón! ¡Déjame que te mire antes de que me mates! ¡Por piedad, Rodrigo!

—No soy verdugo, sino juez,—repuso el Máscara.—¡Habla!

II

Blanca, sin aliento, muda, aterrada, rompió en sollozos, más dolorosos, más elocuentes que cuantas palabras pudiera pronunciar.

—¡Rodrigo, Rodrigo!—volvió á decir por fin la desgraciada.

—¡Sí! ¡Rodrigo!—exclamó el Máscara.—Rodrigo que te ve arrodillada á sus piés cual criminal, cuando habia soñado siempre que le

Y de nuevo volvió á abrazarse al Máscara con furiosa apretura

recibieras con los brazos abiertos... ¡Infeliz! ¡Caramente pagas ahora tus liviandades!

—¡Mis liviandades!—repuso Blanca.—¡Eres cruel!

—¿Qué nombre he de dar, pues, á tus infamias?

—¡Sea! No he de defenderme; mátame.

—No; no te mataré. ¿Por quién me has tomado? Tus tratos con frá Ridolfo y Riccioli te han hecho concebir una idea muy extraña de lo que es un hombre de honor. He venido aquí á pedirte una justificación...

¡Necio de mí, aún abrigaba la esperanza de que pudieras aparecerme inocente de cuanto ha pasado!... Por desgracia es inútil pensar en eso; me has visto y te juzgo bastante castigada con arrojarte encima todo mi desprecio. Adiós. Nunca más habré de verte.

El Máscara hizo ademán de retirarse, viendo lo cual Blanca, loca de desesperación, abrazóse á sus rodillas pugnando por retenerle y exclamando:

—¡Rodrigo! ¡Soy inocente! ¡Sí... creélo! ¡Perdóname!... ¡Oyeme!... ¡Rodrigo!... ¡Rodrigo, por piedad! ¡No te vayas aún! ¡No me dejes! ¡Despréciame, haces bien, pero no me juzgues ingrata á tu amor, no me acuses de desleal! ¡Un momento más, Rodrigo! ¡Ahora que te veo! ¡Ahora que te tengo!

Y Blanca diciendo esto fué levantándose poco á poco, sin repararlo ella misma, colgándose del cuello de don Rodrigo.

—¡Aparta!—exclamó éste duramente al sentir la cabeza de Blanca sobre uno de sus hombros.

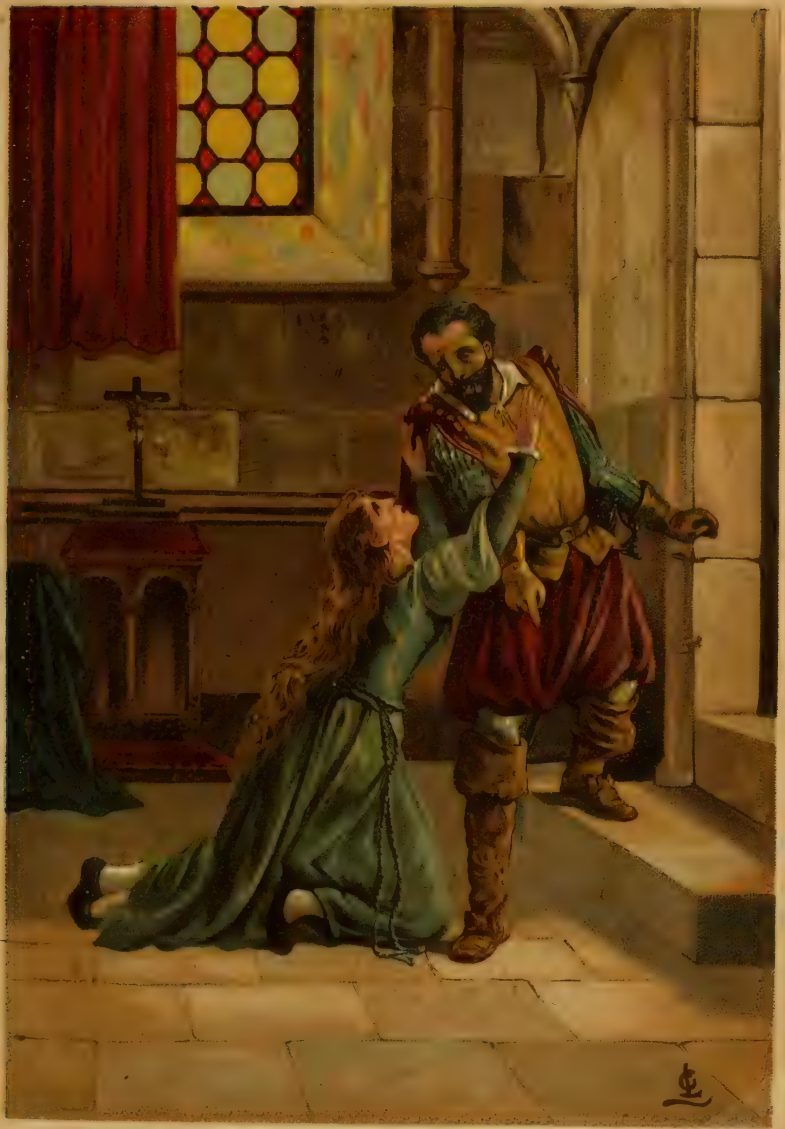
—¡No, no!—exclamó ella...—¿No me amas ya? ¿No me ama ya mi Rodrigo?... ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío! ¡No amarme tú!... ¡No amarme!... ¿Pero no ves que estoy loca por tí? ¿No me ves?

Y de nuevo volvió á abrazarse al Máscara con furiosa apretura.

—¿Pero no hablarás? ¿No querrás confesármelo todo?—exclamó el Máscara tratando de desprenderse de los brazos de la enamorada.—¿No ves que al sentirte junto á mí paréceme que me tiene entre sus anillos una traidora serpiente que sólo intenta ahogarme? Di... ¿Por qué cediste á las caricias sacrílegas de un fraile apóstata y ladrón? ¿Por qué, después de tantos juramentos, acabaste por aceptar el papel de manceba de Riccioli?

Blanca, recobrando de pronto sus fuerzas como por enérgico estímulo, exclamó:

—Arrójeme la primera piedra quien esté libre de culpa... Lo que tiene que ser, es. La ocasión fué superior á mi voluntad. No tienes derecho á infamarme por lo hecho... No quise morir porque te amaba tanto... Quise vivir para verte... Sólo de esto soy culpada... Culpada de no haber tenido valor para no verte más.. Cuando he podido, he hui-



EL MASCARA HIZO ADEMAN DE RETIRARSE

do... Aquí hubiera permanecido hasta saber dónde estabas para volar á tu lado y te hubiera dicho: No vengo de los placeres, ni de la dicha... vengo de un claustro dónde me habia refugiado para huir del mundo... Por eso salí del palacio de Riccioli así que se me presentó ocasión propicia... Mi corazón te ha sido eternamente fiel.

—¡Irrisoria frase! ¿Tú, fiel? ¿Tú, la manceba de Roberto Falconieri, tú, la que diste por válido el casamiento con Riccioli?

—¿Y qué? Soy la esposa legítima de Riccioli, no lo niego. ¿Y qué importa eso?

—¡Sorpréndenme tus palabras!—exclamó el Máscara.

—Sí. Cierto es. Su esposa soy, pero sólo tú á quien amo. Si hubiese comprendido yo que era digna todavía de que me dieras tu mano, no hubiera aceptado por válido el casamiento.

—¿Y si yo hubiese venido aquí con ese intento? ¿Si yo te dijera ahora que te quería como siempre y que venía á buscarte para conducirte al altar?

—No. Tú no puedes decírmelo, ni yo consentiría en ello.

Don Rodrigo miró á Blanca con tan profunda intención que sus pupilas relucían como ascuas á través de la máscara de bronce.

—¿No consentirías en ser mi esposa?—repuso.

Blanca, mirándole con asombro, exclamó:

—¿Cómo puedo yo soñar que pretendas semejante cosa?

—He reflexionado, y me he decidido á exigirte que cumplas tú juramento.

—¿De ser tu esposa?

—Sí.

Quedó por un momento inmutada la joven, pero repuso en breve:

—¿Eso pretendes?

—Sí.

—Lo cumpliré, Rodrigo. Espera tan solamente una semana.

—Esperaré.

—En este tiempo, si te dignas verme, tendrás que venir á mi palacio, pues no me será posible moverme de allí. A las doce de la noche estará abierta la puerta que da al canalizo de la izquierda.

—Bien está; no pienso verte, sin embargo, sino esperar que tu vengas á mí.

—¿Dónde habré de encontrarte?

—Dentro ocho días, á las seis de la mañana, estará para darse á la vela el galeón *Toledo*, anclado en el Gran Canal, frente al palacio Foscari.

—Dentro ocho días, Rodrigo, podrá ser tu esposa la viuda del senador Paolo Riccioli.

III

La embajada que llevó á Constantinopla el antiguo comandante de la *Roccaforte* é inquisidor de Estado Paolo Riccioli, tuvo pronto y feliz término. Bajo mano, y sin atender para nada á lo que podría decir España, la Serenísima República sometía á la Sublime Puerta las bases preliminares de un tratado de paz.

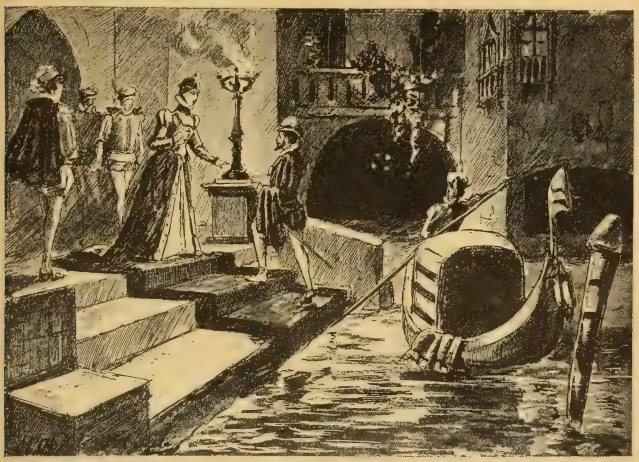
Riccioli había llevado á la corte de Selim la preocupación de que los españoles demostraban poco entusiasmo por la causa de Venecia, pero no fué esto lo que más le hizo decidir á entrar en camino para una negociación sino el ver que la armada turca se estaba rehaciendo de una manera que causaba admiración. Vencida, aniquilada en Lepanto, vió que en los pocos meses transcurridos se habían construído ya y equipado 150 galeras nuevas.

—La pérdida de una flota,—habíale dicho el sultán al embajador,—es como una barba que se afeita y crece otra vez; la pérdida de un reino es como el brazo que se corta, y habéis perdido Chipre.

Quince días después de su llegada á Constantinopla volvía Riccioli á Venecia, con las proposiciones de la Sublime Puerta; conservación de Chipre por los turcos é indemnización á éstos de 300.000 ducados, tales fueron, en efecto, las condiciones mediante las cuales se firmó la paz pocos meses después, con aplauso general por parte de Venecia, dejando que D. Juan de Austria se las compusiera solo. Era una determinación muy ajustada al carácter que tuvo siempre la política utilitaria de la Señoría.

IV

Riccioli había recibido pocos días antes de dar por terminada su misión la noticia de la desaparición de Blanca, lo cual le hizo anticipar su regreso á la ciudad.



...esperabale magnificamente ataviada, habiendo salido a recibirle al pié de la escalera

No podía convencerse de que semejante hecho fuese debido á ninguna infidelidad, inclinándose á creer mejor no se tratara de un rapto.

Fué grande, por lo tanto, su admiración al encontrarse con que Blanca estaba de nuevo en su palacio, según le comunicaron así que la nave que le conducía ancló en la plaza de San Marcos.

En breve trató Riccioli de dar cuenta de su cometido al Consejo de los Diez, reunido al anuncio de que se acercaba la galera del embajador, y, terminado que hubo la sesión, corrió á su palacio, ávido de que su esposa le explicara la singular desaparición.

Era ya noche cuando Riccioli llegaba á la plaza de Santa Margarita.

Enterada Blanca de la llegada de su esposo y señor, esperábale magníficamente ataviada, habiendo salido á recibirle al pié de la escalera.

Riccioli que venía asaz, sombrío y preocupado, quedó sorprendido al ver el aire risueño y sereno de Blanca, que se acercó á él para besarle en las mejillas.

—¿Es cierto que has estado ausente de aquí por muchos días?—exclamó el marido, sin devolver á Blanca los besos que ésta le había dado.

—Cierto es, sin duda alguna,—replicó ella sin revelar la menor turbación,—pero espero no lo tomarás á mal cuando sepas que estuve durante este tiempo en el convento de San Teodoro, rogando á Dios te preservase de todo mal en tu viaje.

—¡Extraña determinación!

—Sobrecogióme de pronto un terror incomprensible... Creí que iba á perderte para siempre y sin reparar en lo que hacía corrí al monasterio... Tenía miedo... aquí... Me causó tanta sorpresa tu partida... Esta soledad me infundía espanto... El palacio se me venía encima... Veía por do quier sombras y espectros aterradores, y huí, desatentada...

Ya en esto habían llegado al *piano nobile* los esposos; Riccioli hizo seña de que se retirara todo el mundo y quedó solo con su mujer en su cámara, espléndidamente iluminada y perfumada con los más preciados aromas del Oriente.

Parecíale á Riccioli que la hermosura de Blanca había aumentado fantásticamente desde que no la había visto, y si bien no era así porque no cabía aumento en aquella belleza portentosa, con todo, el brillante atavío de la joven, la profusión de perlas y brillantes de que iba cubierta y el traje de brocado con ramos de color de rosa que lucía, hacían aparecerla sino más hermosa, más seductora.

—Estarás muy fatigado, mi bien,—exclamó Blanca.—Retírate ya...

—Tus palabras me han tranquilizado, Blanca mía,—repuso Riccioli.—Venía aquí con el corazón destrozado... ¡Pensar que te había perdido! ¿Comprendes qué horrible, qué espantoso pensamiento? ¿Pero por qué no me participabas tú que te hallabas en San Teodoro? Hubié-

rasme evitado, de este modo, las horas de cruel ansiedad que pasé desde que recibí la fatal noticia.

—Temíalo todo, Paolo... Una carta hubiera podido revelar mi retiro, y, llena yo de esos temores que te digo, estremecíame al considerar que de un momento á otro pudiese descubrirse mi secreto... Por fin, hace algunos días levantéme, como si despertara de horrible pesadilla, comprendí lo insensato de mi conducta y abandoné el convento...

—¡Ah! ¡Caro he pagado, entonces, el honor de llevar á cabo la importante negociación que me encargó la Señoría! Por Dios, que no he de abandonarte ya ni por un solo momento en el resto de mi vida.

—Sí... no me abandones nunca, Paolo,—repuso Blanca, con animación extraordinaria.—Esos terrores que me dan, podrían conducirme á perder el juicio... Sin tí, ¿qué puedo hacer? ¡Sucumbir!

—¿Qué dices?—exclamó Riccioli sobresaltado.

—¡Ah! ¡Qué locuras estoy diciendo!...—repuso sonriendo Blanca.—Ya ves, aún me dura algo... La noche obra sobre mí de un modo extraño...

—Estás agitada... ¿Qué tienes, mi Blanca?

—¡Oh, no!... nada... La alegría de volverte á ver me hace decir cosas absurdas... Retírate... retirémonos ya... Mañana me sentiré otra y habrá renacido la calma en mi corazón...

—En efecto... Tu frente arde,—exclamó Riccioli, después de acercar su mano.—¿No te sientes bien, Blanca mía?

—Sí... me siento bien... pero estoy rendida, á la verdad... La emoción que he recibido al verte, no se me ha pasado todavía.

—Retirémonos, pues... Yo velaré tu sueño...

—¡Pobre Paolo mío!

—Vamos ya... Te acompañaré á tu cámara...

V

El dormitorio de Blanca estaba casi á oscuras, alumbrado tan solamente por la opaca claridad de una lámpara de alabastro.

En el fondo veíase una cama imperial, por entre cuyos cortinajes se columbraba la blancura del finísimo lino.

Distinguíanse, arrimados á la pared, varios sillones de altísimo respaldo, de terciopelo rojo y oro. Cerca de la cama aparecía un reclinatorio, y en una de las paredes reflejaba la tenue claridad de la lámpara una luna de Venecia.

Todo respiraba allí misterio y voluptuosidad.

Blanca se despojó de sus vestidos, habiendo dado antes orden de que no viniese ninguna camarera, y al cabo de un momento apareció recostada sobre los almohadones del lecho, envuelta de la cintura abajo entre los pliegues de la holanda.

—Duerme tú también, bien mío,—exclamó Blanca, dirigiéndose á Riccioli.—No quiero que me veles... Me encuentro ya bien... Todo se pasó... ya ves,—y diciendo esto, cogió la mano de Paolo, y la llevó á su frente.

Blanca, en efecto, no tenía ya ardorosa la piel; antes bien, estaba tan fría como el mármol.

—Ven, ven á mi lado,—exclamó.

Riccioli se acercó á Blanca, recostóse sobre el lecho y exclamó:

—No... no me acostaré... Estoy bien así... Deja que te mire.

Ella le cogió en sus brazos, hízole sentar á su lado y dióle un beso en la frente.

—¡Oh, qué dicha estar de nuevo juntos!—exclamó.—¡Duerme, duerme!

. . . . . .

Transcurrió media hora.

Riccioli dormía, apoyada su cabeza en el regazo de su Blanca, en cuyos párpados brillaban dos gruesas lágrimas.

Dieron las doce.

Blanca cerró los ojos, levantó el brazo en alto, bajólo y dió un salto á la otra parte de la cama, huyendo con rapidez.

Riccioli se incorporó, llevóse la mano al corazón y, sin exhalar un grito, dió una vuelta, oyéndose como desde la cama caía al suelo un hilo de sangre que iba á reunirse al charco que se iba allí formando.

VI

Blanca, llena de terror, cubrióse con un manto, é iba á salir del palacio, por la puertecilla que daba al canalizo, cuando se sintió cogida por una mano enérgica.

Dió un grito y miró.

Era un hombre á quien no conocía, un espía del tribunal de los Diez, apostado en la propia cámara donde había el tálamo conyugal.

—Habéis asesinado á un inquisidor de Estado,—exclamó.—Daos presa.

Blanca, sin aliento para pronunciar una sola palabra, se dejó atar las manos, y siguió al esbirro.

—¡Oh, no, no!—exclamó con acento de horror, al ver que el espía del tribunal se disponía á hacerla pasar por la cámara donde yacía el cadáver de Riccioli.—¡Por ahí no!

—¡Sí!—repuso con rudeza el sicario.

Y arrastrando, mejor que conduciendo, á la desdichada, hízola atravesar la cámara, donde todavía resonaba el rumor horrible del gotear de la sangre.

Sin decir palabra, fueron cruzando luégo las desiertas estancias por donde se salía á la escalera, bajaron ésta, y, con estupor de Blanca, sacó el espía una llave de su bolsillo, con la cual abrió el portillo de la puerta del agua. Dió un ligero silbido, apareció una góndola, saltaron de ella dos hombres y, entre todos, embarcaron á Blanca, que se resistía á ello forcejeando desesperadamente.

Desde lo alto de un puente inmediato, miraba un hombre aquella escena; fuése corriendo hacia la góndola; pero, por más que se apresurara, ya la barca había doblado el primer canalizo que encontró, siéndole imposible darle alcance.

—¡Se la llevan al Tribunal de los Diez!—exclamó el hombre.—¡Ha sido descubierta, sin duda!... ¡Riccioli ha muerto! ¡Estoy vengado!

Y, diciendo esto, arrancóse una máscara que llevaba y arrojóla al agua, produciendo al chocar contra el borde de piedra del pretil un fuerte ruído, como si hubiesen arrojado un objeto de metal hueco.

—¡Oh Blanca!—exclamó luégo.—La sangre que has derramado te ha redimido á mis ojos... Me amas, sí; me amas como siempre... Por tí puede presentarse de nuevo á la faz del mundo D. Rodrigo de Toledo... ¡Oh Blanca! ¡Blanca mia! ¡Por mi amor, por el tuyo, juro que te salvaré!

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DE CAPÍTULOS

DE

LA MÁSCARA DE BRONCE

TOMO PRIMERO

PÁGINAS

Prólogo. v

LIBRO PRIMERO.—*La Galera Negra.*—Capítulo primero.—Buena presa. 19

Capítulo II.—El castillo de Urcino. 35

— III.—El combate. 49

LIBRO SEGUNDO.—*Frá Ridolfo.*—Capítulo primero.—El salvador. 71

Capítulo II.—Donde frá Ridolfo acaba de entregar su alma al diablo. 75

— III.—De como frá Ridolfo se convirtió en mercader veneciano. 99

— IV.—Llamas y olas. 123

— V.—Villa Mora. 143

LIBRO TERCERO.—*El conde de Valroger.*—Capítulo primero.—En la boca del león. 163

Capítulo II.—Montanchez. 189

— III.—Michelotta. 221

— IV.—Buena guerra. 237

— V.—La posada de la Blanca Luna. 253

— VI.—Dagas y espadas. 273

— VII.—En la fosa. 293

— VIII.—Nieve. 311

— IX.—Unos van y otros vuelven. 329

PÁGINAS

Capítulo X.—De Lucca á Génova. 347
— XI.—Antes del combate. 363
— XII.—La batalla. 393
— XIII.—Episodios de las batallas 403
— XIV.—En Volterra. 433
— XV.—Por el mar. 453
— XVI.—Villa Diana. 473
LIBRO CUARTO.—*Donna Clorinda.*—Capítulo primero.—Astrología. 497
Capítulo II.—En Ferrara. 515
— III.—En Venecia 533
— IV.—En San Marcos. 551
— V.—Pintura. 571
— VI.—El convento de San Teodoro. 591
— VII.—Brígida. 611
— VIII. —Palabra es palabra. 629

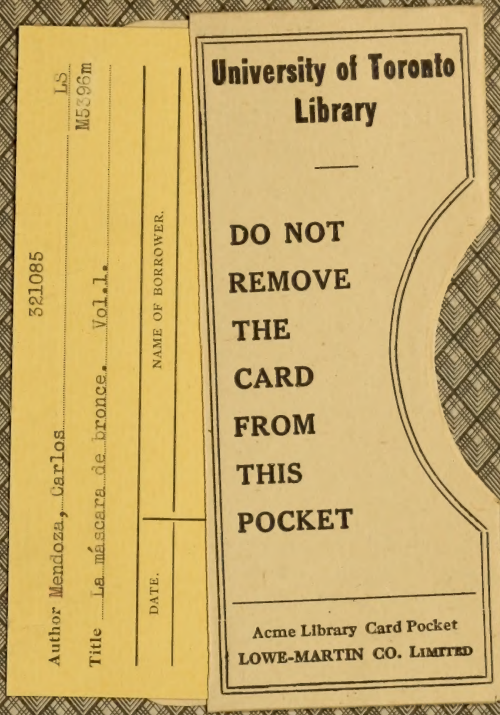
PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DE

LA MÁSCARA DE BRONCE

TOMO PRIMERO

	PÁGINAS
Portada.	
—¡Pobre Blanca mía!	16
—¡Fuego!—gritó el capitán	50
El corsario dejó escapar un grito	70
—¡Temerario! ¿Osáis amenazar al Consejo de los Diez?	175
—¡A Mesina los barcos!	383
—En feliz instante ha aparecido en este cielo el astro que faltaba	500
Cósima se arrojó en sus brazos con la ternura de una hermana	551
El Máscara hizo ademán de retirarse	632


321085
Author Mendoza, Carlos.
Title La máscara de bronce. Vol.1.
LS
M539.6m
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED